

JOHN CHEEVER

RELATOS 2

Traducción de José Luis López Muñoz y Jaime Zulaika Goicoechea

Título original: *The Stories of John Cheever*

ÍNDICE:

EL CAMIÓN DE MUDANZAS ESCARLATA _____	6
SIMPLEMENTE DIME QUIÉN FUE _____	15
BRIMMER _____	29
LA EDAD DE ORO _____	37
LA CÓMODA _____	43
LA PROFESORA DE MÚSICA _____	50
UNA MUJER SIN PAÍS _____	59
LA MUERTE DE JUSTINA _____	64
CLEMENTINA _____	71
UN MUCHACHO EN ROMA _____	82
MISCELÁNEA DE PERSONAJES QUE NO APARECERÁN _____	93
LA QUIMERA _____	98
LAS CASAS JUNTO AL MAR _____	105
EL ÁNGEL DEL PUENTE _____	112

EL BRIGADIER Y LA VIUDA DEL GOLF _____	119
UNA VISIÓN DEL MUNDO _____	132
REUNIÓN _____	137
UNA CULTA MUJER NORTEAMERICANA _____	140
METAMORFOSIS _____	154
MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN _____	170
MONTRALDO _____	176
EL OCÉANO _____	181
MARITO IN CITTÀ _____	197
LA GEOMETRÍA DEL AMOR _____	207
EL NADADOR _____	215
EL MUNDO DE LAS MANZANAS _____	224
OTRA HISTORIA _____	232
PERCY _____	242
LA CUARTA ALARMA _____	251
ARTEMIS, EL HONRADO CAVADOR DE POZOS _____	256

TRES CUENTOS _____ 276

LAS JOYAS DE LOS CABOT _____ 284

Apuntes para una teoría del universo _____ 295

El camión de mudanzas escarlata

Adiós al mortal aburrimiento de repartir un raquítico pollo entre una familia de siete, y a todos los demás ritos de los pueblos de las colinas. No me refiero a las aldeas que están de veras montaña arriba, como Asís, Perugia o Saracinesco, encaramadas sobre un despeñadero de novecientos metros de hondo, con murallas de aquel deprimente color gris de los cartones para camisas y líquenes color mostaza que florecen sobre los vencidos tejados. El terreno, de hecho, era llano, y las casas de madera. Hablo del este de Estados Unidos, de la clase de lugar donde vive la mayoría de nosotros. El municipio independiente de B_____ tenía una población de tal vez doscientos matrimonios, todos ellos con perros y niños, y muchos con servicio doméstico; se asemejaba a una ciudad de las colinas en un solo aspecto, es decir, en que los enfermos, los desencantados y los pobres no podían escalar el escarpado sendero moral que constituía su defensa natural, y en que llegado el momento en que cualquiera de sus vecinos caía bajo el virus de la infelicidad o el descontento, consciente de la inutilidad de residir en un paraje de tal altura espiritual, se iba a vivir a la llanura. La vida era del todo cómoda y tranquila. B_____ estaba exclusivamente reservado a los dichosos. Las amas de casa besaban con ternura a sus maridos por la mañana y con pasión al anochecer. En casi todos los hogares había amor, benevolencia y abundante esperanza. Las escuelas eran excelentes, las carreteras lisas, perfecto el alcantarillado e impecables los demás servicios públicos. Una tarde de primavera, al ponerse el sol, un inmenso camión de mudanzas, con letras doradas en ambos costados, recorrió la calle y se detuvo delante de la casa Marple, que había estado vacía durante tres meses.

Los tonos dorados y escarlatas del vehículo, que brillaban incluso en el crepúsculo, representaban un inspirado intento de encubrir la genuina melancolía de sus vagabundeos. «Transportes completos o parciales a larga distancia», rezaban las letras de oro de los lados, y la leyenda causaba el mismo efecto que el pitido de un tren lejano. Martha Folkestone, que vivía al lado, observó por una ventana cómo atravesaban el porche las pertenencias de sus nuevos vecinos.

—Parece un Chippendale auténtico —dijo—, aunque con esta luz no se puede saber. Tienen dos niños. Parecen buena gente. Oh, ojalá pudiera llevarles algo para que se sientan como en casa. ¿Tú crees que les gustarán las flores? Me figuro que podremos invitarlos a una copa. ¿Crees que les apetecerá? ¿Quieres ir a preguntárselo?

Más tarde, cuando todos los muebles estaban ya dentro de la casa y el camión se había marchado, Charlie Folkestone cruzó el césped que separaba las dos viviendas y se presentó él mismo a Peaches¹ y a Gee-Gee. Advirtió lo siguiente: Peaches era como la fruta de idéntico nombre: rubia y cálida, con vestido muy escotado y una frente luminosa. Gee-Gee había sido un hombre guapo y quizá seguía siéndolo, aunque sus rizos amarillos raleaban ya. Su rostro era a la vez angelical y amenazador. Nunca había sido boxeador (como Charlie supo luego), pero sus ojos bizqueaban levemente y su frente cuadrada y hermosa parecía hecha con capas de piel cicatrizada. Podía parecer un hombre de aspecto pensativo, hasta que uno se percataba de que, de pensativo, nada. Tenía el aspecto serio y contenido de las personas un poco estúpidas o algo duras de oído.

¹ *Peaches*, «melocotones». (*N. del T.*)

Les encantaría tomar una copa. Irían en seguida a casa de Charlie. Peaches quería pintarse un poco los labios y dar las buenas noches a los niños, y después irían en el acto. Así lo hicieron, y así empezó lo que prometía ser una velada inusualmente placentera. Los Folkestone se habían inquietado pensando en cómo serían sus nuevos vecinos, y al encontrar a una pareja tan simpática como Peaches y Gee-Gee se pusieron muy contentos. Como a todo el mundo, les encantaba opinar sobre sus vecinos y, naturalmente, Gee-Gee y su mujer demostraron interés. Era el nacimiento de una nueva amistad, y los Folkestone pasaron esta vez por alto su proverbial preocupación por el tiempo y la sobriedad. Se había hecho tarde —era más de medianoche—, y Charlie no reparó en la cantidad de whisky que estaban bebiendo ni en el hecho de que Gee-Gee estaba emborrachándose. Cayó en un total silencio —ya no participaba en la conversación—, y de pronto interrumpió bruscamente a Martha con voz tajante y desagradable:

—Dios, qué remilgados son ustedes —dijo.

—¡Oh, no, Gee-Gee! —exclamó Peaches—. ¡No en nuestra primera noche aquí!

—Ha bebido usted demasiado, Gee-Gee —dijo Charlie.

—Y un cuerno —replicó Gee-Gee. Se agachó y empezó a desabrocharse los zapatos—. Todavía no he bebido ni la mitad de lo que puedo llegar a beber.

—Por favor, Gee-Gee, por favor —suplicó Peaches.

—Tengo que enseñarles, cariño. Tienen que aprender.

Se levantó y, con la maña y la pericia del borracho, se quitó la mayor parte de la ropa antes de que nadie pudiera detenerlo.

—Largo de aquí —ordenó Charlie.

—El placer es mío, vecino —dijo Gee-Gee, y de un puntapié sacó por la puerta un paraguas con empuñadura de cobre que encontró en su camino.

—¡Oh, lo siento muchísimo! —se disculpó Peaches—. ¡Me siento terriblemente avergonzada!

—No tiene importancia, querida —dijo Martha—. Probablemente está muy cansado, y todos hemos bebido demasiado.

—Oh, no —dijo Peaches—. Siempre ocurre lo mismo. En todas partes. Nos hemos mudado ocho veces en los últimos ocho años, y nunca ha habido nadie que se haya despedido de nosotros. Ni una sola persona. ¡Oh, era un hombre encantador cuando lo conocí! Imposible encontrar a un hombre más delicado, fuerte y generoso. En la universidad lo llamaban el Dios Griego. Por eso le decimos Gee-Gee². Jugó dos veces en la selección norteamericana, pero nunca por dinero; siempre jugó porque le salía de dentro. Todo el mundo lo quería. Ahora todo eso se ha acabado, pero me digo a mí misma que hubo un tiempo en que tuve el amor de un hombre bueno. No creo que muchas mujeres hayan conocido ese tipo de amor. Oh, ojalá volviera a ser como antes. Ojalá. Anteayer, cuando estábamos embalando los platos en la otra casa, se emborrachó y yo lo abofeteé, le grité: «¡Vuelve! ¡Vuelve a mí,

Gee-Gee!» Pero no me escuchó. No me hizo caso. Ya no hace caso a nadie, ni siquiera a la voz de sus hijos. Me pregunto todos los días qué habré hecho para merecer este castigo tan cruel.

—¡Cuánto lo siento, querida! —exclamó Martha.

—No vendrá usted a despedirnos cuando nos vayamos —aseguró Peaches—. Duraremos un año. Espere y verá. Hay gente que organiza fiestas de despedida, pero en el último sitio donde vivimos hasta el basurero se alegró de que nos fuéramos.

Con una gracia y resignación que trascendía la malograda reunión, se puso a recoger las ropas que su marido había diseminado por la alfombra.

—Cada vez que nos mudamos, pienso que el cambio le vendrá bien —agregó—. Al llegar aquí esta noche, esto parecía tan bonito y tranquilo que pensé que podría cambiarlo. En fin, no es preciso que vuelvan a invitarnos. Ya han visto lo que ocurre.

Pocos días después, o quizá una semana más tarde, Charlie vio a su vecino en el andén de la estación y comprobó que tenía muy buen aspecto cuando estaba sobrio. B_____ no era un lugar que se conquistase fácilmente, pero *Gee-Gee* parecía haberse ganado ya el afectuoso respeto de sus convecinos. Mientras lo contemplaba de pie al sol entre los demás viajeros, Charlie comprendió que el recién llegado sería invitado a participar en todo. *Gee-Gee* saludó cordialmente a Charlie, y en él no quedaba rastro del mal carácter que había mostrado aquella noche. En efecto, resultaba imposible creer que aquel hombre encantador y bien parecido se hubiera comportado de un modo tan ofensivo. A la luz de la mañana, y rodeado de nuevos amigos, parecía constituir un desafío a la memoria. Casi daba la impresión de que el reproche recaía sobre Charlie.

Las disposiciones para la iniciación mundana de la nueva pareja fueron insólitamente rápidas y complicadas, y dieron comienzo con una cena en casa de los Waterman. Charlie ya estaba allí cuando Peaches y *Gee-Gee* aparecieron, e hicieron una entrada majestuosa. Cogidos del brazo, radiantes, en el momento de su entrada pareció que realzaban la velada. Había mucha gente en la fiesta, y Charlie apenas volvió a verlos hasta que se sentaron a la mesa. Iban por la mitad de los postres cuando sonó, como una orden de desfile, el exabrupto brusco y desagradable de *Gee-Gee* en medio de la conversación general:

—¡Maldita pandilla de gente estirada! —exclamó—. Vamos a poner un poco de alegría en la conversación, ¿no?

Saltó al centro de la mesa y empezó a cantar una canción obscena y a bailar una giga. Las mujeres chillaron. Los platos se volcaron y se rompieron. Se echaron a perder vestidos. Peaches suplicó a su díscolo marido. Su escandalosa actuación hizo que en el comedor sólo quedaran Charlie y su ruidoso vecino.

—Bájese de ahí, *Gee-Gee* —dijo Charlie.

—Tengo que enseñarles —respondió el otro—. Darles una lección.

—Pues no está enseñando nada a nadie, como no sea que está usted borracho como una cuba.

² Dios Griego, *Greek God*, de ahí el diminutivo extraído de las iniciales de aquel apodo: G. G. (*N. del T.*)

—Tienen que aprender —insistió Gee-Gee—. Tengo que enseñarles.

Bajó de la mesa, rompiendo unos cuantos platos más; luego se dirigió tambaleándose a la cocina, donde abrazó a la cocinera, y finalmente salió a la oscuridad de la noche.

Podría haberse pensado que el incidente habría escarmentado a una comunidad mundana, pero a Gee-Gee le fue concedida una insólita indulgencia. Gustaba a todo el mundo, y siempre existía la posibilidad de que se enmendase. Su encantadora figura desarmaba a sus enemigos a la luz del nuevo día, pero su actitud empezó a parecer cada vez más un señuelo para colarse en las casas a romper vajillas. Él no quería perdón, y si por ventura entendía que no había ultrajado la sensibilidad de sus anfitriones, aumentaba y extremaba sus escándalos. Nadie había visto nunca nada parecido. Se desnudó en casa de los Bilker. En la de los Levy lanzó por los aires un bol de queso blanco. Bailó en calzoncillos una danza escocesa, pegó fuego a más de una papelera y se columpió en la araña de los Townsend, la célebre araña. Al cabo de seis semanas, no era bien recibido en ninguna casa del vecindario.

Los Folkestone seguían viéndolo, por supuesto: lo veían en el jardín por la noche y charlaban con él a través del seto. A Charlie le trastornaba en gran medida el espectáculo de alguien tan rápidamente caído en desgracia, y le hubiera gustado ayudarlo. Él y Martha hablaron con Peaches, pero ésta había perdido toda esperanza. No comprendía qué le pasaba a su adonis, y su inteligencia no llegaba más lejos. De vez en cuando, algún candoroso forastero de la ciudad vecina o tal vez algún recién llegado sentía simpatía por Gee-Gee y lo invitaba a cenar. Su actuación era siempre la misma, y siempre había platos rotos. Los Folkestone eran sus vecinos —había ese antiguo vínculo— y Charlie quizá pensaba que podía salvar al descarriado. Cuando Gee-Gee y Peaches se peleaban, a veces ella telefoneaba a Charlie y le pedía protección. Fue a su casa una noche de verano después de haberlo llamado ella por teléfono. La disputa había concluido; Peaches leía un libro en el comedor, y Gee-Gee se hallaba sentado a la mesa con un vaso en la mano. Charlie se instaló a su lado.

—Gee-Gee.

—¿Qué?

—¿Vas a dejar de beber?

—No.

—¿Dejarás la bebida si yo también la dejo?

—No.

—¿Irás a ver a un psiquiatra?

—¿Para qué? Me conozco. Lo único que tengo que hacer es llegar hasta el final.

—¿Irás a ver a un psiquiatra si yo te acompaño?

—No.

—¿Vas a hacer algo para ayudarte?

—Tengo que enseñarles.

Entonces echó hacia atrás la cabeza y sollozó: «Oh, Dios mío...»

Charlie se apartó. Dio la impresión de que en aquel instante Gee-Gee acababa de oír, en alguna recóndita región de sus adentros, el sonido de una lejana trompeta que profetizaba el modo y la hora de su muerte. Aquel hombre parecía poseer una enorme autenticidad. Folkestone experimentó un gran alivio. Creyó entender el mensaje del borracho; siempre lo había captado. Allá en el fondo de la amistad entre ambos, Gee-Gee era un abogado de los lisiados, los enfermos, los pobres; de todos aquellos que sin ninguna culpa vivían una existencia miserable y dolorosa. A los dichosos, los bien nacidos y los ricos, debía decirles esto: que precisamente porque tenían cariño, comodidades y privilegios, no debían serles ahorrados los agujonazos de la rabia y el deseo, ni tampoco las ansias y las agonías de la muerte. Gee-Gee sólo quería advertirles que estuvieran preparados para el golpe cuando sobreviniera. Pero ¿no era acaso posible aceptar esta verdad sin que Gee-Gee tuviese que bailar la giga en las salas de sus vecinos? Difundía el mensaje del sufrimiento en la vida, pero ¿era necesario sufrirlo en carne propia para aceptar dicho mensaje? Eso parecía.

—Gee-Gee —dijo Charlie.

—¿Qué?

—¿Qué estás intentando enseñarles?

—No lo sabrás nunca. Tú también eres un maldito remilgado.

Ni siquiera duraron un año. En noviembre les hicieron una oferta razonable por la casa, y la vendieron. Regresó el camión de mudanzas, dorado y escarlata, y cruzaron la frontera del estado hasta la ciudad de Y____, donde compraron otra casa. Los Folkestone se alegraron de que se marcharan. Una pareja joven y formal ocupó su lugar y todo volvió a ser como antes. Rara vez se acordaban de ellos. Pero por unos amigos Charlie se enteró, el invierno siguiente, de que Gee-Gee se había roto la cadera jugando al rugby un día o dos antes de Navidad. Por alguna razón no olvidó esta circunstancia, y un domingo por la tarde en que no tenía nada mejor que hacer preguntó al servicio de información telefónica el número de su antiguo vecino y lo llamó para informarle de que iría a verlo para tomar una copa. Gee-Gee rugió de entusiasmo y le indicó a Charlie cómo llegar a su casa.

El trayecto fue largo, y a medio camino Charlie se preguntó por qué iba. Y____ era, socialmente, bastante inferior a B_____.

La vivienda se hallaba en una urbanización, y el constructor no se había limitado a edificar algo feo: había erigido una comunidad de ventanas rectilíneas que parecía una colonia penitenciaria. Las calles llevaban nombres de universidades: calle de Princeton, de Yale, de Rutgers... Sólo se habían vendido unas cuantas casas, y la de Gee-Gee estaba rodeada de viviendas vacías. Charlie llamó al timbre y oyó a su amigo gritándole que entrara. La casa estaba patas arriba, y mientras él se quitaba el abrigo, Gee-Gee recorrió lentamente el pasillo medio subido en un cochecillo de juguete que impulsaba con ayuda de una muleta. Una dura escayola recubría su cadera y su pierna derecha.

—¿Dónde está Peaches?

—En Nassau. Ella y los niños han ido a Nassau a pasar las Navidades.

—¿Y te han dejado solo?

—Yo quise que se marcharan. Los obligué a irse. No pueden hacer nada por mí. Me arreglo muy bien con este cochecito. Si tengo hambre, me preparo un bocadillo. Yo les dije que se fueran. Los obligué. Peaches necesitaba unas vacaciones, y a mí me gusta estar solo. Ven al cuarto de estar y sírvenme una copa. No puedo sacar los cubitos de hielo; es casi lo único que no puedo hacer. Puedo afeitarme, meterme en la cama y todo eso, pero no consigo sacar el hielo.

Charlie sacó varios cubitos. Le alegró tener algo que hacer. La imagen de Gee-Gee en su coche de juguete le había conmocionado, y notó que en la casa reinaba una tranquilidad aterradora. Por la ventana de la cocina divisó fila tras fila de viviendas feas y vacías. Tuvo la sensación de que un terrible melodrama se aproximaba a su momento culminante. Pero en el cuarto de estar Gee-Gee estuvo sumamente encantador, y su sonrisa y su voz prestaron a la tarde un momentáneo equilibrio. Charlie le preguntó si no podía contratar a una enfermera que se ocupase de él. ¿No podía encontrar a nadie que lo hiciera? ¿No podía por lo menos alquilar una silla de ruedas? Gee-Gee rechazó riendo todas estas sugerencias. Se sentía a gusto. Peaches le había escrito desde Nassau; lo estaba pasando maravillosamente.

Charlie creyó que Gee-Gee los había obligado a marcharse. Por encima de todo, era este detalle el que convertía la situación en horrorosa. Naturalmente, a Peaches le habría gustado ir a Nassau, pero jamás hubiera insistido. Su inocencia era tanta, que jamás había soñado ni mucho menos ansiado viajar. Gee-Gee habría porfiado para que se fuese; le habría descrito el viaje de una manera tan tentadora que ella, en su inocencia, no debía de haber podido resistir la tentación. ¿Quería él de verdad que lo dejaran solo, borracho e inválido, en una casa aislada? ¿Necesitaba sentirse abandonado? Daba esa impresión. El desorden de la casa y la imagen de su mujer y sus hijos corriendo como el viento por una playa de coral parecían una feliz invención: una especie de triunfo.

Gee-Gee encendió un cigarrillo y, olvidándolo, encendió otro, y dejó caer tan imprudentemente las cerillas que Charlie pensó que un día u otro Gee-Gee podía fácilmente provocar un incendio. Al levantarse de su cochecito para tomar asiento en una silla, estuvo a punto de caerse, y, caído en el suelo y solo, podía muy bien morir de hambre y de sed allí, en su propia alfombra. Pero tal vez había aquella destreza del borracho en su torpeza, en su modo de jugar con el fuego. Sonrió levemente al advertir la mirada de Charlie.

—No te preocupes por mí —le dijo—. No me pasará nada. Tengo un ángel de la guarda.

—Eso cree todo el mundo.

—Bueno, pero yo lo tengo.

Fuera había empezado a nevar. El cielo invernal estaba encapotado, y pronto oscurecería. Charlie comentó que tenía que irse.

—Siéntate —dijo Gee-Gee—. Siéntate y toma otra copa.

La conciencia de Charlie lo retuvo allí un momento más. ¿Cómo podía abandonar de golpe a un amigo —a un antiguo vecino, cuando menos— en peligro de muerte? Pero no tenía alternativa: su familia lo esperaba y debía marcharse.

—No te preocupes por mí —dijo Gee-Gee cuando Charlie se ponía ya el abrigo—. Tengo mi ángel.

Era más tarde de lo que Charlie pensaba. Nevaba intensamente y tenía por delante dos horas de camino por tortuosas carreteras secundarias. Había una pequeña elevación del terreno en las afueras de Y____, y la nieve reciente era tan resbaladiza que le costó trabajo subir la colina. Y había otras aún más empinadas. Sólo le funcionaba un limpiaparabrisas, y los copos cubrieron rápidamente el cristal, dejándole únicamente una pequeña abertura al mundo. La nieve se abalanzaba sobre los faros a un ritmo mareante, y en un punto en que la carretera se estrechaba, el coche patinó hasta el arcén, y Charlie tuvo que forzar el motor durante diez minutos para recuperar otra vez el control. Era aquél un paraje solitario —a kilómetros de cualquier casa—, y hubiera tenido que emprender una caminata sobre tierra embarrada con simples mocasines. El coche resbalaba y zigzagueaba en todas las colinas, y se diría que las rebasaba por un estrechísimo margen de suerte.

Dos horas después, Charlie seguía aún lejos de casa. La nieve era tan densa que conducir el coche era tan arduo como la navegación más arriesgada. Tardó tres horas en volver, y al llegar a la paz y oscuridad de su garaje estaba cansado, cansado e infinitamente agradecido. Martha y los niños ya habían cenado, y ella quería visitar a los Lissom para comentar ciertos asuntos sobre la dirección de la escuela. Él le dijo que la carretera estaba en malas condiciones, y como la distancia era corta, Martha decidió ir a pie. Charlie encendió el fuego en la chimenea y se sirvió un trago, y los niños se sentaron con él a la mesa mientras cenaba. Los domingos por la noche, después de la cena, los Folkestone formaban —o trataban de formar— un trío. Charlie tocaba el clarinete, su hija el piano y su hijo mayor la flauta tenor. El pequeño todavía gateaba. Aquel domingo interpretaron adaptaciones simples de música del siglo XVIII en el más placentero clima hogareño: felicitándose mutuamente cuando atacaban los fragmentos más difíciles y extendiendo a la música lo mejor de su relación. Estaban tocando una sonata de Vivaldi cuando sonó el teléfono. Charlie supo inmediatamente quién era.

—Charlie, Charlie —dijo Gee-Gee—. Santo Dios, estoy en un aprieto. En cuanto te has marchado, me he caído del maldito cochecito. He tardado dos horas en llegar al teléfono. Tienes que venir. Nadie más puede hacerlo. Eres mi único amigo. Tienes que venir. ¿Charlie? ¿Me oyes?

Seguramente fue la extraña expresión que se dibujó en el rostro de Charlie lo que hizo llorar al bebé. Su hermana lo cogió en brazos y miró fijamente a su padre, lo mismo que el otro chico. Parecían enteramente conscientes de la situación, de cada detalle de la misma, y lo miraban con sosiego, como si esperasen que él tomara una decisión que no tenía nada que ver con la continuación de una velada agradable en una casa aislada por la nieve; una decisión, no obstante, que ejercería un profundo efecto sobre el conocimiento que tenían de su padre y sobre la futura felicidad de la familia. Él pensó que eran miradas claras y suplicantes, e hiciera lo que hiciese sería algo decisivo.

—¿Me oyes, Charlie? ¿Me oyes? Me ha costado casi dos malditas horas arrastrarme hasta el teléfono. Tienes que ayudarme. Nadie más vendrá.

Charlie colgó. Gee-Gee debió de oír el sonido de su respiración y el llanto del bebé, pero Charlie no había dicho una palabra. No dio explicaciones a sus hijos, ni tampoco ellos las pidieron. Lo

sabían todo. Su hija volvió a sentarse al piano, y cuando el teléfono sonó otra vez y Charlie no contestó, nadie hizo pregunta alguna respecto del timbre que llamaba. Cuando dejó de sonar, parecieron sentirse dichosos y aliviados, e interpretaron Vivaldi hasta las nueve, hora en que Charlie los envió a la cama.

Se sirvió una copa para amortiguar el sentimiento de que allí había habido cierta explosión emocional, de que una especie de violencia había estremecido el aire. No sabía exactamente qué había hecho ni cómo afrontar la voz de su conciencia. Se lo contaría a Martha en cuanto ella volviese, pensó. Sería un paso hacia la comprensión de lo que acababa de hacer. Pero Martha regresó y Charlie no le dijo nada. Temió que si la ponía al corriente del problema, la inteligencia de su esposa no hiciera sino confirmar su culpa. «Pero ¿por qué no me has telefonado a casa de los Lissom? —habría preguntado—. Yo hubiera vuelto a casa y tú podrías haber cogido el coche.» Era una mujer demasiado compasiva para aceptar cruzada de brazos, como él estaba haciendo, la idea de que un amigo, un vecino, yacía en su casa moribundo. Martha subió directamente. Él se sirvió un poco más de whisky. Si hubiera telefonado a los Lissom, si ella hubiera regresado a cuidar de los niños para que él pudiera ir a ayudar a Gee-Gee, ¿podría haber hecho el viaje de vuelta con semejante nevada? Podría haber puesto las cadenas en los neumáticos, pero ¿dónde estaban? ¿En el automóvil o en el sótano? No lo sabía. No las había usado ese año. Pero quizá para entonces ya hubieran despejado las carreteras. Tal vez había acabado la tormenta. Esta última y angustiosa posibilidad lo puso enfermo. ¿Le habría traicionado el cielo? Encendió la luz de fuera y, a regañadientes, vacilante, se acercó a la ventana.

La nieve limpia despidió un centelleo zalamero y el rayo de luz resplandeció en la atmósfera vacía y apacible. Probablemente había dejado de nevar pocos minutos después de que él hubo entrado en casa. ¿Cómo podía haberlo sabido él? ¿Cómo podía exigírsele que tuviera en cuenta los caprichos del tiempo? ¿Y qué decir de aquella mirada de los niños, tan severa, tan clara, tan afirmativa de que a aquella hora le correspondía estar con ellos, y no socorriendo a borrachos que habían perdido la oportunidad de ser tomados en serio?

Entonces lo asaltó la imagen de Gee-Gee, abrumadoramente desvalido, y recordó a Peaches de pie en la entrada del domicilio de los Waterman, gritando: «¡Vuelve! ¡Vuelve a mí!» Invocaba al hombre joven que Charlie no había conocido, pero resultaba fácil imaginar cómo habría sido: equilibrado, alegre, generoso, fuerte... ¿Y por qué se había ido al traste todo aquello? «¡Vuelve! ¡Vuelve!» Peaches parecía invocar la dulzura de un día de verano: rosales en flor, puertas y ventanas abiertas al jardín. Su voz abarcaba todo aquello; era como la ilusión de una casa abandonada a la luz de los últimos rayos de sol. Una mansión desmoronándose, una casa encantada para los niños y un quebradero de cabeza para la policía y los bomberos, aunque al ver sus resplandecientes ventanas a la puesta del sol, uno podría creer que sus antiguos habitantes han vuelto. La cocinera pasa el rodillo sobre la pasta en la cocina. El olor del pollo sube por la escalera trasera. Las habitaciones del frente están ya dispuestas para recibir a los niños y a sus muchos amigos. Un fuego de carbón arde en la chimenea. Después, a medida que la luz se retira de las ventanas, la auténtica fealdad del lugar resurge en el crepúsculo con renovada fuerza, y conforme las notas de aquel verano de hace tanto tiempo abandonaban la voz de Peaches, va haciéndose perceptible la irrevocable, la desesperada confusión en su rostro inocente. «¡Vuelve! ¡Vuelve!» Charlie se sirvió un poco más de whisky, y al llevarse el vaso a la boca, oyó que cambiaba el viento y vio —la luz de fuera seguía encendida— que los copos caían girando de nuevo, con el vengativo torbellino de la ventisca. La carretera era intransitable; no podría haber hecho el viaje. El cambio de tiempo le había procurado una dulce absolución, y contempló la nieve con una sonrisa de amor, pero siguió en pie hasta las tres de la mañana, aferrado a la botella.

A la mañana siguiente, Charlie tenía los ojos inyectados en sangre, y temblaba; a las once se escabulló de la oficina y se tomó dos martinis. Bebió otros dos antes del almuerzo, otro más a las cuatro y dos en el tren, y llegó a cenar a casa haciendo eses. Las consecuencias del exceso de bebida nos resultan familiares a todos nosotros; aquí sólo nos interesa el lado humano del caso, y Martha se vio por fin impulsada a hablar con él. Lo hizo con muchísima suavidad.

—Estás bebiendo mucho, cariño —dijo—. Has estado bebiendo demasiado las tres últimas semanas.

—Lo que yo beba o no es asunto mío. Ocupate de tus cosas y yo me ocuparé de las mías.

La cosa fue a peor, y ella tenía que hacer algo. Acudió a ver al párroco en busca de consejo: era un joven de buena presencia, que practicaba a la vez la psicología y la liturgia. La escuchó comprensivamente.

—He pasado esta tarde por la casa del párroco —dijo esa noche Martha al volver a casa—, y he hablado con el padre Hemming. Le ha extrañado que no fueras a la iglesia y quiere hablar contigo. Es un hombre tan guapo —añadió, intentando que lo que acababa de decir no pareciera algo planeado—, que me pregunto por qué no se habrá casado.

Borracho, como de costumbre, Charlie llamó a casa del párroco.

—Oiga, padre —dijo—. Mi mujer me dice que usted la ha estado entreteniendo esta tarde. Pues bien, no me gusta. Más vale que le quite las manos de encima, ¿entendido? Ese condenado traje negro que usted lleva no me impresiona gran cosa. Apártese de mi mujer o le reventaré su hermosa naricita.

Acabó por perder su empleo, tuvieron que mudarse e iniciaron su peregrinaje, como Peaches y Gee-Gee, en el camión dorado y escarlata.

¿Y qué ocurrió con Gee-Gee?, ¿qué fue de él? Aquel ebrio ángel de la guarda, alborotado el pelo y las cuerdas de su arpa rotas, al parecer revoloteaba aún por encima de donde Gee-Gee yacía. Después de haber telefoneado a Charlie aquella noche, llamó a los bomberos. Llegaron al cabo de ocho minutos justos, con un repiqueteo de campanas y un aullido de sirenas. Lo acostaron, le sirvieron un trago y uno de los bomberos, que no tenía otra cosa que hacer, se quedó haciéndole compañía hasta que Peaches volvió de Nassau. El bombero y el enfermo se lo pasaron espléndidamente, comiendo todos los filetes del congelador y bebiendo más de un litro de bourbon todos los días. Gee-Gee ya era capaz de caminar cuando regresaron Peaches y los niños; abandonó aquella vida desordenada, para la cual parecía mucho más capacitado que su vecino Charlie, pero una vez más tuvieron que mudarse al final de aquel año y, al igual que los Folkestone, desaparecieron de las ciudades de las colinas.

Simplemente dime quién fue

Will Pym era un hombre hecho a sí mismo; es decir, había comenzado su vida adulta sin un céntimo ni una sola relación —aparte de la amistad general que une a un hombre con otro—, y había llegado a la vicepresidencia de una empresa de mantas de rayón. Todos los años donaba una suma considerable a la prisión de Baltimore, que lo había puesto en el buen camino, y podía contar unas cuantas anécdotas sobre la época en que había trabajado de jornalero, mucho, mucho tiempo atrás. Pero su aspecto y su conducta eran los de un hombre de clase media alta, con una brizna, un ápice a lo sumo, de las inquietudes de un hombre que ha librado una encarnizada batalla para ingresar algún dinero en el banco. Es cierto que los mendigos, los ancianos andrajosos, los hombres y las mujeres mal abrigados que engullen una mala comida bajo las luces tenues de una cafetería cualquiera, los barrios bajos y las sórdidas ciudades industriales, los rostros que se ven en las ventanas de las casas de huéspedes y hasta un simple agujero en los calcetines de su hija podían recordarle su juventud y hacerlo sentirse incómodo. Ni siquiera le gustaba ver los signos de la pobreza. La mansión colonial holandesa en la que vivía con tantísimas ventanas iluminadas, sólido tejado, calefacción central, la cálida ropa de sus hijos y el hecho de haber sido capaz de llevar a cabo algo plausible y coherente a pesar de sus míseros comienzos eran para él fuentes de gran placer. Nunca olvidaba —y en ocasiones evocaba con cierto resentimiento— que la mayoría de sus socios y todos sus amigos y vecinos retozaban en los céspedes de Groton, Deerfield u otra universidad por el estilo hacia la misma época en que él sacaba de la biblioteca pública manuales para mejorar su gramática y su vocabulario. Reconocía, sin embargo, que aquel tenue rencor contra la gente cuya evolución había seguido cauces más fáciles era una mezquindad de su carácter. Teniendo en cuenta su corpulencia física, resultaba pasmoso que hubiera conservado como imagen de sí mismo la de un joven famélico que contemplaba un escaparate iluminado bajo la lluvia. Era un hombre grueso y alegre, cuya cara redonda parecía un pudín. A todo el mundo le alegraba verlo, del mismo modo que uno se pone contento cuando ve aparecer, a la hora del postre, un plato delicado, fragante y nutritivo, preparado a base de huevos frescos, nuez moscada y nata.

Will no se había casado hasta después de haber cumplido los cuarenta años y haberse trasladado a Nueva York. Hasta entonces no había tenido tiempo ni dinero, y las carencias de su juventud no habían sido endulzadas por mucho amor natural. Su madrastra —en camión para estar más cómoda, y con un sombrero de flores por coquetería— se pasaba la vida sentada junto a la ventana de su cuarto de estar de Baltimore, bebiendo jerez en una taza de café. No era la típica borrachina jovial, y lo que tenía que decir solía ser amargo. La estampa que ofrecía quizá hubiese vuelto a Will un tanto escéptico con respecto a la riqueza de las relaciones humanas. Tal vez aquello contribuyó a retrasar su matrimonio. Cuando por fin se casó, eligió a una mujer mucho más joven que él: una muchacha pelirroja de carácter dulce y ojos verdes. A veces ella lo llamaba Papi. Will estaba tan orgulloso de ella y hablaba con tanto entusiasmo de su belleza que cuando la gente la conocía quedaba siempre desilusionada. Pero Will había sido pobre, desvalido y solitario, así que al volver a casa al término de la jornada, a los brazos de una mujer bonita y cariñosa, al quitarse en el recibidor el abrigo y el sombrero, literalmente gemía de placer. Cada mueble que María compraba le parecía santificado por su gusto y su encanto. Un taburete o un juego de cacerolas lo deleitaban de tal manera que cubría de besos la cara y el cuello de su mujer. Era derrochadora, pero al parecer él quería una

mujer pueril y caprichosa, y las inverosímiles excusas que ella prodigaba por haber adquirido algo caro y superfluo despertaban en Will la más honda ternura. María no era una gran cocinera, pero cuando le ponía delante un plato de sopa de lata, la noche que tenía libre la sirvienta, él se levantaba de su asiento en la mesa y la abrazaba con gratitud.

Al principio vivieron en un gran apartamento situado en las calles setenta del East Side. Salían muy a menudo. Will aborrecía las fiestas, pero ocultaba su disgusto en atención a su joven esposa. Cuando cenaban fuera, la miraba a través de la mesa, a la luz de una vela, y al verla reírse, charlar y exhibir los anillos que él le había comprado, suspiraba profundamente. Siempre aguardaba con impaciencia a que la fiesta acabase para estar solos de nuevo y poder besarla en un taxi o en una calle desierta. Cuando María quedó embarazada, él no acertó a describir su dicha. Toda evolución en el estado de su mujer lo dejaba atónito; seguía embelesado en los preparativos que ella hacía para la llegada del bebé. Su asombro llegó al pasmo cuando nació su primera hija, cuando vio fluir leche de los pechos de la madre y cuando advirtió que ésta sentía por su bebé la más natural ternura.

Los Pym tuvieron tres niñas. Al nacer la tercera, se mudaron a una zona residencial de las afueras. Por entonces Will pasaba de la cincuentena, pero llevó en brazos a María hasta la entrada, encendió un fuego en la chimenea y ofició toda clase de ritos amorosos y sentimentales al tomar posesión de la casa. A decir verdad, se diría que a menudo hablaba demasiado de María. Estaba ansioso por que se luciera. En las fiestas, interrumpía la conversación general y anunciaba: «María va a contarnos ahora algo muy divertido que ha ocurrido en el Club de Mujeres.» Rumbo a la ciudad en el tren, proclamaba las opiniones de su mujer sobre la temporada de béisbol o los impuestos. Si cenaba solo en un hotel de Rochester o Toledo —viajaba a menudo por cuestión de negocios—, enseñaba a la camarera una foto de María. La vez que fue jurado en un proceso, los demás miembros del mismo lo supieron todo acerca de María mucho antes de concluir la deliberación a puerta cerrada. Y cuando fue a pescar salmones en Terranova, se preguntaba constantemente si su esposa estaría bien.

Un sábado, a principios de primavera, dieron una fiesta en su casa de Shady Hill para celebrar su décimo aniversario. Unas veinticinco o treinta personas brindaron con champán a su salud. Casi todos los invitados eran de la edad de María. A Will no le gustaba verla rodeada de hombres jóvenes, y controlaba sus idas y venidas con un interés casi paternal. Si ella se escabullía a la terraza, él no andaba muy lejos. Pero era un buen anfitrión, y mantenía un admirable equilibrio entre el placer que le proporcionaban sus huéspedes y el júbilo que sentía al pensar que pronto se habrían ido todos. Vio a María hablando con Henry Bulstrode al otro extremo de la habitación. Podría haberse supuesto que diez años de matrimonio habían afeado la silueta de María y labrado arrugas en su cara, pero él sólo era capaz de ver que su belleza se había perfeccionado. Una atractiva joven estaba hablando con él, pero su admiración por María lo tenía distraído.

—Pídale a María que le cuente lo que ha pasado con el florista esta mañana —dijo a la chica.

Avanzada la tarde del domingo, los Pym dieron un paseo con sus hijas, como solían hacer cuando hacía buen tiempo. Era aquella época del año en que los bosques no han recobrado aún sus hojas y se percibe una dulzura inexplicable, un perfume tan intenso como el de las rosas, mezclada con el olor de las cosas marchitas y cambiantes, a pesar de que nada está en flor. Las niñas iban delante. Will y María caminaban cogidos del brazo. Casi había anochecido. Cuervos encaramados en altos pinos se llamaban roncamente unos a otros. Era esa hora de un día —o una noche— de primavera en que sentimos de repente la oscuridad de los bosques y el frío y la humedad de todos los arroyos y los estanques próximos, en que nos damos cuenta de que hasta hace un minuto el mundo estaba iluminado

únicamente por la luz del sol, y de que la ropa que llevamos es fina.

Will se detuvo, sacó una navaja del bolsillo y empezó a grabar las iniciales de ambos en la corteza de un árbol. ¿Qué sentido tendría señalar que su pelo era ralo? Quería expresar su amor. La juventud y la belleza de María habían inspirado sus sentidos y abierto su mente de tal forma que la tierra parecía extenderse ante él como un vasto mapa de razón y sensualidad. La presencia de María embellecía el canto de los cuervos. Con respecto al futuro de sus hijas, cuyas voces sonaban allí abajo, en el sendero, albergaba toda suerte de esperanzas prácticas. Ahora poseía todas las cosas de las que había carecido.

Pero María estaba cansada, tenía frío y hambre. Se habían acostado a las dos de la mañana, y le costaba esfuerzo mantener los ojos abiertos mientras paseaban por el bosque. Al llegar a casa tendría que preparar la cena. Fiambres o chuletas de cordero, pensó dubitativa mientras observaba a Will grabando sus iniciales dentro de un corazón y traspasándolo con una flecha.

—Ah, eres tan hermosa —lo oyó murmurar en cuanto acabó—. Tan joven y bonita.

Will gimió; la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Ella seguía preocupada por la cena.

No mucho después, la noche de un lunes, María se hallaba sentada en el cuarto de estar, atando a las ramas de un árbol unas flores de papel. Formaba parte del comité que se ocupaba de la decoración para la Fiesta de la Flor del Manzano, un baile de disfraces con fines benéficos que se celebraba todos los años en el club de campo. Will leía una revista mientras aguardaba a que ella terminara su trabajo. Llevaba zapatillas y un batín de brocado rojo —regalo de María— que formaba gruesos pliegues en torno a su estómago y lo hacía parecer más gordo. Las manos de María se movían velozmente. Cuando terminaba de cubrir con flores una rama, la sostenía en alto y decía: «¿No queda bonito?» Después la colocaba en un rincón donde nacía el lindero de un bosque de ramas florecidas. Los tres niños dormían arriba.

Aquel tipo de trabajo era el que mejor hacía María. No le gustaba asistir a las reuniones para la reforma de la escuela primaria que solían celebrarse por la mañana temprano, ni asomar la nariz en sucias cocinas de hospitales, ni reunirse con otras mujeres al atardecer para discutir las tendencias de la narrativa moderna. Había intentado ser secretaria del Club de Mujeres, pero sus actas resultaban tan tergiversadas que habían tenido que sustituirla, no sin cierto resentimiento por su parte. La noche del día en que la destituyeron de su cargo, Will la encontró hecha un mar de lágrimas, y necesitó horas para consolarla. Él disfrutaba con aquellos infortunios. María era joven y hermosa, y cualquier adversidad que la impulsara a recurrir a él en demanda de auxilio afianzaba la posición de Will. Más tarde, cuando le encomendaron que se hiciera cargo de la rifa de una estola de visón a fin de obtener fondos para el hospital, la recaudación fue tan exigua que Will tuvo que faltar un día a la oficina para enderezar las cosas. Ella lloró y él la consoló, mientras que un marido más joven hubiera expresado cierta impaciencia. Will no alentaba su incompetencia, pero atribuía esta característica a la delicadeza de sus ojos y a su palidez.

Mientras ataba las flores, hablaba sobre la fiesta. Iba a actuar una orquesta de doce instrumentos. La decoración nunca había sido tan bonita. Esperaban recaudar diez mil dólares. La

modista ya le había entregado su disfraz. Will le preguntó cómo era el vestido, y ella le dijo que subiría a ponérselo. Para aquel baile solía ir disfrazada de personaje histórico francés, y Will no sentía especial curiosidad.

María bajó media hora después y se encaminó al espejo que había junto al piano. Llevaba zapatillas doradas, pantalones muy ajustados, de color rosa, y un ligero corpiño de terciopelo cuyo escote dejaba ver la división entre sus pechos.

—Voy a cambiarme totalmente el peinado, por supuesto —dijo—. Y todavía no he decidido qué joyas voy a llevar.

Una terrible tristeza invadió a Will. El ceñido disfraz —tuvo que limpiarse las gafas para verlo mejor— exhibía toda la hermosura que él idolatraba, y asimismo expresaba la perfecta inocencia de María ante la maldad del mundo. La lascivia y la consternación embargaron el ánimo del pobre Will. No era capaz de contrariarla, pero no podía consentir que María provocase escandalosamente a sus vecinos, un grupo de hombres que en aquel momento de perturbación le parecieron voraces, juveniles, lujuriosos y bestiales. Al contemplarla mientras posaba feliz ante el espejo, pensó que su mujer tenía aspecto de niña —de doncella, por lo menos— abocada a una perdición obscena. En su rostro dulce y suave y en su pecho medio desnudo vio toda la tristeza de la vida.

—No puedes ponerte eso, mami.

—¿Qué?

María se apartó del espejo.

—Mami, te vas a morir con eso tan apretado.

—Todo el mundo va a llevar pantalones como éstos, Will. Helen Benson y Grace Heatherstone se pondrán unos pantalones así.

—Ellas son distintas —dijo él tristemente—. Son muy distintas. Son mujeres duras, tercas, cónicas y mundanas.

—¿Y yo qué soy?

—Tú eres encantadora e inocente. No comprendes que los hombres son como lobos.

—No quiero ser encantadora e inocente todo el tiempo.

—Oh, mami, ¡no lo dirás en serio! ¡No querrás decir eso! No sabes lo que estás diciendo.

—Sólo quiero pasármelo bien.

—¿No te lo pasas bien conmigo?

Ella se echó a llorar. Se tumbó de bruceas sobre el sofá y se tapó la cara. Sus lágrimas actuaron como un corrosivo sobre la resolución de Will al inclinarse sobre el cuerpo esbelto y desgraciado de su

esposa. Durante años se había preguntado si una mujer joven le causaría problemas. Ahora, con las gafas empañadas y el batín que formaba pliegues sobre su estómago, contemplaba el dilema cara a cara. ¿Cómo negar algo a la inocencia y a la belleza, incluso aunque se hallen en grave peligro?

—De acuerdo, mami, de acuerdo —dijo. El también se encontraba al borde de las lágrimas—. Puedes ponértelo.

A la mañana siguiente, Will emprendió un viaje que lo llevó a Cleveland, Chicago y Topeka. Telefonó a María el martes y el miércoles por la noche, y la criada le dijo que había salido. Pensó que estaría decorando el club. Los crepés que desayunó el martes le sentaron mal en el acto, y le provocaron un dolor de estómago que no consiguió curar ninguna de las muchas medicinas que llevaba en su maleta. El viernes hubo neblina en Kansas, y esa noche su avión despegó con retraso. En el aeropuerto comió un trozo de pastel de pollo que le sentó aún peor. Llegó a Nueva York la mañana del domingo; tuvo que ir directamente a su despacho y no salió hacia Shady Hill hasta última hora de la tarde. Era el día de la fiesta, y María seguía en el club. Will estuvo alrededor de una hora en el exterior de la casa, rastrillando hojas muertas de los macizos de flores. Cuando su mujer volvió, él pensó que María tenía un aspecto espléndido: buen color, ojos brillantes.

Enseñó a Will el atuendo que había alquilado para él. Era un traje de cota de malla provisto de yelmo. A Will le agradó porque era un disfraz. Exhausto y malhumorado, pensó que necesitaba uno para el baile. Después de bañarse y afeitarse, María lo ayudó a enfundarse la cota de malla. Arrancó algunas plumas de avestruz de un sombrero viejo y las encajó alegremente en el yelmo. Will fue a mirarse al espejo, pero en el preciso momento en que se plantó delante, se le cerró la visera y no logró abrirla. Bajó a la planta baja agarrándose a la barandilla —la cota de malla era pesada—, usó como cuña para abrir la visera una guía de ferrocarriles doblada y se sentó a beber algo. María bajó con sus ceñidísimos pantalones rosa y sus zapatillas doradas, y Will se levantó para admirarla. Ella dijo que no podría dejar temprano el baile, porque formaba parte del comité; si Will quería volver a casa, ya encontraría ella a alguien que la trajese. Él jamás había regresado sin ella de una fiesta, y aborreció la idea. María se puso un chal, besó a los niños y salió con su marido a cenar en casa de los Bearden.

Allí, la fiesta estuvo muy concurrida y se prolongó hasta muy tarde. Tomaron cócteles hasta después de las nueve. A la hora de la cena, Will se sentó junto a Ethel Worden. Era una mujer joven y bonita, pero llevaba dos horas bebiendo martinis; tenía la cara cansada y los ojos enrojecidos. Declaró que amaba a Will, que siempre lo había querido, pero Will miraba a María, que estaba al final de la mesa.

A pesar de la distancia, le pareció captar algo decisivo en el juego de sombras que velaba el rostro de María. Le hubiera gustado estar lo bastante cerca para oír lo que decía.

Ethel Worden no le facilitó las cosas.

—Somos pobres, Will —dijo tristemente—. ¿Sabías que somos pobres? Nadie se da cuenta de que hay gente así en un vecindario como éste. No podemos permitirnos el lujo de tomar huevos en el desayuno. Ni el de pagar a una mujer que venga a limpiar. Tampoco podemos comprar una lavadora, ni...

Antes de terminar el postre, varias parejas se levantaron para dirigirse al club. Will vio que Trace Bearden daba el chal a María, y se puso en pie de un salto. Quería llegar al club a tiempo de bailar el primer baile con ella. Cuando salió afuera, Trace y María ya se habían ido. Pidió a Ethel Worden que lo acompañara en coche. Ella accedió encantada. Al aparcar en el estacionamiento del club de campo, Ethel empezó a llorar. Era pobre, solitaria y víctima del desamor. Atrajo a Will hacia sí y lloró sobre el hombro de la cota de malla mientras él miraba por las ventanillas traseras de la camioneta para ver si reconocía el coche de Trace Bearden. Se preguntó si María ya habría entrado en el club o si también estaría en aprietos en el interior de un vehículo aparcado. Secó las lágrimas de Ethel, le habló con ternura y ambos entraron en el local.

Se había hecho tarde —era más de medianoche—, y aquel baile era siempre para él como un castigo. La pista estaba atestada; plumas, coronas, cabezas de animales y turbantes se mecían a la tenue luz. Era la hora en que la orquesta acelera el ritmo, en que los tambores se vuelven más graves y los maduros bailarines estallan en gritos de deseo y júbilo, agarran a su pareja por la cintura y ensayan todo tipo de ritmos juveniles y desenfundados: el *shimmy*, el charlestón, el *hop* y la danza del vientre.

Will bailó torpemente con su cota de malla. De vez en cuando vislumbraba a María, pero no consiguió llegar hasta ella. Al ir hacia el bar en busca de una copa, la vio en el otro extremo de la habitación, pero la muchedumbre era tan densa que no pudo acercarse. Un puñado de hombres la asediaban. La buscó en el salón durante el descanso, pero no la encontró. Cuando la música empezó de nuevo, dio a la orquesta diez dólares y le pidió que tocara *I Could Write a Book*. Era la música de ambos. Ella la oiría en medio del alboroto. Se acordaría de su matrimonio, abandonaría a su compañero e iría en su busca. Will esperó solo al borde de la pista mientras duró la canción.

Después, desalentado, cansado por el viaje y el peso de su disfraz, se encaminó hacia el salón, se quitó el yelmo y se quedó dormido. Al despertar media hora más tarde, vio que Larry Helmsford salía con Ethel Worden hacia el aparcamiento por la puerta que daba a la terraza. Ethel se tambaleaba. Atraído por una ruidosa algarabía, Will volvió a la sala de baile. Alguien había prendido fuego a un tocado de plumas. Lo estaban apagando con champán. Eran más de las tres de la mañana. Se puso el yelmo, abrió la visera con una caja de cerillas doblada y se fue a casa.

María bailó la última pieza. Tenía un vaso de vino de la última botella que quedaba. Ya había amanecido. La orquesta se había marchado, pero un pianista seguía tocando y unas cuantas parejas bailaban a la luz del día. Se estaban organizando desayunos en grupo, pero ella rechazó las invitaciones para poder volver a casa en el coche de los Bearden. Will quizá estuviese preocupado. Se despidió del matrimonio y se detuvo un momento en la escalera de delante para respirar un poco de aire. Había perdido el bolso. Las escamas de un dragón le habían rasgado los pantalones. Su ropa olía a vino derramado. La dulzura del aire y la pureza de la luz la conmovieron. La fiesta le pareció un galimatías. Había bailado con cuantos hombres había querido, pero en absoluto con los más adecuados. Los centenares de flores de papel que había atado a las ramas, y que a cierta distancia parecían de verdad, pronto irían a parar al cubo de la basura.

Los árboles de Shady Hill albergaban millones de pájaros —alondras, tordos, petirrojos, cuervos—, y su canto empezaba a inundar la atmósfera. La prístina luz y el sonoro cántico le recordaron un ideal: un modo de vida sencillo en el que ella se secase las manos en un delantal y Will retornase a casa desde el mar; ideal que ella había traicionado. Ignoraba por qué había fracasado, pero la suave luz matutina iluminaba despiadadamente su fracaso. Empezó a llorar.

Will estaba dormido, pero se despertó cuando María abrió la puerta de la calle.

—¿Mami? —preguntó mientras ella subía la escalera—. ¿Mami?... Hola, mami. ¡Buenos días!

María no respondió.

Él vio sus lágrimas, los pantalones rasgados y las manchas de vino. Ella se sentó ante el tocador, apoyó la cara en el espejo y rompió a llorar.

—¡No llores, mami! ¡No llores! No me importa, mami. Creí que me importaría pero pienso que en realidad no es importante. Ni siquiera lo mencionaré nunca. Vamos, ven a la cama. Ven a la cama y duerme un rato.

Sus sollozos aumentaron. Will se levantó, fue hasta el tocador y la rodeó con sus brazos.

—Ya te dije lo que ocurriría si te ponías ese vestido, ¿no? Pero ya no importa. Nunca te preguntaré nada sobre ello. Lo olvidaré todo. Pero ven a la cama y descansa un rato.

La cabeza de María daba vueltas, y la voz de Will zumbaba, monótona, acallando los sonidos matutinos. Entonces, el amor ansioso, la lastimera pasión de su marido pudo más que su paciencia.

—Me da igual. Estoy dispuesto a olvidarlo —insistió Will.

Ella se liberó de su abrazo, cruzó el dormitorio, salió al pasillo y le cerró en las narices la puerta de la habitación de huéspedes.

Abajo, sentado ante una taza de café, Will cayó en la cuenta de que su vigilancia sobre la vida de María había sido cualquier cosa menos concienzuda. Si ella hubiera querido engañarlo, no podría haber planeado su vida de manera más conveniente. En verano, excepto los fines de semana, estaba sola la mayor parte del tiempo. Él pasaba fuera una semana al mes por motivos de trabajo. Ella iba a Nueva York siempre que le apetecía, y en ocasiones de noche. Justo una semana antes del baile había ido a la ciudad a cenar con unas viejas amigas. Pensaba volver a Shady Hill en el tren de las once. Will fue a la estación en coche a recogerla. Era una noche lluviosa, y él recordaba haber esperado en el andén con humor bastante taciturno. En cuanto divisó las luces distantes del tren, la perspectiva de recibirla y llevarla a casa cambió su estado de ánimo. Cuando el tren se detuvo y sólo vio bajar a Charlie Curtin —un tanto achispado—, Will sufrió una decepción y se inquietó. Poco después de haber vuelto a casa sonó el teléfono. Era María, diciendo que había perdido el tren y que no podía estar en casa antes de las dos. A esa hora, Will estaba de nuevo en la estación. Seguía lloviendo. María y Henry Bulstrode eran los únicos pasajeros. Ella corrió por el andén bajo la lluvia para besar a Will. El recordaba haber visto lágrimas en sus ojos, pero en aquel momento no había pensado nada al respecto. Ahora sí se hacía preguntas sobre aquellas lágrimas.

Pocas noches antes, ella había dicho después de cenar que quería ir al cine en el pueblo. Will se había ofrecido a llevarla, aunque estaba cansado, pero ella le respondió que ya conocía su aversión por el cine. En aquella ocasión le pareció raro que, antes de ponerse en camino para la sesión de las nueve, María se hubiera dado un baño, y cuando ella bajó, él oyó el susurro de un vestido nuevo bajo su abrigo de visón. Se quedó dormido antes de que ella volviese y, por lo que él sabía, ella podía muy bien haber regresado al alba. Siempre le pareció un detalle generoso que María no insistiera nunca en

que él la acompañase a las reuniones de la Asociación de Progreso Cívico, pero ¿cómo podía Will saber si María iba a discutir la fluorización del agua o a verse con un amante?

Recordó algo que había ocurrido en febrero. El Club de Mujeres había organizado una función de beneficencia. Will sabía de antemano que María iba a expresar, mediante un baile, las opiniones del Comité de Acontecimientos Actuales sobre los impuestos. Salió al escenario al compás de la música de *A pretty Girl is Like a Melody*. Lucía un largo vestido de noche, guantes y unas pieles —la indumentaria clásica de una artista de *striptease*—, y, para consternación de Will, recibió una calurosa acogida. María recorrió el escenario y se despojó de las pieles entre aplausos, gritos y hasta algún silbido. Al siguiente estribillo se quitó los guantes. Will fingía divertirse, pero había empezado a sudar. Al tercer estribillo se quitó el cinturón. Ahí acabó todo, pero los estruendosos aplausos que premiaron la actuación de su mujer resonaban aún en sus oídos y le calentaban las orejas.

Pocas semanas atrás, Will había almorzado en la parte alta de la ciudad, cosa que rara vez hacía. Al bajar por Madison Avenue creyó ver a María delante de él, acompañada de otro hombre. El traje rojo oscuro, el abrigo de piel y el sombrero eran indudablemente suyos. No reconoció al hombre. Dejándose dominar por el impulso en lugar de actuar con cautela, había gritado su nombre: «¡María! ¡María!» Una muchedumbre llenaba la calle; lo separaba de la pareja la distancia de media manzana. Antes de dar alcance a la mujer, ésta había desaparecido; tal vez había cogido un taxi o entrado en una tienda. Esa noche, cuando le dijo a María, con fingida alegría, que creía haberla visto en Madison Avenue, ella replicó, enfadada: «Pues no era yo.» Después de cenar, alegó que le dolía la cabeza y pidió a Will que durmiera en el cuarto de los huéspedes.

La tarde del día que siguió al baile, Will llevó a las niñas de paseo sin María. Fue indicándoles, como siempre hacía, el nombre de los árboles.

—Esto es un ginko... Y eso es un sauce llorón... Este olor acre viene del boj que hay en el hueco.

Quizá debido a que él carecía de estudios, le gustaba adoptar un tono didáctico cuando estaba con las niñas. Recitaban los nombres de los estados de la Unión a la hora de comer, hablaban de geología en algún que otro paseo, y señalaban por sus nombres las estrellas del cielo si anochecía mientras estaban fuera. Will se había propuesto mostrarse alegre esa tarde, pero la imagen de sus hijas caminando delante de él lo entristeció, porque parecían símbolos vivientes de su desazón. En realidad, no había pensado en dejar a María —se resistía incluso a concebir tal idea—, pero se olía la atmósfera de una separación. Al pasar junto al árbol donde había grabado sus iniciales, pensó en la prodigiosa maldad del mundo.

La casa estaba oscura cuando regresaron por el sendero de entrada al concluir el paseo: oscura y fría. Will encendió algunas luces y calentó el café que había hecho para el desayuno. Llamaron al teléfono, pero no contestó. Llevó una taza de café al cuarto de los huéspedes, donde estaba María. Al principio pensó que seguía durmiendo. Al encender la luz vio que estaba incorporada sobre las almohadas. Sonrió, pero él respondió cautelosamente a sus encantos.

—Te traigo un café, mami.

—Gracias. ¿Ha sido agradable el paseo?

—Sí.

—Ya me encuentro mejor. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—No me siento con fuerzas para ir a ver a los Townsend.

—Entonces tampoco iré yo.

—Oh, ¿por qué no, Will? Por favor, ve a la fiesta y al volver me lo cuentas todo. Anda, vete.

Ahora que ella lo apremiaba, la fiesta le pareció una buena idea.

—Tienes que ir, Will —insistió María—. Habrá cantidad de chismes sobre el baile de anoche. Te enteras de todos y vienes a contármelos. Por favor, ve a la fiesta, querido. Me sentiré culpable si te quedas en casa por mí.

Ante la casa de los Townsend había coches aparcados a ambos lados de la calle, y todas las ventanas de la gran vivienda estaban brillantemente iluminadas. Will entró a la luz de las lámparas y de la chimenea y observó el animado bullicio humano de la reunión con un sincero deseo de vencer su decaimiento. Fue al piso de arriba para dejar su abrigo. Se lo entregó a Bridget, una anciana irlandesa. No era una sirvienta fija, sino que trabajaba por horas en casi todas las grandes fiestas de Shady Hill. Su marido era portero del club de campo.

—Así que su mujer no ha venido —dijo con su dulce acento regional—. Bueno, no puedo decir que se lo reproche.

Se rió de repente. Se cogió las rodillas con las manos y se meció.

—No debería decírselo, ya lo sé, Dios me perdone, pero al barrer el aparcamiento esta mañana, Mike ha encontrado dos zapatillas de color dorado y un cinturón azul de lazo.

Una vez abajo, Will habló con su anfitriona, quien le dijo que lamentaba la ausencia de María. Al atravesar la sala lo abordó Pete Parsons; lo llevó junto a la chimenea y le contó un chiste. Will había ido en busca de esas cosas, y su estado de ánimo comenzó a mejorar. Pero al separarse de Pete y dirigirse hacia la puerta del bar, vio que Biff Worden le cerraba el paso. El episodio de la indigencia de Ethel, sus lágrimas y su salida hacia el aparcamiento en compañía de Larry Helmsford seguía fresco en su memoria. No quería ver a Biff Worden. No le gustaba que Biff pudiera componer una expresión alegre y franca después de que su esposa fue seducida en la camioneta de Helmsford.

—¿Sabes lo que Mike Reilly encontró en el aparcamiento esta mañana? —preguntó Biff—. Unas zapatillas y un cinturón.

Will dijo que iba a buscar una copa y se alejó de Biff, pero los Chesney obstruían el paso entre la sala y el bar.

En casi todas las zonas residenciales de las afueras hay siempre algún encantador matrimonio

joven especialmente dotado para ejercer, en pareja, la función de embajadores. Matrimonios así son los que encuentran a Fulanito de Tal en el tren y se lo llevan al auditorio. Son los que organizan un torneo de tenis tras otro y se ocupan de los casos más difíciles en las campañas de recaudación de fondos; son aquellos en quienes confía una anfitriona para animar a los que se aburren, pasar el apio relleno, insuflar vida a una conversación mortecina y expulsar a los borrachos. Sus relaciones familiares y sociales son indescriptiblemente ricas y diversas, y físicamente constituyen modelos de atractivo y elegancia; francos, benevolentes, acicalados, en sus ojos brillan la amistad y la confianza. Los Chesney eran ese tipo de pareja.

—Me alegro mucho de verte —dijo Mark Chesney, quitándose la pipa de la boca y apoyando una mano en el hombro de Will—. Te eché de menos en el baile de ayer, aunque vi a María divirtiéndose. Pero quiero hablarte de algo más importante. ¿Me concedes un minuto? No sé si tú sabes que este año me encargo del programa de educación de adultos en el instituto. El número de inscritos es desalentador, y el martes viene una conferenciante para la que quisiera reunir bastante público. Se llama Mary Bickwald y va a hablar sobre problemas matrimoniales, relaciones extramatrimoniales y todo eso. Si tú y María estáis libres el martes, creo que podría interesaros.

Los Chesney entraron en la sala y Will prosiguió su camino hacia el bar.

El bar estaba lleno de gente ruidosa y agradable, y Will se alegró de sumarse a la concurrencia y tomar una copa. Empezaba a sentirse el mismo de siempre cuando el rector de la iglesia de Cristo se le acercó, le estrechó la mano y se lo llevó aparte.

El rector era un hombre voluminoso, y, a diferencia de algunos de sus colegas de otras zonas residenciales, vestía sin prevención alguna el negro traje clerical. Cuando él y Will se veían en cócteles, solían hablar de mantas. Will había donado muchas a la iglesia, para misiones y albergues. Los pastores que se arrodillaban sobre la paja, a los pies de la Virgen María, en la representación de Navidad, se arropaban con mantas hechas en la fábrica de Will. Como no esperaba otra cosa que un pedido de mantas, le sorprendió oír al rector que le decía:

—Quiero que sepas que puedes venir a mi despacho cuando quieras, Will, y hablar conmigo si algo te preocupa.

Will estaba dando las gracias al rector por la invitación cuando apareció Herbert McGrath.

Era un banquero rico e irritable. En el fondo de su cerebro parecía existir la aprensión —la pesadilla— de que, sin la clase de orden que él representaba, el mundo se derrumbaría. Despreciaba a los hombres que corrían para atrapar el tren de la mañana. En el vagón de no fumadores era habitual que la gente encendiera cigarrillos en cuanto el tren se aproximaba a la estación Grand Central, y esta infracción le enfurecía tanto que le habría gustado dar una palmadita en el hombro de alguno de sus vecinos y decirle que el vagón para fumadores se hallaba al final del tren. Además de su insistencia en el respeto a las convenciones, poseía una curiosa vena de superstición. Cuando caminaba a lo largo del andén por las mañanas, miraba alrededor. Si veía una moneda, apartaba a empujones a los demás viajeros y se agachaba para recogerla.

—Da buena suerte, ¿sabe? —explicaba al guardarse la moneda en el bolsillo—. Uno necesita buena suerte y cerebro.

Ahora quería hablar sobre la inmoralidad demostrada en la fiesta, y Will decidió volverse a casa.

Dejó su vaso sobre el mostrador del bar y echó a andar pensativamente por el pasillo que conducía a la sala. Iba cabizbajo, y tropezó con la señora Walpole, una mujer muy fea.

—Veo que su mujer no se ha recuperado lo suficiente para dar la cara hoy en público —dijo ella alegremente.

Un destino singular parece abatirse sobre las mujeres feúchas hacia el final de las fiestas, como al final de los viajes. Se les deshacen los rizos y los lazos, se les quedan adheridas a los dientes partículas de comida; se les empañan las gafas, y la amplia sonrisa con la que proyectaban seducir al mundo se les convierte en el habitual rictus de descontento y amargura. La señora Walpole se había arreglado valerosamente para asistir a la fiesta, pero el tiempo (estaba bebiendo jerez) había destruido a la postre el efecto que pretendía causar: daba la impresión de que alguien se hubiese sentado encima de su sombrero, su voz era estridente, y la camelia prendida en su hombro se había marchitado.

—Pero supongo que María lo ha mandado a enterarse de lo que están diciendo de ella.

Will dejó a la señora Walpole y subió la escalera para recoger su abrigo. Bridget se había ido, y Helen Bulstrode, sola y luciendo un vestido rojo, estaba sentada en el pasillo. Era una borracha. En Shady Hill la trataban amablemente. Su marido era agradable, rico e indulgente. En aquel momento estaba muy bebida, y fuera lo que fuese lo que se había propuesto olvidar cuando ese día se sirvió la primera copa, hacía mucho tiempo que se había perdido en el barullo. Se meció un poco en su silla mientras Will se ponía el abrigo, y de repente empezó a hablarle torrencialmente en francés. Will no entendía palabra. La voz de Helen aumentó de volumen y se hizo más furiosa, y cuando él bajó al vestíbulo, ella fue a llamarlo desde lo alto de la escalera. Will se marchó sin despedirse de nadie.

María se encontraba en el cuarto de estar leyendo una revista cuando llegó Will.

—Oye, mami —dijo—. ¿Puedes decirme una cosa? ¿Perdiste tus zapatillas anoche?

—Perdí el bolso —dijo María—, pero las zapatillas creo que no.

—Haz memoria. No es lo mismo que un impermeable o un paraguas. Normalmente la gente se acuerda de si ha perdido los zapatos.

—¿Qué te pasa, Will?

—¿Perdiste las zapatillas?

—No lo sé.

—¿Llevabas un cinturón?

—¿De qué me hablas, Will?

—Dios santo, ¡tengo que averiguarlo!

Subió al dormitorio, que estaba a oscuras. Encendió una luz en el armario de ella y abrió el cajón donde guardaba su calzado. Había muchísimos pares, y entre ellos zapatos de color bronce, color oro y color plata, y los estaba revolviendo cuando vio a María en la puerta.

—Oh, Dios mío, ¡perdóname, mami! —exclamó—. ¡Perdóname!

—¡Oh, Willie! Mira lo que has hecho con mis zapatos.

Will se sintió muy bien por la mañana, y tuvo un buen día en la ciudad. A las cinco fue en metro a la parte alta y cruzó maquinalmente la estación para coger el tren. Una vez dentro, tomó asiento junto al pasillo y hojeó las estupideces del periódico vespertino. Un anciano había presentado una demanda de divorcio contra su joven esposa por la causa de adulterio; el hecho de que esta reseña no lograra afectarle no sólo satisfizo a Will, sino que lo hizo sentirse excepcionalmente en forma y feliz. El tren se encaminaba hacia el norte bajo un cielo todavía salpicado de luz.

Llovía ligeramente cuando se apeó en Shady Hill. «Hola, Trace —dijo—. Hola, Pete. Hola, Herb.» En torno a él, sus vecinos saludaban a sus mujeres, a sus hijos. Subió por Alewives Lane hasta Shadrock Road, dejando atrás filas y filas de casas iluminadas. Metió el coche en el garaje, rodeó la casa hasta la entrada delantera y observó sus tulipanes, que brillaban bajo la lluvia y la luz del porche. Dejó que el gato zalamero se pusiese a cubierto de la humedad, y Flora, la más pequeña de sus hijas, corrió por el recibidor para besarlo. Fue como si algo muy hondo en su espíritu respondiese al recibimiento de la cariñosa criatura y a la visión de las habitaciones inundadas de luz. Will tuvo la sensación de que nunca tendría menos que aquello en su vida. Dentro de nada estaría sentado en una silla plegable, bajo el sol de junio, contemplando a Flora graduarse en Smith.

María acudió a recibirlo con un vestido de seda gris, color y tela que la favorecían. Tenía los ojos brillantes y grandes, y besó con ternura a su marido. Entonces sonó el teléfono, porque era la hora en que el teléfono suena sin parar en las zonas residenciales anunciando reuniones, propalando chismes, pidiendo donativos e invitando a fiestas. Contestó María, y Will la oyó decir: «Sí, Edith.»

Will fue al cuarto de estar a prepararse un cóctel, y pocos minutos después llamaron a la puerta. Edith Hastings, buena vecina y mujer amistosa, entró en la habitación precediendo a María. Protestaba: «No debería entrar de este modo en tu casa.» Sin dejar de disculparse, se sentó y cogió el vaso que le tendía Will. Éste nunca la había visto con un color tan vivo ni una mirada tan radiante.

—Charlie está en Oregón —dijo—. Esta vez estará fuera tres semanas. Quería que yo te hablase sobre unos manzanos, Will. El pensaba hablar contigo antes de marcharse, pero no tuvo tiempo. Puede conseguir una docena de manzanos en un semillero de Nueva Jersey, y quería saber si a tí no te gustaría comprar seis.

Edith Hastings era una de esas mujeres (y había muchas en Shady Hill) cuyos maridos dedicaban mensualmente tres semanas a viajes de negocios. Vivía, conyugalmente hablando, como la esposa de un pescador que faenase en los Grandes Bancos, pero sin ninguna de las tradiciones marineras como compensación. Todas —o casi todas— aquellas viudas estaban libres de la acusación de no haber afrontado valientemente sus problemas. Recaudaban fondos para el cáncer, pro cardíacos, cojera, sordera y enfermedades mentales. Cultivaban plantas tropicales en un clima caprichoso, tejían,

hacían cerámica, se ocupaban amorosamente de sus hijos y hacían todo lo imaginable para sobrellevar la irremediable ausencia de sus hombres. Mujeres solitarias, desarrollaban una natural inclinación al chismorreó.

—No tienes por qué contestarme ahora mismo, desde luego —prosiguió Edith, sin que Will le hubiera respondido—. En realidad, no creo que debas decidirte hasta que Charlie haya vuelto de Oregón. De todas formas, no creo que haya una época especial para plantar manzanos, ¿no? Y a propósito de manzanos, ¿qué tal la fiesta?

Will le dio la espalda y abrió una ventana. Fuera llovía mansamente, pero dudó de que fuese el tiempo lo que había avivado los colores de Edith y el brillo de sus ojos. Oyó la respuesta de María y a continuación la nueva pregunta de Edith:

—¿Cuándo os marchasteis? —No logró disimular la excitación que se apoderaba de su voz—. Tengo entendido que un cinturón y un par de zapatillas...

Will giró sobre sus talones.

—¿Has venido aquí sólo para hablar de eso? —preguntó, secamente.

—¿Cómo?

—¿Has venido solamente a hablar de eso?

—En realidad, he venido a hablar de los manzanos.

—Hace seis meses que le di un cheque a Charlie para comprarlos.

—Charlie no me lo ha dicho.

—¿Y por qué iba a decírtelo? Todo estaba arreglado.

—Bueno, creo que vale más que me vaya.

—Sí, por favor, hazlo —dijo Will—. Vete, por favor. Y si alguien te pregunta cómo estamos, dile que estupendamente.

—¡Oh, Will, Will, Will! —exclamó María.

—Parece que he venido en un mal momento —señaló Edith.

—Y cuando telefonees a los Trencher, los Farquarson, los Abbott y los Bearden, díles que me importa un bledo lo que sucedió en el baile. Díles que inventen chismes sobre otros. Que imaginen alguna inmundicia sobre el nombre de Fuller Brush, el majadero que reparte huevos o el jardinero de los Slater, pero que a nosotros nos dejen en paz.

Edith se fue. María, que lloraba, lo miró con tal odio que a él casi se le cortó la respiración. Luego subió la escalera con su vestido de seda gris y cerró la puerta de su dormitorio. Él la siguió y la

encontró tumbada a oscuras sobre la cama.

—¿Quién fue, mami? —preguntó—. Dime nada más quién fue y lo olvidaré todo.

—No fue nadie —respondió ella—. No hubo nadie.

—Escucha, mami —dijo con voz grave—. Sé que no debo creerlo. No quiero reprochártelo. No te lo pregunto por eso. Simplemente quiero saberlo para poder olvidarlo.

—¡Por favor, déjame en paz! —gritó ella—. Déjame sola un rato, por favor.

Al despertar de madrugada en el cuarto de huéspedes, Will lo vio todo muy claro. Se quedó atónito al comprobar que la intensidad de su sentimiento le había ofuscado el juicio. El canalla era Henry Bulstrode. Henry estaba con ella en el tren cuando María volvió a las dos de la mañana aquella noche lluviosa. Henry había silbado cuando ella bailó en el Club de Mujeres. El día que había creído reconocer desde lejos a María en Madison Avenue, la cabeza y los hombros del hombre que iba con ella eran los de Henry. Y entonces recordó la cara macilenta de la pobre Helen Bulstrode en la fiesta de los Townsends; el rostro de una mujer que se había casado con un libertino. Precisamente trataba de olvidar los devaneos de su marido. El alcohólico torrente de francés que Helen le había soltado seguramente había sido una parrafada sobre Henry y María. La cara de Henry Bulstrode, sonriendo con desnuda y lasciva burla, apareció en el centro de la habitación de invitados. Sólo se podía hacer una cosa.

Will se bañó, se vistió y desayunó. María seguía durmiendo. Todavía era temprano cuando terminó el café, y decidió ir andando a la estación. Bajó por Shadrock Road con el paso enérgico del hombre maduro. En la estación, pocos viajeros esperaban el tren de las ocho y diecinueve. Trace Bearden se reunió con él, y más tarde Biff Worden. Y entonces Henry Bulstrode salió de la sala de espera, sonrió mostrando sus dientes blancos y, frunciendo el ceño, se concentró en el periódico. Sin advertencia alguna, Will se acercó a él y lo derribó de un puñetazo. Las mujeres gritaron, y el altercado que siguió fue muy confuso. Herbert McGrath, que no había visto la cosa desde el principio, supuso que Henry la había iniciado y se interpuso, diciéndole: «¡Basta ya, joven! ¡Basta ya!» Trace y Biff inmovilizaron los brazos de Will, y se lo llevaron rápidamente al otro extremo del andén. Allí le preguntaron: «¿Estás loco, Will? ¿Te has vuelto loco?» El tren de las ocho y diecinueve asomó por la curva, la búsqueda de asientos interrumpió la reyerta y, cuando el jefe de estación se precipitó al andén para ver lo que pasaba, el tren había partido y ya no quedaba nadie.

Lo más asombroso era lo bien que se sentía Will al subir al tren. Ahora reemprendería su fructífera vida con María. Volverían a pasear los domingos por la tarde, a jugar a adivinar palabras junto a la chimenea, a podar los rosales, a amarse el uno al otro bajo el rumor de la lluvia y a escuchar el canto de los cuervos. Y esa tarde le compraría un regalo en prenda de su amor y su perdón. Le compraría perlas, oro o zafiros; en todo caso, algo caro; quizá esmeraldas; un obsequio que ningún hombre joven pudiera costearse.

Brimmer

Un personaje como Brimmer³ no despierta el interés de nadie, porque los hechos son indecentes y obscenos; pero entonces no habría que visitar los museos, los jardines y las ruinas, donde la obscenidad es tan abundante como las margaritas en Nantucket. En la superpoblación de estatuas que hay en torno al Mediterráneo, abundan más los sátiros que los héroes y los dioses. Como son en general indeseables en una sociedad organizada, parece que el rechazo tiene como único efecto hacerlos más agresivos, y están en todas partes: en Paestum y en Siracusa, en los patios lluviosos y en los portales al norte de Florencia. Están hasta en los jardines de la Embajada norteamericana. No me refiero a esos guapos chicos de orejas puntiagudas, aunque es posible que Brimmer fuera en sus tiempos uno de ellos; hablo de sátiros más viejos, de rostro arrugado y largo rabo. Se los representa con uvas o flautas, y alzan o bajan la cabeza en actitud de regocijo. Aparte de las orejas puntiagudas, no poseen rostro de animales, sino rasgos humanos, en ocasiones juveniles y atractivos, pero la edad avanzada no modifica en absoluto la gozosa inclinación de la cabeza ni la mirada de obsceno regocijo.

Hablo de un amigo, un conocido, en realidad; lo conocí en el curso de una tempestuosa travesía de Nueva York a Nápoles. Me fijé en él principalmente a causa de su actitud en el bar. Sus pupilas eran incoloras y alargadas como las de un macho cabrío. Ojos risueños, se hubiera dicho, aunque, a veces, vidriosos. En cuanto a las flautas, no tocaba ningún instrumento musical, que yo sepa; lo de las uvas ya es otro cantar, porque casi siempre tenía un vaso en la mano. Muchos sátiros se sostienen sobre una pierna cruzada, la otra por delante —la punta del pie hacia abajo, el talón hacia arriba—, y él adoptaba en el bar esa misma postura, con las piernas cruzadas, la cabeza erguida, con aquella mirada de permanente regocijo y las uvas, por así decirlo, en su mano derecha. Era alegre —ingenioso, deferente y perspicaz—, pero aunque no lo hubiera sido tanto, me habría visto forzado a beber y a hablar con él de todas formas. Exceptuando a la señora Troyan, no había a bordo nadie más con quien hablar.

A decir verdad, ¡qué insípido es viajar! A mediodía, cuando suena la sirena, la orquesta toca y ya se han lanzado los confetis, nos parece que nos han embarcado engañados, algo que se sostiene gracias al patronazgo de los solitarios y los extraviados: gentes de segunda clase, emocionalmente hablando. Vuelve a sonar la sirena. Retiran cabos y pasarelas, y el barco empieza a moverse. Se difuminan en la distancia los rostros tiernamente amados de amigos y conocidos, y al subir a cubierta para despedirnos con grandísima emoción del horizonte neoyorquino, descubrimos que la lluvia oculta los edificios. Luego suena el carillón y bajamos a comer un copioso almuerzo. El barco se veía muy anticuado, y esto podría explicar el escalofriante desasosiego que sentimos al comparar la elegancia de los salones con la alborotada inmensidad del mar. ¿Qué haremos hasta la hora del té? ¿Y entre el té y la cena? ¿Y entre la cena y la hora de apostar a los caballos? ¿Qué haremos desde ahora mismo hasta el momento de desembarcar?

Era el barco más antiguo de la línea, y aquel mes de abril realizaba su última travesía del Atlántico. Muchos antiguos viajeros subieron a despedirse de sus célebres dependencias interiores y a

³ En inglés, *brimmer* significa copa llena hasta el borde. (*N. del T.*)

birlar uno o dos ceniceros, pero tanto sentimentalismo no dejó ni uno, y cuando sonó el aviso de visitantes a tierra y bajaron todos, por fin nos dejaron, por así decirlo, solos. Era un mediodía triste y lluvioso; había oleaje en el canal y, fuera, galerna y mar de fondo. Se advertía al instante que la antigüedad del barco no era sólo cuestión de chimeneas de mármol y pianos de cola. Aquello era una bañera. La primera noche a bordo me fue imposible dormir, y al subir a cubierta por la mañana vi que el vendaval había dañado uno de los botes salvavidas. Abajo, en segunda clase, unos pasajeros inmunes al desaliento trataban de jugar al ping-pong bajo la lluvia. La escena resultaba deprimente y no ofrecía buenas perspectivas a los jugadores, que finalmente desistieron. Pocos minutos después, un error de cálculo del timonel hizo que una pared de agua se desplomase sobre un costado del barco, y un mar encrespado inundó la cubierta de popa. La mesa de ping-pong sobrenadaba, y de pronto la vi deslizarse por la borda y reaparecer más allá de popa meciéndose en la estela del navío, como recordándonos qué arcano debe de parecerle el mundo a quien cae al agua en alta mar.

Abajo, pusieron en un cerco y ataron el mobiliario portátil, como si fueran a venderlo todo. Tendieron cuerdas a lo largo de los pasillos, y metieron la totalidad de los tientos de palmeras en una especie de mazmorra. Hacía calor, un calor terrible y húmedo, y la música constante de la orquesta del barco parecía prestar —si ello fuera posible— un aire aún más melancólico a los elegantes salones, literalmente abandonados y como perdidos en aquel ámbito. Los músicos tocaron esa mañana y durante todo el viaje, para nadie; tocaban día y noche en aquellas salas vacías de gente y repletas de sillas atornilladas al suelo. Interpretaban ópera, vieja música de baile, fragmentos entresacados de *Show Boat*. Ahogando el estruendo de aquel mar semejante a una cordillera móvil, sonaba sin cesar la música, agotadora y frenética. Y realmente no había nada que hacer. Era imposible escribir cartas, hasta tal punto se balanceaba todo; y si te sentabas a leer en una butaca, se te salía de debajo para luego volver a ceñírsete, como un columpio. No se podía jugar a las cartas ni tampoco al ajedrez; ni siquiera era posible jugar al Scrabble. La tristeza, la música continua y escasamente alegre y el mobiliario amarrado hacían de todo aquello una especie de sueño desventurado, y yo, el soñador, vagaba por el barco hasta las doce y media, hora en que me iba al bar. Los parroquianos asiduos eran entonces una familia del sur (papá, mamá, hermana y hermano), que iban a pasar un año en el extranjero. Papá se había retirado, y aquél era su primer viaje. Solían estar allí también dos mujeres a las que el camarero identificaba como «una mujer de negocios romana» y su secretaria. Luego, Brimmer, yo mismo, y un poco más tarde, la señora Troyan. El segundo día a bordo tomé unas copas con Brimmer. Yo diría que era un hombre más o menos de mi edad, delgado, de manos muy cuidadas que resultaban, por alguna razón, notorias, una voz suave aunque nunca monótona y un encantador sentido de la urgencia —una vivacidad—, que por lo visto no tenía nada que ver con el nerviosismo. Almorzamos y cenamos juntos, y bebimos en el bar después de la cena. Habíamos frecuentado los mismos sitios, pero no teníamos conocidos comunes, y no obstante parecía ser una excelente compañía. Al separarnos abajo (su camarote era contiguo al mío), yo estaba contento de haber encontrado a alguien con quien poder charlar los diez días que teníamos por delante.

A las doce del día siguiente, Brimmer estaba en el bar, y mientras conversábamos apareció la señora Troyan. Brimmer la invitó a reunirse con nosotros, y ella aceptó. Vistos desde la altura de mis años, los suyos eran muy pocos. Un hombre más joven le habría calculado una treintena larga, no sin advertir que las patas de gallo en torno a sus ojos no podían borrarse ya. Para mí, aquellas arrugas eran señales claras de capacidad probada para los juegos del ingenio y la pasión. Era una mujer indescriptiblemente encantadora. Ni su pelo oscuro, ni su palidez, ni sus brazos torneados, ni su vivacidad, ni la pesadumbre que se dibujó en su rostro cuando el camarero nos habló de un hijo suyo enfermo en Génova, ni sus imitaciones del capitán del barco, ni tampoco la impresión que daba de ser una mujer hermosa y brillante habituada a que la encontrasen deliciosa, nada de todo esto agotaba la

enumeración de sus encantos.

Comimos y cenamos juntos los tres, y bailamos en el salón después de la cena. Éramos los únicos que bailaban, pero cuando cesó la música y Brimmer y la señora Troyan se volvían otra vez hacia el bar, yo me disculpé y bajé a acostarme. La velada había sido agradable, y en el momento mismo de cerrar la puerta del camarote pensé qué placentera habría sido la compañía de la señora Troyan allí a solas. Era imposible, por supuesto, pero el recuerdo de su pelo oscuro y sus blancos brazos seguía siendo intenso y prometedor cuando apagué la luz y me metí en la cama. Mientras pacientemente trataba de conciliar el sueño, caí de pronto en la cuenta de que la señora Troyan estaba en el camarote de Brimmer.

Me sentí indignado. Ella me había dicho que tenía marido y tres hijos en París, y ¿acaso se acordaba de ellos ahora? Brimmer y ella se habían conocido por casualidad esa misma mañana, ¡y qué anarquía carnal resquebrajaría el mundo si todo encuentro fortuito se consumase! Si hubieran esperado siquiera uno o dos días —tiempo suficiente para aparentar, por lo menos, que la relación física se apoyaba sobre una base sentimental o romántica—, creo que me habría parecido más aceptable. Tanta precipitación era, a mi entender, escéptica y depravada. Escuchando el ruido de los motores del barco y los débiles sonidos de ternura en la puerta de al lado, comprendí que mi vida acostumbrada había quedado atrás, mil nudos a popa, y que mi carácter no era muy propenso al internacionalismo. En cierto sentido, ambos eran europeos.

Pero los sonidos de la puerta contigua me causaron un efecto parecido al de recibir un telegrama estando de viaje: me pareció que me tambaleaba y caía de bruces, que me arañaba y magullaba aquí y allá, y diseminaba por el suelo mis pertenencias emocionales e intelectuales. No tenía sentido insistir en que no me había caído, pues cuando estamos tendidos en el suelo debemos levantarnos y sacudirnos la ropa. En cierto modo, es lo que hice, reconsiderando mis meditaciones sobre el matrimonio, la constancia, la naturaleza humana y la importancia del amor. Una vez que hube recogido mis pertenencias y adecentado mi aspecto, me quedé dormido.

La mañana fue nublada y lluviosa, y el viento se había vuelto frío. Vagabundé por la cubierta superior. Di cuatro vueltas hasta completar kilómetro y medio y no vi a nadie. La inmoralidad de la puerta de al lado debería haber modificado mi relación con Brimmer y la señora Troyan, pero no tenía más alternativa que confiar en verlos al mediodía en el bar. Carecía de recursos para alegrar un barco desierto y un mar tempestuoso. Mis depravadas amistades se hallaban en el bar cuando me presenté allí a las doce y media, y ya me habían pedido una copa. Me alegró estar con ellos, y pensé que tal vez lamentaban lo que habían hecho. Almorzamos juntos amigablemente, pero cuando propuse buscar a una cuarta persona para organizar una partida de bridge, Brimmer dijo que tenía que enviar unos telegramas, y ella que deseaba descansar. Después de la comida no había una alma ni en los salones ni en cubierta, y en cuanto la orquesta, deprimentemente, empezó a afinar los instrumentos para su próxima actuación, bajé a mi camarote, donde descubrí que tanto los telegramas de Brimmer como el reposo de su amiga eran meras invenciones destinadas por lo visto a engañarme: ella estaba otra vez en el camarote de él. Volví a subir y di un largo paseo por cubierta con un pastor episcopaliano. Estimé que era un hombre sumamente interesante, pero no me sacó del tema, porque el buen hombre se iba de vacaciones lejos de una parroquia donde el alcoholismo y la promiscuidad morbosa eran moneda corriente. Más tarde tomé un trago con el pastor en el bar, pero Brimmer y su compañera no aparecieron para cenar.

Estaban en el bar tomando un aperitivo antes de la comida del día siguiente. Pensé que ambos

parecían cansados. Probablemente habían comido unos bocadillos en el bar o se las habían arreglado de alguna otra manera, ya que no los vi en el comedor. Esa noche se despejó brevemente el firmamento —era la primera vez que ocurría en todo el viaje— y presencié el fenómeno desde la cubierta de popa en compañía de mi clerical amigo. ¡Cuánta más luz puede verse a bordo de un viejo barco que desde la cima de una montaña! Las fisuras en el cielo encapotado, lleno de vetas coloreadas de luz, las alturas y las extensiones me recordaron a mi querida esposa y a mis hijos, a nuestra granja de New Hampshire y a la modesta pirotecnia de las puestas de sol en aquellas tierras. Al bajar al bar antes de la cena, me encontré con Brimmer y la señora Troyan. No sabían que el cielo se hubiera despejado.

No vieron las Azores ni estuvieron presentes dos días después, cuando avistamos Portugal. Eran las cuatro y media o las cinco de la tarde. En primer lugar, aflojó un poco el balanceo del barco. Todavía se movía bastante, pero se podía ir de una parte a otra sin acabar de bruces en el suelo, y los camareros habían empezado a desatar las cuerdas y a volver a poner los muebles en su sitio. Luego, a babor, pudimos divisar unos acantilados; sobre ellos, colinas redondas se alzaban hasta formar una montaña, y en su cima había un fuerte o baluarte en ruinas, bajo pero hermoso, y detrás un banco de nubes tan denso que hasta que no nos aproximamos a la orilla no pudimos distinguir las nubes de la montaña. Unas cuantas gaviotas comenzaron a seguir nuestra estela, y entonces se hicieron visibles los chalets del puerto, y percibí el aroma inmemorial de las aguas costeras, un olor similar a las zapatillas de baño de mi abuelo. Allí el mar era diferente: laúdes, mansiones, redes de pesca, castillos de arena con banderas al viento y voces que llamaban a los niños para que dejaran de una vez la playa y fueran a cenar. Era la arribada, y al dirigirme hacia popa oí la campanilla del Sanctus en el salón de baile, donde el cura recitaba plegarias de acción de gracias sobre aguas que habrían visto, imagino, un millón de veces las campanillas y las velas de la misa. Todo el mundo se había congregado en la proa, felices como niños al ver Portugal. Todos se quedaron hasta tarde oliendo los bajíos y contemplando cómo las casas adquirían forma y las luces se iban encendiendo; todo el mundo, salvo Brimmer y la señora Troyan, que seguían encerrados en el camarote del primero cuando yo bajé, y que no habían visto absolutamente nada.

A la mañana siguiente, la señora Troyan desembarcó en Gibraltar, donde la esperaba su marido. Llegamos al Peñón al alba, un amanecer muy frío para ser abril, frío, desapacible y oloroso a nieve de las crestas nevadas africanas. No vi a Brimmer por ninguna parte; tal vez estaba en otra cubierta. Observé cómo un marinero metía el equipaje en un cúter, y luego la señora Troyan se embarcó en él ágilmente, con un abrigo sobre los hombros y un pañuelo al cuello. Desde la popa, empezó a agitar el pañuelo para despedirse de Brimmer, de mí o de los músicos, pues éramos las únicas personas con las que había hablado durante la travesía. Pero la embarcación se desplazaba más a prisa que mis emociones, y pasados los minutos que tardaron en agolparse mis dispersos sentimientos de ternura, el cúter se había alejado ya del barco y se perdieron el color y la forma de su cara.

Al zarpar de Gibraltar, pusieron de nuevo en sus respectivos sitios los tiestos de palmeras, retiraron los cabos de los pasillos y la orquesta reanudó su música; ésta seguía siendo tosca e insípida. Brimmer estaba en el bar a las doce y media y parecía muy abstraído; supuse que echaba de menos a la señora Troyan. No volví a verlo hasta después de la cena, en que se reunió conmigo en el bar. Algo, tal vez tristeza, nublabla su mente, y cuando me puse a hablar sobre Nantucket (donde ambos habíamos pasado algunos veranos), sus inmensas reservas de cortesía parecieron agotarse. Se disculpó y se fue; media hora después lo vi bebiendo en el salón con la misteriosa mujer de negocios y su secretaria.

Era el camarero quien primero había identificado a la pareja como una «mujer de negocios romana» y su secretaria. Más adelante, al comprobarse que la mujer hablaba una zafia mezcla de español e italiano, el camarero decidió que era brasileña, si bien el contable de a bordo me dijo que viajaba con pasaporte griego. La secretaria era una rubia de rasgos duros, y su patrona componía una figura tan asombrosamente desagradable —incluso cabría decir que perversa— que nadie le dirigía la palabra, ni siquiera los camareros. Llevaba el pelo teñido de negro y los ojos maquillados de tal manera que semejaban los de una víbora; su voz era gutural, y, fuera el que fuese su negocio, éste parecía haberla despojado de todo atractivo humano. Ambas iban al bar todas las noches, bebían ginebra y charlaban en un revoltijo de lenguas. Siempre estaban solas, hasta que Brimmer empezó a acompañarlas desde aquel atardecer.

La nueva amistad suscitó mi más natural y profunda desaprobación. Estaba yo hablando con la familia del sur, cuando, quizá una hora después, la secretaria llegó al mostrador, sola, y pidió whisky. Parecía tan trastornada que en lugar de imaginar intenciones obscenas en Brimmer juzgué toda la escena con un optimismo artificial y charlé voluntariosamente con la familia sureña sobre bienes raíces. Pero al bajar supe que la mujer de negocios estaba en el camarote de Brimmer. Hacían bastante ruido, y en un momento dado, hasta me pareció que se habían caído de la cama. Se oyó un golpe sordo. Podría haber derribado la puerta —como Carrie Nation⁴—, ordenándoles que se separaran, pero ¿existía iniciativa más ridícula?

Sin embargo, no podía dormir. Mi experiencia, mis observaciones me enseñaban que la clase de personalidad que aflora de este tipo de promiscuidad encarna un grado especial de fracaso humano. Digo observación y experiencia porque no quisiera aceptar los dogmas de ninguna otra autoridad: ninguna idea preconcebida que atempere el sentimiento de que la vida es una peligrosa aventura moral. Es difícil ser hombre, creo; pero las dificultades no son insuperables. No obstante, si por un momento descuidamos la vigilancia, tendremos que pagar un precio exorbitante. Nunca he visto una relación como la de Brimmer y la mujer de negocios que no se fundamente en la amargura, la indecisión y la cobardía —lo más opuesto al amor—, y estoy seguro de que si me permitiera yo la menor indulgencia al respecto, el pelo se me volvería blanco al instante, perdería la pigmentación de los ojos, tendría tendencia a sonreír con afectación y un rabo velludo se me enroscaría en los pantalones. Nadie que haya optado por tal forma de vida lo ha hecho, que yo sepa, sino como expresión de insuficiencia, de escandalosa y repugnante desgana a encarar las generosas fuerzas de la vida. Brimmer era amigo mío, y por tanto yo debía hacer cuanto estuviera en mis manos para lograr que se avergonzase profundamente de lo que estaba haciendo. Y con este consuelo conseguí dormir.

Al día siguiente estaba en el bar a las doce y media, pero no hablé con él. Tomé una ginebra con un hombre de negocios alemán que había embarcado en Lisboa. Quizá porque mi compañero era aburrido, no le quité a Brimmer los ojos de encima, en busca de algún indicio revelador: insipidez, o quizá amargura en su voz. Pero ni siquiera todo el peso de mi prejuicio, que era inmenso, pudo detectar, como me hubiera gustado, trazas de su fracaso humano. Era exactamente el mismo. La mujer de negocios y su secretaria se reunieron solas, después de la cena, y Brimmer hizo amistad con la familia sureña, tan obtusa o bien tan ingenua que no se había percatado de nada y no puso objeciones al hecho de que Brimmer bailara con la hermana y diera después con ella un paseo bajo la lluvia.

⁴ Carrie Nation (1846-1911) emprendió una enérgica cruzada contra el alcoholismo, el juego, el tabaco y la inmoralidad, llegando incluso en su fervor a destruir tabernas a hachazos. (*N. del T.*)

No volví a hablar con él durante el resto del viaje. Atracamos en Nápoles a las siete en punto de una mañana lluviosa, y ya había cruzado la aduana y me alejaba del puerto con mis maletas cuando Brimmer me llamó. Lo acompañaba una atractiva rubia de largas piernas que debía de ser veinte años más joven que él, y se ofreció a llevarme en coche a Roma. Retrospectivamente, creo que si acepté, si pasé por alto con enorme flexibilidad mi rotunda desaprobación, fue por mera aversión a la soledad. No quería viajar solo en tren hasta Roma. Acepté su invitación y los acompañé hasta la capital; paramos a comer en Terracina. Por la mañana salían para Florencia, y como mi destino era el mismo, seguí viaje con ellos.

Teniendo en cuenta el trato seductor de Brimmer con los animales y los niños pequeños —cautivaba a todos ellos— y su predilección (como descubrí más tarde) por las formas de oración franciscanas, valdrá tal vez la pena que relate lo que sucedió el día en que nos desviamos de la carretera y subimos a Asís para comer. Los prodigios no significan nada, pero lo cierto es que si empezamos un viaje por Italia, con truenos y un cielo casi ennegrecido por las golondrinas, prestamos más atención emocional a este espectáculo de lo que lo haríamos estando en nuestra patria. El tiempo había sido bueno toda la mañana, pero en cuanto nos desviamos hacia Asís se levantó el viento, y aun antes de llegar a las puertas de la población el cielo estaba ya oscuro. Comimos en una posada cerca del *duomo*, con vistas al valle y una buena panorámica de la tormenta a medida que ésta avanzaba carretera arriba y alcanzaba la ciudad santa. La oscuridad, el viento y la lluvia surgieron de pronto, con densidad insólita. Había un toldo sobre la ventana junto a la que estábamos sentados, y una palmera en un jardín a nuestros pies, y mientras almorzábamos vimos cómo el viento hacía trizas palmera y toldo. Al acabar de comer era como si en las calles hubiera anochecido. Un joven hermano nos hizo pasar al *duomo*, pero la total oscuridad nos impidió ver los Cimabues. A continuación, nos llevó a la sacristía y abrió con llave la puerta. En el instante en que Brimmer entró en el sagrado recinto, las ventanas estallaron bajo el embate del viento, y por un golpe de suerte nos salvamos de ser destrozados por el torrente de cristales rotos que se estrelló contra el mueble donde se guardan las reliquias. Durante el breve momento en que la puerta estuvo abierta, el viento irrumpió en la iglesia y apagó todas las velas; Brimmer, el hermano y yo hubimos de juntar nuestras fuerzas para cerrarla de nuevo. Después de esto, el religioso salió corriendo en busca de ayuda, y nosotros trepamos hasta la iglesia de más arriba. Al abandonar Asís, amainó el viento, y mirando atrás vi que las nubes desfilaban alejándose de la ciudad, la reluciente luz diurna bañándola entera.

Nos despedimos en Florencia y ya no volví a ver a Brimmer. Fue la rubia piernilarga quien me escribió en julio o en agosto a Estados Unidos, cuando ya estaba yo de vuelta en mi granja de New Hampshire. Me escribía desde un hospital de Zurich y la carta me había sido reenviada desde mi dirección en Florencia. «El pobre Brimmer está moribundo —escribía—. Y si usted pudiese venir aquí a verlo, sé que eso lo haría muy feliz. A menudo habla de usted, y sé que usted era uno de sus mejores amigos. Adjunto varios documentos que podrían interesarle, ya que es escritor. Los médicos no creen que pueda vivir otra semana...» El hecho de que se refiriese a mí como a un amigo revelaba sin duda la inmensidad de su soledad; y me pareció que desde el principio mismo yo había sabido que Brimmer iba a morir pronto, que su promiscuidad era una relación no con la vida sino con la muerte. Serían las cuatro o quizá las cinco de la tarde, la luz brillaba y reinaba en el aire esa reconfortante quietud que cae sobre el campo con los primeros indicios de la noche. No le dije nada a mi mujer. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella no conocía a Brimmer, y ¿para qué traer la muerte a tan tranquilo escenario? Recuerdo haberme alegrado. La carta databa de seis semanas antes. Ya habría muerto.

No creo que mi corresponsal hubiera leído los documentos que adjuntaba. Seguramente se referían a una época de su vida en la que Brimmer padecía algún tipo de depresión nerviosa. El primero era un chistoso ensayo en el que atacaba a la moderna taza del retrete, sosteniendo que la postura encogida a la que obligaba era desventajosa para aquellos músculos y órganos que deben entrar en acción. Seguía a éste una apasionada plegaria pidiendo limpieza de corazón. El ruego no parecía haber obtenido respuesta, ya que el siguiente escrito era un sucio tratado sobre el control sexual, seguido de una extensa balada titulada «Los altibajos de Jeremías Funicular». El poema constituía un nauseabundo relato de las aventuras eróticas de Jeremías, y hablaba de muchas mujeres casadas y solteras, así como de un mecánico de automóviles, un luchador y un farero. El texto era largo, y cada estrofa concluía con un estribillo lamentando el hecho de que Jeremías jamás hubiese tenido remordimientos, salvo cuando era malo con los niños, insensato con el dinero o glotón con el pan y la carne en las comidas. El último manuscrito eran los restos o fragmentos de un diario. «Gratissimo signore —escribía—, dedicado a las contraventanas que crujen, al amor de la señora Pigott, a las fragancias de la lluvia, a la franqueza de los amigos, a los peces del mar y especialmente al olor del pan y del café, puesto que simbolizan las mañanas y el resurgimiento de la vida.» Proseguía en esta vena, ora piadosa, ora lasciva, pero no leí más.

Mi mujer es encantadora, cautivadores mis hijos y delicioso este paisaje, y a la luz del verano me parecieron del todo muertos Brimmer y sus palabras. Me alegré de la noticia, y su muerte suprimió en apariencia la perplejidad que su persona me había causado. Recordé con cierta tristeza que Brimmer había sido capaz de transmitirme la sensación de que la exuberancia y el dolor de la vida eran un cristal contra el que él apretaba la nariz; que parecía dotado para dramatizar el sentido de la urgencia y la mortal seriedad de la vida. Recordé la delicadeza de sus manos, su voz suave y aquellos ojos conformados de tal modo que sus pupilas parecían las de un macho cabrío; pero me pregunté por qué habría fracasado Brimmer, y, a mi juicio, su fracaso era absoluto. ¿Quién de nosotros no pende de un hilo, teniendo debajo la anarquía carnal, y qué es ese hilo sino la luz del día? La diferencia entre la vida y la muerte no parecía mayor que la que hubo entre subir a cubierta para contemplar la llegada a Lisboa y quedarse en la cama con la señora Troyan. Recuerdo muy bien aquella entrada en puerto: el agradable olor salobre de las aguas costeras, similar al de las zapatillas de baño de mi abuelo; las voces distantes en la playa, las casas, las campanas del mar y las campanillas del Sanctus, el cántico del cura y todos los rostros de los pasajeros alzados, sonriendo deslumbrados por la vista de la tierra como si nada parecido hubiera existido antes.

Pero me equivocaba, y el lector puede situar el descubrimiento de mi error en cualquier sitio donde pueda hallarse cierto viejo ejemplar de *Europa* o *Época*. Es lunes y estoy pescando con arpón en compañía de mi hijo más allá de las rocas próximas a Porto San Stefano. Mi hijo y yo no hacemos muy buenas migas, y cuando mejor nos llevamos es cuando nos limitamos a estar en desacuerdo. Se diría que los dos queremos el mismo lugar bajo el sol, pero somos grandes amigos bajo el agua. Me encanta verlo allí abajo como un personaje de película, con la cabeza apuntando al fondo y los pies hacia arriba, empuñando el arpón mientras su esnórquel despidе aire y la arena, cuando él la remueve, asciende como si fuera humo. Aquí, en las aguas profundas entre las rocas, parece que esquivamos las tensiones que hacen tan fastidiosa nuestra relación en otros sitios. El paraje es hermoso. Con un leve chapoteo en la superficie, el sol baja al fondo marino como una gran malla de luz. Hay estrellas de mar que poseen los colores de una barra de labios, y flores blancas cubren todas las rocas. Y después de una *feſta*, después de cualquier domingo en que las playas hayan estado atestadas, a muchas brazas de profundidad se encuentran otras cosas: pedazos de papel de bocadillo, la página del crucigrama dé II

Messaggero y chorreantes ejemplares de *Época*. Desde las páginas finales de uno de ellos, Brimmer alza la mirada hacia mi en el fondo del mar. No ha muerto. Acaba de casarse con una actriz de cine italiana. Rodea con su brazo izquierdo el talle esbelto de su mujer, con el pie derecho cruzado delante del izquierdo y un vaso lleno en la mano derecha. Su aspecto no es mejor ni peor, y no sé si ha vendido su inteligencia y sus entrañas al diablo, o si por fin se ha encontrado a sí mismo. Subo a la superficie, me sacudo el agua del pelo y pienso que estoy a mil nudos de mi hogar.

La edad de oro

La idea de los castillos que nos hemos formado en la infancia es inalterable; entonces, ¿por qué tratamos de modificarla? ¿Para qué señalar que en el patio de un auténtico castillo crecen cardos y que un nido de culebras verdes guarda el umbral del desvencijado salón del trono? He aquí la torre del homenaje, el puente levadizo, las almenas y los torreones que conquistamos con nuestros soldados más valientes mientras estábamos postrados en cama por la varicela. El primer castillo fue inglés, y este otro fue construido por el rey de España durante la ocupación de la Toscana, pero el sentimiento de la supremacía imaginativa —el prestigioso señorío de la nobleza— es el mismo. Nada es insignificante en este tema. Resulta emocionante tomar un martini sobre las almenas, emocionante bañarse en la fuente, emocionante incluso bajar la escalera, de regreso al pueblo después de la cena, y comprar una caja de cerillas. El puente está bajado, las dobles puertas abiertas, y una mañana temprano vemos cruzar el foso a una familia cargada con los pertrechos de una comida campestre. Son norteamericanos. Nada de lo que hagan logrará ocultar del todo la enternecedora ridiculez, la torpeza del viajero. El padre es un hombre joven y alto, algo encorvado de hombros, de pelo rizado y hermosos dientes blancos. Su mujer es bonita y tienen dos hijos. Estos van armados de ametralladoras de plástico que sus abuelos les han enviado hace poco por correo. Es domingo, tañen las campanas, ¿y quién llevó las campanas a Italia? No las *vaca* de Florencia, sino las ásperas campanas campestres que repican sin tregua sobre los olivares y los paseos de cipreses, con una disonancia tan ajena al paisaje que podrían muy bien haber venido en las carretas de Atila. Ese apremiante tañido resuena en el último de los ancestrales pueblos de pescadores: en verdad, uno de los últimos en su género. La escalera del castillo baja serpenteando hasta un paraje encantador y remoto. No hay autobuses ni trenes hasta el lugar, no hay *pensioni* ni trenes, ni escuelas de arte, y tampoco turistas ni tiendas de souvenirs; ni siquiera hay una sola postal en venta. Los nativos llevan trajes pintorescos, cantan en el trabajo e izan vasijas griegas en sus redes de pesca. Es uno de los últimos lugares del mundo donde todavía pueden oírse las flautas de los pastores, se ven hermosas muchachas con corpiños holgados que nadie fotografía mientras transportan sobre la cabeza cestas de pescado, y se cantan serenatas en cuanto ha oscurecido. Bajando la escalera, los norteamericanos entran en el pueblo.

Las mujeres vestidas de negro, de camino a la iglesia, saludan con la cabeza y les dan los buenos días. «*Il poeta*», se dicen entre sí. Buenos días al poeta, a su mujer y a sus hijos. Su cortesía parece desconcertar al extranjero. «¿Por qué te llaman poeta?», pregunta el mayor de sus hijos, pero el padre no contesta. En la *piazza* hay ciertas pruebas de que el pueblo no es del todo perfecto. Ha salido a la luz lo que taparon las toscas carreteras. Los muchachos del pueblo, sentados como gallos en la barandilla alrededor de la fuente, llevan sombreros de paja inclinados sobre la frente y mascan cerillas de madera, y al andar se balancean como si hubieran nacido sobre una silla de montar, aunque en la localidad no hay un solo caballo que no sea de labranza. A los norteamericanos les parece muy triste que el resplandor azul verdoso del televisor del café haya empezado a transformarlos de marinos en vaqueros, de pescadores en gánsters, de pastores en delincuentes juveniles y maestros de ceremonias, sus vejigas hinchadas de Coca-Cola. «*È colpa mia*», piensa Seton, el supuesto poeta, mientras guía a su familia a través de la plaza hacia los muelles donde está amarrado su bote de remos.

El puerto es tan redondo como un plato de sopa y se acurruca entre dos acantilados; sobre el

que más se adentra en el mar se alza el castillo de torres redondas que los Seton han alquilado para el verano. Al contemplar el casi perfecto escenario, Seton extiende los brazos y exclama: «Dios mío, ¡qué paisaje!» Coloca una sombrilla en la popa del bote para su mujer y discute con los niños a propósito del sitio donde se van a sentar.

—¡Siéntate donde te he dicho, Tommy! —grita—. Y no quiero oír una palabra más.

Los chicos refunfuñan y comienzan a disparar con sus ametralladoras de juguete. Se hacen a la mar con tumulto ruidoso, aunque no enfurecido. Las campanas han enmudecido y se puede oír el jaleo del viejo órgano de la iglesia, con sus pulmones corroídos por el salitre. El agua costera es tibia y extraordinariamente sucia, pero más allá del muelle las aguas son tan claras, de tan bellos colores, que parecen un elemento más ligero, y cuando Seton atisba la sombra que proyecta el casco sobre la arena y las rocas a diez brazas de profundidad, da la impresión de que flotan sobre aire azul.

Hay correas en lugar de escálamos, y Seton boga enderezando la cintura y dejando caer todo su peso en los remos. Se cree muy diestro en ello, incluso pintoresco, pero nunca, ni siquiera de muy lejos, lo tomarían por italiano. En efecto, un aire delictivo, de vergüenza, delata al pobre hombre. La ilusión de que levitan, la encantadora tranquilidad del día —torres almenadas contra ese azul del cielo que parece un pedazo de nuestra conciencia— no bastan para erradicar ese sentimiento de culpa, sino que a lo sumo lo mantienen en suspenso. Es un impostor, un fraude, un delincuente estético; y, percibiendo estos sentimientos, su mujer le dice amablemente:

—No te preocupes, querido, nadie lo sabrá, y si lo saben, les tendrá sin cuidado.

Está preocupado porque no es un poeta, y este día perfecto lo exhorta, en cierto modo, a ajustar cuentas consigo mismo. No es un poeta ni mucho menos, y sólo aspira a ser mejor comprendido en Italia presentándose como tal. Su impostura es inofensiva: en realidad, se trata de una aspiración. Está en Italia simplemente porque desea llevar una vida más ilustre, para por lo menos ensanchar sus facultades de reflexión. Incluso ha pensado en escribir un poema que trate sobre el bien y el mal.

Hay muchos otros botes que bordean el acantilado. Todos los muchachos ociosos y amantes de la playa han salido a la mar, chocan entre sí las bordas de las embarcaciones, pellizcan a sus chicas y cantan en voz alta frases de *canzoni*. Todos saludan al *poeta*. Cortada a pico en el acantilado, en la costa hay terrazas de viñas, y toda ella está cubierta de romero silvestre, y en ese punto el mar ha tallado en la orilla calas arenosas. Seton enfila hacia la más grande, y sus hijos se zambullen desde el bote cuando están cerca de la playa. Atraca y desembarca la sombrilla y demás avíos.

Todos les hablan, todos los saludan con la mano, y todo el pueblo, salvo los que han ido a la iglesia, está en la playa. La arena es de color dorado oscuro, y el mar brilla como la curva de un arco iris: esmeralda, zafiro, añil y malaquita. La asombrosa ausencia de vulgaridad y censura en el espectáculo conmueve tanto a Seton que le parece que el pecho se le llena de una oleada de agradecimiento. ¡Esto es simplicidad —piensa—, esto es belleza, la gracia desnuda de la naturaleza! Nada un rato en las aguas frescas y vivificantes, y después del baño se tiende al sol. Pero de nuevo lo invade la inquietud, como si le perturbara una vez más el hecho de no ser un poeta. Y si no es un poeta, entonces, ¿qué es?

Es guionista de televisión. Tendido sobre la arena de la playa, debajo del castillo, yace el

cuerpo de un guionista de televisión. Su crimen consiste en que es el autor de una detestable comedia de enredo titulada «La familia Best»⁵. Cuando cayó en la cuenta de que, debido a su propia mediocridad, aquello nada tenía que ver con la vida real, y era en cambio una descomunal sucesión de estupideces, abandonó su trabajo y voló a Italia. Pero «La familia Best» había sido adquirida por la televisión italiana —aquí se titulaba «La famiglia Tosta»—, y las necedades que él había escrito llegarían a las torres de Siena, se oírían en las antiguas calles de Florencia y se deslizarían hasta los pasillos del palazzo Gritti, sobre el Gran Canal. Aquel domingo emitirían la obra, y sus hijos, que estaban orgullosos de él, habían divulgado la noticia por el pueblo. ¡Poeta!

Sus hijos libraban una batalla con las ametralladoras. La escaramuza constituye para él un desgarrador recuerdo del pasado. El poder corruptor de la televisión pesa sobre los inocentes hombros de los pequeños. Mientras los del pueblo cantan, bailan y recogen flores silvestres, sus hijos avanzan de roca en roca, fingiendo matar. Es un error, un error trivial, pero lo pone nervioso aunque no logra decidirse a llamarlos y tratar de explicarles que su habilidad para imitar los gritos y los gestos de hombres agonizantes podría agravar la incomprensión entre las naciones. Están equivocados, y el padre ve a las mujeres que mueven la cabeza ante la idea de un país tan bárbaro que incluso proporciona juguetes bélicos a los niños pequeños. «*Mamma mia!*» Uno lo ha visto todo en las películas. Uno no se atreve a pasearse por las calles de Nueva York a causa de la guerra de pandillas, y una vez que sales de Nueva York te encuentras en territorio virgen repleto de salvajes desnudos.

La batalla finaliza, los chicos se van a nadar, y Seton, que ha llevado consigo parte del equipo de pesca con arpón, explora durante una hora un saliente rocoso sumergido más allá de la extremidad de la cala. Se zambulle, nada entre un banco de peces transparentes, y un poco más lejos, donde el agua es oscura y fría, ve que un gran pulpo le mira aviesamente; encoge los miembros y se desliza en una cueva empedrada de flores blancas. En el fondo ve una vasija griega, una ánfora. Se zambulle otra vez para buscarla, toca con los dedos la áspera arcilla y emerge para coger aire. Una y otra vez, vuelve al fondo, y por fin saca el ánfora triunfalmente a la luz. Tiene forma rechoncha, cuello estrecho y dos pequeñas asas. Una banda de arcilla más oscura rodea al cuello. La vasija está casi partida en dos. A menudo se encuentran a lo largo de esta costa vasos de este tipo, y otros mucho más refinados, y cuando carecen de valor se ponen en las repisas del café, la panadería y la barbería, pero el valor del suyo es inestimable para Seton, como si el hecho de que un guionista de televisión fuese capaz de llegar al Mediterráneo y sacar a flote una ánfora griega fuese un presagio cultural de buen agüero, prueba de su valía personal. Celebra su hallazgo bebiendo un poco de vino, y ya ha llegado la hora de comer. Despacha la botella entera durante el almuerzo, y luego, como todo el mundo en la playa, se tumba a la sombra y se echa a dormir.

Inmediatamente después de despertar y refrescarse dándose un baño, vio que unos extranjeros se acercaban en un bote: una familia romana, pensó Seton, que venía a pasar el fin de semana en Tarlonia. Padre, madre e hijo. El padre manejaba torpemente los remos. La palidez de los tres forasteros, y también su actitud, los mantuvo apartados de la gente del pueblo: como si llegaran a la cala desde otro continente. Cuando estuvieron más cerca, pudo oírse a la mujer pidiendo a su marido que condujera la embarcación hasta la playa.

Las respuestas del marido eran malhumoradas y muy fuertes. Se le había acabado la paciencia. No era fácil llevar un bote de remos, dijo. No era fácil atracar en calles desconocidas donde, si se levantaba el viento, el bote podría hacerse pedazos, y entonces tendría que comprarle al propietario un

⁵ Juego de palabras: *Best* significa «mejor», pero es también un apellido relativamente corriente. Así, el título

bote nuevo. Y eran caros. La parrafada pareció incomodar a la mujer y cansar al niño. Madre e hijo iban en traje de baño, a diferencia del padre, que, con su camisa blanca, daba la impresión de no encajar del todo en el esplendoroso paisaje. El mar púrpura y los gráciles bañistas sólo consiguieron exacerbar su exasperación y, enrojecido por el fastidio y las molestias, profirió nerviosas e innecesarias advertencias a los nadadores, interrogó tenazmente a la gente de la orilla (¿cuánto cubre aquí?, ¿es segura la cala?), y finalmente volvió sano y salvo con su bote. Mientras llevaba a cabo la ruidosa maniobra, el chico sonrió furtivamente a su madre y ésta le devolvió otra sonrisa a hurtadillas. ¡Llevaban tantos años aguantando aquello! ¿No se acabaría nunca? Gruñendo y bufando, el padre ancló en medio metro de agua y madre e hijo saltaron por la borda y se alejaron nadando.

Seton observó al padre, que sacó del bolsillo un ejemplar de *Il tempo* y se puso a leer, pero la luz demasiado intensa lo cegaba. A continuación registró ansiosamente sus bolsillos para ver si a las llaves del coche y de la casa les habían salido alas y se habían marchado volando. Después achicó del bote cuatro dedos de agua con una lata. Luego examinó las gastadas correas que sujetaban los remos, consultó su reloj, comprobó el ancla, volvió a mirar la hora y observó el cielo, donde por todo signo de tempestad había una única nube. Por último se sentó y encendió un cigarrillo, y sus preocupaciones, convergiendo hacia él desde todos los puntos de la brújula, se centraron visiblemente en su frente. ¡Se habían dejado enchufado el calentador del agua, allá en Roma! Quizá en aquel mismo momento una explosión destruía su piso y todos los objetos de valor. La rueda delantera izquierda de su automóvil estaba un poco desinflada y probablemente habría perdido todo el aire, si es que no le habían robado el coche esos bandidos que siempre se encuentran en los pueblos pesqueros remotos. La nube que se veía hacia el oeste no era muy grande, a decir verdad, pero era el tipo de nube que anuncia mal tiempo, y las altas olas los zarandearían implacablemente en el camino de vuelta al doblar el cabo, y cuando llegaran a la *pensione* (donde ya habían pagado la cena), seguramente se habrían comido las mejores chuletas y bebido todo el vino. Que él supiera, el presidente de Estados Unidos podía haber sido asesinado durante su ausencia, y la lira devaluada. El gobierno quizá había caído. De repente se puso en pie y empezó a vociferar a su mujer y a su hijo. Era hora de irse, hora de volver. Se aproximaba la noche. Se avecinaba una tormenta. Llegarían tarde a la cena. Los atraparía el denso tráfico cerca de Fregene. Iban a perderse los buenos programas de televisión...

Su mujer y su hijo dieron media vuelta y nadaron hacia el bote, pero sin apresurarse. Sabían que no era tarde. No estaba oscureciendo ni había señales de tormenta. No se perderían la cena en la fonda. Sabían por experiencia que llegarían antes de que pusieran las mesas, pero no les quedaba otra opción. Subieron a bordo mientras el padre levaba el ancla, advertía a gritos a los bañistas y pedía consejo a los de la orilla. Por fin condujo el bote hasta la bahía y comenzó a bordear el cabo. Acababan de perderse de vista cuando uno de los chicos de la playa trepó a la roca más alta y agitó una camisa roja, gritando: «*Pesce cane! Pesce cane!*» Todos los bañistas se volvieron, aullando con excitación y levantando un remolino de espuma, y regresaron nadando a la orilla. Sobre la franja de mar donde habían estado se veía la aleta de un tiburón. La alarma había sido anunciada a tiempo, y el tiburón parecía contrariado conforme surcaba las aguas de color malaquita. Los bañistas se alinearon a lo largo de la orilla, señalándose mutuamente la amenaza, y un chiquillo de pie en aguas poco profundas gritaba: «*Brutto! Brutto! Brutto!*» Después, todo el mundo vitoreó a Mario, el mejor nadador del pueblo, que bajaba por el sendero con un largo fusil submarino. Mario trabajaba de albañil, y por alguna razón —tal vez por ser hombre laborioso—, nunca había encajado en aquel pueblo. Tenía las piernas demasiado largas o demasiado separadas, los hombros muy redondos o muy cuadrados, el pelo excesivamente ralo, y aquella exuberancia de la carne tan generosamente repartida

entre los demás muchachos había esquivado al pobre Mario. Su desnudez resultaba patética y enternecedora, como un extraño sorprendido en cierta intimidad. Le aplaudieron y lo aclamaron mientras avanzaba entre el gentío, pero ni siquiera logró dominar una sonrisa nerviosa y, apretando sus finos labios, se internó en el agua y nadó hacia la barra. Pero el tiburón se había ido, lo mismo que casi toda la luz del sol. El desencanto de una playa oscurecida incitó a los bañistas a recoger sus cosas y a iniciar el camino de regreso. Nadie esperó a Mario; a nadie pareció importarle. Se quedó en el agua oscura con su arpón en la mano, dispuesto a cargar sobre sus hombros la seguridad y el bienestar de sus vecinos, pero ellos le habían vuelto la espalda y cantaban al escalar el acantilado.

«Al diablo «La familia Tosta» —pensó Seton—. Que se vaya al infierno.» Era la hora más maravillosa de toda la jornada. Todo tipo de placeres —la mesa, el vino y el amor— se extendían ante él, y en medio de las crecientes sombras pareció despegarse suavemente de su responsabilidad para con la televisión, del fardo de dotar a su vida de un sentido. Ahora, el oscuro y vasto lienzo de la noche lo envolvía todo, y la conversación se interrumpía.

La escalera por la que subieron cruzaba las murallas que habían alquilado, festoneadas de flores, y en la extensión que se abría desde aquel punto hacia arriba, hasta el pórtico y el puente levadizo, resultaba más impresionante el acierto del rey, el arquitecto y los albañiles, pues un mismo hábito lo impregnaba todo del carácter militar inexpugnable, de majestuosidad y belleza. No había punto, recodo, torre ni almena donde dichos rasgos pareciesen separarse. Todas las murallas poseían magníficas cornisas, y en cada punto por donde el enemigo pudiera haber atacado, el magno blasón (ocho toneladas) del rey cristiano de España proclamaba el linaje, la fe y el buen gusto del defensor del castillo. Sobre el pórtico principal, el gran escudo de armas se había desprendido de su hermosa montura de divinidades marinas que enarbolaban tridentes y había caído al foso, pero tocó fondo con la faz blasonada hacia arriba, y a través del agua se veían los cantones, la cruz y los pliegues de mármol.

Entonces, en el muro, entre otras leyendas, Seton descubrió estas palabras: «*Americani, go home, go home.*» Las letras eran borrosas; quizá llevasen escritas desde la guerra, o acaso el hecho de haber sido trazadas con premura explicase que fueran tan tenues. Ni su mujer ni sus hijos vieron la inscripción; Seton se hizo a un lado mientras ellos cruzaban el puente para entrar en el patio, y después volvió sobre sus pasos para borrar las palabras con los dedos. Oh, ¿quién podía haber escrito aquello? Se sintió desorientado y afligido. Lo habían invitado a visitar aquel país desconocido. Las invitaciones habían sido insistentes. Agencias de viajes, compañías de navegación, líneas aéreas, e incluso el gobierno italiano le habían implorado que renunciase a su modo de vida confortable y viajara al extranjero. Él había aceptado las invitaciones, se había entregado a su hospitalidad, y ahora le decían, por medio de aquel antiguo muro, que no consideraban grata su presencia.

Nunca lo habían considerado indeseable. Nunca se lo habían dicho. Lo habían amado de niño y de joven, querido como amante, marido y padre, solicitado como guionista, narrador y compañero. En todo caso, había sido excesivamente mimado, y su única preocupación había sido no prodigarse demasiado, utilizar sus codiciadas dotes con prudencia y discreción para que alcanzasen su máxima eficacia. Había sido aceptado como jugador de golf, tenis y bridge, compañero de charadas y cócteles, y miembro de juntas directivas, y sin embargo aquella grosera y vieja pared lo trataba como a un paria, un anónimo mendigo, un proscrito. Se sintió profundamente herido.

Guardaban el hielo en la mazmorra del castillo, y Seton cogió allí la coctelera, la llenó, preparó varios martinis y subió con ellos a las almenas de la torre más alta, donde su esposa se reunió

con él para contemplar los cambios de luz. La oscuridad se adueñaba de los carcomidos acantilados de Tarlonia, y aunque las colinas a lo largo de la costa no tenían sino una ligerísima, remota semejanza con los pechos de una mujer, sosegaron el espíritu de Seton y despertaron en él la misma profunda ternura.

—A lo mejor bajo al café después de cenar —dijo su mujer—, por lo menos para ver qué tal han hecho el doblaje.

Ella no entendía la intensidad de los sentimientos que Seton experimentaba en relación con el hecho de escribir para la televisión; nunca lo había entendido. Pero no dijo nada. Supuso que, visto de lejos, sobre aquella almena, podían haberlo tomado por lo que no era: un poeta, un viajero avezado, un amigo de Elsa Maxwell, un príncipe o un duque; pero aquel mundo que se extendía ante él no poseía realmente la facultad de cambiarlo y elevar su alma. Él, autor de «La familia Best», era lo único que había transportado consigo, con muchos gastos y molestias, a través de mares y fronteras. El imponente y esplendoroso paisaje que lo rodeaba no había alterado el hecho de que estaba bronceado, cariñoso, hambriento y encorvado, y la roca sobre la que se había sentado, puesta en su sitio por el gran rey de España, se le hincaba en el trasero.

Clementina, la cocinera, le preguntó en la cena si podía ir al pueblo a ver «La familia Tosta». Los chicos, por supuesto, iban a ir con su madre. Después de cenar, Seton volvió a la torre. La flota pesquera había zarpado y ya rebasaba el muelle, con sus linternas encendidas. La luna se alzaba y resplandecía tan brillantemente sobre el mar que el agua parecía girar, dar vueltas en su luz. Oyó en el pueblo el *bel canto* de las madres que llamaban a sus hijas y, de vez en cuando, el graznido del televisor. Todo habría acabado dentro de veinte minutos, pero la sensación de cometer un delito in absentia se le metió en los mismos huesos. Ah, ¿cómo podía frenarse el progreso de la barbarie, la vulgaridad y la censura? Al ver las luces que traía su familia subiendo la escalera, bajó al foso para salirles al encuentro. No venían solos. ¿Quién los acompañaba? ¿Quiénes eran aquellas siluetas que ascendían? ¿El médico? ¿El alcalde? Y una muchachita que llevaba gladiolos. Era una delegación, una embajada amistosa, supo por la suavidad de sus voces. Habían venido a homenajearlo.

—¡Ha sido tan bonita, tan cómica, tan real! —exclamó el médico.

La muchachita le entregó las flores y el alcalde lo abrazó alegremente.

—Oh, *signore* —dijo—, pensábamos que era usted solamente un poeta.

La cómoda

¡Oh!, odio a los hombres bajitos y no volveré a escribir sobre ellos, pero de paso me gustaría decir que mi hermano Richard es precisamente eso: un hombre bajito. Tiene las manos pequeñas, los pies pequeños, la cintura pequeña, los hijos y la mujer pequeños, y cuando asiste a nuestras fiestas se sienta en una silla pequeña. Si coges un libro suyo, encuentras en la guarda su nombre, «Richard Norton», escrito con su letra diminuta. En mi opinión, emana una aura repulsiva de pequeñez. Es también un niño mimado, y si vas a su casa, comes en sus platos su comida con cubiertos suyos, y si respetas las caprichosas y vulgares normas de su hogar tal vez tengas la suerte de probar un poco de su brandy, del mismo modo que hace treinta años uno iba a su habitación a jugar con sus juguetes a su antojo, y a ser recompensado con un vaso de gaseosa. Cierta gente convierte sus pasiones más en una actuación que en una aventura. Al parecer, no se enamoran ni hacen amistades, sino que representan con hombres, mujeres, niños y perros un bullicioso drama para el que estaban predestinados desde el momento de su nacimiento. Esto es especialmente notable en aquellos cuya teatralidad está limitada por la pobreza de su gama emocional. Su torpe actuación desvía nuestra atención hacia la obra. La que hace de ingenua es demasiado vieja, lo mismo que la primera actriz. El perro no es de la raza apropiada, los muebles no hacen juego, el vestuario es andrajoso, y cuando en la obra se sirve café, parece que no hay nada en la cafetera. Pero el drama prosigue con tanto terror y piedad como en las escenografías más magníficas. Observando a mi hermano, pienso que ha elegido un elenco de segunda fila, y que representa, quizá hasta la eternidad, el papel de niño mimado.

Es tradicional en nuestra familia exhibir nuestra más intensa capacidad emotiva cuando hay alguna herencia de por medio: nos apoderamos de una vajilla antes de que el testamento haya sido legalizado, nos disputamos una alfombra tirando de cada uno de sus lados, y rompemos lazos de sangre por culpa de una silla rota. Los cuentos y los relatos que nos hablan de un tenaz apego a un objeto —una sopera o una cómoda— parecen reducirse a la contextura del objeto mismo, el vidriado de la porcelana o el acabado de la madera, y provocan aquel sentimiento de frustración que yo, por lo menos, experimento cuando oigo música de clavicordio. Del último encononazo que tuve con mi hermano fue responsable una cómoda. Como nuestra madre murió inesperadamente y había en su testamento una cláusula ambigua, la prima Mathilda se hizo con parte de la herencia familiar. En aquel momento nadie se sintió con fuerzas para oponerse a sus pretensiones. Ahora ha rebasado la frontera de los noventa, y al parecer la edad la ha curado de la rapacidad. Nos escribió a Richard y a mí comunicándonos que si poseía algo de nuestro gusto la haría feliz cedérselo. Contesté que me gustaría quedarme con la cómoda. Recuerdo que era un mueble grácil y con las patas arqueadas, de pesados bronces y un chapado muy pulido de color marrón oscuro. Mi petición fue poco entusiasta. En realidad, la cómoda no me importaba gran cosa, pero mi hermano sí la quería. La prima Mathilda le escribió diciéndole que iba a dármela a mí, y él me telefoneó para decirme que la quería, que quería la cómoda hasta el punto de que no tenía sentido discutirlo. Me preguntó si podía visitarnos el domingo —vivimos a unos ochenta kilómetros de su casa— y, por supuesto, le dije que sí.

Como esta vez no se trataba de su casa ni de su whisky, prodigó el sol de su seducción concediéndome el derecho de tostarme a su luz, y al advertir en el jardín unas rosas que él había regalado a mi mujer hacía muchos años, comentó: «Ya veo que mis rosas están bien.» Tomamos una

copa en el jardín. Hacía un día primaveral, uno de esos domingos de un verde dorado que inspiran incredulidad. Todo florecía, se abría, volvía a la vida. Había más cosas que no eran visibles —luces prismáticas, olores prismáticos, algo que producía un estremecimiento de placer—, pero lo más excitante y misterioso era la sombra, la luz que uno no acertaba a definir. Estábamos sentados bajo un gran arce cuyas hojas no se habían formado aún del todo, aunque sí lo bastante para retener la luz, y su belleza era asombrosa; no parecía un solo árbol, sino uno más entre millones, un eslabón de una larga cadena de árboles frondosos que empezaba en la infancia.

—¿Qué me dices de la cómoda? —preguntó Richard.

—¿Qué quieres que te diga? La prima Mathilda me escribió para preguntarme si quería algo y le dije que lo único que quería era la cómoda.

—Nunca te has preocupado por esas cosas.

—Yo no diría eso.

—Pero ¡esa cómoda es mía!

—Todo ha sido siempre tuyo, Richard.

—No discutáis —dijo mi mujer, y tenía toda la razón. Yo había hablado neciamente.

—Me encantaría comprarte la cómoda —dijo Richard.

—No quiero tu dinero.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría saber por qué quieres tanto ese mueble.

—Es difícil de decir, pero lo quiero, ¡lo quiero con toda mi alma!

Estaba hablando con un ardor y una candidez insólitos. Parecía tratarse de algo más que de su proverbial sentido de la posesión.

—No lo sé con certeza —añadió—. Me parece que fue el centro de nuestra casa, el centro de nuestra vida hasta que mamá murió. Si tuviese un mueble sólido, un objeto al que remitirme, eso me recordaría lo felices que éramos, el modo en que vivíamos...

Lo comprendí (¿quién no lo haría?), pero sospeché sus auténticos motivos. La cómoda era un mueble elegante, y me pregunté si no lo querría como sello de alcurnia, como una especie de escudo de armas familiar, algo que atestigüase la opulencia de su pasado y certificase su calidad de descendiente de los colonos más aristocráticos del siglo XVII. Podía imaginarlo orgullosamente situado junto a la cómoda, con una copa en la mano. Mi cómoda. Figuraría en segundo plano de sus tarjetas de Navidad, porque era una de esas obras de ebanistería que parecen poseer el cuño de la más exquisita educación. Sería la pieza final del rompecabezas de respetabilidad que había constituido a lo largo de su vida. Habíamos compartido un pasado lleno de facturas que había que pagar, agitado y en ocasiones

triste, y Richard se había encumbrado desde ese caos hasta una cima de esplendorosa y deslumbrante respetabilidad, pero quizá la cómoda mejoraría más aún aquella imagen de sí mismo; quizá su imagen no estaría completa sin la cómoda.

Le dije que podía quedarse con el mueble, y me lo agradeció con efusividad. Escribí a Mathilda y ella me contestó. Me enviaría, a modo de consolación, la caja de costura de la abuela DeLancey, con su interesante contenido: el abanico chino, el caballito de mar de Venecia y la invitación al Buckingham Palace. Había un problema con el traslado. El amable señor Osborn estaba dispuesto a transportarla cómoda hasta mi casa, pero no más lejos. La entregaría el jueves y yo podría llevársela a Richard en mi camioneta cuando lo estimase conveniente. Telefoneé a Richard y le conté cómo estaban las cosas, y él se mostró nervioso y preocupado, como desde el principio. ¿Era mi vehículo lo suficientemente grande? ¿Estaba en buenas condiciones? ¿Dónde iba a guardar la cómoda desde el jueves hasta el domingo? No podía dejarla en el garaje.

El jueves, al volver a casa, la cómoda ya había llegado y estaba en el garaje. Richard llamó en mitad de la cena para ver si la tenía ya en casa, y habló de un modo revelador, desde lo más hondo de su peculiar forma de ser.

—Entonces, ¿vas a darme la cómoda? —preguntó.

—No te entiendo.

—¿No vas a quedarte con ella?

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué sentía celos, así como amor, por un pedazo de madera? Le dije que se la entregaría el domingo, pero no me creyó. El domingo por la mañana vendría en su coche con Wilma, su diminuta mujer, y me acompañaría durante el traslado.

El sábado, mi hijo mayor me ayudó a llevar la cómoda desde el garaje hasta el vestíbulo, y tuve oportunidad de examinarla con detalle. La prima Mathilda la había cuidado con esmero y el chapado rojizo tenía un esmalte muy grueso, pero en la parte superior había un círculo oscuro—brillaba a través del esmalte como algo que se ve bajo el agua—, en el lugar que había ocupado, durante tanto tiempo como yo podía recordar, un antiguo jarrón de plata lleno de flores de manzano, peonías, rosas o, hacia el final del verano, crisantemos y hojas de colores. Recuerdo lo que contenían los cajones, que albergaban una especie de precipitado de nuestras vidas: correas de perro, guirnaldas de Navidad, pelotas de golf y naipes, el ángel alemán, el cortapapeles con el que el primo Timothy se había apuñalado, el tintero de cristal y las llaves de muchísimas puertas ya olvidadas. Era un recordatorio poderoso.

Richard y Wilma llegaron el domingo, con un montón de mantas suaves para proteger el barniz de las asperezas de mi vehículo. Richard y la cómoda estaban unidos como auténticos amantes y, teniendo en cuenta las posibilidades de magnificencia y patetismo en el amor, parecía trágico que se hubiera prendado de un mueble. He visto jardineros apegados a sus céspedes, violinistas que sienten cariño por sus instrumentos, jugadores que adoran sus amuletos y ancianas enamoradas de sus encajes; y Richard se encontraba consigo mismo en aquel reino emotivo, tan pródigo como el amoroso. Observó inquieto cómo mi hijo y yo transportábamos el mueble envuelto en mantas hasta la camioneta. Era un poquito demasiado grande. Las patas talladas en forma de garras sobresalían algo de la puerta trasera. Richard se retorció las manos, pero no tuvo más remedio que aceptarlo. Arrancamos

en cuanto la cómoda estuvo bien sujeta. No me apremió para que condujese con cuidado, pero yo sabía que lo estaba pensando.

Cuando ocurrió el accidente, se me podría haber reprochado mi desgracia, pero no los hechos. No había manera de evitarlo. Nos detuvimos en la cabina de peaje, aguardando a que me dieran el cambio, cuando un descapotable lleno de adolescentes chocó con la parte trasera de mi vehículo y redujo a astillas una de las patas curvas.

—¡Estúpidos locos! —aulló Richard—. ¡Irresponsables, locos, delincuentes!

Se apeó, agitando las manos y jurando. El daño no me pareció excesivo, pero Richard estaba desconsolado. Con lágrimas en los ojos, reprendió a los perplejos culpables. La cómoda era de incalculable valor. Tenía más de doscientos años de antigüedad. Ninguna suma, ningún seguro podría compensar el daño. El mundo había perdido un objeto hermoso y raro. Mientras él desvariaba, los coches se amontonaron a nuestra espalda, empezaron a tocar las bocinas y el empleado del peaje nos dijo que avanzáramos. «Esto es una cosa seria», le replicó Richard. Proseguimos viaje después de haber apuntado el nombre y la matrícula del culpable que iba conduciendo, pero mi hermano estaba terriblemente afectado. Una vez en su casa, llevamos delicadamente al comedor la antigüedad lastimada y la depositamos en el suelo sin quitarle las mantas. Su desazón parecía haber dado paso a un resquicio de esperanza, y cuando tocó la pata dañada resultó evidente que pensaba ya en que el perjuicio podría ser remediado en el futuro. Me dio una copa decente y conversamos acerca del jardín, tal como deben hacer los hombres bien educados que topan con una tragedia personal, pero noté que su corazón se hallaba junto a la víctima de la habitación contigua.

Richard y yo no nos vemos muy a menudo; en aquella ocasión no coincidimos durante aproximadamente un mes, y nos encontramos por casualidad cenando en el aeropuerto de Boston, donde ambos estábamos esperando un avión. Era verano, calculo que a mediados de verano, porque yo iba a Nantucket. Hacía calor. Estaba oscureciendo. Aquella noche había un menú especial que exigía espadas en llamas. Servían en una mesa aparte la comida preparada —kebab, hígado de ternera o medio pollo tomatero— y espetada en una pequeña espada. El camarero clavaba entonces en la punta algo parecido a un algodón, lo encendía y servía el plato con una llamarada de fuego y caballerosidad. Menciono esto no porque parezca cómico o vulgar, sino porque era conmovedor observar en el anochecer estival cómo deleitaba este espectáculo a la buena y modesta gente de Boston. Mientras las brochetas llameantes iban de un lado para otro, Richard me hablaba de la cómoda.

¡Qué aventura! ¡Qué historia! Primero había buscado a todos los ebanistas de las inmediaciones hasta localizar en Westport a un hombre a quien confiar la reparación de la pata, pero cuando el artesano vio el mueble, se prendó de él. Quiso comprarlo, y cuando Richard se negó a vendérselo mostró deseos de conocer su historia. Una vez reparado, lo fotografiaron y enviaron la foto a una autoridad sobre el mobiliario del siglo XVII. Resultó que era una pieza famosa, la célebre cómoda Barstow, obra realizada en 1780 por el célebre ebanista Sturbridge y que se creía perdida en un incendio. Había pertenecido a la familia Poole (nuestra tatarabuela era una Poole), y figuraba en sus inventarios hasta 1840, en que su casa fue destruida, pero se había perdido toda pista sobre su paradero. La pieza había llegado hasta nosotros en bastante buen estado. Y ahora la reclamaban como a un hijo pródigo los más nobles anticuarios. Un conservador del Metropolitan había pedido insistentemente a Richard que la cediese al museo en calidad de préstamo. Un coleccionista le había

ofrecido diez mil dólares. Richard gozaba de la deliciosa experiencia de descubrir que casi toda la humanidad idolatraba lo que él adoraba y poseía.

Pestañeeé al oír la cifra; después de todo, podía haberme quedado con el mueble, pero yo no lo quería, en realidad, nunca lo había querido, y en el comedor del aeropuerto presentí que Richard corría alguna clase de peligro. Nos despedimos y cada uno tomó un vuelo con distinto rumbo. Me telefoneó en otoño para hablar de unos negocios, y de nuevo mencionó la cómoda. ¿Me acordaba de la alfombra sobre la que estaba puesta en casa? Sí, me acordaba. Era una vieja alfombra turca, multicolor, decorada con símbolos arcanos. Pues bien, había encontrado una muy parecida en el local de un comerciante neoyorquino, y ahora las patas en forma de garras descansaban sobre los mismos campos geométricos de color marrón y amarillo. Era evidente que estaba juntando las cosas —completando el rompecabezas—, y aunque nunca me contó lo que sucedió después, puedo imaginarlo fácilmente. Compró un jarrón de plata, lo llenó de hojas, y una noche de otoño se sentó allí solo a beber whisky y admirar su creación.

Debía de llover la noche que he imaginado; ningún otro sonido transporta al pasado a Richard con tanta velocidad. Por fin todo era perfecto: el jarrón, el esmalte sobre los gruesos bronce, la alfombra. Se diría que la cómoda, en vez de haber sido trasladada al presente, se había desplazado hacia el pasado con todo lo que antaño la circundaba en la habitación. ¿No era eso lo que él quería? Admiraría el oscuro cerco sobre el esmalte y la fragancia de los cajones vacíos y, bajo el influjo de los dos líquidos —la lluvia y el whisky—, las manos de aquellos que habían tocado la cómoda, la habían abrigado, descansado sus copas sobre ella, colocado las flores en el cántaro y guardado pedazos de cuerda en los cajones surgirían de la oscuridad. Mientras las contemplaba, sus desvaídas huellas dactilares se asirían al esmalte, como si ése fuera su modo de aferrarse a la vida. Al recordarlas, al dar un paso más hacia adelante, las convocó, y ellas bajaron impetuosamente a la habitación, volaron, como si todos esos niños hubieran estado esperando con dolor e impaciencia la invitación de Richard.

La primera que volvió de entre los muertos fue la abuela DeLancey, enteramente vestida de negro y oliendo a jengibre. Guapa, inteligente, triunfadora, había roto con el pasado, y el estremecimiento que eso le causó la había acompañado con la fuerza de una ola a lo largo de todos los días de su vida y, hasta donde es posible saberlo, la había arrojado a las mismas puertas del paraíso. Su educación, dijo la abuela desdeñosamente, había consistido en aprender a coser el dobladillo de un pañuelo y a hablar un poco de francés, pero había abandonado un mundo donde era impropio de una mujer tener una opinión, y había accedido a otro donde podía expresar sus criterios desde una tribuna, aporrear el atril con el puño, pasear sola en la oscuridad y aclamar a los bomberos (como siempre había hecho) cuando el coche rojo subía la calle como un demonio. Su estilo era firme y profético, porque había viajado nada menos que hasta Cleveland dando conferencias sobre los derechos de las mujeres. ¡Una mujer puede ser cualquier cosa! ¡Médico! ¡Abogado! ¡Ingeniero! Una dama puede, como la tía Louisa, fumar puros.

La tía Louisa apareció fumando un puro al llegar por los aires a la reunión. Los flecos de su chal español flotaban a su espalda, y sus aretes se balancearon cuando hizo, como de costumbre, una entrada vigorosa y apresurada, tocó la cómoda y se instaló en una silla azul. Era una artista. Había estudiado en Roma. La crudeza, la extravagancia, la pasión y el desastre la seguían a todas partes. Abordaba todos los grandes temas: el rapto de las Sabinas y el saco de Roma. Desnudos de hombres y mujeres poblaban sus enormes lienzos, pero siempre con mal dibujo y colores desvaídos; hasta las

nubes que se cernían sobre los campos de batalla que gustaba de pintar parecían desmayadas. No reconoció su fracaso hasta que fue demasiado tarde. Transmitió sus ambiciones a su hijo mayor, Timothy, que salió taciturno de la tumba, con un volumen de las sonatas de Beethoven bajo el brazo y la cara demudada por el rencor.

Timothy había de ser un gran pianista, lo había decidido ella. Fue sometido a todos los sufrimientos, las privaciones y las humillaciones que tan bien conoce un niño prodigio. Llevó una vida solitaria y amarga. Dio su primer recital a la edad de siete años. Tocó con una orquesta a los doce. Al año siguiente realizó una gira. Vestía extrañas ropas, usaba brillantina para sus largos bucles y se suicidó a los quince años. Su madre, despiadadamente, lo había empujado a ello. ¿Y cómo había cometido tal error aquella mujer tan apasionada y abnegada? Es posible que hubiera querido curar o vengar un resentimiento que, por nacimiento o desventuras, había albergado contra la maldita cofradía de los hombres y las mujeres satisfechos. Quizá pensó que la fama pondría un fin a todo aquello, que si ella era una pintora famosa o él un célebre pianista, jamás volvería a sufrir la soledad o el desprecio.

Aunque hubiera querido, Richard no podría haber evitado que el tío Tom acudiera a la convocatoria. No podía hacer nada. Se había dado cuenta demasiado tarde de que la fascinación de la cómoda era la fascinación del dolor, y se había comprometido con ambos. El tío Tom se presentó con la gracia de un antiguo atleta. Era un tenorio. Nadie había sido capaz de seguir de cerca sus idilios. Cambiaba de chica todas las semanas; a veces en mitad de una semana. Tuvo decenas, centenares que pudieron haber sido miles. Llevaba en brazos a su hijo más joven, Peter, que usaba un aparato ortopédico en las piernas. Peter quedó lisiado aun antes de nacer, desde que en el curso de una disputa entre sus padres, el tío Tom tiró escaleras abajo a la tía Louisa.

La tía Mildred llegó por los aires muy envarada, se acomodó estirando su falda azul hasta más abajo de las rodillas y dedicó a la abuela una mirada inquieta. La anciana había concedido a Mildred la emancipación, como si fuera una nación consolidada por tratados y pactos, banderas e himnos. Mildred sabía que la pasividad, la costura y las faenas domésticas no eran para ella. Rebajarse a ser una ama de casa satisfecha hubiera sido ceder al tirano los territorios que su madre había conquistado con la espada para toda la eternidad. Sabía demasiado bien lo que *no* tenía que hacer, pero nunca llegó a decidir lo que sí debía hacer. Escribía narraciones históricas. Escribía versos. Trabajó durante seis años en una obra sobre Cristóbal Colón. Su marido, el tío Sidney, empujaba el cochecito del niño y a veces pasaba el aspirador por la alfombra. Ella lo vigilaba furiosa mientras él realizaba las tareas domésticas. Él le había usurpado sus derechos, anulado sus capacidades. La tía Mildred se echó un amante, y después de haber acudido tres o cuatro veces al hotel donde se veían, pensó que se había encontrado a sí misma. No era una de las oportunidades que su madre le había ofrecido, pero era mejor que Cristóbal Colón. El amor furtivo era su aportación deliberada a la causa. El sórdido asunto tuvo un final también sórdido, con descubrimientos, cartas anónimas y amargura. Su amante se fugó, y el tío Sidney se dio a la bebida. El tío Sidney salió tambaleándose de la tumba y se sentó en el sofá junto a Richard. Apestaba a licor. Había estado borracho en todo momento desde que había descubierto la locura de su esposa. Tenía la cara hinchada, y una barriga tan prominente que había reventado un botón de la camisa. Tenía, también, vidriosos los ojos y los sesos. Ebrio como estaba, dejó caer sobre el sofá un cigarrillo encendido y el terciopelo empezó a humear. Richard parecía condenado al papel de mero observador; no podía hablar ni moverse. Entonces, el tío de Sidney advirtió el fuego y vertió el contenido de su vaso de whisky sobre la tapicería. El whisky y el sofá ardieron. La abuela, que estaba sentada en la antigua silla Windsor guarnecida de clavijas, se puso en pie de un brinco, pero las puntas le engancharon el vestido y le rasgaron la parte de atrás. Los perros empezaron a ladrar, y Peter, el joven lisiado, se puso a cantar con voz débil, blasfemamente sarcástica: «¡Alegría en la tierra! El

Señor ha venido. Que el cielo y la naturaleza canten...», ya que Richard había recreado una cena de Navidad.

En un momento determinado —tal vez cuando compró el jarrón de plata—, Richard se entregó a los horrores del pasado, y su vida, como muchas otras cosas de la naturaleza, cobró la forma de un arco. Sin duda antaño hubo cierta dicha, cierta claridad en su amor por Wilma, pero una vez que la cómoda ocupó un lugar dominante en la casa, Richard pareció remontarse a los desdichados días de su infancia. Fuimos a comer con ellos; creo que era un Día de Acción de Gracias. La cómoda estaba en el comedor, sobre su alfombra de misteriosos símbolos, y el jarrón de plata estaba lleno de crisantemos. Richard hablaba con su mujer y sus hijos en un tono ofensivo que yo había olvidado. Se peleaba con todo el mundo; incluso discutió con mis hijos. ¿Por qué la vida es para algunos un exquisito privilegio mientras que otros tienen que pagar por asistir al teatro del mundo un precio de cólera, pesadillas e infecciones? Nos marchamos en cuanto pudimos.

Al llegar a casa, cogí el centro de mesa de cristal verde que había pertenecido a la tía Mildred y lo rompí con un martillo. Luego tiré al cubo de la basura el costurero de la abuela, quemé su mantel de encaje hasta hacer un gran agujero y enterré en el jardín sus objetos de peltre. A la calle fueron a parar las monedas romanas, el abanico chino y el caballito de mar de Venecia. No debemos querer otras cosas aparte de nuestra ocasional comprensión de la muerte y el volcánico amor que nos impulsa a unirnos los unos con los otros. ¡Fuera el búho disecado de la sala de arriba y la estatua de Hermes sobre su palestra! Empeña el collar de color rubí, tira la invitación para ir al Buckingham Palace, salta una y otra vez sobre el pulverizador de perfume de cristal de Murano y los platos de pescado de Cantón. Prescinde de todo lo que te estorba o pone obstáculos a la consecución de tu propósito, estés dormido o despierto. Limpieza y valor sean nuestro santo y seña. Ningún otro servirá para pasar ante el centinela armado y franquear la montañosa frontera.

La profesora de música

Se diría que todo estaba preparado. Seton tuvo esa sensación cuando abrió aquella noche la puerta de su casa y cruzó el vestíbulo camino de la sala de espera. Parecía como si todo hubiese sido planeado con el mismo cuidado con que algunas chicas que había conocido en su primera juventud se dedicaban a las flores, a las velas o a los discos para el gramófono. La escena, indudablemente, no tenía por objeto proporcionarle placer, pero tampoco podría solucionarse con una simple regañina.

—Hola —dijo con voz sonora y jovial.

La música de fondo eran sollozos y gemidos. En el centro del reducido cuarto de estar había una tabla de planchar. Una de las camisas de Seton se hallaba extendida sobre ella, y su mujer, Jessica, se enjugaba una lágrima mientras planchaba. Cerca del piano, de pie y aullando, estaba Jocelin, la pequeña. Sentada en una silla cerca de su hermanita, su hija mayor, Millicent, sollozaba estrujando entre las manos los pedazos de una muñeca rota. Phyllis, la mediana, a gatas, se ocupaba en sacar el relleno del sofá con un abridor de botellas. Nubes de humo de algo que olía como una pierna de cordero quemada llegaban al cuarto de estar a través de la puerta de la cocina, que estaba abierta.

Seton no podía creer que su familia hubiese pasado todo el día en aquel orden. Aquello tenía que estar planeado, preparado —incluido el desastre del horno— para el momento de su regreso al hogar. Le pareció advertir incluso una expresión de paz interior en el desencajado rostro de su esposa al echar una mirada a la habitación y admirar el realismo de la escena. Se sintió derrotado pero no desesperado y, todavía en el quicio de la puerta, hizo un rápido cálculo de las fuerzas que aún le quedaban y decidió que su primer paso tenía que ser darle un beso a Jessica; pero al aproximarse a la tabla de planchar, su mujer le indicó que se alejara, diciendo:

—No te acerques. Te contagiaría. Tengo un catarro terrible.

Entonces Seton apartó a Phyllis del sofá, prometió arreglar la muñeca de Millicent y llevó a la pequeña al cuarto de baño para cambiarle los pañales. Desde la cocina le llegaron las violentas exclamaciones de Jessica mientras se abría camino entre las nubes de humo y sacaba la carne del horno.

Estaba quemada. Lo mismo sucedía con casi todo lo demás: los panecillos, las patatas y el pastel de manzana. A Seton se le llenó la boca de un sabor a ceniza y sintió un gran peso en el corazón mientras su mirada iba de la comida estropeada al rostro de Jessica, lleno en otro tiempo de encanto y de expresividad, y ahora ensombrecido y distante. Después de cenar, la ayudó a lavar la vajilla y estuvo leyendo un cuento a las niñas; el interés con que escuchaban lo que Seton leía, y la confianza en él, que nacía del cariño, parecían añadir tristeza al amargo sabor de la carne quemada. El olor a humo duró hasta mucho después de que todos, excepto Seton, se hubieron acostado. Él se quedó solo en el cuarto de estar, pasando revista a sus problemas. Llevaba diez años casado y seguía aún convencido de que Jessica poseía un encanto poco común, tanto física como espiritualmente; pero en el último, o en los dos últimos años, algo grave y misterioso parecía haberse interpuesto entre ellos.

Que el asado se quemara no era una excepción, sino el pan nuestro de cada día. Jessica quemaba las chuletas, quemaba las hamburguesas, quemaba incluso el pavo del Día de Acción de Gracias, y parecía quemar la comida deliberadamente, como si eso fuera una manera de expresar su resentimiento contra Seton. No era una rebelión que tuviera su origen en el cansancio. Las asistentes y los electrodomésticos —reducirle el trabajo— no daban ningún resultado. Seton creía incluso que tampoco se trataba de resentimiento. Era algo así como una profunda transformación subterránea, una oscura reivindicación sexual o el inicio de una revolución —que ella quizá ignoraba— por debajo de la reluciente y habitual apariencia de las cosas.

Seton no quería dejar a Jessica, pero ¿cuánto tiempo podría soportar aún los llantos de las niñas, las miradas sombrías y aquella casa caótica y llena de humo? No se oponía a que existieran diferencias de criterio, sino a una amenaza contra la parte más saludable y preciosa de su amor propio. Seguir sufriendo indefinidamente bajo aquellas circunstancias le parecía indecente. ¿Qué podía hacer? Daba la impresión de que Jessica y él necesitaban un cambio, movimiento, nuevas oportunidades, y quizá una indicación de sus propias limitaciones era el hecho de que, al buscar maneras de sacar adelante su matrimonio, sólo se le ocurría llevar a Jessica a un restaurante que habían frecuentado diez años antes, cuando eran una pareja de enamorados. Pero Seton no ignoraba que tampoco aquello sería fácil. Una invitación directa obtendría únicamente una negativa directa y llena de amargura. Tendría que ser precavido. Tendría que sorprenderla y desarmarla.

Todo esto pasaba a principios de otoño. Los días eran claros. Las hojas amarillas se desprendían de los árboles. Desde todas las ventanas de la casa, y a través de los entrepaños de cristal de la puerta de entrada, se las veía caer. Seton esperó dos o tres días. Esperó a que hiciese un tiempo excepcionalmente bueno para llamar a Jessica desde la oficina a media mañana. Sabía que la asistente se hallaba en casa en ese momento. Millicent y Phyllis estarían en el colegio y Jocelin dormiría aún. Jessica no tendría demasiado que hacer. Quizá, incluso, estuviera inactiva y reflexionando. Seton la telefoneó y le dijo —no se lo preguntó— que fuese a la ciudad a cenar con él. Jessica dudó; dijo que sería difícil encontrar a alguien que se quedara con los niños; pero finalmente accedió. A Seton le pareció oír en su voz, al aceptar, incluso algo de la ternura que él adoraba.

Hacía por lo menos un año que no habían hecho nada parecido, y cuando aquella noche Seton salió de su despacho y echó a andar en una dirección distinta del camino de la estación, se dio cuenta de la enorme cantidad de hábitos que dificultaban sus relaciones. Había demasiados círculos trazados alrededor de su vida, pensó; pero ¡qué fácil resultaba saltárselos! El restaurante en el que iba a esperar a Jessica era un buen restaurante, aunque sin pretensiones: muy limpio, con manteles almidonados, olor a pan fresco y a salsas y, al entrar allí aquella noche, le pareció que todo estaba agradablemente preparado y dispuesto. La chica del guardarropa lo reconoció y él se acordó del ímpetu con que descendía la escalera que llevaba al bar cuando era más joven. Qué maravillosamente olía todo. El barman acababa de incorporarse al trabajo, recién afeitado y con chaqueta blanca. Todo parecía cordial y hasta un poco solemne. Todas las superficies brillaban, y la luz que le caía sobre los hombros era la misma que diez años antes. Cuando el maître se acercó a darle las buenas noches, Seton pidió una botella de vino —el vino de los dos, de Jessica y de él— helado. La puerta de la calle era la misma de la que estaba pendiente para verla llegar con copos de nieve en el pelo, para verla llegar con un vestido y unos zapatos nuevos, para verla llegar con buenas noticias, con preocupaciones, con disculpas por haberse retrasado. Seton recordaba perfectamente la manera que tenía Jessica de mirar hacia el bar para ver si él estaba allí, la manera que tenía de pararse a hablar con la chica del guardarropa, y la elegancia con que cruzaba después el restaurante y le daba la mano para acabar sentándose a su lado —toda gracia y ligereza—, dispuesta a disfrutar con él durante el resto de la velada.

Luego oyó el llanto de un niño. Seton se volvió hacia la puerta a tiempo de ver entrar a Jessica. Llevaba en brazos a la pequeña, que estaba llorando. Detrás venían Phyllis y Millicent, con sus gastados abrigos para la nieve. Todavía era pronto, y el restaurante no estaba lleno. Aquella entrada, aquel cuadro, no resultaba tan espectacular como lo habría sido una hora más tarde, pero —al menos a los ojos de Seton— poseía una indudable fuerza. La presencia de Jessica en la puerta del restaurante con una criatura sollozante en brazos y otra más a cada lado no quería decir que se hubiese visto obligada a traer a las niñas debido a un fallo en los planes, sino que había venido a acusar públicamente al hombre que la había engañado. No lo señaló con el dedo, pero estaba claro que aquel grupo tenía un significado dramático y acusatorio.

Seton fue hacia ellas inmediatamente. No era el tipo de restaurante al que se va con niños, pero la chica del guardarropa se comportó con mucha amabilidad y ayudó a Millicent y a Phyllis a quitarse sus abrigos para la nieve. Seton cogió en brazos a Jocelin, que dejó de llorar inmediatamente.

—La canguro no ha podido venir —dijo Jessica, pero apenas se atrevió a mirarlo a los ojos, y volvió la cabeza cuando él la besó.

Los cambiaron a una mesa en la parte de atrás del restaurante. Jocelin volcó un cuenco de aceitunas y la cena resultó tan sombría y caótica como las que Jessica quemaba a domicilio. Las niñas se quedaron dormidas durante el trayecto de vuelta, y Seton comprendió que había fracasado: que había fracasado o se había visto superado de nuevo. Se preguntó, por primera vez, si más que con las oscuridades y los señoríos de la condición femenina no se estaría enfrentando, pura y simplemente, con mala voluntad.

Seton volvió a intentarlo de nuevo, siguiendo el mismo esquema; invitó a los Thompson a tomar unos cócteles el sábado por la tarde. Se dio cuenta de que no les apetecía. Iban a casa de los Carmignole —todo el mundo frecuentaba la casa de los Carmignole—, y ya hacía por lo menos un año que los Seton no tenían invitados; su casa había sufrido una especie de descrédito social. Los Thompson vendrían por pura amistad y sólo a tomar una copa. Formaban una pareja atractiva, y Jack Thompson parecía disfrutar de un tierno dominio sobre su mujer, cosa que Seton envidiaba. Le dijo a Jessica que iban a venir los Thompson. Jessica no respondió. No se hallaba en la sala de estar cuando llegaron, pero apareció pocos minutos después con un cesto lleno de ropa sucia, y al preguntarle su marido si quería tomar una copa dijo que no tenía tiempo. Los Thompson se dieron cuenta de que Seton atravesaba momentos difíciles, pero no podían quedarse a ayudarlo: hubieran llegado tarde a casa de los Carmignole. Sin embargo, cuando Lucy Thompson estaba ya en el coche, Jack regresó y habló con tanta energía —manifestando con tanta claridad su amistad y su comprensión—, que Seton estuvo pendiente de sus palabras. Dijo que se daba cuenta de lo que pasaba y que Seton debería tener un hobby muy concreto: recibir lecciones de piano. Había una mujer, la señorita Deming, y tenía que ir a verla. Ella podría ayudarlo. Luego hizo un gesto de despedida y volvió al coche. A Seton no le pareció nada extraño aquel consejo. Estaba desesperado y cansado y, ¿acaso su vida tenía algún sentido? Cuando volvió al cuarto de estar, Phyllis se entretenía de nuevo destripando el sillón con el abrebotellas. Su excusa fue que se le había caído una moneda de veinticinco centavos por el agujero de la tapicería. Jocelin y Millicent lloraban. Jessica había empezado a quemar la cena.

Tuvieron ternera quemada el domingo, carne mechada quemada el lunes, y la carne del martes estaba tan carbonizada que Seton no pudo averiguar qué era. Pensó en la señorita Deming, y decidió

que debía de ser alguna chica de vida alegre que consolaba a los hombres de la vecindad con el pretexto de darles lecciones de música. Pero cuando telefoneó, la voz desde el otro extremo del hilo era la de una anciana. Seton le dijo que Jack Thompson le había dado su nombre, y la señorita Deming le propuso que fuera al día siguiente a las siete.

Al salir de su casa el miércoles después de cenar, Seton pensó que no le vendría nada mal dedicarse a algo distinto de sus preocupaciones familiares y profesionales. La señorita Deming vivía en Bellevue Avenue, al otro lado de la ciudad. Los números de las casas apenas se veían, y Seton estacionó el coche junto a la acera y echó a andar, buscando el número de la casa. Estaba atardeciendo. Bellevue Avenue era una de esas calles secundarias con casas de madera irreprochables por su aspecto y por su vigor, pero que han sido decoradas, por algún extraño capricho, con pequeños minaretes y cortinas de cuentas también de madera: algo así como un guiño equívoco o al menos misterioso hacia las lejanas mezquitas y los harenes del islam sangriento. Aquella paradoja le daba su encanto al lugar. La calle estaba en decadencia, pero se trataba de una decadencia elegante, de una decadencia lujosa. En los jardines traseros, las rosas florecían profusamente y en los abetos cantaban los cardenales. Algunos inquilinos estaban aún rastrillando el césped. Seton se había criado en una calle igual que aquella, y le encantó tropezar de pronto con aquel fragmento del pasado. El sol se estaba poniendo — al otro extremo de la calle había un gran despliegue de luz roja—, y al verlo sintió una punzada tan clara en el estómago como si tuviera hambre; pero no era hambre, sino simple inspiración. ¡Qué maravilloso, ser capaz de vivir una vida ilustre!

La casa de la señorita Deming no tenía porche, y quizá necesitaba una mano de pintura con más urgencia que las demás, pero no era posible afirmarlo con gran seguridad, ahora que la luz había desaparecido casi por completo. Un cartel en la puerta decía: LLAME Y PASE. Seton entró en un vestíbulo pequeño con un perchero de madera y el nacimiento de una escalera. En la siguiente habitación vio a un hombre de su edad inclinado sobre las teclas de un piano.

—Ha llegado usted demasiado pronto —lo avisó la voz de la señorita Deming—. Haga el favor de sentarse y esperar.

La anciana señora hablaba con una profunda resignación y un terrible cansancio, como dándole a entender a Seton que sus clases no iban a proporcionarle más que desilusiones y molestias. Tomó asiento en un banco debajo del perchero. Se sentía incómodo. Le sudaban las manos y tenía la penosa sensación de ser demasiado grande para aquella casa, para aquel banco, para aquella situación. Pensó en lo misterioso de una vida en la que su mujer había ocultado sus encantos y él se disponía a estudiar piano. Su incomodidad se hizo tan intensa que, por un momento, pensó incluso en escaparse. Cruzaría el vestíbulo, saldría a la calle y no regresaría nunca. El recuerdo de la confusión que reinaba en su casa lo forzó a permanecer en su sitio. Después, el pensamiento de la espera como un modo de eternidad lo sobrecogió. ¡Cuánto tiempo perdido en las antesalas de los médicos y de los dentistas, aguardando trenes y aviones, esperando frente a las cabinas telefónicas y en los restaurantes! Le pareció que había malgastado lo mejor de su vida esperando, y que comprometiéndose a aguardar por aquellas lecciones de piano quizá malgastara los pocos años de vida real que aún le quedaban. Volvió a pensar en escaparse, pero en ese momento terminó la clase en la habitación vecina.

—No ha practicado usted lo suficiente —oyó decir a la señorita Deming con voz malhumorada—. Tiene usted que practicar una hora todos los días sin excepción, de lo contrario no hará más que malgastar mi tiempo.

El alumno atravesó el pequeño vestíbulo con el cuello del abrigo levantado, de manera que Seton no pudiera verle la cara.

—El siguiente —dijo la señorita Deming.

La habitación con el piano vertical estaba más desordenada que el vestíbulo. La profesora apenas levantó la vista cuando él entró. Era una mujer pequeña. Tenía los cabellos de color castaño, entreverados de gris, y los llevaba trenzados y sujetos a la cabeza, formando un moño muy ralo. Se sentaba sobre un cojín, con las manos cruzadas sobre el regazo; de vez en cuando movía los labios con desagrado, como si algo la irritase. Seton, más que sentarse, tropezó con el taburete.

—No he estudiado piano nunca —comentó—. En cierta ocasión di clases de corneta. Alquilé una cuando estudiaba bachillerato...

—Nos olvidaremos de todo eso —dijo la señorita Deming.

Le indicó dónde estaba el do mayor y le pidió que tocara una escala. Los dedos de Seton, gracias a la luz brillante que iluminaba las partituras, parecían enormes y singularmente desnudos. Él se debatió contra la escala. Una o dos veces la señorita Deming le golpeó en los nudillos con un lápiz; una o dos veces movió los dedos de Seton con los suyos, y él se imaginó la vida de la señorita Deming como una pesadilla de manos limpias, de manos sucias, de manos peludas, de manos fofas, y de manos musculosas, y llegó a la conclusión de que eso quizá explicase su expresión de desagrado. A mitad de la clase, Seton dejó caer las manos sobre el regazo. Sus vacilaciones sólo sirvieron para que la señorita Deming se irritara y volviera a colocárselas sobre el teclado. Seton quería fumar, pero en la pared, encima del piano, había un cartel bastante grande que se lo prohibía. Tenía la camisa empapada en sudor cuando terminó la clase.

—Por favor, la próxima vez traiga el cambio exacto. Ponga el dinero en el jarrón del escritorio —dijo la señorita Deming—. El siguiente.

Seton y el nuevo alumno se cruzaron en la puerta, pero el otro volvió la cabeza.

Acabar aquel martirio tuvo la virtud de animarlo, y mientras salía a Bellevue Avenue, ya completamente a oscuras, Seton experimentó un placer infantil al imaginarse convertido en pianista. Se preguntó si aquella simple satisfacción sería el motivo de que Jack Thompson le hubiese recomendado las lecciones. Sus hijas estaban en la cama cuando llegó a casa, y se puso a practicar inmediatamente. La señorita Deming le había señalado un ejercicio para las dos manos con una breve melodía, y estuvo repitiéndolo una y otra vez por espacio de una hora. Practicó todos los días, incluso el domingo, con la sincera esperanza de que al volver a la clase la señorita Deming lo felicitaría y le daría inmediatamente algo más difícil, pero la profesora se pasó todo el rato criticando su fraseo y el mecanismo de los dedos, y le dijo que siguiera otra semana más con el mismo ejercicio. Seton creyó que al menos después de la tercera lección se produciría el cambio, pero volvió de nuevo a casa con el mismo ejercicio.

Jessica ni lo animó ni se quejó. Parecía desorientada ante el giro que habían tomado los acontecimientos. Los ejercicios de su marido la ponían nerviosa, y Seton entendía muy bien por qué. Aquella melodía tan simple, con su acompañamiento, llegó a grabarse incluso en la memoria de sus hijas, convirtiéndose en parte integrante de sus vidas, aunque tan mal recibida como una infección y

tan contagiosa como ella. Cruzaba por lamente de Seton durante las horas de trabajo, y ante cualquier repentina alteración de su estado de ánimo —dolor o sorpresa—, la melodía pasaba a ocupar un primer plano en su actividad consciente. Nunca se hubiera imaginado que aquel trabajo duro y tedioso, que aquel tormento mental fuera un requisito indispensable para dominar el piano. Por las noches, después de la cena, cuando se disponía a practicar, Jessica abandonaba precipitadamente el cuarto y subía al otro piso. Parecía intimidada por la música o quizá asustada. Incluso la misma relación de Seton con el ejercicio resultaba oprimente y poco clara. Cierta noche que regresó en uno de los últimos trenes, al pasar junto a la casa de los Thompson cuando volvía de la estación, oyó la misma melodía irritante brotando de sus paredes. Jack debía de estar practicando. No resultaba demasiado extraño, pero cuando pasó junto a la casa de los Carmignole y volvió a oír el mismo ejercicio, se preguntó si su memoria no le estaba jugando una mala pasada. La oscuridad de la noche y la sensación de haber perdido contacto con la realidad lo hicieron detenerse a la puerta de su casa pensando que el mundo cambia más de prisa de lo que uno advierte —muere y se renueva a sí mismo—, y que él se movía a través de los acontecimientos de su vida como si caminara rodeado por una niebla muy espesa.

Jessica no había quemado la carne aquella noche. Le había guardado una cena muy aceptable en el horno, y se la sirvió con una timidez tal que lo hizo preguntarse si no estaría a punto de volver a él como esposa. Después de cenar, Seton leyó un cuento a las niñas, se arremangó la camisa y se sentó al piano. Antes de salir del cuarto, Jessica se volvió para hablarle. Su actitud era suplicante, y eso hacía que sus ojos parecieran más grandes y más oscuros, y resaltaba la blancura natural de su tez.

—No me gustaría entrometerme —dijo con voz dulce—, y no sé nada de música, pero me pregunto si no podrías pedirle a tu profesora que te diera algo nuevo para practicar. Ese ejercicio lo tengo metido en la cabeza. Lo oigo durante todo el día. Si pudiera darte algo distinto...

—Lo entiendo perfectamente —respondió él—. Se lo preguntaré.

Cuando Seton fue a recibir su quinta lección, los días eran mucho más cortos, y no había ya admirables puestas de sol al otro extremo de Bellevue Avenue que sirvieran para recordarle sus grandes esperanzas, sus nostalgias. Llamó a la puerta, entró en la casa y notó inmediatamente olor a tabaco. Se quitó el abrigo y el sombrero y entró en la sala de estar, pero la señorita Deming no ocupaba su cojín de goma. La llamó, ella le contestó desde la cocina, y al abrir la puerta se encontró con una escena sorprendente. La señorita Deming estaba con dos muchachos que fumaban y bebían cerveza. La negrura de sus cabellos —peinados hacia atrás— resaltaba bajo la brillantina. Llevaban botas altas y camisas rojas, y sus modales conseguían crear una impresión casi perfecta de juventud al margen de la ley.

—Te esperamos, cariño —dijo uno de ellos en voz muy alta, mientras la señorita Deming salía de la cocina y cerraba la puerta.

Al acercarse a él, Seton advirtió en su rostro una expresión de placer (de alegría y de orgullo), que fue desvaneciéndose progresivamente para dar paso a su habitual expresión de disgusto.

—Mis muchachos —dijo, dando un suspiro.

—¿Vecinos suyos? —preguntó Seton.

—No, no. Vienen de Nueva York. De vez en cuando me hacen una visita y se quedan a pasar la noche. Los ayudo siempre que puedo, pobrecillos. Son como mis hijos.

—Tienen mucha suerte —comentó Seton.

—Empiece, por favor —dijo ella. Su voz había perdido ya todo el calor.

—Mi esposa querría saber si puedo practicar con un ejercicio diferente..., algo nuevo.

—Las mujeres siempre preguntan lo mismo —repuso la señorita Deming cansadamente.

—Algo que sea un poco menos reiterativo —explicó Seton.

—Ninguno de los caballeros a los que doy clase se ha quejado nunca de mis métodos. Si no está usted satisfecho, no tiene por qué venir. Es cierto que el señor Purvis fue demasiado lejos. Su mujer está todavía en un sanatorio, pero la culpa no es mía. Usted quiere que se ponga de rodillas, ¿no es cierto? ¿No es ésa la razón de que esté aquí? Haga el favor de empezar.

Seton comenzó el ejercicio, pero con más torpeza de lo corriente. Las palabras de aquella terrible mujer lo habían desconcertado por completo. ¿En qué lío se había metido? ¿Era culpable? ¿Debería haberse dejado guiar por el instinto que lo impulsaba a escaparse la primera vez que entró en aquella casa? Al ignorar voluntariamente la atmósfera opresiva de aquel sitio, ¿no estaba aceptando la utilización de prácticas inmorales, no había dicho que sí a la brujería? ¿Era cierto que estaba exponiendo a una mujer encantadora a la impalpable amenaza de la locura? La señorita Deming le habló en voz baja y, según le pareció a Seton, con una entonación llena de maldad:

—Toque la melodía con suavidad, con mucha suavidad. Así es como conseguirá su efecto.

Seton siguió tocando, dejándose llevar por una tendencia puramente instintiva a la perseverancia, porque si protestaba, como sabía que debería hacerlo, sólo conseguiría dar definitiva realidad a su pesadilla. La cabeza y los dedos le funcionaban con perfecta independencia de los sentimientos, y mientras una parte de sí mismo estaba sorprendida, alarmada y llena de autoacusaciones, sus manos seguían interpretando la insidiosa melodía. Desde la cocina llegaban carcajadas, ruido de cerveza al caer en vasos, y arrastrar de botas. Quizá porque quería estar de nuevo con sus amigos —con sus muchachos—, la señorita Deming dio en seguida la clase por terminada, y Seton se sintió eufórico.

Tuvo que preguntarse una y otra vez si la señorita Deming había dicho realmente lo que a él le parecía haber oído; era todo tan poco probable que pensó en detenerse a hablar con Jack Thompson; pero se dio cuenta de que no sabría explicar lo que había pasado, de que no sería capaz de decirlo con palabras. Las tinieblas en que hombres y mujeres luchan despiadadamente por la supremacía y ancianas de cabellos grises practican la brujería no eran un mundo en que su vida transcurriera habitualmente. La señorita Deming parecía habitar un último arrecife de la conciencia, un momento de semioscuridad después del despertar que sería destruido por la luz del día.

Jessica se hallaba en el cuarto de estar y Seton, al colocar la partitura en el piano, notó un gesto de horror en su rostro.

—¿Te ha dado otro ejercicio? —preguntó—. ¿Te ha dado algo, además de ese ejercicio?

—Por esta vez, no —dijo Seton—. Supongo que todavía no lo domino. Quizá la semana que viene.

—¿Vas a practicar ahora?

—Debería hacerlo.

—¡No toques esta noche, cariño! Por favor, ¡esta noche, no! Por favor te lo pido, esta noche no, amor mío. —Y Jessica se puso de rodillas.

Recuperar la felicidad —ambos empezaron a disfrutarla inmediatamente— produjo en Seton una curiosa reacción moral acerca de los medios empleados, y cuando pensaba en la señorita Deming lo hacía con desprecio y con desagrado. Sumergido en un vendaval de deliciosas cenas y de noches de amor, no se acercaba al piano. Se lavó las manos en lo que a los métodos de la profesora de piano se refería; había decidido olvidarse de aquel asunto. Pero el miércoles, después de cenar, se despidió de su mujer a la hora acostumbrada. Jessica se inquietó al verlo dispuesto a volver, pero Seton le explicó que sólo se trataba de poner punto final a su relación como alumno; luego le dio un beso y se marchó.

La noche estaba oscura. Apenas se distinguían los adornos orientales de Bellevue Avenue. Alguien quemaba hojas en un jardín. Seton llamó a la puerta de la señorita Deming y entró en el vestíbulo. No había ninguna luz encendida, tan sólo la claridad que llegaba de la calle a través de las ventanas.

—¿Señorita Deming? —llamó—. ¿Señorita Deming?

Repitió su nombre tres veces. La silla junto al taburete del piano estaba vacía, pero Seton sentía la presencia de la anciana en todos los objetos. La señorita Deming no estaba allí —es decir, no contestaba a sus preguntas—, pero daba la impresión de hallarse junto a la puerta de la cocina, o en la escalera, o en la oscuridad al fondo del pasillo, y el suave ruido que le llegó desde el piso de arriba parecían sus pasos.

Volvió a su casa, y no había pasado aún media hora cuando llegaron unos policías y le pidieron que los acompañara. Salió con ellos a la calle —no quería que se enteraran sus hijas—, y cometió la normal equivocación de protestar, ya que, después de todo, ¿no era él un hombre temeroso de la ley? ¿No pagaba siempre el periódico, no respetaba los semáforos, no iba a la iglesia todas las semanas, no se bañaba todos los días, no pagaba los impuestos todos los años y las facturas pendientes los días diez de cada mes? No existía, en el vasto paisaje de su pasado, ni un solo indicio de ilegalidad. ¿Qué quería de él la policía? No quisieron decírselo, pero insistieron en que los acompañara, y finalmente se subió al coche y fueron al otro extremo del pueblo, más allá de unas vías de ferrocarril, hasta llegar a un callejón sin salida, un vertedero, donde se encontraban algunos policías más. Era un típico escenario de violencia: pelado, feo, lejos de cualquier casa, y sin nadie que pudiera oír a una persona pidiendo auxilio. La señorita Deming yacía en un cruce de caminos, como una bruja⁶. Tenía el

⁶ A todas las personas excluidas de la tutela espiritual de la Iglesia se las enterraba en otros tiempos en las encrucijadas de los caminos. (*N. del T.*)

cuello roto y la ropa en desorden, consecuencia de su lucha con los grandes poderes de la muerte. A Seton le preguntaron si la conocía, y dijo que sí. Si había visto a algún joven rondando su casa; respondió que no. Su nombre y su dirección estaban apuntados en un bloc sobre el escritorio de la señorita Deming. Seton explicó que era su profesora de piano. Se dieron por satisfechos con aquella explicación, y lo dejaron marchar.

Una mujer sin país

La vi aquella primavera en Campino, con el conde de Capra —el que lleva bigote—, entre la tercera carrera y la cuarta, bebiendo Campari junto a las pistas del hipódromo, con las montañas a lo lejos y, más allá de las montañas, una masa de nubes que en América hubieran significado una tormenta para la hora de cenar capaz de derribar árboles, pero que allí terminaría por quedarse en nada. Volví a verla en el Tennerhof de Kitzbühel, donde un francés cantaba canciones de vaqueros ante un público que incluía a la reina de Holanda; pero nunca la vi en las montañas, y no creo que esquiara; iba allí, al igual que tantos otros, para estar con la gente y participar en la animación. Más tarde la vi en el Lido, y de nuevo en Venecia algo después, una mañana en que yo iba en góndola a la estación y ella estaba sentada en la terraza de los Gritti, tomando café. La vi en la representación de la *Pasión* de Erl; no exactamente en la representación, sino en el mesón del pueblo, donde se suele comer aprovechando el intermedio, y la vi en la plaza de Siena con motivo del Palio, y aquel otoño en Treviso, cuando cogía el avión para Londres.

Exagero, pero todo esto podría ser verdad. Era una de esas personas que vagabundean incansablemente, y luego, noche tras noche, se van a la cama para soñar con bocadillos de beicon, lechuga y tomate. Aunque procedía de una pequeña ciudad industrial del norte donde se fabricaban cucharas de palo, uno de esos lugares solitarios de donde surge, paradójicamente, la sociedad internacional, eso no tuvo nada que ver con su vida errante. Su padre era el gerente de la fábrica, que pertenecía a la familia Tonkin: grandes propietarios, dueños de regiones enteras, por lo que la tramitación de su divorcio fue seguida con gran interés por los periódicos sensacionalistas; el joven Marchand Tonkin pasó un mes allí para adquirir práctica en los negocios, y se enamoró de Anne. Ella era una chica normal, dulce y modesta, por naturaleza —cualidades que nunca perdió—, y se casaron al cabo de un año. Aunque eran inmensamente ricos, Tonkin no amaban la ostentación, y la joven pareja vivió discretamente en un pequeño pueblo desde donde Marchand se trasladaba todos los días a Nueva York para trabajar en el despacho familiar. Tuvieron un hijo y vivieron una vida feliz y sin historia hasta una húmeda mañana del séptimo año de su matrimonio.

Marchand tenía una reunión en Nueva York y debía tomar el tren a primera hora de la mañana. Pensaba desayunar en la ciudad. Eran alrededor de las siete cuando se despidió de su mujer. Anne no se había vestido, y estaba echada en la cama cuando lo oyó pelearse con el motor del coche que solía usar para ir a la estación. Después oyó cómo se abría la puerta principal y la voz de su marido que la llamaba mientras subía la escalera. El coche no se ponía en marcha, ¿le importaría llevarlo a la estación en el Buick? No le daba tiempo a vestirse, de manera que Anne se echó una chaqueta por encima de los hombros y lo llevó a la estación. De medio cuerpo para arriba estaba correctamente vestida, pero de la chaqueta para abajo el camión seguía siendo transparente. Marchand le dio un beso de despedida y le recomendó que se vistiera en seguida; Anne abandonó la estación, pero en el cruce de Alewives Lane y Hill Street se quedó sin gasolina.

Como se hallaba delante de la casa de los Bearden, pensó que podrían proporcionarle un poco de gasolina, o, al menos, prestarle un abrigo. Tocó el claxon una y otra vez hasta darse cuenta de que los Bearden estaban de vacaciones en Nassau. Todo lo que podía hacer era esperar en el coche,

prácticamente desnuda, a que alguna compasiva ama de casa pasara por allí y se ofreciera a ayudarla. Mary Pym fue la primera, y aunque Anne la saludó con la mano, pareció no darse cuenta. Después pasó Julia Weed, que llevaba a Francis al tren a toda velocidad, pero que iba demasiado de prisa para fijarse en nada. A continuación cruzó por allí Jack Burden, el libertino del pueblo, y sin que nadie lo llamara, pareció sentirse magnéticamente atraído hacia el automóvil. Se detuvo y preguntó si podía ayudar en algo. Anne se trasladó a su coche —¿qué otra cosa podría haber hecho?—, pensaba en lady Godiva y en santa Águeda. Lo peor de todo fue que no acababa de despertarse: de cruzar la distancia entre las sombras del sueño y la luz del día. Y era un día sin luz, sombrío y opresivo, como el ambiente de una pesadilla. El sendero hasta su casa quedaba oculto desde la carretera gracias a unos cuantos arbustos, y cuando Anne se apeó del coche y le dio las gracias a Jack Burden, él la siguió escalones arriba y se aprovechó de ella en el vestíbulo, donde fueron descubiertos por Marchand cuando volvió en busca de su cartera.

Marchand abandonó la casa en aquel mismo momento, y Anne nunca volvió a verlo. Murió de un ataque cardíaco diez días después en un hotel de Nueva York. Sus suegros fueron a los tribunales para solicitar la custodia del niño, y durante el juicio, Anne —en su inocencia— cometió la equivocación de echarle la culpa de su extravío a la humedad. Las revistas sensacionalistas lo sacaron a relucir —NO FUI YO; FUE LA HUMEDAD—, y aquello se extendió por todo el país. Inventaron una canción que se hizo muy popular, y, dondequiera que iba, parecía que Anne estaba condenada a escucharla:

La pobrecita Isabel

nunca besaba a un doncel

si faltaba la humedad,

pero si estaba nublado,

no se podía contener,

convertida en un tornado...

A mitad de juicio, Anne retiró sus demandas, se puso unas gafas de sol y se embarcó de incógnito para Génova, catalogada como persona indeseable por una sociedad que sólo parecía capaz de suavizar su puritanismo con un procaz sentido del humor.

No le faltaba dinero, claro está —sus sufrimientos eran sólo espirituales—, pero la habían herido, y sus recuerdos eran amargos. Por lo que sabía de la vida, Anne tenía derecho al perdón, pero no se lo habían concedido, y su propio país, al recordarlo desde el otro lado del Atlántico, parecía haber dictado contra ella una sentencia salvaje y poco realista. Se la había utilizado como cabeza de turco; se la había puesto en ridículo, y precisamente porque su pureza de corazón era auténtica, estaba profundamente ofendida. Basaba su expatriación en razones morales más que culturales. Al interpretar el papel de europea, quería expresar su desaprobación por lo que había pasado en su país. Vagabundó por toda Europa, pero finalmente compró una villa en Tavola-Calda y pasaba allí por lo menos la

mitad del año. Aprendió italiano, así como todos los sonidos guturales y gestos de manos que acompañan al idioma. En el sillón del dentista decía ¡ay!, en lugar de ¡au!, y podía espantar a un abejorro de su vaso de vino con gran elegancia. Se sentía muy dueña de su expatriación —su territorio personal, conseguido con grandes sufrimientos—, y la irritaba oír a otros extranjeros hablando italiano. Su villa era encantadora; los ruiseñores cantaban en los robles, las fuentes susurraban en el jardín, y ella, desde la terraza más alta, con el cabello teñido del peculiar tono bronceado que estaba de moda en Roma aquel año, saludaba a sus huéspedes: «*Bentornati. Quanto piacere!*», pero la escena no era nunca del todo perfecta.

Parecía una reproducción, con las leves imperfecciones que se encuentran en las ampliaciones: una disminución de calidad. El resultado no era tanto que estuviera de verdad en Italia como que se había marchado completamente de Estados Unidos.

Anne pasaba gran parte del tiempo con gente que, como ella, aseguraban ser víctimas de una atmósfera moral represiva y raquífica. Sus corazones estaban en los muelles de los puertos, siempre escapándose de casa. Anne había pagado su continua movilidad con cierta dosis de soledad. El grupo de amigos que esperaba encontrar en Wiesbaden desapareció sin dejar ninguna dirección. Los buscó en Heidelberg y en Munich, pero no consiguió encontrarlos. Las invitaciones de boda y los partes meteorológicos («La nieve cubre el nordeste de Estados Unidos») le producían una terrible nostalgia. Siguió perfeccionando su interpretación del papel de europea, y, aunque sus logros eran admirables, no dejaba de tener una especie de alergia a las críticas, y detestaba que la confundiesen con una turista. Un día, al final de la temporada en Venecia, tomó el tren en dirección al sur, y llegó a Roma en una calurosa tarde de setiembre. La mayor parte de los habitantes de la Ciudad Eterna estaban durmiendo, y el único signo de vida eran los autobuses de los turistas rechinando cansadamente por las calles, como si fueran una pieza básica en el funcionamiento de la ciudad, igual que el alcantarillado o la conducción de la luz. Le dio el talón del equipaje a un mozo y le describió sus maletas en un excelente italiano, pero él no se dejó engañar y murmuró algo acerca de los norteamericanos. ¡Eran *tantos!* Esto irritó a Anne, que replicó con aspereza:

—Yo no soy norteamericana.

—Disculpe, *signora* —dijo el otro—. ¿De qué país es usted, entonces?

—Soy griega —respondió.

La enormidad, la tragedia de su mentira fue un terrible golpe para ella. «¿Qué he hecho?», se preguntó a sí misma con incredulidad. Su pasaporte era tan verde como la hierba, y viajaba bajo la protección del Gran Sello de Estados Unidos. ¿Qué la había impulsado a mentir sobre una faceta tan importante de su identidad?

Tomó un taxi par a ir a un hotel de Via Veneto, mandó subir las maletas a la habitación, y se dirigió al bar para beber algo. No había más que un norteamericano: un hombre de cabellos blancos con un audífono. Estaba solo y parecía sentirse solo; finalmente se volvió hacia la mesa donde se encontraba Anne y le preguntó muy cortésmente si era estadounidense.

—Sí.

—¿Cómo es que habla italiano?

—Vivo aquí.

—Me llamo Stebbins —dijo él—. Charlie Stebbins, de Filadelfia.

—Encantada —dijo ella—. ¿De qué parte de Filadelfia?

—Bueno; nací en Filadelfia —dijo él—, pero no he vuelto allí desde hace cuarenta años. Mi verdadero hogar es Shoshone, en California. Lo llaman la puerta del valle de la Muerte. Mi mujer era de Londres. Londres en el estado de Arkansas, ja, ja. Mi hija se educó en seis estados de la Unión: California, Washington, Nevada, Dakota del Sur y del Norte y Louisiana. Mi mujer murió el año pasado, y decidí que tenía que ver un poco de mundo.

Las barras y las estrellas parecían materializarse en el aire por encima de la cabeza del señor Stebbins, y Anne se dio cuenta de que en Norteamérica las hojas estaban cambiando de color.

—¿Qué ciudades ha visitado? —le preguntó.

—¿Sabe? Es un poco cómico, pero no lo sé demasiado bien. Una agencia de California planeó el viaje y me dijeron que iba a hacerlo con un grupo de norteamericanos, pero tan pronto como llegué a alta mar descubrí que viajaba solo. No volveré a hacerlo nunca. En ocasiones me paso días enteros sin oír hablar a nadie en un inglés de Estados Unidos decente. Fíjese que algunas veces me siento en la habitación y hablo conmigo mismo por el placer de escuchar norteamericano. No sé si me creará, pero tomé un autobús de Frankfurt a Munich, y no había nadie allí que supiera una palabra de inglés. Después tomé otro autobús de Munich a Innsbruck, y tampoco había nadie que hablara inglés. Luego otro de Innsbruck a Venecia y tres cuartos de lo mismo, hasta que se subieron unos norteamericanos en Cortina. Pero de los hoteles no tengo ninguna queja. Normalmente hablan inglés en los hoteles, y he estado en algunos francamente buenos.

A Anne le pareció que aquel desconocido, sentado en un taburete de un sótano romano, había conseguido redimir a su país. Un halo de timidez y de hombría de bien parecía rodearlo. En la radio, la emisora de las fuerzas armadas de Verona lanzaba a las ondas los compases de *Stardust*.

—Eso es *Stardust* —señaló el norteamericano—. Aunque supongo que ya habrá reconocido la canción. La escribió un amigo mío, Hoagy Carmichael. Sólo con esa pieza gana todos los años seis o siete mil dólares de derechos de autor. Es un buen amigo mío. No lo he visto nunca, pero nos escribimos. Quizá le parezca extraño tener un amigo al que no se ha visto nunca, pero Hoagy es realmente amigo mío.

A Anne le pareció que sus palabras eran mucho más melódicas y expresivas que la música. El orden de las frases, su aparente falta de sentido, el ritmo con que habían sido pronunciadas le parecieron como la música de su propio país y se vio andando, todavía muchacha, junto a los montones de serrín de la fábrica de cucharas, camino de la casa de su mejor amiga. A veces, por las tardes, tenía que esperar en el paso a nivel, porque iba a cruzar por allí un tren de mercancías. Primero se oía un sonido a lo lejos, como de un huracán, y después un trueno metálico, el ruido de las ruedas. El tren de mercancías cruzaba a toda velocidad, como un rayo. Pero leer los carteles de los vagones solía emocionarla; no es que le hicieran imaginarse maravillosas posibilidades al final del trayecto: tan sólo la grandeza de su propio país, como si los estados de la Unión —estados trigueros, estados petrolíferos, estados ricos en carbón, estados marítimos— se deslizaran por la vía muy cerca de donde

ella se había parado, y desde donde leía Southern Pacific, Baltimore & Ohio, Nickel Plate, New York Central, Great Western, Rock Island, Santa Fe, Lackawanna, Pennsylvania, para ir después perdiéndose paulatinamente a lo lejos.

—No llore, mujer—dijo el señor Stebbins—. No llore.

Había llegado el momento de volver a casa, y Anne cogió un avión para París aquella misma noche; al día siguiente tomó otro con destino a Idlewild. Temblaba de nerviosismo mucho antes de que vieran tierra. Volvía a casa, volvía a casa. El corazón se le subió a la garganta. ¡Qué oscura y qué reconfortante parecía el agua del Atlántico después de aquellos años en el extranjero! A la luz del amanecer, desfilaron bajo el ala derecha del avión las islas con nombres indios, e incluso llegaron a entusiasmarla las casas de Long Island, colocadas como los hierros de una parrilla. Dieron una vuelta sobre el aeropuerto y aterrizaron. Anne tenía pensado buscar una cafetería allí mismo, y pedir un sándwich de beicon, lechuga y tomate. Agarró con fuerza su paraguas (parisino), y su bolso (sienés), y esperó su turno para abandonar el avión, pero cuando estaba bajando la escalerilla, antes incluso de tocar con los zapatos (romanos) su tierra nativa, oyó cantar a un mecánico que trabajaba en un DC-7 muy cerca de allí:

La pobrecita Isabel

nunca besaba a un doncel...

No llegó a salir del aeropuerto. Tomó el siguiente avión para Orly y se reunió con los cientos, con los miles de norteamericanos que circulaban por Europa, alegres o tristes, como si realmente fueran gentes sin un país. Se los ve doblar una esquina en Innsbruck, en grupos de treinta, y esfumarse. Llenan un puente de Venecia, e inmediatamente ya se han ido. Se los oye pidiendo ketchup en un refugio del macizo Central por encima de las nubes, y se los ve curioseando entre las cuevas submarinas, con sus gafas y sus aparatos para respirar, en las aguas transparentes de Porto San Stefano. Anne pasó el otoño en París. También estuvo en Kitzbühel. Se trasladó a Roma para los concursos de equitación, y fue a Siena para ver el Palio. Seguía viajando sin descanso, soñando siempre con sándwiches de beicon, lechuga y tomate.

La muerte de Justina

Bien sabe Dios que esto se vuelve cada vez más absurdo y corresponde cada vez menos a lo que recuerdo y a lo que espero, como si la fuerza de la vida fuera centrífuga y nos distanciara más y más de nuestras ambiciones y nuestros recuerdos más puros. Apenas puedo recordar la vieja casa donde me crié, donde en mitad del invierno florecían violetas de Parma en un frío arriate cerca de la puerta de la cocina; al fondo de un largo pasillo, sobrepasando las siete vistas de Roma —dos escalones arriba y tres abajo—, se hallaba la biblioteca, con todos los libros en orden, lámparas brillantes, una chimenea y una docena de botellas de buen bourbon, guardadas en una vitrina con un barniz similar al carey cuya llave de plata llevaba mi padre en una leontina. La ficción es un arte y el arte es el triunfo sobre el caos (nada menos), y sólo es posible crear si llevamos a cabo el más atento proceso de selección, pero en un mundo que cambia más rápidamente de lo que percibimos siempre existe el peligro de que nuestras facultades de elección se equivoquen y la visión que perseguimos naufrague. Admiramos el decoro y despreciamos la muerte, pero incluso las montañas parecen desplazarse en el lapso de una noche, y quizá el exhibicionista de la esquina de las calles Chestnut y Elm es más importante que la hermosa mujer con el sol reflejado en su pelo que introduce un pedazo de hueso de sepia en la jaula del ruiseñor. Permítame el lector que le ponga un ejemplo de caos y, si no me cree, que consulte honradamente su propio pasado y vea si no puede encontrar una experiencia comparable...

El sábado, el médico me dijo que dejase de fumar y de beber, y así lo hice. Pasaré por alto el consabido síndrome de abstinencia, pero me gustaría señalar que aquella noche, mientras miraba por la ventana los brillos del crepúsculo y los progresos de la oscuridad, percibí —falta de tan humildes estimulantes— la fuerza de un recuerdo primitivo en el que la llegada de la noche, con su luna y estrellas, era apocalíptica. Pensé de pronto en las tumbas olvidadas de mis tres hermanos en la ladera de la montaña y en que la muerte es una soledad más cruel que cualquier otra que se conozca en la vida. El alma —pensé— no abandona el cuerpo, sino que permanece con él para sufrir las degradantes fases de descomposición y abandono, el calor, el frío y las largas noches de invierno en que nadie lleva una corona o una planta ni reza una oración. La inquietud sucedió a esta desagradable premonición. íbamos a salir a cenar, y pensé que la cocina explotaría en nuestra ausencia e incendiaría la casa. La cocinera se emborracharía y atacaría a mi hija con un cuchillo de trinchar, o bien mi mujer y yo moriríamos víctimas en un choque en la autopista, dejando a nuestros hijos en una orfandad desconcertada, sin más futuro que una vida de tristeza. Pude observar, además de estas preocupaciones insensatas y espantosas, un claro deterioro de mi libre albedrío. Sentí como si unas cuerdas me bajaran al reino de mi infancia. La dije a mi mujer, cuando atravesó el cuarto de estar, que había dejado de fumar y de beber, pero a ella no pareció importarle, ¿y quién me recompensaría por mis privaciones? ¿Quién se preocupaba por el gusto amargo que tenía en la boca y por el hecho de que mi cabeza pareciera a punto de separarse de mi cuerpo? Pensé que los hombres premiaban con medallas, estatuillas y copas méritos mucho menores, y que la abstinencia es una cuestión social. Con mucha más frecuencia me abstengo del pecado por temor al escándalo que debido a la íntima determinación de acrecentar la pureza de mi corazón, pero aquí se trataba de un llamamiento de la abstinencia sin la presión mundana de la sociedad, y la muerte es una amenaza distinta del escándalo. Llegado el momento de irnos, estaba tan mareado que tuve que pedirle a mi mujer que condujese el coche. El

domingo fumé furtivamente siete cigarrillos en diversos escondrijos y me bebí dos martinis en el ropero de la planta baja. El lunes, durante el desayuno, mi panecillo me miró fijamente desde el plato. Quiero decir que vi una cara en su superficie tostada y desigual. Ese instante de reconocimiento fue efímero pero profundo, y me pregunté de quién era aquel rostro: ¿de un amigo, una tía, un marino, un monitor de esquí, un camarero o un maquinista de tren? La sonrisa desapareció del panecillo, pero moró en él durante un segundo —la sensación de que era una persona, una vida, un puro impulso de amabilidad y censura—, y estoy convencido de que aquel bollo había albergado la presencia de algún espíritu. Como puede advertirse, estaba nervioso.

La anciana prima de mi mujer, Justina, vino a visitarla el lunes. Justina era una mujer activa, aunque debía de rondar ya los ochenta. Mi mujer la invitó a la comida que dio el martes. El último invitado se marchó a las tres, y unos minutos más tarde, la prima Justina, sentada en el sofá de la sala con una copa de buen brandy, exhaló su último suspiro. Mi mujer me llamó a la oficina y le dije que iría de inmediato. Estaba ordenando mi escritorio cuando entró MacPherson, mi jefe.

—Concédeme un minuto —dijo—. Te he estado buscando como un loco por todas partes. Pierce ha tenido que marcharse temprano y quiero que me escribas el último comercial del Elixircol.

—Oh, no puedo, Mac —respondí—. Acaba de telefonearme mi mujer. La prima Justina ha muerto.

—Hazme ese anuncio —insistió él, con una malévola sonrisa—. Pierce se ha ido temprano porque su abuela se cayó de una escalera.

Ahora bien, no me gustan los relatos de ficción sobre la vida de oficina. Entiendo que si uno quiere hacer narrativa debe escribir sobre alpinismo o tempestades en el mar, así que referiré brevemente mis dificultades con MacPherson, agravadas, como ya se ha visto, por su negativa a respetar y honrar la muerte de la querida prima Justina. Era muy propio de él, un buen ejemplo del modo en que me trataba.

Yo diría que es un hombre alto, espléndidamente acicalado, que anda por los sesenta, se cambia de camisa tres veces al día, corteja a su secretaria todas las tardes entre las dos y las dos y media, y convierte en higiénica y elegante la costumbre de mascar chicle constantemente. Yo le escribo sus discursos, cosa que no me resulta muy gratificante. Si tienen éxito, MacPherson se lleva todos los honores. Sé que su presencia, su sastrería y su excelente voz forman parte de la publicidad, pero me pone furioso que no me atribuyan el mérito del texto. Por otra parte, si el anuncio no tiene éxito —si la presencia y la voz de MacPherson no bastan para que triunfe—, sus aires sarcásticos y amenazadores resultan hirientes, y debo limitarme forzosamente a adoptar el papel de incompetente, a pesar de los montones de cartas de felicitación que a veces merece mi elocuencia. Tengo que fingir (y, al igual que un actor, estudiar y perfeccionar mi fingimiento) que no he contribuido en absoluto a sus triunfos, y debo agachar graciosamente la cabeza, avergonzado, cuando ambos hemos fracasado. Me veo obligado a recibir con gratitud las ofensas, a mentir, a sonreír falsamente y a interpretar un papel tan fútil y desligado de los hechos como un insignificante príncipe de opereta, pero, a decir verdad, mi mujer y mis hijos pagarían las consecuencias de mi franqueza. Ahora se negaba a respetar e incluso a creer el solemne hecho de un fallecimiento en nuestra familia, y aunque no pudiera rebelarme, me parecía que por lo menos podía insinuarlo.

El anuncio que quería que escribiese era el de un tónico llamado Elixircol, e iba a

protagonizarlo en la televisión una actriz que no era joven ni guapa, pero tenía un aspecto de complaciente desenfadado, y era, además, la amante de uno de los tíos del patrocinador.

«¿Se está haciendo viejo? —escribí—. ¿Le disgusta su imagen en el espejo? ¿Ve por las mañanas su rostro arrugado, agrietado por los excesos sexuales y alcohólicos? ¿Y el resto de su persona le parece una masa informe de color gris rosado, cubierta por todas partes de cabello multicolor? Si pasea por los bosques en otoño, ¿tiene la sensación de que media una sutil distancia entre usted y el olor a humo de leña? ¿Ha redactado su nota necrológica? ¿Jadea con facilidad? ¿Usa faja? ¿Está perdiendo el olfato, va disminuyendo su interés por la jardinería y aumentando su temor a las alturas? ¿Son sus impulsos sexuales tan voraces e intensos como siempre, y su esposa le parece cada vez más una desconocida de mejillas hundidas que se ha colado por error en su dormitorio? Si la totalidad o parte de esto es cierto, usted necesita Elixircol, el auténtico elixir de la juventud. El tamaño económico —se muestra la botella— cuesta setenta y cinco dólares, y la botella familiar vale doscientos cincuenta. Es toda una pasta, ya se sabe, pero vivimos en tiempos inflacionarios, y ¿quién puede poner precio a la juventud? Si no tiene ese dinero, pídaselo a un prestamista o atraque el banco local. Tiene tres probabilidades contra una de sacarle al pusilánime cajero diez de los grandes con una pistola de agua de un par de centavos y un pedazo de papel. Todo el mundo lo hace.» (Música alta y se acaba.) Envié el texto a MacPherson vía Ralphie, el recadero, y cogí el tren de las 4.16, en el que atravesé un paisaje de total desolación.

Ahora bien, mi viaje es una digresión y no tiene una relación real con la muerte de Justina, pero lo que ocurrió después sólo podría haber sucedido en mi país y en mi época, y como soy un norteamericano que viaja por un paisaje norteamericano, el trayecto puede muy bien ser un factor en la suma total. A pesar de que sus antepasados emigraron del Viejo Continente hace tres siglos, hay norteamericanos que no parecen haber concluido por completo su éxodo, y yo soy uno de ellos. Me encuentro —en sentido figurado— con un pie mojado en Plymouth Rock, mirando con cierta delicadeza, no una inmensidad formidable y estimulante, sino una civilización a medio concluir que abarca torres de cristal y plataformas de perforación de petróleo, continentes suburbanos y cines abandonados, y me pregunto por qué, en este universo supremamente perfecto, próspero y equitativo, donde incluso las mujeres de la limpieza tocan preludios de Chopin en sus horas libres, todo el mundo ha de parecer tan desilusionado.

En Manor Proxmire fui el único pasajero que se apeó del aleatorio, errabundo e improductivo tren de cercanías que proyectaba sus míseras luces hacia el crepúsculo como un guarda de caza o un alguacil que hace su ronda cotidiana. Fui a la entrada de la estación a esperar a mi mujer y a disfrutar del delicado sentido de la crisis que posee el viajero. Arriba, en la colina, estaba mi hogar y las casas de mis amigos, todas ellas iluminadas y con olor a fragante humo de leña, como templos erigidos a la monogamia, la infancia irreflexiva y la dicha doméstica en un bosquecillo sagrado, pero tan similares a un sueño que sentí con algo más que patetismo su falta de sustancia, la ausencia de ese dinamismo interno que captamos en algunos paisajes europeos. En suma, me sentía decepcionado. Era mi país, mi querido país, y algunas mañanas hubiera besado la tierra que cubre sus muchas provincias y sus estados. Me invadió una promesa de dicha; de felicidad romántica y doméstica. Me pareció oír los cascabeles del trineo que me conduciría a la casa de la abuela, aunque de hecho había trabajado de camarera en un transatlántico durante los últimos años de su vida y había perecido en el trágico naufragio del *Lorelei* y estaba ensoñándome con el recuerdo de algo que no había vivido. Pero la colina de luz se alzaba como una respuesta a algún sueño primitivo de regreso al hogar. En uno de los prados más altos vi los restos de un muñeco de nieve que todavía fumaba una pipa y lucía un pañuelo y una gorra, pero cuya forma iba fundiéndose y cuyos ojos de antracita contemplaban el paisaje con

terrible amargura. Percibí cierta decepcionante inmadurez del espíritu en la escena, aunque mis propios huesos atestiguaban el largo tiempo que había transcurrido desde que mi padre abandonó el Viejo Mundo para encontrar uno nuevo; y pensé en las fuerzas que habían prestado energía a aquella imagen; las crueles ciudades de Calabria y sus crueles príncipes, los páramos al noroeste de Dublín, guetos, déspotas, casas de putas, colas para la compra del pan, sepultura de niños, hambre intolerable, corrupción, persecución y desesperanza habían generado aquellas luces débiles y suaves, y ¿no era todo ello parte de la gran migración que es la vida del hombre?

Mi mujer tenía las mejillas mojadas de lágrimas cuando la besé. Estaba afligida, por supuesto, y realmente triste. Había sentido afecto por Justina. Me llevó en coche a casa, donde la difunta seguía sentada en el sofá. Me gustaría ahorrar al lector los detalles desagradables, pero diré que tanto su boca como sus ojos estaban abiertos de par en par. Entré en la cocina para telefonar al doctor Hunter. Comunicaba. Me serví una copa —la primera desde el domingo— y encendí un cigarrillo. El mismo médico contestó al teléfono cuando volví a llamarlo y le conté lo que había sucedido.

—Vaya, me apena muchísimo lo que me dices, Moses —dijo—. No puedo ir hasta después de las seis, y la verdad es que no te seré de gran ayuda. Este tipo de cosas ya han ocurrido antes y te voy a contar todo lo que sé. Mira, vives en la zona B: parcelas de doscientos metros cuadrados sin locales comerciales y todo eso. Hace un par de años, un forastero compró la vieja mansión Plewett y resultó que estaba proyectando establecer una funeraria. En aquella época no teníamos ninguna ley municipal que nos protegiese, y a medianoche el ayuntamiento dictó a toda prisa una serie de normas: evidentemente, exageraron. Al parecer, no sólo no puede haber una funeraria en la zona B, sino que allí no se puede enterrar nada, y ni siquiera puedes morirte. Claro que es absurdo, pero todo el mundo comete errores, ¿no? De momento puedes hacer dos cosas. Ya me he visto antes en un apuro semejante. Coges a la anciana, la metes en el coche y la llevas a Chestnut Street, donde empieza la zona C. El límite está justo más allá del semáforo, junto al instituto. Una vez que la difunta se encuentre en la zona C, ya está. Puedes decir que murió en el coche. Puedes hacer eso, o bien, si te parece desagradable, llamar al alcalde y pedirle que haga una excepción a las ordenanzas de tu zona. Pero no te puedo extender un certificado de defunción hasta que el cadáver esté fuera de ese barrio, y desde luego ningún empresario de pompas fúnebres se hará cargo de él hasta que consigas el certificado.

—No entiendo —dije, y era cierto, pero entonces cayó o rompió sobre mí como una ola la posibilidad de que hubiese alguna verdad en lo que el doctor acababa de contarme, y me invadió una creciente indignación—. No he oído en mi vida tantas estupideces juntas. ¿Pretendes decirme que no me puedo morir en un barrio, enamorarme en otro y comer en...?

—Escucha. Cálmate, Moses. Me estoy limitando a explicarte los hechos, y tengo a un montón de pacientes esperando. No tengo tiempo de oírte echar pestes. Si quieres trasladarla, llámame en cuanto llegues al semáforo. Si no te decides, te aconsejo que te pongas en contacto con el alcalde o alguien del ayuntamiento.

Corté la comunicación. Estaba ofendido, pero eso no cambiaba el hecho de que Justina seguía sentada en el sofá. Me serví otra copa y encendí un nuevo cigarrillo.

Justina parecía estar esperándome y convirtiéndose en un cuerpo exigente en lugar de inerte. Intenté imaginarme sacándola de mi camioneta, pero no logré realizar esa tarea en mi fantasía, y estaba seguro de que tampoco podría llevarla a cabo en la realidad. Luego llamé al alcalde, pero su

cargo en nuestro pueblo es sobre todo honorario, y yo muy bien podía haber supuesto que estaba en su bufete de Nueva York y que no lo esperaban en su casa hasta las siete. Entretanto pensé que podía tapar a la difunta, que sería lo más decente, y subí por la escalera de atrás, llegué al armario de la ropa blanca y cogí una sábana. Cuando volví a la sala, oscurecía ya, pero aún no había llegado un compasivo crepúsculo. El ocaso parecía estar jugando directamente en las manos de Justina, y la oscuridad le prestaba mayor fuerza y estatura. La cubrí con una sábana y encendí una lámpara en el otro extremo de la habitación, pero su monumental silueta destruía el orden de la estancia, con su mobiliario antiguo, sus flores y sus cuadros. A continuación había que ocuparse de los niños, que volverían a casa unos minutos después. Su conocimiento de la muerte, abstracción hecha de sus sueños e intuiciones, de los que no sé nada, es nulo, y la descarnada escena de la sala sin duda les resultaría traumática. Al oírlos llegar por el sendero, salí a decirles lo que pasaba y les mandé que subieran a sus habitaciones. A las siete fui en coche a ver al alcalde.

Todavía no había vuelto, pero regresaría de un momento a otro, y hablé con su mujer. Me ofreció una copa. Para entonces, ya estaba yo fumando sin parar. Cuando llegó el alcalde me hizo pasar a un pequeño despacho o biblioteca: él ocupó su puesto tras el escritorio y a mí me indicó la silla baja de quien formula una súplica.

—Por supuesto que lo entiendo, Moses —me dijo—. Es terrible lo que ha sucedido, pero el problema consiste en que no podemos hacer una excepción a las ordenanzas sin el voto mayoritario del ayuntamiento, y resulta que todos los concejales están fuera. Pete está en California, Jack en París y Larry no volverá de Stowe hasta el fin de semana.

Me puse sarcástico:

—Así que supongo que la prima Justina tendrá que descomponerse tan ricamente en mi sala hasta que Jack vuelva de París.

—Oh, no —contestó—. Oh, no. Jack tardará un mes en volver, pero creo que puede usted esperar hasta que Larry regrese de Stowe. Entonces tendremos mayoría, claro está que en el supuesto de que accedan a su solicitud.

—Por el amor de Dios —gruñí.

—Sí, sí, sé que es difícil —dijo—, pero en definitiva tiene que darse cuenta de que así es el mundo en que vive, y de que la importancia de la zonificación no puede subestimarse. Caramba, si un solo miembro del consejo pudiera dictar excepciones a las ordenanzas, yo podría darle permiso para abrir un bar en el garaje, instalar luces de neón, contratar a una orquesta y destruir el vecindario y todos los valores humanos y comerciales por cuya protección tanto hemos trabajado.

—No quiero abrir un bar en mi garaje —bramé—. No quiero contratar a una orquesta. Solamente quiero enterrar a Justina.

—Lo sé, Moses, lo sé. Lo entiendo, pero por desgracia ha sucedido en una zona inadecuada, y si hago una excepción con usted, tendré que hacer una excepción con todo el mundo, y este tipo de anomalías, cuando se nos van de las manos, pueden resultar muy deprimentes. A la gente no le gusta vivir en un vecindario donde ocurren todo el tiempo esta clase de cosas.

—Escúcheme —dije—, si no hace esa excepción conmigo ahora mismo, voy a casa, cavo un gran agujero y entierro yo mismo a Justina en el jardín.

—No puede hacer eso, Moses. No se puede enterrar nada en la zona B. Ni siquiera un gato.

—Se equivoca —respondí—. Puedo y voy a hacerlo. No puedo ejercer como médico ni soy dueño de una funeraria, pero puedo cavar un gran agujero en la tierra, y si no me concede esa excepción, eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Vuelva aquí, Moses, vuelva —dijo—. Por favor, vuelva aquí. Mire, le concederé el permiso si usted promete no decírselo a nadie. Es violar la ley, es un acto ilícito, pero lo haré si me promete guardar el secreto.

Prometí guardar el secreto, me entregó los documentos y utilicé su teléfono para llevar a cabo las gestiones necesarias. Justina fue trasladada pocos minutos después de llegar yo a casa, pero esa noche tuve un sueño extrañísimo. Soñé que estaba en un supermercado lleno de gente. Debía de ser de noche, porque las ventanas estaban oscuras. En el techo había lámparas fluorescentes, brillantes y alegres, pero teniendo en cuenta nuestros recuerdos prehistóricos, constituían un eslabón discordante en la cadena de luz que nos vincula con el pasado. Se oía música y había por lo menos mil compradores que empujaban sus carritos entre los largos pasillos de comestibles y provisiones. Y me pregunto: ¿es o no es cierto que la postura que adoptamos para empujar un carrito nos convierte en seres asexuados? ¿No podemos hacerlo con gallardía? Hago esta reflexión porque los muchísimos clientes de aquella noche parecían penitentes asexuados empujando sus carritos. Había gente de todo tipo, pues así es mi bienamado país. Había italianos, finlandeses, judíos, negros, ingleses, cubanos —cualquiera que hubiese atendido la llamada de la libertad—, vestidos con ese descuido suntuario que los caricaturistas europeos plasman con tan amargo disgusto. Sí, había abuelas en pantalones cortos, mujeres de gran trasero con pantalones de punto y hombres ataviados con tal diversidad de prendas que daban la impresión de haberse vestido a toda prisa en un edificio en llamas. Pero se trata, como he dicho, de mi propio país y, en mi opinión, el caricaturista que denigra a la anciana en pantalones cortos se denigra a sí mismo. Soy norteamericano y en aquel momento llevaba botas de ante, pantalones tan apretados que se me marcaban los genitales y una camisa de pijama de rayón y acetato con un estampado de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* a toda vela. La escena era extraña —la extrañeza de un sueño en el que vemos objetos familiares a una luz poco familiar—, pero a medida que observaba más de cerca reparé en varias irregularidades. Nada estaba etiquetado. Ninguna mercancía era identificable o conocida. En las latas y las cajas no se veía signo alguno. Los recipientes de alimentos congelados estaban llenos de paquetes marrones de formas tan raras que era imposible saber si contenían un pavo congelado o comida china. Todos los productos de los mostradores de panadería y verduras estaban metidos en bolsas de papel de estraza, y los libros en venta ni siquiera tenían título. A pesar de que ignoraban el contenido de bolsas y paquetes, mis compañeros en el sueño, los miles de compatriotas extravagantemente vestidos, deliberaban muy serios acerca de aquellas misteriosas mercancías, como si las compras que iban a hacer fuesen decisivas. Como toda persona que sueña, yo era omnisciente, yo estaba con ellos y aparte, y contemplando la escena desde arriba durante un minuto vi también a los cajeros. Eran brutales. A veces vemos en una calle, un bar o una muchedumbre un rostro de tan categórica y terca resistencia a los alegatos del amor, la razón y la decencia, una cara tan lúbrica, bestial y degenerada que nos apartamos de ella. Hombres así aguardaban, ante la única salida del establecimiento, a que los clientes se acercasen a ellos, y desgarraban los paquetes —yo seguía sin poder ver lo que contenían—, pero en todos los casos, el comprador, al ver lo que había adquirido, mostraba todos los síntomas de la culpa más profunda; ese

impulso que nos obliga a caer de rodillas. Una vez abiertos los paquetes de cada cliente, muerto de vergüenza, lo empujaban —en ocasiones a patadas— hasta la puerta; más allá de ésta vi agua oscura y oí un terrible ruido de gemidos y llantos. La gente formaba grupos en la puerta a la espera de ser trasladada en un medio de transporte que no pude descubrir cuál sería. Mientras yo observaba, miles y miles de personas empujaban sus carritos por el supermercado, hacían sus compras con todo esmero y señorío y a la salida eran insultados y deportados. ¿Qué podía significar aquello?

La tarde siguiente enterramos bajo la lluvia a la prima Justina. Los muertos no son, bien lo sabe Dios, una minoría, pero en Proxmire Manor su poco glorioso reino se halla en las afueras, y es más bien un vertedero adonde se los lleva furtivamente como a una pandilla de bribones y canallas, y donde yacen en un ámbito de perfecto olvido. La vida de Justina había sido ejemplar, pero se diría que a su término nos había deshonrado a todos nosotros. El cura era amigo nuestro y una compañía alentadora, pero no así el empresario de pompas fúnebres y sus ayudantes, que cavaban tras sus coches funerarios; ¿acaso no son ellos el origen de casi todos nuestros males al exigir que la muerte sea un beso con sabor a violetas? ¿Cómo una persona que no procura entender la muerte espera comprender el amor, y quién dará la alarma?

Volví del cementerio a mi oficina. El anuncio descansaba sobre mi escritorio y MacPherson había escrito encima con rotulador: «Muy gracioso. Haz otro nuevo, cerebro averiado.» Estaba cansado, pero no arrepentido, y al parecer no me sentía muy proclive a adoptar una actitud útil y obediente. Redacté otro anuncio: «No pierda a sus seres queridos —escribí— por culpa de la radiactividad. No se quede sin pareja en el baile debido a que tiene en los huesos estroncio 90. No sea una víctima de la lluvia radiactiva. Cuando la furcia de la calle Treinta y Seis lo mira con buenos ojos, ¿su cuerpo sigue una dirección y su imaginación escoge otra? ¿Sube tras ella mentalmente la escalera y saborea lo que ella vende con repugnante parsimonia mientras su cuerpo va a Brooks Brothers o a la ventanilla de cambio de moneda del Chase Manhattan Bank? ¿No ha reparado en el tamaño de los helechos, la exuberancia de la hierba, el sabor amargo de las judías verdes y las marcas brillantes que exhiben las nuevas especies de mariposas? Usted ha estado inhalando residuos atómicos letales durante los últimos veinticinco años y sólo Elixircol puede salvarlo.» Entregué este texto a Ralphie y esperé unos diez minutos; el recadero me devolvió el papel con una nueva nota del rotulador: «Hazlo —había escrito— o eres hombre muerto.»

Estaba muy cansado. Coloqué otra hoja en la máquina y escribí: «El Señor es mi Pastor; nada me faltará. En lugares de verdes pastos me hará yacer; junto a aguas de reposo me pastoreará; confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia en amor de su Nombre. Aunque ande yo por valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno: porque Tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento. Aderezas tu mesa delante de mí, en presencia de mis enemigos; ungiste mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente que el amor y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida, y en la Casa del Señor moraré largos días⁷.»

Entregué el texto a Ralphie y me marché a casa.

⁷ Este texto pertenece al número 23 de los Salmos y se transcribe la traducción de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. (*N. del T.*)

Clementina

Había nacido y se había criado en Nascosta durante la época de los prodigios: el milagro de las joyas y el invierno de los lobos. Clementina tenía diez años cuando los ladrones entraron en el santuario de la Santísima Virgen después de la última misa en San Giovanni y robaron las joyas que había regalado a la Madonna una princesa que se curó allí de una enfermedad del hígado. Al día siguiente, cuando el tío Serafino volvía del campo, vio, en la entrada de una cueva donde los etruscos enterraban a sus muertos, a un joven de brillantes vestiduras que le hizo señas, pero él se asustó y echó a correr. Después, Serafino tuvo unas fiebres e hizo llamar al cura y le contó lo que había visto, y el sacerdote fue a la cueva y encontró las joyas de la Madonna en el sitio donde el ángel se había aparecido, entre un montón de hojas caídas. Aquel mismo año, en la carretera debajo de la granja, su prima Maria había visto al demonio, con cuernos, con un rabo puntiagudo, y con un ajustado traje rojo: exactamente igual que en las películas. Clementina tenía catorce años cuando sucedió la gran nevada; tuvo que ir a la fuente, ya de noche cerrada, y al volver hacia la torre donde vivían por entonces vio a los lobos. Era una manada de seis o siete, que subían los escalones cubiertos de nieve de Via Cavour. Tiró el cántaro y echó a correr hacia la torre; se le hinchó la lengua del miedo, pero al mirar a través de las rendijas de la puerta los vio, más rústicos que los perros y más zarrapastrosos, marcándoseles las costillas bajo la piel sarnosa, y la boca todavía manchada con la sangre de las ovejas que habían matado. Quedó horrorizada y extasiada, como si ver a los lobos andando sobre la nieve fuera como ver a los muertos o tener algún otro atisbo del señorío que Clementina sabía estrechamente ligado con el sentido más profundo de la vida; cuando desaparecieron, no hubiera creído que los había visto de verdad a no ser por las huellas que dejaron sobre la nieve. Tenía diecisiete años cuando fue a trabajar como *donna di servizio* para un noble de poca importancia que tenía una villa en la colina, y fue aquel mismo verano cuando Antonio, en el campo a oscuras, la llamó su rosa del amanecer y le hizo perder la cabeza. Clementina fue a confesarse, cumplió la penitencia y fue absuelta, pero cuando aquello volvió a suceder otras seis veces, el sacerdote dijo que tenían que prometerse, y fue así como Antonio llegó a ser su *fidanzato*. La madre del muchacho no la miraba con simpatía, y al cabo de tres años Clementina era aún su rosa del amanecer y él todavía su *fidanzato*, y siempre que se hablaba de matrimonio la madre de Antonio se llevaba las manos a la cabeza y gritaba. En otoño, el señor barón le propuso ir a Roma como criada, y ¿cómo podía Clementina decir que no, cuando había soñado todas las noches de su vida con ver al papa con sus propios ojos y mirar por calles iluminadas con luz eléctrica cuando se hacía de noche?

En Roma dormía sobre paja y se lavaba en un cubo, pero las calles eran un espectáculo, aunque Clementina tenía que trabajar tantas horas que no podía pasear por la ciudad con frecuencia. El barón prometió pagarle doce mil liras, pero no lo hizo al final del primer mes, ni tampoco del segundo, y la cocinera dijo que traía con frecuencia a chicas del campo y que no les pagaba. Al abrirle la puerta una noche, le preguntó cortésmente por su sueldo, y él dijo que le había dado una habitación, un cambio de aires y la posibilidad de ver Roma, y que estaba muy mal educada si pedía más. Clementina carecía de abrigo para salir a la calle, sus zapatos tenían agujeros, y sólo comía las sobras de la mesa del barón. Comprendió que necesitaba encontrar otro empleo, porque sin dinero no podía siquiera volver a Nascosta. La semana siguiente la prima de la cocinera le encontró una casa donde era al mismo tiempo costurera y criada, y allí trabajó todavía más, pero al finalizar el mes seguía sin recibir

una lira. Entonces se negó a acabar el vestido que la señora le había pedido que le cosiera para una fiesta. Dijo que no lo terminaría hasta que se le pagara su sueldo. La señora se enfadó y se mesó los cabellos, pero acabó pagando. Aquella misma noche, la prima de la cocinera dijo que unos norteamericanos necesitaban una sirvienta. Clementina escondió todos los platos sucios en el horno para dar una apariencia de limpieza, dijo sus oraciones en la iglesia de San Marcello y cruzó Roma muy de prisa, convencida de que todas las chicas que encontraba por la calle aquella noche ambicionaban el mismo empleo que ella. Los norteamericanos eran una familia con dos niños: personas bien educadas, aunque Clementina se dio cuenta en seguida de que eran criaturas tristes y desprovistas de sentido común. Le ofrecieron veinte mil liras de sueldo, le enseñaron una habitación muy cómoda, le desearon que se encontrara a gusto allí, y a la mañana siguiente se llevó las cosas al piso de los estadounidenses.

Clementina había oído muchas cosas sobre los norteamericanos, y sobre su generosidad y su ignorancia, y había algo de cierto en ello, porque eran muy generosos y la trataban como si fuera una invitada, siempre preguntándole si tenía tiempo para hacer esto o aquello, e insistiendo en que saliera a pasear los jueves y los domingos. El *signore* era delgado y alto y trabajaba en la embajada. Llevaba el pelo muy corto, como si fuera alemán o preso o alguien que está convaleciente de una operación en el cerebro. Pero en realidad tenía el pelo negro y muy abundante, y si se lo hubiera dejado crecer, rizándolo luego con *frissone*, las chicas de la calle lo hubieran admirado; él, sin embargo, se empeñaba en ir todas las semanas a la peluquería y echarlo a perder. Era muy pudoroso en otras cosas, y en la playa se ponía un traje de baño muy modesto, pero por las calles de Roma no le importaba que todo el mundo le viera la forma de la cabeza. La *signora* era muy simpática, con la piel como mármol y muchos vestidos, y la vida era cómoda y agradable, y Clementina iba a rezar a San Marcello para que no se acabara nunca. Los norteamericanos dejaban todas las luces encendidas, como si la electricidad no costase nada; quemaban leña en la chimenea tan sólo para evitarse el fresco del atardecer, y bebían ginebra con hielo y vermut antes de cenar. Olían de manera distinta. Era un olor pálido, pensaba Clementina, un olor débil, y quizá tuviera algo que ver con la sangre de la gente del norte, o quizá se debiera a que siempre se estaban bañando con agua caliente. Se bañaban tanto que Clementina no entendía cómo no se habían vuelto neurasténicos. Sin embargo, comían comida italiana y bebían vino, y ella no perdía la esperanza de que, si comían suficiente pasta y suficiente aceite de oliva, llegarían a tener un olor más fuerte y saludable. A veces los olía mientras servía la mesa, pero el olor era siempre muy débil y en muchas ocasiones no olían a nada. Echaban a perder a sus hijos; a veces los niños levantaban la voz o se enfadaban con *sus genitori*, y lo lógico hubiera sido pegarles; pero aquellos extranjeros nunca pegaban a sus hijos, como tampoco alzaban la voz ni hacían nada que pudiera explicar a los niños la importancia de sus *genitori*, y en una ocasión en que el chico más pequeño se puso muy impertinente y habría que haberle dado una buena zorra, su madre se lo llevó a la juguetería y le compró un barco de vela. A veces, cuando se estaban vistiendo para salir por la noche, el *signore* le abrochaba los trajes a su mujer o el collar de perlas como si fuera un *cafone*, en lugar de llamar a Clementina. Y en cierta ocasión, cuando no había agua en el piso y ella bajaba a la fuente, él fue detrás para ayudarla, y cuando Clementina dijo que ir por agua no era cosa de hombres, él respondió que no podía quedarse sentado junto al fuego mientras una muchacha subía y bajaba por la escalera un cántaro tan pesado. Así que le quitó el cántaro a Clementina y bajó a la fuente, donde se lo pudo ver al lado de la portera y de todas las criadas de la casa; y Clementina lo veía desde la ventana de la cocina y estaba tan furiosa y avergonzada que tuvo que tomar un poco de vino para el estómago, porque todo el mundo diría que ella era una perezosa, y que trabajaba para una familia vulgar y maleducada. Tampoco creían en los muertos. Una vez, volviendo de la sala, que estaba a oscuras, Clementina vio un espíritu con tanta claridad que al principio creyó que era el *signore*, pero el *signore* estaba de pie junto a la puerta. Entonces gritó y se le cayó la bandeja con las botellas y los vasos, y cuando el

signore le preguntó por qué había gritado, y ella dijo que había visto un fantasma, a él no le gustó. En otra ocasión, vio otro fantasma en el vestíbulo de atrás: el fantasma de un obispo con su mitra, y cuando gritó y le dijo al *signore* lo que había visto, tampoco le gustó.

Pero los niños sí que la comprendían, y, por las noches, cuando estaban acostados, les contaba historias de Nascosta. La historia que más les gustaba era la del joven granjero casado con una mujer muy hermosa llamada Assunta. Cuando llevaban un año de matrimonio tuvieron un hijo muy guapo de pelo negro rizado y piel dorada, pero desde el principio era enfermizo y lloraba mucho; los padres creyeron que debía de ser víctima de un encantamiento y lo llevaron al doctor de Conciliano, haciendo todo el camino a lomos de un asno, y el doctor dijo que el niño se estaba muriendo de inanición. Pero cómo podía ser eso, preguntaron ellos, si los pechos de Assunta estaban tan llenos de leche que le manchaban la blusa. El médico dijo que vigilaran por la noche. Volvieron a casa en el asno, cenaron, y Assunta se durmió. El marido se quedó despierto para vigilar, y a medianoche vio a la luz de la luna una enorme serpiente que cruzaba el umbral hasta llegar a la cama y mamar toda la leche de los pechos de su mujer, pero el marido no pudo moverse, porque si se movía, la serpiente le clavaría los colmillos a Assunta en el pecho y la mataría. Cuando la serpiente terminó de beberse la leche y volvió a cruzar el umbral a la luz de la luna, el granjero dio la alarma; vinieron todos los granjeros de los alrededores, y encontraron, junto a la pared de la granja, un escondrijo con ocho serpientes muy grandes, engordadas con leche, tan venenosas que hasta su aliento era mortal, y las apalearon hasta matarlas. Y era una historia verdadera, porque Clementina había pasado cientos de veces junto a la granja donde ocurrió todo esto. La historia que más les gustaba después a los niños era la de la señora de Conciliano, que llegó a ser la amante de un guapo extranjero procedente de Estados Unidos. Una noche la señora notó en la espalda del hombre una pequeña señal en forma de hoja, y recordó que el hijo que le habían arrebatado muchos años atrás tenía una marca igual, y se dio cuenta de que su amante era su propio hijo. Corrió a la iglesia para pedir perdón en el confesionario, pero el sacerdote —que era un hombre gordo y muy orgulloso— dijo que no había perdón para su pecado y, de repente, se oyó un fuerte estrépito de huesos. Acudió la gente, abrieron el confesionario, y vieron que allí, donde había estado un sacerdote altivo y desdeñoso, no quedaba más que un montón de huesos. Clementina también les contó a los niños el milagro de las joyas de la Madonna, y les habló del *tempo infame* cuando había visto a los lobos subiendo por Via Cavour y de cuando su prima Maria había visto al demonio con su traje rojo.

En el mes de julio, Clementina se marchó a las montañas con su familia norteamericana; en agosto fueron a Venecia, y, al volver a Roma en otoño, comprendió que estaban hablando de marcharse de Italia. Subieron los baúles del sótano, y ella ayudó a la *signora* a empaquetar las cosas. Ahora Clementina tenía cinco pares de zapatos y ocho vestidos y dinero en el banco, pero la idea de buscar otra colocación con una *signora* romana, que la miraría por encima del hombro siempre que le viniera en gana, era muy desalentadora, y un día, cuando le estaba arreglando un vestido a la *signora*, se sintió tan deprimida que se echó a llorar. Entonces le explicó lo dura que era la vida de una sirvienta que trabajaba para una familia romana, y la *signora* dijo que podían llevársela al Nuevo Mundo si ella quería. Iría por seis meses con un permiso temporal; lo pasaría muy bien y sería una gran ayuda para ellos. Arreglaron lo necesario y Clementina fue a Nascosta a despedirse; su madre lloró y le dijo que no se fuera y todos los del pueblo se lo dijeron también, pero no eran más que celos, porque nunca habían podido ir a ningún sitio, ni siquiera a Conciliano. Y por primera vez, el mundo en el que había vivido y en el que había sido feliz le pareció verdaderamente a Clementina un mundo viejo, donde las costumbres y los muros de las casas eran todavía más viejos que la gente, y se dio cuenta de que podría ser más feliz en un mundo en el que las paredes eran más recientes, aunque la gente fueran unos salvajes.

Cuando llegó el momento de irse, se trasladaron en coche hasta Nápoles, parándose cada vez que al *signore* le apetecía tomarse un café y un coñac, disfrutando de todas las comodidades, como si fuesen millonarios, y alojándose en Nápoles en un hotel *di lusso*, en donde Clementina tuvo una habitación para ella sola. Pero la mañana en que tenían que zarpar sintió una gran tristeza, porque ¿quién puede ser feliz fuera del propio país? Entonces Clementina se dijo a sí misma que era sólo un viaje, que volvería a casa al cabo de seis meses, y ¿para qué había hecho Dios el mundo tan distinto y variado si no era para verlo? Le sellaron el pasaporte y subió al barco sintiendo una gran emoción. Era un barco estadounidense, en el que hacía tanto frío como si estuvieran en invierno, y a la hora de comer había agua helada en la mesa, y lo que no estaba frío no tenía aroma y estaba mal cocinado, y Clementina volvió a convencerse de que, si bien aquellas personas eran amables y generosas, les faltaba educación, y los hombres abrochaban los collares de perlas de sus mujeres y, con todo su dinero, no sabían hacer nada mejor que comer carne cruda y beber un café que sabía a medicina. No eran ni hermosos ni elegantes, y tenían los ojos claros; pero lo que más le disgustaba del barco eran las ancianas, que en su país vestían de luto por sus numerosos difuntos y, tal como les correspondía por la edad, andaban despacio e inspiraban respeto. Pero allí las ancianas hablaban con voz chillona y llevaban ropa de colores llamativos y se ponían tantas joyas, todas falsas, como las que adornan a la Madonna de Nascosta, y además se pintaban la cara y se teñían el pelo. Aunque no engañaban a nadie, porque todo el mundo veía lo demacradas que tenían las mejillas debajo del colorete, y las arrugas en la piel del cuello, que las hacía parecidas a tortugas; y aunque olían como la *campagna* en primavera, estaban tan descoloridas y secas como las flores de una tumba. Aquellas ancianas eran como paja, y debían de proceder de un país muy salvaje, puesto que carecían totalmente de prudencia y de buen gusto, no merecían ni recibían el respeto de sus hijos y de sus nietos, y se olvidaban por completo de sus difuntos.

Pero Norteamérica tenía que ser hermosa, pensaba Clementina, porque había visto en las revistas y en los periódicos fotografías de las torres de Nueva York, torres de oro y plata, recortadas contra el azul del cielo, en una ciudad a la que no habían llegado nunca los horrores de la guerra. Pero llovía cuando llegaron a Narrows, y al buscar las torres de la ciudad no las vio, y cuando preguntó por ellas le dijeron que las tapaba la lluvia. Se sintió decepcionada, porque lo que veía del Nuevo Mundo le pareció feo, y toda la gente que soñaba con él tenía que sentirse decepcionada. Era como Nápoles durante la guerra, y Clementina lamentó haberse embarcado. El funcionario de la aduana que le miró las maletas era un maleducado. Tomaron primero un taxi, luego el tren para Washington —la capital del Nuevo Mundo—, y después otro taxi; a través de la ventanilla, Clementina vio que todos los edificios eran copias de los edificios de la Roma imperial, y le parecieron fantasmales a la luz nocturna, como si el Foro hubiera vuelto a surgir del polvo. En seguida salieron al campo, donde todas las casas eran de madera y recién construidas, y donde los lavabos y las bañeras eran comodísimos, y a la mañana siguiente la *signora* le enseñó los electrodomésticos y cómo manejarlos.

Al principio, la lavadora le inspiraba desconfianza, porque gastaba una fortuna en jabón y agua caliente y no dejaba la ropa limpia, y eso la hacía acordarse de lo feliz que había sido en la fuente de Nascosta, charlando con sus amigas y dejándolo todo tan limpio como si fuese nuevo. Pero poco a poco la lavadora le fue pareciendo más y más *carina*, porque después de todo era sólo una máquina, se llenaba de agua y se vaciaba sola, y daba vueltas y vueltas; a Clementina le parecía maravilloso que una máquina se acordara de tantas cosas y que además estuviera siempre allí, aguardando, lista para trabajar. Y luego estaba el lavaplatos, que se podía utilizar con un vestido de noche y sin que te cayera una sola gota de agua en los guantes. Cuando la *signora* había salido y los niños estaban en el colegio, Clementina metía primero algo de ropa en la lavadora y la ponía en marcha; después algunos cacharros en el friegaplatos, y también lo ponía en marcha; luego colocaba un buen *saltimbocca alla*

romana en la sartén eléctrica y se sentaba en el *salone* delante de la televisión, escuchando el ruido de todas las máquinas que trabajaban a su alrededor; eso le encantaba y hacía que se sintiera importante. Además, no había que olvidarse del *frigidario* en la cocina, que fabricaba hielo y conservaba la mantequilla tan dura como una piedra; y del amplio congelador repleto de carne de cordero y de vaca, tan fresca como el día que mataron las reses; un batidor de huevos eléctrico, un exprimidor de naranjas, una aspiradora, y todas podían funcionar al mismo tiempo; y una tostadora —toda de plata brillante—, donde bastaba con poner el pan puro y simple, darse la vuelta y, *allora*, ya se habían tostado las dos rebanadas, justo del color que uno quisiera, y todo hecho por la máquina.

Durante el día, el *signore* se iba a su despacho, pero la *signora*, que en Roma había vivido como una princesa, en el Nuevo Mundo parecía una secretaria, y a Clementina se le ocurrió que quizá fueran pobres y que la *signora* no tuviera más remedio que trabajar. Se pasaba el día hablando por teléfono, haciendo cuentas y escribiendo cartas como una secretaria. Siempre andaba con prisas durante el día y estaba cansada de noche, igual que una secretaria. Como los dos terminaban el día rendidos, el ambiente de la casa no era tan agradable como en Roma. Finalmente Clementina le preguntó a la *signora* que para quién estaba haciendo de secretaria, y ella le dijo que no era una secretaria, sino que se encargaba de recaudar dinero para los pobres, los enfermos y los locos. A Clementina aquello le pareció muy extraño. El clima de Estados Unidos también le parecía extraño y húmedo, malo para los pulmones y para el hígado, pero los árboles en aquella estación tenían unos colores maravillosos: nunca había visto antes nada parecido; eran dorados, rojos y amarillos, y las hojas al caer cruzaban el aire como los fragmentos de pintura que se desprenden de los frescos del techo en algún gran salón de Roma o de Venecia.

Había un *paisano*, un hombre mayor a quien llamaban Joe, nacido en la parte más meridional de Italia, que trabajaba como repartidor de leche. Tenía sesenta años o más y estaba un poco torcido por el peso de las botellas, pero Clementina fue con él al cine, donde Joe podía explicarle el argumento en italiano y donde la pellizcaba y le preguntaba si quería casarse con él. Esto último no pasaba de ser una broma, al menos por lo que a Clementina se refiere. En el Nuevo Mundo había extrañas fiestas —una con un pavo y sin ningún santo—, y luego estaba la fiesta de *Natale*, y ella no había visto nunca nada tan descortés para la Virgen Santísima y el Niño bendito. Primero compraban un arbolito, y luego lo ponían en el salón y le colgaban lazos de colores brillantes, como si fuera un santo que pudiera librarlos del mal y escuchar sus plegarias. *Mamma mia!* ¡Un árbol! Se confesó con un sacerdote que la puso de vuelta y media por no haber ido a la iglesia todos los domingos de su vida y que era muy seco. Durante la misa hacían tres colectas. Clementina pensó que cuando volviera a Roma iba a escribir un artículo para el periódico sobre la iglesia en aquel Nuevo Mundo donde no había siquiera un huesecillo de santo que besar, donde hacían ofrendas a un árbol, olvidaban los dolores de la Virgen y pasaban tres veces el cepillo. Y además estaba la nieve, pero era más *carina* que la nieve de Nascosta, no había lobos, los *signori* esquiaban en las montañas, los niños jugaban con ella, y la casa estaba siempre caliente.

Seguía yendo al cine con Joe los domingos; el lechero le explicaba el argumento, le pedía que se casara con él y la pellizcaba. En cierta ocasión, antes de ir al cine, Joe se paró delante de una casa muy bonita, toda de madera y pintada con mucho cuidado, abrió la puerta y la llevó escaleras arriba, a un apartamento muy agradable, con las paredes empapeladas y el suelo barnizado, cinco habitaciones en total, y un cuarto de baño moderno; Joe dijo que si se casaba con él sería todo suyo. Le compraría un friegaplatos, una batidora y una sartén eléctrica como la de la *signora*, que se apagaba sola cuando ya estaba preparado el *saltimbocca alla romana*. Cuando Clementina le preguntó de dónde iba a sacar el dinero para hacer todo aquello, Joe dijo que había ahorrado diecisiete mil dólares, y sacó una libreta

del bolsillo, un talonario, y allí estaba escrito: diecisiete mil doscientos treinta dólares con diecisiete centavos. Todo sería suyo si aceptaba ser su esposa. Clementina le respondió que no, pero después del cine, cuando estaba en la cama, le entristeció pensar en todas aquellas máquinas y deseó no haber venido nunca al Nuevo Mundo. Nada sería ya igual que antes. Cuando volviera a Nascosta y les dijera que un hombre —no un hombre guapo, pero sí honrado y cariñoso— le había ofrecido diecisiete mil dólares y una casa con cinco habitaciones, nunca lo creerían. Se imaginarían que estaba loca, y ¿cómo podría volver a dormir sobre la paja y en una habitación fría sin sentirse desgraciada? Su visado provisional caducaba en abril y tendría que volver a Italia, pero el *signore* dijo que podía solicitar una prórroga si ella quería y Clementina le suplicó que lo hiciera. Una noche, desde la cocina, los oyó cuchichear y comprendió que estaban hablando de ella, pero el *signore* no le dijo nada hasta mucho más tarde, cuando los otros ya se habían acostado y ella entró en la sala de estar para dar las buenas noches.

—Lo siento mucho, Clementina —dijo—, pero no han querido conceder la prórroga.

—No importa —contestó—. Si no me quieren en este país, me volveré a Italia.

—No es eso, Clementina, es la ley. Lo siento mucho. Su visado expira el día doce. Le conseguiré un pasaje en un barco para antes de ese día.

—Gracias, *signore* —dijo ella—. Buenas noches.

Tendría que volver, pensó. Tomaría el barco, se bajaría en Nápoles, cogería el tren en la estación Mergellina, y más tarde un autobús en Roma; luego abandonaría la Via Triburtina con las cortinillas del *pullman* ondeando al viento, y las nubes de color morado que expulsaba el tubo de escape se deslizarían cuesta abajo mientras ellos trepaban por la colina de Tivoli. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando pensó en besar a la *mamma* y darle la fotografía de Dana Andrews con marco de plata que le había comprado en Woolworth's. Luego se sentaría en la *piazza* con tanta gente alrededor como si hubiese habido un accidente, hablando en italiano, bebiendo el vino que habían elaborado ellos mismos, y contándoles cómo en el Nuevo Mundo hay sartenes que piensan y hasta los polvos para limpiar los *gabinetti* huelen a rosas. Se imaginó la escena con toda claridad, incluido el chorro de la fuente agitado por el viento; pero luego vio cómo iba apareciendo en el rostro de sus paisanos una expresión de escepticismo. ¿Quién iba a creer sus historias? ¿Quién se pararía a escucharlas? La habrían admirado si hubiese visto al demonio, como su prima Mana, pero ella quería hablarles de una especie de paraíso, y a nadie le importaba. Al dejar un mundo y trasladarse a otro, había perdido los dos.

Entonces sacó y releyó las cartas que su tío Sebastiano le había escrito desde Nascosta. Aquella noche, todas las cartas de su tío parecían destilar sufrimiento. El otoño había llegado en seguida —escribía—; hacía frío, incluso en setiembre; muchas viñas y muchos olivos se habían perdido, y la bomba atómica había echado a perder las estaciones en Italia. Ahora la sombra del pueblo caía antes sobre el valle. Clementina recordaba los comienzos del invierno, la inesperada escarcha cubriendo las viñas y las flores silvestres, y los *contadini* volviendo al oscurecer montados en sus *asini*, cargados con raíces y ramas, porque costaba mucho trabajo encontrar madera en aquella zona, y no era raro andar diez kilómetros para conseguir un hato de ramas verdes de olivo. Clementina recordaba el frío que se iba metiendo en los huesos, y veía recortarse a los asnos contra la luz amarillenta del atardecer, y oía el ruido melancólico de las piedras cayendo por los empinados senderos, empujadas por sus pezuñas. En diciembre, Sebastiano escribía que estaban otra vez en época

de lobos. El tiempo era infame, y los lobos habían matado a seis de las ovejas del *padrone*; no había ni *abbacchio* ni huevos para la pasta, y la *piazza* estaba enterrada en la nieve hasta el borde de la fuente; pasaban hambre y frío, y Clementina recordaba muy bien las dos cosas.

La habitación en la que leía las cartas estaba caldeada. Las luces eran de color rosa. Tenía un cenicero de plata igual que una *signora* y, si hubiese querido podría haberse dado un baño caliente en su cuarto de baño privado, llenando la bañera hasta que el agua le llegase al cuello. ¿Era la voluntad de la Santísima Virgen que ella viviera en un desierto y que se muriera de hambre? ¿Estaba mal aprovecharse de las comodidades que a una le ofrecían? Vio otra vez las caras de sus paisanos, y se dio cuenta de lo oscura que tenían la piel, los cabellos y los ojos, como si ella, al vivir con gente de pelo rubio, se hubiera apropiado de las inclinaciones y de los prejuicios de los rubios. Las caras de sus paisanos parecían hacerle reproches, mirarla con paciencia telúrica, y con una expresión dulce, llena de dignidad y desesperanza, pero ¿por qué tendría ella que sentirse obligada a volver y a beber vino agrio en la oscuridad de las colinas? Las gentes del Nuevo Mundo habían encontrado el secreto de la juventud, y ¿habrían rechazado los santos del cielo una vida de juventud si hubiera sido ésa la voluntad de Dios? Clementina recordaba que en Nascosta hasta las muchachas más hermosas se marchitaban en seguida, como flores que nadie cuida; que hasta las más hermosas se encorvaban y se quedaban sin dientes, y que su ropa olía a humo y a estiércol, igual que le sucedía a su madre. Pero en este otro país tendría siempre los dientes blancos y no perdería el color del cabello. Hasta el día en que se muriera tendría zapatos de tacón, sortijas y las atenciones de los hombres, porque en el Nuevo Mundo se viven diez vidas y no se llega nunca a sentir la angustia de la edad; no, nunca. Se casaría con Joe. Se quedaría allí y viviría diez vidas, con una piel como mármol y con dientes siempre capaces de morder un filete.

La noche siguiente su *signore* le comunicó las fechas en que zarpaban los buques, y cuando terminó, Clementina dijo:

—No voy a marcharme.

—No entiendo.

—Voy a casarme con Joe.

—Pero Joe es mucho mayor que usted, Clementina.

—Tiene sesenta y tres años.

—¿Y usted?

—Veinticuatro.

—¿Está enamorada de él?

—No, señor. ¿Cómo podría quererlo, con esa barriga que es como un saco de manzanas y tantas arrugas en la nuca que se puede predecir el porvenir con ellas? No es posible.

—Clementina, yo aprecio a Joe. Es un hombre honrado. Si se casa usted con él, tendrá que cuidarlo.

—¡Claro que lo cuidaré, *signore!* Le haré la cama y le prepararé la comida, pero no le permitiré que me toque.

Él se quedó pensando un momento, bajó la vista y finalmente dijo:

—No la dejaré que se case con Joe, Clementina.

—Pero ¿por qué?

—No la dejaré que se case con él si no es para ser su mujer. Tiene que estar enamorada.

—Pero, *signore*, en Nascosta no tendría sentido casarse con un hombre cuyas tierras no están junto a las tuyas, y ¿quiere eso decir que tiene que hacerte perder la cabeza?

—Esto no es Nascosta.

—Pero todos los matrimonios son así, *signore*. Si la gente se casara por amor, el mundo no sería un sitio para vivir, sino un manicomio. ¿No se casó la *signora* con usted por el dinero y por todas las comodidades que usted le proporciona? —Él no respondió, pero Clementina vio cómo enrojecía hasta las orejas—. *Signore, signore!* —prosiguió—. Habla usted como un muchacho ilusionado, como un chiquito con la cabeza llena de poesía. Sólo trato de explicarle que voy a casarme con Joe para quedarme en este país, y usted me contesta como un niño.

—No estoy hablando como un niño —replicó él, levantándose de la silla—. No estoy hablando como un niño. ¿Quién se cree que es? Cuando vino usted a nuestra casa en Roma no tenía zapatos ni abrigo.

—No me entiende usted, *signore*. Quizá llegue a querer a Joe, pero sólo intento explicarle a usted que no me caso por amor.

—Y eso es lo que yo estoy tratando de explicarle a usted: que no pienso permitirlo.

—Me marcharé de su casa, *signore*.

—Está usted bajo mi responsabilidad.

—No, *signore*, ahora es Joe quien responde de mí.

—Entonces, váyase de mi casa.

Clementina subió a su cuarto y lloró y lloró, enfadada con aquel niño grande y compadeciéndolo al mismo tiempo, pero hizo las maletas. A la mañana siguiente preparó el desayuno, pero se quedó en la cocina hasta que el *signore* se marchó a trabajar; entonces bajó la *signora* y se echó a llorar, y los niños lloraron también, y al mediodía, Joe fue a buscarla con su coche y la llevó a casa de los Pelluchi, que eran *paisani*; se quedaría con ellos hasta que se casaran. María Pelluchi le explicó a Clementina que en el Nuevo Mundo todas las chicas se casaban como princesas, y era verdad. Durante tres semanas estuvo recorriendo tiendas con María. Primero para comprarse el traje de novia, todo de blanco y a la última moda, con una cola de satén para que arrastrase por el suelo, pero

económico al mismo tiempo, porque la cola podía quitarse, convirtiendo el vestido en un traje de noche. Después, la ropa para Maria y para su hermana, que iban a ser las damas: un vestido amarillo y otro color lavanda que también podían usarse luego como trajes de noche. A continuación los zapatos, las flores, la ropa para el viaje y la maleta; nada de alquiler. Cuando llegó el día de la boda, Clementina estaba tan cansada que se le doblaban las rodillas. Durante la ceremonia le pareció que soñaba y apenas recordaba nada después. A la fiesta asistieron muchos *paisani*, y hubo música, vino y comida abundante, y luego, Joe y ella se fueron en el tren a Nueva York, donde los edificios eran tan altos que Clementina tuvo nostalgia de su tierra y la sensación de ser muy poco importante. En Nueva York pasaron la noche en un hotel, y al día siguiente tomaron un tren *di lusso*, reservado para *signori* que iban a Atlantic City, con un sillón especial para cada viajero, y un camarero que traía bebidas y cosas de comer. Clementina colgó del respaldo de su asiento la estola de visón que Joe le había regalado, para que todo el mundo la viera y pensara que ella era una *signora* rica. Su marido llamó al camarero y le dijo que trajera whisky y soda, pero el otro hizo como que no entendía y fingió estar muy ocupado atendiendo a los demás viajeros para hacerlos esperar hasta el final. Clementina sintió de nuevo vergüenza y rabia al comprobar que los trataban con descortesía, como si fueran cerdos, por no hablar con elegancia el idioma de aquel nuevo país. Y eso fue lo que les pasó durante todo el viaje, porque el camarero no volvió a acercarse a ellos, como si su dinero no fuese tan bueno como el de los demás. Primero atravesaron una *galleria* muy grande y oscura, y salieron a una región fea y con muchas industrias y chimeneas que echaban fuego, pero también había árboles y ríos y sitios para navegar. Clementina miraba el paisaje, que se deslizaba con tanta suavidad como si fuera agua, para ver si era tan hermoso como Italia, pero lo que comprendió fue que aquél no era su país, que aquélla no era su tierra. Al acercarse a las ciudades atravesaban por esos sitios donde viven los pobres y donde la ropa está tendida sobre cuerdas, y pensó que aquello era igual, que tender la ropa en cuerdas debía de ser lo mismo en todo el mundo. Las casas de los pobres también eran iguales, e idéntica la manera que tenían de apoyarse las unas en las otras, y en cuanto a las huertas, no eran sitios amplios, pero se veía que estaban cultivadas con cuidado y con amor. Era mediodía o un poco más tarde cuando salieron, y mientras atravesaban velozmente los campos y caía la tarde, Clementina vio que terminaban las clases en las escuelas y que se veían por las calles muchos niños con libros, montando en bicicleta y jugando; muchos saludaban al tren al pasar y ella les respondía. Saludó a unos niños que caminaban por un prado de hierbas altas, y a dos muchachos sobre un puente, y a un anciano, y todos le contestaron; saludó a tres muchachas y a una señora que empujaba un cochecito, y a un niño con un abrigo amarillo que llevaba una maleta, y también le respondieron. Todos saludaban. Luego notó que se estaban acercando al océano, porque estaba todo como más vacío, y había muchos menos árboles, y muchos anuncios de hoteles diciendo los centenares de habitaciones que tenían y los diferentes bares donde se podían beber cócteles; y Clementina se puso muy contenta al ver el nombre de su hotel en uno de esos anuncios y estar segura de que también era *di lusso*. Después el tren se detuvo porque habían llegado al final del viaje. Ella se sentía tímida y acobardada, pero Joe dijo *andiamo*, y el camarero que había sido tan descortés cogió las maletas e hizo intención de coger también la estola de visón, pero ella contestó: «No, gracias», y se la quitó de las manos al muy cerdo. Y en seguida encontraron el coche negro más grande que Clementina había visto nunca, con un rótulo en el que se leía el nombre de su hotel; subieron a él junto con algunas otras personas, pero no se dijeron nada durante el trayecto, porque Clementina no quería que los otros supieran que no hablaba inglés.

El hotel era verdaderamente *di lusso*. Subieron en un ascensor y recorrieron pasillos con gruesas alfombras, hasta llegar a una habitación muy bonita, también con gruesas alfombras por todas partes, y un cuarto de baño, aunque sin bidet. Cuando se marchó el camarero, Joe sacó una botella de whisky de la maleta, bebió un trago y le pidió a Clementina que fuera a sentarse en sus rodillas, y ella dijo que un poco más tarde, que después, porque traía mala suerte de día y sería mejor esperar a que

saliera la luna, y a ella le apetecía bajar a ver los comedores y los salones. Clementina se preguntaba si el aire del mar sería perjudicial para el visón, y mientras Joe se tomaba otro trago vio por la ventana el océano y las olas blancas que llegaban hasta la playa; como las ventanas estaban cerradas y no se oía el ruido de las olas al romper, parecía como si lo estuviera soñando. Bajaron otra vez, sin hablar, porque Clementina tenía ya una clara intuición de que era mejor no hablar la *bella lingua* en un sitio tan lujoso; vieron los bares y los comedores, que eran muy grandes, y salieron a un amplio paseo junto al mar, donde se notaba la sal en el aire, como en Venecia; olía como en Venecia, y había también un olor a fritura que a Clementina le recordó la fiesta de San Giuseppe en Roma. A un lado estaba el mar, verde y frío, el mar que ella había cruzado para venir a este Nuevo Mundo, y al otro lado había muchas cosas divertidas. Fueron andando hasta el sitio de los gitanos; había una ventana con el dibujo de una mano, y allí le leían a uno el porvenir. Cuando Clementina preguntó si hablaban italiano, respondieron:

—*Si, si, si, non c'è dubbio!*

Joe dio un dólar y ella se sentó detrás de una cortina, frente a la gitana, que le miró la mano y empezó a echarle la buena ventura, pero no era italiano lo que hablaba, sino una mezcla de un poco de español con otro idioma que Clementina no había oído nunca antes, y sólo entendía una palabra aquí y allá, como «el mar» y «el viaje», pero no era capaz de decir si era un viaje que tenía que hacer o que ya había hecho; se impacientó con la gitana, que había mentido al decir que hablaba italiano, y pidió que le devolviera el dinero, pero la otra dijo que, si devolvía el dinero, éste iría acompañado de una maldición.

Conociendo las terribles maldiciones que echan los gitanos, Clementina no quiso complicar más las cosas, y salió a reunirse con Joe, que la esperaba en el paseo con tantos árboles. Volvieron a pasear junto al mar de color verde y junto a las barracas y las freidurías, donde había gente que los llamaba, diciéndoles que se gastaran allí el dinero, sonriendo y haciendo gestos maliciosos, como los demonios del infierno. Luego vieron el *tramonto*, y se encendieron las luces, deslumbrantes como perlas; mirando hacia atrás, Clementina veía las ventanas rosadas del hotel donde los conocían, donde tenía una habitación propia a la que podían volver cuando quisieran, y el ruido del mar sonaba como explosiones a lo lejos, en las montañas.

Clementina se portó como una buena esposa con Joe, y por la mañana su marido le estaba tan agradecido que le compró una bandeja de plata para la mantequilla, una funda para la tabla de planchar y unos pantalones rojos con cordones dorados. Ella sabía que su madre se pondría furiosa si la viera con pantalones, y ella misma, en Roma, hubiera escupido a una mujer tan vulgar como para ponerse pantalones, pero ahora estaba en un nuevo mundo, y allí no era pecado. Por la tarde, Clementina se puso la estola de visón y los pantalones rojos y estuvo paseando con Joe por la avenida repleta de árboles a la orilla del mar. El sábado se volvieron a casa, el lunes compraron los muebles y los electrodomésticos y el martes se los llevaron; el viernes Clementina se puso los pantalones rojos y fue al supermercado con Maria Pelluchi, que le explicó lo que decían las etiquetas de las latas, y ella se parecía tanto a una norteamericana que la gente se extrañaba de que no hablara inglés.

Pero aunque no hablara inglés hacía todo lo demás, e incluso aprendió a beber whisky sin toser ni escupir. Por la mañana ponía en marcha todos los electrodomésticos y veía la televisión, aprendiendo las letras de las canciones; por las tardes Maria Pelluchi iba a su casa y veían juntas la televisión, y por la noche la veía con Joe. Intentó escribir a su madre contándole las cosas que había comprado —cosas mucho mejores que las que tiene el papa—, pero se dio cuenta de que su carta sólo

serviría para desconcertar a su madre, y al final terminó por no enviarle más que tarjetas postales. Era imposible describir lo agradable y cómoda que había llegado a ser su vida. En las noches de verano, Joe la llevaba a las carreras de Baltimore. Clementina no había visto nunca nada tan bonito: los caballos, las luces, las flores, y el maestro de ceremonias con la chaqueta roja y el cornetín. Aquel verano fueron a las carreras todos los viernes, y a veces con más frecuencia; una de aquellas noches, cuando llevaba puestos los pantalones rojos y estaba bebiendo whisky, vio por primera vez a su *signore* desde que se habían peleado.

Le preguntó qué tal estaba y también por su familia, y él respondió:

—Ya no vivimos juntos. Nos hemos divorciado.

Al mirarle entonces a la cara, Clementina no vio el final de su matrimonio, sino el final de su felicidad. Era ella la que estaba en lo cierto, porque le había explicado que se comportaba como un chiquillo con la cabeza llena de poesía, pero algo de lo que él había perdido también le pareció haberlo perdido ella. Luego él se marchó, y, aunque la carrera estaba empezando, Clementina vio en cambio la nieve muy blanca y los lobos de Nascosta, la manada entera subiendo por Via Cavour y cruzando la *piazza* como si tuvieran que cumplir alguna misión relacionada con la oscuridad y el señorío que ella sabía que estaba presente en el corazón de la existencia, y, recordando el frío y la blancura de la nieve y el sigilo de los lobos, se preguntó por qué Dios habría dejado abiertas tantas posibilidades distintas y habría hecho la vida tan extraña y tan variada.

Un muchacho en Roma

Está lloviendo en Roma —escribió el muchacho—; vivimos en un palacio de techo dorado y las glicinias están en flor, pero en esta ciudad no se oye el rumor de la lluvia. Al principio solíamos pasar los veranos en Nantucket y los inviernos en Roma, y allá en Norteamérica se puede oír la lluvia, y me gusta estar en la cama por la noche y escuchar cómo corre por la hierba como si fuera fuego, porque entonces uno ve con lo que llaman el ojo de la mente toda la serie de cosas diversas que crecen en los pastos junto al mar: brezos, tréboles y helechos. Solíamos bajar a Nueva York en otoño y embarcarnos en octubre, y el mejor recuerdo de aquellos viajes eran las fotos que el fotógrafo del barco sacaba y colocaba en la biblioteca después de la juerga: hombres con sombreros de mujeres, ancianos que jugaban al juego de las sillas y todo ello iluminado con bombillas de flash para que pareciese una tormenta en un bosque. Yo jugaba al ping-pong con los viejos y gané todos los torneos de la travesía hacia el este. Gané una cartera de piel de cerdo en un viaje de la compañía italiana, un juego de pluma y lápiz de la American Export y tres pañuelos de la Home Lines, y una vez que viajé en un barco griego gané un encendedor. Se lo regalé a mi padre, porque en aquellos tiempos yo no bebía, ni fumaba, ni juraba, ni hablaba italiano.

Mi padre era bueno conmigo, y cuando era pequeño me llevaba al zoo, me dejaba montar a caballo y siempre me compraba algún pastel y me invitaba a una naranjada en un café, y mientras yo me la tomaba, él siempre se bebía un vermut con una medida doble de ginebra o (más tarde) un martini, cuando había tantos norteamericanos en Roma, pero no estoy escribiendo un cuento sobre un muchacho que ve a su padre despachar a escondidas unos tragos. Las únicas veces que yo hablaba italiano era cuando mi padre y yo íbamos a ver al cuervo de los jardines Borghese y le dábamos cacahuets. El cuervo decía «*buongiorno*» al vernos y yo respondía «*buongiorno*», y cuando le daba cacahuets decía «*grazie*», y al marcharnos nos decía «*ciao*». Mi padre murió hace tres años y está enterrado en el cementerio protestante de Roma. Al entierro asistió mucha gente, y al término de la ceremonia mi madre me abrazó y me dijo:

—Nunca lo dejaremos aquí solo, ¿verdad, Pietro? Nunca jamás lo dejaremos aquí solo, ¿verdad que no, cariño?

Algunos norteamericanos viven en Roma para eludir los impuestos, y otros viven allí porque están divorciados o son excesivamente concupiscentes o poéticos o tienen alguna otra razón para creer que podrían ser perseguidos en la patria, y hay algunos que viven en Roma porque los huesos de mi padre yacen en el cementerio protestante.

Mi abuelo era un magnate, y creo que eso explica por qué a mi padre le gustaba vivir en Roma. Mi abuelo empezó de la nada, pero hizo una fortuna, y esperaba que todo el mundo hiciera lo que él había hecho, sólo que eso no era posible. Las únicas veces en que tuve trato con mi abuelo fue cuando lo visitábamos en su casa veraniega de Colorado. Lo que mejor recuerdo son las cenas que solía preparar los domingos por la noche, cuando las sirvientas y el cocinero estaban disfrutando de su día libre. Siempre cocinaba un filete, e incluso antes de que encendiera el fuego todo el mundo estaba tan nervioso que perdía el apetito. Lo pasaba terriblemente mal tratando de encender el fuego, y todos

lo observábamos sentados mientras lo hacía, pero nadie se atrevía a decir una palabra. No había nada de beber porque el abuelo no aprobaba la bebida, pero mis padres saciaban de sobra su sed en el cuarto de baño. Bueno, pues después de la media hora que le llevaba encender el fuego, ponía los filetes en la parrilla y todos permanecíamos allí sentados. Lo que nos ponía nerviosos era que todos sabíamos que íbamos a ser juzgados. Si en el curso de la semana habíamos hecho algo que disgustase al abuelo, pues bien, ahora iba a hacérselo saber. El simple hecho de cocinar un filete casi lo ponía al borde de un ataque. Cuando la grasa ya estaba caliente, su cara adquiría un tono púrpura, daba saltos y corría de un lado para otro. Una vez que la carne estaba lista, cada uno cogía su plato y nos ponía en fila: entonces se iniciaba el juicio. Si el abuelo estaba contento contigo, te daba un buen pedazo de carne, pero si creía o sospechaba que habías hecho algo malo te entregaba un trozo diminuto de cartílago. Bueno, es difícil de explicar lo molesto que resulta tener en la mano un gran plato con un trocito de cartílago. Uno se siente fatal.

Una semana traté de hacerlo todo como es debido para no verme sometido a semejante castigo. Limpié la furgoneta, ayudé a la abuela en el jardín y recogí leña para los diversos fuegos de la casa, pero el domingo sólo conseguí una ración de cartílago. Entonces dije: «Abuelo, no comprendo por qué nos preparas filetes todos los domingos si eso te hace tan infeliz. Mamá sabe cocinar y por lo menos podría hacer huevos revueltos, y yo sé preparar bocadillos. Yo podría hacerlos. Quiero decir que si quieres cocinar para nosotros me parece muy bien, pero yo creo que no te apetece y que sería mejor que en lugar de sufrir toda esta tortura comiéramos huevos revueltos en la cocina. O sea, que no entiendo por qué invitas a cenar a la gente si te pone de tan mal humor.» Bueno, dejó el cuchillo y el tenedor y yo ya lo había visto ponerse colorado cuando la grasa estaba caliente, pero nunca tanto como aquella noche. «¡Maldito mentecato, simio parásito!», me gritó, y luego se metió en casa y subió a su dormitorio, cerrando de un portazo todas las puertas que encontró a su paso. Mi madre me bajó al jardín y me dijo que había cometido un error espantoso, pero yo no entendía qué había hecho de malo. Al cabo de un rato, oí a mi padre y a mi abuelo insultándose a gritos y diciendo palabrotas, y a la mañana siguiente nos marchamos y no volvimos nunca, y al morir el abuelo sólo me dejó un dólar.

Un año después murió mi padre y lo eché de menos. Aunque contraria a todo aquello en lo que creo y opuesta a la clase de cosas que me interesan, solía asaltarme la idea de que mi padre volvería del reino de los muertos y me prestaría ayuda. Tengo cabeza y hombros para hacer el trabajo de un hombre, pero a veces me decepciona mi madurez, y mi desilusión con respecto a mí mismo es mucho más profunda cuando al final de la jornada me apeo de un tren en una ciudad como Florencia, que no es la mía, mientras sopla la tramontana y no hay nadie en la plaza de la estación (excepto los que tienen que estar en ella), a causa de ese viento implacable. Entonces me parece que no soy yo mismo ni la suma de todo lo que he aprendido, sino que la tramontana y la hora y la extrañeza del lugar me han despojado de mi acervo emotivo, y no sé hacia dónde dirigirme, aparte de alejarme de este viento, por supuesto. Así ocurría cuando viajaba solo en el tren rumbo a Florencia: soplabla la tramontana y no había nadie en la *piazza*. Me sentía solo y entonces alguien me tocaba en el hombro y yo pensaba que era mi padre, que había vuelto del reino de los muertos, que volveríamos a ser felices juntos y a ayudarnos mutuamente. Pero quien me tocaba era un anciano harapiento que quería venderme llaveros de recuerdo, y cuando veía las llagas de su cara me sentía peor que nunca, me parecía que en mi vida había un gran agujero y que nunca iba a obtener todo el cariño que necesitaba. Ese otoño, de regreso en Roma, una vez me quedé hasta tarde en el colegio y volví a casa en el tranvía; eran más de las siete y todas las tiendas y las oficinas estaban cerrando, todo el mundo tenía prisa por volver a casa, y alguien me tocó en el hombro, y pensé que era mi padre, que había regresado del reino de los muertos. Esta vez ni siquiera alcé los ojos, porque no podía haber sido nadie, ni un cura, ni una furcia ni un anciano que hubiese perdido el juicio; experimenté el mismo sentimiento de que volveríamos a ser

felices juntos, pero entonces supe que no, que nunca obtendría todo el afecto que necesitaba, nunca.

Después del fallecimiento de mi padre renunciamos a los viajes a Nantucket y vivimos todo el tiempo en el Palazzo Orvieta. Es un hermoso y sombrío edificio con una célebre escalera, aunque sólo la iluminan bombillas de diez vatios y está poblada de sombras por la noche. Nunca hay suficiente agua caliente y abundan las corrientes de aire, porque Roma es a veces fría y lluviosa en invierno, a pesar de todas las estatuas desnudas. A cualquiera podría provocarle un arrebato de furia escuchar a los hombres que cantan en las calles oscuras canciones melodiosas sobre las rosas de la eterna primavera y los cielos soleados del Mediterráneo. Presumo que podría hacerse una canción sobre las frías *trattorie* y las glaciales iglesias, las frías tiendas de vinos y los bares helados, las cañerías reventadas y el goteo perenne de los lavabos, y sobre el modo en que la ciudad yace bajo la nieve como una víctima de apoplejía y la forma en que tose todo el mundo en las calles (incluso los cardenales y los archiduques), pero no valdría gran cosa como composición. Voy a la Escuela Internacional Católica Sant'Angelo di Padova, aunque no soy católico, y recibo la comunión en la iglesia de San Pablo todos los domingos por la mañana. En invierno solemos ir a la iglesia solamente dos personas, sin contar al sacerdote o al canónigo, y no me gusta sentarme junto al otro hombre porque huele a incienso chino, si bien he pensado alguna vez que, cuando no me he bañado en tres o cuatro días a causa de la escasez de agua caliente, puede que él no quiera sentarse a mi lado. Cuando los turistas llegan en marzo suele haber más gente en la iglesia.

Al principio, casi todos los amigos de mi madre eran norteamericanos, y todos los años por Navidad solía organizar una gran fiesta patriótica. Había champán y tarta; Tibi, amigo de mi madre, tocaba el piano y todos, rodeándolo, cantaban en pie *Silent Night, We Three Kings of Orient Are, Hark, the Herald Angels Sing*, y otros villancicos de la patria. Nunca me gustaron esas fiestas porque todas las divorciadas solían llorar. En Roma hay centenares de divorciadas norteamericanas y todas son amigas de mi madre, y a continuación de la segunda estrofa de *Silent Night*, todas empezaban a vociferar, pero una vez que yo estaba en la calle el día de Nochebuena, paseando por delante del palacio en un momento en que las ventanas estaban abiertas porque hacía buen tiempo o quizá para dejar que saliese el humo por los altos ventanales, oí a toda aquella gente cantando el villancico en aquella ciudad extranjera llena de ruinas y fuentes, y se me puso la carne de gallina. Mi madre dejó de dar esa fiesta cuando empezó a conocer a tantísimos nobles italianos. A mi madre le gusta la nobleza y le trae sin cuidado la apariencia que tengan los nobles. A veces, la anciana princesa Tavola-Calda viene a tomar el té a nuestra casa. O es enana o ha encogido con la edad. Viste ropas ligeras que conserva a base de zurcidos, y siempre cuenta que sus mejores prendas, los vestidos de gala y todo eso, están en un gran baúl del que ha perdido la llave. Tiene vello en el mentón y un perro bastardo llamado *Zimba*, que sujeta con una cuerda para tender la ropa. Viene a nuestra casa a atiborrarse de pastas de té, pero a mi madre no le importa, porque es una princesa auténtica que tiene sangre de los césares en las venas. El mejor amigo de mi madre es un norteamericano que se llama Tibi y reside en Roma. Hay mucha gente de ese estilo, pero no creo que escriban demasiado. Tibi suele estar siempre muy fatigado. Quiere ir a la ópera en Nápoles, pero está demasiado cansado para hacer el viaje. Quiere ir al campo a pasar un mes y acabar su novela, pero en el campo sólo se puede comer cordero asado, y es un manjar que fatiga mucho a Tibi. Nunca ha visto el castillo de Sant'Angelo porque el simple pensamiento de tener que atravesar el río le provoca cansancio. Siempre está a punto de ir allí o allá, pero nunca va a ninguna parte porque se halla exhausto. Al principio cabría pensar que si alguien lo metiera en una ducha fría o prendiera un petardo debajo de su silla se descubriría si Tibi está realmente cansado o si su fatiga es un modo de obtener lo que quiere de la vida, como por ejemplo el afecto de mi madre, o si ronda nuestro palacio con un propósito concreto, del mismo modo que yo espero conseguir lo que le pido a la vida deambulando por las calles como si hubiera ganado un partido de

tenis o un combate de boxeo.

Aquel otoño habíamos proyectado bajar en coche hasta Nápoles en compañía de Tibi para despedir a unos amigos que volvían a la patria, pero Tibi se presentó en el palacio esa mañana y dijo que estaba demasiado cansado para realizar el viaje. A mi madre no le agrada ir a ningún sitio sin él, y al principio fue amable con Tibi y dijo que iríamos todos en tren, pero el hombre estaba extenuado incluso para eso. Luego fueron a otra habitación y oí la voz de mi madre, y cuando salió advertí que había estado llorando, y ella y yo bajamos solos en tren a Nápoles. Íbamos a pasar allí dos noches con una vieja marquesa, ver zarpar el barco e ir a la ópera de San Carlo. Viajamos ese día y la salida del barco fue al día siguiente, y nos despedimos y contemplamos cómo los cabos caían al agua en cuanto la nave empezó a moverse.

Tantas lágrimas se han vertido cada vez que un buque se hace a la mar con su cargamento de emigrantes que el puerto de Nápoles debe de rebosar de llantos, y me pregunté qué se sentiría al emprender una vez más el viaje a casa, pues los amigos de mi madre hablan tanto sobre el amor que profesan a Italia que se diría que la península tiene contornos de mujer desnuda en lugar de tener forma de bota. ¿La echaría de menos, me pregunté, o todo se derrumbaría como un castillo de naipes, todo se iría deslizando hacia el olvido? A mi lado, en el muelle, había una anciana señora italiana vestida de negro que no cesaba de gritar desde el muelle: «Bienaventurado, bienaventurado tú, que vas a ver Nueva York», y el hombre a quien se lo decía era un hombre viejo, un viejo que lloraba como un niño.

Después del almuerzo no había nada que hacer, y compré un billete para una excursión al Vesubio. En el autobús había alemanes y suizos y aquellas dos chicas norteamericanas, una que se había teñido el pelo de un curioso tono rojo en el lavabo de algún hotel, y que llevaba una estola de visón a pesar del calor que hacía, y aquella otra que no se había teñido los cabellos y ante cuya presencia mi corazón, como un gran búho (o en todo caso, algún pájaro nocturno), desplegaba sus alas y remontaba el vuelo. Era hermosa. La simple observación de sus diversas partes, su nariz, su cuello y todo lo demás, hizo que me pareciese más bonita. Se peinaba con los dedos el pelo negro, acariciándolo y manoseándolo, y sólo mirarla me hizo muy feliz. Yo saltaba, realmente daba saltos de alegría al contemplar simplemente cómo se arreglaba el pelo. Noté que estaba haciendo el ridículo y miré por la ventanilla todas las chimeneas humeantes del sur de la ciudad de Nápoles y la *autostrada* del fondo, y pensé que cuando volviera a mirarla ya no me parecería tan preciosa; esperé hasta que llegamos al final de la *autostrada*, miré de nuevo y ahí estaba ella, tan bonita como siempre.

Estaban juntas y no hubo forma de trabar relación con ellas cuando hicimos cola para subir al telesilla, pero una vez que llegamos por el aire a la cima resultó que la pelirroja no podía caminar porque llevaba sandalias y las calientes cenizas volcánicas le quemaban los pies; entonces me ofrecí a enseñar a su amiga el paisaje y a indicarle las vistas que merecían la pena, Sorrento y Capri a lo lejos, el cráter y todo lo demás. Se llamaba Eva y estaba haciendo turismo, y cuando la interrogué acerca de su compañera, me dijo que no era su amiga, que acababan de conocerse en el autobús y que se habían sentado juntas únicamente porque ambas hablaban inglés. Me dijo que era actriz, tenía veintidós años y hacía anuncios en la televisión, sobre todo publicidad de maquinillas de afeitar para mujeres, pero que ella solamente hacía la parte oral y otra muchacha realizaba el afeitado, y que su trabajo le había proporcionado el dinero para visitar Europa.

Volvimos juntos en autobús a Nápoles y conversamos todo el tiempo. Me contó que le gustaba la cocina italiana y que su padre no había querido que viajase sola a Europa. Había discutido con él. Le

conté todo lo que se me pasó por la cabeza, incluso que mi padre estaba enterrado en el cementerio protestante. Pensé en invitarla a cenar conmigo en Santa Lucía, pero en algún punto cercano a la estación Garibaldi, el autobús chocó contra un pequeño Fiat y ocurrió lo que sucede normalmente en Italia cuando se produce una colisión. El conductor se apeó a pronunciar un discurso y todo el mundo bajó para escucharlo, y cuando volvimos a subir al autobús, Eva ya no estaba. Era tarde y cerca de la estación había una muchedumbre, pero he visto las suficientes películas de hombres que buscan a sus amadas entre las multitudes de una estación de ferrocarril para sentir la certeza de que todo terminaría felizmente. Así que la busqué en la calle durante una hora, pero jamás volví a verla. Regresé a la casa donde nos alojábamos y gracias a Dios no había nadie en ella; subí a mi habitación, una estancia amueblada —he olvidado decir que la marquesa alquilaba habitaciones—, me tendí en la cama, hundí la cara entre los brazos y pensé de nuevo que jamás obtendría todo el amor que necesitaba, nunca.

Más tarde entró mi madre y me dijo que acostado de aquel modo se me iba a arrugar la ropa. Se sentó en una silla junto a la ventana y me preguntó si la vista no me parecía *divina*, aun cuando yo sabía que únicamente se divisaba un lago, algunas colinas y unos cuantos pescadores en el muelle. Me enfadé con mi madre, y no sin cierta razón, pues siempre me había enseñado a respetar las cosas invisibles, y aunque yo había conservado una pupila experta, aquella noche supe que nada invisible iba a remediar la desazón que sentía. Siempre me había enseñado que las cosas morales más poderosas de la vida son invisibles, y siempre había estado de acuerdo con su pensamiento de que la luz de las estrellas y la lluvia eran lo que impedían que el mundo se hiciera añicos. Había estado de acuerdo con ella hasta aquel momento, en que descubrí que todas sus enseñanzas eran erróneas, pusilánimes y nauseabundas como el olor a incienso chino que exhalaba aquel hombre de la iglesia. ¿Qué tenía que ver con mis necesidades la luz de las estrellas? A menudo he admirado a mi madre, sobre todo en reposo, y se supone que es una mujer hermosa, pero aquella noche me pareció un ser extraviado. Me senté en el borde de la cama, observándola atentamente y pensando en lo ignorante que era. Experimenté un terrible impulso. Deseé propinarle una patada, un rápido puntapié, e imaginé —me permito imaginar la horrible escena— la cara que pondría y el modo en que se estiraría la falda y diría que yo era un hijo ingrato, que nunca había apreciado los privilegios de mi vida: la Navidad en Kitzbühel, etc. Añadió algo más sobre la divina panorámica y los deliciosos pescadores, y me acerqué a la ventana para ver de qué estaba hablando.

¿Qué tenían de encantador los pescadores? Eran sucios, sin duda, deshonestos y necios, y uno de ellos estaba probablemente borracho, ya que no dejaba de darle tientos a una botella vacía. Mientras perdían el tiempo en el muelle, sus esposas y sus hijos seguramente estarían esperando que llevaran algún dinero a casa, ¿y qué había de encantador en eso? El cielo era dorado, pero no pasaba de ser un espejismo de gasolina y fuego; el agua era azul, pero esa zona del puerto está llena de desagües de alcantarillado, y las muchísimas luces de lo alto de la colina procedían de las ventanas de casas frías y feas cuyas habitaciones debían de oler a cortezas de *parmigiano*, y a coladas. La luz era dorada, pero luego adquirió otro color, más oscuro y rosáceo, y me pregunté dónde había visto antes aquella tonalidad, y creí que tal vez en los pétalos exteriores de esas rosas que florecen tarde en las montañas después de la escarcha. Luego el cielo palideció, se puso tan pálido que se podía ver el humo de la ciudad elevándose en el aire. A través de la humareda brotó la estrella vespertina con una llamarada como de farol, y empecé a contar las restantes estrellas a medida que iban apareciendo, pero en seguida fueron incontables. De pronto mi madre se echó a llorar y yo supe que lloraba porque estaba muy sola en el mundo, y lamenté mucho mi momentáneo deseo de asestarle un puntapié. Luego me dijo que por qué no íbamos a San Cario y cogíamos el tren a Roma, cosa que hicimos, y ella se alegró de ver a Tibi tumbado en el sofá cuando regresamos.

Acostado en la cama aquella noche, pensando en Eva y en todo lo demás, en una ciudad donde no puede oírse el rumor de la lluvia, pensé que volvería a Norteamérica. En Italia nadie me entendía realmente. Si daba los buenos días al portero, el hombre no sabía lo que yo le decía. Si salía al balcón y gritaba «socorro, fuego» o algo parecido, nadie lo entendería. Pensé que me gustaría regresar a Nantucket, donde sería comprendido y habría muchas chicas como Eva paseando por la playa. Asimismo, opinaba que una persona debe vivir en su propia patria; que siempre hay algo raro o misterioso en la gente que elige vivir en otro país. Ahora mi madre tenía numerosas amigas norteamericanas que hablaban un correcto italiano y usaban ropa italiana —todo lo que tienen es italiano, incluso en ocasiones también sus maridos—, pero me parecía que en ellas había algo raro, como si sus medias estuvieran torcidas o se les viese la combinación, y creo que lo que digo respecto a la gente que escoge vivir en otro país es siempre cierto. Quería volver a casa. Hablé de ello con mi madre al día siguiente y me dijo que era totalmente imposible, que no podía regresar solo y que ya no conocía a nadie allí. Entonces le pregunté si podría pasar el verano en Estados Unidos y me respondió que no se podía permitir el gasto porque iba a alquilar una casa de veraneo en Santa Marinella. Por último, le pregunté si podía ir en caso de que yo reuniese el dinero, y me contestó que por supuesto.

Empecé a buscar un trabajo de media jornada y resultaba difícil encontrar uno; hablé con Tibi y él me ayudó. No es un hombre extraordinario, pero siempre es amable. Dijo que se acordaría de mi petición de ayuda, y un día, cuando volví a casa, me preguntó si me gustaría trabajar de guía los sábados y los domingos para Roncari, la empresa de turismo. El trabajo era perfecto, y me pusieron a prueba el sábado siguiente en el autobús que va a Villa Adriano y al Tivoli. A los norteamericanos les gusté, supongo que porque les recordaba a su país, y también trabajé el domingo. El pago era justo y el horario no me entorpecía las tareas escolares, y también pensé que el empleo me daría la oportunidad de encontrar a un rico industrial norteamericano que quisiera llevarme de vuelta a Estados Unidos y enseñarme todo lo referente al negocio del acero, pero nunca sucedió tal cosa. Conocí en cambio a un montón de vagabundos norteamericanos y comprobé en el curso de mi trabajo cuan grande es el ansia de muchos compatriotas que tienen hogares bonitos y confortables por recorrer el mundo y conocer sus parajes. Algunos sábados y domingos, cuando los veía amontonarse en el autobús, me daba la impresión de que somos una raza errabunda, como los nómadas. Durante el recorrido íbamos primero a la Villa Adriano, donde disponían de media hora para visitar el lugar y hacer fotografías, y luego recontaba a los viajeros y subíamos la gran colina que lleva al Tivoli y a la Villa d'Este. Sacaban más fotos y yo les enseñaba dónde podían comprar las postales más baratas; después bajábamos a la Tiburtina, dejábamos atrás todas las nuevas fábricas construidas allí y entrábamos en Roma. En invierno había oscurecido al regresar a la ciudad, y el autobús recorría todos los hoteles donde se alojaban, o los dejaba en algún lugar cercano.

Los turistas siempre permanecían muy callados en el viaje de vuelta, y creo que era porque desde el autobús de la excursión percibían la extrañeza de Roma, como un remolino que giraba con sus luces, sus prisas y sus olores de cocina, en una ciudad donde no tenían parientes ni amigos, ni asuntos de ninguna clase, aparte de visitar ruinas. La última parada estaba junto a la puerta Pinciano. En invierno solía hacer allí mucho viento, y entonces yo me preguntaba si había en realidad en la vida más sustancia que la condición de ser ávidos viajeros, algunos con los pies doloridos, buscando las débiles luces de hotel en una ciudad que supuestamente no padece el invierno pero que, de hecho, sufre todos sus rigores, y donde todo el mundo habla un idioma extranjero.

Abrí una cuenta bancaria en el Santo Spirito, y en las vacaciones de Pascua trabajé en régimen de jornada completa haciendo el recorrido Roma-Florenia.

En estos trayectos hay paradas de camisa, de vejiga y de pelo. La primera se produce cada dos días para que los viajeros encuentren un lugar donde les laven una camisa; una parada de pelo consiste en detenerse cada tres días para que las mujeres puedan ir a la peluquería. Recogía a los pasajeros el lunes por la mañana, me sentaba delante, al lado del conductor, y les iba diciendo el nombre de los castillos, las carreteras, los ríos y los pueblos por donde pasábamos. Hacíamos un alto en Avezano y Asís. Perugia era el punto para las urgencias urinarias, y llegábamos a Florencia alrededor de las siete de la tarde. A la mañana siguiente recogía a otro grupo que bajaba de Venecia. Venecia es una parada de las de pelo.

Al término de las vacaciones retomé mis estudios, pero aproximadamente una semana después me llamaron de Roncari para decirme que el guía estaba enfermo y preguntarme si podía hacerme cargo del autobús a Tivoli. Entonces hice algo horrible, tomé la peor decisión de mi vida. Nadie me escuchaba y dije que sí. Estaba pensando en Nantucket y en volver a un lugar de mi patria donde me comprenderían. Hice novillos al día siguiente, y cuando volví a casa nadie notó la diferencia. Creí que me sentiría culpable, pero no fue en absoluto así. Lo que me sentí fue solo. Roncari me llamó de nuevo y escamoteé otro día, y luego me ofrecieron un trabajo estable y jamás reanudé mis estudios. Ganaba dinero, pero me sentía constantemente solo. Había perdido a todos mis amigos y mi lugar en el mundo, y me parecía que mi vida no era sino una mentira. Uno de los guías italianos se quejó porque yo no tenía licencia. Eran muy estrictos al respecto y tuvieron que despedirme, y me quedé sin sitio adonde ir. No podía volver al colegio ni andar holgazaneando por el palacio. Me levantaba por la mañana, cogía mis libros —siempre andaba con ellos a cuestas—, vagaba por las calles o el Foro, comía mis bocadillos y a veces iba al cine por la tarde. Cuando se habían acabado las clases y los entrenamientos de fútbol, volvía a casa y por lo general encontraba a Tibi allí sentado en compañía de mi madre.

Tibi sabía lo de mis novillos y supongo que sus amigos de Roncari le habían contado también lo sucedido, pero me prometió no decírselo a mi madre. Una noche en que ella se estaba vistiendo para salir, tuvimos una larga charla a solas. Primero me dijo que le parecía muy extraño que yo quisiera regresar a Norteamérica, y que él no quería hacerlo. Él no quiere volver porque tiene una difícil situación familiar. No se lleva bien con su padre, hombre de negocios, y tiene una madrastra que se llama Verna y a la que aborrece. No quiere regresar nunca. Pero me preguntó cuánto dinero había ahorrado, y yo le respondí que el suficiente para el viaje de vuelta, aunque no para mantenerme allí o hacer algo o regresar a Italia, y me dijo que creía poder hacer algo para ayudarme. Confié en él porque, después de todo, me había conseguido el trabajo en Roncari.

Al día siguiente era sábado y mi madre me dijo que no hiciera planes porque íbamos a visitar a la anciana princesa Tavola-Calda. Le dije que no me apetecía ir y ella dijo que tendría que hacerlo y punto. Fuimos alrededor de las cuatro, después de la siesta. El palacio de la princesa se halla en una parte antigua de Roma donde las calles dan vueltas sobre sí mismas, y en el ruinoso barrio, como en cualquier otro vecindario mísero, venden colchones de segunda mano, ropas y polvos contra las pulgas, las chinches, la sarna y demás flagelos que asolan a los pobres. Supimos cuál era el palacio porque la anciana princesa se había asomado a una de las ventanas y discutía con una mujer gorda que barría la escalera. Nos detuvimos en la esquina porque mi madre pensó que a la princesa no le gustaría que la viésemos en mitad de una riña. La princesa quería la escoba y la mujer gorda le decía que en ese caso tendría que comprarse una. La mujer obesa había trabajado cuarenta y ocho años para la princesa y recibía un sueldo tan miserable que ella y su marido se sentaban todas las noches a cenar agua y aire. La aristócrata volvió a la carga a pesar de sus años y su fragilidad, y declaró que el gobierno le había robado y que en su propio estómago no había más que aire, y que necesitaba la escoba para barrer el *salone*. La mujer obesa replicó que si le daba la escoba le daría con ella en la cara. Entonces la

princesa adoptó un tono sarcástico y llamó a la otra «*cara, cara*», y dijo que la había cuidado como a un niño durante cuarenta y ocho años, llevándole limones cuando estaba enferma, y ella no tenía siquiera la gentileza de prestarle la escoba un momento. La mujer gorda miró entonces a la princesa, se llevó la mano derecha a los labios y, apretándolos con el pulgar y el índice, produjo el sonido de burla más estridente que jamás he oído. La princesa dijo ((*Cara, cara*, muchas gracias, querida, mi buena y amable amiga», se alejó de la ventana y volvió con un puchero de agua con el que se proponía duchar a su adversaria, pero falló y sólo mojó la escalera. La gorda dijo «Gracias, su alteza real, gracias, princesa», y siguió barriendo. La anciana cerró de golpe las ventanas y se retiró. Mientras todo esto sucedía, unos hombres entraban y salían del palacio cargados de viejos neumáticos de automóvil que introducían en un camión, y descubrí más tarde que toda la vivienda, excepto la parte donde vivía la dueña, estaba alquilada como almacén. A la derecha de la gran puerta se hallaba la casa del portero, que nos detuvo y nos preguntó qué deseábamos. Mi madre respondió que queríamos tomar el té con la princesa, y él dijo que estábamos perdiendo el tiempo. La princesa estaba loca —*matta*—, y si creíamos que nos iba a dar algo, estábamos equivocados, porque todo lo que ella tenía era propiedad de él y de su esposa, que había trabajado cuarenta y ocho años sin cobrar sueldo. Añadió que no le gustaban los norteamericanos porque habían bombardeado Frascati y el Tivoli y todo lo demás. Finalmente lo quité de en medio y subimos al tercer piso, donde la princesa tenía algunas habitaciones. *Zimba* ladró cuando tocamos el timbre. La anciana entreabrió la puerta y luego nos hizo pasar.

Me figuro que todo el mundo sabe cómo es la parte vieja de Roma, pero la princesa necesitaba aquella escoba. Primero se disculpó por su ropa raída y explicó que sus mejores prendas, los vestidos de gala y todo eso, estaban guardadas en aquel baúl del que había perdido la llave. Habla de un modo muy fino, de suerte que uno puede estar seguro de que es una princesa, o por lo menos, una mujer noble a pesar de sus harapos. Tiene fama de tacaña declarada, y creo que es verdad, porque, por muy chiflada que parezca, a veces uno nunca pierde la sensación de que es astuta y avara. Nos agradeció la visita, pero aclaró que no podía ofrecernos té, café ni vino, porque su vida era una constante desventura. Los proyectos de redistribución de tierras después de la guerra habían alejado de sus propiedades a todos los buenos campesinos, y no lograba encontrar a nadie que trabajase sus fincas. El gobierno le cobraba impuestos tan desafortunados que no se podía permitir el lujo de comprar ni una pizca de té, y que lo único que le quedaban eran sus cuadros, pero a pesar de que valían millones, el gobierno alegaba que eran patrimonio nacional y no le autorizaba su venta. Añadió que le gustaría hacerme un regalo, una concha marina que a su vez le había obsequiado en 1912 el emperador de Alemania, cuando visitó Roma y se entrevistó con su querido padre, el príncipe. Salió de la habitación y tardó mucho en volver, y cuando lo hizo, dijo que qué lástima, que no podía regalarme la concha porque estaba guardada con sus vestidos de gala en el baúl cuya llave había extraviado. Le dijimos adiós y nos fuimos, pero el portero nos esperaba abajo para cerciorarse de que no habíamos robado nada, y regresamos a casa a través del terrible tráfico y las calles oscuras.

Tibi estaba en casa cuando entramos. Cenó con nosotros, y más tarde yo estaba leyendo en la cama y llamaron a la puerta de mi dormitorio: era él. Al parecer, volvía de la calle, porque llevaba el abrigo sobre los hombros, como si fuera una capa, al estilo de los romanos. Llevaba también sus pantalones ceñidos, su sombrero blando y sus zapatos del mismo material y hebillas doradas, todo lo cual le confería aspecto de mensajero. Creo que además se sentía como tal, porque estaba muy excitado y me habló en susurros. Dijo que todo estaba arreglado. La anciana princesa tenía un cuadro que quería vender en Estados Unidos y él la había persuadido de que yo podría introducirlo de contrabando. Era un lienzo pequeño, un Pinturicchio, no mayor que una camisa; lo único que debía hacer era aparentar aire de colegial y nadie registraría mis maletas. Había entregado a la aristócrata todo su dinero como garantía, y afirmó que otra gente había invertido en la operación; me pregunté si

se refería a mi madre, pero no lo creí posible. Al entregar el cuadro en Nueva York me pagarían quinientos dólares. Me llevaría a Nápoles en coche la mañana del sábado. Había una pequeña línea aérea que transportaba pasaje y carga de Nápoles a Madrid, y una vez en esta ciudad podría coger un avión a Nueva York y cobrar mis quinientos dólares el lunes por la mañana. Tibi se marchó. Era más de medianoche, pero me levanté e hice la maleta. No partiría hasta dentro de una semana, pero ya me estaba preparando.

Recuerdo la mañana del viaje, es decir, la del sábado. Me levanté a eso de las siete, tomé un poco de café y revisé de nuevo la maleta. Más tarde oí que la sirvienta llevaba a mi madre la bandeja con el desayuno. No tenía otra cosa que hacer más que esperar a Tibi, y salí al balcón para verlo llegar por la calle. Sabía que aparecería el coche en la *piazzale* y que cruzaría la calle que hay frente al palacio. El sábado es en Roma igual que cualquier otro día; el tráfico era denso y había una multitud en la acera: romanos, peregrinos, miembros de órdenes religiosas y turistas con cámaras. Hacía bueno, y aunque no soy quién para decir que Roma es la ciudad más hermosa del mundo, a menudo lo he pensado, con sus pinos de copa chata, sus edificios y todos los colores de la madurez esparcidos entre las colinas como huesos y papeles, y esas grandes nubes redondas que en Nantucket son heraldo de tormenta antes de la cena y que en Roma no anuncian nada, salvo que el cielo se volverá púrpura y se llenará de estrellas, y toda la gente alegre presta a la capital su vivacidad. Por lo menos mil viajeros, mil como mínimo, han dicho antes que yo que la luz y el aire son como el vino, como esos vinos amarillos de los *castelli* que se beben en otoño. En ese momento vi entre la multitud a un hombre que llevaba el hábito pardo que usan en el colegio Sant'Angelo, y advertí que se trataba de mi profesor, el padre Antonini. Estaba buscando nuestras señas. Llamaron al timbre, abrió la sirvienta y oí que el religioso preguntaba por mi madre. La sirvienta bajó a la habitación de mi madre y la oí salir al recibidor y decir:

—Oh, padre Antonini, me alegro mucho de verlo.

—¿Ha estado enfermo Peter?

—¿Por qué lo pregunta?

—Hace seis semanas que falta a clase.

—Sí —dijo ella, pero era evidente que la mentira no le salía del alma. Era muy preocupante oírle mentir; preocupante porque eso significaba que no le inquietaba si yo recibía o no una educación, que lo único que le importaba era que yo lograra pasar la frontera con el cuadro antiguo para que Tibi hiciera algún dinero—. Sí, ha estado muy enfermo.

—¿Podría verlo?

—Oh, no. Lo he mandado a Estados Unidos.

Salí del balcón, bajé por el *salone* hasta el pasillo, lo recorrí hasta mi habitación y la esperé allí.

—Mejor que bajes a esperar a Tibi —me dijo—. Dame un beso de despedida y vete. Rápido. Rápido. Odio las escenas.

Si de verdad las odiaba, ¿por qué siempre armaba escenas tan penosas? Era, sin embargo, su modo de despedirse desde que la conocía. Salí y aguardé a Tibi en el patio.

Apareció a las nueve y media o un poco más tarde, e incluso antes de que dijera algo supe lo que iba a decir. Estaba demasiado cansado para llevarme hasta Nápoles. Traía el Pinturicchio envuelto en papel de estraza y atado con un bramante; abrí la maleta y lo metí entre mis camisas. No le dije adiós —decidí en aquel momento que jamás volvería a hablar con él—, y me puse en camino hacia la estación.

Había estado en Nápoles muchas veces, pero aquel día me sentí muy raro. En primer lugar, cuando me dirigía hacia la estación pensé que me seguía el portero del Palazzo Tavola-Calda. Miré a mi alrededor dos veces, pero el desconocido escondió la cabeza en un periódico y no pude asegurarme, pero me sentí tan raro que creí que quizá lo había imaginado. Luego, mientras hacía cola para sacar el billete, alguien me tocó en el hombro y experimenté aquella atroz sensación de que mi padre había vuelto para ayudarme. Era un anciano que quería una cerilla; le encendí el cigarrillo, pero todavía persistía el calor de aquella mano sobre mi hombro y aquel recuerdo de que volveríamos a ser felices juntos y nos ayudaríamos mutuamente, y a continuación aquel sentimiento de que nunca obtendría todo el amor que necesitaba, no, nunca.

Subí al tren, observé a todos los viajeros que se apresuraban a lo largo del andén y esta vez sí vi al portero. No se trataba de ningún error. Sólo lo había visto una vez, pero podía recordar su cara, y supuse que me estaba buscando. No parecía que me hubiera visto, prosiguió su camino hacia los vagones de tercera clase y yo me pregunté si aquello era el Ancho Mundo, si era realmente así: mujeres que se arrojaban sobre imbéciles como Tibi, cuadros robados y perseguidores. No me inquietaba el portero, pero sí la idea de que la vida se parecía mucho a una competición.

(Pero no soy un muchacho en Roma, sino un hombre adulto que en la vieja cárcel de la ciudad ribereña de Ossining aplasta avispones con un periódico doblado una tarde de otoño. Desde mi ventana veo el río Hudson. Una rata muerta flota río abajo y dos hombres en un bote de remos que se hunde remontan su curso contra corriente. Uno de ellos rema desesperadamente desde un asiento de la embarcación, y me pregunto si se han fugado de la cárcel o simplemente han estado pescando percas, ¿y por qué habría de cambiar esta escena por las calles oscuras que rodean al Panteón? ¿Por qué, no habiendo recibido de mis padres más que afecto y comprensión, tengo que inventarme un grotesco anciano, una tumba en el extranjero y una madre insensata? ¿Qué soledad incurable me incita a fingirme un niño huérfano a merced de un viento frío? ¿Y no es posible armar con el engaño una historia mejor que la de Tibi y el Pinturicchio? Pero mi padre me enseñó, mientras plantaba las judías, que tengo que acabar lo que he empezado, sea malo o bueno, de modo que volvamos a la escena en que el chico se apea del tren en Nápoles.)

En Nápoles me bajé del tren en Mergellina, con la intención de dar esquinazo al portero. Allí sólo se apearon un puñado de personas, y no creo que él estuviese entre ellas, aunque no podía estar seguro. Había un hotelito en una calle lateral cerca de la estación. Fui allí, alquilé una habitación, metí la maleta con el cuadro debajo de la cama y cerré la puerta con llave. Luego salí a buscar la oficina de la compañía aérea para comprar un billete y supe que se encontraba en la otra punta de la ciudad. Era

una pequeña compañía con sede en una oficina muy pequeña, y creo que el hombre que me vendió el pasaje era probablemente el piloto. El avión despegaba a las once de la noche, así que volví andando al hotel, y nada más entrar en el vestíbulo la mujer de la recepción me dijo que mi amigo me estaba esperando y, en efecto, allí estaba el portero en compañía de dos *carabinieri*. Se puso a gritar y a vociferar; la misma cantinela: yo había bombardeado Frascati y Tivoli e inventado la bomba de hidrógeno, y ahora estaba robando uno de los cuadros que formaban parte de la inapreciable herencia del pueblo italiano. Los *carabinieri* fueron realmente muy amables conmigo, aun cuando no me agrada hablar con gente que lleva espada, pero cuando les pregunté si podía llamar al consulado me dijeron que sí, y telefoneé. Eran alrededor de las cuatro de la tarde y me dijeron que iban a enviar a un funcionario y en seguida se presentó un norteamericano alto y amable que no paraba de decir: «Hum.» Le expliqué que llevaba un paquete a un amigo y que no sabía lo que contenía, y él repitió: «Hum, hum.» Llevaba una gran chaqueta cruzada y parecía tener algún problema con el cinturón o los calzoncillos, porque de vez en cuando se cogía con la mano la cintura y se daba un fuerte tirón. Luego todos convinieron en que a efectos de abrir el paquete tendrían que recurrir a los oficios de un juez. Cogí mi maleta y todos subimos al coche del funcionario consular, que arrancó rumbo a una *questura* o palacio de justicia, donde fue menester esperar media hora a que el juez se pusiera la banda de su cargo, con orla dorada. Abrí la maleta y él entregó el paquete a un ayudante que deshizo los nudos del bramante. Después el juez desenvolvió el paquete y dentro no había más que un pedazo de cartón. El portero exhaló tal rugido de furia y desilusión al verlo que no creo que pudiese haber sido un cómplice, y pienso que la anciana misma lo había maquinado todo. Nadie recobraría el dinero que le habían dado, ninguno de los implicados, y pude imaginarla relamiéndose como Reddy *el Zorro*. Incluso sentí lástima por Tibi.

A la mañana siguiente intenté que me devolvieran el dinero de mi billete de avión, pero la oficina estaba cerrada y fui andando hasta la estación de Mergellina para coger el tren de la mañana a Roma. Había llegado un barco. Veinticinco o treinta turistas ocupaban el andén. Estaban cansados y emocionados, era un hecho evidente; señalaban con el dedo la máquina de café y preguntaban si no era posible conseguir un vaso más grande con nata, pero aquella mañana no me resultaron divertidos: me parecieron, en cambio, simpáticos y admirables, y reflexioné que en el fondo de su vagabundeo había una enorme seriedad. No estaba tan decepcionado como había estado con respecto a cosas menos importantes, e incluso experimenté un poco de alegría porque ya estaba seguro de que algún día habría de regresar a Nantucket, o por lo menos a cualquier otra ciudad donde fuera comprendido. Y entonces me acordé de la anciana que había visto en Nápoles, mucho tiempo atrás, gritando sobre el agua: «Bienaventurado, bienaventurado tú porque vas a ver Norteamérica, vas a ver el Nuevo Mundo», aun cuando yo sabía que los grandes automóviles, los alimentos congelados y el agua caliente no eran lo que ella imaginaba.

«Bienaventurado, bienaventurado tú», seguía gritando desde el muelle, y yo sabía que pensaba en un universo donde no había policías con espadas, nobleza avara, deshonestidad, sobornos, retrasos ni temor al frío, el hambre y la guerra, y, si bien no eran ciertas sus fantasías, se trataba de una noble idea, y eso era lo más importante.

Miscelánea de personajes que no aparecerán

1. La atractiva muchacha del partido de rugby entre Princeton y Dartmouth. Subía y bajaba detrás de la multitud apostada a lo largo de la línea de banda. No parecía tener una cita ni una compañía determinada, pero todo el mundo la conocía. Todos la llamaban por su nombre (Florrie), todos se alegraban de verla y, en un momento en que se paró a hablar con unos amigos, un hombre le puso la mano extendida en la parte baja de la espalda y, al percibir aquel tacto (a pesar del buen tiempo y el verde del terreno de juego), una oscura y meditabunda mirada asomó a los ojos del intruso, como si sintiera inmortales añoranzas. El pelo de Florrie era de un bonito color oro oscuro; dejaba que un rizo le tapase los ojos y miraba a través de él. Tenía una nariz un tanto puntiaguda, pero causaba un efecto sensual y aristocrático; sus brazos y sus piernas eran redondos y hermosos, aunque no del todo femeninos, y sus ojos violetas bizqueaban. Se jugaba la primera mitad, el marcador no se había movido, y el equipo de Dartmouth mandó el balón fuera. Fue un puntapié errado que fue a parar directamente a los brazos de la chica. Atrapó el balón con gracia; se diría que la habían escogido para recibir el pase, y vaciló un momento, sonriendo, haciendo reverencias, observada por todos, hasta que devolvió al campo la pelota con gesto torpe y encantador.

Hubo algunos aplausos. Después el público desvió su atención de Florrie y la centró en el desarrollo del juego, y un segundo después ella se dejó caer de rodillas, tapándose la cara con las manos y rechazando violentamente la emoción que la embargaba. Parecía muy tímida.

Alguien abrió una lata de cerveza y se la pasó, y Florrie se puso en pie y reanudó sus paseos por la línea de falta y fuera de las páginas de mi novela, porque jamás volví a verla.

2. Todos los papeles protagonistas escritos para Marlon Brando.

3. Ninguna de las descripciones desdeñosas de paisajes norteamericanos con casas en ruinas, cementerios de automóviles, ríos contaminados, ranchos construidos con materiales de desecho, campos de minigolf abandonados, desiertos de cenizas volcánicas, vallas publicitarias espantosas, antiestéticas torres de petróleo, olmos enfermos, tierras de labranza erosionadas, gasolineras extravagantes y chillonas, moteles sucios, salones de té alumbrados con velas y riachuelos sembrados de latas de cerveza, porque no son, como podría parecer, las ruinas de nuestra civilización, sino avanzadillas y campamentos temporales de la civilización que nosotros —usted y yo— edificaremos.

4. Escenas como la siguiente: «Clarissa entró en la habitación y entonces _____». Fuera con todo esto y demás descripciones explícitas propias del comercio sexual, pues ¿cómo es posible describir la más elevada experiencia de nuestra vida física como si —gato, tapacubos, llave inglesa y tuercas— estuviéramos hablando de cambiar una rueda pinchada?

5. Los borrachos. Por ejemplo: el telón se levanta sobre la sala de redacción de una agencia de publicidad de Madison Avenue, donde X, nuestro personaje principal, está trabajando en la campaña de promoción de una nueva marca de whisky de centeno. Sobre una mesa de bocetos, a la derecha de

un escritorio de madera de árbol frutal, hay un montón de sugerencias del departamento artístico. Para la etiqueta han propuesto timbres y escudos de armas como de monarcas y barones. Para la publicidad sugieren una escena de la vida de las plantaciones en que la aristocracia del algodón, desaparecida hace mucho tiempo, bebe whisky en un suntuoso porche. A X no le satisface la idea y examina a continuación una acuarela de un pionero norteamericano. Qué fresco, frío y musical es el arroyo que discurre por el bosque. Las lenguas del arroyuelo hablan en el melancólico silencio de una inmensidad perdida, ¿y qué es eso que se ve en un extremo del cielo azul sino el vuelo de una paloma mensajera? En primer plano, sobre una roca, un joven fuerte y enjuto, con tosca ropa de cuero y un gorro de piel de mapache, está bebiendo whisky de un porrón de barro vidriado. La imagen parece entristecer a X, y pasa a estudiar el siguiente anuncio, que propone la idea de ofrecer whisky de centeno en las reuniones sociales; que reciba uno en casa a una repudiada celebridad literaria, una actriz en paro, la sobrina nieta de un presidente de Estados Unidos, un pelmazo con la moral por las nubes y un taciturno y malévolo crítico literario. El grupo forma un corro en torno a una gigantesca botella de whisky de centeno. El anuncio asquea a X, que se pone a examinar la última sugerencia: al atardecer, en una almena medieval (¿las luces y las torres que se ven al fondo no son las de Siena?), una joven y hermosa pareja, elegantemente vestida, está brindando en honor de la indescriptible proeza y tiempo que supone la elaboración del centeno, asequible a todos los bolsillos.

X no está satisfecho. Se aparta de la mesa de bocetos y se encamina hacia el escritorio. Es un hombre esbelto de edad indiscernible, aunque el tiempo parece haber dejado huellas en las cuencas de sus ojos y en la nuca. Esta última tiene tantas rayas y grietas como un inconexo estudio geodésico. Un corte tan profundo como una cicatriz de sable le cruza el cuello en diagonal, de izquierda a derecha, con tan numerosas y hundidas ramificaciones y afluentes que causa un efecto desalentador. Pero en los ojos es todavía más notable la labor de los años. Así como en una punta arenosa que penetra en el mar puede verse la acción simultánea de dos mareas, así también vemos cómo el poder de la exaltación y la desdicha, los anhelos y las aspiraciones humanas han depositado su yerma impronta de arrugas en la piel oscura que ha formado bolsas. Tal vez se ha cansado la vista mirando a Vega por el telescopio o leyendo a Keats bajo una débil luz, pero su mirada parece avergonzada e impura. Estos rasgos podrían hacer pensar que se trata de un hombre de cierta edad, pero de pronto deja caer con garbo el hombro izquierdo y se estira la manga de la camisa de seda como si tuviera dieciocho años, diecinueve a lo sumo. Echa una ojeada a su reloj italiano con calendario. Son las diez de la mañana. La oficina está insonorizada y sobrenaturalmente silenciosa. El rumor de la ciudad llega débilmente a la alta ventana. Mira con fijeza su cartera, oscurecida por las lluvias de Inglaterra, Francia, Italia y España. Presa de una angustiada melancolía, le parece que las paredes pintadas de la oficina (de color azul y amarillo pálidos) son falsificaciones de papel ideadas para ocultar los volcanes y las riadas que son hitos de su desventura. Se diría que se va aproximando al momento de la muerte, al instante de su concepción, a un punto crítico en el tiempo. Empiezan a temblarle las manos, los hombros, la cabeza. Abre su cartera, saca una botella de whisky de centeno, se arrodilla y apura, sediento, todo el contenido.

Va cuesta abajo, por supuesto, y únicamente nos ocuparemos de él una sola escena más. Despedido de la oficina donde lo vimos la última vez, le ofrecen un trabajo en Cleveland, adonde no parecen haber llegado los rumores de su flaqueza. Se ha marchado a Cleveland a arreglar las cosas y alquilar una casa para su familia. Ahora ésta, en pleno, lo espera en la estación del tren, confiada en que traerá buenas noticias. Su bella mujer, sus tres hijos y los dos perros han ido a darle la bienvenida. Ha anochecido en la zona residencial donde viven. Hasta el momento presente, la familia ya ha padecido numerosos sinsabores, pero últimamente, al haber visto incumplidas las promesas comunes y denegadas las recomendaciones propias de su modo de vida —un nuevo coche, una nueva bicicleta—, han descubierto un afecto melancólico aunque estable que no tiene nada que ver con la adquisición de

objetos. En su preocupado amor por papá, la familia ha entrevisto el escalofrío de un destino. El tren se aproxima traqueteando. Un suave haz de chispas doradas brota de la caja de frenos cuando el convoy reduce la marcha y se detiene. La intensidad de sus esperanzas hace que todos se sientan casi incorpóreos. Baján del tren siete hombres y dos mujeres, pero ¿y papá? Hace falta la ayuda de dos revisores para bajarlo por la escalera. Ha perdido el sombrero, la corbata y el abrigo, y alguien le ha puesto el ojo derecho a la funerala. Todavía conserva la cartera bajo un brazo. Nadie habla, nadie llora mientras lo meten en el coche y lo llevan lejos de nuestra vista, fuera de nuestra jurisdicción y de nuestra incumbencia. Que se aparten de nosotros los borrachos y las borrachas: arrojan muy poca luz auténtica sobre el modo de vida norteamericano.

6. Y ya que hablamos de esto, fuera también todos esos homosexuales que han ocupado un lugar dominante en la narrativa más reciente. ¿No es hora de que abordemos la indiscreción y la inconstancia de la carne y sigamos adelante? El escenario esta vez es la playa de Hewitt, la tarde del 4 de julio. La señora Ditmar, esposa del gobernador, y su hijo Randall han cruzado una cala desierta, si bien puede verse más allá de las dunas la bandera de las barras y las estrellas, que ondea sobre los techos del club. El muchacho tiene dieciséis años, está bien formado, su piel posee el oro atrayente de la juventud, y a los ojos de su madre solitaria es tan hermoso que lo admira, subyugada. Hace diez años que su marido, el gobernador, la ha abandonado por su inteligente y seductora secretaria ejecutiva. Con la extraordinaria capacidad de adaptación de la naturaleza humana, la señora Ditmar ha sufrido afrentas casi cotidianas. Ama a su hijo, desde luego. No encuentra en él nada de su marido. Estima que el chico ha heredado las mejores cualidades de la familia de *ella*, y es lo suficientemente vieja para creer que un pie esbelto o unos magníficos cabellos son sellos de buena crianza, como, de hecho, pueden serlo. El chico tiene los hombros cuadrados, el cuerpo compacto. Cuando lanza una piedra al mar, no es la potencia del tiro lo que maravilla a su madre, sino la delicada gracia con que su brazo completa el movimiento circular una vez que el guijarro ha abandonado su mano: como si todos sus gestos fueran eslabones de una cadena. La señora Ditmar es desmedida, como todos los amantes, y no quiere que concluya una tarde pasada en compañía del hijo. No se atreve a desear la eternidad, pero anhela que el día tenga todas las horas posibles. Palpa las perlas que tiene en sus manos gastadas, admira su brillo marino y se pregunta cómo quedarían en la piel dorada de su hijo Randall.

Él está un poco aburrido. Preferiría tratar con chicos y chicas de su misma edad, pero su madre lo ha apoyado y defendido de tal forma que a su lado experimenta cierta seguridad. Ha sido una protectora inmovible y formidable. Puesto que puede hacerlo, ha intimidado al director y a la mayoría de los profesores de su instituto. Randall ve mar adentro las velas de una flota deportiva, y por un instante desea estar a bordo de alguno de los veleros, pero ha rechazado una invitación para formar parte de las tripulaciones y no se siente capaz de navegar como patrón, así que en cierto sentido ha elegido quedarse en la playa a solas con su madre. Los deportes de competición le inspiran timidez, y retrocede ante la complejidad de una sociedad organizada, como si en ella se ocultara una fuerza capaz de hacerlo pedazos; pero ¿a qué obedece su miedo? ¿Es cobarde, si tal cosa existe? ¿Nace uno cobarde, del mismo modo que se nace rubio o moreno? ¿Ejerce su madre una excesiva vigilancia sobre él, ha llevado tan lejos su intención de protegerlo que lo ha convertido en vulnerable y enfermizo? Pero teniendo en cuenta que él conoce la profunda infelicidad de su madre, ¿cómo abandonarla antes de que haya encontrado ella otras amistades?

Piensa en su padre con dolor. Ha intentado conocerlo y amarlo, pero su propósito ha resultado vano. La excursión de pesca fue cancelada por la imprevista llegada del gobernador de Massachusetts. En el campo de juego, un mensajero le entregó una nota diciendo que su padre no podría ir. Cuando se cayó en un peral y se rompió un brazo, sin duda su padre lo hubiera visitado en el hospital de no haber

estado en aquel momento en Washington. Aprendió a lanzar una caña de mosca, confiando en que, poco a poco, iría haciendo progresos en el avance hacia la estima y el afecto de su padre, pero éste nunca tuvo tiempo de admirarlo. Randall es capaz de comprender la magnitud de su propia decepción. Este sentimiento lo rodea como si fuera una masa de energía, una energía que carece de timón para ser encauzada y de peso para poder desplazarse. Su actitud misma trasluce estos tristes pensamientos. Tiene los hombros caídos. Su aspecto es pueril y desolado, y su madre lo llama para que acuda junto a ella.

Él se sienta en la arena, a sus pies, y ella le pasa los dedos por sus cabellos rubios. Luego hace algo repugnante. El espectador quiere apartar la mirada, pero no lo hace sin haber visto que la mujer desabrocha sus joyas y rodea con ellas el cuello dorado de su hijo. «Mira cómo brillan», le dice, encadenándolo tan irrevocablemente como los grilletes que unen las piernas de un preso.

Fuera con ellos, fuera; lo mismo que Clarissa y el borracho, proyectan una luz demasiado pobre.

7. Para concluir, es decir, para concluir esta tarde (tengo que ir al dentista y luego a cortarme el pelo), me gustaría reflexionar sobre la carrera de mi viejo y lacónico amigo Royden Blake. Para mayor comodidad, podemos dividir su obra en cuatro períodos. En primer lugar figuran las amargas anécdotas morales —debió de escribir un centenar—, que demostraron que la mayor parte de nuestros actos son pecaminosos. A esta época siguió, como recordará el lector, casi una década de esnobismo en la que nunca escribió sobre personajes con ingresos inferiores a sesenta y cinco mil dólares al año. Aprendió de memoria los nombres del profesorado de Groton y de los camareros del Club 21. Todos sus personajes eran atendidos a cuerpo de rey por puntillosos criados, pero si uno iba a cenar a casa de aquéllos, encontraba las sillas atadas con cuerdas, comía huevos fritos en un plato rajado, se quedaba con los pomos de las puertas en la mano y, si quería tirar de la cadena, tenía que levantar la tapa de la cisterna, remangarse un brazo y hundirlo en el agua fría y herrumbrosa para accionar las válvulas. Al concluir su período esnob, cometió el error que he mencionado en el apartado 4 e inició su época romántica escribiendo *El collar de Malvio d'Alfi* (con aquella memorable escena de infancia en un paso de montaña), *El naufragio del Loretei*, *El rey de los troyanos* y *El cinturón perdido de Venus*, por citar sólo unos pocos títulos. A la sazón se hallaba bastante enfermo, y su incompetencia parecía ir en aumento. Su obra se caracterizaba por todo lo que ya he dicho. En sus páginas había alcohólicos, vitriólicas descripciones de la vida norteamericana y papeles gordos para Marlon Brando. Podría afirmarse que había perdido el don de evocar las dulzuras de la vida: el agua de mar, la humareda de la cicuta ardiendo y los pechos de las mujeres. Por decirlo así, había dañado la cámara más profunda del aparato auditivo, allí donde percibimos el ruido pesado de la cola del dragón moviéndose entre las hojas muertas. Nunca me cayó bien, pero era un colega y un compañero de copas, y cuando me enteré en mi casa de Kitzbühel de que se estaba muriendo, viajé en coche hasta Innsbruck y cogí el expreso a Venecia, donde él vivía entonces. Era a finales de un otoño frío y brillante. Los palacios vallados del Gran Canal —lúgubres, engalanados, coronados— se parecían a las caras melancólicas de ese estamento de la nobleza que aparece en las bodas reales de Hesse. Vivía en una pensión de un canal trasero. La marea estaba alta y la sala de recepción inundada, y tuve que llegar hasta la escalera caminando sobre unos tablones de madera. Le llevé una botella de ginebra turinesa y un paquete de cigarrillos austríacos, pero al sentarme en una silla pintada (y rota) que había junto a la cama, comprobé que no se hallaba en condiciones de hacer honor al obsequio.

—¡Estoy trabajando! —exclamó—. Trabajando. Puedo verlo todo. ¡Escúchame!

—Sí —asentí.

—Empieza así —dijo, y cambió el tono de voz para adaptarse, me figuro, a la solemnidad de su relato—. El transalpino se detiene en Kirchbach a medianoche —declamó, mirando hacia mí para cerciorarse de que había recibido de lleno el impacto de su aliento poético.

—Sí —dije.

—Desde allí prosiguen viaje los que van a Viena —dijo sonoramente—, y los viajeros con destino a Padua tienen que esperar una hora. En atención a ellos, la estación permanece abierta y con la calefacción encendida, y hay un bar donde sirven café y vino. Una noche de nieve del mes de marzo, tres extranjeros entablaron una conversación en aquel bar. El primero era un hombre alto, calvo y con un abrigo forrado de marta cibelina que le llegaba a los tobillos. El segundo era una hermosa mujer que se dirigía a Isvia para asistir a los funerales de su hijo único, muerto en un accidente de alpinismo. La tercera era una gruesa mujer italiana de pelo blanco y chal negro a la que el camarero trataba con gran deferencia. Se inclinó hasta la cintura al servirle un vaso de vino barato, y se dirigió a ella llamándola «majestad». Ese día, muy temprano, habían pegado carteles advirtiendo del peligro de aludes...

En ese momento echó hacia atrás la cabeza en la almohada y expiró. En efecto, tales fueron sus últimas palabras, las palabras finales, pensé, de generaciones de novelistas, porque ¿cómo cabría esperar que este paso nevado y ficticio, con su trío de viajeros, pueda cantar un mundo que se extiende a nuestro alrededor como un sueño desconcertante y prodigioso?

La quimera

Cuando yo era joven y solía ir al circo, había un número llamado las Gemelas Treviso: María y Rosita. Esta última se mantenía en equilibrio sobre la cabeza de María, cráneo sobre cráneo, y la pareja daba vueltas a la pista. Como consecuencia de este fatigoso ejercicio, María había llegado a tener las piernas cortas y musculosas y un andar cómico, y siempre que veo caminar a mi mujer me acuerdo de María Treviso. Mi esposa es una mujerona. Es una de las cinco hijas del coronel Boysen, político de Georgia que fue amigo de Calvin Coolidge. Visitó la Casa Blanca siete veces, y mi mujer tiene una almohada en forma de corazón que lleva bordada la palabra AMOR y fue obra de la señora Coolidge o bien una de sus pertenencias en un momento dado. Mi mujer y yo somos terriblemente desdichados juntos, pero tenemos tres niños preciosos y tratamos de no sacar las cosas de quicio. Hago lo que tengo que hacer, como todo el mundo, y una de las cosas que me han tocado en suerte es servir el desayuno en la cama a mi mujer. Trato de prepararle un excelente desayuno, porque a veces el detalle mejora su carácter, por lo general horrible. Una mañana no hace mucho tiempo, al llevarle la bandeja, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Miré la bandeja para ver si había cometido algún error. El desayuno era perfecto: dos huevos duros, un pedazo de queso danés y una Coca-Cola con un chorrito de ginebra; es lo que le gusta. Jamás he aprendido a preparar el tocino. Los huevos tenían buen aspecto y los platos estaban limpios, de modo que le pregunté qué le pasaba. Retiró las manos de los ojos ojerosos y arrasados de lágrimas y dijo, con el acento peculiar de la familia Boysen:

— No puedo aguantar por más tiempo que me sirva el desayuno en la cama un hombre peludo en calzoncillos.

Me duché, me vestí y fui al trabajo, pero al volver a casa aquella noche comprobé que las cosas no habían mejorado; seguía enfadada por mi aparición de la mañana.

Preparo casi todas las comidas en una parrilla de carbón vegetal que tenemos en el patio de atrás. A Zena no le gusta cocinar y a mí tampoco, pero es agradable estar al aire libre, y me gusta vigilar el fuego. Nuestros vecinos, Livermore y Kovacs, también cocinan mucho fuera. Livermore se pone un gorro de chef y un delantal que reza «Pida lo que quiera», y cuelga por ahí un letrero que dice: PELIGRO, HOMBRES COCINANDO. Kovacs y yo no usamos atuendo culinario, pero creo que somos más serios. Una vez, preparó una pata de cordero y en otra ocasión un pavo. Esa noche cenamos hamburguesas, y noté que Zena no parecía tener el menor apetito. Los niños comieron con hambre, pero en cuanto acabaron (tal vez presintiendo una disputa), fueron a refugiarse al cuarto de la televisión para observar la riña desde allí. No se equivocaban respecto a la pelea. La inició Zena.

— Eres tan desconsiderado —tronó—. Nunca piensas en mí.

— Lo siento, cariño —dije—. ¿No estaba bien hecha la hamburguesa?

Ella estaba tomando ginebra sola y yo no quería discutir.

— No ha sido la hamburguesa. Estoy acostumbrada a las porquerías que cocinas. Lo que haya

de comer me tiene sin cuidado. He aprendido a apañarme con lo que preparas. Lo que pasa es que eres muy desconsiderado.

— ¿Qué he hecho, cariño?

Siempre la llamo cariño con la esperanza de que se ablande.

— ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —Alzó la voz, se puso colorada, se levantó y desde su superior estatura me chilló—: Me has arruinado la vida, eso es lo que has hecho.

— No veo cómo te he arruinado la vida —respondí—. Supongo que estás desengañada, como mucha gente, pero no me parece justo echarle toda la culpa al matrimonio. Hay cantidad de cosas que yo he querido hacer, por ejemplo, escalar el Matterhorn, pero no echo la culpa a nadie por no haberlo hecho.

— ¿Escalar el Matterhorn, tú? ¡Ja! Ni siquiera podrías subir al monumento a Washington. Por lo menos, yo he hecho eso. Yo tenía ambiciones importantes. Podría haber sido congresista, guionista de televisión, política, actriz. ¡Podría haber sido miembro del Congreso!

— No sabía que quisieras ser congresista —declaré.

— Ése es el problema. Nunca piensas en mí. Nunca piensas en lo que podría haber sido. ¡Me has estropeado la vida!

Y dicho esto subió a su dormitorio y cerró con llave la puerta.

Su desencanto era dolorosamente auténtico, y yo no lo ignoraba, pero creía haberle dado todo lo que le había prometido. Las falsas promesas, las esperanzas cuyo incumplimiento la hacían tan desgraciada, seguramente fueron formuladas por el coronel Boysen, pero ya había muerto. Ninguna de las hermanas de Zena había tenido un matrimonio feliz, y hasta esa noche no había caído yo en la cuenta de lo desastrosamente desdichadas que habían sido. Es decir, nunca lo había analizado. Lila, la mayor, había perdido a su marido cuando daban un paseo por un alto acantilado sobre el Hudson. La policía la había interrogado, y toda la familia, yo incluido, reaccionó con indignación ante las sospechas policiales, pero ¿no podría ella haberle dado un ligero empujón? Stella, la segunda en edad, se había casado con un alcohólico que bebió sistemáticamente hasta desaparecer de escena. Pero Stella había sido caprichosa e infiel, y ¿acaso su conducta no habría acelerado la muerte de su esposo? El marido de Jessica se había ahogado misteriosamente en Lake George una noche que se detuvieron en un motel y fueron a darse un baño. Y el marido de Laura había perecido en un extraño accidente automovilístico en el que ella iba conduciendo. ¿Eran unas asesinas? ¿Me había emparentado con una familia de incorregibles asesinas? ¿El desengaño de Zena por no ser congresista era lo bastante grande como para inducirla a planear mi muerte? No lo creía. Me pareció que el temor por mi vida era menos intenso que mi necesidad de ternura, amor, cariño, buen ánimo, todas las cosas decentes y espléndidas que yo creía posibles en el mundo.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, un compañero de oficina me dijo que había conocido en una fiesta a una chica que se llamaba Lyle Smythe y era una furcia. No era exactamente lo que yo buscaba, pero mi necesidad de reconciliarme con los miembros más afectuosos del sexo opuesto resultaba intolerable. Nos despedimos delante del restaurante, y luego volví adentro a buscar en la guía

el número de teléfono de Lyle Smythe para intentar conseguir una cita. Una de las débiles bombillas de la lámpara que iluminaba el listín estaba fundida, y las letras me parecían borrosas y tenues. Encontré su nombre, que se hallaba en la parte más oscura de la página, donde el lomo y la encuademación mantenían el libro sujeto, y leí con dificultad el número. ¿Estaba perdiendo vista? ¿Necesitaba gafas o simplemente era culpa de la luz débil? ¿No había cierta ironía en la idea de que un hombre no pudiese leer ya el listín telefónico al tratar de encontrar una amante? Moviendo la cabeza de arriba abajo como un pato descubrí que podía leer la guía, y encendí una cerilla para ver el número. La cerilla encendida se cayó de mis dedos y prendió fuego a la página. Soplé para apagarlo, pero eso sólo sirvió para avivar las llamas, y tuve que extinguirlas con las manos. Mi primer instinto fue mirar alrededor para ver si me habían visto, y así era, en efecto: descubrí a un hombre alto y delgado que llevaba un impermeable azul transparente y una funda de plástico para el sombrero. Su presencia me sobresaltó. Parecía personificar algo, la conciencia, la maldad; volví a la oficina y jamás hice la llamada.

Esa noche, mientras fregaba los platos, oí que Zena me hablaba desde la puerta de la cocina. Me volví y la vi allí de pie, con mi navaja en la mano. (Tengo una barba muy espesa y me afeito con navaja.)

— Más vale que no dejes por ahí estas cosas —gritó—. Si supieras lo que te conviene, no dejarías estas cosas tiradas por ahí. Hay cantidad de mujeres en el mundo que te cortarían en pedacitos si hubieran tenido que soportar lo que yo...

No me asusté. ¿Qué sentí? No lo sé. Desconcierto, un desconcierto abrumador, y cierta extraña ternura por la pobre Zena.

Ella subió y yo seguí fregando y preguntándome si en el vecindario donde vivo son corrientes las escenas de este tipo. Pero Dios, oh, Dios mío, cuan ardientemente deseaba un poco de amor, de suavidad, de buen trato, de humor, de dulzura y de amabilidad. Al terminar de fregar salí de casa por la puerta de atrás. En la oscuridad, Livermore estaba tiñendo las manchas marrones de su césped con una pistola de agua. Kovacs estaba cocinando dos gallinas. Yo no he inventado este mundo, con todas sus paradojas, pero nunca he tenido la suerte de viajar, y como quizá todo lo que vea en la vida sean patios así, contemplé la escena (incluso la inscripción PELIGRO, HOMBRES COCINANDO) con interés y amor. Había música en el aire (siempre la hay), y eso acrecentó mi deseo de ver a una mujer hermosa. Entonces se alzó un viento repentino, un viento de lluvia, y el olor de un bosque profundo, aun cuando no hay bosques en esta parte del mundo, se esparció entre los céspedes. El aroma me excitó, y recordé lo que significa sentirse joven y dichoso, llevar un suéter y pantalones de algodón limpios y recorrer los frescos corredores de la casa donde me crié y donde, en verano, las hojas pendían sobre todas las puertas y las ventanas abiertas formando una densa cortina de color verde y oro. No rememoré mi juventud: me pareció que la recobraba. Incluso algo más, pues, dado que uno es más corriente con respecto al pasado, no sólo estimé, sino que poseí los audaces privilegios de ser joven. El televisor de los Livermore difundía la música de un vals. La melodía era tan grácil y melancólica que seguramente se trataba de un anuncio de desodorantes, fajas o maquinillas de afeitar para mujeres. Entonces, cuando cesó la música —el aroma del bosque seguía siendo intenso en la atmósfera—, vi que ella subía por el césped y caía en mis brazos.

Se llamaba Olga. No puedo cambiar su nombre, como tampoco puedo modificar sus restantes atributos. No era más que un ocioso ensueño, lo sé. Nunca me he engañado al respecto. He imaginado que gano el partido de tenis cotidiano, conquistó el Matterhorn y viajo a Europa en camarote de

primera, y me figuro que imaginé a Olga movido por la misma necesidad de evasión o afecto, pero, a diferencia de todos mis demás ensueños, ella se presentó con un expediente de los hechos. Era hermosa, desde luego. ¿Quién, en similares circunstancias, inventaría una bruja, una arpía? Tenía los cabellos lacios, fragantes y oscuros. Aunque apenas pude distinguir sus rasgos en la penumbra, vi que su cara era oval y su piel aceitunada. Acababa de llegar en tren de California. No venía a ayudarme, sino a solicitar mi ayuda. Necesitaba que la protegieran de su esposo, que amenazaba con seguirla. Necesitaba amor, fortaleza y consejo. La estreché en mis brazos, gozando de la gracia y el calor de su presencia. Lloró al hablar de su marido, y supe cómo era. Puedo verlo ahora. Era un sargento del ejército. Unos forúnculos le habían dejado cicatrices en su grueso cuello. Tenía el rostro colorado; el pelo rubio. Ostentaba una doble fila de condecoraciones de campaña en su ajustado uniforme. El aliento le olía a whisky de centeno y a pasta de dientes. Yo estaba tan embelesado por su compañía, su dependencia, que me pregunté —no en serio, naturalmente— si no me estaría perdiendo una oportunidad de oro. ¿Acaso Livermore, que teñía el césped, tenía una amiga tan bella como la mía? ¿Y Kovacs? ¿Compartíamos tan íntimamente nuestra decepción? ¿Existía en el universo cierta escondida clemencia y equilibrio de forma que nuestras necesidades quedaban siempre satisfechas? Empezó a llover. Ya era hora de que ella se marchara, pero tardamos una larga y dulce hora en despedirnos, y cuando entré en la cocina estaba calado hasta los huesos.

El miércoles por la noche siempre llevo a mi mujer al restaurante chino del pueblo y luego vamos al cine. Pedimos el menú familiar para dos, pero ella se lo come casi todo. Zena es comilona. Estira la mano por encima de la mesa y se apodera del rollo imperial, se sirve el pato asado entero, me quita las galletas de la suerte y después de exhalar un profundo suspiro dice: «Bueno, realmente te has hartado.» Los miércoles siempre tomo un almuerzo fuerte en la ciudad para no tener hambre por la noche. Como hígado de ternera con tocino o algo parecido para atiborrarme.

Apenas entré en el restaurante aquella noche, pensé que vería a Olga. Ignoraba que ella volvería, no había vuelto a pensar en ello, pero ya que en mis sueños me he visto muchas veces en la cima del Matterhorn, ¿cómo no habría de reaparecer Olga? Me sentía feliz e ilusionado. Me alegré de haberme puesto el traje nuevo y de haberme acordado de cortarme el pelo. Quería que ella me viese en plenitud, y deseaba verla a una luz más esplendorosa que la de la noche lluviosa en que se me apareció por primera vez. Reparé en que el Muzak estaba tocando el mismo vals grácil y melancólico que había oído en la televisión de los Livermore, y pensé que quizá no se tratase más que de una ilusión de la música, un simple giro de la memoria, que me había engañado, del mismo modo que el olor de la lluvia me había inducido a pensar que volvía a ser joven.

Olga no existía. No tuve consuelo. Me sentí desesperado, abrumado, desolado. Advertí que Zena chasqueaba los labios y me dirigía una mirada retadora, como si me desafiara a tocar las gambas *foo-yong*. Pero yo quería a Olga, y la fuerza de mi necesidad pareció restablecer su realidad. ¿Cómo podía ser irreal algo que deseaba tan ardientemente? La música no pasaba de ser una coincidencia. Me erguí de nuevo alegremente y miré en derredor, confiando en que ella vendría en cualquier momento, pero no se presentó.

No creí que estuviese en el cine —sabía que no le gustaba—, pero seguí con el presentimiento de que iba a verla esa noche. No me engañaba a mí mismo, quiero que quede bien claro: sabía que ella era irreal, y no obstante parecía poseer cierta puntualidad, cierto orden, un horario de compromisos, y por encima de todo, yo la necesitaba. Cuando mi mujer se acostó, me senté a leer el periódico en el

borde de la bañera. A Zena no le gusta que me sienta en la cocina o en el cuarto de estar, y por eso leo en el cuarto de baño, que tiene muy buena luz. Estaba leyendo cuando entró Olga. No había música de vals, lluvia ni nada que pudiese explicar su presencia, salvo mi soledad.

— Oh, cariño —dije—, creí que nos veríamos en el restaurante.

Ella dijo algo respecto a que no quería que mi mujer la viese. Luego se sentó a mi lado, la abracé y hablamos de sus proyectos. Estaba buscando un apartamento. De momento vivía en un hotel barato, y tenía problemas para encontrar trabajo.

— Qué lástima que no sepas taquigrafía ni escribir a máquina —recuerdo que le dije—. Podría merecer la pena que fueras a una academia... Miraré a ver si puedo encontrarte algo. A veces necesitan recepcionistas... Podrías hacer eso, ¿no? No permitiré que trabajes de encargada del guardarropa o de camarera en un restaurante. No, no te dejaré. Prefiero pagarte un sueldo hasta que surja algo mejor...

Mi mujer abrió de golpe la puerta del cuarto de baño. Los bigudís de las mujeres, como el tinte para la hierba y los letreros grotescos, tan sólo me recuerdan que debemos encontrar temas para comentar más serios y agradables; no diré sino que mi mujer usa tantos y tan belicosos bigudís que quien pretenda cortejarla acabará perdiendo un ojo.

— ¡Estás hablando solo! —bramó—. Te está oyendo todo el vecindario. Van a creer que estás loco. Y me has despertado. Me has interrumpido un sueño profundo, y ya sabes que si pierdo el primer sueño no consigo volver a dormirme.

Se dirigió al botiquín y cogió un somnífero.

— Si quieres hablar solo —dijo—, sube al desván.

Regresó a su dormitorio y cerró la puerta con llave.

Pocas noches después, cuando estaba preparando unas hamburguesas en el patio de atrás, vi lo que me parecieron unas nubes de lluvia que se alzaban al sur. Pensé que era un buen augurio. Quería noticias de Olga. Después de fregar salí al porche trasero y aguardé. En realidad, no es un porche, sino una pequeña plataforma de madera con cuatro peldaños, encima del cubo de basura. Livermore estaba en su porche y Kovacs en el suyo, y me pregunté si estarían esperando a una quimera, lo mismo que yo. Si, por ejemplo, me acercaba a Livermore y le preguntaba si era rubia o morena, ¿me comprendería? Durante un minuto experimenté un tremendo anhelo de confiarme a alguien. Entonces empezó a sonar el vals, y en el preciso instante en que la música se desvanecía, ella subió corriendo los peldaños.

¡Oh, qué feliz estaba esa noche! Tenía trabajo. Ya lo sabía, puesto que yo se lo había buscado. Trabajaba de recepcionista en el mismo edificio que yo. Lo que yo ignoraba es que también había encontrado un apartamento; bueno, no un apartamento, sino una habitación amueblada con cocina y baño independiente. Le venía muy bien, porque tenía todos sus muebles en California. ¿Iría a ver su apartamento? ¿Ahora mismo? Cogríamos uno de los últimos trenes y dormiríamos allí. Dije que sí, pero que primero tenía que entrar en casa y ver si los niños se encontraban bien. Subí al dormitorio de

los críos. Estaban dormidos. Zena ya se había encerrado en su habitación. Fui al cuarto de baño a lavarme las manos y encontré en el lavabo una nota escrita por Betty-Ann, mi hija mayor: «Querido papá, no nos abandones.»

Esta convergencia de la realidad y la irrealidad carecía de sentido. Los niños no sabían nada de mi alucinación. Para sus ojos claros, el porche estaba vacío. La nota sólo debía de expresar su ineludible conciencia de mi infelicidad. Pero Olga aguardaba en el porche de atrás. Me pareció sentir su impaciencia, ver el modo en que columpiaba sus largas piernas, consultaba su reloj de pulsera (regalo del día en que se graduó) y fumaba un cigarrillo, y sin embargo, la súplica de mis hijos me mantenía clavado en mi casa. No podía moverme. Recordé un desfile celebrado no hacía mucho en el pueblo, al que asistí con mi hijo pequeño. Era el desfile anual de alguna fraternidad de provincias. Había dos bandas uniformadas y media docena de grupos de la fraternidad en cuestión. Los que desfilaban, la hermandad, parecían ser, sobre todo, simples trabajadores, empleados de correos y barberos, supongo. El tiempo no podría explicar mi actitud, puesto que recuerdo claramente que hacía bueno y fresco, pero el desfile me causó un efecto tan sombrío como si lo hubiera estado contemplando desde lo alto de un patíbulo. Vi en las filas rostros estragados por la bebida, arrasados por el trabajo, consumidos por las preocupaciones e invariablemente sellados por el desencanto, como si el desfile tuviese por objeto demostrar que la vida es un compromiso abrumador. La música era estrepitosa, pero las caras y los cuerpos eran los de hombres comprometidos, y recuerdo que me puse en pie y miré atentamente a la última de las filas en busca de una persona cuyos rasgos claros disiparan mis amargas reflexiones. No encontré ninguna. Sentado en el cuarto de baño, me pareció que me sumaba al desfile. Por primera vez en mi vida experimenté lo que todos ellos debían de haber conocido: la tortura, el desgarramiento entre el deseo de escapar y la sensación de tener el corazón encadenado por una súplica. Corrí abajo, pero Olga ya se había ido. Ninguna mujer bonita espera mucho tiempo a nadie. Aunque ella fuera un ente de ficción, yo era incapaz de hacer que volviese, del mismo modo que no podía cambiar el hecho de que su reloj era un obsequio del día en que se graduó y de que su nombre era Olga.

No regresó durante una semana, a pesar de que Zena tenía un malhumor de mil diablos y al parecer existía cierta relación, algún nexo entre su intemperancia y mi capacidad de invocar a un fantasma. Todas las noches, a las ocho, la televisión de los Livermore difundía el grácil y melancólico vals, y yo lo oía fuera. Transcurrieron diez días antes de que volviese. Kovacs estaba cocinando. Livermore teñía la hierba. La música empezaba justamente a apagarse cuando ella apareció. Algo había cambiado. Vino con la cabeza gacha. ¿Qué había pasado? En cuanto subió la escalera, vi que había bebido. Estaba borracha. Se echó a llorar apenas la estreché en mis brazos. Acaricié su pelo suave y oscuro, y me sentí perfectamente feliz porque podía consolarla y protegerla, pasara lo que pasase. Me lo contó todo: había salido con un hombre de la oficina, él se había emborrachado y la había seducido. Avergonzada de sí misma, no se atrevió a acudir al trabajo a la mañana siguiente, y estuvo cierto tiempo en un bar. Luego, medio borracha, se había presentado en la oficina para enfrentarse con su seductor, y se produjo una escandalosa escena en el curso de la cual fue despedida. Me dijo que era a mí a quien había traicionado. No pensaba en sí misma. Yo le había dado la oportunidad de emprender una nueva vida y ella me había fallado. Me sorprendí sonriendo fatuamente al comprobar la magnitud de su dependencia, el ardor con que se aferraba a mí. Le dije que todo se arreglaría, que le buscaría otro trabajo y le pagaría el alquiler mientras tanto. La perdoné y ella me prometió volver la noche siguiente.

Esa noche me precipité al porche: estuve allí desde mucho antes de las ocho, pero no vino. Era irreflexiva. Yo no lo ignoraba. No era capaz de defraudarme adrede. Debía de estar de nuevo en

apuros, pero ¿cómo ayudarla? ¿Cómo ponerme en contacto con ella? Yo conocía la dirección de su casa. Conocía sus olores y sus luces, la reproducción de un Van Gogh y las quemaduras de cigarrillos en la mesa del fondo, pero de todas formas la habitación no existía, y por tanto, no podía ir allí. Pensé en buscarla por los bares de las inmediaciones, pero todavía no había llegado a ese extremo de demencia. La esperé de nuevo a la noche siguiente. Me inquieté, pero no me enfurecí al ver que no venía, puesto que en definitiva no era más que una chiquilla indefensa. Al otro día llovió, y supe que no vendría porque no tenía impermeable. Me lo había dicho ella. Al día siguiente fue sábado y presumí que tal vez lo dejase para el lunes, ya que los horarios de trenes y autobuses son muy irregulares durante el fin de semana. Esto me pareció sensato, pero estaba tan convencido de que regresaría el lunes que cuando no lo hizo me sentí terriblemente decepcionado y perdido. Volvió a aparecer el jueves, a la misma hora; oí el grácil vals de siempre. A pesar de la longitud del patio, mucho antes de que llegase al porche advertí que se tambaleaba. Iba despeinada, llevaba el vestido roto y le faltaba el reloj. No sé por qué, la interrogué acerca de este último, pero no logró recordar dónde lo había dejado. La estreché entre mis brazos y me contó lo que había sucedido. Su seductor había vuelto a su casa. Ella lo había dejado entrar; le había permitido que se instalase allí. Se quedó tres días y luego dio una fiesta con unos amigos suyos. La fiesta duró hasta tarde y fue muy ruidosa; la propietaria llamó a la policía, que hizo una redada y metió a Olga en la cárcel, acusada de utilizar su apartamento con fines inmorales. Estuvo tres días en el centro de detención para mujeres hasta que se examinó su caso. Un juez bondadoso postergó la sentencia. Ahora volvía a California a reunirse de nuevo con su marido. Ella no era mucho mejor que él, insistió tenazmente; ambos eran parecidos. Él le había enviado un giro telegráfico e iba a marcharse en el tren de la noche. Traté de persuadirla de que se quedase y emprendiera una nueva vida. Yo seguiría ayudándola gustoso; me haría cargo de ella incondicionalmente. La sacudí por los hombros, lo recuerdo. Me acuerdo asimismo de que grité: «¡No puedes marcharte! ¡No puedes! Eres lo único que tengo. Si te vas, quedará demostrado que incluso las más transparentes invenciones de mi imaginación están supeditadas a la lascivia y la edad. ¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme solo!»

— Deja de hablar solo —me gritó mi mujer desde el cuarto de la televisión, y en aquel momento se me ocurrió lo siguiente: puesto que había creado a Olga, ¿no podría inventar a otras, rubias de ojos negros, pelirrojas vivarachas de piel marmórea, morenas lánguidas, bailarinas, cantantes, amas de casa solitarias? Mujeres altas, bajas, tristes, mujeres cuyo pelo bruñido les cae hasta la cintura, bellezas de ojos achinados, bizcos, violetas, bellezas de toda condición y edad podrían ser mías. La marcha de Olga ¿no significaría acaso sitio libre para otra?

Las casas junto al mar

Todos los años alquilamos una casa al borde del mar y nos ponemos en camino al principio del verano —con el perro y el gato, los niños y la cocinera— para llegar poco antes de caer la noche a un lugar que nos es completamente desconocido. El viaje al mar tiene unos atractivos que se han hecho ya tradicionales porque lo venimos repitiendo desde hace muchos años, pero nunca desaparece el sentimiento de que somos, como siempre nos ha parecido serlo en nuestros sueños, emigrantes o vagabundos: viajeros, por lo menos, con la sensibilidad a flor de piel que caracteriza al viajero. Nunca me adelanto para investigar cómo son las casas que alquilo, y tanto el castillo de madera con una torre como el caserón o el chalet de Staffordshire cubierto de rosas o la mansión sureña se nos aparecen, iluminados por los últimos vestigios de luz procedente del mar, con el enorme atractivo de lo desconocido. Hay que conseguir unas llaves herrumbrosas en la casa de al lado. Entonces se abre la puerta y se entra en un vestíbulo oscuro o claro, dispuestos a empezar las vacaciones: un mes que promete estar libre de problemas. Pero tan fuerte, o quizá aún más fuerte que este agradable sentimiento de punto de partida, es el de haber ido a caer en medio de la vida de otra persona. Siempre trato con corredores de fincas, y nunca he llegado a conocer a las personas que nos alquilan las casas, pero su habilidad para dejar tras de sí una sensación de presencia física y emocional es asombrosa. Nuestros problemas no están escritos, desde luego, ni en el aire ni en el agua, pero sí mantienen una estrecha relación con los arañazos en los zócalos, con los olores y con nuestras preferencias en muebles y en cuadros; y las diferencias ambientales que encontramos al entrar en esas casas alquiladas son tan pronunciadas como los cambios del tiempo en la playa. A veces encontramos en el largo corredor una afabilidad, una pureza y una sinceridad de sentimientos a las que todos respondemos de inmediato. Alguien ha sido enormemente feliz allí, y nosotros alquilamos su felicidad, además de su playa y de su bote. Algunas veces, el ambiente de la casa parece misterioso, y sigue siéndolo hasta que nos marchamos en agosto. ¿Quién es la señora del retrato que está en el descansillo del primer piso?, nos preguntamos. ¿De quién serán las escafandras de buzo, o las obras completas de Virginia Woolf? ¿Quién escondió el ejemplar de *Fanny Hill* en el armario de la porcelana, quién tocaba la cítara, quién dormía en la cuna, y quién fue la mujer que pintó con esmalte rojo las uñas de las patas terminadas en garras sobre las que descansa la bañera? ¿Qué significado tuvo ese momento en su vida?

El perro y los niños se van corriendo a la playa, y nosotros empezamos a instalarnos, paseándonos, al parecer, por entre las densas historias de personas desconocidas. ¿Quién era el dueño de los *leder-hosen*, quién derramó tinta (o sangre) sobre la alfombra, quién rompió la ventana de la despensa? Y ¿qué hacer con las estanterías del dormitorio, repletas de libros como *Felicidad matrimonial*, una *Guía ilustrada de la felicidad sexual en el matrimonio*, *El derecho a la felicidad sexual*, y una *Guía para la felicidad sexual de la pareja*? Pero del otro lado de las ventanas se oye el rítmico golpeteo del mar, que hace estremecerse la escarpada colina sobre la que se alza la casa, y envía sus vibraciones a través de la madera y el yeso, y al final, todos bajamos a la playa —a eso hemos venido, después de todo—, y la casa alquilada sobre la colina, en la que brillan ahora nuestras luces, es una de esas imágenes que han conservado su atractivo y su valor. Pescando entre bosques en primavera, al pisar una mata de menta silvestre nos llega una fragancia que es como la esencia de aquel día. En otra ocasión, paseando por el Palatino, cansados de las antigüedades y de la vida en general, vemos a un búho que emprende el vuelo desde las ruinas del palacio de Septimio Severo y,

como por ensalmo, el día y la ciudad ruidosa y caótica se llenan de sentido. Estando en la cama, al dar una calada a nuestro cigarrillo, el rojo resplandor ilumina un brazo, un pecho y una cadera a cuyo alrededor parece girar el universo. Esas imágenes son como las cenizas de nuestros mejores sentimientos y, de pie en la playa, durante esa primera hora de las vacaciones, parece como si pudiéramos volver a convertirlas en fuego chisporroteante. Cuando ya es de noche, preparamos unos cócteles, mandamos a los niños a la cama, y hacemos el amor en una habitación desconocida que huele al jabón de otra persona: ritos, todos ellos, encaminados a exorcizar a los propietarios y a asegurar nuestra posesión de la casa. Pero en mitad de la noche la puerta de la terraza se abre con estrépito, aunque se diría que no corre ni una brizna de viento, y mi mujer dice, medio dormida:

—¿Por qué han vuelto? ¿Por qué han vuelto? ¿Qué se les ha perdido?

Broadmere es la casa alquilada que recuerdo con más claridad, y sé que llegamos allí a la hora de costumbre. Era un edificio grande, de color blanco, y se alzaba sobre una colina orientada hacia el mediodía, hacia mar abierto. Me dio la llave una anciana señora del sur que vivía enfrente; la puerta daba a un vestíbulo con una escalera circular. Los propietarios, de apellido Greenwood, parecían haberse marchado aquel mismo día, incluso podían haberse ido tan sólo unos minutos antes. Había flores en los jarrones, colillas en los ceniceros, y un vaso sucio sobre la mesa. Después de subir el equipaje, mandamos a los niños a la playa y yo me quedé de pie en el cuarto de estar esperando a que mi mujer viniera a reunirse conmigo. La agitación, el choque producido por la repentina desaparición de los Greenwood, parecía aún suspendida en el aire. Tuve la certeza de que se habían ido precipitadamente y de mala gana, y que no les apetecía alquilar la casa. La habitación donde me encontraba tenía un mirador que daba sobre el mar, pero con la luz del crepúsculo aquel sitio resultaba triste y me pareció deprimente. Encendí una lámpara, pero la bombilla arrojaba una luz mortecina, y pensé que el señor Greenwood debía de ser un hombre tacaño. Pero fuera como fuese, sentía su presencia como una fuerza poco común. En una de las estanterías para libros descubrí un pequeño trofeo de navegación a vela ganado diez años antes. Los libros eran en su mayor parte obras seleccionadas por un club de lectores. Saqué del estante una biografía de la reina Victoria, pero tenía esa peculiar rigidez de los libros sin usar, y creo que no lo había leído nadie. Detrás estaba escondida una botella de whisky, vacía. Los muebles parecían sólidos y de buen gusto, pero yo no me sentía ni contento ni cómodo en aquella habitación. Había un piano vertical en una esquina; toqué unas escalas para ver si estaba afinado (no lo estaba), y levanté la tapa del taburete en busca de alguna partitura. Encontré unas cuantas, y otras dos botellas vacías. ¿Por qué no se las había llevado como hacemos los demás? ¿Era un caso de alcoholismo oculto? ¿Explicaba aquello la tristeza de la habitación? ¿Habría aprendido a quitarle el tapón a la botella sin hacer ruido y, lo que es aún más difícil, a inclinar el vaso y la botella hasta conseguir que el whisky cayera en silencio? Mi mujer apareció con una maleta vacía que yo me encargué de subir al ático. Aquella parte de la casa estaba ordenada y limpia. Todas las herramientas y los botes de pintura tenían etiquetas y se hallaban en sus sitios correspondientes, y aquel orden, en contraste con la sala de estar, transmitía una atmósfera de honradez y seriedad. El señor Greenwood debía de haber pasado mucho tiempo en el ático, pensé. Se hacía de noche y me reuní en la playa con mi mujer y con mis hijos.

El mar estaba agitado, y la larga línea blanca de espuma en el sitio donde rompían las olas se prolongaba, como una arteria, por toda la extensión de la playa que me era posible ver. Mi mujer y yo permanecemos de pie, abrazados, porque ¿no es cierto que todos bajamos al mar como enamorados? ¿No les pasa lo mismo a la muchacha bonita con su bañador de premamá y a su rubio marido, a las

parejas de ancianos que se mojan las piernas nudosas, a los jóvenes atléticos y a las muchachas que contemplan el océano y aspiran su perfume en espera de alguna aventura romántica, maravillosa y exaltante? Cuando ya se había hecho completamente de noche y era hora de irse a la cama, le conté un cuento a mi hijo pequeño. Dormía en una agradable habitación orientada hacia el este, y el resplandor de un faro lo iluminaba periódicamente. Luego noté algo en el zócalo de la esquina —un hilo o una araña, pensé—, y me arrodillé para ver de qué se trataba. Alguien había escrito con letra pequeña: «Mi padre es un bicho. Repito: mi padre es un bicho.» Besé a mi hijo mientras le daba las buenas noches y nos fuimos todos a dormir.

El domingo hacía un tiempo espléndido, y me desperté de muy buen humor, pero al dar un paseo por los alrededores después del desayuno, me encontré otro depósito de botellas de whisky escondidas detrás de un tejo y sentí la misma tristeza —casi desesperación— que había experimentado en la sala de estar. El señor Greenwood me preocupaba y despertaba mi curiosidad. Sus problemas parecían insuperables. Pensé ir al pueblo e informarme acerca de él, pero ese tipo de curiosidad me parece indecente. Aquel mismo día encontré una fotografía suya en un cajón del armario ropero. El cristal que la cubría estaba roto. El señor Greenwood llevaba el uniforme de comandante de las fuerzas aéreas, y tenía un rostro alargado y romántico. Me agradó que fuera bien parecido, como me había agradado su trofeo deportivo, pero aquellos dos puntos positivos no bastaban para salvar a la casa de la tristeza. No me gustaba aquel sitio, y eso parecía influir sobre mi estado de ánimo. Más adelante, durante el día, traté de enseñar a mi hijo mayor cómo lanzar el anzuelo sobre las olas, pero el sedal se le enredaba continuamente, el carrete se le llenó de arena, y acabamos discutiendo. Después de almorzar fuimos hasta el embarcadero donde estaba atracado el balandro que habíamos alquilado junto con la casa. Cuando preguntamos por él, el encargado se echó a reír: nadie lo había utilizado desde hacía cinco años y estaba cayéndose a pedazos. Era una sorpresa muy desagradable, pero no me enfadé con el señor Greenwood porque fuera un mentiroso, que sí que lo era: pensé en él comparativamente, considerándolo un hombre que se había visto forzado a echar mano de aquellos incómodos recursos al encontrarse con unos ingresos que disminuían rápidamente. Aquella noche, mientras leía uno de sus libros en la sala de estar, noté que los cojines del sofá apenas cedían bajo mi peso. Al mirar debajo, encontré tres ejemplares de una revista dedicada a los baños de sol. Las ilustraciones eran todas de hombres y mujeres que sólo llevaban puestos los zapatos. Llevé las revistas al hogar de la chimenea y les apliqué una cerilla encendida, pero el papel era satinado y ardieron muy lentamente. ¿Por qué me enfado tanto?, me preguntaba. ¿Por qué me sentía tan afectado por la imagen de aquel hombre borracho y solitario? El descansillo del piso de arriba olía mal; quizá el responsable fuera un gato poco limpio o un desagüe obstruido, pero a mí me pareció algo así como el poso, como la esencia de una pelea muy encarnizada. Dormí muy mal aquella noche.

El lunes llovió. Los niños se entretuvieron por la mañana haciendo galletas. Yo estuve paseando por la playa. Aquella tarde visitamos el museo local, donde había un pavo real disecado, un casco alemán de principios de siglo, un abundante surtido de trozos de metralla, una colección de mariposas y varias fotografías antiguas. Se oía el ruido de la lluvia sobre el techo del museo. Aquella noche tuve un sueño muy extraño. Soñé que iba a Nápoles en el *Cristoforo Colombo*, y que compartía un camarote de tercera clase con un anciano que no aparecía nunca, pero cuyo equipaje se amontonaba sobre la litera inferior. Había un grasiento sombrero de fieltro, un paraguas muy estropeado, una novela barata y un frasco de píldoras laxantes. Yo necesitaba beber. No soy un alcohólico, pero en mi sueño experimentaba todos los padecimientos físicos y emocionales de una persona que lo fuera. Me dirigía al bar. Estaba cerrado. El barman no se había marchado aún, ocupado en cerrar la caja registradora, y todas las botellas estaban forradas con tela de estopa. Le rogué que abriera el bar, pero dijo que se había pasado las últimas diez horas limpiando camarotes y que se iba a la cama. Le

pregunté si no podía venderme una botella y dijo que no. Entonces —el barman era italiano— le expliqué tímidamente que la botella no era para mí, sino para mi hijita. Su actitud cambió en el acto. Si era para mi hija, se sentiría feliz proporcionándome una botella, pero tenía que ser muy bonita, y después de buscar por todo el bar volvió con una en forma de cisne, llena de un licor cremoso. Le dije que a mi hija no le gustaría, que lo que ella quería era ginebra, y finalmente me entregó una botella de ginebra y me cobró diez mil liras. Al despertar me pareció que había tenido uno de los sueños del señor Greenwood.

El miércoles recibimos nuestra primera visita. Era la señora Whiteside, la dama sureña que nos entregó la llave. Llamó a la puerta a las cinco y nos regaló una caja de fresas. Su hija, Mary-Lee, una chica de unos doce años, venía con ella. La señora Whiteside era una mujer extraordinariamente correcta, pero a Mary-Lee se le había ido la mano en su arreglo personal. Se había depilado las cejas, llevaba los párpados pintados, y en el resto de su cara también abundaba el colorido. Supuse que no tenía otra cosa que hacer. Invité a pasar a la señora Whiteside con la mayor cordialidad de la que fui capaz, ya que deseaba obtener toda la información posible acerca de los Greenwood.

— ¿No le parece muy hermosa esta escalera? —preguntó al entrar en el vestíbulo—. La construyeron pensando en la boda de su hija. Dolores no tenía entonces más que cuatro años, pero les gustaba imaginar que se detendría junto a la ventana, vestida de blanco, y echaría las flores a sus damas de honor. —Hice una inclinación de cabeza, invitándola a entrar en el cuarto de estar, y le ofrecí una copa de jerez—. Estamos muy contentas de tenerlo a usted aquí, señor Ogden —dijo ella—. Es maravilloso que haya otra vez niños corriendo por la playa. Pero también es de justicia decir que echamos de menos a los Greenwood. Son unas personas muy simpáticas y nunca habían alquilado la casa. Es el primer verano que no están en la playa. Al señor Greenwood le gusta mucho Broadmere. Es su orgullo y su alegría. No me imagino qué hará lejos de aquí.

Si los Greenwood eran tan encantadores, ¿quién podía ser el alcohólico que escondía las botellas?

— ¿A qué se dedica el señor Greenwood? —quise saber, y para suavizar lo directo de mi pregunta, crucé el cuarto y volví a llenarle la copa.

— Tejidos sintéticos —dijo ella—, pero creo que está a la expectativa de algo más interesante.

Aquello podía ser un indicio, quizá un paso en la buena dirección.

— ¿Quiere usted decir que anda buscando trabajo? —pregunté en seguida.

— En realidad, no lo sé —replicó ella.

La señora Whiteside era una de esas mujeres de edad de las que quizá se diga que son tan tranquilas como las aguas bajo un puente, pero a mí me pareció de una sola pieza, poseedora de una de las lenguas afiladas de la comunidad, y capaz de destilar parte de su veneno. Se diría que sus múltiples y dolorosas desilusiones (su marido había muerto y andaba muy escasa de dinero) la habían apartado de la corriente de la vida hasta dejarla sentada en sus orillas, desde donde, sin perder un solo instante su melancólica actitud, se entretenía viendo cómo los demás nos precipitábamos hacia el mar. Lo que

trato de decir es que me pareció descubrir una vena de corrosiva amargura detrás de su voz melodiosa. En total se bebió cinco copas de jerez.

Estaba ya a punto de irse. Suspiró e hizo un gesto para incorporarse.

— Bien, me alegro de haber tenido esta oportunidad de darles la bienvenida —declaró—. ¡Es tan agradable que haya otra vez niños corriendo por la playa...!, y, aunque los Greenwood eran muy simpáticos, tenían sus dificultades. Digo que los echo de menos, pero no voy a decir que eche de menos sus peleas, y durante el último verano se peleaban todas las noches. ¡Las cosas que decía el señor Greenwood! Imagino que eran eso que suele llamarse dos personas incompatibles. —Movi6 los ojos en direcci6n a Mary-Lee para sugerir que podr6a habernos contado muchas m6s cosas—. Algunas veces me gusta trabajar en el jard6n al atardecer, cuando refresca, pero cuando los Greenwood se peleaban no pod6an salir de casa, y en ocasiones llegu6 incluso a cerrar las puertas y las ventanas. Supongo que no deber6a contarles todo esto, pero la verdad siempre acaba por saberse, ¿no es cierto? —Se levant6 y fue hasta el vest6bulo—. Como ya le he dicho, construyeron la escalera para la boda de su hija, pero la pobre Dolores tuvo que casarse con un mec6nico en el ayuntamiento durante el octavo mes de embarazo. Me alegro de tenerlos aqu6. Vamos, Mary-Lee.

Ya hab6a conseguido, hasta cierto punto, lo que quer6a. La se6ora Whiteside hab6a dado fe de la peculiar tristeza de la casa. Pero ¿por qu6 me emocionaba tanto el deseo de aquel pobre hombre de casar a su hija con toda felicidad? Me parec6a verlos de pie en el vest6bulo cuando terminaron la escalera. Dolores estar6a jugando en el suelo; los Greenwood, cogidos de la cintura, sonre6r6an ante la ventana abovedada, y ante el panorama de alegr6a, de bienestar y de duradera felicidad que les ofrec6a. Pero ¿qu6 hab6a sido de ellos, y por qu6 hab6a terminado en desastre un deseo tan simple?

A la ma6ana siguiente volvi6 a llover, y la cocinera anunci6 de repente que su hermana de Nueva York se estaba muriendo y que ten6a que volver a casa. Que yo supiera, no hab6a recibido ninguna carta ni llamada telef6nica, pero la llev6 al aeropuerto y la dej6 marchar. Volvi6 a Broadmere a rega6nadi6entes. Hab6a llegado a odiar aquel sitio. Encontr6 un ajedrez de pl6stico e intent6 ense6ar a jugar a mi hijo, pero el aprendizaje degener6 en pelea. Mis otros hijos estaban en la cama, leyendo tebeos. Me enfad6 con todo el mundo, y decid6 que, por su propio bien, era mejor que me volviera a Nueva York por uno o dos d6as. Le ment6 a mi mujer diciendo que ten6a un asunto urgente, y ella me llev6 al aeropuerto el viernes por la ma6ana. Era agradable estar en el aire y lejos de la tristeza de Broadmere. En Nueva York brillaba el sol y hac6a calor, ol6a a asfalto recalentado y se ten6a la sensaci6n de estar en pleno verano. Me qued6 en el despacho hasta 6ltima hora y luego hice un alto en un bar pr6ximo a la estaci6n Grand Central. Cuando llevaba all6 unos minutos entr6 el se6or Greenwood. Su aire rom6ntico se hab6a esfumado por completo, pero lo reconoc6 en seguida gracias a la fotograf6a que encontr6 en el armario ropero.

Pidi6 un martini y un vaso de agua; se bebi6 el agua inmediatamente, como si fuese a eso a lo que hab6a entrado.

Se advert6a nada m6s mirarlo que era uno m6s de esa legi6n de empleados fantasmales que deambulan por el centro de Manhattan so6ando con un nuevo empleo en Madrid, Dubl6n o Cleveland. Usaba brillantina para el pelo. Su rostro estaba tan encendido como el de un jugador de b6isbol o el de un jinete, aunque, por el temblor de sus manos, no costaba trabajo llegar a la conclusi6n de que el sonrojo era por culpa del alcohol. El barman lo conoc6a, y estuvo alg6n tiempo charlando con 6l, pero luego se dirigi6 a la caja, comenz6 a hacer sumas, y el se6or Greenwood se qued6 solo, acus6ndolo

inmediatamente. Se le notó en la cara. Sentía que se había quedado solo. Era tarde; todos los trenes expresos habían salido ya, y los demás iban apareciendo: me refiero a los demás fantasmas. Sólo Dios sabe de dónde viene y adonde va ese ejército de parásitos de aspecto próspero y correctamente vestidos que, a pesar de la atmósfera fraternal que llegan a crear, nunca soñarían con hablar entre sí. Todos tienen una botella escondida detrás de los volúmenes de un círculo de lectores y otra en el taburete del piano. Pensé en presentarme a Greenwood, pero en seguida abandoné la idea. Le había arrebatado su querida casa, y era inevitable que se mostrara hostil. Yo no podía reconstruir los incidentes de su autobiografía, pero sí imaginar el ambiente en que se habían producido y su influencia sobre él. Su padre habría muerto o habría abandonado a su madre cuando él era joven. No resulta difícil discernir la ausencia del padre entre las huellas que la vida deja en nuestros rostros. Lo educaron su madre y su tía, fue a la universidad estatal y se especializó —supuse— en técnicas mercantiles. Durante la guerra habría tenido a su cargo el abastecimiento de una cantina, y después las cosas nunca llegaron a enderezarse. Perdió a su hija, la casa, el amor de su mujer y hasta el interés por los negocios, pero ninguna de esas pérdidas bastaban para explicar su dolor y su desconcierto. La verdadera causa nunca llegaríamos a saberla ni él, ni yo, ni ninguno de nosotros. Eso es lo que hace que los bares junto a las estaciones de ferrocarril resulten tan misteriosos a esas horas.

—Oye, estúpido —le dijo al barman—. ¿Crees que tus muchas obligaciones te permitirán llenarme la copa de ambrosía?

Era la primera nota discordante, pero a partir de ahí todas serían más o menos por el estilo. El señor Greenwood llegaría a ponerse muy grosero. Flacos o gordos, alegres o malhumorados, jóvenes o viejos, es algo que les sucede a todos los fantasmas. Al final se arrastran hasta sus casas y acusan al conserje de ser un maleducado, riñen a sus mujeres por derrochadoras, sermonean a sus desconcertados hijos sobre su ingratitud y acaban durmiéndose en la cama del cuarto de huéspedes con los zapatos puestos. Pero no era esa imagen la que me preocupaba, sino figurármelo de pie en el vestíbulo recién estrenado, soñando con ver a su hija vestida de novia disponiéndose a bajar la escalera. No habíamos hablado, no lo conocía, sus problemas no eran los míos y, sin embargo, los sentía con tanta intensidad que no quise pasar la noche solo, y estuve con una mujer muy empalagosa que trabaja en nuestro despacho. Por la mañana tomé un avión para volver junto al mar, donde seguía lloviendo y donde encontré a mi mujer lavando platos. Yo tenía resaca y me sentía terriblemente depravado, culpable y sucio. Pensé que quizá me sintiera mejor si iba a nadar, y le pregunté a mi mujer por el bañador.

— Debe de andar por ahí, en algún sitio —dijo ella, de mal humor—. Está por ahí estorbando en alguna parte. Lo dejaste sobre la alfombra del dormitorio, y como aún estaba mojado lo colgué en la ducha.

— No está en la ducha —dije.

— Bueno, pues anda por ahí en algún sitio —insistió ella—. ¿Has mirado en la mesa del comedor?

— Escúchame un instante —le dije—. No sé por qué tienes que hablar de mi traje de baño como si hubiese estado zascandileando por la casa, bebiéndose el whisky, ventoseando y contando chistes verdes delante de señoras. Te pregunto sólo por un *inocente* bañador. —A continuación estornudé y estuve esperando a que dijera «Jesús» como hacía siempre, pero no dijo nada—. Y hay otra cosa que tampoco encuentro —añadí—: Mis pañuelos.

— Suénate con kleenex —replicó ella.

— No quiero sonarme con kleenex —contesté. Debí de levantar la voz, porque oí cómo la señora Whiteside le decía a Mary-Lee que entrara en la casa y procediera a cerrar una ventana acto seguido.

— ¡Santo cielo! ¡Qué insoportable estás esta mañana! —dijo mi mujer.

— Pues tú me resultas insoportable desde hace seis años —le respondí.

Tomé un taxi para ir al aeropuerto y volví a Nueva York a primera hora de la tarde. Llevábamos doce años casados y habíamos sido amantes durante dos más, lo que hacía un total de catorce años viviendo juntos. Nunca he vuelto a verla.

Esto lo escribo en otra casa a la orilla del mar y con otra esposa. Estoy sentado en una silla que no pertenece a ningún período definido ni es resultado de una concreta inspiración. Los almohadones huelen a rancio. El cenicero fue robado en el Excelsior de Roma. Mi vaso de whisky contuvo mermelada en otro tiempo. La mesa sobre la que escribo cojea de una pata. La luz de la lámpara es mortecina. Magda, mi mujer, se tiñe el pelo. Se lo tiñe de color naranja, y tiene que hacerlo una vez a la semana. Hay niebla, vivimos cerca de un canal señalizado con boyas de campana, y oigo tantos repiques como en cualquier pueblo con tradición religiosa en una mañana de domingo. Hay campanas de sonido agudo, otras graves, y otras que parecen sonar debajo del agua. Cuando Magda me pide que le lleve las gafas, salgo al porche sin apresurarme. Las luces de la casa, brillando entre la niebla, crean una ilusión de solidez, y tengo la impresión de ir a tropezar con un rayo de luz. La playa describe una curva, y veo las luces de otras casas donde la gente amontona una reserva de felicidad o de dolor que encontrarán los inquilinos que vengan en agosto o el verano que viene. ¿Estamos de verdad tan cerca los unos de los otros? ¿Es preciso que los extraños carguen con nuestros problemas? ¿Es tan ineludible nuestro sentido de la universalidad del sufrimiento?

—¡Las gafas! ¡Las gafas! —grita Magda—. ¿Cuántas veces tengo que pedirte que me las traigas?

Se las llevo, y cuando ha terminado de teñirse el pelo, nos vamos a la cama. En mitad de la noche se abren de pronto las puertas del porche, pero mi dulce esposa, la primera, no está aquí ya para preguntar: «¿Por qué han vuelto? ¿Qué es lo que han perdido?»

El ángel del puente

Quizá hayan visto ustedes a mi madre bailando un vals sobre la pista de hielo del Rockefeller Center. Tiene ahora setenta y ocho años, pero es delgada y vigorosa, y lleva un traje de terciopelo rojo con falda corta. También usa medias de color carne, gafas, una cinta encarnada para sujetarse el pelo blanco, y baila el vals con uno de los empleados de la pista de patinaje. No sé por qué me desconcierta tanto que baile el vals patinando sobre hielo, pero lo cierto es que así es. Siempre que está en mi mano procuro no acercarme a esa zona durante los meses de invierno, y nunca como en los restaurantes que hay junto a la pista. Una vez, cuando cruzaba por allí, un desconocido me cogió del brazo y, señalando a mi madre, dijo: «Mire esa vieja loca.» Fue una situación muy embarazosa. Supongo que debería felicitarle por el hecho de que se divierta sola y no sea una carga para mí, pero a decir verdad preferiría que hubiese elegido otra ocupación menos llamativa. Siempre que veo a simpáticas ancianas arreglando crisantemos y sirviendo el té, pienso en mi propia madre, vestida como las encargadas de los guardarropas de los night clubs, girando sobre el hielo de la mano de un asalariado en el centro de la tercera ciudad más poblada del mundo.

Mi madre aprendió patinaje artístico en St. Botolphs, un pueblecito de Nueva Inglaterra, de donde procede nuestra familia, y sus valsos son una manifestación más de su cariño por el pasado. Cuanto mayor se hace, más suspira por el mundo provinciano de su juventud, que está ya a punto de desaparecer. Es una mujer valiente, como pueden ustedes comprender, pero no le gusta cambiar. Un verano hice los arreglos necesarios para que viajara en avión a Toledo y visitase a algunos amigos. La llevé al aeropuerto de Newark. La sala de espera, con sus anuncios luminosos, su techo abovedado y las conmovedoras y penosas escenas de separación interpretadas con un tumultuoso fondo de música de tango lograron impresionarla negativamente. El aeropuerto no le pareció en absoluto interesante ni hermoso y, comparado con la estación de ferrocarril de St. Botolphs, era efectivamente un extraño escenario para representar la propia despedida. El vuelo se retrasó una hora, y nos quedamos en la sala de espera. Mi madre parecía cansada y vieja. Cuando llevábamos media hora aguardando, empezó a respirar con dificultad. Se puso una mano sobre el pecho y comenzó a jadear, como si experimentara un dolor muy intenso. El rostro se le enrojeció, cubriéndosele, además, de manchas. Fingí no darme cuenta. Al anunciarse el vuelo, mi madre se puso en pie y exclamó: «¡Quiero irme a casa! Si he de morirme de repente, no quiero hacerlo en una máquina voladora.» Me devolvieron el dinero del billete y la llevé de nuevo a su apartamento; después, nunca he hablado de este ataque ni con ella ni con nadie, pero su miedo caprichoso, o quizá neurótico, a morir en un accidente de aviación me hizo comprender por vez primera cómo, a medida que pasaba el tiempo, había más rocas y leones invisibles en su camino, y cómo las sendas que tomaba eran más extrañas a medida que el mundo parecía cambiar de referencia, haciéndose, por tanto, menos comprensible.

En la época de la que estoy hablando yo mismo me veía obligado a volar con mucha frecuencia. Tenía negocios en Roma, en Nueva York, en San Francisco y en Los Ángeles; a veces visitaba todas esas ciudades en el espacio de un mes. Me gustaba volar. Me gustaba el cielo incandescente en las alturas. Me gustaban los vuelos hacia el este en los que se puede ver desde la ventanilla cómo el borde de la noche se mueve sobre el continente y en los que, cuando son las cuatro en punto según el horario californiano, las amas de casa de Garden City friegan los platos de la cena y

las azafatas distribuyen una segunda ronda de bebidas. Al final del vuelo, el aire se ha enrarecido. Todo el mundo está cansado. Los bordados en oro de la tapicería arañan la mejilla y aparece un momentáneo sentimiento de desamparo, una malhumorada e infantil sensación de distanciamiento. Se encuentran buenos compañeros en los aviones, por supuesto, y también pelmazos, pero la mayoría de los encargos que tenemos que llevar a cabo volando a grandes alturas son más bien humildes y a ras de tierra. Esa anciana que sobrevuela el Polo Norte lleva un tarro de gelatina de pezuñas de ternera a una hermana suya que vive en París, y el hombre que se sienta a su lado vende plantillas de imitación de cuero. Volando hacia el oeste en una noche oscura —después de atravesar la Divisoria Continental, pero todavía una hora antes de Los Ángeles, cuando aún no habíamos comenzado a descender, y estábamos a una altura en la que se pierde por completo el sentido de la distancia que nos separa de las casas, de las ciudades y de las gentes que se hallan debajo de nosotros—, vi una formación, un trazo de luz como de lámparas encendidas a lo largo de una orilla. No había ninguna playa en aquella parte del mundo, y comprendí que nunca sabría si se trataba del límite del desierto, o si era algún espejismo o una montaña lo que explicaba aquella curva de luz, pero con la oscuridad reinante —y a aquella velocidad y altura—, parecía algo así como la aparición de un nuevo mundo, una cortés insinuación de que yo era un ser anticuado, de que mi tiempo vital tocaba a su fin, y de mi incapacidad para entender cosas que veo con mucha frecuencia. Era un sentimiento agradable, completamente desprovisto de amargura; el sentimiento de haber encontrado por casualidad un camino que quizá mis hijos logran recorrer hasta el final.

Como ya he dicho, me gusta volar, y no padezco ninguna de las angustias de mi madre. Mi hermano mayor —su preferido— heredó su determinación, su testarudez, su mesa de plata y algunas de sus peculiaridades. Una tarde, mi hermano —llevaba un año sin verlo— llamó para preguntarme si podía venir a cenar a casa. Lo invité con mucho gusto. Vivimos en el piso once de un edificio de apartamentos, y a las siete y media me llamó desde el portal y me pidió que bajara. Pensé que tendría algo confidencial que decirme, pero cuando nos reunimos en la entrada se dirigió al ascensor y empezamos a subir. En cuanto las puertas se cerraron, observé en él los mismos síntomas de miedo que había visto en mi madre. La frente se le empapó de sudor y empezó a jadear como un corredor en pleno esfuerzo.

— ¿Qué demonios te pasa? —le pregunté.

— Me dan miedo los ascensores —me respondió con tono compungido.

— Pero ¿qué es lo que te da miedo?

— Tengo miedo de que se hunda el edificio.

Me eché a reír —imagino que de una manera muy cruel—, pero su visión de los edificios de Nueva York entrechocando como bolos mientras se derrumbaban, resultaba sumamente divertida. Siempre ha habido un componente de celos en nuestro afecto mutuo, y me doy cuenta, en alguna oscura zona de mi espíritu, de que mi hermano mayor gana más dinero y tiene más de todo que yo, y verlo humillado —aplastado— me entristecía, pero, a pesar de mí mismo, me hacía sentir que había conseguido una formidable ventaja en esa carrera hacia el triunfo que ocupa siempre un primer término en cualquier análisis de nuestras relaciones. Él es el mayor y el predilecto, pero al ver lo mal que lo pasaba en el ascensor, comprendí que era simplemente una persona de más edad, desbordada por las preocupaciones. Mi hermano se detuvo en el descansillo para recobrar el dominio de sí mismo y contarme que llevaba más de un año atacado por aquella fobia. Estaba yendo a la consulta de un

psiquiatra, dijo. No me pareció que le hubiera servido de mucho. Desde luego, se recuperó nada más salir del ascensor, pero noté que no se acercaba a las ventanas. Después de cenar, cuando llegó el momento de irse, lo acompañé hasta el descansillo. Sentía curiosidad. Llamamos el ascensor, pero al llegar a nuestro piso, mi hermano se volvió hacia mí y dijo: «Me temo que tendré que utilizar la escalera.» Juntos descendimos lentamente los once pisos. Él los bajó agarrado al pasamanos. Nos dijimos adiós en el portal, yo subí a casa en el ascensor, y le conté a mi mujer su temor a que se derrumbara el edificio. A ella le pareció extraño y triste, y también a mí, pero al mismo tiempo resultaba sumamente divertido.

En tierra firme, mi hermano parecía encontrarse perfectamente. Mi mujer y yo fuimos con los niños a pasar un fin de semana en su casa de Nueva Jersey y daba la impresión de gozar de buena salud. No le pregunté por su fobia. Nosotros volvimos a Nueva York el domingo por la tarde. Al acercarnos al puente George Washington, vi una tormenta sobre la ciudad. Un viento fortísimo embistió el coche en el momento en que entrábamos en el puente y casi me arrancó el volante de las manos. Me pareció sentir las vibraciones de la enorme estructura. A mitad de camino noté que el pavimento empezaba a ceder bajo nuestros pies. No había indicios reales de semejante catástrofe, pero yo estaba convencido de que el puente iba a partirse en dos de un momento a otro, y arrojar las largas filas del tráfico dominical a las oscuras aguas que nos esperaban abajo. Esta catástrofe imaginada resultaba ya suficientemente aterradora. Sentí tal debilidad en las piernas que no estaba seguro de poder frenar si hacía falta. En seguida empezaron las dificultades respiratorias. Sólo abriendo la boca y jadeando me resultaba posible introducir algo de aire en los pulmones. También me aumentó la presión sanguínea, y empecé a notar que no podía ver con claridad. Siempre me ha parecido que los miedos siguen una trayectoria, y, al llegar a su climax, el cuerpo —y quizá el espíritu— se defiende aportando alguna nueva fuente de energía. Superado el centro del puente, el sufrimiento y el miedo comenzaron a disminuir. Mi mujer y los niños contemplaban extasiados la tormenta, y no parecían haberse dado cuenta de nada. Yo temía que se hundiera el puente, pero también me asustaba que ellos advirtieran mi pánico.

Repasé mentalmente el fin de semana en busca de algún incidente que justificara mi estúpido miedo de que una tormenta pudiera llevarse por delante el puente George Washington, pero había sido un fin de semana muy agradable, e incluso después de un análisis extremadamente minucioso, tampoco pude descubrir motivo alguno de nerviosismo o ansiedad. Aquella misma semana tuve que ir a Albano en automóvil y, aunque el cielo estaba despejado y no había viento, el recuerdo de mi primer ataque conservaba aún toda su fuerza; continué hacia el norte por la orilla este del río hasta llegar a Troy; allí encontré un puente pequeño y pasado de moda que pude cruzar sin problemas. Me había apartado veinticinco o treinta kilómetros de mi camino habitual, y resulta humillante ver cómo barreras invisibles y sin consistencia complican innecesariamente un viaje. Regresé a Albany por el mismo camino y a la mañana siguiente fui a ver a mi médico de cabecera para decirle que me daban miedo los puentes. Mi médico se echó a reír.

— Precisamente tú —dijo en tono burlón—. Será mejor que aprendas a dominarte.

— Pero a mi madre le asustan los aviones —repliqué—. Y a mi hermano le dan miedo los ascensores.

— Tu madre tiene más de setenta años, y es una de las mujeres más extraordinarias que he conocido. Yo no la metería en esto. Lo que tú necesitas es un poco más de nervio.

Como no lo veía dispuesto a hacer ningún diagnóstico, le pedí que me recomendara a un psicoanalista. Mi médico de cabecera no incluye el psicoanálisis entre las ciencias médicas, y me dijo que iba a malgastar tiempo y dinero, pero, cediendo al deseo de ser útil, me proporcionó el nombre y la dirección de un psiquiatra; éste me dijo que el miedo a los puentes era una manifestación superficial de una ansiedad profunda, y que no le quedaba otro remedio que hacerme un análisis completo. Como yo carecía de tiempo y de dinero y, sobre todo, de la necesaria confianza en sus métodos para ponerme en sus manos, dije que iba a intentar superarlo como pudiera.

Existen, sin duda, falsos y verdaderos sufrimientos, y el mío era espurio, pero ¿cómo convencer de ello a mi razón y a mis vísceras? Durante mi infancia y juventud había pasado años felices y otros de grandes preocupaciones, pero ¿bastaban algunas de sus repercusiones para explicar mi miedo a las alturas? La idea de que mi vida se viera desde aquel momento restringida por una serie de misteriosos obstáculos resultaba inaceptable, y decidí seguir el consejo de mi médico de cabecera y exigirme más. Tenía que ir a Idlewild a final de semana, y en lugar de tomar un autobús o un taxi, fui en mi propio automóvil. Casi me desmayé en el puente Triborough. Cuando llegué al aeropuerto, pedí una taza de café, pero me temblaba tanto la mano que lo derramé sobre el mostrador. La persona que estaba a mi lado lo encontró muy divertido y comentó que debía de haber pasado una noche muy movida. ¿Cómo explicarle que me había acostado temprano y sin una gota de alcohol en el cuerpo, pero que me daban miedo los puentes?

Tomé el avión para Los Ángeles a última hora de la tarde. En mi reloj era la una cuando aterrizamos; en California, sin embargo, no eran más que las diez. Estaba cansado, y fui en taxi al hotel donde siempre me hospedo, pero una vez allí no fui capaz de conciliar el sueño. Frente a mi ventana había una estatua gigantesca de una mujer joven que era el anuncio de un night club de Las Vegas y giraba lentamente sobre un haz de luz. A las dos de la madrugada se apaga la luz, pero ella sigue girando toda la noche. Nunca he conseguido verla inmóvil, y en aquella ocasión me pregunté cuándo engrasarían el eje sobre el que gira y cuándo le limpiarían los hombros. En aquel momento sentía cierto afecto por ella, ya que ninguno de los dos lograba descansar, y me pregunté si tendría familia (¿quizá una madre con ambiciones teatrales, y un padre sumiso y desilusionado que conducía un autobús municipal de la línea que enlaza con West Pico?). Había un restaurante al otro lado de la calle y vi cómo sacaban de un automóvil a una mujer borracha con un abrigo de marta. Estuvo dos veces a punto de caerse. Las luces oblicuas de la puerta entreabierta, la hora tardía, su borrachera y la solicitud del hombre que la escoltaba daban, en mi opinión, a la escena un ambiente de angustia y de soledad. Más tarde, dos coches que parecían estar haciendo carreras por Sunset Boulevard se detuvieron en un semáforo bajo mi ventana. De cada automóvil salieron tres hombres y empezaron a pelearse. Desde donde yo estaba se oía el ruido de los golpes sobre huesos y cartílagos. Cuando la luz se puso verde, los seis volvieron a sus coches y siguieron adelante a toda velocidad. La pelea, como la línea de luz que había visto desde el avión, parecía el atisbo de un mundo nuevo, pero caracterizado en este caso por la brutalidad y el caos. Luego recordé que tenía que ir a San Francisco el jueves, y que me esperaban en Berkeley para la hora de comer. Esto significaba cruzar el puente San Francisco-Oakland Bay, y me prometí a mí mismo tomar un taxi a la ida y a la vuelta y dejar el coche que alquilaba en San Francisco en el garaje del hotel. Intenté nuevamente persuadirme de la irracionalidad de mi miedo a que los puentes se derrumbaran. ¿Estaba quizá siendo víctima de algún desajuste sexual? No me han faltado aventuras, nunca me he sentido culpable y he pasado muy buenos ratos, pero ¿había en todo ello algún secreto que sólo un profesional podía sacar a la luz? Quizá todos mis placeres no eran más que falsedades y pura evasión, y en realidad yo estaba enamorado de mi anciana madre, ataviada con su traje de patinar.

Mientras contemplaba Sunset Boulevard a las tres de la madrugada, llegué a la conclusión de que mi terror ante los puentes era una expresión de mi pánico —apenas disimulado— ante lo que el mundo está llegando a ser. Soy capaz de pasearme en coche sin perder la calma por los alrededores de Cleveland y de Toledo, más allá del lugar de nacimiento de los perritos calientes al estilo polaco y de los puestos de Buffalo Burger; más allá de las tiendas de coches de ocasión y de la monotonía arquitectónica. He asegurado muchas veces que disfruto paseando por Hollywood Boulevard los domingos por la tarde. He elogiado alegremente el cielo del atardecer sobre las desangeladas y desplazadas palmeras de Doheny Boulevard, recortadas entre los rayos del sol poniente como hilera tras hilera de húmedas bayetas. Duluth y East Seneca son calles encantadoras, y si no lo son, basta con mirar hacia otro sitio. La fealdad de la carretera entre San Francisco y Palo Alto se debe únicamente a que hay hombres y mujeres honestos que buscan un sitio decente donde vivir. Lo mismo pasa con San Pedro y con toda la costa. Pero la altura de los puentes parece ser un imposible eslabón en esta cadena de hipócritas concesiones. La verdad es que odio las autopistas y los Buffalo Burger. Me deprimen las palmeras en el exilio y los monótonos bloques de apartamentos. La música incesante en los trenes de tarifas especiales contribuye a exacerbar mis prejuicios. Detesto la destrucción de lugares ligados por el recuerdo a mi infancia; me preocupan tanto las desgracias de mis amigos como la desmedida afición a beber que descubro en ellos, y aborrezco los negocios sucios que se hacen a mi alrededor. Y fue precisamente al hallarme en el punto más elevado del arco de un puente cuando me di cuenta de pronto de la intensidad de mis sentimientos hacia la vida moderna, de la amargura que me producen y de lo mucho que anhelo un mundo más alegre, más simple y más pacífico.

Pero yo no podía reformar Sunset Boulevard, y hasta que pudiera, era incapaz de cruzar en automóvil el puente San Francisco -Oakland Bay. ¿Cuál era la solución? ¿Volver a St. Botolphs, ponerme una chaqueta estilo Norfolk y jugar al tute junto a la chimenea? Sólo hay un puente en el pueblo, y la otra orilla no queda más allá de un tiro de piedra.

El sábado regresé de San Francisco, y me encontré con que mi hija estaba pasando el fin de semana en casa. El domingo por la mañana me pidió que la llevara a Jersey, al colegio de religiosas donde estudia. Tenía que llegar a tiempo para la misa de las nueve, y salimos de nuestro piso de Nueva York poco después de las siete. íbamos hablando y riendo, y comencé a cruzar el puente George Washington sin acordarme de mi punto débil. Todo empezó sin previo aviso. El miedo se apoderó de mí repentinamente. Me quedé sin fuerza en las piernas, empecé a jadear y noté con horror cómo disminuía mi capacidad visual. Al mismo tiempo, estaba decidido a que mi hija no se diera cuenta. Conseguí llegar al otro lado del puente, pero lo hice temblando de manera ostensible. Mi hija pareció no advertir nada. La dejé a su hora en el colegio, le di un beso de despedida y emprendí el camino de vuelta. No había que pensar en cruzar de nuevo el George Washington, y decidí dirigirme al norte, hacia Nyack, y utilizar el Tappan Zee. Lo recordaba como más gradual y más firmemente anclado en sus orillas. Siguiendo la ribera oeste del río, decidí que era oxígeno lo que necesitaba, y abrí todas las ventanillas del coche. El aire fresco pareció ayudarme, pero sólo momentáneamente. Sentí cómo desaparecía mi sentido de la realidad. La carretera y el mismo automóvil parecían tener menos consistencia que un sueño. Varios amigos míos vivían por los alrededores, y pensé en parar y pedirle un trago a alguno, pero eran poco más de las nueve de la mañana y no me atrevía a enfrentarme con la embarazosa situación de pedir una copa a aquellas horas y de tener que explicar que me daban miedo los puentes. Pensé que me sentiría mejor si hablaba con alguien, y me detuve en una gasolinera para llenar el depósito, pero el encargado era un hombre de pocas palabras, estaba medio dormido y yo no era capaz de explicarle que su conversación podía ser para mí cuestión de vida o muerte. En seguida

me encontré delante del Tappan Zee y tuve que plantearme qué alternativas me quedaban en el caso de no cruzarlo. Podía llamar a mi mujer y decirle que se las ingeniara para venir a recogerme, pero nuestras relaciones están tan basadas en el amor propio y en las apariencias que admitir abiertamente una cosa tan extraña quizá dañara gravemente nuestra felicidad conyugal. Podía llamar al garaje donde nos hacen habitualmente las reparaciones y pedirles que me enviaran a alguien para conducir el coche hasta casa. Y también cabía la posibilidad de aparcar el automóvil, esperar hasta la hora de apertura de los bares y beberme unos cuantos whiskys, pero había tenido que pagar la gasolina con los últimos dólares que me quedaban en el bolsillo. Así que decidí arriesgarme y me dispuse a cruzar el puente.

Inmediatamente se reprodujeron todos los síntomas, y esta vez con mayor intensidad. Mis pulmones se quedaron sin aire. Perdí el sentido del equilibrio y el coche empezó a dar bandazos. Me situé en el arcén y puse el freno de mano. La evidencia de mi absoluta soledad era sobrecogedora. Si me hubiera sentido desgraciado a causa de un amor romántico, o consumido por la enfermedad, o si mi caso fuera el de un alcohólico incurable, la situación podría haber tenido más dignidad. Recordé el rostro de mi hermano en el ascensor, pálido y brillante por la transpiración, y a mi madre con la falda roja y una pierna graciosamente levantada mientras se reclinaba en los brazos de un empleado de la pista de patinaje, y tuve la impresión de que éramos personajes de una sórdida y amarga tragedia, con cargas insoportables sobre nuestras espaldas, y separados del resto de la humanidad a causa de nuestras desventuras. Debía considerarme acabado; nunca volvería a disfrutar de todo lo que amaba: del optimismo que producen un cielo azul intenso, la buena salud o la natural curiosidad ante las cosas. Todo eso había desaparecido para siempre. Terminaría en la sala de enfermos psiquiátricos del hospital del condado, gritando que los puentes, todos los puentes del mundo, se estaban derrumbando.

Fue entonces cuando una muchacha muy joven abrió la portezuela del coche y se sentó a mi lado.

— No esperaba que me recogiera nadie en el puente —dijo.

Llevaba una maleta de cartón y —créanme— una arpa pequeña en una funda impermeable muy estropeada. El pelo, liso y de color castaño claro con mechones rubios, lo llevaba peinado con gran esmero y se le extendía sobre los hombros como una capa. Tenía un rostro redondo y alegre.

— ¿Estás haciendo autostop? —le pregunté.

— Sí.

— ¿Y no es peligroso para una chica de tu edad?

— En absoluto.

— ¿Viajas mucho?

— Siempre estoy viajando. Canto y toco en las cafeterías, sobre todo en las universidades.

— Y ¿qué es lo que cantas?

— Música tradicional, sobre todo. Y algunas cosas antiguas, Purcell y Dowland. Pero sobre todo música tradicional... «*I gave my love a cherry that had no stone* —cantó con una voz muy natural

y extraordinariamente agradable—. *I gave my love a chicken that had no bone. I told my love a story that had no end. I gave my love a baby with no cryin'.*»

Siguió cantándose a lo largo de todo un puente que parecía ser una construcción sorprendentemente razonable, duradera y hasta hermosa, diseñada por hombres inteligentes para simplificar mis viajes, mientras las aguas del Hudson brillaban bajo nosotros, tranquilas y agradables. Todo volvió a ser como antes: el cielo azul recobró su sentido, comprendí que mi salud era excelente, y me invadió una gran serenidad. Su canción terminó cuando llegamos a la caseta de peaje de la orilla este; mi acompañante me dio las gracias, dijo adiós y se apeó del automóvil. Me ofrecí a llevarla a donde quisiera ir, pero negó con la cabeza mientras se alejaba; yo seguí camino de Nueva York, atravesando un mundo que, al serme devuelto, parecía maravilloso y justo. Cuando llegué a casa pensé en telefonar a mi hermano y contarle lo que había pasado, porque quizá hubiera también un ángel de los ascensores. Pero el arpa —tan sólo ese detalle— amenazaba con dejarme en ridículo o hacerme pasar por loco, de manera que no hice la llamada.

Me gustaría decir que estoy convencido de que en todos los momentos difíciles se me concederá siempre una misericordiosa ayuda que me saque de apuros, pero en cualquier caso no tengo intención de desafiar al destino y no pienso cruzar el George Washington, aunque ni el Triborough ni el Tappan Zee presenten ya dificultades para mí. Mi hermano sigue teniendo miedo a los ascensores, y mi madre, aunque ha perdido mucha flexibilidad, continúa moviéndose por todas partes de manera segura.

El brigadier y la viuda del golf

No quisiera ser uno de esos escritores que exclaman, al levantarse todas las mañanas: «¡Gogol, Chéjov, Thackeray y Dickens!, ¿qué hubierais hecho con un refugio atómico, cuatro patos de escayola, una pila para pájaros y tres gnomos de largas barbas y gorros encarnados?» Como digo, no quisiera empezar el día así, pero a veces me pregunto qué habrían hecho los que ya están muertos. Y es que el refugio se halla tan dentro de mi paisaje habitual como las hayas y los castaños de Indias de la colina. Lo veo desde la ventana junto a la que escribo. Lo construyeron los Pastern, y se alza en el solar vecino a nuestra propiedad. Bajo un velo de césped reciente y poco tupido, sobresale como una especie de molesto defecto físico, y creo que la señora Pastern colocó esas estatuas alrededor para suavizar el impacto. Es algo muy de su estilo. La señora Pastern era una mujer muy pálida. Sentada en su terraza, en su sala o en cualquier parte, vivía obsesionada por su amor propio. Si le ofrecías una taza de té, respondía: «Es curioso, estas tazas son iguales que las de un juego que regalé el año pasado al Ejército de Salvación.» Si le enseñabas la nueva piscina, decía, dándose una palmada en el tobillo: «Imagino que es aquí donde crían ustedes sus gigantescos mosquitos.» Si le ofrecías un asiento, replicaba: «¡Qué curioso!, es una buena imitación de las sillas estilo reina Ana que heredé de la abuela Delancy.» Sus fanfarronadas resultaban enternecedoras más que otra cosa, y parecían implicar que las noches eran largas, sus hijos desagradecidos y su matrimonio un terrible fracaso. Veinte años antes se la hubiera considerado una viuda del golf⁸, y su comportamiento, en conjunto, era quizá el de una persona víctima de una gran aflicción. Normalmente vestía de oscuro y un desconocido podría imaginarse, al verla tomar el tren, que el señor Pastern había muerto; pero no era ése el caso, ni mucho menos. El señor Pastern se paseaba de un lado a otro por el vestuario del club de golf Grassy Brae, gritando: «¡Hay que bombardear Cuba! ¡Hay que bombardear Berlín! ¡Tiradles unas cuantas bombas atómicas para que aprendan quién manda!» El señor Pastern era el brigadier de la infantería ligera de los vestuarios del club, y antes o después declaraba la guerra a Rusia, a Checoslovaquia, a Yugoslavia y a China.

Todo empezó una tarde de otoño, y ¿quién, después de tantos siglos, es capaz de describir los matices de un día de otoño? Cabe fingir que nunca se ha visto antes nada parecido; aunque quizá resultase todavía mejor imaginar que nunca volverá a haber otro igual. El brillo del sol sobre el césped era como una síntesis de todas las claridades del año. En alguna parte quemaban hojas secas, y el olor del humo, a pesar de su acidez amoniacal, hacía pensar en algo que empieza. El aire azul se extendía, infinito, hasta el horizonte, tirante como la piel de un tambor. Al salir de su casa una tarde a última hora, la señora Pastern se detuvo para admirar la luz de octubre. Era el día de hacer la colecta para la lucha contra la hepatitis infecciosa. A la señora Pastern le habían dado una lista con dieciséis nombres, un montón de prospectos y un talonario de recibos. Su trabajo consistía en visitar a sus vecinos y recoger los cheques que le entregaran. Su casa estaba en un altozano, y antes de subirse al coche contempló las casas que se extendían a sus pies. La caridad, según su propia experiencia, era algo complejo y recíproco, y prácticamente todos los tejados que veía significaban caridad. La señora Balcolm trabajaba para el cerebro. La señora Ten Eyke se ocupaba de la salud mental. La señora

⁸ Expresión sin equivalente en castellano, para designar a una mujer que apenas ve a su marido porque éste se pasa la mayor parte del tiempo en el campo de golf. (*N. del t.*)

Trenchard se encargaba de los ciegos. La señora Horowitz, de las enfermedades de nariz y garganta. La señora Trempler, de la tuberculosis. La señora Surcliffe hacía la colecta para las madres necesitadas. La señora Craven para el cáncer, y la señora Gilkson se hacía cargo de los riñones. La señora Hewlitt presidía la liga para la planificación de la natalidad. La señora Ryerson se ocupaba de la artritis. Y a lo lejos podía verse el techo de pizarra de la casa de Ethel Littleton, un techo que quería decir gota.

La señora Pastern había aceptado la tarea de ir de casa en casa con la despreocupada resignación de una honesta trabajadora apegada a las tradiciones. Era su destino y su vida. Su madre lo había hecho antes que ella, e incluso su anciana abuela ya recogía dinero para combatir la viruela y para socorrer a las madres solteras. La señora Pastern había telefoneado de antemano a la mayor parte de sus vecinas, y casi todas la estaban esperando. No sentía la inquietud de esos infelices desconocidos que van vendiendo enciclopedias. De vez en cuando se quedaba a hacer una visita y a tomarse una copa de jerez. El dinero recogido superaba ya la cifra del año anterior, y aunque, por supuesto, no era suyo, a la señora Pastern le agradaba llevar en el bolso cheques por cantidades importantes. Estaba anocheciendo cuando entró en casa de los Surcliffe, y allí tomó un whisky con soda. Se quedó mucho rato, y al marcharse era ya completamente de noche y hora de volver a casa y preparar la cena a su esposo.

— He conseguido ciento sesenta dólares para el fondo contra la hepatitis —le dijo muy excitada al señor Pastern cuando su marido llegó a casa—. He visitado a todas las personas de mi lista, excepto a los Blevin y los Flannagan. Quisiera entregarlo todo mañana por la mañana, ¿te importaría ir a verlos mientras preparo la cena?

— ¡Pero si no conozco a los Flannagan! —exclamó Charlie Pastern.

— Nadie los conoce, pero me dieron diez dólares el año pasado.

El señor Pastern estaba cansado, tenía problemas en los negocios, y ver a su mujer preparando unas chuletas de cerdo le pareció el adecuado colofón de un día poco afortunado. No le disgustó subirse al automóvil y acercarse a casa de los Blevin pensando en que quizá le ofrecieran algo de beber. Pero los Blevin no estaban en casa; la criada le dio un sobre con un cheque y cerró la puerta. Al torcer por el camino particular de los Flannagan intentó recordar si había estado con ellos alguna vez. El apellido lo animó, porque tenía el convencimiento de que sabía «manejar» a los irlandeses. La puerta principal era de cristal, y al otro lado vio un vestíbulo donde una pelirroja algo entrada en carnes arreglaba unas flores.

— Hepatitis infecciosa —gritó con buen humor.

La dueña de la casa estuvo un buen rato mirándose al espejo antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta, avanzando con pasos muy breves.

— Entre, por favor —dijo. Su voz añorada era casi un susurro, aunque saltaba a la vista que la señora Flannagan no era ya una jovencita. Llevaba el pelo teñido, su atractivo declinaba, y debía de estar a punto de alcanzar los cuarenta, pero parecía ser una de esas mujeres que se aferran a los modales y a las gracias de una preciosa niña de ocho—. Su esposa acaba de telefonar —añadió, separando cada palabra exactamente como hacen los niños—, y no estoy segura de tener dinero en metálico, pero si espera un minuto le daré un cheque, si es que soy capaz de encontrar el talonario.

Haga el favor de pasar a la sala de estar; allí estará más cómodo.

Charlie Pastern vio que su anfitriona acababa de encender el fuego y de hacer todos los preparativos necesarios para tomar unas copas, y, como cualquier descarriado, su respuesta ante aquella acogedora recepción fue instantánea. ¿Dónde estará el señor Flannagan? —se preguntó—. ¿Volviendo a casa en el último tren? ¿Cambiándose de ropa en el piso de arriba? ¿Dándose una ducha? En el otro extremo de la habitación había un escritorio donde se amontonaban los papeles y ella empezó a revolverlos, suspirando y haciendo ruidos de añiñada exasperación.

— Siento muchísimo que tenga que esperar —dijo—, ¿no querrá prepararse algo de beber mientras tanto? Encontrará todo lo necesario encima de la mesa.

— ¿En qué tren llega su marido?

— El señor Flannagan no está aquí —dijo ella, bajando la voz—. Lleva seis semanas de viaje...

— Entonces tomaré una copa, si usted me acompaña.

— Lo haré si promete no ponerme mucho whisky en el vaso.

— Siéntese —dijo Charlie—, bébase su cóctel y ya nos ocuparemos después del talonario. La única forma de encontrar las cosas es buscándolas con calma.

En total se tomaron seis copas. La señora Flannagan se describió a sí misma y explicó las circunstancias de su vida sin una sola vacilación. Su marido fabricaba depresores linguales de material plástico. Viajaba por todo el mundo. A ella no le gustaba viajar. Los aviones la hacían desmayarse, y en Tokio, donde había estado aquel verano, le dieron pescado crudo para desayunar. La señora Flannagan se volvió a casa inmediatamente. Ella y su marido habían vivido anteriormente en Nueva York, donde la señora Flannagan tenía muchos amigos, pero su marido pensó que el campo sería más seguro en caso de guerra. Ella, sin embargo, prefería vivir en peligro a morir de soledad y de aburrimiento. No tenía hijos y no había hecho amistades en Shady Hill.

— Pero a usted lo había visto ya antes —le dijo a Charlie con terrible timidez, dándole unas palmaditas en la rodilla—. Le he visto cuando pasea a su perro los domingos y conduciendo su descapotable...

Pensar en la soledad de aquella mujer esperando junto a la ventana conmovió al señor Pastern, aunque todavía lo conmovió más que fuera una persona de generosa anatomía. La pura gordura, Charlie lo sabía muy bien, no cumple en el cuerpo ningún cometido vital, y no sirve para las funciones procreadoras. No tiene más utilidad que proporcionar un almohadillado supletorio al resto de la estructura. Y, conociendo su humilde situación en la escala de las cosas, ¿por qué él, en ese momento de su vida, tenía que sentirse dispuesto a vender su alma por ese almohadillado? Las consideraciones que la señora Flannagan hizo al principio sobre los sufrimientos de una mujer solitaria parecían tan amplias que Charlie no sabía cómo tomarlas; pero al terminar la sexta copa le pasó el brazo alrededor del talle y sugirió que podían subir al piso de arriba y buscar allí el talonario de cheques.

— Nunca había hecho esto antes —dijo ella más tarde, cuando él se estaba preparando para

marcharse.

Su tono resultaba muy sincero, y a Charlie le pareció encantador. No puso en duda la veracidad de aquellas palabras, aunque las había oído cientos de veces. «No lo he hecho nunca», decían siempre, mientras sus vestidos, al caer, dejaban al descubierto sus blancos hombros. «No lo he hecho nunca», decían mientras esperaban el ascensor en el pasillo del hotel. «No lo he hecho nunca», decían siempre, sirviéndose otro whisky. «Nunca lo había hecho antes», decían siempre mientras se ponían las medias. En los barcos, en los trenes, en hoteles de veraneo, ante paisajes de montaña, decían siempre: «Nunca lo había hecho antes.»

—¿Dónde has estado? —le preguntó la señora Pastern a su marido con la voz empañada por la tristeza cuando llegó a casa—. Son más de las once.

— He estado tomando unas copas con los Flannagan.

— Ella me dijo que su marido estaba en Alemania.

— Ha vuelto inesperadamente.

Charlie cenó algo en la cocina y pasó después al cuarto de la televisión para escuchar las noticias.

— ¡Bombardeadlos! —gritó—. ¡Tiradles unas cuantas bombas atómicas! ¡Que aprendan quién es el que manda!

Pero aquella noche durmió mal. Charlie pensó primero en su hijo y en su hija, que estaban en la universidad, a muchos kilómetros de distancia. Los quería. Era el único sentido que tenía para él la palabra querer. Después hizo nueve hoyos imaginarios al golf, escogiendo, con todo detalle el hándicap, los palos, la posición de los pies, los contrincantes e, incluso, el tiempo; pero el verde del campo se esfumaba al hacer acto de presencia sus preocupaciones económicas. Había invertido su dinero en un hotel de Nassau, en una fábrica de cerámica de Ohio y en un líquido limpiacristales, y la suerte no le estaba sonriendo. Sus preocupaciones lo sacaron de la cama; encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. A la luz de las estrellas vio los árboles sin hojas. Durante el verano había intentado compensar algunas de sus pérdidas apostando a las carreras, y los árboles desnudos le recordaban que sus boletos debían de yacer aún, como hojas caídas, en la cuneta de la carretera entre Belmont y Saratoga. Arces y fresnos, hayas y olmos; cien al Tres como ganador en la cuarta, cincuenta al Seis en la tercera, cien al Dos en la octava. Los niños, al volver a casa desde el colegio, arrastrarían los pies sobre lo que le parecía ser su propio follaje. Después, al volver a la cama, se acordó sin avergonzarse de la señora Flannagan, planeando dónde se verían la próxima vez y lo que harían. Ya que hay tan pocas posibilidades de olvidar en esta vida, pensó, ¿por qué tendría él que rechazar el remedio, aunque pareciera, como en este caso, un remedio muy casero?

A Charlie una nueva conquista siempre le levantaba la moral. En una sola noche se volvió generoso, comprensivo, poseedor de un inagotable buen humor, tranquilo, amable con los gatos, con

los perros y con los desconocidos, comunicativo y misericordioso. Quedaba, por supuesto, el mudo reproche de la señora Pastern esperándolo por las tardes, pero había sido su fiel servidor, pensaba, durante veinticinco años, y si intentase acariciarla tiernamente durante aquellos días, diría con toda probabilidad: «¡Uf! Ahí es donde me he magullado en el jardín.» La señora Pastern parecía escoger las veladas que pasaban juntos para sacar a relucir las esquinas más aceradas de su personalidad y pasar revista a todos sus agravios. «¿Sabes? —decía—, Mary Quested hace trampas a las cartas.» Sus observaciones se quedaban cortas; no llegaban hasta donde Charlie estaba sentado. Si se trataba de manifestaciones indirectas de descontento, era un descontento que ya no le afectaba.

El señor Pastern comió con la señora Flannagan en la ciudad y pasaron la tarde juntos. Al salir del hotel, ella se detuvo ante el escaparate de una perfumería. Dijo que le gustaban los perfumes, movió los hombros con coquetería y lo llamó «vidita». Teniendo en cuenta sus aires de adolescente y sus protestas de fidelidad, parecía haber demasiada práctica en su manera de pedir, pensó Charlie; pero le regaló un frasco de perfume. La segunda vez que se vieron, la señora Flannagan se entusiasmó con un salto de cama que vio en un escaparate y él se lo compró. La tercera vez fue un paraguas de seda. Mientras la esperaba en un restaurante donde iban a verse por cuarta vez, Charlie abrigó la esperanza de que no fuera a pedirle alguna joya, porque andaba mal de dinero. La señora Flannagan había prometido llegar a la una, y él dejaba correr el tiempo considerando su situación y aspirando los olores de las salsas, de la ginebra y de las alfombras rojas. La señora Flannagan llegaba siempre tarde, y a la una y media Charlie pidió otro whisky. A las dos menos cuarto notó que el camarero que le atendía cuchicheaba con otro: cuchicheaba, reía y movía la cabeza en dirección a su mesa. En ese momento tuvo el primer presentimiento de que ella pudiera darle de lado. Pero ¿quién era ella? ¿Quién se creía que era para hacerle una cosa así? No era más que una ama de casa con su soledad a cuestas, ni más ni menos. A las dos encargó la comida. Se sentía derrotado. ¿Qué había sido su vida sentimental en aquellos últimos años, excepto una serie de aventuras de una noche, muchas veces deprimentes por añadidura? Pero sin ellas su vida hubiera sido insoportable.

No tiene nada de extraordinario que lo dejen a uno plantado entre la una y las dos en un restaurante en el centro de Nueva York: una tierra de nadie espiritual, con árboles tronchados, zanjas y agujeros que todos compartimos, desarmados a causa de la decepción de nuestros corazones. El camarero lo sabía, y las risas y las conversaciones intrascendentes alrededor de Charlie agudizaban estos sentimientos. Le parecía elevarse desesperanzadamente sobre su frustración como sobre un mástil, mientras su soledad se hacía cada vez más patente en el abarrotado comedor. Entonces advirtió su demacrada imagen en un espejo, los grises cabellos que se aferraban a su cráneo como los restos de un paisaje romántico, su cuerpo pesado que casi hacía pensar en un Santa Claus de cuartel de bomberos, rellena la panza con uno o dos cojines del peor sofá de la señora Kelly. Apartó la mesa y se encaminó hacia una de las cabinas telefónicas del vestíbulo.

— ¿No está usted contento con el servicio, *monsieur*? —le preguntó el camarero.

La señora Flannagan respondió al teléfono y dijo con su voz más aniñada:

— No podemos seguir así. Lo he pensado despacio y no podemos seguir así. No es que yo no quiera, porque eres muy viril, pero mi conciencia no me lo permite.

— ¿Puedo pasar por ahí esta noche para hablar de ello?

— Bueno... —contestó ella.

— Iré directamente desde la estación.

— Pero tienes que hacerme un favor.

— ¿Cuál?

— Ya te lo diré esta noche. Acuérdate de aparcar el coche detrás de la casa, y entra por la puerta trasera. No quiero dar motivo de habladurías a esas viejas cotorras. Recuerda que nunca he hecho esto antes.

A la señora Flannagan no le faltaba razón, pensó Charlie; tenía una autoestima que mantener. Su orgullo, ¡era tan infantil, tan maravilloso! A veces, atravesando una de las ciudades fabriles de New Hampshire al caer la tarde, Charlie recordaba haber visto, en un callejón o en un camino particular, cerca del río, a una niña vestida con un mantel, sentada sobre un taburete cojo, y agitando su cetro sobre un reino de hierbajos, escorias y unas cuantas gallinas desmedradas. Emociona la pureza y la desproporción de su orgullo, y éstos eran también sus sentimientos hacia la señora Flannagan.

Aunque aquella noche la señora Flannagan lo hizo entrar por la puerta trasera, en la sala de estar todo seguía igual. El fuego ardía en la chimenea, ella le preparó una copa, y al hallarse otra vez en su compañía, Charlie sintió que se le quitaba un gran peso de encima. Pero la señora Flannagan se mostraba indecisa, dejándose abrazar y rechazándolo al mismo tiempo, haciéndole cosquillas y yéndose luego al otro extremo de la habitación para mirarse al espejo.

— Primero quiero que me hagas el favor que te he pedido —le dijo.

— ¿De qué se trata?

— Adivina.

— Dinero no puedo darte. Ya sabes que no soy rico.

— No se me ocurriría pedirte dinero —replicó, muy indignada.

— ¿De qué se trata, entonces?

— Algo que llevas encima.

— El reloj no tiene ningún valor, y los gemelos son de latón.

— Es otra cosa.

— Sí, pero dime qué.

— No te lo diré hasta que prometas dármelo.

Entonces él la apartó, consciente de que no era difícil tomarle el pelo.

— No puedo hacer una promesa sin saber qué es lo que quieres.

— Es una cosa muy pequeña.

— ¿Cómo de pequeña?

— Muy chiquitita.

— Por favor, dime de qué se trata. —Charlie volvió a abrazarla y fue en ese momento cuando se sintió más él mismo: solemne, viril, prudente e imperturbable.

— No te lo diré si no me lo prometes antes.

— Pero ¿no ves que no puedo prometértelo?

— Entonces, vete —dijo ella—. Vete y no vuelvas nunca.

La señora Flannagan tenía unos modales demasiado infantiles para dar a sus palabras un tono autoritario, pero lograron el efecto deseado. ¿Estaba Charlie en condiciones de volver a una casa donde no encontraría más que a su esposa, ocupada, sin duda, en pasar revista a sus agravios? ¿Volver allí y esperar a que el tiempo y la casualidad le proporcionaran otra amiga?

— Dímelo, por favor.

— Promételo.

— Prometido.

— Quiero una llave de tu refugio antiatómico —dijo ella.

La petición de la señora Flannagan cayó sobre Charlie como una bomba y, de repente, se sintió invadido por un inmenso desconuelo. Todas sus delicadas suposiciones sobre ella —la niña de la ciudad fabril reinando sobre las gallinas— eran absolutamente falsas. Venía pensando en aquello desde el primer momento; ya le daba vueltas en la cabeza cuando encendió el fuego la primera vez, cuando no encontraba el talonario de cheques y le ofreció una copa. La petición de la llave apagó los deseos de Charlie, pero sólo por un momento, porque la señora Flannagan volvió de nuevo a sus brazos y empezó a acariciarle el tórax mientras decía: «Ratoncito, ratoncito, ratoncito, hazte la casa en este rinconcito.» Charlie no tuvo fuerzas para resistirse; era como si le hubieran dado un golpe feroz en las corvas. Y, sin embargo, en algún lugar de su dura cabeza se daba cuenta de lo absurdo y trasnochado de sus insaciables deseos. Pero ¿cómo podía él reformar sus huesos y sus músculos para acomodarse a un mundo nuevo? ¿Cómo educar su carne ávida y vagabunda para que entendiese de política y geografía, de holocaustos y cataclismos? Los pechos de la señora Flannagan eran redondos, fragantes y suaves, y Charlie sacó la llave del llavero —un trozo de metal de cinco centímetros de longitud, tibio por el calor de sus manos, genuino talismán de salvación, defensa contra el fin del mundo— y la dejó caer por el escote de su vestido.

Los Pastern habían terminado el refugio antiatómico aquella primavera. Les hubiera gustado que fuera un secreto, o al menos que el hecho de su existencia se divulgara paulatinamente, pero los camiones y las excavadoras entrando y saliendo habían bastado para informar a todo el mundo. Había costado treinta y dos mil dólares, y tenía dos retretes con purificadores químicos, reserva de oxígeno, y una biblioteca preparada por un profesor de la Universidad de Columbia con libros seleccionados para inspirar buen humor, tranquilidad y esperanza. Había alimentos para tres meses y varias cajas de bebidas alcohólicas fuertes. La señora Pastern compró los patos de escayola, la pila para pájaros y los gnomos con la intención de darle un aire inocente a la joroba de su jardín; para convertirla en algo aceptable, al menos para sí misma. Porque destacando como destacaba en un escenario tan encantador y doméstico, y simbolizando de hecho la muerte de la mitad —al menos— de la población del mundo, le resultaba, a pesar de la hierba que la recubría, imposible de conciliar con el cielo azul y las nubes blancas. La señora Pastern prefería tener corridas las cortinas en aquel lado de la casa, y así se hallaban la tarde del día siguiente, cuando le servía ginebra al obispo.

El obispo había llegado inesperadamente. El señor Ludgate, el ministro de su iglesia, telefoneó para decir que el obispo se hallaba en aquella zona y quería darle las gracias por los servicios que prestaba a la comunidad; ¿podían hacerle una visita sin protocolo alguno? La señora Pastern preparó algunas cosas para el té, se cambió de ropa y llegó al vestíbulo en el momento en que llamaban al timbre.

— ¿Cómo está usted, eminencia? —preguntó—. ¿Quiere usted pasar, eminencia? ¿Le gustaría tomar el té, eminencia, o preferiría más bien una copa?

— Le agradecería un martini —dijo el obispo.

Tenía una voz muy agradable y con gran capacidad de convicción. Era un hombre de buena figura, cabellos muy negros, y piel cetrina y elástica con profundas arrugas alrededor de una boca grande; estaba tan ojeroso y su mirada tenía un brillo tan especial, pensó la señora Pastern, como la de una persona que se droga.

— Con su permiso, eminencia...

El hecho de que el obispo le pidiera un cóctel la había desconcertado; siempre era Charlie quien se encargaba de preparar las bebidas. Se le cayó el hielo en el suelo de la antecocina, echó aproximadamente medio litro de ginebra en la coctelera e intentó arreglar lo que le parecía un cóctel demasiado fuerte aumentando la proporción de vermut.

— El señor Ludgate me ha hablado de lo indispensable que es usted en la vida de la parroquia —dijo el obispo al aceptar la copa.

— Procuero esforzarme todo lo que puedo —respondió la señora Pastern.

— Tiene usted dos hijos.

— Sí. Sally está en Smith y Carkie en Colgate. ¡La casa nos parece tan vacía ahora! Los confirmó su predecesor, el obispo Tomlinson.

— Ah, sí —dijo el obispo—. Sí.

Tener delante a su eminencia ponía nerviosa a la señora Pastern. Le hubiese gustado darle un aire más natural a la visita; deseaba, por lo menos, que su propia presencia en la sala de estar resultara más real. La señora Pastern sentía una intensa desazón que ya la había asaltado otras veces durante las reuniones de los comités de los que formaba parte, cuando la atmósfera parlamentaria tenía un efecto desintegrador sobre su personalidad. Sentada en su silla, le parecía recorrer la habitación a gatas, reuniendo sus propios fragmentos y pegándolos con alguna de sus virtudes, como Soy una Buena Madre o una Esposa Paciente.

— ¿Ustedes dos se conocen hace tiempo? —le preguntó la señora Pastern al obispo.

— ¡No! —exclamó su eminencia.

— El señor obispo pasaba por aquí —dijo el ministro con voz apenas audible.

— ¿Podría ver el jardín? —preguntó su eminencia.

Con el martini en la mano, siguió a la dueña de la casa, saliendo a la terraza por una puerta lateral. La señora Pastern era una entusiasta de la jardinería, pero en aquel momento la situación de sus plantas era poco satisfactoria. El variado ciclo de sucesivas floraciones casi había terminado ya; tan sólo podían verse los crisantemos.

— Me hubiese gustado enseñárselo en primavera, especialmente al final de la primavera —dijo ella—. La *Magnolia stellata* es la primera que florece. Luego tenemos los cerezos y los ciruelos japoneses. Cuando acaban, empiezan las azaleas, los laureles y los rododendros. Y debajo de las glicinas hay tulipanes bronceados. Las lilas son blancas.

— Veo que tienen ustedes un refugio —dijo el obispo.

— Sí. —La habían traicionado los patos y los gnomos—. Sí, es cierto, pero no tiene nada de especial. En este arriate hay únicamente lirios del valle. Soy de la opinión de que las rosas quedan mejor cortadas en ramos que formando parte de un jardín ornamental; por eso las cultivo detrás de la casa. Los bordes son *fraises des bois*. Resultan muy dulces y jugosas.

— ¿Hace mucho que tienen ustedes el refugio?

— Lo construimos en primavera —dijo la señora Pastern—. Ese seto son camelias japonesas. Más allá está nuestra pequeña huerta: lechugas, hierbas aromáticas y otras cosas por el estilo.

— Me gustaría ver el refugio —pidió el obispo.

La señora Pastern se sintió herida, con un dolor que despertaba incluso ecos infantiles, cuando tuvo ocasión de descubrir que sus amigas no venían a visitarla los días de lluvia porque les gustase su compañía, sino para comerse sus pastas y quitarle los juguetes. Nunca había sido capaz de poner buena cara ante el egoísmo, y la señora Pastern llevaba fruncido el entrecejo cuando pasaron junto a la pila para los pájaros y los patos pintados. Los gnomos, con sus gorros voluminosos, los contemplaban a los tres desde lo alto mientras ella abría la puerta con la llave que pendía de su cuello.

— Encantador —comentó el obispo—. Encantador. Vaya, veo que incluso tienen ustedes una

biblioteca.

— Sí. Se trata de libros escogidos para fomentar el buen humor, la tranquilidad y la esperanza.

— Una de las desafortunadas características de la arquitectura eclesiástica es que el sótano queda reducido a un pequeño espacio bajo el presbiterio —dijo el obispo—. Esto nos da muy pocas posibilidades de salvar a los fieles, lo cual es un rasgo característico, debería tal vez añadir, de nuestra manera de interpretar el mensaje cristiano. Algunas iglesias tienen sótanos más espaciosos. Pero no quiero hacerle perder más tiempo.

Su eminencia cruzó el césped para regresar a la casa, dejó la copa del cóctel sobre la barandilla de la terraza y le dio su bendición.

La señora Pastern se dejó caer sobre los escalones de la terraza y vio alejarse el automóvil del obispo. Su eminencia no había venido a felicitarla, se daba cuenta perfectamente. ¿Era impiedad por su parte sospechar que recorría sus dominios para localizar y elegir posibles refugios? ¿Cabía suponer que pretendía utilizar su consagración episcopal para conseguirlo? El peso de la vida moderna, aunque oliera a plástico —como parecía ser el caso—, se hacía sentir cruelmente sobre los pilares de la religión, de la familia y del Estado. La carga era demasiado pesada, y a la señora Pastern le parecía oír el crujido de los cimientos. Había creído toda su vida en la santidad del sacerdocio, y si su fe era auténtica, ¿por qué no había ofrecido inmediatamente al obispo la seguridad de su refugio? Pero si su eminencia creía en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, ¿para qué necesitaba un refugio?

Sonó el teléfono y la señora Pastern contestó con fingida despreocupación. Era una mujer llamada Beatrice, que acudía a limpiar la casa dos veces por semana.

— Soy Beatrice, señora Pastern —dijo la voz al otro extremo del hilo—. Creo que hay algo que debe usted saber. Ya sabe que no me gusta cotillear. No soy como esa tal Adele, que va de señora en señora diciendo que Fulanito no duerme con su mujer, y que Menganito tenía seis botellas de whisky en la basura, y que no fue nadie al cóctel de Zutanito. Yo no soy como esa tal Adele, y usted lo sabe, señora Pastern. Pero hay algo que creo que debe usted saber. Hoy he trabajado para la señora Flannagan; me ha enseñado una llave y me ha dicho que era la llave de su refugio antiatómico, y que se la había dado su marido de usted. No sé si es verdad, pero creo que debe usted saberlo.

— Gracias, Beatrice.

El señor Pastern había arrastrado el buen nombre de su mujer en un centenar de escapadas, había echado a perder sus buenas cualidades y despreciado su amor, pero ella nunca había imaginado que llegara a traicionarla en sus planes para el fin del mundo. Vertió lo que quedaba del martini en una copa. Detestaba el sabor de la ginebra, pero sus acumuladas preocupaciones se le antojaban ya como los dolores de una enfermedad, y la ginebra los embotaba, aun a costa de avivar su indignación. Fuera, el cielo se oscureció, cambió el viento y empezó a llover. ¿Qué alternativas se le ofrecían? Podía volver con su madre, pero su madre no tenía un refugio. No era capaz de rezar pidiendo ayuda al cielo. El mundano comportamiento del obispo restaba valor a los consuelos celestiales. No podía pararse a considerar la insensata ligereza de su marido sin beber más ginebra. Y entonces se acordó de la noche —la noche del juicio— en la que habían decidido dejar arder a la tía Ida y al tío Ralph; en la que la señora Pastern había sacrificado a su sobrina de tres años y Charlie a su sobrino de cinco; en la que habían conspirado como asesinos y decidido no tener siquiera piedad con la anciana madre del señor

Pastern.

Estaba muy bebida cuando llegó Charlie.

— No podría pasarme dos semanas en un agujero con la señora Flannagan —dijo.

— ¿De qué estás hablando?

— Le estuve enseñando el refugio al obispo y...

— ¿Qué obispo? ¿Qué hacía aquí un obispo?

— No me interrumpas y escucha lo que tengo que decirte. La señora Flannagan tiene una llave de nuestro refugio y se la has dado tú.

— ¿Quién te ha dicho eso?

— La señora Flannagan —repitió ella— tiene una llave de nuestro refugio y se la has dado tú.

Charlie regresó al garaje bajo la lluvia y se pilló los dedos con la puerta. Con la prisa y la indignación se le ahogó el motor y, mientras esperaba a que se vaciara el carburador, tuvo que enfrentarse, a la luz de los faros, con los desechos —acumulados en el garaje— de su despilfarradora vida doméstica. Allí había una fortuna en inservibles muebles de jardín y diferentes herramientas con motor. Cuando el coche se puso en marcha, Charlie salió con gran chirriar de neumáticos a la calle y se saltó un semáforo en el primer cruce, donde, por un momento, su vida estuvo pendiente de un hilo. No le importó. Mientras subía la ladera a toda velocidad, sus manos se aferraban al volante como si estuvieran apretando ya el rollizo y estúpido cuello de la señora Flannagan. Era el honor y la tranquilidad espiritual de sus hijos lo que aquella mujer había pisoteado. Había hecho daño a sus hijos, a sus idolatrados hijos.

Detuvo el coche a la puerta. Había luz en la casa, y olía a leña quemada, pero estaba todo en silencio; escudriñando a través de una ventana no advirtió ningún signo de vida ni oyó más ruido que el de la lluvia. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Entonces golpeó en el marco con el puño. Pasó mucho tiempo antes de que ella saliese del cuarto de estar, y Charlie imaginó que estaba dormida. Llevaba puesto el salto de cama que él le había regalado. Fue hacia la puerta arrojándose el pelo. En cuanto abrió, Charlie se precipitó en el interior de la casa, gritando:

— ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has hecho esa estupidez?

— No sé de qué estás hablando.

— ¿Por qué le dijiste a mi mujer que tenías la llave?

— Yo no se lo he dicho a tu mujer.

— ¿A quién se lo has dicho, entonces?

— No se lo he dicho a nadie.

La señora Flannagan movió los hombros con coquetería y contempló la punta de sus zapatillas. Como muchos mentirosos incurables, tenía un desmedido respeto por la verdad, que se concretaba en una serie de signos que indicaban que estaba mintiendo. Charlie comprendió que no le diría la verdad, que no se la arrancaría aunque empleara toda la fuerza de sus brazos, y que su confesión, en caso de conseguirla, no le serviría de nada.

— Dame algo de beber —dijo.

— Sería mejor que te marcharas y volvieras más tarde, cuando te sientas mejor —repuso la señora Flannagan.

— Estoy cansado —dijo él—. Muy cansado, terriblemente cansado. No me he sentado en todo el día.

Charlie entró en la sala de estar y se sirvió un whisky. Se miró las manos, sucias después de un largo día de trenes y pasamanos de escaleras, de picaportes y papeles, y vio en el espejo que tenía el pelo empapado por la lluvia. Salió de la sala de estar y, atravesando la biblioteca, fue hacia el cuarto de baño de la planta baja. La señora Flannagan emitió un sonido muy débil, algo que no llegaba a ser un grito. Cuando Charlie abrió la puerta del cuarto de baño, se encontró cara a cara con un desconocido completamente desnudo.

Al cerrarla de nuevo se produjo uno de esos breves y densos silencios que preceden a las discusiones a gritos. La señora Flannagan habló primero:

— No sé quién es y he estado intentando que se marchara... Sé lo que estás pensando y no me importa. Estoy en mi casa, después de todo; yo no te he invitado y no tengo por qué darte explicaciones.

— Apártate de mí —dijo él—. Apártate de mí antes de que te retuerza el pescuezo.

Seguía lloviendo mientras Charlie regresaba a su casa. Al entrar oyó ruidos de actividad en la cocina y le llegó olor a comida. Supuso que aquellos sonidos y aquellos olores debían de haber sido uno de los primeros signos de vida en la tierra, y que serían también uno de los últimos. El periódico de la tarde estaba en la sala de estar y, dándole un manotazo, gritó:

— ¡Tiradles unas cuantas bombas atómicas! ¡Que aprendan quién manda!

Y después, dejándose caer en un sillón, preguntó en voz muy baja:

— Santo cielo, ¿cuándo terminará todo?

— Llevaba mucho tiempo esperando a que dijeras eso —declaró la señora Pastern tranquilamente, saliendo de la antecocina—. Llevo casi tres meses esperando a que digas precisamente eso. Empecé a preocuparme cuando vi que habías vendido los gemelos y los palos de golf. Me preguntaba qué estaba sucediendo. Después, cuando firmaste el contrato del refugio sin tener un centavo para pagarlo, me di cuenta de cuál era tu plan. Quieres que el mundo se acabe, ¿no es eso? Lo

he sabido todo este tiempo, y no quería admitirlo, porque me parecía demasiado cruel, pero todos los días se aprende algo nuevo.

La señora Pastern se encaminó hacia el vestíbulo y comenzó a subir la escalera.

— Hay una hamburguesa en la sartén —dijo—, y patatas en el horno; si quieres algo de verdura, puedes calentarte las sobras de brécol. Yo voy a telefonar a los chicos.

Viajamos a tal velocidad en estos días que sólo recordamos los nombres de unos cuantos sitios. La carga de consideraciones metafísicas tendrá que alcanzarnos en un tren de mercancías, si es que llega a hacerlo. El resto de la historia me lo ha contado mi madre; recibí su carta en Kitzbühel, un lugar donde voy a veces. «Ha habido tantos cambios en las últimas seis semanas —me decía—, que apenas sé por dónde empezar. Lo primero es que los Pastern se han ido, quiero decir, que se han marchado para siempre. Charlie está en la cárcel del condado cumpliendo una condena de dos años por estafa. Sally ha dejado la universidad y trabaja en Macy's, y el chico está todavía buscando trabajo, según he oído. De momento vive con su madre en el Bronx. Alguien ha dicho que salían adelante gracias a la beneficencia pública. Parece que Charlie terminó de gastarse el dinero que había heredado de su madre hace un año, y que desde entonces estuvieron viviendo a crédito. El banco se lo llevó todo y ellos se fueron a un motel de Transford. Después siguieron mudándose de motel en motel, viajando en coches alquilados y sin pagar nunca las cuentas. El motel y la agencia de alquiler de automóviles fueron los primeros en atraparlos. Unas personas muy agradables que se llaman Willoughby le han comprado la casa al banco. Y los Flannagan se han divorciado. ¿Te acuerdas de ella? Solía pasearse por el jardín con una sombrilla de seda. Su marido no tiene que pasarle una pensión ni nada parecido, y alguien la vio el otro día en Central Park West con un abrigo de entretiem po en una noche muy fría. Pero ha vuelto. Fue una cosa muy extraña. Volvió el jueves pasado. Estaba empezando a nevar. Era poco después de comer. Tu madre es una vieja loca, pero vieja y todo nunca deja de sorprenderme el milagro de una nevada. Tenía mucho que hacer, pero decidí dejarlo y quedarme un rato junto a la ventana para ver nevar. El cielo estaba muy oscuro. Era una nevada abundante, de copos gruesos, y lo cubrió todo en seguida como una mancha de luz. Fue entonces cuando vi a la señora Flannagan andando por la calle. Debió de llegar en el tren de las dos y treinta y tres y venir andando desde la estación. Imagino que no debe de tener mucho dinero, porque de lo contrario hubiera cogido un taxi. No llevaba ropa de abrigo e iba con tacones altos, en lugar de botas de agua. Bueno, pues cruzó la calle y atravesó el jardín de los Pastern, quiero decir, lo que era antes el jardín de los Pastern, hasta llegar al refugio antiatómico, y se quedó allí mirándolo. No tengo ni la menor idea de en qué estaba pensando, pero el refugio casi parece una tumba, ¿sabes?, y ella daba la impresión de estar de duelo, allí de pie, cayéndole la nieve sobre la cabeza y los hombros; y me entristeció pensar que apenas conocía a los Pastern. Entonces sonó el teléfono, y era la señora Willoughby. Me dijo que había una mujer muy rara frente a su refugio antiatómico y que si yo sabía quién era. Le respondí que sí, que era la señora Flannagan, que antes vivía en lo alto de la colina. Luego me preguntó qué debía hacer y le dije que lo único que se me ocurría era decirle que se marchara. La señora Willoughby mandó a la doncella, y vi cómo le decía a la señora Flannagan que se fuese; luego, un poco después, la señora Flannagan echó a andar hacia la estación bajo la nieve.»

Una visión del mundo

Escribo esto en otra casa al lado del mar, sobre una costa diferente. Las botellas de ginebra y de whisky han llenado de redondeles la mesa junto a la que estoy sentado. La luz es mortecina. En la pared hay una litografía en colores de un gatito con un sombrero floreado, vestido de seda y guantes blancos. El aire huele a mohó, pero a mí me parece un olor agradable: reconfortante y sensual, como el del agua de las sentinas o el del viento que viene del interior. La marea está alta, y el mar, bajo el acantilado, golpea tabiques y puertas y agita cadenas con tal violencia que la lámpara que tengo sobre la mesa se tambalea. Estoy solo, tratando de descansar después de una serie de acontecimientos que comenzaron un sábado por la tarde, mientras removía la tierra de mi jardín. Enterrada a cosa de medio metro de profundidad encontré una cajita redonda que podría haber contenido betún para los zapatos. Conseguí abrirla con un cuchillo. Dentro había un pedazo de hule, y en su interior, una nota escrita en un trozo de papel pautado. Decía así:

Yo, Nils Jugstrum, juro que si no llego a ser miembro del club de campo de Gory Brook antes de cumplir los veinticinco años, me ahorcaré.

Veinte años antes aquella zona había sido tierra de labranza, e imaginé que el hijo de un granjero, viendo los campos de golf, había hecho aquella promesa y la había enterrado después. Me sentí conmovido, como me pasa siempre ante esos incompletos intentos de comunicación en los que damos rienda suelta a nuestros sentimientos más profundos. Era como si aquella nota, semejante a un impulso de amor romántico, me identificara más estrechamente con la tarde.

El cielo estaba azul y tenía una claridad musical. Yo acababa de cortar la hierba y el olor no se había desvanecido aún. Aquello me hizo pensar en los amplios horizontes de amor que se descubren cuando se es joven; en las promesas que se hacen en esos momentos. Al final de una carrera nos dejamos caer sobre la hierba junto a la pista de ceniza, jadeando, y el ardor con que abrazamos el césped del colegio encierra una promesa que habremos de mantener hasta el final de nuestros días. Mientras pensaba en cosas apacibles, me di cuenta de que las hormigas negras habían vencido a las rojas y estaban retirando los cadáveres del campo de batalla. Un petirrojo pasó volando, perseguido por dos grajos. El pato, junto al seto de las grosellas, acechaba a un gorrión. Pasaron dos oropéndolas, picoteándose, y luego vi, a cosa de treinta centímetros de distancia de donde yo me encontraba, una víbora que estaba terminando de librarse de su oscura piel invernal. No sentí miedo, sino sobresalto por mi falta de preparación ante semejante posibilidad. Allí había un veneno mortífero, algo tan parte del universo como el agua que corría por el arroyo; pero hasta entonces no parecía haber encontrado cabida en mis pensamientos. Volví a casa para coger la escopeta pero tuve la desgracia de tropezarme con uno de mis perros, la de más edad, a quien asustan las armas de fuego. Al ver la escopeta empezó a ladrar y a gemir, cruelmente dividido entre sus instintos y sus ansiedades. Sus ladridos atrajeron al otro perro, cazador por naturaleza, que bajó la escalera a saltos, dispuesto a rastrear un conejo o un pájaro. Y, seguido por dos perros, uno ladrando alegremente y la otra horrorizada, volví al jardín a tiempo aún de ver cómo la víbora desaparecía entre las grietas de un muro de piedra.

Después fui en coche hasta el pueblo, compré semillas para renovar el césped y a continuación

me acerqué al supermercado de la carretera 27 para recoger unos brioches que había encargado mi mujer. Supongo que en los días que corren haría falta una cámara cinematográfica para dar idea del aspecto de un supermercado un sábado por la tarde. Nuestro idioma es un conjunto de tradiciones, el resultado de siglos de comunicación. Pero, excepto las formas de las pastas y de los pasteles, no había nada de tradicional en el mostrador junto al que estuve esperando. Éramos seis o siete personas, detrás de un anciano que empuñaba una larga lista de comestibles, un auténtico rollo de pergamino. Mirando por encima de su hombro, leí:

6 huevos

entremeses

Me vio leer su documento y lo apretó contra el pecho, como un prudente jugador de cartas. De repente, la música de los altavoces pasó de una canción romántica a un chachachá, y la mujer que estaba a mi lado empezó a mover los hombros tímidamente y a dar unos pasos de danza.

—¿Le gustaría bailar, señora? —le pregunté.

Era una chica más bien fea, pero aceptó inmediatamente, y bailamos un par de minutos. Resultaba fácil darse cuenta de que le gustaba bailar, pero con una cara como la suya no debía de haber tenido demasiadas oportunidades. Después se sonrojó, se apartó de mí y se acercó a una vitrina, donde se dedicó a estudiar las tartas de crema. Sentí que habíamos dado un paso en la buena dirección, y cuando recogí los brioches y me puse en camino hacia casa estaba de excelente humor. Un policía me detuvo en la esquina de Alewives Lane para que dejara pasar a un desfile. En primera posición venía una muchacha con botas altas y unos pantalones cortos que realzaban la perfección de sus muslos. Tenía una nariz enorme, llevaba un altísimo gorro de piel, y agitaba rítmicamente un bastón de aluminio. Detrás venía otra muchacha, de muslos aún más perfectos y más amplios, que caminaba con la pelvis tan echada hacia adelante que su columna vertebral quedaba extrañamente curvada. Llevaba gafas bifocales y parecía que sacar la pelvis de aquella manera le molestaba mucho. Una banda formada por muchachos, con algún que otro ejecutante de cabellos grises, cerraba la comitiva, tocando *The Caissons Go Rolling Along*. No llevaban banderas, ni parecían tener ningún propósito ni meta determinada, y todo resultaba terriblemente divertido. Fui riéndome durante el resto del camino hasta casa.

Pero mi mujer estaba triste.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

—Nada; pero tengo otra vez la horrible impresión de ser un personaje en una comedia de la televisión —dijo—. Quiero decir que soy una persona agradable, voy bien vestida, y mis hijos son guapos y simpáticos, pero me angustia la sensación de que sólo existo en blanco y negro, y de que cualquiera, con sólo usar el mando del televisor, puede hacerme desaparecer.

A menudo mi mujer está triste porque su tristeza no es suficientemente intensa; se apena porque sus aflicciones no son insoportables. Se lamenta de que su pesar no sea lo bastante trágico, y cuando le digo que su pesar, por lo inadecuado de su pesar, puede significar un nuevo matiz en el espectro de las penas humanas, no se siente consolada. Sí, es cierto que a veces pienso en dejarla. Podría prescindir de ella y de los niños sin demasiadas dificultades; podría pasar sin la compañía de

mis amigos, pero no soy capaz de separarme de mi césped y de mi jardín; no puedo dejar las contraventanas del porche que yo mismo he reparado y pintado; no puedo renunciar al zigzagueante sendero de adoquines que yo mismo he construido entre la puerta lateral y la rosaleta; por eso, aunque mis cadenas estén hechas con grama y con pintura para interiores, me tendrán bien sujeto hasta el día de mi muerte. Pero en ese momento agradecí a mi mujer lo que acababa de decir; le agradecí la afirmación de que las realidades más exteriores de su vida tenían la consistencia de los sueños. Las energías de la imaginación en libertad habían creado el supermercado, la víbora y la nota en la caja de betún. Comparados con estas cosas, mis ensueños más desafortunados tenían la vulgaridad de las entradas dobles en un libro de contabilidad. Me agradaba pensar que nuestra vida normal tiene la consistencia de los sueños y que en nuestros sueños volvemos a encontrar las virtudes tradicionales. Al entrar en la casa me encontré a la asistenta fumando un cigarrillo egipcio que había robado y reconstruyendo las cartas rotas tiradas a la papelera.

Aquella noche fuimos a cenar a Gory Brook. Consulté la lista de los socios para ver si encontraba algún Nils Jugstrum, pero no estaba allí, y me pregunté si se habría ahorcado. ¿Y con qué motivo? En el club de campo de Gory Brook todo seguía como siempre. Gracie Masters, la única hija de un empresario de pompas fúnebres con muchos millones, bailaba con Pinky Townsend. Pinky estaba en libertad condicional, con una fianza de cincuenta mil dólares, acusado de manipular el mercado de valores. Cuando el juez fijó la fianza, Pinky se sacó los cincuenta mil dólares del bolsillo. Yo estuve bailando un rato con Millie Surcliffe. Las piezas que tocaba la orquesta eran *Rain*, *Moonlight on the Ganges*, *When the red robin comes bob bob bobbin' aleng*, *Five foot two, eyes of blue*, *Carolina in the morning* y *The Sheik of Araby*. Parecía que estuviésemos bailando sobre la tumba de la cohesión social. Pero aunque la escena fuese decididamente revolucionaria, ¿dónde estaba el nuevo día, el mundo del futuro? Al reanudar su actuación, la orquesta tocó *Lena from Palesteen*, *I'm forever blowing bubbles*, *Louisville Lou*, *Smiles* y *The red robin* una vez más. Esta última pieza nos hizo movernos de verdad, pero cuando la orquesta limpió la saliva de los instrumentos, comprobé que movían la cabeza con gestos de profunda desaprobación ante nuestras cabriolas. Millie volvió a su mesa, y yo me quedé de pie junto a la puerta, preguntándome por qué, cuando la gente abandona la pista de baile durante un descanso de la orquesta, mi corazón se acelera como cuando veo a los bañistas recoger sus cosas y abandonar la playa porque la sombra del acantilado se proyecta ya sobre el agua y la arena; preguntándome si mi corazón se acelera porque veo en ese apacible acto de marcharse las energías y el atolondramiento de la vida misma.

El tiempo, me parece a mí, nos despoja brutalmente del privilegio de ser simples espectadores y, al final, la pareja que discute con voces destempladas en el vestíbulo del Grande Bretagne (de Atenas) en mal francés resultamos ser nosotros. Otras personas ocupan ahora nuestro sitio tras las palmeras enmacetadas, o en aquel tranquilo rincón del bar, y, al quedar al descubierto, buscamos inevitablemente a nuestro alrededor otras posibilidades de observación. Lo que yo quería aislar no era, por tanto, una cadena de hechos, sino una esencia: algo así como esa indescifrable colisión de sucesos que puede llevar a la alegría o a la desesperación. Lo que yo quería conseguir era que mis sueños, a pesar de la incoherencia del mundo, tuvieran legitimidad. Nada de esto influía, sin embargo, sobre mi estado anímico, y bailé, bebí y conté chistes hasta la una, hora en que nos volvimos a casa. Encendí la televisión y estaban dando un anuncio que, como muchas de las cosas que había visto aquel día, me pareció terriblemente divertido. Una joven, con acento de haberse educado en un internado, preguntaba: «¿Molesta usted al prójimo con el olor de las pieles húmedas? Una capa de martas cebellinas de cincuenta mil dólares, si se moja en un chaparrón, olerá peor que un viejo perro de caza que ha estado persiguiendo a un zorro por un terreno pantanoso. *Nada* huele peor que un visón húmedo. Hasta una ligera niebla hace que las pieles de cordero, de zarigüeya, de civeta, de marta, y

otras menos costosas y útiles huelan tan mal como una jaula de leones mal ventilada. Evítese malos ratos y preocupaciones con ligeras aplicaciones de Elixircol antes de usar sus pieles...» Aquella presentadora pertenecía al mundo de los sueños, y así se lo dije antes de apagar el televisor. Me quedé dormido a la luz de la luna y soñé con una isla.

Me acompañaban algunos hombres más, y parecía que habíamos llegado hasta allí en un barco de vela. Recuerdo el color bronceado de nuestra piel y que, al tocarme la mandíbula, advertí la presencia de una barba de tres o cuatro días. Estábamos en una isla del Pacífico. En la atmósfera había un olor a aceite rancio de cocinar, señal de que se trataba de la costa de China. Habíamos desembarcado a media tarde, y no parecía que tuviéramos muchas cosas que hacer. Vagabundeamos por las calles. Debía de haber habido tropas de ocupación o una base militar, porque muchos de los rótulos en los escaparates estaban escritos en algo que se asemejaba al inglés: «Ze corta pelo zepillo», rezaba un cartel en una barbería oriental. En muchas de las tiendas se veían imitaciones de whisky norteamericano, escrito con una curiosa ortografía: «Whikky». Como no teníamos nada mejor que hacer, visitamos el museo local. Había arcos, anzuelos primitivos, máscaras y tambores. Al salir del museo entramos en un restaurante y pedimos de comer. Yo tenía dificultades con el idioma, pero me sorprendió descubrir que se trataba de dificultades muy concretas. Parecía como si lo hubiese estudiado antes de desembarcar. Recordé con toda claridad que había sido capaz de construir una frase completa cuando el camarero se acercó a nuestra mesa: «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*», dije. El camarero sonrió y me felicitó y, cuando desperté, las palabras de aquel idioma hicieron que la isla soleada, su población y su museo fueran algo real, vivo y permanente. Recordé con añoranza a sus tranquilos y cordiales nativos y el pausado ritmo de sus vidas.

El domingo transcurrió agradable y velozmente en una sucesión de fiestas, pero por la noche tuve otro sueño. Me hallaba en Nantucket, de pie junto a la ventana del dormitorio en la casa que hemos alquilado algunas veces. Estaba mirando hacia el sur, siguiendo la agradable curva de la playa. He visto playas mejores, más hermosas y más blancas, pero cuando tengo delante su arena amarilla y su curva peculiar, siempre me parece que si contemplo la ensenada el tiempo suficiente acabará por revelarme algo. Había abundantes nubes en el cielo. El agua tenía un color grisáceo. Era domingo, aunque no sabría decir cómo llegué a averiguarlo. Era tarde y oía un agradable ruido de platos que me llegaba desde el hotel, donde las familias disfrutaban con sus cenas dominicales en el viejo comedor de tablas machihembradas. Entonces vi una figura solitaria que atravesaba la playa. Parecía un sacerdote o un obispo. Llevaba báculo, mitra, capa pluvial, casulla, alba y sotana, como para celebrar una misa de pontifical. Sus ornamentos estaban ricamente bordados en oro, y de vez en cuando la brisa del mar los agitaba. Tenía el rostro totalmente afeitado. No se distinguían sus facciones a la escasa luz del atardecer. Me vio apoyado en la ventana, alzó la mano y me llamó: «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*.» Después apresuró el paso, apoyándose sobre el báculo como si fuera un bastón, aunque sus pesados ornamentos no le permitieran avanzar demasiado de prisa. Cruzó frente a la ventana donde yo estaba y luego desapareció donde la curva del promontorio ocultaba la curva de la playa.

Trabajé el lunes, y el martes a las cuatro de la mañana me desperté de un sueño en el que había estado jugando al fútbol americano y ganaba mi equipo. El marcador señalaba dieciocho a seis. Era un partido de domingo por la tarde, entre aficionados, en el jardín de alguien. Nuestras mujeres y nuestras hijas nos estaban mirando desde los laterales del campo, donde había sillas, mesas y bebidas. La jugada de la victoria fue una carrera muy larga, y cuando marcamos el tanto, una chica rubia y alta llamada Helen Farmer se levantó y organizó una especie de coro para animarnos.

—Ra, ra, ra —decían—. «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.*» Ra, ra, ra.

Nada de esto me desconcertó. En cierta manera, era lo que yo había querido. ¿No es el ansia de descubrir lo que hace invencible al hombre? La repetición de aquella frase tenía para mí todo el atractivo de un descubrimiento. El hecho de que yo jugara con el equipo vencedor hizo que me sintiera feliz, y bajé a desayunar lleno de optimismo; pero nuestra cocina, desgraciadamente, también forma parte del país de los sueños. Con sus paredes lavables de color rosa, sus luces frías, su televisor empotrado (estaban diciendo unas oraciones) y sus plantas artificiales en macetas, hizo que sintiera nostalgia de mi sueño, y cuando mi mujer me ofreció el estilete y el bloc mágico en el que apuntamos lo que queremos de desayuno, escribí: «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zyolpocz ciwego.*» Ella se echó a reír y me preguntó qué significaba. Cuando repetí la misma frase —aquello parecía ser, en realidad, la única cosa que deseaba decir—, empezó a llorar y me di cuenta, al observar la amargura de sus lágrimas, que me vendría bien una temporada de descanso. El doctor Howland me administró un sedante, y después de comer tomé el avión para Florida.

Ahora ya es tarde. Bebo un vaso de leche y tomo una píldora para dormir. Sueño que veo una hermosa mujer arrodillada en un campo de trigo. Sus cabellos de color castaño claro son abundantes y su falda, amplia. Parece una ropa pasada de moda —una ropa de antes de mi época—, y me pregunto cómo puedo conocer y sentir tanta ternura por una mujer vestida con ropa que podría haber usado mi abuela. Y, sin embargo, parece real, más real que Tamiami Trail, seis kilómetros al este, con sus Smorgoramas y sus puestos de Giganticburger; más real que las callejuelas de Sarasota. No le pregunto quién es. Sé lo que dirá. Pero ella sonríe y empieza a hablar antes de que pueda marcharme: «*Porpozec ciebie...*», comienza. En ese momento, o bien me despierto desesperado, o me despierta el ruido de la lluvia sobre las palmeras. Pienso en los campesinos que, al oír la lluvia, estirarán los brazos doloridos y sonreirán, pensando en el agua que se derrama sobre sus lechugas y sus coles, su cebada y su avena, sus chirivías y su maíz. Pienso en los fontaneros que, al despertarlos la lluvia, sonreirán ante la visión de un mundo en el que ya no queden desagües atascados. Desagües en ángulo recto, desagües retorcidos, desagües sofocados por las raíces y llenos de orín, todos gorgotean y descargan sus aguas en el mar. Pienso en que la lluvia despertará a alguna anciana que se pregunte si ha olvidado en el jardín su ejemplar de *Dombey e hijo*. ¿Quizá el chal? ¿Se acordó de tapar las sillas? Y sé que el ruido de la lluvia despertará a alguna pareja de amantes y que ese ruido les parecerá parte de la fuerza que los ha arrojado al uno en brazos del otro. Entonces me incorporo en la cama y exclamo en voz alta, hablando conmigo mismo: «¡Valor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Amabilidad! ¡Prudencia! ¡Belleza!» Las palabras parecen tener el color de la tierra, y mientras las recito siento que crece mi esperanza hasta quedar satisfecho y en paz con la noche.

Reunión

La última vez que vi a mi padre fue en la estación Grand Central. Yo venía de estar con mi abuela en los montes Adirondacks, y me dirigía a una casita de campo que mi madre había alquilado en el cabo; escribí a mi padre diciéndole que pasaría hora y media en Nueva York debido al cambio de trenes, y preguntándole si podíamos comer juntos. Su secretaria me contestó que se reuniría conmigo en el mostrador de información a mediodía, y cuando aún estaban dando las doce lo vi venir a través de la multitud. Era un extraño para mí —mi madre se había divorciado tres años antes y yo no lo había visto desde entonces—, pero tan pronto como lo tuve delante sentí que era mi padre, mi carne y mi sangre, mi futuro y mi fatalidad. Comprendí que cuando fuera mayor me parecería a él; que tendría que hacer mis planes contando con sus limitaciones. Era un hombre corpulento, bien parecido, y me sentí feliz de volver a verlo. Me dio una fuerte palmada en la espalda y me estrechó la mano.

—Hola, Charlie —dijo—. Hola, muchacho. Me gustaría que vinieses a mi club, pero está por las calles sesenta, y si tienes que coger un tren en seguida, será mejor que comamos algo por aquí cerca.

Me rodeó con el brazo y aspiré su aroma con la fruición con que mi madre huele una rosa. Era una agradable mezcla de whisky, loción para después del afeitado, betún, traje de lana y el característico olor de un varón de edad madura. Deseé que alguien nos viera juntos. Me hubiese gustado que nos hicieran una fotografía. Quería tener algún testimonio de que habíamos estado juntos.

Salimos de la estación y nos dirigimos hacia un restaurante por una calle secundaria. Todavía era pronto y el local estaba vacío. El barman discutía con un botones, y había un camarero muy viejo con una chaqueta roja junto a la puerta de la cocina. Nos sentamos, y mi padre lo llamó con voz potente:

—*Kellner!* —gritó—. *Garçon! Cameriere!* ¡Oiga usted!

Todo aquel alboroto parecía fuera de lugar en el restaurante vacío.

—¿Será posible que no nos atienda nadie aquí? —gritó—. Tenemos prisa.

Luego dio unas palmadas. Esto último atrajo la atención del camarero, que se dirigió hacia nuestra mesa arrastrando los pies.

—¿Esas palmadas eran para llamarme a mí? —preguntó.

—Cálmese, cálmese, *sommelier*—dijo mi padre—. Si no es pedirle demasiado, si no es algo que está por encima y más allá de la llamada del deber, nos gustaría tomar dos gibsons con ginebra Beefeater.

—No me gusta que nadie me llame dando palmadas —dijo el camarero.

—Debería haber traído el silbato —replicó mi padre—. Tengo un silbato que sólo oyen los camareros viejos. Ahora saque el bloc y el lápiz y procure enterarse bien: dos gibsons con Beefeater. Repita conmigo: dos gibsons con Beefeater.

—Creo que será mejor que se vayan a otro sitio —dijo el camarero sin perder la compostura.

—Ésa es una de las sugerencias más brillantes que he oído nunca —señaló mi padre—. Vámonos de aquí, Charlie.

Seguí a mi padre y entramos en otro restaurante. Esta vez no armó tanto alboroto. Nos trajeron las bebidas, y empezó a someterme a un verdadero interrogatorio sobre la temporada de béisbol. Al cabo de un rato golpeó el borde de la copa vacía con el cuchillo y empezó a gritar otra vez:

—*Garçon! Cameriere! Kellner!* ¡Oiga usted! ¿Le molestaría mucho traernos otros dos de lo mismo?

—¿Cuántos años tiene el muchacho? —preguntó el camarero.

—Eso no es en absoluto de su incumbencia —dijo mi padre.

—Lo siento, señor, pero no le serviré más bebidas alcohólicas al muchacho.

—De acuerdo, yo también tengo algo que comunicarle —dijo mi padre—. Algo verdaderamente interesante. Sucede que éste no es el único restaurante de Nueva York. Acaban de abrir otro en la esquina. Vámonos, Charlie.

Pagó la cuenta y nos trasladamos de aquél a otro restaurante. Los camareros vestían americanas de color rosa, semejantes a chaquetas de caza, y las paredes estaban adornadas con arneses de caballos. Nos sentamos y mi padre empezó a gritar de nuevo:

—¡Que venga el encargado de la jauría! ¿Qué tal los zorros este año? Quisiéramos una última copa antes de empezar a cabalgar. Para ser más exactos, dos bibsons con Geefeater.

—¿Dos bibsons con Geefeater? —preguntó el camarero, sonriendo.

—Sabe muy bien lo que quiero —replicó mi padre, muy enojado—. Quiero dos gibsons con Beefeater, y los quiero de prisa. Las cosas han cambiado en la vieja y alegre Inglaterra. Por lo menos eso es lo que dice mi amigo el duque. Veamos qué tal es la producción inglesa en lo que a cócteles se refiere.

—Esto no es Inglaterra —repuso el camarero.

—No discuta conmigo. Limítese a hacer lo que se le pide.

—Creí que quizá le gustaría saber dónde se encuentra —dijo el camarero.

—Si hay algo que no soporto, es un criado impertinente —declaró mi padre—. Vámonos, Charlie.

El cuarto establecimiento en el que entramos era italiano.

—*Buongiorno* —dijo mi padre—. *Per favore, possiamo avere due cocktail americani, forti fortio. Molto gin, poco vermut.*

—No entiendo el italiano —respondió el camarero.

—No me venga con ésas —dijo mi padre—. Entiende usted el italiano y sabe perfectamente bien que lo entiende. *Vogliamo due cocktail americani. Subito.*

El camarero se alejó y habló con el encargado, que se acercó a nuestra mesa y dijo:

—Lo siento, señor, pero esta mesa está reservada.

—De acuerdo —asintió mi padre—. Denos otra.

—Todas las mesas están reservadas —declaró el encargado.

—Ya entiendo. No desean tenernos por clientes, ¿no es eso? Pues váyanse al infierno. *Vada all' inferno.* Será mejor que nos marchemos, Charlie.

—Tengo que coger el tren —dije.

—Lo siento mucho, hijito —dijo mi padre—. Lo siento muchísimo. —Me rodeó con el brazo y me estrechó contra sí—. Te acompaño a la estación. Si hubiéramos tenido tiempo de ir a mi club...

—No tiene importancia, papá —dije.

—Voy a comprarte un periódico —dijo—. Voy a comprarte un periódico para que leas en el tren.

Se acercó a un quiosco y pidió:

—Mi buen amigo, ¿sería usted tan amable de obsequiarme con uno de sus absurdos e insustanciales periódicos de la tarde? —El vendedor se volvió de espaldas y se puso a contemplar fijamente la portada de una revista—. ¿Es acaso pedir demasiado, señor mío? —insistió mi padre—, ¿es quizá demasiado difícil venderme uno de sus desagradables especímenes de periodismo sensacionalista?

—Tengo que irme, papá —dije—. Es tarde.

—Espera un momento, hijito —replicó—. Sólo un momento. Estoy esperando a que este sujeto me dé una contestación.

—Hasta la vista, papá —dije; bajé la escalera, tomé el tren, y aquella fue la última vez que vi a mi padre.

Una culta mujer norteamericana

Sigo unida en sagrado matrimonio a mi nada intelectual marido, jugador de fútbol americano en la universidad, que pesa noventa kilos, y me mantengo ocupada llevando y trayendo a mi hijo Bibber de un colegio privado en cuya organización participé. He sido, en diferentes etapas, presidenta de todas las organizaciones cívicas de la comunidad, y el año pasado dirigí, durante nueve meses, la agencia local de viajes. Un editor de Nueva York (toco madera) se interesa por la biografía crítica de Gustave Flaubert que estoy escribiendo. El año pasado me presenté como candidata a supervisor a municipal por el partido demócrata, y obtuve el mayor número de votos que nuestro partido ha obtenido en toda la historia de este pueblo. Polly Coulter Mellowes (graduada en el año 42) estuvo una semana con nosotros al volver de París camino de Minneapolis, y hablamos, comimos, bebimos y pensamos en francés durante toda su visita. ¡Cómo nos acordamos de mademoiselle De Grasse! Y aún me queda tiempo para curar pájaros y tejer calcetines con rombos de distintos colores.

Esta noticia biográfica redactada para la revista de antiguas alumnas de su universidad quizá haga pensar en una mujer agresiva, pero Jill no lo era en absoluto. Jill Chidchester Madison desempeñaba una multitud de cargos debido a su eficacia, a su inteligencia y a su simpatía personal, pero era en realidad bastante tímida. En la época a la que me estoy refiriendo se peinaba siempre — tenía el pelo de color castaño claro— con gran sencillez y de una manera que hacía pensar precisamente en su aspecto en el internado, veinte años antes. El internado pudo ensombrecer quizá sus gustos en el vestir; eso y el hecho de que Jill tenía unos pechos muy pequeños y era una de esas mujeres que consideran tal carencia como una desgracia peor que perder una pierna. Teniendo en cuenta sus amplios horizontes intelectuales, resultaba extraño que una cosa así pudiera preocuparla, pero lo cierto es que la preocupaba terriblemente. Jill tenía las piernas bonitas y un color de piel delicado y saludable. Los ojos, de color castaño, estaban demasiado juntos, de manera que, cuando se desanimaba, su mirada adquiría un aire de roedor.

La madre de Jill, Amelia Faxon Chidchester, era una mujer robusta y vigorosa de espléndidos cabellos blancos, rostro encarnado y una curiosa manera de acentuar las palabras que parecía más temperamental que regional. Los vocablos de la señora Chidchester estaban acuñados para expresar su infatigable vigor, su capacidad de triunfo sobre el sufrimiento, su entusiasmo por la cultura y su confianza en la humanidad. Amelia Chidchester era autora de diecisiete libros no publicados. El padre de Jill murió cuando ella tenía seis años. Jill había nacido en San Francisco, donde su padre dirigía una editorial de poca importancia y administraba una pequeña fortuna. A su mujer y a su hija les dejó dinero suficiente para evitarles situaciones difíciles y cualquier tipo de ansiedad económica, pero tenían mucho menos dinero que el resto de sus familiares. Jill daba la impresión de ser una niña precoz, y a los tres años su madre la llevó a Munich, donde ingresó en el Gymnasium für Kinder, dirigido por el doctor Stock y orientado hacia la observación de niños super-dotados. La competencia era feroz y los tests de reacción de Jill no pasaban de mediocres, pero ella se hacía querer y era una chica brillante. Cuando cumplió los cinco años, su madre la llevó a la Scuola Pantola de Florencia, una institución similar. De allí pasaron a Inglaterra, a la famosa Tower Hill School, situada en el condado

de Kent. Después, Amelia, o Melee, como la llamaban, decidió que la niña debía echar raíces en algún sitio, y alquiló una casa en Nantucket; fue allí donde Jill se incorporó al sistema norteamericano de escuelas públicas.

No sé por qué los niños que han pasado años en el extranjero tendrían que parecer desnutridos, pero eso es lo que sucede en muchos casos, y Jill, con su mezcla de ropas e idiomas, con las piernas desnudas y sandalias, daba la impresión de que todo el esfuerzo empleado en educarla sólo había servido para convertirla en una figura patética. Era una de esas niñas que brincan mucho. Iba al colegio dando saltitos y volvía a casa saltando. Era tímida. Carecía de sentido práctico, y su madre más bien la alababa por ello. «No hace falta que friegues los platos, cariño —le decía—. No hay razón para que una chica tan inteligente como tú pierda el tiempo fregando platos.» Tenían una sirvienta muy fiel —todos los criados de Melee adoraban el suelo que pisaba—, y la única idea de Jill sobre las faenas caseras era que no tenía por qué perder el tiempo con ellas. Hacia los diez años aprendió a tejer calcetines con rombos de distintos colores, y se le permitió que cultivara aquella habilidad como pasatiempo. Jill era romántica. En uno de sus cuadernos escribió lo siguiente:

La señora Amelia Faxon Chidchester tiene el honor de invitarlo al enlace matrimonial de su hija Jill con el vizconde Ludley-Huntington, conde de Ashmead, en la abadía de Westminster. Se ruega corbata blanca y condecoraciones.

La casa de Nantucket era agradable, y Jill aprendió a navegar a vela. Fue en Nantucket donde su madre habló por primera vez con ella sobre un tema para el que carecemos de vocabulario en inglés: el amor. Sucedió al atardecer. Había fuego en la chimenea y flores sobre la mesa. Jill estaba leyendo y su madre escribía. Melee abandonó la pluma y dijo, por encima del hombro: «Creo mi deber decirte, cariño, que durante la guerra era la encargada de una cantina del Embarcadero, y me entregué a muchos soldados solitarios.»

Esta confesión tuvo un efecto terrible. A Jill le resultó incomprensible, tanto a nivel emocional como intelectual. Sintió deseos de llorar. No era capaz de imaginar a su madre entregándose —según sus propias palabras— a una larga fila de soldados solitarios. La forma de hablar de su madre era una clara y autoritaria afirmación de su indiferencia ante aquel aspecto de la realidad. No parecía posible ignorar lo que había dicho. La frase de Melee quedó incrustada en la conciencia de Jill como los restos de un meteorito. Quizá fuera todo mentira, pero su madre no mentía nunca. Entonces Jill, por una vez en su vida, fue consciente de las limitaciones de Melee. No era mentirosa, pero toda ella era mentira. Su acento era falso, sus gustos eran falsos y el aspecto seráfico que adoptaba cuando escuchaba música era la expresión de alguien que trata de recordar un número de teléfono olvidado. Con su incansable buen humor, sus continuos dolores, su implacable esnobismo, sus falsos derechos en nombre de la cultura, sus amigos pretenciosos y sus declaraciones, tan llenas de fuerza como carentes de sentido, por un momento, Melee le dio la impresión de ilustrar cierta suprema falta de discernimiento por parte de la naturaleza. Pero ¿era Jill capaz de crear, sin ayuda, lazos de amor y de sabiduría entre aquella desconocida que le había dado la vida y la vida misma tal como ella la veía, manifestándose en los campos y en los bosques, maravillosa y delicada, más allá de las ventanas? ¿No podría más bien...? Pero Jill se sentía demasiado joven, demasiado frágil, demasiado indefensa para construirse una vida prescindiendo de su madre, y, por consiguiente, decidió que Melee no había dicho lo que había dicho,

y selló con un beso su negativa a enfrentarse con la realidad.

Jill entró en el internado a los doce años, y mientras estuvo allí se llevó todas las matrículas. Su expediente académico y sus éxitos deportivos y sociales carecían de precedente. Durante su segundo año de universidad, visitó a su familia de San Francisco, y conoció y se enamoró de Georgie Madison. Teniendo en cuenta la capacidad intelectual de Jill, Georgie no era el tipo de persona que uno le hubiera adjudicado, pero quizá fuese una muestra de sentido común por su parte elegir un hombre de intereses vitales tan distintos de los suyos. Georgie era un individuo tranquilo, de huesos grandes, pelo negro y un dulce mirar capaz de romper el corazón de las huérfanas de cualquier edad; y Jill, después de todo, no tenía padre. Georgie Madison trabajaba de adjunto a la dirección de unos astilleros de San Francisco. Se había graduado en Yale, pero una vez, cuando Melee le preguntó si le gustaba Thackeray, respondió con gran sinceridad y cortesía que nunca había probado ninguno. Su contestación acabó convirtiéndose en un chiste familiar. Jill y Georgie se prometieron cuando ella estaba en el tercer año de universidad y se casaron una semana después de su graduación, y en sus últimos exámenes la hija de Melee acaparó de nuevo todas las matrículas. A Georgie lo trasladaron a unos astilleros de Brooklyn y el nuevo matrimonio se fue a vivir a Nueva York, donde Jill consiguió un empleo en el departamento de relaciones públicas de unos grandes almacenes.

En el segundo o tercer año de matrimonio, nació un hijo, al que pusieron el nombre de Bibber. El parto fue difícil y Jill quedó imposibilitada para tener más hijos. Cuando el niño era todavía pequeño se trasladaron a Gordonville. Jill se sentía más feliz en el campo que en la ciudad, porque el campo parecía ofrecer más oportunidades para sacar partido a sus talentos. Sucesivamente recayó sobre ella la presidencia de todas las asociaciones cívicas, y cuando la viuda que se ocupaba de la agencia local de viajes se puso enferma, Jill la sustituyó con gran éxito. Su único problema era encontrar a alguien que cuidara de Bibber. Pasaron por la casa una multitud de mujeres de edad que no resultaron satisfactorias, además de muchas estudiantes de bachillerato y mujeres de la limpieza. Georgie quería a su hijo con locura. El chico era bastante listo, pero a su padre le parecía de una inteligencia privilegiada. Paseaba con el crío, jugaba con él, lo bañaba antes de acostarlo y le contaba historias para que se durmiera. Cuando estaba en casa, Georgie se ocupaba de todo lo relativo a su hijo, cosa muy conveniente, porque con frecuencia Jill terminaba de trabajar después que él.

Al ceder las riendas de la agencia de viajes, Jill decidió organizar una excursión en grupo por Europa. No había salido al extranjero desde que se casó, y, si era ella quien organizaba el viaje podía resultarle gratis. Eso, al menos, era lo que decía. Los astilleros de Georgie marchaban bien y no había razones de peso para que Jill tuviera que viajar gratis, pero él comprendió que la idea de dirigir aquella expedición significaba un estímulo y una oportunidad de probar su eficiencia, y al final dio su aprobación e incluso la animó a hacerlo. Se apuntaron veintiocho personas a la excursión, y a primeros de julio Georgie vio cómo Jill y sus corderitos, como ella los llamaba, tomaban un jet con destino a Copenhague. Su itinerario los llevaría hacia el sur, hasta Nápoles, donde Jill depositaría a las personas a su cargo en otro avión que las devolvería al hogar. Georgie iría después a reunirse con ella en Venecia, para pasar juntos una semana. Jill mandó postales a su marido todos los días, y algunos de los excursionistas estaban tan encantados con su manera de llevar el viaje que escribieron a Georgie para decirle que tenía una esposa verdaderamente encantadora, competente y entendida. Los vecinos de Georgie se mostraron muy amables con él, y cenó en su casa casi todas las noches. A Bibber, que no había cumplido aún los cuatro años, lo enviaron a un campamento de verano.

Antes de salir para Europa, Georgie se pasó por New Hampshire para ver cómo iba Bibber. Lo echaba mucho de menos y aparecía en sus ensoñaciones con mucha más frecuencia que el vivaz rostro

de su mujer. Para dormirse, Georgie imaginaba una improbable excursión a los Dolomitas cuando su hijo fuese ya mayor. Noche tras noche, ayudaba a Bibber a pasar de risco en risco. Por encima de sus cabezas, la escasa nieve de las cumbres brillaba bajo el sol del verano. Cargados de mochilas y cuerdas, descendían a Cortina poco después del anochecer. En la vida real, el viaje de Georgie hacia el norte resultó bien distinto de sus ensueños alpinos.

Tardó casi todo el día en llegar a la zona de New Hampshire donde se encontraba su hijo. Pasó una noche muy intranquila en un motel y salió por la mañana en busca del campamento. El tiempo estaba revuelto y a su alrededor predominaban las montañas. Caían chaparrones y a veces lucía el sol tímidamente: una atmósfera no tanto de tristeza como de desolación. La mayor parte de las granjas que iba dejando atrás estaban abandonadas. Mientras se aproximaba a su destino, Georgie tuvo la impresión de que tanto el campamento como el paisaje que lo rodeaba estaban situados al margen del tiempo; o quizá se trataba tan sólo de una vuelta a su propia experiencia de veranos y campamentos como períodos vitales completamente aislados del resto. Luego pudo contemplar todas las instalaciones desde una pequeña altura. Había un pequeño lago; un estanque, en realidad: uno de esos estanques redondos con aguas color de té, rodeados de bosquecillos de pinos que producen una impresión de fatiga geológica. Los recuerdos que Georgie conservaba de sus propios campamentos eran soleados y brillantes, y aquel agujero deprimente, con su hacinamiento de cabañas de tablas podridas, contrastaba brutalmente con ellos. Georgie se dijo que las cosas tendrían sin duda otro aspecto cuando brillase el sol. Había flechas indicando el camino al edificio donde estaban las oficinas y lo esperaba la directora. Era una mujer joven de ojos azules, y su eficiencia no había eclipsado por completo su atractivo.

—Hemos tenido algunas dificultades con su hijo —le explicó la directora—. No lo está pasando demasiado bien. Es algo que sucede muy pocas veces. Casi nunca tenemos niños que echen sus casas de menos. Las excepciones suelen ser hijos de familias divididas, y de ordinario procuramos que no vengan. Podemos resolver problemas normales, pero nos desbordan los niños que se sienten más desgraciados de lo normal. Por regla general, rechazamos las solicitudes de los hijos de divorciados.

—Pero la señora Madison y yo no estamos divorciados —aclaró Georgie.

—Eso es nuevo para mí. ¿Están ustedes separados?

—No —dijo Georgie—, no lo estamos. La señora Madison se encuentra en Europa, pero yo voy mañana a reunirme con ella.

—Ya veo. En ese caso, no entiendo por qué a su hijo le ha costado tanto trabajo adaptarse. ¡Pero aquí llega Bibber para contárnoslo todo él mismo!

El niño soltó la mano de la mujer que lo traía y echó a correr hacia su padre. Estaba llorando.

—Vamos, vamos —dijo la directora—. Papá no ha venido desde tan lejos para ver a un niño llorón, ¿no te parece, Bibber?

Georgie sintió que el corazón le latía con violencia, lleno de amor y de confusión. Besó las lágrimas que mojaban el rostro del niño y lo apretó contra su pecho.

—Quizá quiera usted dar un paseo con Bibber —sugirió la directora—. Y quizá a él le apetezca enseñarle el campamento.

Georgie, con el niño colgado del brazo, tuvo que enfrentarse con ciertas responsabilidades que trascendían el amor que le inspiraba su hijo. Su instinto le decía que se llevara al niño de allí. Su sentido de la responsabilidad lo impulsaba a animarlo para sobrellevar las dificultades de la existencia.

—¿Cuál es el sitio que más te gusta? —le preguntó con entusiasmo, consciente de lo forzado de su tono y convencido de la necesidad de usarlo—. Quiero que me enseñes el sitio que más te guste de todo el campamento.

—No tengo ningún sitio favorito —respondió Bibber, que estaba consiguiendo dejar de llorar—. Eso es el comedor —dijo, indicando un largo y feo cobertizo. Trozos nuevos de madera amarilla habían sustituido las tablas podridas.

—¿Es ahí donde jugáis? —preguntó Georgie.

—No jugamos —dijo Bibber—. La señora que se ocupaba de los juegos se puso enferma y tuvo que marcharse.

—¿Es ahí donde cantáis?

—Por favor, papá, llévame a casa —suplicó Bibber.

—No puedo, cariño. Mamá está en Europa y yo me marcho mañana por la tarde para reunirme con ella.

—¿Cuándo voy a poder volver a casa?

—Tendrás que esperar a que termine el campamento. —Georgie sintió en parte lo dura que aquella frase resultaba para su hijo. Notó cómo la respiración del niño sufría una dolorosa aceleración. En algún lugar sonó un cuerno de caza. Georgie, esforzándose por armonizar sus responsabilidades con sus sentimientos, se arrodilló y cogió al niño en brazos—. ¿Te das cuenta? No puedo telegrafiar a mamá y decirle que no voy. Me está esperando. Y en realidad no se puede decir que tengamos una casa cuando mamá se ha ido. Yo almuerzo fuera, y no vuelvo hasta la noche. No habría nadie que se ocupara de ti.

—He participado en todas las actividades —dijo el niño, con la esperanza de hacer valer sus méritos. Era su último intento de lograr clemencia, y al ver que también fallaba, añadió—: Tengo que irme. Va a empezar mi tercera clase —y se alejó por un sendero marcado entre los pinos a fuerza de pisadas.

Georgie volvió a las oficinas reflexionando sobre el hecho de que a él le habían gustado los campamentos de verano, que había sido uno de los muchachos con más amigos, y que nunca había sentido deseos de volver a casa.

—Yo creo que las cosas mejorarán —dijo la directora—. Una vez que supere este bache, lo pasará mucho mejor que los demás. De todas formas, quisiera pedirle que no se quede mucho tiempo.

Ahora está en la clase de equitación. ¿Por qué no va a ver cómo monta a caballo y se marcha cuando termine la lección? Bibber está orgulloso de cómo monta, y así evitaremos una penosa despedida. Esta noche tendremos un gran fuego de campamento y cantaremos mucho. Estoy seguro de que su hijo no tiene nada que no pueda curarse cantando a pleno pulmón alrededor de una buena fogata.

A Georgie todo aquello le parecía razonable; también a él le gustaba cantar alrededor de un fuego de campamento. ¿Podía existir alguna pena infantil que se resistiera a una animada interpretación del *The Battle Hymn of the Republic*? Georgie fue hasta el picadero cantando «*They have builded him an altar in the evening dews and damps...*». Había empezado a llover de nuevo, y Georgie no pudo saber si lo que mojaba las mejillas del niño eran lágrimas o gotas de lluvia. Bibber iba montado a caballo, y un palafrenero llevaba al animal por la brida. El niño saludó a su padre y casi perdió el equilibrio; en cuanto le dio la espalda, Georgie se marchó.

Al día siguiente voló hasta Treviso y allí tomó el tren de Venecia; Jill lo esperaba en un hotel suizo, sobre uno de los canales interiores. Se emocionaron al reunirse de nuevo, y el cariño de Georgie no disminuyó al notar que su mujer estaba cansada y que había adelgazado. Guiar a sus corderitos a través de Europa había resultado una tarea ardua y fatigosa. Lo que Georgie quería hacer era dejar aquel hotel de tercera categoría y trasladarse a Cipriani, alquilar un toldo en el Lido y pasarse una semana en la playa. Jill no quiso trasladarse a Cipriani —estaría lleno de turistas—, y el segundo día de su vida veneciana en común se levantó a las siete, preparó un café soluble en el vaso para el cepillo de dientes y los dos estaban ya en San Marcos cuando empezó la misa de ocho. Georgie conocía Venecia, y Jill sabía —o debería haber sabido— que no le interesaban los cuadros ni los mosaicos, pero ella fue llevándolo de la oreja (es una manera de decir) por todos los monumentos. Georgie supuso que había adquirido el hábito de hacer visitas a lugares artísticos sin cansarse, y que lo más sensato sería esperar a que el hábito terminara por agotarse. Sugirió que fueran a comer a Harry's, y Jill dijo:

—¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así, cariño?

Comieron en una *trattoria* y visitaron iglesias y museos hasta la hora de cerrar. A la mañana siguiente, Georgie volvió a sugerir el Lido, pero Jill ya había hecho las reservas para ir a Maser y visitar las villas.

Jill aportó toda su experiencia de directora de grupo a su estancia veneciana, aunque Georgie no veía la necesidad. Somos muchos los que disfrutamos cuando tenemos una oportunidad de mostrar nuestros conocimientos, pero Georgie no lograba detectar esa satisfacción en la actuación de Jill. Algunas personas aman la pintura y la arquitectura, pero no había el menor síntoma de afecto en la manera que Jill tenía de enfrentarse con los tesoros venecianos. A Georgie el culto a la belleza le resultaba más bien misterioso, pero ¿hacía falta que la belleza aplastara por completo el sentido del humor? Jill resistió a pie firme, un tórrido mediodía, ante la fachada de una iglesia, leyéndole los datos que daba su guía. Enunciaba fechas, batallas navales y otras cosas parecidas, y esbozaba la historia de la república veneciana como si estuviera preparando a su marido para un examen. La brillante luz que la iluminaba no resultaba nada favorecedora, y el ambiente ordinariamente festivo de Venecia hacía que su erudición y su incansable entusiasmo parecieran ridículos. Jill trataba de inculcarle que Venecia hay que tomársela en serio. ¿Y era aquél, se preguntaba Georgie, el significado, la suma total de tantos mármoles espléndidos, de la ruinoso y laberíntica ciudad, aromatizada con el olor característico del agua estancada? Rodeó a su mujer con el brazo y dijo:

—Vámonos, cariño.

Jill lo apartó y replicó:

—No sé de qué me estás hablando.

Jill no podría haber escudriñado Venecia con más detalle ni de manera más exhaustiva si hubiese estado buscando una dirección olvidada, o un niño, o una agenda, o un collar, o cualquier otra cosa de valor. Georgie pasó el resto de su común estancia en Venecia acompañándola en aquella búsqueda misteriosa. De vez en cuando se acordaba de Bibber y de su campamento. Volvieron a Estados Unidos en avión desde Treviso, y con la luz más matizada y familiar de Gordonville, Jill volvió a parecer ella misma. Se reinstalaron en la felicidad conyugal, y dieron la bienvenida a Bibber cuando el campamento le permitió volver a casa.

«¿No es maravilloso, no es el período más maravilloso de la arquitectura doméstica norteamericana?», les preguntaba siempre Jill a sus huéspedes al mostrarles su amplia casa, construida enteramente de madera. Había sido edificada en los años setenta del siglo XIX, y tenía ventanas muy altas, un comedor ovalado y un establo con cúpula. Sin duda resultaba difícil de sostener, pero ese problema nunca se dejaba sentir (al menos, cuando había invitados). Las habitaciones —de techos altos— estaban siempre llenas de luz y poseían una gracia especial: resultaban austeras, melancólicas y delicadamente equilibradas. Las responsabilidades sociales más claras recaían sobre Jill; la conversación de Georgie quedaba limitada a la industria naval, pero él preparaba los cócteles, trinchaba el asado y servía el vino.

Había fuego en la chimenea, flores sobre las consolas, los muebles y la plata resplandecían, pero nadie sabía ni sospechaba que era Georgie quien enceraba las sillas y sacaba brillo a los tenedores.

«Es muy sencillo —había dicho Jill—, el cuidado de la casa no va conmigo», y él era lo bastante inteligente como para descubrir la verdad que encerraba su afirmación; lo bastante inteligente como para no esperar que ella dejara de considerarse una mujer culta, porque aquello era la fuente de gran parte de su vitalidad y de su alegría.

Un invierno muy tormentoso no consiguieron tener ningún sirviente. Contrataban un cocinero para el día cuando tenían invitados, pero el resto del trabajo recaía sobre Georgie. Era el año que Jill estudiaba literatura francesa en la Universidad de Columbia e intentaba terminar su libro sobre Flaubert. En una típica velada casera, Jill estaría sentada frente a la mesa del dormitorio, trabajando en su libro. Bibber dormiría. Georgie se hallaría en la cocina, limpiando el bronce y la plata. Llevaría puesto un delantal y bebería whisky, rodeado de cajas de cigarrillos, aguamaniles, cuencos, morillos y un cajón entero de cubertería. No le gustaba limpiar la plata, pero si no lo hacía él, se ennegrecería. Y Jill había dicho que aquello no le iba. Tampoco le iba a él, ni lo habían educado para hacerlo; pero aunque, como ella decía, no fuera un intelectual, tenía la suficiente cabeza como para no aceptar ninguna de las vulgaridades ni los lugares comunes asociados con la lucha por la igualdad de los sexos. La lucha era reciente, lo sabía; era real, inexorable, y aunque Jill dejara a un lado los deberes domésticos, Georgie era capaz de comprender que quizá lo hacía sin desearlo. La habían educado para intelectual, en muchos ambientes se ponía en duda su emancipación, y puesto que él parecía poseer mayor flexibilidad y ocupar una posición tradicional más sólida, era lógico que cediese en materias de poca importancia como las faenas caseras. Georgie sabía que Jill no había elegido ser educada como

una intelectual, pero la elección, hecha por otros, parecía irrevocable. Su apasionado temperamento sexual atribuía a su esposa la suavidad, la tibieza y la total ceguera del amor; pero ¿por qué —se preguntaba mientras sacaba brillo a los tenedores— daba la impresión de existir cierta contradicción entre esos atributos y la posesión de una mente clara? La inteligencia, Georgie lo sabía muy bien, no es un atributo masculino, aunque el peso de la tradición haya colocado a lo largo de los siglos tanto poder en las manos de los hombres que su antigua supremacía resulte difícil de olvidar. Pero ¿por qué su instinto lo hacía esperar que la mujer entre cuyos brazos pasaba las noches procurase al menos ocultar sus muchos conocimientos? ¿Por qué parecía existir cierta fricción entre el enorme amor que sentía por ella y la incapacidad de Jill para entender la teoría del quantum?

Jill bajó a dar una vuelta paseando por la casa y se detuvo ante la puerta de la cocina para ver trabajar a su marido. Inmediatamente se sintió invadida por la ternura. Con qué hombre tan amable, delicado, serio y bien parecido se había casado. Cuánto interés se tomaba por la casa. Pero después, mientras seguía contemplándolo, tuvo un escalofrío espiritual, un paroxismo de dudas. Inclinado como se hallaba sobre la mesa de la cocina, haciendo un trabajo femenino, ¿era realmente un hombre? ¿Se había casado en realidad con un medio-hombre, con una aberración? ¿Le gustaba quizá llevar delantal? ¿Era tal vez un invertido? ¿Y no era también ella un ser aberrante? Pero aquello era inadmisibile, e igualmente inadmisibile el razonamiento que la llevaba a la conclusión de que Georgie limpiaba la plata porque se veía forzado a ello. Repentinamente, una tosca e imprecisa imagen cristalizó en algún lugar de su imaginación: la de un marinero hirsuto y borracho que le pegara los sábados por la noche, desfogara en ella sus vulgares apetitos y le hiciera fregar el suelo de rodillas. Ése era el tipo de hombre con quien debería haberse casado. Ése era su auténtico destino. Georgie levantó la vista, sonrió amablemente y le preguntó qué tal iba su trabajo.

—*Ça marche, ça marche* —dijo Jill cansadamente, y volvió al piso de arriba, a su mesa de trabajo.

«El pequeño Gustave no se llevaba bien con sus compañeros de colegio —escribió—. Despertaba muy pocas simpatías...»

Georgie subió al comedor al terminar con la plata. Pasó suavemente una mano por el cabello de su mujer.

—Espera a que termine este párrafo —le pidió ella.

Jill lo oyó darse una ducha, oyó sus pies descalzos sobre la alfombra cuando cruzó la habitación y se dejó caer, feliz, sobre la cama. Empujada tanto por el deber como por el deseo, pero pensando aún en las glorias de Flaubert, Jill se lavó, se perfumó y se reunió con Georgie en el amplio lecho que, con la fragancia de las sábanas limpias y gracias a la luz tamizada, parecía realmente un refugio boscoso. «*Bosquet*—pensó ella—, *brume, bruit.*» Y después, incorporándose entre sus brazos, exclamó:

—*Elle avait lu Paul et Virginie, et elle avait rêvé la maisonnette de bambous, le nègre Domingo, le chien Fidèle, mais surtout l'amitié douce de quelque bon petit frère, qui va chercher pour vous des fruits rouges dans les granas arbres plus hauts que des clochers, ou qui court pieds nus sur le sable, vous apportant un nid d'oiseau...*

—¡Maldita sea! —dijo Georgie con toda la amargura de que era capaz. Se levantó de la cama,

cogió una manta del armario y se fue a dormir al cuarto de estar.

Jill lloró. Georgie estaba celoso de su inteligencia. Se dio cuenta de ello. ¿Era preciso que se hiciera pasar por imbécil para resultar atractiva? ¿Por qué tenía que encolerizarse su marido si ella decía unas cuantas palabras en francés? Pretender que la inteligencia, la erudición y todos los lógicos resultados de una educación esmerada fuesen atributos masculinos era una actitud pasada de moda desde hacía un siglo. Luego tuvo la impresión de que tanta crueldad era más de lo que su corazón estaba en condiciones de soportar. Le pareció sentir el crujido de sus ensamblajes, como si su corazón fuese un barril y estuviera tan repleto de sufrimientos que, al igual que esas cajas medio rotas donde se ocultan tesoros infantiles, había terminado por estallar. «Inteligencia», fue la palabra sobre la que volvió a concentrar su atención: era la inteligencia lo que estaba en la palestra. Y, sin embargo, aquella palabra tenía que resonar libre y limpia del dolor que ella sufría. La inteligencia era el tema central de discusión, pero en aquel momento tenía el sabor de la carne y de la sangre. Jill se estaba enfrentando con el esqueleto del dolor, con sus mismos huesos, bien cocidos en la olla y brillantados por los dientes de los perros; se enfrentaba con una inteligencia que tenía sabor a muerte. Jill estuvo llorando hasta quedarse dormida.

Más tarde la despertó un ruido violento. Se asustó. ¿Quizá Georgie pretendía hacerle daño? ¿Se habría estropeado de alguna forma la complicada maquinaria de la antigua casa? ¿Ladrones? ¿Fuego? El ruido procedía del cuarto de baño. Encontró a Georgie desnudo y a gatas, con la cabeza debajo del lavabo. Se acercó rápidamente y lo ayudó a incorporarse.

—Estoy perfectamente —dijo él—, pero terriblemente borracho.

Jill lo llevó hasta la cama, donde se quedó dormido de inmediato.

Tuvieron invitados unos días después, y toda la plata que Georgie había limpiado volvió a usarse. La velada transcurrió sin un roce. Uno de los invitados, abogado, contó un escándalo local. Las autoridades municipales y estatales habían aprobado la construcción de un tramo de autopista para unir dos zonas urbanizadas de los alrededores. El coste era de tres millones, según la oferta hecha por un contratista llamado Felici. La autopista acabaría con un amplio jardín y un parque de estilo clásico que llevaban utilizándose medio siglo. El propietario, un octogenario, vivía en San Francisco, y o estaba incapacitado, o no le importaba, o se hallaba paralizado por la indignación. El nuevo tramo de autopista no tenía utilidad alguna; ningún estudio sobre frecuencia de tráfico había demostrado que fuese necesario. Un hermoso parque y un buen pellizco del dinero de los contribuyentes iban a ser presa de un contratista avariento y sin escrúpulos.

Era el tipo de historia que le gustaba a Jill. Se le encendieron los ojos y se le colorearon las mejillas. Georgie la contemplaba con una mezcla de orgullo y de terror. Habían despertado su conciencia cívica y él sabía que estaba dispuesta a enfrentarse con aquel escándalo hasta conseguir algún resultado. Semejante oportunidad hacía feliz a Jill, pero aquella noche su felicidad incluía su casa, su marido y su manera de vivir. El lunes por la mañana cayó como un tornado sobre las diferentes comisiones que controlaban la construcción de autopistas y comprobó la veracidad de la historia. Inmediatamente organizó un comité e hizo circular una petición. Encontraron a una anciana, la señora Haney, para que se ocupara de Bibber, y una estudiante de bachillerato venía por las tardes para leerle. Jill estaba enfrascada en su trabajo y se la veía llena de entusiasmo y con los ojos

brillantes.

Esto sucedía en el mes de diciembre. Una tarde, Georgie salió de su oficina de Brooklyn y se dirigió al centro para hacer algunas compras. Todos los rascacielos estaban ocultos por nubes de lluvia, pero él sentía su presencia como si de una familiar cordillera se tratase. Tenía los pies mojados y le dolía la garganta. Las calles se hallaban abarrotadas, y los adornos navideños en las fachadas de los grandes almacenes estaban tan altos que su significado se le escapaba. Aunque veía el dosel luminoso de Lord & Taylor's, sólo distinguía las barbillas y las túnicas del coro de ángeles que ocupaba de un extremo a otro la fachada de Saks. Retazos de música navideña lograban atravesar la lluvia. Se metió en un charco. La oscuridad era tan intensa como si fuera de noche; quizá las muchas luces creaban una impresión total de oscuridad. Georgie entró en Saks. Dentro, el espectáculo del pillaje brillantemente iluminado al que se consagraban miles de personas bien vestidas lo obligó a detenerse. Se apartó a un lado para evitar que lo aplastaran las multitudes que intentaban entrar o salir. Advirtió claramente los primeros síntomas de un resfriado. A una mujer que estaba junto a él se le cayeron varios paquetes. Georgie se agachó para recogerlos. Ella tenía un rostro agradable y llevaba un abrigo de marta de color negro; él se fijó en que sus zapatos estaban aún más empapados que los suyos. La señora le dio las gracias y Georgie le preguntó si pensaba lanzarse al asalto de los mostradores.

—Ésa era mi intención —respondió ella—, pero he cambiado de idea. Tengo los pies mojados y el terrible presentimiento de que me estoy acatarrando.

—A mí me pasa lo mismo —comentó él—. Vayámonos a algún sitio tranquilo a tomar una copa.

—Pero yo no puedo hacer eso —dijo ella.

—¿Por qué no? —preguntó Georgie—. ¿Estamos en fiestas, no es cierto?

Aquella frase logró que la tarde pareciera menos oscura. Quería ser un llamamiento a la alegría. Tal era el sentido de los cánticos y de las luces.

—No lo había enfocado nunca de esa manera —dijo ella.

—Vamos —insistió Georgie.

La cogió del brazo y caminaron por la avenida hasta encontrar un bar tranquilo. Georgie encargó las bebidas y empezó a estornudar.

—Lo que usted necesita es un baño caliente y meterse en la cama —dijo ella.

Su interés parecía puramente maternal. Georgie procedió a presentarse. Ella se llamaba Betty Landers. Su marido era médico. Tenía una hija casada y un hijo que terminaba ese año sus estudios en Cornell. Pasaba sola la mayor parte del tiempo, pero recientemente había empezado a pintar. Iba tres veces por semana a la Art Students League, y tenía un estudio en el Village. Se tomaron tres o cuatro copas y luego fueron en taxi a verlo.

El apartamento de Betty no respondía a la idea que Georgie tenía de un estudio. Tenía dos

habitaciones, se hallaba en un edificio nuevo cerca de Washington Square, y parecía más bien un pisito de soltera. Betty fue mostrándole sus tesoros; así era como ella los llamaba. El escritorio comprado en Inglaterra, la silla, que adquirió en Francia, la litografía firmada por Matisse. Tenía el cabello y las cejas oscuros, y un rostro de facciones delicadas; podría haber sido una chica soltera. Betty le preparó un whisky, y cuando Georgie le pidió que le enseñara sus cuadros, ella rehusó modestamente, aunque más tarde tuvo ocasión de verlos, amontonados en el cuarto de baño, junto con el caballete y otros utensilios, cuidadosamente ordenados. Nunca llegó a entender por qué llegaron a ser amantes, por qué en presencia de aquella desconocida se encontró de repente libre de todas las inhibiciones y capaz de desprenderse de toda su ropa. Betty no era joven. Tenía ligeras rugosidades en los codos y en las rodillas, como si fuese una prima lejana de Dafne, dispuesta a transformarse en seguida no en arbusto florecido, sino en un árbol tan recio como ordinario.

A partir de entonces se vieron dos o tres veces por semana. Aparte de que vivía en Park Avenue y de que se quedaba sola con frecuencia, Georgie nunca llegó a saber mucho más acerca de Betty. Ella se interesaba por su vestuario y lo mantenía informado sobre las rebajas en los grandes almacenes. Era uno de sus temas predilectos de conversación. Sentada sobre sus rodillas, le decía que había un saldo de corbatas en Saks, o de zapatos en Brooks, o de camisas en Altman's. Jill estaba tan ocupada durante aquel tiempo con su campaña sobre la autopista que apenas se fijaba en sus entradas y salidas; pero una noche, sentado en la sala de estar mientras su mujer telefoneaba desde el piso de arriba, Georgie comprendió que se había comportado de una manera indigna. Decidió que ya era hora de terminar aquella aventura, comenzada en una tarde oscura, antes de Navidad. Cogió una cuartilla y escribió: «Cariño, salgo esta noche para San Francisco y pasaré fuera seis semanas. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que, sin duda, será mejor no volver a vernos.» Rehízo la carta, cambiando San Francisco por Roma, y puso las señas del estudio de Betty en el Village.

Jill seguía haciendo llamadas telefónicas cuando Georgie llegó a casa al día siguiente. Matilde, la estudiante de bachillerato, estaba leyéndole un libro a Bibber. Georgie habló con su hijo y después bajó a la antecocina para prepararse una copa. Mientras estaba allí oyó los tacones de Jill en la escalera. Su sonido era apresurado y tenía algo de vengativo; cuando entró, su rostro estaba pálido y desencajado. Sus manos temblaban, y en una de ellas sostenía la primera de las dos cartas escritas por Georgie.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En la papelera.

—Entonces te lo explicaré —dijo Georgie—. Siéntate, por favor. Siéntate un minuto y te lo contaré todo.

—¿Tengo que sentarme? Estoy terriblemente ocupada.

—No, no tienes que hacerlo, pero ¿te importaría cerrar la puerta? Matilde puede oírnos.

—No creo que nada de lo que tengas que decir exija cerrar la puerta.

—No tengo que decirte más que esto —dijo Georgie, cerrándola él—: Desde diciembre, justo

antes de Navidad, mantengo una relación con otra mujer, una persona que está muy sola. No sabría explicarte mi elección. Quizá fuera porque Betty tiene un apartamento propio. No es ni joven ni guapa. Sus hijos ya son mayores. Su marido es médico. Viven en Park Avenue.

—¡Dios mío! —dijo Jill—. ¡Park Avenue! —y se echó a reír—. Me encanta ese detalle. Tendría que haberme figurado que si inventabas una amante viviría en Park Avenue. Siempre has sido muy ingenuo.

—¿Crees que me lo he inventado?

—Sí, creo que te has sacado todo eso de la manga para herirme. Nunca has tenido mucha imaginación. Quizá te saldría mejor si hubieses leído algo de Thackeray. De verdad. Una señora de Park Avenue. ¿No podrías haber inventado una historia más sugestiva? Una estudiante de Vassar en el último año de universidad, con una deslumbrante cabellera roja, por ejemplo. O una cantante de color que trabajara en un night club. O una princesa italiana...

—¿Crees de verdad que me lo he inventado todo?

—Claro que sí, claro que sí. No me cabe duda de que se trata de un cuento, y aburrido por añadidura, pero, anda, cuéntame más cosas de tu señora de Park Avenue.

—No tengo nada más que decirte.

—No tienes nada más que decirme porque tu capacidad de invención se ha venido abajo. Mi consejo, amiguito, es que no vuelvas a embarcarte en algo que exija una buena imaginación. No es ése tu punto fuerte.

—No me crees.

—Y aunque te creyera no estaría celosa. Las mujeres como yo no están nunca celosas. Tenemos otras cosas más importantes que hacer.

En ese punto de sus relaciones matrimoniales, la campaña de Jill en el asunto de la autopista sirvió a manera de puente colgante sobre el que podían trasladarse, verse, charlar y comer juntos a una conveniente altura por encima de sus encrespados sentimientos. Jill se esforzaba por llevar el asunto a los tribunales de justicia, e iba a presentarse ante la junta municipal con las peticiones y los documentos que probarían la gravedad del problema y el número de partidarios influyentes que había logrado reunir. Desgraciadamente, Bibber cayó enfermo con un catarro muy fuerte, y era difícil encontrar a alguien que se quedara con él. De vez en cuando, la señora Haney podía pasar algún rato junto a su cama y por las tardes Matilde seguía leyéndole. Si era necesario que Jill fuese a Albany, Georgie se quedaba en casa durante un día para que pudiera hacer el viaje. También se quedó en otra ocasión cuando su mujer tuvo una entrevista importante y la señora Haney estaba ocupada. Jill le agradecía aquellos sacrificios, y Georgie admiraba sinceramente su inteligencia y su tenacidad. Era muy superior a él como abogada y como organizadora. Se presentaría ante la comisión municipal un viernes, y a Georgie le gustaba imaginar que la batalla estaba ya en gran parte ganada. Aquel viernes volvió a casa hacia las seis.

—¿Jill? ¿Matilde? ¿Señora Haney? —llamó, sin recibir respuesta.

Tiró el sombrero y el abrigo, y subió corriendo a la habitación de Bibber. Había una luz encendida, pero el niño estaba solo y parecía dormido. Prendida en su almohada, Georgie encontró esta nota:

Querida señora Madison: mis tíos han venido a vernos y tengo que ir a casa a ayudar a mi madre. Bibber está dormido, así que no notará la diferencia. Lo siento. Matilde.

En la almohada, junto a la nota, había una oscura mancha de sangre. Georgie tocó suavemente la frente del niño y sintió el calor abrasador de la fiebre. Entonces intentó despertarlo, pero Bibber no estaba dormido, sino inconsciente.

Su padre le humedeció los labios con agua, y el niño recuperó el conocimiento el tiempo suficiente para abrazarse a él. La angustia de ver cómo una grave enfermedad se abatía sobre alguien tan débil y tan inocente hizo que Georgie se echara a llorar. Había una enorme cantidad de amor en aquella pequeña habitación, y tuvo que moderar sus sentimientos para no hacer daño al niño con la fuerza de su abrazo. Permanecieron un rato estrechamente unidos; luego Georgie llamó al médico. Lo telefoneó diez veces y todas ellas recibió la estúpida y descorazonadora señal de comunicar. En vista de ello, llamó al hospital y pidió una ambulancia. Envolvió al niño en una manta y bajó con él la escalera, sintiéndose agradecido por poder hacer algo. La ambulancia se presentó a los pocos minutos.

Jill se había retrasado tomando una copa con uno de sus ayudantes, y llegó media hora después.

—¡Salve a la heroína triunfante! —exclamó al entrar en la casa desierta—. Tendremos nuestro juicio, y a esos despreciables bribones no les llega la camisa al cuerpo. Hasta Felici parecía conmovido por mi elocuencia, y Carter dijo que mi vocación era la abogacía. No he podido hacerlo mejor.

TELEGRAMA INTERNACIONAL RESPUESTA PAGADA. FLORENCIA VIA RCA 22 23 9:35 AMELIA FAXON CHIDCHESTER AMERICAN EXPRESS: BIBBER MURIÓ DE PULMONÍA EL JUEVES. PUEDES VOLVER O PREFIERES QUE VAYA YO. ABRAZOS JILL.

Amelia Faxon Chidchester estaba viviendo con su vieja amiga Laisa Trefaldi, en Fiesole. Bajó en bicicleta a Florencia en la tarde del día 23 de enero. Su bicicleta era una vieja Dutheil, de sillín alto, que la situaba un poco por encima de los automóviles pequeños. Atravesó imperturbable una de las zonas del mundo donde el tráfico es más endemoniado. Su vida se veía amenazada a cada momento por una Vespa o por un tranvía, pero ella no cedía ante nadie, y la expresión de su rubicunda faz era serena. Desde su elevada posición, moviéndose con el ritmo sonámbulo de los ciclistas, sonriendo amablemente a la muerte que la amenazaba en cada cruce, Amelia resultaba casi sobrehumana, y es posible que también ella lo creyera así. Su sonrisa era dulce, impenetrable y decidida, y daba la

impresión de que en el caso de salir despedida de la bicicleta, mientras viajara por el aire, su rostro conservaría toda su serenidad. Pedaleó para atravesar un puente, se apeó con gran donaire y anduvo a lo largo del río hasta la oficina de American Express. Al llegar allí saludó a voz en grito en italiano, ansiosa de distinguirse de los cowboys sin caballo, y sobre todo de los de su misma especie, de los verdaderos náufragos que nadie necesita, de los que se mueven como hojas caídas en las orillas del mundo, y se reúnen tan sólo el tiempo necesario para esperar en fila y ver si ha llegado alguna carta. La oficina estaba abarrotada de gente y leyó el trágico telegrama en medio de aquella multitud. Nadie podría haber deducido su contenido analizando su expresión. Amelia suspiró profundamente y alzó la cabeza. El gesto pareció ennoblecerla. Redactó la respuesta inmediatamente:

NON POSSO TORNARE TANTI BACI FERVIDI. MELEE.

Queridísima —escribió aquella noche—: tus trágicas noticias me han afectado profundamente. Tengo que dar gracias a Dios por no haberlo conocido mejor, pero mi experiencia en estas materias es bastante amplia, y he llegado a un momento de la vida en el que no me gusta detenerme a considerar el problema de la muerte. Ni una sola calle, ni un solo edificio o un solo cuadro de los que veo aquí dejan de recordarme a Berenson, a mi querido Berenson. La última vez que lo vi, me senté a sus pies, y le pregunté, de todos los cuadros del mundo, a cuál quería que lo transportara una alfombra mágica, si la tuviera. Sin dudarlo un instante eligió la Madonna de Rafael, en el Ermitage de Leningrado. No me es posible regresar. La verdad ha de imponerse, y la verdad es que no me gustan mis compatriotas. En cuanto a venir tú, estoy ahora con mi querida Louisa y, como bien sabes, para ella dos personas forman un grupo perfecto; tres, constituyen ya una multitud. Quizá en otoño, cuando tu pérdida no te resulte tan penosa, podamos vernos en París unos cuantos días y volver a visitar algunos de nuestros sitios preferidos.

Georgie quedó destrozado por la muerte de su hijo. Culpó a Jill, acusándola de ser cruel y poco razonable, y, por lo que parece, al final resultó que él podía ser ambas cosas. A petición suya, Jill fue a Reno y consiguió el divorcio. Georgie lo había arreglado todo para que pareciese un castigo. Después Jill fue contratada por una editorial de libros de texto de Cleveland. Su inteligencia y su encanto personal hallaron eco inmediatamente y tuvo mucho éxito, pero no volvió a casarse, o por lo menos no lo había hecho la última vez que tuvo noticias suyas. De Georgie es de quien he sabido más recientemente: me telefoneó una noche y dijo que *teníamos* que almorzar juntos. Eran las once, poco más o menos. Creo que estaba borracho. Tampoco él había vuelto a casarse, y por la amargura con la que hablaba de las mujeres, supongo que no lo hará. Me habló del trabajo de Jill en Cleveland y dijo que la señora Chidchester recorría Escocia en bicicleta. Pensé entonces que era inferior a Jill, mucho menos maduro. Al prometerle que lo llamaría para almorzar juntos, me dio el número de teléfono del astillero, con su correspondiente extensión, el teléfono de su apartamento, el de una casa de campo que tenía en Connecticut y el del club donde almorzaba y jugaba a las cartas. Los apunté todos en un trozo de papel, y cuando nos despedimos lo tiré a la papelera.

Metamorfosis

La figura de Larry Actaeon se adecuaba a patrones clásicos: pelo rizado, nariz triangular y un cuerpo grande y flexible, y poseía lo que podríamos denominar un interés por la innovación semejante al de Pericles. Diseñó su propio velero (escoraba un poquito a babor), se presentó candidato al puesto de alcalde (fue derrotado), cruzó una perra loba finlandesa con un pastor alemán (el Kennel Club Americano se negó a registrar la nueva raza), y organizó una cruzada moral en Bullet Park, donde vivía con su encantadora mujer y sus tres hijos. Era socio de la firma bancaria y de inversiones Lothard y Williams, donde lo apreciaban por su carácter exuberante y sagaz.

La firma Lothard y Williams, aunque muy conservadora y con una incomparable reputación de probidad, no era convencional en un aspecto. Uno de los socios era una mujer: una viuda, la señora Vuiton. Su marido había sido el socio mayoritario, y a su muerte propusieron a la viuda que se incorporase a la empresa. En su favor hablaban su inteligencia, su belleza y el hecho de que, si hubiese retirado las acciones de su esposo, la sociedad se habría resentido. Lothard, el más conservador de todos, apoyó su candidatura y la señora Vuiton fue admitida. Su formidable intelecto se veía realzado por su imponente e inmaculada belleza. Era una mujer despampanante, de unos treinta y cinco años, y aportó a la empresa algo más que un paquete de acciones. Larry no le tenía antipatía —no se atrevía—, pero en todo caso le incomodaba que su atractiva apariencia y su voz musical resultaran más eficaces en el negocio bancario que su propio talante expansivo y perspicaz.

Los socios de Lothard y Williams, siete en total, tenían sus despachos privados en torno a las oficinas centrales del señor Lothard. Los despachos contaban con los consabidos accesorios anticuados: escritorios de nogal, retratos de socios fallecidos, paredes oscuras y alfombras. Los seis socios varones usaban leontinas, alfileres de corbata y sombreros de copa. Larry estaba sentado una tarde en aquella atmósfera de calculada penumbra, sopesando los problemas de una emisión de obligaciones a largo plazo lanzada por la casa y que se vendía muy despacio, y de repente le cruzó por la cabeza la idea de endosar toda la emisión a un cliente del fondo de pensiones. Ganado por el entusiasmo y su exuberante carácter, atravesó a zancadas la antesala del despacho de Lothard y abrió impetuosamente la puerta interior. Allí estaba la señora Vuiton, sin más ropa encima que un simple collar. Lothard se hallaba a su lado, con un reloj de pulsera en la muñeca. «¡Oh, lo siento muchísimo!», exclamó Larry; cerró la puerta y volvió a su escritorio.

Grabada en su memoria, la imagen de la señora Vuiton parecía arderle dentro. Había visto millares de mujeres desnudas, pero jamás una tan espléndida. Su piel poseía una luminosa y una nacarada blancura que no podría olvidar. El patetismo y la hermosura de la mujer desnuda se afincó en sus recuerdos como un compás musical. Había observado algo que no debería haber visto, y la viuda le había dirigido una mirada malvada e impía. No lograba suprimir o disipar racionalmente la impresión de que su metedura de pata era desastrosa; de que había incurrido en un delito que exigiría compensación y venganza. El puro entusiasmo lo había incitado a abrir la puerta sin llamar; el puro entusiasmo era, a su entender, un impulso irreprochable. ¿Por qué tenía que sentirse amenazado por la inquietud, la desventura, el desastre? La naturaleza humana es concupiscente; lo mismo estaría sucediendo en miles de oficinas. Se dijo a sí mismo que lo que había visto no era extraordinario. Pero

sí resultaba excepcional la blancura de la piel o la intensa y sosegada mirada fija de la señora Vuiton. Se repitió que no había hecho nada malo, pero sobre todas sus reflexiones acerca del bien y del mal, los méritos y las recompensas, prevalecía la obstinada y dolorosa naturaleza de las cosas, y sabía que había visto algo que él no estaba destinado a ver.

Dictó algunas cartas y atendió al teléfono cuando llamaron, pero no hizo nada que valiese la pena durante el resto de la tarde. Empleó algún tiempo en intentar deshacerse de la camada que había parido su perra loba finlandesa. El zoo del Bronx no estaba interesado. El Kennel Club le dijo que no había creado una nueva raza, sino producido una monstruosidad. Alguien le había informado de que los perros fieros custodiaban joyerías, grandes almacenes y museos, y telefoneó a los departamentos de seguridad de un par de comercios importantes y del Museo de Arte Moderno, pero todos ellos tenían ya perros. Pasó las últimas horas de oficina asomado a la ventana, sumándose al vasto número de los torpes y los aburridos —el barbero que está mano sobre mano, el empleado de la tienda de antigüedades en la que nunca entra nadie, el agente de seguros desocupado, el camisero arruinado—, a todos esos millares de personas que contemplan desde las ventanas de la ciudad cómo transcurre la tarde. Una imprecisa condena parecía amenazar su bienestar, y no lograba recuperar su dinamismo, su sentido común.

A las siete tenía una cena de negocios con directores de empresa en el East Side. Había llevado a la ciudad en una caja un traje para la cena, y su anfitrión lo había invitado a bañarse y a cambiarse en su casa. Abandonó la oficina a las cinco; para matar el tiempo y, si era posible, animarse un poco, recorrió a pie los tres o cuatro kilómetros que lo separaban de la calle Cincuenta y Siete. A pesar de todo, llegó con tiempo de sobra, y entró en un bar a tomar una copa. Era uno de esos establecimientos frecuentados por las mujeres solteras del barrio, que son recibidas con los brazos abiertos; después de haber trasegado jerez durante la mayor parte de la jornada, se reúnen para cumplir el rito del cóctel. Una de ellas tenía un perro. En cuanto Larry entró en el local, el animal, un perro salchicha, le saltó encima. La correa estaba atada a la pata de una mesa, y se lanzó hacia Larry tan vigorosamente que arrastró la mesa unos centímetros y volcó varios vasos. No alcanzó a su presa, pero se produjo un gran tumulto y Larry se dirigió al extremo del bar más alejado de las mujeres. El perro estaba excitado, y su áspero, penetrante ladrado llenó todo el bar.

—¿En qué estás pensando, *Humo*? —le preguntó su dueña—. ¿En qué demonios estarás pensando? ¿Qué le ha pasado a mi perrito? Éste no es mi pequeño *Humo*. Debe de ser otro animalito...

El perro salchicha siguió ladrando a Larry.

—¿No les cae bien a los perros? —le preguntó el camarero.

—Crío perros —respondió Larry—. Me llevo muy bien con ellos.

—Es curioso —repuso el camarero—, pero es la primera vez que oigo ladrar a ese bicho. La dueña viene todas las tardes, siete días a la semana, y el perro siempre viene con ella, pero es la primera vez que lo oigo chistar. Quizá no le importe tomar su consumición en el comedor.

—¿Quiere decir que estoy molestando a *Humo*?

—Verá, ella es una dienta asidua. A usted no lo he visto nunca.

—Muy bien —dijo Larry, con la mayor pesadumbre que logró imprimir a su asentimiento.

Cruzó una puerta con su copa en la mano, entró en el comedor vacío y se sentó a una mesa. El perro dejó de ladrar en cuanto dejó de verlo. Terminó la bebida y miró alrededor buscando otra salida para irse del bar, pero no encontró ninguna. *Humo* volvió a abalanzarse sobre él cuando atravesó el local, y todo el mundo se alegró de que se marchara un alborotador semejante.

Había estado muchas veces en la casa de apartamentos donde lo esperaban, pero había olvidado la dirección. Había confiado en reconocer la entrada y el vestíbulo, pero apenas puso el pie en el interior comprobó que aquellos sitios eran todos iguales. El suelo era blanco y negro y había una falsa chimenea, dos sillas inglesas y un cuadro de paisaje. Todo ello le resultaba familiar, pero comprendió que podía tratarse de uno más entre docenas de vestíbulos, y preguntó al ascensorista si allí vivía el señor Fullmer. El hombre dijo que sí, y Larry entró en el ascensor, pero en lugar de subir al décimo piso, donde vivían los Fullmer, bajó hacia las plantas inferiores. Lo primero que se le ocurrió a Larry fue que tal vez los Fullmer estuvieran pintando su entrada y que, debido a esta inconveniencia o a otro imprevisto cualquiera, esperaban que usase el ascensor de servicio. El ascensorista abrió la puerta ante una especie de región infernal repleta de cubos de basura colmados, cochecitos de niño rotos y cañerías cubiertas de revestimiento de amianto agujereado.

—Vaya por aquella puerta y coja el otro ascensor —dijo el hombre.

—Pero ¿por qué tengo que coger el ascensor de servicio? —preguntó Larry.

—Normas del edificio.

—No entiendo.

—Escuche —dijo el hombre—, no discuta conmigo. Límitese a hacer lo que le digo. Ustedes, los repartidores, siempre quieren entrar por la puerta principal como si fueran los dueños. Pues mire, en este inmueble eso no está permitido. La administración dice que todos los repartos deben hacerse por la puerta de servicio, y la administración es la que manda.

—No soy un repartidor. Soy un invitado.

—¿Qué hay en esa caja?

—Esta caja contiene mi traje para esta noche —respondió Larry—. Ahora haga el favor de subirme al décimo piso, a casa de los Fullmer.

—Discúlpeme, señor, pero *parece* un repartidor.

—Soy banquero —dijo Larry—, y voy a asistir a una reunión de directores donde se va a discutir la suscripción de una emisión de obligaciones por valor de cuarenta y cuatro millones de dólares. Tengo novecientos mil dólares. Soy propietario de una casa de veintidós habitaciones en Bullet Park, de una perrera particular y dos caballos de carreras, y tengo tres hijos en una universidad privada, un velero de siete metros y cinco coches.

—Dios santo —exclamó el hombre.

Después de haberse dado un baño, Larry se miró al espejo para ver si podía advertir algún cambio en su apariencia, pero su cara le resultaba demasiado familiar al contemplarla; se la había lavado y afeitado demasiadas veces para que aún le guardara algún secreto. Tras la cena y la reunión, tomó un whisky con los demás invitados. Permaneció silencioso de una forma que no hubiese acertado a definir, perturbado por haber sido confundido con un repartidor. Con intención de liberarse un poco de aquella sensación incómoda, se dirigió al hombre que tenía al lado:

—¿Sabe?, al subir en el ascensor esta noche me han tomado por un repartidor.

Su confidente no lo oyó, no lo entendió, o bien acogió con indiferencia el comentario. Rió ruidosamente una frase que alguien había pronunciado al otro lado de la habitación y Larry, que estaba acostumbrado a que le prestaran atención, sintió que había sufrido una nueva derrota.

Cogió un taxi hasta la estación Grand Central y volvió a casa en uno de esos trenes de cercanías que parecen el reducto de los espiritualmente descarriados, los borrachos y los perdidos. El revisor era un hombre corpulento de cara rosada y llevaba una rosa fresca en el ojal. Intercambiaba algunas palabras con la mayoría de los pasajeros.

—¿Trabaja en el mismo sitio que antes? —le preguntó a Larry.

—Sí.

—Sirve cerveza en Jorktown, ¿no es eso?

—No —respondió Larry, y se tocó la cara con las manos para ver si podía palpar las marcas, las arrugas y otros cambios que podrían haberse producido en su rostro desde hacía unas horas.

—Trabaja en un restaurante, ¿no?

—No —repitió Larry, con calma.

—Es curioso —dijo el revisor—. Cuando lo he visto tan de tiros largos he pensado que era usted camarero.

Se apeó del tren a la una de la mañana. La estación y la parada de taxis estaban cerradas, y sólo quedaban unos cuantos coches en el aparcamiento. Al encender los faros del pequeño vehículo europeo que usaba para desplazarse a la estación, vio que daban una luz muy tenue, y en el momento de dar el contacto fueron extinguiéndose hasta desvanecerse por completo a cada revolución del motor. Al cabo de unos minutos la batería exhaló su último suspiro. Hasta su casa había poco más de un kilómetro, y en realidad no le importaba el paseo. Echó a andar enérgicamente por las calles desiertas y abrió la verja que daba al sendero de entrada. Estaba volviendo a cerrarla cuando oyó el ruido de carreras y jadeos y vio que los perros estaban sueltos.

El ruido despertó a su mujer, que, creyendo que ya había vuelto a casa, empezó a gritar pidiéndole ayuda: «¡Larry! ¡Larry, los perros están sueltos! ¡Los perros están sueltos! Ven rápido, por favor, Larry, ¡los perros están sueltos y creo que atacan a alguien!» Él oyó a su mujer gritando

mientras caía, y vio las luces amarillas que iluminaban las ventanas, pero fue lo último que vio.

II

Orville Betman pasó los tres meses de verano solo en Nueva York, como había hecho desde que se casó. Tenía un amplio apartamento, una buena ama de llaves y un montón de amigos; pero no tenía esposa. Ahora bien, ciertos hombres tienen una disposición sexual tan vigorosa, indistinta y exigente como un aparato digestivo, y enriquecer tales impulsos iluminándolos con las luces cruzadas de la agonía romántica sería tan trágico como inventar rituales y música para estimular las funciones del sistema respiratorio. Estos hombres, cuando están comiendo un pedazo de pastel, no se consideran comprometidos por un contrato sagrado; del mismo modo, tampoco se sienten vinculados por el acto del amor. Betman no era así. Amaba a su mujer y no amaba a ninguna otra mujer en el mundo. Amaba la voz de su esposa, sus gustos, su cara, su presencia y su recuerdo. Era bien parecido, y cuando estaba solo lo perseguían otras mujeres. Le pedían que subiera a sus casas, trataban de invadir su apartamento, lo acosaban en pasillos y senderos de jardín, y en una ocasión una de ellas, en la playa de East Hampton, lo despojó del bañador, pero a pesar de estas molestias, sentía amor sólo por Victoria. Betman era cantante. Su voz no se distinguía por su belleza ni por sus registros, sino por su persuasión. A comienzos de su carrera dio un recital de música del siglo XVIII y los críticos lo desollaron vivo. Logró entrar en la televisión y durante un tiempo dobló voces para dibujos animados. Luego, por azar, alguien le pidió que hiciera un anuncio de cigarrillos. Eran cuatro líneas. El resultado fue explosivo. Las ventas de esa marca se dispararon hasta alcanzar un ochocientos por ciento, y con ese solo anuncio redondeó, a base de porcentajes, más de cincuenta mil dólares. El elemento de persuasión en su voz no se podía analizar ni imitar, pero el efecto era infalible.

Vio a su esposa por primera vez una noche lluviosa, en un autobús de la Quinta Avenida. Por entonces, ella era una muchacha rubia y esbelta, y nada más verla sintió por ella una singular atracción o pasión que nunca había experimentado y que jamás volvería a sentir. La intensidad de este sentimiento lo impulsó a seguirla cuando ella descendió del autobús, en algún punto de la parte superior de la Quinta Avenida. Padeció lo que cualquier amante que, impelido por un corazón puro e impetuoso, sabe bien que sus atenciones, sean las que sean, van a ser tomadas como una agresión, a menudo de carácter indignante. Ella se dirigió a la puerta de un bloque de apartamentos y titubeó un momento bajo un toldo lo suficientemente largo para permitirle sacudir las gotas de lluvia de su paraguas.

—Señorita —dijo.

—¿Sí?

—¿Podría hablar un minuto con usted?

—¿De qué?

—Me llamo Orville Betman —dijo—. Hago anuncios de televisión. Quizá me haya oído alguna vez. Yo...

La atención de la muchacha se repartió entre el desconocido y el vestíbulo iluminado, y entonces él cantó, con voz auténtica, dulce y varonil, un anuncio que había grabado aquella tarde:

*Gream se lleva hasta lo que ya se ha ido
cuando lava un plato.*

Su voz la conmovió igual que a todo el mundo, pero de una manera indirecta.

—Yo no veo la televisión —dijo—. ¿Qué quiere?

—Quiero casarme con usted.

Ella se rió y se encaminó hacia el vestíbulo y el ascensor. Por cinco dólares, el portero le informó del nombre y otros datos de la chica. Se llamaba Victoria Heartherstone y vivía con su padre inválido en el 14-B. En una sola mañana, el servicio de investigación del canal de televisión en que él trabajaba le comunicó que se había graduado en Vassar esa primavera y que trabajaba gratuitamente en un hospital del East Side. Una de las secretarías auxiliares de rodaje había estudiado con ella y conocía íntimamente a su compañera de habitación. Pocos días después, Betman consiguió asistir a una fiesta donde la encontró, y la invitó a cenar. Su instinto había sido certero al examinarla por primera vez en el autobús. Era la mujer que la vida le había destinado; era su destino. Ella resistió su cortejo durante una o dos semanas, y luego sucumbió. Pero había un problema. Su anciano padre —un erudito especialista en Trollope— era, en efecto, un inválido, y ella creía que si lo abandonaba, el buen hombre moriría. Aunque eso significase limitar su propia vida, no podía cargar sobre su conciencia el peso de su muerte. Se suponía que él iba a morir pronto, y ella se casaría con Betman en cuanto ocurriese; a fin de expresar la autenticidad de su promesa, fue su amante. Betman vio su felicidad acrecentada. Pero el anciano no falleció.

Betman quería casarse; quería que su unión fuese bendecida, festejada y proclamada. No le satisfacía que Victoria fuese a su apartamento dos o tres veces por semana. Entonces el anciano sufrió un ataque y el médico lo apremió a abandonar Nueva York. Se trasladó a una casa de su propiedad en Albany, y de este modo su hija quedó libre, libre por lo menos nueve meses al año. Se casó con Betman y fueron muy felices juntos, aun cuando no tuvieron hijos. Sin embargo, el primero de junio ella se marchó a una isla en el lago St. Francis, donde el moribundo pasaba el verano, y no volvió junto a su marido hasta septiembre. El padre seguía creyendo que su hija era soltera, y en consecuencia Betman no podía visitarla. Le escribía tres veces por semana a un apartado de correos y ella respondía con menos frecuencia, puesto que, como ella misma explicaba, sólo podía hablarle de la presión, la temperatura, la digestión y los sudores nocturnos del enfermo. Siempre parecía estar agonizante. Como Betman no conocía ni la isla ni a su suegro, el lugar fue adquiriendo para él proporciones de leyenda, y los tres meses que pasaba solo al año eran una tortura.

Se despertó la mañana de un domingo estival sintiendo tal amor por su mujer que gritó su

nombre: «¡Victoria! ¡Victoria!» Fue a la iglesia, después del almuerzo dio al ama de llaves la tarde libre y a última hora salió a dar un paseo. Hacía un calor inhumano, y la alta temperatura parecía acercar más la ciudad al corazón del tiempo; el olor del tórrido pavimento parecía pertenecer a la historia. Por la ventanilla abierta de un automóvil se oyó a sí mismo, cantando una canción de un anuncio de una mantequilla de cacahuete. El tráfico era denso por la calle del East River, y aquel rumor respiratorio y melancólico llegaba hasta el lugar de su paseo. El tráfico sería intenso en todos los accesos a la ciudad, y la idea de todas aquellas filas de automóviles a última hora del domingo le dio la sensación de que el día se adecuaba a un cierto guión rígido, parte del cual era el tráfico; parte, la luz dorada que se derramaba sobre las calles paralelas de la ciudad; parte, el distante rumor del trueno, como si una hoja se hubiese desgajado de la masa total del sonido, y parte, en fin, el insoportable invierno espiritual de los meses de soledad. Le abrumaba la necesidad de su único amor. Cogió el coche y enfiló hacia el norte poco después de oscurecer.

Pasó la noche en Albany y llegó a la ciudad del lago St. Francis a mitad de la mañana siguiente. Era una pequeña y agradable ciudad de veraneo, ni próspera ni muerta. Preguntó en el puesto de embarcaciones de alquiler cómo podía llegar a Temple Island.

—Ella viene una vez por semana —dijo el encargado—. Viene a buscar comida y medicinas, pero no creo que venga hoy.

Señaló al decirlo más allá del agua, donde estaba la isla, a unos dos kilómetros de distancia. Betman alquiló un fueraborda y emprendió la travesía del lago. Rodeó la isla y encontró un desembarcadero en una cala, y allí amarró el bote. La casa que se alzaba en lo alto era una absurda y anticuada mansión campestre, fácilmente inflamable, negra de creosota y decorada con espantosas extravagancias medievales. Tenía una torre redonda de piedra y un parapeto de madera que no hubiera aguantado el impacto de un proyectil del 22. Altos abetos circundaban el castillo de madera y lo envolvían en la oscuridad. Estaba tan oscuro en aquella mañana radiante que en casi todas las habitaciones había alguna luz encendida.

Cruzó el pórtico y, a través de un panel de cristal en la entrada, vio un largo pasillo que desembocaba en una escalera con pilastras. Venus se erguía sobre una de ellas, una estatua de bronce deslustrada. En una mano sostenía un candelabro con dos velas eléctricas que oponían su luz a las penumbras de los abetos. No había en su postura el menor recato, y el hecho de que tuviese las piernas separadas le confería un aspecto indefenso y algo patético, como a veces sucede con Venus. Sobre la otra pilastra se veía a Hermes; Hermes en vuelo. Él también portaba un par de velas encendidas. Alfombrada en un tono verde oscuro, la escalera llevaba hasta una vidriera. El resplandor del cristal, incluso en la penumbra, era asombrosamente intenso y disonante. Tocó el timbre y una sirvienta de edad bajó los escalones con una mano apoyada en la barandilla. Cojeaba. Se acercó a la puerta y, al mirarlo a través del panel de cristal, se limitó a mover la cabeza.

Él abrió la puerta; se abrió sin esfuerzo.

—Soy el señor Betman —dijo suavemente—. Quisiera ver a mi mujer.

—No puede verla ahora. Nadie puede hacerlo. Está con él.

—Necesito verla.

—Imposible. Váyase, por favor. Váyase.

Expresó esta súplica con voz asustada.

Más allá de los abetos divisó el lago, liso como un espejo, pero el viento producía entre los árboles un rumor tan parecido al del mar que aun con los ojos vendados hubiera adivinado que la casa se alzaba sobre un promontorio. Entonces pensó o presintió que había llegado el instante en que la muerte penetra en el territorio del amor. No se trataba de los desnudos hechos de la vida, sino de sus antiguas e invisibles tormentas, que lo conmovieron como el peso del agua. Entonces, cantó:

*Dondequiera que vayas,
frescos vendavales abanicarán el claro del bosque;
los árboles donde te posas
se arracimarán en una sola sombra.*

Demasiado cortés quizá para interrumpirlo, o acaso enternecida por la música de Haendel y la letra, la sirvienta no dijo nada. El oyó una puerta que se cerraba arriba y pisadas sobre la alfombra. Victoria dejó atrás apresuradamente la fea y resplandeciente ventana y bajó a donde Betman la aguardaba. Para él no había en el mundo nada más dulce que un beso de Victoria.

—Vuelve ahora conmigo —dijo él.

—No puedo, cariño, no puedo. Se está muriendo.

—¿Cuántas veces has pensado lo mismo?

—Oh, ya lo sé, pero ahora se muere.

—Ven conmigo.

—No puedo. Está agonizando.

—Ven.

La tomó de la mano y, cruzando el umbral de la puerta, la llevó a través del punzante y traicionero tapiz de agujas de pino hasta el desembarcadero de abajo. Atravesaron el lago sin decir palabra, pero con tan sombríos sentimientos que el aire, la hora y la luz les parecieron sólidos. El pagó el alquiler de la embarcación, abrió a su mujer la puerta del coche y emprendieron viaje rumbo al sur. No la miró hasta que estuvieron en la autopista, y entonces se volvió para disfrutar de su frescura y su resplandor. Como la amaba tanto, sus brazos blancos, el color de su pelo y su sonrisa lo distrajeron. Se salió de su carril, se metió en el contrario, y el automóvil fue hecho añicos por un camión.

Victoria murió, por supuesto. Él pasó ocho meses hospitalizado, pero cuando fue capaz de andar de nuevo, descubrió que no había perdido la persuasión de su voz. Todavía canta tonadillas encomiando las virtudes de barnices para muebles, lejías y aspiradoras. Siempre canta sobre cosas baladíes, nunca sobre la universalidad del sufrimiento amoroso, pero miles de hombres y mujeres acuden a las tiendas como si lo hiciera, como si en realidad fuera ése el tema de sus canciones.

III

Mirar cómo la señora Peranger hacía su entrada en el club era un poco como decidir los equipos para un juego de balón en un solar: algo excitante. Cuando se dirigía hacia el comedor dedicaba a la señora Bebe, que había trabajado con ella en el comité del hospital, una sonrisa fugaz y distraída. Negaba el saludo a la señora Binger, que le hacía señas con la mano y la llamaba en voz alta. Besaba ligeramente en ambas mejillas a la señora Evans, pero parecía olvidarse de la pobre señora Budd, en cuya casa cenaba en ocasiones. Asimismo parecía haber olvidado a los Wright, los Huggins, los Frame, los Logan y los Halstead. Mujer de cabellos blancos, hermosamente vestida, esgrimía el poder de la grosería con tanta pericia que nunca la sorprendían en posición desairada, y cuando la gente comentaba cómo lo conseguía, ello sólo acrecentaba su ventaja. Había sido una belleza, y en los años veinte la retrató el pintor Paxton. Había posado delante de un espejo. La pared era luminosa, una imitación de Vermeer y, al igual que en este maestro, la luz figuraba en el cuadro sin que se viese su origen. Los objetos eran los de siempre: una jarra rojiza, la silla dorada y, en un extremo de la habitación, reflejada en el espejo, una harpa sobre una alfombra. Su pelo había sido del color del fuego. Pero aquel retrato estático no era más que la mitad de un universo. Ella había introducido el maxixe⁹ en Newport, jugado al golf con Bobby Jones, abandonado al alba los clubes clandestinos, apostado al póquer descubierto en casa de unos amigos de Baltimore, e incluso ahora, cuando ya era una anciana, si oía en el aromático aire estival la música del charlestón, se levantaba del sofá y se ponía a bailar con un vigoroso paso giratorio, echando primero una pierna hacia adelante y luego la otra, chasqueando los dedos y cantando: «¡Charlestón, charlestón!»

El señor Peranger y su único hijo, Patrick, habían muerto. De su única hija, Nerissa, mujer con aspecto de ninfa, afirmaba: «Nerissa me concede unos cuantos días de su tiempo. No creo que se le pueda pedir más. Está tan solicitada que a veces pienso que no se ha casado porque no ha tenido tiempo. La semana pasada exhibió sus perros en San Francisco, y espera poder llevarlos a Roma para el concurso internacional. Todo el mundo ama a Nerissa. Todo el mundo la adora. Es demasiado atractiva para expresarlo con palabras.»

Entonces entra Nerissa en el salón de su madre. Es una delgada y estéril soltera de treinta años. Tiene el pelo gris. Se le ve la combinación por debajo del vestido. Lleva los zapatos apelmazados de barro. Es sencillamente una de esas criaturas que, sin amargura ni rencor, parecen agobiadas por los hechos más ingratos de la vida. Su destino consiste en proclamar que la elegancia y la distinción del mundo que sus madres dominaron no es, como podría parecer, el fin de la perplejidad

⁹ Baile de origen brasileño muy popular en los años que precedieron a la primera guerra mundial. (*N. del t.*)

y las pesadumbres. Son una casta realmente pura e inocente, y jamás se les pasaría por la cabeza o por el corazón la idea de trastornar o contrariar los proyectos, los sueños, los éxitos mundanos que sus mayores han dispuesto para ellas. En efecto, se diría que es la mano de Dios la que hace que se caigan mientras ejecutan los movimientos en el baile de presentación en sociedad. En Venecia, al pasar de una góndola a la escalera del palacio donde han sido invitadas a cenar, perderán el equilibrio y se hundirán en el Gran Canal. Se les cae la comida y vierten el vino, derriban jarrones, pisan excrementos de perro, estrechan la mano de los mayordomos, sufren accesos de tos durante los conciertos de música de cámara, tienen un gusto infalible por las amistades de mala reputación y, no obstante, son de una bondad y una sencillez franciscanas. Así pues, entra Nerissa. Mientras nos es presentada, embiste un extremo de la mesa con el hueso de la cadera, siembra de barro la alfombra y deja caer un cigarrillo encendido sobre una silla. Para cuando apagan el fuego, ya ha agitado satisfactoriamente las aguas apacibles de la creación de su madre. No es perversidad; ni siquiera torpeza. Es su llamamiento casi sagrado a restaurar el patetismo y la desmaña de la humanidad.

La virginal Nerissa cría terriers Townsend. Los comentarios de su madre sobre el modo en que emplea su tiempo eran, desde luego, transparentes y patéticos. Nerissa era una mujer tímida y solitaria que consagraba casi todo su tiempo a los perros. No poseía un corazón insensible, pero siempre se enamoraba de jardineros, repartidores, camareros y porteros. Una noche en que su mejor perra (*Ch. Gaines-Clansman*) estaba a punto de parir, requirió la ayuda de un nuevo veterinario que acababa de abrir una clínica para perros y gatos en la Nacional 14. El hombre acudió de inmediato al cojín sobre el que estaba la perra y apenas llevaba allí unos minutos cuando el animal tuvo el primer cachorro. Rompió la placenta y lo puso a mamar. Nerissa pensó que tenía una mano rápida y natural con los animales, y aguardando de pie mientras él se arrodillaba ante la caja, sintió un fuerte impulso de tocar sus cabellos morenos. Le preguntó si estaba casado, y cuando él le respondió que no, se entregó al deleite de experimentar que de nuevo se había enamorado. Ahora bien, Nerissa nunca preveía el veto de su madre. Cuando le anunciaba su compromiso con un mecánico de coches o un arboricultor, siempre le sorprendía su furiosa reacción. Nunca se le ocurría pensar que a su madre pudiera no gustarle su nuevo elegido. Le sonrió al veterinario, le llevó agua, toallas, whisky y bocadillos. El parto se prolongó a lo largo de toda la noche, y al amanecer ya había concluido. Los cachorros estaban mamando; la perra estaba orgullosa y satisfecha. Toda la camada estaba bien atendida e identificada. Al salir de la perrera Nerissa y el veterinario, una fría luz blanca se alzaba más allá de los árboles oscuros de la finca.

—¿Le apetece un café? —preguntó Nerissa, y después, al oír a lo lejos el murmullo del agua deslizándose, continuó—: ¿O le apetece nadar? Yo a veces nado por la mañana.

—Eso sí, mire —respondió él—. Eso sí me apetece. Me gustaría nadar. Tengo que volver a la clínica, y un baño me despejará.

La piscina, construida por el abuelo de Nerissa, era de mármol y poseía un trazado elegante y profundo, curvado como el marco de un espejo. El agua estaba limpia, y aquí y allá, una hoja hundida modelaba una sombra orillada por los vivos colores del espectro lumínico. Era el rincón de la finca de su madre que, sin comparar con cualquier otra habitación o jardín, más se asemejaba a un hogar para Nerissa. Si se hallaba ausente, echaba de menos la piscina, y al volver era allí adonde iba, a aquel lugar, dulce hogar acuático. Encontró un par de bañadores en los vestuarios y ambos se dieron un baño inocente. Se vistieron y caminaron a través del césped hasta el automóvil del veterinario.

—Es usted una persona muy agradable, ¿sabe? —dijo él—, ¿no se lo habían dicho nunca?

La besó con ternura y se marchó.

Nerissa no vio a su madre hasta las cuatro de la tarde siguiente, cuando bajó a tomar el té con dos zapatos izquierdos, uno marrón y otro negro.

—Mamá, mamá —dijo—. He encontrado al hombre con el que quiero casarme.

—¿De veras? —preguntó su madre—. ¿Quién es ese diamante en bruto?

—Se llama Johnson —respondió Nerissa—. Es el dueño de la nueva clínica veterinaria de la Nacional 14.

—Pero no puedes casarte con un veterinario, mi amor —dijo la señora Peranger.

—Él dice que es un higienista de los animales.

—¡Qué asco!

—Pero yo lo quiero, mamá. Lo quiero y voy a casarme con él.

—¡Vete al infierno!

Esa noche, la señora Peranger telefoneó a casa del alcalde y pidió que la pusieran con su mujer.

—Soy Louisa Peranger —dijo—. Voy a proponer a alguien como nuevo socio del Club Tilton este otoño y estaba pensando en usted.

La mujer del alcalde dio muestras de emoción al otro lado del hilo telefónico. Le estaría dando vueltas la cabeza. Pero ¿por qué? Las salas del club estaban desvencijadas, las sirvientas eran desabridas y la comida era mala. ¿Por qué había entonces una lista de espera de miles de personas?

—Mis condiciones son duras —prosiguió la viuda Peranger—, como todo el mundo sabe. Hay una clínica veterinaria en la Nacional 14 y me gustaría que la cerraran. Estoy segura de que su marido podrá descubrir que existe alguna violación de las ordenanzas municipales. Tiene que haber algún tipo de irregularidad. Si habla usted con su marido a propósito de esa clínica, le entregaré la lista de miembros para que usted elija a los nuevos. Organizaré una comida a mediados de septiembre. Adiós.

Nerissa languideció, murió y fue enterrada en la pequeña iglesia episcopaliana cuyas ventanas eran una donación en memoria de su abuelo. La señora Peranger se mostró imperiosa y estoica en su dolor, y al salir de la iglesia la oyeron sollozar ruidosamente: «Era tan atractiva... tan increíblemente atractiva.»

Se recobró de su pérdida y prosiguió con sus tareas, que en aquella época del año consistían en seleccionar a las candidatas para el baile de presentación en sociedad. Tres semanas después del entierro de Nerissa, una tal señora Pentason y su hija se presentaron en el salón de su casa.

La viuda Peranger sabía lo mucho que le había costado a la señora Pentason conseguir esa

entrevista. Había trabajado en el hospital, había organizado obras de teatro, las tradicionales fiestas de las fresas y ferias de antigüedades. Pero la viuda miró hoscamente a sus visitantes. Debían de haber aprendido sus modales en un libro. Parecían haber estudiado el capítulo correspondiente al modo de beber el té. Perteneían a esa clase de mujeres que sueñan con invitaciones que nunca recibirán. «El señor y la señora William Paley les ruegan que les hagan el honor de...» Su correo, en cambio, consistía sin duda en anuncios de subastas privadas, ofertas publicitarias del Club del Libro del Mes y fastidiosas cartas de la tía Minnie, que vivía en Waco, Texas, y usaba escupidera. Nora pasó el té y la anfitriona clavó una penetrante mirada en la muchacha. El ruido del agua de la piscina era muy fuerte, y la señora Peranger le pidió a Nora que cerrase la ventana.

—Hemos recibido tantas solicitudes para el baile de este año, que esta vez somos un poco más exigentes —dijo—. No sólo queremos chicas atractivas y bien educadas, sino que además sean interesantes.

A pesar de que la ventana estaba ahora cerrada, seguía oyendo el rumor del agua. El hecho parecía incomodarla.

—¿Sabes cantar? —preguntó.

—No —respondió la joven.

—¿Tocas algún instrumento?

—Toco un poco el piano.

—¿Qué sabes tocar?

—Alguna pieza de Chopin. Bueno, antes sabía tocarla. Y *Para Elisa*. Pero sobre todo música popular.

—¿Dónde veraneas?

—En Dennis Port.

—Ah, sí —dijo la señora Peranger—. Dennis Port, pobre Dennis Port. Ya no quedan sitios donde ir, ¿verdad? La costa adriática está llena de gente. Capri, Ischia y Amalfi se han echado a perder. La princesa de Holanda ha estropeado el Argentario. La Riviera está saturada. En Inglaterra hace frío y llueve. Me encanta Skye, pero la comida es espantosa. Bar Harbor, el cabo, las islas, todos esos sitios tienen ahora un aspecto lamentable.

Volvió a oír el ruido del agua que corría en la piscina, como si una brisa transportara directamente el sonido hasta las ventanas cerradas.

—Y dime, ¿te interesa el teatro?

—Oh, sí. Muchísimo.

—¿Qué obras has visto la última temporada?

—Ninguna.

—¿Montas a caballo, juegas al tenis y todo eso?

—Sí.

—¿Qué museo de Nueva York es tu predilecto?

—No lo sé.

—¿Qué libros has leído últimamente?

—He leído *La plaga de aprendices de brujo*. Estaba en la lista de los libros más vendidos. Lo han comprado para hacer una película. Y *Siete caminos al cielo*. También estaba en la lista.

—Por favor, Nora, retira estas cosas —dijo la viuda, haciendo un amplio gesto de disgusto, como si esperara que la sirvienta retirase a las Pentason junto con las tazas sucias y la jarrita con los posos del té.

La entrevista había terminado, y acompañó a sus huéspedes hasta la puerta de la habitación. Si hubiera querido ser cruel, habría sido más eficaz hacerlas esperar; aprovecharse de la común debilidad de hombres y mujeres que aguardan buenas noticias por correo. Llevó aparte a la señora Pentason y le dijo:

—Me apena terriblemente...

—Bueno, gracias de todas formas —respondió la señora Pentason, y empezó a llorar. La hija puso un brazo en los hombros de su madre afligida y la guió hasta la puerta.

La señora Peranger reparó de nuevo en el ruido del agua de la piscina. ¿Por qué era tan fuerte, por qué parecería decir: «Mamá, mamá, he encontrado al hombre con el que quiero casarme..»? ¿Por qué sonaba con tanta autenticidad y volvía dura y necia la tarea de desairar a las Pentason? Bajó la escalera y cruzó el césped en dirección a la piscina. De pie sobre el bordillo, llamó: «¡Nerissa! ¡Nerissa! ¡Nerissa!», pero el agua replicó: «Mamá, mamá, he encontrado al hombre con el que quiero casarme.»

Su única hija se había convertido en una piscina.

IV

Bradish deseaba un cambio. No deseaba en absoluto cambiar él mismo, sino el decorado, el ritmo, el entorno, y únicamente por espacio de dieciocho o veinte días. Durante ese tiempo podía

ausentarse de la oficina. Era un fumador empedernido, y el informe del cirujano jefe lo había hecho consciente de su adicción. Le parecía que los desconocidos en la calle miraban el cigarrillo entre sus dedos con desaprobación, y a veces también con lástima. Era manifiestamente absurdo, y necesitaba irse lejos. Haría un viaje. En esa época estaba divorciado, e iría solo.

Un día, después del almuerzo, entró en una agencia de viajes de Park Avenue para informarse de los precios vigentes. Una recepcionista lo envió a un escritorio del fondo de la oficina, donde una mujer joven le ofreció una silla y le encendió el cigarrillo con una caja de cerillas que ostentaba la enseña del Corinthian Yatch Club. Reparó en que la joven tenía una sonrisa deslumbrante que interrumpía bruscamente una vez que había cumplido su objetivo, del mismo modo que un sastre corta un hilo con los dientes. Bradish pensaba en ir a Inglaterra. Pasaría diez días en Londres y otros diez en el campo con unos amigos. Cuando él mencionó Inglaterra, la empleada le dijo que ella había vuelto de allí hacía poco. De Coventry. Brotó el fulgor de su sonrisa y lo cortó. Él no quería ir a Coventry, pero la joven tenía la resolución y la perseverancia propias de sus años, y él comprendió que tendría que escuchar el panegírico de las bellezas del sitio, donde ella parecía haber conocido un renacimiento estético y espiritual. Sacó de un cajón del escritorio una revista ilustrada para enseñarle fotografías de la catedral. Curiosamente, lo que más impresionó a Bradish fue un anuncio categórico que afirmaba en la revista que el tabaco provocaba cáncer de pulmón. Descartó Inglaterra mentalmente —la chica seguía anclada en Coventry—, y decidió que iría a Francia. A París. El gobierno francés no había censurado el hábito de fumar, y podría aspirar su Gauloises sin sentirse subversivo. Sin embargo, el recuerdo de esa marca lo frenó. Gauloises, Bleues y Jaunes. Recordó cómo el humo parecía desplomarse desde una altura sobre sus pulmones y lo obligaba a doblarse con paroxismo de tos. Nubes de humo de maloliente tabaco francés parecían asentarse en su imaginación como una amarga bruma sobre la Ciudad de la Luz, convirtiéndola a sus ojos en un lugar insípido y deprimente. De modo que iría al Tirol, pensó. Estaba a punto de pedir información al respecto cuando recordó que en Austria el tabaco era un monopolio estatal y que lo único que podría fumar allí serían esos óvalos insulsos que vienen en cajas de fantasía y huelen a perfume. En ese caso, Italia. Cruzaría el Brennero y bajaría hasta Venecia. Pero recordó que los cigarrillos italianos —Esportaciones y Giubeks— le renovaban la sensación del tabaco ordinario pegado a la lengua, y que el humo, como un viento invernal, lo hacía estremecerse y pensar en la muerte. Así pues, iría a Grecia; haría un cruce por las islas, resolvió; pero entonces rememoró el sabor del tabaco egipcio, que es lo único que se puede fumar en Grecia. Pensó en Rusia, Turquía, India, Japón... Sobre la cabeza de la empleada vio un mapa del mundo como si fuera una cadena de estancos. No había escapatoria. «Creo que no voy a ir a ningún sitio», dijo. La joven esbozó su deslumbrante sonrisa, la cortó de repente como si fuera un hilo y lo observó mientras salía por la puerta.

La virtud de la disciplina resplandece en la vida y en los actos de un hombre, confiriéndoles una probidad y una pureza que excluye el desorden, o por lo menos eso pensaba Bradish. Le había llegado la hora de disciplinarse. Apagó su último cigarrillo y subió por Park Avenue con ese paso medido, agradable y ligeramente danzarín del viejo atleta que usa calzado y trajes ingleses. Como consecuencia de su decisión, hacia el final de la tarde empezó a sufrir de algo similar a la enfermedad de los buzos. Experimentó trastornos del sistema circulatorio. Los capilares le parecieron desgastados, los labios se le hincharon, y de vez en cuando le picaba el pie derecho. La pronunciada sequedad de boca parecía demasiado diversa y poderosa para ser tolerada por un órgano tan pequeño, y la intensidad y la variedad de los síntomas lo agrandaban hasta prestarle, de hecho, las dimensiones y el mal olor característicos de algún antiguo teatro de variedades como el Howard Athenaeum. Sentía

como si el humo le subiera desde la boca hasta el cerebro, produciéndole una extraordinaria sensación de mareo. Puesto que se había sometido deliberadamente a esa disciplina, decidió pensar en aquellos síntomas utilizando la metáfora de un viaje. Los observaría tal como se manifestaran, como un viajero que contemplase desde la ventanilla de un tren los cambios en la geología y la vegetación de un país extranjero.

A medida que el día se internaba en la noche, el país por el que viajaba se volvía montañoso y árido. Tuvo la sensación de que se hallaba en un ferrocarril de vía estrecha que atraviesa un paso rocoso. Entre las rocas sólo crecían cardos y hierbas tiesas como alambres. Razonó que una vez rebasaran el paso accederían a una fértil llanura con árboles y agua, pero cuando el tren dobló una curva en la cima de la montaña, vio que el nuevo paisaje era un desierto alcalino salpicado de cauces de arroyuelos secos. Sabía que, si fumaba, el tabaco irrigaría aquel inhóspito paraje, los campos se cubrirían de flores y el agua correría por los lechos fluviales, pero ya que había elegido aquel viaje concreto, ya que casi literalmente era una huida de un estado intolerable, se entregó al estudio de aquella aridez profunda. Esa noche, al prepararse una copa en su apartamento, sonrió —llegó a sonreír—, al comprobar que en los ceniceros no había otra cosa que polvo y una hoja que se le había adherido al zapato.

Estaba cambiando, cambiando, y al igual que la mayoría de los hombres, al parecer había deseado aquel cambio. Al cabo de unas horas se había vuelto más sagaz, más comprensivo, más maduro. Le pareció sentir que el manto de lana de sus días descansaba sobre sus hombros. Creyó que comenzaba a captar la poesía existente en el impulso del cambio, se vio como protagonista de una de esas íntimas, arduas e invisibles contiendas que configuran la historia de una alma humana. Sí dejaba de fumar, podría dejar la bebida. Incluso podría reducir sus apetitos eróticos. La falta de moderación había sido la causa de su divorcio. La desmesura lo había privado de sus amados hijos. Si pudieran verlo entonces, si vieran los ceniceros limpios en su habitación, ¿no lo invitarían a volver a casa? Podría alquilar una goleta y recorrer con ellos la costa de Maine. Cuando, más tarde, esa misma noche, fue a ver a su amante, el olor a tabaco de su aliento la volvió a sus ojos tan depravada e impura que no se molestó en desnudarse y regresó temprano a casa, a su cama y a sus ceniceros limpios.

Bradish nunca había tenido ocasión de conocer otro fariseísmo que el del pecador. Había dirigido sus críticas a la gente que bebía caldo de almejas y cultivaba gustos moderados. A la mañana siguiente, cuando fue al trabajo, se vio bruscamente trasplantado al bando de los ángeles; descubrió que se había convertido en un abogado forzosos de la continencia, y comprendió que esa condición era parcialmente un impulso involuntario de juzgar la conducta del prójimo; la sensación le resultaba tan extraña, tan reciente, tan distinta de su punto de vista habitual, que la encontró excitante. Contempló con enérgica desaprobación a un desconocido que encendía un cigarrillo en una esquina. Sencillamente, aquel hombre carecía de fuerza de voluntad. Estaba dañando su salud, acortando su vida, y traicionando a quienes dependían de él, que acaso padecían hambre y frío por su tolerancia consigo mismo. Y lo que era aún peor, el hombre vestía pobremente y llevaba los zapatos sucios, y si no podía permitirse el gasto de vestir decentemente, sin duda tampoco podía permitirse el vicio del tabaco. ¿Qué hacer? ¿Quitarle el cigarrillo de la boca? ¿Reprenderlo? ¿Abrirle los ojos? A aquellas alturas le pareció un tanto excesivo, pero el impulso estaba allí y era la primera vez que lo experimentaba. Remontó a pie la Quinta Avenida con su virtud recientemente adquirida, sin mirar al cielo ni a las mujeres bonitas, y barriendo a la población como un teniente de la brigada antivicio cuya misión consiste en perseguir malhechores. ¡Y había tantos! Una anciana despeinada y sin otro adorno que una mancha grasienta de barra de labios carmesí estaba parada en la esquina de la calle Cuarenta y Cuatro, encendiendo un pitillo tras otro. Hombres en las puertas, chicas en la escalera de la biblioteca

y chicos en los parques parecían resueltos a destruirse.

El mareo persistió a lo largo de toda la mañana, de modo que le resultó difícil tomar decisiones en el trabajo, y era evidente que sufría un trastorno en la vista, como si una tempestad de polvo hubiera arrasado sus ojos. Asistió a una comida de negocios en que se sirvió alcohol, y cuando alguien le ofreció un cigarrillo, dijo: «Ahora no, gracias.» Lo sonrojó su propia hipocresía, pero no iba a rebajar el mérito de su batalla contándose a un extraño. Tras una abstinencia triunfal de casi veinticuatro horas, pensó que merecía un premio y dejó que el camarero siguiera llenándole la copa. Al final bebió demasiado, y al volver a la oficina se tambaleaba. La embriaguez, sumada al trastorno de su sistema circulatorio, los labios hinchados, los ojos borrosos, la sensación de picor en el pie derecho y la impresión de que tenía el cerebro lleno del humo y mal olor de un viejo teatro de variedades, le impidió trabajar, y pasó el resto de la tarde ocioso. Rara vez iba a fiestas, pero esa tarde fue a una con la esperanza de distraerse. No se sentía él mismo. Para entonces, el malestar había afectado a su equilibrio, y cruzar las calles le pareció arduo y arriesgado, como si avanzara por un puente alto y angosto.

La fiesta fue muy concurrida, y Bradish iba al bar constantemente. Pensó que la ginebra calmaría su ansiedad. No se trataba propiamente de ansiedad, se dijo: no era en absoluto parecido al hambre, la sed o la necesidad de amor. Sintió que la sangre circulaba lenta y obstinadamente por sus venas. El mareo había empeorado. Rió, conservó y mantuvo las formas hasta un cierto punto, pero eran acciones meramente mecánicas. Más tarde, entró una mujer joven, con un vestido claro en forma de saco o de tubo y el pelo largo del color del tabaco de Virginia. En su ardor por llegar hasta ella, tiró una mesa y varios vasos. Era (había sido hasta aquel momento) una fiesta decorosa, pero el estrépito de los vasos rotos, seguido por los chillidos del hombre que enroscó sus piernas alrededor de la mujer y sepultó la nariz en sus cabellos de color tabaco, fue formidable. Dos invitados lo separaron. Se quedó acurrucado, ansioso, resoplando por los dilatados orificios nasales. Luego se liberó de los brazos que lo sujetaban y salió dando zancadas de la habitación.

Bajó en el ascensor con un desconocido cuyo traje castaño se parecía y olía como un Havana Upmann, pero Bradish mantuvo los ojos clavados en el suelo y se contentó con aspirar la fragancia del vecino. El ascensorista despedía el aroma de una marca suave y barata que había sido popular en los años cincuenta. Reparó en que el portero olía a pipa de brezo con una mezcla Burley. Y en la calle Cincuenta y Siete vio a una mujer cuyo pelo poseía el color de su tabaco favorito y que parecía arrastrar tras sus pasos su perfume notablemente corrompido. Tuvo que apretar los dientes y tensar los músculos para no abalanzarse sobre ella, pero comprendió que acabaría en la cárcel si repetía en la calle su conducta en la fiesta y, que él supiera, no había cigarrillos en prisión. Había cambiado; había cambiado él y al mismo tiempo el mundo, pues al observar a la multitud urbana que se cruzaba con él en la oscuridad, vio a las personas como si fueran Winstons, Chesterfields, Marlboros, Salems, narguiles, pipas de espuma de mar, pitillos, Corona-Coronas, Carnets y Players. Su perdición fue una mujer joven, una niña, en realidad, a quien confundió con un Lucky Strike. Chilló al verse atacada, y dos hombres derribaron a Bradish, asestándole puntapiés y puñetazos con justa indignación moral. Se formó un corro. Hubo un enorme tumulto, y poco después se oyeron las sirenas del coche de policía que se lo llevó.

Mene, Mene, Tekel, Upharsin¹⁰

Al volver aquel año de Europa, viajé en un viejo DC-7 que sufrió un incendio en un motor mientras sobrevolaba el Atlántico. Casi todos los pasajeros estaban dormidos o sedados, y en la parte delantera del avión nadie vio las llamas, salvo una chiquilla, un anciano y yo. Cuando se apagaba el fuego, el avión giró violentamente y se abrió de golpe la puerta que daba a la cabina de los pilotos. Entonces vi que éstos y las dos azafatas llevaban los chalecos salvavidas puestos y ya inflados. Una de las azafatas cerró la puerta, pero unos minutos después salió el comandante y explicó con un susurro paternal que habíamos perdido uno de los motores y volábamos rumbo a Islandia o a Shannon. Al cabo de un rato volvió a aparecer y dijo que aterrizaríamos en Londres media hora más tarde. Dos horas después aterrizamos en Orly, ante la estupefacción de los que habían estado durmiendo. Embarcamos en otro DC-7 e iniciamos la travesía del Atlántico, y cuando finalmente tomamos tierra en Idlewild llevábamos alrededor de veintisiete horas de incomodísimo viaje.

Cogí un autobús a Nueva York y un taxi hasta la estación Grand Central. Eran las siete y media o las ocho de la noche y todo estaba cerrado, incluso los quioscos de periódicos, y las pocas personas que vi en la calle iban solas y tenían un aspecto solitario. Hasta una hora después no había tren al lugar adonde me dirigía, de modo que entré en un restaurante próximo a la estación y pedí *el plat du jour*. El dilema de un norteamericano expatriado que toma su primer almuerzo en un restaurante de la patria ha sido narrado tantas veces que no vale la pena hablar aquí de ello. Después de pagar la cuenta, bajé una escalera y entré en los servicios. El lugar tenía separaciones de mármol, iniciativa, supongo, encaminada a ennoblecer aquellos dominios. El mármol era de un color amarillento: podría haber sido un *giallo antico*, pero luego advertí fósiles paleozoicos debajo del brillante pulimento y supuse que la piedra era en realidad una madrepora. La cara más cercana del pulimento estaba cubierta de escritura. La caligrafía era legible, aunque sin personalidad ni simetría. Lo insólito era la extensión del texto y el hecho de que estaba dispuesto en forma de tablero, como las páginas de un libro. Jamás había visto cosa semejante. Mi instinto más profundo me incitaba a pasar por alto la inscripción y a estudiar los fósiles, ¿pero acaso la escritura del hombre no es más duradera y maravillosa que un coral paleozoico? Leí:

Ha sido un día de triunfo en Capua. Lentulus, que regresa con victoriosas águilas, ha divertido al populacho con los juegos del anfiteatro hasta un punto que no conoce precedentes, ni siquiera en esta lujosa ciudad. Los gritos de jolgorio se desvanecieron; cesaron los rugidos de los leones; se retiró de la mesa del banquete el último holgazán, y se apagaron las luces del palacio del vencedor. La luna, traspasando el tejido de las nubes lanudas, tiñe de plata las gotas de rocío del coselete del centinela romano y baña las aguas oscuras del Volturmo con una luz ondulante y trémula. Era una noche de santa calma, cuando el céfiro mece las jóvenes hojas de la primavera y susurra su soñadora música entre los juncos huecos. No se oyó nada más que el último sollozo de una ola

¹⁰ Según el libro de Daniel, palabras que aparecieron misteriosamente escritas durante una cena en el palacio del rey Balthazar. Indican la inminencia de un desastre. (*N. del t.*)

cansada refiriendo su historia a los guijarros lisos de la playa, y luego todo quedó tan en silencio como un pecho del que ha partido el alma...

No leí más, aunque el texto seguía. Estaba cansado y en cierto modo indefenso por el hecho de haber estado ausente de la patria durante años. El cúmulo de circunstancias que pudo impulsar a un hombre a transcribir sobre mármol este galimatías era inimaginable. ¿Era indicio de que se habían producido ciertos cambios en el ámbito social o el resultado de una nueva forma de represión? ¿O quizá no pasaba de ser un simple ejemplo de que el amor humano por la prosa florida es irresistible? La sonoridad del fragmento poseía la tenacidad de la mala música, y era difícil olvidarla. ¿Se había operado durante mi ausencia un cambio profundo en la psique de mis compatriotas? ¿Se había producido alguna ruptura en los cauces normales de comunicación, había surgido un desmesurado amor por el romántico pasado?

Pasé los siete o diez días siguientes viajando por el Medio Oeste. Una tarde estaba esperando el tren de Nueva York en la Union Station de Indianápolis. Venía con retraso. La estación local, proporcionada como una catedral e iluminada por un rosetón, constituye un melancólico y brillante ejemplo de esa clase de arquitectura que pretende expresar el señorío y el dramatismo del viaje y de la separación. Los colores de los rosetones, límpidos como los de un caleidoscopio, bañaban las paredes de mármol y la sala de espera. Un rayo de color azul lavanda caía sobre una mujer con una bolsa de la compra. Un anciano dormía en un pozo de luz amarilla. Entonces vi un letrero que indicaba el camino hacia los urinarios de hombres, y me pregunté si no encontraría allí otra muestra de aquella curiosa literatura que había descubierto pocas horas después de mi regreso. Bajé por la escalera a un sótano cavernoso donde un limpiabotas dormía en una silla. Las paredes también eran de mármol. Mármol corriente, piedra caliza ordinaria: silicato de calcio y magnesio, vetado de un metalífero mineral gris. Mi corazónada había sido certera. La escritura recubría la piedra, y al primer vistazo poseía una sorprendente oportunidad, pues recordaba el hecho de que las más primitivas profecías y escritos humanos se hicieron en las paredes. La caligrafía era clara y simétrica, obra de alguien dotado de una mente ordenada y una mano firme. Ruego al lector que trate de imaginar la luz nociva, el aire viciado y el ruido del agua que corre mientras yo leía:

La gran casa solariega de Wallowyck se yergue sobre una colina que domina la humeante ciudad fabril de X; sus incontables ventanas divididas por parteluces parecen fisgar reprobadoramente los tenebrosos y estrechos callejones de los tugurios que se extienden desde las verjas del parque hasta las fábricas humeantes de las riberas del río. En los linderos de aquel parque poblado de árboles, sin que el señor Wallow lo supiera, pasé las horas más gratas de mi juventud, vagando por allí con un tirador y un saco donde transportar mis muestras geológicas. La colina y su prohibido santuario se alzaban entre la escuela donde yo estudiaba y el cuchitril donde vivía con mi madre enferma y mi padre borracho. Todos mis amigos tomaban la senda ordinaria alrededor de la colina; sólo yo escalaba los muros de Wallow Park y pasaba las tardes en la propiedad vedada.

Hoy sigo considerando muy queridos los céspedes, los grandes árboles, el rumor de las fuentes y la solemne atmósfera de una dinastía. Los Wallow no tenían blasones, por supuesto, pero

contrataron escultores que improvisaron centenares de escudos y timbres aparentemente señoriales vistos desde lejos, pero que se reducían a modestas formas geométricas examinados de cerca. Así pues, las chimeneas, las verjas, las torres y los bancos de jardín ostentaban aquellos escudos de piedra labrada. Otra tarea de los escultores había consistido en representar a Emily, hija única del señor Wallow. Había Emilys en bronce y en mármol, Emilys personificando las cuatro estaciones, los cuatro vientos, los cuatro momentos del día y las cuatro virtudes cardinales. En un sentido, Emily era mi única compañía. Entraba en la finca en otoño, contemplando la rica policromía que proyectaban los árboles sobre la hierba. Entraba allí cuando reinaba la glacial nieve. Buscaba los primeros indicios de la primavera y olfateaba el fino perfume del humo de leña que despedían las numerosas chimeneas talladas de la regia casa. Un día de primavera, cuando erraba por aquel paraje, oí una voz de muchacha que gritaba socorro. Seguí la voz hasta la orilla de un arroyuelo y encontré a Emily. Sus hermosos pies estaban desnudos, y aferradas a ellos, como malévolas cadenas, se veían las retorcidas formas de una víbora.

Le arranqué el reptil de los pies, abrí la herida con mi navaja y sorbí el veneno de la sangre. A continuación me despojé de mi humilde camisa, confeccionada por mi querida madre a partir de una mantelería desechada que había encontrado, en el curso de sus vagabundeos cotidianos, en el cubo de basura de un arquitecto. Una vez limpia y vendada la herida, cogí a Emily en brazos y subí corriendo por el césped hacia las grandes puertas de Wallowyck, que se abrieron con estruendo ante mi llamada. El mayordomo se puso pálido al vernos.

—¿Qué le has hecho a nuestra Emily? —gritó.

—Lo único que ha hecho es salvarme la vida —dijo Emily.

De las penumbras de la sala emergió el barbudo e implacable señor Wallow.

—Gracias por haber salvado la vida de mi hija —dijo con voz ronca. Luego me miró más detenidamente y vi lágrimas en sus ojos—. Algún día serás recompensado —agregó—. Y llegará ese día.

El estado de mi camisa de hilo me obligó esa noche a contar la aventura a mis padres. Mi padre estaba borracho, como de costumbre.

—¡Esa bestia no te dará ninguna recompensa! —bramó—. ¡Ni en este mundo ni en el cielo ni en el infierno!

—Por favor, Ernest —suplicó mi madre, suspirando, y yo fui hacia ella y cogí entre las mías sus manos secas por la fiebre.

Borracho y todo, se diría que por la boca de mi padre había hablado la verdad, pues, en los años que siguieron, no recibí deferencia, señal de cortesía, el más mínimo recuerdo ni la menor muestra de agradecimiento de la gran mansión de la colina.

En el austero invierno del año 19—, el señor Wallow cerró las fábricas, en un gesto vengativo ante mis esfuerzos por organizar un sindicato obrero. El silencio de las factorías —aquellas chimeneas sin humo— fue un duro golpe en el corazón de la localidad de X. Mi madre estaba agonizando. Mi padre se sentaba a beber en la cocina. La enfermedad, el frío y el hambre reinaban en

todas las casuchas. La nieve de las calles, no maculada por el humo de las fábricas, tenía una blancura acusadora. La víspera de Navidad encabecé la delegación sindical que —muchos hombres apenas podían caminar— se presentó ante las grandiosas puertas de Wallowyck y llamé al timbre. Emily estaba en el umbral cuando se abrieron las puertas.

—¡Tú! —exclamó—. Tú, que me salvaste la vida, ¿por qué quieres ahora matar a mi padre?

Las puertas se cerraron con estruendo.

Esa noche conseguí reunir unos cuantos cereales y preparé gachas para mi madre. Estaba llevando a sus escuálidos labios cucharadas de comida cuando la puerta se abrió y entró Jeffrey Ashmead, el abogado de Wallow.

—Si ha venido a denunciarme por la manifestación de esta tarde en Wallowyck, pierde el tiempo —dije—. No hay en la tierra sufrimiento más grande que el que ahora padecemos, mientras veo cómo se muere mi madre.

—He venido para hablar de otro asunto —respondió—. El señor Wallow ha muerto.

—¡Larga vida al señor Wallow! —gritó mi padre desde la cocina.

—Acompáñeme, por favor —dijo el abogado.

—¿De qué quiere hablarme, señor?

—Es usted el heredero del señor Wallow, de sus minas, sus fábricas y su dinero.

—No comprendo.

Mi madre exhaló un penetrante sollozo. Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

—¡La verdad del pasado no es más penosa que la de nuestra triste vida! He querido ocultártelo durante todos estos años, pero la verdad es que eres su único hijo. De joven yo era camarera en la gran mansión, y él se aprovechó de mí una noche de verano. Eso contribuyó a la destrucción de tu padre.

—Lo acompañaré, señor —le dije al señor Ashmead—. ¿Lo sabe la señorita Emily?

—La señorita Emily se ha ido.

Regresé esa noche a Wallowyck y traspasé sus magnas puertas en calidad de dueño. Pero Emily no estaba allí. Antes de la llegada del día de Año Nuevo, ya había enterrado a mis padres, reabierto las fábricas con un régimen de participación en los beneficios y llevado la prosperidad a la ciudad de X, pero al vivir en Wallowyck, conocí una soledad que jamás había experimentado antes...

Me horroricé, por supuesto, y me sentí enfermo. Lo prosaico de mi entorno convirtió en

nauseabunda la puerilidad del relato. Volví rápidamente a la noble sala de espera, con sus límpidos paneles de luz coloreada, y me senté junto al expositor de libros de bolsillo. Las cubiertas sensacionalistas y las promesas de descripciones gráficas de escenas de sexo parecían concordar con lo que acababa de leer. Supongo que lo que había ocurrido era que, a medida que la pornografía pasaba a formar parte del dominio público, aquellas paredes de mármol, aquellas inmemoriales sedes de semejante diversidad, se habían visto obligadas a proteger, en defensa propia, la más refinada tarea literaria. Consideré la idea desconcertante y revolucionaria, y me pregunté si dentro de uno o dos años más habría que leer la poesía de Sara Teasdale en los urinarios públicos, mientras el rey de Suecia honraría a cualquier zafio de pensamientos sucios. Llegó mi tren y me alegré de abandonar Indianápolis y dejar —así lo esperaba— mi hallazgo en el Medio Oeste.

Fui al vagón restaurante y tomé una copa. Enfilamos a toda velocidad hacia el este a la altura de Indiana, asustando a vacas y gallinas, caballos y cerdos. La gente saludaba con la mano al tren según pasaba: una chiquilla con una muñeca boca abajo, un anciano en una silla de ruedas, una mujer de pie en la puerta de una cocina con rulos en el pelo, un joven sentado en una camioneta. Sentí que el tren brincaba hacia adelante en las rectas, oí sus pitidos, la campana de peligro en los pasos a nivel estallaba como una trombosis coronaria, y las juntas de las vías ejecutaban un bajo de jazz versátil, estimulante y fugaz como una brillante improvisación en el latido de un corazón, y el viento resonaba en la caja de frenos como las últimas, roncadas grabaciones de la pobre Billie Holiday. Tomé dos tragos más. Cuando abrí la puerta del retrete del coche cama contiguo y vi que las paredes estaban recubiertas de escritura, reaccioné como si estuviera recibiendo una mala noticia.

No quería leer nada más; no en aquel momento. Wallowyck ya me bastaba para un día. Lo único que quería era volver al vagón restaurante, beber algo y afianzar mi saludable indiferencia por las fantasías de aquellos desconocidos. Pero el texto estaba allí, era irresistible, se diría que formaba parte de mi destino, y, aunque lo leí con amarga desgana, terminé el primer párrafo. Lo más destacado era la caligrafía.

¿Por qué no tienen un geranio en su ventana todos aquellos que pueden permitirse el lujo? Es muy barato. Incluso resulta casi gratuito si se cultiva a partir de una semilla o un esqueje. Es hermoso, y hace compañía. Endulza el aire, regocija la vista, nos vincula con la naturaleza y la inocencia, y podemos amarlo. Y aunque el geranio no puede corresponder a nuestro amor, tampoco nos odia, le es imposible proferir un reproche odioso ni siquiera en el caso de que lo descuidemos, porque es todo belleza, carece de vanidad y, siendo así y teniendo en cuenta que su existencia sólo es capaz de procurarnos bien y complacernos, ¿cómo podríamos descuidarla? Pero, por favor, si elige un geranio...

Cuando volví al bar, ya oscurecía. Me sentí trastornado por aquellos sentimientos tiernos y deprimido por la general melancolía del campo a aquella hora. Lo que había leído ¿era la expresión de un irrefrenable amor por el rebuscamiento y la inocencia? Fuera lo que fuese, sentí entonces la clara responsabilidad de contar lo que había descubierto. Nuestro conocimiento de nosotros mismos y de los demás, en un momento histórico de volubles cambios, es inseguro. Poner impedimentos a nuestras observaciones, a la curiosidad y a la meditación sería pura temeridad. El tercer hallazgo fortuito me demostró que ese tipo de literatura estaba muy extendido. Si tales extravagancias fuesen registradas y

valoradas, pensé, podrían esclarecer enormemente el señorío de nuestra psique y acercarnos un poco más al mundo secreto de la verdad. Mi investigación tenía aspectos nada convencionales, pero, si nos conformamos con menos que perspicacia, valentía y honradez para con nosotros mismos, somos despreciables. Tengo seis amigos que trabajan para diversas fundaciones, y decidí llamar su atención sobre el fenómeno de los escritos en los urinarios públicos. Sabía que habían otorgado becas para poesía, investigación zoológica, estudios sobre la historia de las vidrieras y sobre el significado social de los tacones altos, y en aquel momento el hábito de escribir en los urinarios parecía ser un sendero —uno de los muchos caminos de la verdad— que exigía exploración.

Al volver a Nueva York concerté una comida con mis amigos en cierto restaurante situado en una de las calles sesenta que tenía un comedor privado. Pronuncié mi discurso al final de la comida. Mi mejor amigo fue el primero en contestar.

—Has estado fuera demasiado tiempo —dijo—. Ya no estás al corriente de las inquietudes del país. Aquí no nos interesan esas cosas. Hablo por mí, naturalmente, pero creo que la idea es repulsiva.

Eché una ojeada a mi propio aspecto y vi que llevaba un chaleco de seda cruzado y unos zapatos puntiagudos amarillos, y supuse que mis palabras habían tenido el tono amanerado y monótono de la mayoría de los expatriados. Las acusaciones de mi amigo —la idea era forastera, extraña e indecente— parecían inapelables. Pensé entonces (y sigo pensándolo ahora) que lo que lo desconcertaba no era lo indecoroso de mi descubrimiento, sino el carácter explosivo que éste tenía, y que mi amigo se había sumado durante mi ausencia a las filas de esos hombres nuevos que opinan que ya no se puede utilizar la verdad en la resolución de nuestros dilemas. Se despidió y los demás se fueron marchando uno tras otro, todos ellos de acuerdo en que yo había estado fuera demasiado tiempo y estaba desfasado con respecto a la decencia y al sentido común.

Regresé a Europa pocos días después. El avión a Orly iba con retraso; maté el tiempo en el bar, y en un momento dado busqué los urinarios. Esta vez, el mensaje estaba escrito sobre un azulejo. «¡Brillante estrella! —leí—. Si yo fuera constante como tú, la noche no pendería en el aire con solitario esplendor...» Eso era todo. Anunciaron mi vuelo y volé por los aleros del cielo de regreso a la Ciudad de la Luz.

Montraldo

La primera vez que robé en Tiffany's estaba lloviendo. Compré una sortija con un diamante de imitación en una tienda de joyas de fantasía de las calles cuarenta. Luego fui a pie hasta Tiffany's bajo la lluvia y pedí que me enseñaran anillos. El empleado tenía un porte altivo. Examiné seis u ocho sortijas de brillantes. Los precios iban de los ochocientos a los diez mil dólares. Había uno de tres mil que me pareció similar al falso que llevaba en el bolsillo. Estaba mirándolo cuando una mujer de edad avanzada —supuse que clienta asidua— apareció en el otro extremo del mostrador. El dependiente se apresuró a atenderla y yo cambié las sortijas. Entonces dije: «Muchas gracias. Lo pensaré.» «Muy bien», contestó el empleado con arrogancia, y salí del establecimiento. Había sido coser y cantar. Bajé hasta el mercado de diamantes de las calles cuarenta y vendí el anillo por mil ochocientos dólares. No me hicieron preguntas. Fui luego a la agencia Cook y me enteré de que el *Conte di Salvini* zarpaba a las cinco para Genova. Era agosto, y había muchas plazas libres en los cruceros hacia el este. Cogí un camarote de primera, y me encontraba en el bar cuando el barco levó anclas. El bar estaba oficialmente cerrado, desde luego, pero el marinero encargado de la barra me sirvió un martini para resistir hasta que llegásemos a aguas internacionales. La sirena del *Salvini* era excepcionalmente percusiva y era posible oír-la desde el centro de la ciudad, pero ¿quién está en el centro a las cinco en punto de una tarde de agosto?

Aquella noche conocí a la señora Winwar y a su anciano marido en las apuestas de caballos. Él se mareó en seguida, y nosotros nos zambullimos en las maravillosas trampas del amor ilícito. Las notas cruzadas, las llamadas telefónicas equivocadas, la afectada indiferencia, y lo que sucedía cuando estábamos tras la puerta cerrada de mi camarote volvían candoroso mi robo de la sortija. El señor Winwar se recuperó a la altura de Gibraltar, pero ello sólo añadió a la situación un matiz de desafío, y su mujer y yo continuamos nuestro idilio en sus mismísimas narices. Nos despedimos en Génova, donde compré un Fiat de segunda mano y emprendí el recorrido de la costa.

Llegué a Montraldo una tarde a última hora. Me detuve allí porque estaba cansado de conducir. Había una bahía semicircular, flanqueada por altos acantilados de piedra, y una de esas playas llenas de cafés y casetas de baños. Había dos hoteles: el Gran Hotel y el Nacional. Me daba lo mismo uno que otro, y el camarero de una cafetería me informó de que podía alquilar una habitación en la villa situada sobre el acantilado. Dijo que se llegaba a ella por una abrupta y sinuosa carretera, o bien por unos escalones de piedra (ciento veintisiete, según descubrí más tarde) que descendían hasta el pueblo desde el jardín trasero. Subí en coche por la serpeante carretera. El romero tapizaba el acantilado, y las ropas de los lugareños, que se secaban al sol, cubrían el romero. Letreros en cinco idiomas anunciaban en la puerta que se alquilaban habitaciones. Toqué el timbre, y una criada rechoncha y belicosa abrió la puerta. Supe, después, que se llamaba Assunta. No llegué a ver que su belicosidad se permitiese el menor respiro. En la iglesia, cuando avanzaba por la nave lateral para recibir la Santa Comunión, se diría que iba a dejar fuera de combate al cura y hacer trizas al monaguillo. Me dijo que me daría una habitación si pagaba una semana por adelantado, y tuve que pagársela antes de que me permitiese cruzar el umbral.

El lugar era una completa ruina, pero el dormitorio enlucido que me enseñó estaba en una

pequeña torre, y a través de la ventana rota, la habitación tenía una amplia vista al mar. El único lujo consistía en un hornillo de gas. No había cuarto de baño ni agua corriente; para lavarme usaba el agua que sacaban de un pozo con una lata de mermelada agujereada. Evidentemente, yo era el único huésped. Aquella primera tarde, mientras Assunta ensalzaba la salubridad del aire marino, oí una quejumbrosa y elegante voz que nos llamaba desde el patio. Bajé la escalera delante de la sirvienta y me presenté a una anciana que estaba de pie junto al pozo. Era pequeña, delicada y vivaz, y hablaba con un acento romano tan florido que me pregunté si no trataría de deslumbrarnos con una especie de barniz cultural o social para disimular con él su vestido andrajoso y sucio.

—Veo que tiene usted un reloj de oro —señaló—. Yo también tengo uno. Tenemos eso en común.

La criada se volvió hacia ella y le dijo:

—¡Vete al infierno!

—Pero es cierto. El caballero y yo tenemos relojes de oro —dijo la anciana—. Nos llevaremos bien.

—Pesada —bufó la criada—. Así te pudras.

—Gracias, gracias, tesoro de mi casa, luz de mi vida —dijo la anciana, y se encaminó hacia una puerta abierta.

La sirvienta se puso las manos en las caderas y gritó:

—¡Bruja! ¡Sapo! ¡Cerde!

—¡Gracias, gracias, mil gracias! —replicó la vieja, y entró.

Aquella noche, en el café, indagué sobre la *signorina* y su criada, y el camarero, hombre bien informado, me dijo que la *signorina* provenía de una noble familia romana que la había repudiado a causa de un romántico e inconveniente asunto amoroso. Vivía en Montraldo como una ermitaña desde hacía cincuenta años. Assunta había venido desde Roma para ser su *donna di servizio*, pero lo único que hacía actualmente por la anciana era bajar al pueblo y comprarle pan y vino. Había despojado a la mujer de todas sus pertenencias, incluso le había confiscado la cama de su dormitorio, y ahora la tenía poco menos que prisionera en la villa. Tanto el Gran Hotel como el Nacional eran lujosos y cómodos. ¿Por qué me quedaba yo en semejante casa?

Me quedé por la panorámica, porque había pagado por adelantado y por la curiosidad que despertaban en mí la excéntrica solterona y su estrafalaria sirvienta. A la mañana siguiente, temprano, empezaron a pelearse. Assunta inició la riña con injurias e indecencias. La *signorina* contestó con exquisito sarcasmo. El espectáculo fue deprimente. Me pregunté si la anciana sería realmente una prisionera, y cuando la vi sola en el patio, avanzada la mañana, le pregunté si le gustaría acompañarme en mi coche hasta Tambura, el siguiente pueblo subiendo por la costa. Me contestó, en su florido romano, que le encantaría. Quería llevar a arreglar su reloj, su reloj de oro. Era tan valioso y bello que sólo había un artesano a quien se atrevía a confiarlo. El relojero vivía en Tambura. Assunta llegó mientras hablábamos.

—¿Para qué quieres ir a Tambura? —le preguntó a la anciana.

—Quiero llevar a arreglar mi reloj de oro.

—No tienes ningún reloj de oro —replicó Assunta.

—Es cierto —dijo la anciana—. Ya no tengo reloj de oro, pero tuve uno. Tuve un reloj de oro y un lápiz de oro.

—Si no tienes reloj, no puedes ir a Tambura para que te lo arreglen —dijo Assunta.

—Es verdad, luz de mi vida, tesoro de mi casa —asintió la anciana, y se retiró a su habitación.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la playa y en los cafés. Los centros estivales no parecían excesivamente prósperos. Los camareros se quejaban del negocio, pero siempre lo hacen. El olor del mar era un reclamo, aunque impuro, y yo solía recordar con nostalgia las salvajes y magníficas playas de mi país. Gay Head está hundiéndose en el mar, lo sé, pero el hundimiento de Montraldo parece ser espiritual; como si las olas erosionaran la vitalidad del paraje. El mar era incandescente; la luz clara, pero no brillante. El sabor de Montraldo, tal como lo recuerdo, era inmutable, íntimo, exhausto: detestable para mí, porque ¿no debe el alma del hombre ser tan límpida y cortante como un diamante? Las olas hablaban en francés o en italiano (con alguna que otra palabra en dialecto), pero parecían hacerlo sin fuerza.

Una tarde bajó a la playa una mujer extraordinariamente bella, seguida por un chiquillo de unos ocho años y por una mujer italiana vestida de negro: una sirvienta. Llevaban bolsas de bocadillos del Gran Hotel, y supuse que el chico pasaba la mayor parte de su vida en hoteles. Era digno de lástima. La criada sacó algunos juguetes del montón que llevaba en una bolsa de cuerda. Todos parecían poco apropiados para la edad del niño: un cubo de playa, una pala, algunos moldes, un balón hinchable y unas anticuadas aletas de nadar. La madre, que tendida sobre una manta leía una novela norteamericana, debía de ser divorciada, supuse, e imaginé que poco después estaría en el café tomando una copa conmigo. Con esta idea en mente, me levanté y me ofrecí a jugar al balón con el chico. Él pareció encantado de tener compañía, pero no era capaz de lanzar la pelota ni de atraparla, así que, tanteando sus gustos, le pregunté, con un ojo puesto en su madre, si le gustaría que le construyese un castillo de arena. Me dijo que sí. Construí un foso de agua, luego una rampa con escaleras en curva, un foso seco, un muro almenado con emplazamientos para los cañones, y varias torres redondas con parapetos. Trabajé como si realmente intentara edificar un bastión inexpugnable, y al terminar puse en cada torre ondeantes banderas confeccionadas con papel de caramelos. Creí ingenuamente que era una obra hermosa, y también lo creyó el niño, pero cuando llamé la atención de su madre para mostrarle mi hazaña, ella dijo: «*Andiamo.*» La sirvienta recogió los juguetes y se fueron, dejándome allí, hombre hecho y derecho en un país extranjero y a solas con un castillo de arena.

En Montraldo, el momento cumbre del día eran las cuatro de la tarde. A esa hora había retreta, gentileza del ayuntamiento. El quiosco de música era de madera, de inspiración turca, y estaba azotado por los vientos marinos. Algunas veces, los músicos llevaban uniforme, otras tocaban en traje de baño, y el número de los ejecutantes variaba todos los días, pero siempre interpretaban *Dixieland*. Por lo visto, la historia del jazz les tenía sin cuidado. Era como si hubiesen encontrado en el fondo de un baúl unas cuantas partituras viejas arregladas para banda, y no se salían de ellas. La música era cómica,

apresurada; parecían estar tocando para algún decrepito salón de baile. *Clarinet Marmalade, China Boy, Tiger Rag, Careless Love*. Qué emocionante resultaba oír aquel viejo, vetusto jazz estallando en el aire salado. El concierto terminaba a las cinco, cuando la mayoría de los músicos guardaban sus instrumentos y se hacían a la mar en la flota sardinera, y los bañistas volvían a los cafés y al pueblo. Hombres, mujeres y niños en la playa, una banda de música, las algas marinas y las cestas con bocadillos evocan para mí, con mucha mayor fuerza que los paisajes clásicos, nuestros legendarios vínculos con el paraíso. Solía subir con los demás al café, y así fue como me hice amigo de lord y lady Rockwell, que me invitaron a un cóctel. ¿Que por qué digo *lord* y *lady* con tanto respeto? La razón de ello es que mi padre era camarero.

No un camarero corriente: trabajaba en los salones de cena y baile de uno de los grandes hoteles. Una noche perdió los estribos con un bruto borracho; le estampó en la cara un plato de canelones y se marchó del comedor. El sindicato lo suspendió durante tres meses, pero en cierto sentido se convirtió en un héroe, y cuando volvió al trabajo le asignaron el turno de los banquetes, donde servía los champiñones a reyes y presidentes. Conoció mucho mundo, pero yo me pregunto algunas veces si la gente vio de él algo más que la manga de su chaqueta roja y su suave y hermoso rostro un poco más arriba de los candelabros. Debió de ser como vivir en un universo dividido por un cristal transparente sólo por uno de sus lados. En ocasiones, me recuerdan a mi padre esos pajes y guardas que en las obras de Shakespeare salen por la izquierda y se plantan ante una puerta, proclamando con su indumentaria que nos hallamos en Venecia o en Arden. Apenas se les ve la cara, nunca dicen una palabra; tampoco las decía mi padre, que cuando, a los postres, empezaban los discursos, desaparecía de escena igual que los pajes. Yo decía a la gente que él trabajaba en la hostelería, rama administrativa, pero en realidad era camarero, camarero de banquetes.

Había mucha gente en la fiesta de los Rockwell, y me marché a eso de las diez. Un viento cálido soplabá del mar. Más tarde me dijeron que era el siroco, un viento del desierto tan opresivo que tuve que levantarme varias veces esa noche para beber agua mineral. A poca distancia de la costa, un barco tocaba su sirena de niebla. A la mañana siguiente, el tiempo era hermoso y sofocante. Mientras yo me hacía un poco de café, Assunta y la *signorina* comenzaron su pelea mañanera. Empezó Assunta con el acostumbrado «¡Cerda! ¡Perra! ¡Bruja! ¡Basura del arroyo!» Asomada a una ventana, la bigotuda anciana vertió sus floridas réplicas: «Querida. Adorada. Bendita. Gracias, gracias.» Yo estaba en la puerta con mi café, deseando que hubieran aplazado sus disputas para cualquier otro momento del día. Interrumpieron la riña mientras la *signorina* bajaba la escalera para recoger el pan y el vino. Luego la reanudaron: «¡Bruja! ¡Sapo! ¡Sapo de sapos! ¡Bruja de brujas!», etc. La anciana contestó: «¡Tesoro! ¡Luz! ¡Tesoro de mi casa! ¡Luz de mi vida!» Después se produjo un altercado, un tira y afloja por la barra de pan. Vi que Assunta golpeaba a la anciana cruelmente con el canto de la mano. La mujer rodó escalones abajo y comenzó a gemir: «¡Ayyy! ¡Ayyyy!» Hasta sus gritos de dolor parecían floridos. Crucé corriendo el patio hasta donde yacía, como una masa informe. Assunta me chillaba: «¡No es culpa mía!, ¡no es culpa mía!» La anciana tenía grandes dolores. «¡Por favor, *signore!* —me rogó—. ¡Por favor, tráigame un sacerdote!» La levanté. No pesaba más que un niño, y sus ropas olían a mugre. La llevé arriba, a una habitación de techo alto festoneada de telarañas, y la instalé en un sofá. Assunta me pisaba los talones, gritando: «¡No es culpa mía!» Luego bajé los ciento veintisiete escalones que conducían al pueblo.

La neblina flotaba en el aire, y el viento africano parecía la bocanada de un horno. Nadie contestó a la puerta en la casa del cura, pero lo encontré en la iglesia, barriendo el suelo con una escoba de ramitas. Yo estaba excitado e impaciente, y cuanto más me impacientaba yo, más despacio se movía el cura. Primero tuvo que guardar la escoba en un armario. La puerta estaba torcida y no se

cerraba, y empleó en tratar de cerrarla una exagerada cantidad de tiempo. Finalmente salí y lo esperé en el atrio. Tardó media hora en prepararse; cuando por fin estuvo dispuesto, en vez de dirigirnos a la villa, recorrimos el pueblo en busca de un monaguillo. Finalmente se nos unió un joven que se puso una sotana con una sucia puntilla, y empezamos a subir la escalera. El sacerdote subió diez escalones y se sentó a descansar. Tuve tiempo de fumarme un cigarrillo. Diez escalones más, y un nuevo descanso. A mitad de la escalera empecé a preguntarme si lograría llegar arriba. Su cara había pasado del rojo al púrpura, y su sistema respiratorio emitía sonidos violentos y desesperados. Por fin llegamos a la puerta de la villa. El monaguillo encendió el incensario. Entramos en el destartado lugar. Las ventanas estaban abiertas. La bruma marina empapaba el aire. La anciana padecía grandes dolores, pero el tono de su voz seguía siendo elegante, como cabía esperar.

—Es mi hija —dijo—. Assunta es mi hija, mi niña.

Assunta chilló:

—¡Mentirosa! ¡Embustera!

—No, no, no —dijo la anciana—, tú eres mi niña, mi única niña. Por eso te he cuidado durante toda mi vida.

Assunta se echó a llorar y se lanzó escaleras abajo. Desde la ventana la vi cruzar el patio. El sacerdote empezó a administrar a la moribunda los últimos sacramentos, y salí.

En el café estuve como quien dice en vigilia. Las campanas de la iglesia tocaron las tres, y un poco más tarde llegó de la villa la noticia de que la *signorina* había muerto. En el café nadie parecía sospechar que fueran algo más que una excéntrica solterona y su estrafalaria sirvienta. A las cuatro en punto, la orquesta abrió el concierto con *Tiger Rag*. Esa noche me trasladé desde la villa al hotel Nacional, y por la mañana me fui de Montraldo.

El océano

Escribo este diario porque creo estar en peligro y porque no tengo ningún otro medio de expresar mis temores. No puedo ir a contárselos a la policía, como se verá en seguida, ni tampoco confiárselos a mis amigos. Mi amor propio, mi sentido común y mi caridad se han visto considerablemente afectados recientemente, pero además me queda una dolorosa incertidumbre sobre quién tiene la culpa. Quizá sea yo el responsable. Permítaseme poner un ejemplo. Anoche me senté a cenar con Cora, mi mujer, a las seis y media. Nuestra única hija ya no vive en casa, y ahora comemos en la cocina, en una mesa decorada con una pecera. Para comer teníamos jamón de York, ensalada y patatas. Probé la ensalada y tuve que escupirla.

—Claro —dijo mi mujer—. Ya me temía yo que iba a pasar algo así. Siempre dejas el líquido para encender la barbacoa en la despensa, y lo he confundido con el vinagre.

Como decía: ¿quién tiene la culpa? Yo siempre procuro dejar las cosas en su sitio, y si ella pensaba envenenarme, no habría cometido la torpeza de aderezar la ensalada con gasolina. Si yo no la hubiese dejado en la despensa, no habría sucedido nada. Pero voy a seguir un poco más con estos razonamientos. Durante la cena se nos vino encima una tormenta. El cielo se ensombreció y de repente empezó a llover a cántaros. Nada más terminar de comer, Cora se puso un impermeable verde y salió a regar el césped. La estuve viendo desde la ventana. Parecía no darse cuenta de las cortinas de agua que caían a su alrededor, y regaba el césped con gran cuidado, deteniéndose especialmente en los sitios donde la hierba tenía un color amarillento. Temí que se pusiera en evidencia ante los vecinos. La dueña de la casa de al lado telefonaría a la señora de la esquina para decirle que Cora Fry estaba regando el césped mientras caía un aguacero. El deseo de que mi mujer no se convirtiera en tema para los cotilleos del vecindario me llevó a su lado, pero mientras me acercaba, protegiéndome con el paraguas, comprendí que me faltaba el tacto necesario para salir airoso de aquel trance. ¿Qué tenía que decir? ¿Acaso que la llamaba una amiga por teléfono? Mi mujer no tiene amigas.

—Vuelve a casa, cariño —dije—. Podría alcanzarte un rayo.

—Me extrañaría muchísimo —respondió ella con su voz más musical. Últimamente habla siempre a una octava por encima del do mayor.

—¿Por qué no esperas a que deje de llover? —insistí.

—No va a durar mucho —contestó con entonación muy dulce—. Las tormentas nunca duran.

Volví a casa bajo el paraguas y me serví una copa. Cora estaba en lo cierto. Un minuto después, la tormenta había cesado y ella seguía regando el césped. En los dos incidentes que acabo de narrar, mi mujer tenía razón en parte, pero eso no me impide seguir pensando que estoy en peligro.

Ah, mundo, mundo, mundo maravilloso y desconcertante, ¿cuándo empezaron mis problemas? Escribo esto en mi casa de Bullet Park. Son las diez de la mañana. Estamos a martes. Se

me podría preguntar con toda razón qué estoy haciendo en Bullet Park un día de trabajo. Los únicos varones que quedamos por aquí son tres clérigos, dos enfermos crónicos y un viejo excéntrico de Turner Street que está completamente loco. Todo el barrio disfruta de la serenidad, de la quietud de un lugar donde las tensiones entre los sexos han quedado suspendidas: excepto las mías con mi mujer, por supuesto, y las de los tres clérigos. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Por qué no tomo el tren para ir a Nueva York? Tengo cuarenta y seis años, disfruto de una buena salud, me visto bien, y sé más acerca de la fabricación y la venta de Dynaflex que ninguna otra de las personas que trabajan en el ramo. Una de mis dificultades es que parezco más joven de lo que soy. Mi cintura no pasa de los setenta y cinco centímetros y tengo el pelo completamente negro; de manera que cuando le digo a la gente que era vicepresidente encargado de ventas y ayudante ejecutivo del presidente de Dynaflex —cuando le digo esto a un extraño en un bar o en el tren—, nunca me creen porque parezco demasiado joven.

El señor Estabrook, el presidente de Dynaflex y en cierto sentido mi protector, era un entusiasta de la jardinería. Una tarde, mientras contemplaba sus flores, le picó un abejorro y murió antes de que pudieran llevarlo al hospital. Yo podría haber sido el nuevo presidente, pero prefería seguir ocupándome de las ventas y de la producción. Poco después, los miembros del consejo de administración —entre los que me encontraba— votamos en favor de una fusión con Milltonium Ltd., colocando así a Eric Penumbra, el jefe de Milltonium, al timón. Yo voté por la fusión con ciertos recelos, pero los oculté y me ocupé de llevar a cabo la porción más importante del trabajo previo. Tenía que conseguir la aprobación de una serie de accionistas conservadores y desconfiados y, uno a uno, los fui convenciendo a todos. El hecho de que yo hubiese trabajado únicamente para Dynaflex desde que salí de la universidad les inspiraba confianza. Pocos días después de que la fusión fue una realidad, Penumbra me llamó a su despacho.

—Bien —dijo—, lo ha conseguido.

—Así es, efectivamente —respondí.

Pensé que me estaba felicitando por el resultado de mi gestión. Había viajado por todos los estados de la Unión y hecho dos visitas a Europa. Ningún otro podría haberlo conseguido.

—Lo ha logrado —dijo Penumbra con aspereza—. ¿Cuánto tiempo necesitará para marcharse?

—No lo entiendo —respondí.

—¡Demonios! ¿Que cuánto tiempo le hará falta para irse? —gritó—. Está usted anticuado. No podemos permitirnos el lujo de tener gente como usted en este negocio. Le estoy preguntando cuánto tiempo necesita para marcharse.

—Creo que una hora será suficiente —contesté.

—Bien, voy a darle hasta finales de semana —dijo él—. Si quiere mandarme a su secretaria, yo me encargaré de despedirla. Realmente es usted un hombre afortunado. Con el subsidio de desempleo, la indemnización por despido y el paquete de acciones de la compañía que posee seguirá cobrando casi el mismo dinero que yo, y no tendrá que mover un dedo. —Después se levantó de la mesa y vino a donde yo estaba. Me pasó el brazo por encima del hombro y me abrazó—. No se

preocupe —dijo—, estar anticuado es algo con lo que tenemos que enfrentarnos todos. Confío en que sabré conservar la calma tan bien como usted cuando me llegue la hora.

—Así lo espero, desde luego —dije, y salí del despacho.

Me fui a los lavabos, me encerré en uno de los retretes y lloré. Lloré por la deshonestidad de Penumbra, por el futuro de Dynaflex, y por el porvenir de mi secretaria, una soltera de mediana edad, muy inteligente, que escribe relatos breves en su tiempo libre; lloré amargamente por mi propia ingenuidad y por mi falta de doblez; lloré por dejarme abrumar por los hechos más básicos de la existencia. Al cabo de media hora, me sequé las lágrimas y me lavé la cara. Recogí todos mis efectos personales del despacho, tomé el tren para volver a casa y le conté a Cora lo que había sucedido. Yo estaba enfadado, por supuesto, y ella pareció asustarse. Empezó a llorar y se fue al tocador, que es el lugar que ha venido utilizando como muro de las lamentaciones desde que nos casamos.

—En realidad, no hay ningún motivo para llorar —dije—. Quiero decir que tenemos mucho dinero. Grandes cantidades de dinero. Nos podemos ir a Japón, o a la India. Podemos visitar las catedrales inglesas.

Cora siguió llorando y llorando, y después de cenar llamé a nuestra hija Flora, que vive en Nueva York.

—Lo siento, papá —dijo cuando le conté las noticias—. Lo siento muchísimo, e imagino lo mal que lo estás pasando; me gustaría verte dentro de algún tiempo, pero no ahora mismo. Recuerda tu promesa..., prometiste dejarme en paz.

El próximo personaje que entra en escena es mi suegra, que se llama Minnie. Minnie es una rubia de unos setenta años, con voz ronca y cuatro cicatrices en la cara, consecuencia de una operación de cirugía estética. Se la puede ver zascandileando alrededor de Neiman-Marcus, o en el vestíbulo de cualquier gran hotel. Minnie usa la expresión «estar de moda» con gran flexibilidad. Cuando habla del suicidio de su marido en 1932, suele decir que «tirarse por la ventana estaba muy de moda». Cuando expulsaron del instituto a su hijo único por conducta inmoral, y se fue a vivir a París con un hombre de más edad, Minnie dijo: «Me doy cuenta de que es repugnante, pero parece que está terriblemente de moda.» Acerca de su atroz forma de arreglarse, suele decir: «No puedes figurarte lo incómodo que es, pero ¡está tan de moda!» Minnie es cruel y perezosa, y Cora, su única hija, la odia. Mi esposa ha orientado su manera de ser por caminos que son diametralmente opuestos a los de Minnie. Cora es cariñosa, responsable, sobria y amable. Tengo la impresión de que para salvaguardar sus virtudes — para no perder la esperanza, en realidad—, se ha visto obligada a inventar una historia fantástica según la cual Minnie no es en realidad su madre; su madre es una señora prudente y muy simpática que se entretiene haciendo bordados. Todo el mundo sabe lo convincentes y traicioneras que pueden ser las fantasías.

El día siguiente a mi despido estuve sin hacer nada. Al cerrármeme las oficinas de Dynaflex me encontré con la sorpresa de que apenas tenía ningún sitio adonde ir. Mi club está anexo a una universidad donde sólo sirven almuerzos estilo cafetería, y tiene muy poco de refugio. Siempre he querido leer buenos libros, y parecía que aquélla iba a ser mi oportunidad. Me fui al jardín con un ejemplar de Chaucer y leí media página, pero era un trabajo realmente duro para un hombre de negocios. Me pasé el resto de la mañana labrando la tierra en el sembrado de las lechugas, y logré que se enfadara el jardinero. Por alguna razón, la comida con Cora resultó tirante. Después de almorzar,

ella se quedó dormida. Lo mismo hizo la criada, cosa que descubrí cuando entré en la cocina a por un vaso de agua. Estaba profundamente dormida con la cabeza sobre la mesa. La quietud de la casa en aquel momento me produjo una sensación muy peculiar. Pero el mundo, con todas sus diversiones y entretenimientos, estaba a mi alcance, de manera que llamé a Nueva York y encargué entradas para un teatro. A Cora no le gusta demasiado el teatro, pero vino conmigo. Al acabar la representación, fuimos al St. Regis a tomar una copa. Cuando entramos, la orquesta estaba terminando una de sus actuaciones: trompetas hacia el cielo, banderas desplegadas, y el tipo sonriente que tocaba la batería golpeando enérgicamente todo lo que encontraba a su alcance. En el centro de la pista, Minnie agitaba el trasero, zapateaba y chasqueaba los pulgares. Su pareja era un gigoló que se había quedado sin resuello y no hacía más que mirar desesperadamente por encima del hombro, como esperando a que su entrenador tirase la toalla. El vestuario de Minnie era excepcionalmente brillante, su rostro parecía excepcionalmente demacrado, y mucha gente se reía de ella. Como digo, Cora parece haberse inventado una madre que rebosa dignidad, y estos encuentros resultan muy crueles. Nos fuimos de inmediato. Cora no dijo una sola palabra durante todo el largo viaje de vuelta a casa.

Minnie debió de ser una mujer hermosa hace muchos años. Cora ha heredado de ella sus grandes ojos y su delicada nariz. Minnie viene a visitarnos dos o tres veces al año. No hace falta decir que si anunciase su llegada cerraríamos la casa y nos marcharíamos, pero mi suegra sabe perfectamente cómo hacer desgraciada a su hija, y por ello, con gran habilidad, convierte sus visitas en una sorpresa. Al día siguiente pasé la tarde en el jardín intentando leer a Henry James. A eso de las cinco oí detenerse un coche delante de nuestra casa. Poco después empezó a llover, y al entrar en la sala de estar vi a Minnie de pie junto a una ventana. La habitación estaba casi a oscuras, pero nadie se había molestado en encender la luz.

—Vaya, Minnie —exclamé—, cómo me alegro de verte, qué sorpresa tan agradable. Deja que te prepare algo de beber. Encendí una lámpara y me di cuenta de que era Cora. Mi mujer se volvió lentamente hacia mí con una mirada directa y elocuente, de total desconfianza. Podría haber pasado por una sonrisa si yo no supiera que la herí en lo más íntimo; si no hubiese notado la oleada de emoción que brotó de ella como brota la sangre de una herida.

—Lo siento muchísimo, cariño —dije—. Lo siento muchísimo. No veía bien.

Cora abandonó la habitación.

—Ha sido la oscuridad —insistí—. Se hizo de noche de repente cuando empezó a llover. Lo siento muchísimo, pero ha sido la oscuridad y la lluvia.

La oí subir la escalera sin molestarse en encender la luz y cerrar la puerta de nuestro cuarto.

Cuando vi a Cora a la mañana siguiente —y no volví a verla hasta entonces—, deduje, por la dolorosa crispación de su rostro, que para ella mi confusión había sido intencionada. Imagino que la herí tanto como Penumbra a mí cuando me llamó anticuado. A partir de entonces, su voz se hizo una octava más aguda, y empezó a hablarme —cuando me hablaba— con entonación cansada y musical, acompañando sus palabras con miradas acusadoras y tristes. Ahora bien: es posible que yo no hubiese notado nada de todo esto si hubiera continuado absorto en mi trabajo y volviendo a casa por las tardes muerto de cansancio. Conseguir un saludable equilibrio entre movimiento y observación era casi imposible al quedar mis oportunidades para la acción tan repentinamente truncadas. Continué con mi programa de lecturas serias, pero pasaba más de la mitad del tiempo observando las tribulaciones de

Cora y el desorganizado funcionamiento de la casa. Una asistenta venía cuatro veces por semana, y cuando la vi barriendo el polvo bajo las alfombras y descabezando sueños en la cocina, me enfadé. No dije nada acerca de aquello, pero nuestras relaciones empezaron a hacerse poco cordiales. Lo mismo sucedió con el jardinero. Si yo me sentaba en el jardín a leer, venía a cortar la hierba debajo de mi silla; y le llevaba un día entero, a cuatro dólares la hora, cortar el césped, aunque yo sabía por propia experiencia que aquel trabajo se podía hacer en mucho menos tiempo. En cuanto a Cora, veía con toda claridad lo vacía y solitaria que resultaba su vida. Nunca salía a almorzar fuera. Nunca jugaba a las cartas. Arreglaba las flores, iba a la peluquería, cotilleaba con la criada y descansaba. Las cosas más insignificantes empezaron a irritarme y a ofenderme, y lo poco razonable de mi irritabilidad me molestaba doblemente. El ruido apenas perceptible de los inocentes pasos de Cora cuando deambulaba por la casa sin ir a ningún sitio en particular bastaba para ponerme de mal humor. Me molestaba incluso su manera de hablar.

—Tengo que *tratar de* arreglar las flores —decía—. Tengo que *tratar de* comprarme un sombrero. Tengo que *tratar de* que me hagan la permanente. Tengo que *tratar de* encontrar un bolso amarillo. —Al levantarse de la mesa después de almorzar, decía—: Ahora *trataré de* tumbarme al sol. —Pero ¿por qué utilizaba el verbo *tratar*? El sol descendía a raudales desde el cielo sobre la terraza, donde había gran abundancia de muebles cómodos, y pocos minutos después de echarse en una hamaca, Cora se quedaba dormida. Al levantarse de la siesta, decía—: Tengo que *tratar de* que no me quemee el sol. —Y al entrar en la casa—: Ahora voy a *tratar de* bañarme.

Una tarde fui a la estación para ver llegar el tren de las seis y treinta y dos. Era el tren en el que yo solía volver a casa. Aparqué el coche junto a una larga fila de automóviles, conducidos en su mayor parte por amas de casa. Estaba muy nervioso. Yo no aguardaba a nadie, y las mujeres a mi alrededor esperaban únicamente a sus maridos, pero a mi modo de ver, aguardábamos algo mucho más importante. Daba toda la impresión de que el decorado estaba listo. Pete y Harry, los dos taxistas, aguardaban de pie junto a sus coches. Con ellos estaba el terrier de los Bruxton, un eterno vagabundo. El señor Winters, el factor, hablaba con Louisa Balcolm, la administradora de correos, que vive dos estaciones más allá en la línea del ferrocarril. Eran los actores secundarios, los tramoyistas y los curiosos que constituían la base del espectáculo. Yo no dejaba de mirar el reloj. El tren llegó por fin, y un momento después, una erupción, un borbotón de humanidad, salió por las puertas de la estación: tan numerosos y decididos, tan semejantes a los marineros que vuelven a casa después de faenar en el mar, tan apresurados, tan cariñosos, que me eché a reír de placer. Allí estaban todos, los bajos y los altos, los ricos y los pobres, los prudentes y los atolondrados, mis amigos y mis enemigos, y todos atravesaban las puertas con un paso tan ligero y unos ojos tan brillantes que comprendí que debía unirme a ellos. Simplemente, volvería a trabajar. Esta decisión hizo que me sintiera alegre y magnánimo, y cuando volví a casa me pareció por un momento que mi alegría era contagiosa. Cora, por primera vez en muchos días, habló con voz decidida y cálida, pero cuando le contesté, dijo, recuperando el tono musical:

—Habla con el pez de colores.

Así era, efectivamente. La hermosa sonrisa que creía destinada a mí, en realidad, iba dirigida a la pecera, y me pregunté si Cora no habría renunciado al mundo, a sus luces, a sus ciudades y al fragor de la vida real por aquel globo de cristal y su disparatado castillo. Observando cómo se inclinaba amorosamente sobre la pecera, tuve la clara impresión de que contemplaba con envidia aquel otro mundo.

Fui a Nueva York a la mañana siguiente, y llamé por teléfono a un amigo que siempre había elogiado mucho mi trabajo con Dynaflex. Me dijo que me pasara por su oficina a eso de las doce, supuse que para almorzar juntos.

—Quiero volver a trabajar —le dije—. Necesito que me ayudes.

—Bueno, eso no es nada fácil —respondió—. No es tan fácil como podría parecer. En primer lugar, no esperes mucha comprensión por parte de la gente. Todos nuestros colegas saben la generosidad con que Penumbra te ha tratado. A la mayoría de nosotros nos gustaría cambiarnos contigo. Quiero decir que existe un comprensible porcentaje de envidia. A la gente no le apetece ayudar a alguien que está en una situación más cómoda que la suya. Y además, Penumbra quiere que sigas apartado de la profesión. Ignoro por qué, pero es un hecho, y cualquiera que te dé trabajo se verá en dificultades con Milltonium. Y, para seguir con las verdades desagradables, eres demasiado viejo. Nuestro presidente tiene veintisiete años. El mandamás de nuestro mayor competidor ha cumplido los treinta recientemente. ¿Por qué no te dedicas a pasarlo bien? ¿Por qué no te lo tomas con calma? Dedícate a dar la vuelta al mundo, por ejemplo.

Entonces le pregunté con humildad que si haciendo una inversión en su firma, digamos cincuenta mil dólares, podría encontrarme con un puesto de cierta responsabilidad. Mi amigo me obsequió con una gran sonrisa. Todo parecía muy sencillo.

—Me encantaría aceptar tus cincuenta mil —dijo alegremente—, pero en cuanto a encontrarte alguna ocupación, mucho me temo...

En ese momento entró su secretaria para decir que se le estaba haciendo tarde para el almuerzo.

Al salir de allí me detuve en un cruce como si estuviera esperando a que se pusiera en verde el semáforo, pero en realidad no esperaba nada. Me sentía aturdido. Lo que quería era comprarme un par de cartelones, como los de los hombres anuncio, y apuntar en ellos todas mis quejas. Describiría la falta de honradez de Penumbra, las amarguras de Cora, los insultos sufridos a manos del jardinero y de la criada, y lo cruelmente que se me había apartado de la corriente de la vida porque la moda exigía juventud e inexperiencia. Me colgaría los cartelones de los hombros para pasearme frente a la biblioteca pública de nueve a cinco, facilitando información más detallada a quienes manifestasen interés. Hubiese querido añadir una tormenta de nieve, vientos huracanados y el fragor de los truenos; me hubiera gustado convertirlo en un espectáculo.

Entré en un restaurante de una bocacalle para comer algo y tomar una copa. Era uno de esos sitios donde hombres solitarios comen pescado y marisco mientras leen el periódico de la tarde y, donde, a pesar de las luces de colores y de la música de fondo, el ambiente es muy tenso. El jefe de los camareros era un tipo enérgico salido del Corso di Roma. Andaba como un pato, golpeando el suelo con los tacones de sus zapatos italianos, y llevaba los hombros encorvados, como si le apretara la chaqueta. Le habló con aspereza al barman, quien inmediatamente le susurró a un camarero:

—¡Lo mataré! ¡Un día de éstos lo voy a matar!

—Tú y yo —susurró el camarero—. Lo mataremos juntos.

La chica del guardarropa se unió a los susurros. También ella quería matar al encargado. Los conspiradores se dispersaron cuando reapareció el otro, pero el ambiente seguía siendo de rebelión. Me bebí un cóctel y pedí una ensalada, y mientras me la traían me llamó la atención la voz de un hombre que hablaba apasionadamente en el reservado contiguo al mío. No tenía nada mejor que hacer, así que me puse a escucharlo.

—Me voy a Minneapolis —decía—. Tengo que ir a Minneapolis, y nada más llegar al hotel ya está sonando el teléfono. Llama para decirme que no funciona el calentador del agua. Yo estoy en Minneapolis y ella está en Long Island, y me pone una conferencia para decirme que no funciona el calentador del agua. Le pregunto que por qué no llama a un fontanero, y se echa a llorar. Se pasa llorando un cuarto de hora de conferencia, sólo porque le sugiero que llame al fontanero. Bien; en cualquier caso, resulta que en Minneapolis hay una joyería muy buena y le compro unos pendientes. Zafiros. Ochocientos dólares. No me lo puedo permitir, pero tampoco me puedo permitir no comprarle regalos. Quiero decir que quizá gane ochocientos dólares en diez minutos, pero, como dice mi abogado, no me llevo más que la tercera parte de lo que gano, y por tanto, unos pendientes de ochocientos dólares me cuestan alrededor de los dos mil. El caso es que compro los pendientes, se los doy cuando llego a casa, y vamos a la fiesta de los Barnstable. Cuando volvemos a casa ha perdido uno de los pendientes. No sabe dónde. No le preocupa en absoluto. Ni siquiera desea llamar a los Barnstable para preguntar si por casualidad está allí el pendiente. No quiere molestarlos. Entonces yo digo que es como tirar el dinero y ella empieza a llorar, y dice que los zafiros son piedras frías, que ponen de manifiesto mi frialdad interior hacia ella. Dice que no ha habido amor en ese regalo; que no era un regalo de enamorado. Me ha bastado con entrar en una joyería y comprarlos, dice. No he gastado en ellos ni solicitud ni afecto. Entonces le pregunto si espera que le fabrique los pendientes, si quiere que me matricule en una escuela nocturna y aprenda a hacer uno de esos horribles brazaletes de plata. A martillazos. Ya sabes. Cada martillazo es una prueba de solicitud y de afecto. ¿Es eso lo que quiere, maldita sea? Y, claro, aquella noche volví a dormir en el cuarto de los huéspedes...

Seguí comiendo y escuchando. Esperaba a que el acompañante del narrador dijera algo, a que manifestara de alguna forma su simpatía o su aprobación, pero su silencio era total, y me pregunté por un momento si el ocupante del reservado no estaría hablando consigo mismo. Torcí el cuello para mirar al otro lado del tabique de separación, pero estaba demasiado al fondo para verlo.

—Tiene un dinero que no es suyo —continuó la voz—. Yo pago los impuestos por esa cantidad, y ella se lo gasta todo en ropa. Tiene cientos y cientos de trajes y de zapatos, tres abrigos de pieles y cuatro pelucas. *Cuatro*. Pero si yo me compro un traje, dice que estoy derrochando. Tengo que comprarme ropa de vez en cuando. Quiero decir que no puedo ir al despacho como si fuera un pordiosero. Pero si yo compro algo, estoy derrochando. El año pasado me compré un paraguas; sólo trataba de no mojarme. Manirroto. El año anterior me compré un abrigo de entretiempo. Dilapidador. Ni siquiera puedo comprarme un disco, porque sé que me va a mandar al infierno por malgastar el dinero. Con mi sueldo, imagínate, con mi sueldo, sólo podemos desayunar beicon los domingos. El beicon está demasiado caro. Pero tendrías que ver los recibos del teléfono. Tiene una amiga, su compañera de cuarto en la universidad. Imagino que eran muy buenas amigas. Ahora vive en Roma, y Vera sigue llamándola por teléfono. El mes pasado, sólo en llamadas a Roma, más de ochocientos dólares. Entonces le dije: «Vera, si tanto te gusta hablar con tu amiguita, ¿por qué no coges el avión y te vas a Roma? Saldría mucho más barato.» Y ella me dijo: «No quiero ir a Roma. No me gusta nada. Es un sitio ruidoso y sucio.»

»Pero ¿sabes?, cuando pienso en mi pasado y también en el suyo, me parece que esta situación tiene unas raíces muy antiguas. Mi abuela era una mujer muy independiente, tenía unas opiniones muy tajantes sobre los derechos de la mujer. Mi madre se matriculó a los treinta y dos años en la Facultad de Derecho y consiguió licenciarse. Nunca practicó la abogacía. Explicaba que había ido a la facultad para tener algo más en común con mi padre, pero lo que hizo en realidad fue destruir, *destruir* literalmente la poca ternura que aún quedaba entre ambos. Casi nunca estaba en casa, y cuando estaba no hacía más que estudiar para los exámenes. Siempre lo mismo: «Chisss... Tu madre está estudiando.» Mi padre era un hombre solitario, pero hay una enorme cantidad de hombres solitarios por el mundo. No lo confiesan, por supuesto. ¿Hay alguien que diga la verdad? Te encuentras por la calle con un viejo amigo. Está terriblemente desmejorado. Es de asustar. La cara grisácea, se le cae el pelo y, por añadidura, tiene una tiritona. De manera que vas y le dices: «Charlie, Charlie, ¡qué buen aspecto tienes!» Entonces él responde, temblando de pies a cabeza: «Nunca me he sentido mejor en mi vida, de verdad.» Y tú sigues tu camino, y él el suyo.

»Me doy cuenta de que no es fácil para Vera, pero ¿qué puedo hacer? Te lo digo en serio, a veces tengo miedo de que me haga daño; tengo miedo de que me abra la cabeza con una hacha mientras duermo. No por tratarse de mí, sino tan sólo porque soy hombre. A veces pienso que las mujeres de hoy son las criaturas más desgraciadas de toda la historia de la humanidad. Quiero decir que están justo en medio del océano. La encontré, por ejemplo, besuqueándose con Pete Barnstable en la antecocina. Era la noche en que perdió el pendiente, la noche en que yo había vuelto de Minneapolis. Por eso, cuando volví a casa, antes de darme cuenta de que había perdido el pendiente, le pregunté qué era aquello, aquel besuquearse con Pete Barnstable. Entonces me dijo, *mu*y emancipada, que era demasiado pedirle a una mujer que se conformara con las atenciones de un solo hombre. Entonces, dije yo, ¿qué pasa conmigo?, ¿eso también vale para mí, no?, quiero decir, si a ella le está permitido besuquearse con Pete Barnstable, ¿no se deduce de ahí que yo puedo irme con Mildred Renny al aparcamiento? Entonces dijo que yo estaba convirtiendo en basura todo lo que ella decía. Dijo que yo tenía una mente tan sucia que no se podía hablar conmigo. Luego me di cuenta de que había perdido el pendiente, después tuvimos la pelea sobre si los zafiros son unas piedras muy frías, y a continuación...

La voz se convirtió en un susurro y, al mismo tiempo, unas mujeres que ocupaban el reservado del otro lado iniciaron un ruidoso y salvaje ataque contra una amiga común. Me hubiera gustado mucho ver la cara del hombre que contaba la historia, y llamé al camarero pidiéndole la cuenta, pero cuando salí del reservado ya se había ido, y nunca sabré qué aspecto tenía.

Cuando volví a casa dejé el coche en el garaje y entré por la puerta de la cocina. Cora estaba sentada a la mesa, inclinada sobre una fuente de chuletas. Tenía un bote de insecticida en la mano. No podría asegurarlo porque soy miope, pero creo que estaba rociando las chuletas con insecticida. Se sobresaltó al entrar yo, y para cuando me puse las gafas ya había dejado el bote sobre la mesa. Como yo ya había cometido un error muy grave a causa de la miopía, no deseaba volver a equivocarme; pero el insecticida estaba aún sobre la mesa, junto a la fuente de chuletas, y ése no era su sitio. Contenía un porcentaje muy alto de veneno contra el sistema nervioso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunté.

—¿Qué es lo que parece que estoy haciendo? —preguntó a su vez Cora, hablando siempre en

una octava por encima del do mayor.

—Parecía que estuvieras sazonando las chuletas con insecticida —dije.

—Ya sé que no me consideras muy inteligente —replicó—, pero haz el favor de concederme un poco más de crédito que todo eso.

—Entonces, ¿qué haces con ese bote de insecticida? —pregunté.

—He estado rociando las rosas —contestó.

Me había derrotado, en cierta manera; me había derrotado y asustado. Estaba convencido de que la carne aderezada con una buena cantidad de aquel insecticida podía ser fatal. Había una posibilidad de que me muriera si comía las chuletas. Lo verdaderamente extraordinario, sin embargo, era que después de veinte años de matrimonio yo no conociera a Cora lo bastante bien como para saber si tenía o no la intención de asesinarme. Soy capaz de fiarme de un repartidor que veo por vez primera o de una mujer de la limpieza, pero no me fiaba de Cora. Los vientos dominantes no han logrado aún, al parecer, alejar de nuestro matrimonio el humo de la batalla. Me preparé un martini y me instalé en la sala de estar. Si realmente me hallaba en peligro, no me sería difícil eludirlo. No tenía más que irme a cenar al club. Retrospectivamente, la única explicación de que no me decidiera a hacerlo fueron las paredes azules de la habitación donde me encontraba. Se trata de un cuarto muy bonito, con amplias ventanas que dan sobre un césped muy cuidado, y desde las que se ven algunos árboles y el cielo. El orden de la habitación parecía imponer cierto orden en mi conducta, como si al ausentarme del comedor hubiese quebrantado de alguna forma el orden de las cosas. Si me marchaba a cenar al club, lo haría cediendo ante mis sospechas y echando a perder mis esperanzas, y yo estaba decidido a no desesperar. Las paredes azules del cuarto eran algo así como el símbolo de todo lo que ofendería yéndome al club y tomándome a solas un sándwich de carne en el bar. Me comí una de las chuletas que había preparado mi mujer. Tenía un sabor peculiar, pero para entonces yo ya no era capaz de distinguir mis temores de la realidad. Estuve muy indispuerto aquella noche, pero pudo ser mi imaginación. Me pasé una hora en el cuarto de baño luchando con una indigestión aguda. Cora parecía estar dormida, pero al volver del cuarto de baño me di cuenta de que tenía los ojos abiertos. Estaba preocupado, y por la mañana me hice yo mismo el desayuno. La criada preparó el almuerzo, y parecía muy poco probable que quisiera envenenarme. Estuve leyendo a Henry James en el jardín, pero al acercarse la hora de la cena, me di cuenta de que volvía a dominarme el miedo. Fui a la antecocina a prepararme un cóctel. Cora se ocupaba de la cena, pero se hallaba en ese momento en otro sitio de la casa. En la cocina hay un armario para las escobas: me metí en él y cerré la puerta. En seguida oí los pasos de mi mujer, que volvía. Guardamos el insecticida en otro de los armarios de la cocina, y la oí abrirlo. Después salió al jardín y la oí mientras rociaba las rosas. Volvió a la cocina, pero no dejó el veneno en el armario. Mi campo de visión a través del agujero de la cerradura era limitado. Cora permaneció de espaldas mientras aderezaba la carne, y no podría decir si usó sal y pimienta o veneno mortífero. Después, mi mujer volvió al jardín y yo salí del armario. El insecticida no estaba sobre la mesa. Me fui al cuarto de estar, y entré en el comedor cuando la cena estuvo lista.

—¿No te parece que hace mucho calor? —le pregunté a mi mujer mientras me sentaba.

—Bueno —dijo Cora—, no podemos esperar sentirnos muy cómodos si nos escondemos en los armarios de las escobas, ¿no es cierto?

Procuré seguir sentado de manera natural, mordisqueé lo que había en mi plato, hice unos cuantos comentarios intrascendentes y conseguí llegar hasta el final de la comida. De vez en cuando, Cora me obsequiaba con una sonrisa tan serena como malévola. Después de cenar salí al jardín. Necesitaba ayuda, la necesitaba con urgencia y pensé en mi hija. Debo explicar que Flora hizo sus estudios secundarios en Florencia, en la Villa Mimosa, y que dejó el Smith College a mitad del primer año para irse a vivir con un hippy a una casa de vecindad del Lower East Side. Yo le mandaba una cantidad todos los meses y había prometido dejarla en paz, pero considerando lo peligroso de mi situación, me sentí en libertad para romper el compromiso. Se me ocurrió también que si llegaba a verla conseguiría persuadirla para que volviera con nosotros. La llamé por teléfono y le dije que necesitaba verla. Se mostró muy cordial y me invitó a ir a su casa a tomar el té.

Fui a almorzar a Nueva York al día siguiente, y pasé las primeras horas de la tarde en el club, jugando a las cartas y bebiendo whisky. Flora me había explicado lo que tenía que hacer, y tomé el metro por vez primera en muchos años. Todo resultaba muy extraño. Había pensado muchas veces en aquel primer encuentro con mi única hija y con el gran amor de su vida, encuentro que ahora estaba finalmente a punto de convertirse en realidad. En mis sueños, nuestra reunión tenía por escenario un club. Su novio provendría de una buena familia. Flora sería feliz: tendría el rostro resplandeciente de una muchachita que se había enamorado por vez primera. Él sería un muchacho serio, aunque no demasiado; inteligente, bien parecido, y con la actitud enérgica de alguien que está a punto — literalmente— de hacer carrera. Yo era consciente de la estupidez de esos sueños, pero ¿resultaban tan vulgares y desquiciados como para hacer necesario rebatirlos en todos y en cada uno de sus puntos? ¿Era necesario cambiar el club por el peor barrio de la ciudad y sustituir al joven decidido por un hippy que se dejaba barba? Yo tenía amigos cuyas hijas se casaban con muchachos aceptables de familias conocidas. En el abarrotado metro me asaltó primero la envidia y luego el mal humor. ¿Por qué tenía que sucederme a mí aquel desastre? Yo quería a mi hija. El amor que sentía por ella era sin duda un sentimiento puro, intenso y natural. De repente sentí deseos de llorar. Para mi hija se habían abierto todas las puertas, había tenido ocasión de ver los paisajes más hermosos, había disfrutado, pensé, de la compañía de las personas con mayor capacidad para desarrollar sus propios talentos. Llovía cuando salí del metro. Seguí las instrucciones de Flora y atravesé un barrio miserable hasta llegar a una casa de vecindad. Calculé que aquel edificio debía de tener unos ochenta años. Dos pulimentadas columnas de mármol sostenían un arco de estilo románico. El edificio incluso tenía un nombre. Se llamaba Edén. Vi al ángel con la espada de fuego, la pareja desnuda, los dos agachados, cubriéndose el sexo con las manos. ¿Masaccio? Aquello había sido cuando fuimos a Florencia para verla. Así que entré en el Edén como un ángel vengativo, pero nada más atravesar el arco románico me encontré en un corredor tan estrecho como las escalerillas de un submarino, y la influencia de la luz sobre mi estado de ánimo —siempre considerable— resultó en aquella ocasión muy negativa, porque la iluminación del portal era extraordinariamente rudimentaria y triste. En mis sueños aparecen con frecuencia tramos de escaleras, y los que comencé a subir en aquel momento tenían un aire descaradamente irreal. Oí hablar en español, el rugido del agua en un retrete, música y ladridos de perros.

Empujado por la indignación, o tal vez por lo que había bebido en el club, subí tres o cuatro tramos de escaleras a toda velocidad y de repente me quedé por completo sin aliento; tuve que detenerme y librar una humillante batalla para normalizar mi respiración. Pasaron varios minutos antes de que me fuera posible continuar, y subí el resto de los escalones muy despacio. Flora había clavado una de sus tarjetas de visita en la puerta con chinchetas. Llamé.

—Hola, papá —me saludó alegremente al abrir, y yo la besé en la frente. Hasta ahí todo iba

bien; aquello tenía fuerza y autenticidad. En mi mente se agolparon los recuerdos, la imagen de todos los buenos momentos que habíamos compartido. La puerta de la calle daba a la cocina, y más allá había otra habitación—. Quiero presentarte a Peter—dijo ella.

—Hola —dijo Peter.

—¿Qué tal estás? —dije yo.

—Mira qué hemos hecho —declaró Flora—. ¿No es divino? Acabamos de terminarlo. Ha sido idea de Peter.

Lo que habían fabricado, lo que habían hecho, era comprar un esqueleto de una empresa de suministros médicos y pegar mariposas aquí y allá sobre sus huesos barnizados. Mis aficiones juveniles me permitieron reconocer algunos de los ejemplares utilizados, y también darme cuenta de que, por aquel entonces, yo no hubiese tenido dinero para comprar unas mariposas tan caras. Había una *Catagramme astarte* sobre un omóplato, una *Sapphira* en una de las órbitas y un buen grupo de *Appia zarinda* sobre el pubis.

—Maravilloso —dije, tratando de ocultar mi desagrado—. Maravilloso. —La idea de dos personas adultas pegando mariposas de mucho valor sobre los huesos barnizados de un pobre desconocido en lugar de dedicarse a alguna tarea útil me llenó de irritación. Me senté en una silla de lona y sonreí, contemplando a Flora—. ¿Qué tal estás, cariño?

—Muy bien, papá. Estupendamente.

Me abstuve de hacer ningún comentario sobre su manera de vestir o de peinarse. Iba toda de negro y llevaba el pelo completamente liso. La finalidad de aquel atavío o uniforme se me escapaba. No le sentaba bien. No resultaba nada favorecedor. Parecía tener un efecto negativo sobre su amor propio; daba la impresión de que estaba de luto y haciendo penitencia, de que era una declaración de su indiferencia ante las sedas que a mí me gusta ver usar a las mujeres; pero ¿qué razones tenía Flora para despreciar la ropa lujosa? El atavío de Peter era mucho más desconcertante. ¿Sería de procedencia italiana?, me pregunté. Los zapatos resultaban afeminados y la chaqueta demasiado corta, pero en conjunto su apariencia estaba más cerca de la de un chico de la calle del Londres del siglo XIX que de alguien que pasea por el Corso Vittorio Emmanuelle. Habría que exceptuar su pelo, sin embargo. Llevaba barba, bigote y largos rizos oscuros que hacían pensar en algún apóstol sin importancia en una representación de la *Pasión* de tercera categoría. Su rostro no era afeminado pero sí delicado, y a mi modo de ver, ponía de manifiesto una clara actitud de inhibición.

—¿Te apetece una taza de café, papá? —me preguntó Flora.

—No, gracias, cariño —dije—. ¿No tenéis nada para beber?

—Me temo que no —respondió ella.

—¿Sería Peter tan amable como para salir y comprar algo? —pregunté.

—Supongo que sí —contestó Peter con aire sombrío, y yo me dije a mí mismo que probablemente su descortesía no era intencionada.

Le di un billete de diez dólares y le pedí que comprara una botella de bourbon.

—No creo que tengan bourbon.

—En ese caso, compra whisky escocés.

—En este barrio se bebe sobre todo vino —dijo Peter.

Le lancé una mirada penetrante, llena de amabilidad, pensando en hacer que lo asesinaran. Por lo que sé del mundo, todavía se pueden contratar asesinos profesionales, y me sentí dispuesto a pagar a alguien para que lo apuñalara o lo arrojase al vacío desde una azotea. Mi sonrisa era amplia, sincera y decididamente criminal, y el muchacho se puso un abrigo verde —otra pieza más de su disfraz— y desapareció.

—¿No te gusta? —preguntó Flora.

—Lo encuentro despreciable —respondí.

—Pero, papá, ¿si no lo conoces!

—Cariño, si llegara a conocerlo mejor, le retorcería el cuello.

—Es muy delicado y amable..., extraordinariamente generoso.

—Ya he visto que es muy sensible —señalé.

—Es la persona más cariñosa que he conocido.

—Me alegro, pero vamos a hablar de ti, ¿no te parece? No he venido aquí para hablar de Peter.

—Pero vivimos juntos, papá.

—Eso me han dicho. Pero yo he venido para saber algo de ti: cuáles son tus planes y todo lo demás. No van a parecerme mal, sean los que sean. Sólo quiero saber cuáles son. No puedes pasarte toda la vida pegando mariposas en esqueletos. Todo lo que quiero saber es qué vas a hacer con tu vida.

—No lo sé, papá. —Levantó la cabeza—. Nadie de mi edad lo sabe.

—No estoy pidiendo a toda tu generación que me dé su punto de vista. Te pregunto a ti. Te pregunto qué te gustaría hacer en la vida. Te pregunto qué ideas tienes, con qué sueñas, cuáles son tus esperanzas.

—No lo sé, papá. Nadie de mi edad lo sabe.

—Me gustaría que dejaras a un lado al resto de tu generación. Conozco por lo menos a cincuenta chicas de tu edad que saben perfectamente lo que quieren hacer. Desean ser historiadoras, periodistas, médicas, amas de casa y madres. Quieren hacer algo útil.

Peter volvió con una botella de bourbon, pero no me devolvió el cambio. Me pregunté si sería codicia o simple distracción. No dije nada. Flora me trajo un vaso y un poco de agua, y yo les pregunté si querían beber conmigo.

—Apenas bebemos —respondió Peter.

—Está bien, eso me gusta —dije—. Mientras estabas fuera he estado hablando con Flora acerca de sus planes. Es decir, he descubierto que no tiene ninguno, y en vista de ello me la voy a llevar a Bullet Park hasta que sus ideas se aclaren un poco más.

—Voy a quedarme aquí con Peter —replicó Flora.

—Pero supongamos que Peter tuviera que marcharse —dije—. Supongamos que Peter recibiera una oferta interesante, algo que le permitiera pasar seis meses o un año en el extranjero..., ¿qué harías tú en ese caso?

—No, papá —respondió ella—, tú no serías capaz de hacer una cosa así, ¿verdad?

—Claro que sí, ya lo creo que lo haría —aseguré—. Haría cualquier cosa que me pareciese útil para lograr que recobraras el sentido común. ¿Te gustaría salir al extranjero, Peter?

—No lo sé —dijo él. No se puede decir que su expresión se animara, pero por un momento pareció hacer uso de su inteligencia—. Creo que me gustaría ir al Berlín oriental.

—¿Por qué?

—Me gustaría ir al Berlín oriental y dar mi pasaporte norteamericano a alguien con grandes dotes creativas —dijo—; un escritor, o un músico, y dejarlo escapar al mundo libre.

—¿Por qué no te pintas PAZ en el culo y te tiras desde un edificio de veinte pisos? —pregunté.

Fue una equivocación, un desastre, una catástrofe decir aquello, y me serví un poco más de bourbon.

—Lo siento —dije—. Estoy cansado. Mi oferta sigue en pie, sin embargo. Si quieres ir a Europa, Peter, pagaré los gastos con mucho gusto.

—No sé. Ya he estado allí. Quiero decir que lo he visto casi todo.

—Bueno, no lo olvides —dije—. Y en cuanto a ti, Flora, quiero que vengas a casa conmigo. Al menos por una semana o dos. Es todo lo que te pido. Dentro de diez años me echarás en cara que no te ayudara a salir de este lío. Dentro de diez años me preguntarás: «Papá, papá, ¿por qué me dejaste pasar los mejores años de mi vida en un barrio bajo?» No soporto la idea de que vengas a verme dentro de diez años y me culpes por no haberte forzado a seguir mis consejos.

—No pienso volver a casa.

—No puedes seguir aquí.

—Claro que puedo.

—Dejaré de mandarte la mensualidad.

—Me buscaré un empleo.

—¿Qué clase de empleo? No sabes ni escribir a máquina, ni taquigrafía; careces de experiencia mercantil, y ni siquiera podrías encargarte de una centralita telefónica.

—Puedo ocuparme de los ficheros en alguna oficina.

—¡Cielo santo! —rugí—. ¡Bendito sea Dios! Después de las clases de navegar y de las lecciones de esquí, después de los bailes y de las reuniones, después de un año en Florencia y de largos veranos en el mar; después de todo eso, resulta que lo que realmente quieres ser es una oficinista solterona, en el grado más bajo de la administración pública, una de esas personas cuya principal diversión consiste en ir una o dos veces al año a un restaurante chino de cuarta categoría con una docena de oficinistas también solteronas y ponerse un poco alegres con dos cócteles demasiado dulces.

Me dejé caer hacia atrás en el asiento y me serví un poco más de bourbon. Sentía un dolor muy agudo en el corazón, como si esa torpe víscera, después de superar tantos malos tratos, fuera a dejarse vencer por la infelicidad. El dolor era muy intenso, y pensé que iba a morirme: no en aquel momento, no en aquella silla de lona, sino unos días más tarde, quizá en Bullet Park o en el cómodo lecho de un hospital. La idea no me asustó; me sirvió de consuelo. Yo me moriría, y al desaparecer por fin las zonas de tensión que yo representaba, mi hija, mi única hija podría tomar por fin posesión de su vida. Mi repentina desaparición le produciría pesar y temor. Mi muerte serviría para hacer de ella una persona madura. Volvería a la universidad, se incorporaría al coro, trabajaría en el periódico, haría amistad con chicas de su misma posición, se casaría con un muchacho inteligente lleno de proyectos audaces y que, en aquel momento, parecía tener que usar gafas, y tendría tres o cuatro niños que se criarían muy robustos. Mi hija sentiría mi muerte. Eso era lo que hacía falta: una desgracia repentina le demostraría la inutilidad de vivir en un barrio bajo, con un sujeto sin oficio ni beneficio.

—Vete a casa, papá —dijo Flora. Estaba llorando—. ¡Vete a casa, papá, y déjanos en paz! ¡Haz el favor de irte a casa, papá!

—Siempre he procurado entenderte —declaré—. Solías poner cuatro o cinco discos de una vez en Bullet Park y en cuanto empezaba a sonar la música te marchabas de casa. Nunca entendí por qué lo hacías hasta que una noche salí yo también a buscarte, y, andando por el césped, con la música saliendo por todas las ventanas, me pareció que lo había entendido. Quiero decir que se me ocurrió que ponías los discos y te ibas porque te gustaba oír la música saliendo por las ventanas. Me pareció que te gustaba, al volver del paseo, encontrarte con una casa donde sonaba la música. Tenía razón, ¿no es cierto? ¿Verdad que eso por lo menos lo entendí?

—Vete a casa, papá —repitió Flora—. Haz el favor de irte a casa.

—Y no creas que pienso sólo en ti —proseguí—. Te necesito, Flora. Me haces mucha falta.

—Vete a casa, papá —dijo, y así lo hice.

Cené algo en Nueva York y volví a casa hacia las diez. Oí a Cora llenando el baño en el piso de arriba, y me di una ducha en el cuarto de baño que hay junto a la cocina. Cuando subí, Cora estaba sentada ante el tocador, cepillándose el pelo. Hasta ahora no me he acordado de decir que Cora es una mujer muy hermosa y que estoy enamorado de ella. Su cabello es de color rubio ceniza; tiene las cejas oscuras, los labios carnosos y unos ojos asombrosamente grandes, misteriosos y sugestivos, y colocados de una manera tan admirable que a veces pienso que se los puede quitar y guardarlos entre las páginas de un libro; que podría dejarlos sobre la mesa. La córnea tiene una suave tonalidad azul, y el azul de sus pupilas una profundidad nada frecuente. Es una mujer llena de gracia, aunque no sea alta. Fuma continuamente y lo ha hecho la mayor parte de su vida, pero maneja los cigarrillos con una torpeza encantadora, como si en lugar de ser un hábito arraigado hubiese comenzado a fumar hace tan sólo unos días. Sus brazos, sus piernas, su pecho: todo está bien proporcionado. La quiero muchísimo y queriéndola me doy cuenta de que el amor no sigue un proceso razonable. Cuando la vi por vez primera en una boda en el campo no se me había ocurrido enamorarme ni tenía deseos de hacerlo. Cora era una de las damas de honor. La boda se celebraba en un jardín. Cinco músicos vestidos de frac se hallaban semiocultos entre los rododendros. Se oía cómo en la carpa, instalada sobre la colina, los camareros estaban poniendo a enfriar el vino en cubos con hielo. Cora fue la segunda en llegar, y llevaba uno de esos vestidos extravagantes especialmente concebidos para ceremonias nupciales, como si el matrimonio ocupara por méritos propios un lugar único y misterioso en la historia de la moda. El vestido era azul, según creo recordar, con cosas colgando, y un sombrero de ala ancha completamente plano le cubría la pálida cabellera. Atravesó el césped tambaleándose con unos zapatos de tacones altos, sin dejar de mirar —tímida y compungidamente— el ramo de flores azules que llevaba, y cuando se colocó en el sitio que le correspondía, alzó el rostro, sonrió furtivamente a los invitados, y yo vi por vez primera sus enormes y misteriosos ojos, y se me ocurrió, también por primera vez, que quizá se los quitase y los guardara en un bolsillo.

—¿Quién es? —pregunté en voz alta—. ¿Quién es?

—Chiss... —dijo alguien.

Quedé fascinado. Mi corazón y mi espíritu se pusieron a dar saltos. No vi absolutamente nada del resto de la ceremonia, y cuando terminó, crucé corriendo el césped a toda velocidad y me presenté. No me quedé contento hasta que aceptó casarse conmigo, un año después.

Ahora mi corazón y mi espíritu daban saltos mientras la veía cepillarse el pelo. Unos días antes había pensado que se escondía en el interior de una pecera. También sospeché que trataba de asesinarme. ¿Cómo podía abrazar con todo el ardor de mi mente y de mi corazón a alguien a quien consideraba sospechoso de asesinato? ¿Acaso abrazaba la desesperación, era aquella una pasión repugnante, era crueldad y no belleza lo que vi en sus enormes ojos en aquella boda, tantos años atrás? Con la imaginación había hecho de Cora un pez de colores, una asesina, y, ahora, al abrazarla, se convertía en un cisne, en una escalinata, en una fuente, en las fronteras sin protección y sin vigilancia que llevan al paraíso.

Pero me desperté a las tres sintiéndome terriblemente triste, y nada dispuesto a consagrarme ni a la tristeza, ni a la locura, ni a la melancolía, ni a la desesperación. Deseaba saborear triunfos, quería volver a descubrir el amor; salir al encuentro de todo lo que existe de sincero, de radiante y de cristalino en el mundo. La palabra «amor», el impulso de amar, fue creciendo dentro de mí en algún

sitio por encima de la cintura. El amor parecía brotar de mí en todas direcciones, tan abundante como agua: amor por Cora, amor por mi hija, amor hacia todos mis amigos y vecinos, amor hacia Penumbra. Aquella tremenda ola de vitalidad no cabía dentro de la ortografía tradicional, así que cogí uno de esos lápices indelebles para marcar la ropa y escribí «amor» en la pared. Escribí «amor» en la escalera, y «amor» en la despensa, en el horno, en la lavadora, y en la cafetera; y cuando Cora bajase por la mañana (yo no estaría allí), dondequiera que mirase leería «amor», «amor», «amor». Luego vi un prado muy verde y un arroyo resplandeciente bajo el sol. En la colina había casas con tejados de bálago y una iglesia de torre cuadrada, de manera que supuse que se trataba de Inglaterra. Desde el prado subí por la ladera hasta las calles, buscando la casa donde Cora y mi hija me esperaban. Pero había habido algún error. Nadie sabía quiénes eran. Pregunté también en la oficina de Correos, pero me dieron la misma respuesta. Entonces se me ocurrió que quizá estuvieran en la mansión del hidalgo. ¡Qué estúpido había sido! Salí del pueblo y ascendí por una suave ladera cubierta de césped hacia una casa de la época del rey Jorge, donde un mayordomo me dejó pasar. El hidalgo daba una fiesta. En el vestíbulo había unas veinticinco o treinta personas bebiendo jerez. Cogí una copa de una bandeja y miré alrededor buscando a Flora y a mi mujer, pero no estaban allí. Entonces le di las gracias al anfitrión y volví a descender la suave ladera de la colina, de vuelta hacia el prado y el arroyo resplandeciente; al llegar me tendí sobre la hierba y dormí plácidamente.

Marito in città

Hace algunos años se hizo popular en Italia una canción titulada *Marito in città*. La melodía era simple y pegadiza. La letra decía así: «*La moglie ce ne va, marito poverino, solo in cittadina*», y se refería a los apuros de un hombre solo, con el acostumbrado tono alegre y humorístico, como si quedarse solo fuera una situación esencialmente cómica; algo así como engancharse en el anzuelo de una caña de pescar. El señor Estabrook oyó la canción mientras viajaba por Europa con su mujer (catorce días, diez ciudades), y por alguna caprichosa razón su memoria conservó un recuerdo indeleble de las palabras y de la música. No la olvidó, desde luego; de hecho, parecía incapaz de olvidarla, aunque su punto de vista sobre las posibilidades de la soledad era bien distinto.

La escena, el momento en que su mujer y sus cuatro hijos partieron camino de la montaña, tuvo el encanto, el aspecto ordenado, la sencillez ilusoria de la portada de una revista un poco anticuada. Todo resultaba previsible: la mañana de verano, la rubia, las maletas, la alegría en los ojos de los niños, la abundancia de cambio para pagar en las autopistas de peaje, algunas consideraciones rituales acerca del cambio de estación, acerca de otro anillo más en la edad del planeta. El señor Estabrook estrechó la mano de sus hijos, besó a su mujer y a sus hijas y contempló cómo el automóvil se ponía en movimiento por la avenida de grava con la impresión de que aquel instante era importante, de que si poseyera el don de escudriñar las fuerzas que intervenían en él, llegaría a algo muy parecido a una revelación. También en Roma, en París, en Londres y en Nueva York esposas e hijos estaban — se daba cuenta— poniéndose en camino del mar o de la montaña. Era un día laborable, de manera que encerró al perro, *Scamper*, en la cocina, y cogió el coche para ir a la estación, cantando por el camino: «*Marito in città, la moglie ce ne va*», etc.

Todo el mundo sabe lo que esta historia va a dar de sí, como es lógico: nunca llegará a trascender el ambiente caricaturesco de una tonada callejera, pero lo cierto es que las aspiraciones del señor Estabrook eran serias, sinceras y merecedoras de atención. Estaba familiarizado con la vasta y evangélica literatura sobre la soledad, y decidido a sacar partido a sus semanas de aislamiento. Limpiaría el telescopio y estudiaría las estrellas. Leería. Practicaría las variaciones de Bach para piano en dos partes. Aprendería —como un expatriado cuando insiste en que la desnudez y, en ocasiones, la angustia del alejamiento traen consigo muy altas posibilidades de autodescubrimiento— más cosas acerca de sí mismo. Observaría las costumbres migratorias de las aves, los cambios en el jardín, las nubes del cielo. El señor Estabrook tenía de sí mismo una imagen muy clara en la que su poder de observación se veía considerablemente aumentado a causa de la soledad. Cuando volvió a casa la primera noche descubrió que *Scamper* se había escapado de la cocina y había dormido en un sofá de la sala de estar, manchándolo de barro y pelos. *Scamper* era un perro de raza indefinida, compañero favorito de sus hijos. El señor Estabrook le reprochó su conducta y dio la vuelta a los cojines del sofá. El problema inmediato con el que tuvo que enfrentarse es uno al que raramente se hace alusión en la literatura sobre la soledad: el problema de satisfacer sus apetitos más elementales. Esto significaba — bien a su pesar— dar la nota de la comicidad más burda, *O, marito in città*. No le costaba trabajo imaginarse con unos pantalones de estar por casa, instalando el telescopio en el jardín a la caída de la tarde, pero no lograba visualizar, en cambio, quién iba a dar de comer a aquel hombre tan seguro de sí mismo.

El señor Estabrook se hizo unos huevos fritos, pero descubrió que no era capaz de comérselos. Se preparó un cóctel con gran esmero y se lo bebió. Después volvió a los huevos, pero seguían dándole asco. Se bebió un segundo cóctel, e intentó enfrentarse con los huevos desde otro punto de vista, pero seguían pareciéndole repulsivos. Terminó por dárselos a *Scamper* y se dirigió en coche hasta un sitio en la autopista donde había un restaurante. Cuando entró allí, la música sonaba tan fuerte como si se tratara de un desfile, y la camarera estaba subida en una silla, colocando unas cortinas.

—Le atiendo en seguida —dijo—. Siéntese donde mejor le parezca.

El señor Estabrook escogió una de las cuarenta mesas vacías. No puede decirse en realidad que se sintiera decepcionado por su situación; normalmente se hallaba rodeado por un crecido número de hombres, mujeres y niños, y era algo completamente lógico que se sintiera, como de hecho se sentía, no ya solo, sino solitario. Teniendo en cuenta las repercusiones físicas y espirituales de aquel estado, le pareció extraño que únicamente existiera una palabra para designarlo. El señor Estabrook se sentía solo y sufría. La comida, más que mala, le resultó increíble. Se daba en ella esa total ausencia de semejanza con algo anterior que es la esencia de la insipidez. No pudo comer nada. Apartó el correoso bistec a la pimienta y pidió un helado para no herir los sentimientos de la camarera. La cena en el restaurante lo hizo pensar en todos los que —por torpeza o mala suerte— tienen que vivir solos y comer de esa manera todas las noches. Era una idea estremecedora, y el señor Estabrook decidió ir a un cine al aire libre.

El largo atardecer veraniego aún se prolongaba en la atmósfera con una suave luminosidad. El lucero de la tarde, suspendido del cielo sobre la enorme pantalla, parecía inclinarse un poco hacia los espectadores, creando una impresión de destino adverso. Borrosas por la luz del atardecer, las figuras y los animales de una película de dibujos se perseguían unos a otros, explotaban, cantaban, bailaban y tropezaban. Los primeros compases musicales y los títulos de crédito de la película que el señor Estabrook había ido a ver llegaron a término con el fin del crepúsculo, y luego, mientras cerraba la noche, una trama de increíble estupidez comenzó a perfilarse en la pantalla. La indignación moral del señor Estabrook ante aquella confluencia de hambre, aburrimiento y soledad fue muy intensa, y pensó con tristeza en los hombres que se habían visto obligados a escribir el guión de la película, y en los esforzados actores a quienes se pagaba para recitar frases tan vulgares. Los veía apearse de sus coches descapotables en Beverly Hills, al terminar el día, completamente desanimados. Quince minutos fue todo lo que pudo resistir; luego se volvió a casa.

Scamper se había pasado del sofá a una silla, y había manchado de barro y pelos su tapicería de seda.

—*Scamper*, malo —lo regañó el señor Estabrook, y desde entonces empezó a tomar las precauciones que habría de repetir todas las noches para salvar los muebles. Puso un taburete patas arriba sobre el sofá, hizo lo mismo con las sillas tapizadas en seda, y colocó una papelera sobre el confidente del vestíbulo; en el comedor puso las sillas del revés sobre la mesa, como hacen en los restaurantes cuando friegan el suelo. Con las luces apagadas y los muebles boca abajo, la estabilidad de su casa parecía comprometida, y el señor Estabrook se sintió por un instante como un fantasma que ha vuelto para comprobar los terribles efectos del paso del tiempo.

Ya acostado, pensó, como es normal, en su esposa. La experiencia le había enseñado la conveniencia de que sus separaciones resultaran lo más efusivas posible, y dos días antes de su marcha se le había declarado; pero la señora Estabrook estaba cansada. Volvió a declararse a la noche

siguiente. Su mujer pareció dispuesta a complacerlo, pero lo que en realidad hizo fue bajar a la cocina, meter cuatro mantas muy pesadas en la lavadora, fundir los plomos e inundar la casa. De pie junto a la puerta de la cocina, terriblemente decepcionado, el señor Estabrook se preguntó por qué había hecho aquello su mujer. ¡La pobrecilla no pretendía más que mostrarse esquivia! Mientras la contemplaba, recogiendo el agua del suelo de la cocina, con su figura llena de dignidad pero un tanto corpulenta, pensó que sólo había querido, como cualquier ninfa, atravesar corriendo el bosque frondoso —manchas de sol y sombra sobre la espalda, el agua relampagueándole entre los pies—, pero como por aquellos días se cansaba muy pronto y tampoco había bosques frondosos, se había visto obligada a meter las manos en la lavadora. Al señor Estabrook nunca se le había pasado por la imaginación que la tendencia a mostrarse esquivas fuese en el sexo débil tan fuerte como entre los varones la de dar caza. Este atisbo de la realidad profunda de las cosas lo conmovió, y de alguna manera lo satisfizo, si bien es cierto que ésa fue la única satisfacción que obtuvo aquella noche.

Hacer realidad la imagen de un hombre pulcro y seguro de sí mismo disfrutando de su soledad no era tarea fácil, pero lo cierto es que tampoco el señor Estabrook había esperado que lo fuera. La noche siguiente practicó las variaciones de Bach para piano hasta las once. Al otro día sacó el telescopio. No había sido capaz de resolver el problema de la alimentación, y en el espacio de una semana perdió más de seis kilos. Al apretarse el cinturón, los pantalones le hacían pliegues como si se tratara de una camisa. Se presentó con tres pares en la tintorería del pueblo. Ya habían cerrado la tienda, pero el dueño seguía allí, convertido en un hombre aplastado por la vida. Había rasgado las fundas de encaje de las almohadas de la señora Hazelton, y había perdido las camisas de seda del señor Fitch. Tenía empeñados los útiles de trabajo, el sindicato le exigía un seguro de enfermedad, y todo lo que comía —hasta el yogur— parecía convertirse en fuego al llegarle al esófago. Habló con el señor Estabrook desesperanzadamente.

—Ya no tenemos sastre en nuestro establecimiento, pero hay una mujer en Maple Avenue que hace arreglos, la señora Zagreb. Su casa está en la esquina de Maple Avenue con Clinton Street. Tiene un anuncio puesto en la ventana.

La noche estaba oscura y era la época del año en que abundan las luciérnagas. La avenida de los Arces hacía honor a su nombre, y la espesura del follaje aumentaba la oscuridad de la calle. La casa de la esquina era de madera y tenía porche. Los arces crecían tan juntos que no había hierba en el jardín. El anuncio —ARREGLOS— ocupaba un lugar destacado en la ventana. El señor Estabrook tocó el timbre.

—Un momento —exclamó alguien. La voz era sonora y alegre. Una mujer abrió una puerta con una mano, mientras con la otra se restregaba el pelo (de color oscuro) con una toalla. Pareció sorprendida al verlo—. Pase —dijo—. Acabo de lavarme la cabeza.

El vestíbulo era diminuto, y el señor Estabrook la siguió hasta una pequeña sala de estar.

—Tengo unos pantalones que me gustaría reducir de cintura —dijo—. ¿Hace usted ese tipo de trabajo?

—Hago cualquier cosa —respondió ella riendo—. Pero ¿por qué pierde peso? ¿Es que está a dieta?

La señora Zagreb había dejado la toalla pero seguía sacudiendo el cabello y frotándose la

cabeza con los dedos. Se movía por la habitación mientras hablaba, y parecía llenarla de desasosiego: una particularidad que a él podría haberle irritado tratándose de otra persona, pero que en ella resultaba graciosa, fascinante, como si se moviera impulsada por una necesidad íntima.

—No sigo ninguna dieta —dijo él.

—¿No estará enfermo? —Su preocupación fue inmediata y sincera; el señor Estabrook podría haber sido el más entrañable de sus amigos.

—No, no. Es que he estado tratando de cocinar.

—Pobrecillo. ¿Sabe qué medidas tiene?

—No.

—Bueno; tendré que tomárselas.

Moviendo todo el cuerpo y agitando el aire y los cabellos al andar, la señora Zagreb cruzó la habitación y sacó de un cajón un metro de color amarillo. Para tomar medidas de la cintura le pasó las manos por debajo de la chaqueta, un gesto que parecía cariñoso. Cuando tuvo el metro en la cintura, él la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. La señora Zagreb se limitó a reír y a agitar el pelo. Luego lo apartó suavemente, con un ademán que tenía mucho más de promesa que de negativa.

—Lo siento —dijo—. Esta noche, no, cariño. Esta noche no puede ser. —Cruzó la habitación y lo contempló desde el otro lado. Su rostro tenía una expresión de ternura y estaba como ensombrecido por la indecisión, pero cuando él se acercó, movió la cabeza vigorosamente en un gesto negativo—. No, no —dijo—. Esta noche, no. Por favor.

—Pero ¿volveré a verte?

—Claro que sí, pero no esta noche. —Se acercó a él y le acarició la mejilla—. Ahora vete. Yo te llamaré. Me gustas mucho, pero ahora vete.

El señor Estabrook salió de la casa a trompicones; estaba desconcertado, pero se sentía maravillosamente importante. Había pasado tres minutos en aquella casa, cuatro quizá, y ¿qué había sucedido, cómo habían advertido inmediatamente que existía entre ellos una afinidad de amantes? A él le había bastado con verla para excitarse; le había bastado su voz sonora y alegre. ¿Por qué habían sido capaces de moverse tan sin esfuerzo, tan directamente, el uno hacia el otro? Y ¿qué se había hecho con su sentido del bien y del mal, con su apasionado deseo de rectitud, de hombría de bien y, dentro de su estado, de castidad? El señor Estabrook pertenecía a la iglesia de Cristo, formaba parte de la junta rectora, comulgaba con frecuencia y devoción, y estaba sinceramente decidido a defender los artículos de la fe. Ya era culpable de pecado mortal. Pero mientras avanzaba en su automóvil bajo los arcos y a través de la noche de verano, no era capaz de descubrir dentro de sí, al examinarse atentamente, más que sentimientos de bondad y de magnanimidad, y una conciencia del mundo mucho más amplia. Al llegar a casa luchó con unos huevos revueltos, practicó las variaciones para piano y trató de dormir. «*O, marito in città!*»

Era el recuerdo del pecho de la señora Zagreb lo que lo atormentaba. Su suavidad y su

fragancia parecían materializarse en el aire mientras trataba de conciliar el sueño, siguieron persiguiéndolo mientras dormía y, al despertarse, era como si su rostro estuviese sumergido en el pecho de la señora Zagreb que, resplandeciente como el mármol, ofrecía a sus sedientos labios sabores tan variados y tan dulces como las brisas de una noche de verano.

Por la mañana se duchó con agua fría, pero fue como si el pecho de la señora Zagreb estuviera esperándolo al otro lado de la cortina de la ducha. Más tarde descansó contra su mejilla mientras iba en el coche hasta la estación, leyó por encima de su hombro en el tren de las ocho treinta y tres, se agitó violentamente con él en el tren de enlace y en el metro, y le obsesionó durante toda la jornada de trabajo. El señor Estabrook pensó que iba a volverse loco. Nada más volver a casa, buscó el número de la señora Zagreb en la *Agenda Social* que su mujer tenía junto al teléfono, y la llamó.

—Sus pantalones están listos —le dijo ella—. Puede venir cuando quiera a recogerlos. Ahora mismo, si lo desea.

La señora Zagreb le pedía que fuera. La encontró en la sala de estar y ella le entregó los pantalones. Entonces, al señor Estabrook lo invadió la timidez, y se preguntó si no habría inventado todo lo de la noche anterior. Allí no había más que una costurera viuda entregando unos pantalones a un hombre solitario, de mediana edad, en una casa de madera de Maple Avenue que necesitaba una mano de pintura. El mundo se regía por el sentido común, las pasiones legítimas y los artículos de fe. La señora Zagreb agitó la cabeza. Se trataba de una costumbre, por tanto, y no tenía nada que ver con el hecho de lavarse la cabeza. Después se apartó el cabello de la frente y se pasó los dedos por entre los rizos.

—Si tienes tiempo para tomar una copa —dijo—, encontrarás todas las cosas en la cocina.

—No me vendría nada mal —dijo él—. ¿Tomarás algo conmigo?

—Whisky con soda—respondió ella.

Sintiéndose simultáneamente triste, apesadumbrado, importante y prisionero de esas corrientes emocionales que nunca llegan a la superficie, el señor Estabrook fue a la cocina y preparó las bebidas. Cuando volvió al cuarto de estar, la señora Zagreb se hallaba en el sofá, y fue a reunirse con ella; le pareció sumergirse en su boca como si fuera un remolino, girar tres veces alrededor y lanzarse luego hasta el fondo con una maravillosa sensación de intemporalidad. El diálogo del amor repentino no parece variar mucho de un país a otro. En cualquier idioma se repite desde los dos extremos de una almohada, «Hola, hola, hola, hola, hola», como si se tratara de una conferencia transoceánica tan interminable como tierna, y la adúltera, estrechando al adúltero entre sus brazos, exclama: «Amor mío, ¿por qué tienes ese gesto de amargura?» Ella elogió sus cabellos, su cuello, la inclinación de su espalda. La señora Zagreb olía levemente a jabón —no a perfume—, y cuando el señor Estabrook lo dijo, respondió suavemente: «Nunca me pongo perfume cuando voy a hacer el amor.» Subieron enlazados la estrecha escalera que llevaba a su dormitorio: la habitación más grande de una casa pequeña, y de reducidas dimensiones de todas formas; casi vacía, como un dormitorio de un hotelito veraniego, con muebles viejos repintados de blanco, y una alfombra muy gastada, también de color blanco. La elasticidad de la señora Zagreb y su eficiencia le parecieron una embriagadora fuente de pureza. El señor Estabrook llegó a la conclusión de que nunca había conocido una alma tan pura, tan

generosa, tan valiente y tan sencilla. De manera que siguieron diciéndose «Hola, hola, hola, hola» hasta las tres, cuando ella le pidió que se marchara. El señor Estabrook atravesó el jardín de su casa a eso de las tres y media o las cuatro. La luna estaba en cuarto creciente, soplabla una suave brisa, la luz era muy tenue, las nubes formaban una especie de playa, y las estrellas se filtraban a través de ella como conchas y cantos rodados. Alguna planta que florece en julio —*phlox* o *nicotiana*— había perfumado la atmósfera, y el significado de una luz tenue no había cambiado mucho desde los tiempos de su adolescencia; ahora, como entonces, parecía encerrar todas las posibilidades de un amor romántico. Pero ¿qué pasaba con las condenas de su fe? Había incumplido su sagrado mandamiento, lo había incumplido repetidamente, con alegría, y volvería a hacerlo en cuanto se le presentara otra oportunidad; había cometido, por consiguiente, un pecado mortal, y su iglesia tendría que negarle los sacramentos. Pero no podía modificar su convencimiento de que la señora Zagreb, con toda su antigua sabiduría, poseía una pureza y una virtud muy poco comunes. Pero si realmente pensaba así tendría que dimitir de la junta, abandonar la iglesia, improvisar sus propios esquemas sobre el bien y el mal, e intentar organizarse la vida más allá de los artículos de fe. ¿No había conocido a otros adúlteros que se acercaban a comulgar? Ciertamente. ¿Es que su iglesia no era más que una convención social, un signo de disolución y de hipocresía, una manera de progresar social y económicamente? ¿Es que las conmovedoras palabras que se decían en las bodas y en los funerales no pasaban de meras costumbres y tenían tan poco de religiosidad como quitarse el sombrero en el ascensor de Brooks Brothers cuando entra una mujer? Bautizado, criado y educado dentro del dogma, al señor Estabrook le resultaba inimaginable la posibilidad de abandonar su fe. No existía otra explicación mejor para su profundo sentimiento del carácter milagroso de la existencia, para su confianza en ser el destinatario de un amor vigoroso y omnisciente, tan universal y resplandeciente como la luz del día. ¿Quizá debería pedirle al obispo sufragáneo una revisión de los diez mandamientos, para incluir en las oraciones de la comunidad eclesiástica alguna referencia especial a los sentimientos de magnanimidad y amor que llevan consigo las auténticas satisfacciones sexuales?

El señor Estabrook atravesó el jardín de su casa consciente de que la señora Zagreb le había proporcionado al menos la ilusión de interpretar un importante papel romántico; de que lo había hecho protagonista, dándole una extraordinaria ventaja sobre los diferentes mensajeros, mozos de cuerda y payasos de la monogamia, y no cabía la menor duda de que sus elogios le habían hecho perder la cabeza. El entusiasmo de la señora Zagreb por la inclinación de su espalda, ¿no era en realidad una astuta y despiadada explotación de la enorme, aunque soterrada, vanidad de los hombres? Estaba empezando a amanecer y, antes de meterse en la cama, el señor Estabrook se miró al espejo. No había duda: los elogios de la señora Zagreb no eran más que mentiras. Su abdomen presentaba una curva desalentadora. ¿O quizá no? Lo contrajo, lo distendió, lo examinó de frente y de perfil, y se fue a la cama.

Al día siguiente era sábado, y el señor Estabrook se confeccionó un plan de actividades: cortar el césped, podar los setos, partir algo de leña y pintar las contraventanas. Trabajó alegremente hasta las cinco, hora en la que decidió darse una ducha y beber algo. Su intención era hacerse unos huevos revueltos y, como el cielo estaba claro, instalar el telescopio; pero cuando terminó el whisky se acercó humildemente al teléfono y llamó a la señora Zagreb. La estuvo llamando a intervalos de quince minutos hasta que se hizo de noche, y luego se acercó en coche hasta Maple Avenue. La luz del dormitorio estaba encendida. El resto de la casa se hallaba a oscuras. Un lujoso automóvil con un escudo oficial junto a la matrícula se encontraba aparcado bajo los arcos, y su chófer dormía en el asiento delantero.

Le habían pedido que realizara la colecta durante la Sagrada Eucaristía y así lo hizo, pero cuando se puso de rodillas para llevar a cabo su confesión general, no pudo admitir que lo que había hecho fuera una ofensa a la majestad divina; el peso de sus pecados no le resultaba intolerable; recordarlos no tenía nada de penoso. De manera que improvisó una culpable acción de gracias por la constancia y la inteligencia de su esposa, por los limpios ojos de sus hijos y por la flexibilidad de su amante. No se acercó a recibir la comunión, y cuando el sacerdote le dirigió una mirada inquisitiva, estuvo tentado de decir con toda claridad: «Mantengo unas relaciones adúlteras de las que no me avergüenzo.» Se quedó leyendo los periódicos dominicales hasta las once, hora en que llamó a la señora Zagreb y ella le dijo que fuese cuando quisiera. Estaba allí al cabo de diez minutos y le dio un tremendo abrazo nada más cruzar el umbral.

—Vine anoche —le dijo.

—Supuse que quizá lo hicieras —respondió ella—. Conozco a muchos hombres. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto

—Algún día, cogeré papel y pluma y escribiré todo lo que sé de los hombres. Después lo tiraré a la chimenea y le prenderé fuego.

—Pero si no tienes chimenea —dijo él.

—Es verdad —respondió ella; luego, durante el resto de la tarde y la mitad de la noche, apenas dijeron otra cosa que «Hola, hola, hola, hola».

Cuando el señor Estabrook volvió a casa por la tarde al día siguiente halló una carta de su mujer sobre la mesa del vestíbulo. Tuvo la impresión de ver su contenido sin necesidad de rasgar el sobre. La señora Estabrook le contaría inteligente y desapasionadamente que su antiguo amante, Olney Pratt, había regresado de Arabia Saudí y le había pedido que se casara con él. Su mujer deseaba recuperar la libertad y confiaba en que el señor Estabrook fuese comprensivo. Olney y ella nunca habían dejado de quererse, y no serían sinceros con su yo más auténtico si siguieran un día más diciéndole «no» a aquella pasión. Estaba segura de que podrían llegar a un acuerdo sobre cuál de los dos se quedaría con los niños. Él había sido un buen padre y un hombre paciente, pero no quería volver a verlo nunca.

Se quedó con la carta en la mano, pensando que la letra de su mujer manifestaba feminidad, inteligencia, penetración; pensando que era la letra de una mujer que pedía su libertad. Luego la abrió dispuesto a leer todo lo relativo a Olney Pratt, pero se encontró en cambio con lo siguiente: «Osito mío: las noches son terriblemente frías y echo de menos...» La carta seguía en el mismo tono a lo largo de dos páginas. Todavía estaba leyéndola cuando llamaron al timbre. Era Doris Hamilton, una vecina.

—Sé que no contestas al teléfono y que no te gusta cenar fuera —dijo—, pero estoy decidida a que al menos comas bien un día y he venido a secuestrarte.

—De acuerdo —asintió él.

—Entonces, sube a darte una ducha mientras yo me preparo una copa —dijo ella—. Cenaremos langosta. Tía Molly nos ha mandado un montón esta mañana y vas a tener que ayudarnos. Eddie se irá al médico después de cenar, y tú te puedes volver a casa cuando quieras.

El señor Estabrook subió al piso de arriba e hizo lo que le habían dicho. Cuando se cambió y volvió a bajar, Doris se estaba tomando una copa en la sala de estar. Fueron a su casa cada uno en su propio coche. Cenaron en el jardín, a la luz de las velas. Recién duchado y con un traje limpio de lino, el señor Estabrook se sintió a gusto en el papel que el día anterior había rechazado con tanto apasionamiento. No era un papel de protagonista romántico, pero tenía un encanto sutil. Después de cenar, Eddie pidió disculpas por tener que ir al psiquiatra, cosa que hacía tres veces a la semana.

—Imagino que no habrás visto a nadie —dijo Doris—. Y que no estás al tanto de las habladurías.

—Es cierto, no he visto a nadie.

—Sí, ya lo sé. Te he oído practicar al piano. Bueno, Lois Spinner va a llevar a Frank a los tribunales, y está dispuesta a hacerle sudar tinta.

—¿Por qué?

—Bueno, Frank lleva algún tiempo liado con esa horrible mujerzuela, una criatura de lo más desagradable. Se estaban *dando de comer* el uno al otro. Ninguno de sus hijos quiere volver a verlo.

—Otros hombres han tenido queridas antes —dijo él, tanteando.

—El adulterio es un pecado mortal —repuso Doris alegremente—, y se castigó con la pena de muerte en muchas sociedades.

—¿También piensas así sobre el divorcio?

—Frank no tiene ninguna intención de casarse con esa cochina. Creía sencillamente que podría divertirse a su modo, que podría humillar a su familia, hacerlos desgraciados, herir sus sentimientos y luego volver a disfrutar de su afecto cuando se cansara del juego. Lo del divorcio no ha sido idea suya. Le ha suplicado a Lois que no se divorcie. Creo incluso que ha amenazado con suicidarse.

—He conocido a hombres que dividían sus atenciones entre su amante y su mujer —comentó el señor Estabrook.

—Apuesto a que no sabes de ningún caso en que eso tuviera éxito —dijo Doris.

El señor Estabrook no captó plenamente la cruel verdad contenida en dicha afirmación.

—El adulterio es un lugar común —dijo—. Es el tema de la mayor parte de nuestra literatura, de muchas de nuestras obras de teatro, de nuestras películas. Se han escrito canciones muy populares sobre el adulterio.

—No te gustaría convertir tu vida en una comedia de boulevard, ¿no es cierto?

La autoridad con que Doris le hablaba lo asombró. Se ponía allí de manifiesto la fuerza irresistible del mundo legal, del equipo universitario, del club más elegante. De pronto, la imagen del dormitorio de la señora Zagreb, cuya desnudez le había parecido tan interesante, se le presentó con una luz muy poco agradable. Recordó que las cortinas de las ventanas tenían desgarrones, y que las manos que tanto lo habían elogiado eran ásperas y rechonchas. El desenfado sexual, que le había parecido la fuente de su pureza, se le antojaba ahora una enfermedad incurable. El cariño con que la señora Zagreb lo había tratado le pareció únicamente vicio y perversión. Ella se había mostrado lasciva ante su desnudez. Sentado en el jardín en aquella noche de verano, con su ropa limpia, pensó en la señora Estabrook, serena y pulcra, guiando a sus cuatro hijos, inteligentes y bien parecidos, por alguna galería de su propia imaginación. El adulterio era tan sólo materia prima para farsas, música popular, locura y autodestrucción.

—Has sido muy amable al invitarme —dijo—. Creo que voy a irme ya. Tocaré el piano un rato, antes de acostarme.

—Te escucharé —dijo Doris—. Lo oigo con toda claridad a través del jardín.

Estaba sonando el teléfono cuando el señor Estabrook entró en casa.

—Estoy sola —dijo la señora Zagreb—, y he pensado que quizá te gustase tomar una copa.

Tardó muy pocos minutos en llegar, y se dejó arrastrar de nuevo hasta el fondo del mar, envuelto en aquella estupenda sensación de estar fuera del tiempo, inexpugnable ante los sufrimientos de la vida. Pero cuando llegó el momento de marcharse le dijo a la señora Zagreb que no podía volver a verla.

—Me parece perfecto —dijo ella. Y luego—: ¿Nunca se ha enamorado nadie de ti?

—Sí —respondió él—, una vez. Fue hace un par de años. Estuve en Indianápolis para organizar el programa de unos cursos, y tuve que convivir con un grupo de personas (era parte del trabajo); había entre ellos una mujer encantadora que cada vez que me veía se echaba a llorar. Lloró durante el desayuno. Lloró durante los cócteles, y también durante la cena. Fue terrible. Tuve que irme a un hotel y, naturalmente, nunca he podido contárselo a nadie.

—Buenas noches —dijo ella—, buenas noches y adiós.

—Buenas noches, amor mío —dijo él—, buenas noches y adiós.

Su mujer telefoneó la noche siguiente mientras él instalaba el telescopio. ¡Cuántas noticias! Volvían a casa al día siguiente. Su hija iba a anunciar su compromiso matrimonial con Frank Emmet. Querían casarse antes de Navidad. Tenían que hacerse fotografías, enviar notas a los periódicos, había que alquilar una carpa, encargar vino, etc. Y su hijo había ganado las regatas de balandros del lunes, del martes y del miércoles. «Buenas noches, cariño», dijo su mujer, y él se dejó caer en la silla extraordinariamente satisfecho al ver realizadas tantas de sus aspiraciones. Quería mucho a su hija, le

gustaba Frank Emmet, le gustaban incluso los padres de Frank Emmet, que eran personas de dinero, y la imagen de su querido hijo al timón, llevando el balandro hasta la meta después de dar la última bordada, lo colmaba de alegría. ¿Y la señora Zagreb? No sabría cómo navegar. Se engancharía con las velas, vomitaría con el viento en contra y se desmayaría en el camarote tan pronto como salieran a mar abierto. No debía de saber jugar al tenis. ¡Ni siquiera debía de saber esquiar! A continuación, el señor Estabrook desmanteló la sala de estar seguido por la atenta mirada de *Scamper*. Puso una papelera sobre el confidente del vestíbulo. Colocó las sillas del comedor sobre la mesa y apagó las luces. Andando por la casa con los muebles cabeza abajo, sintió de nuevo el desconcierto y el horror de alguien que ha vuelto a un sitio familiar y comprueba los terribles efectos del paso del tiempo. Después subió a acostarse, cantando: «*Marito in città, la moglie ce ne va, o, povero marito!*»

La geometría del amor

Era una de esas tardes lluviosas en las que el departamento de juguetes de Woolworth's, en la Quinta Avenida, está lleno de mujeres que parecen recién salidas de un lecho adúltero, y en ese momento compran un regalo para su hijo pequeño antes de regresar a casa. Aquella tarde concreta había unas ocho o diez, bonitas, fragantes y bien vestidas, pero con el aire cariacontecido de las mujeres a quienes poco antes ha desnudado un caradura cualquiera en una anónima habitación de hotel del centro de la ciudad cuando están a punto de volver al hogar, a recibir los abrazos de un niño cariñoso. Era Charlie Mallory, que acababa de comprar un destornillador en el departamento de ferretería, quien había llegado a dicha conclusión. No era un juicio de orden moral. Se le ocurrió generalizar principalmente para conferir algún interés y animación a la lasitud de una tarde de lluvia. Las cosas iban muy despacio en su oficina. Después del almuerzo, había empleado su tiempo en reparar un fichero. Para eso quería el destornillador. Una vez formulada esa conjetura, miró más de cerca los rostros de las mujeres y le pareció hallar en ellos alguna confirmación de su fantasía. ¿Qué otra cosa que no fueran las congestiones y los desengaños del adulterio podía prestarles un aire tan espiritual, tan lloroso? ¿Por qué suspiraban tan profundamente al tocar las cosas con que juega la inocencia? Una de las mujeres llevaba un abrigo de piel parecido al que Mallory había regalado en Navidad a su mujer, Mathilda. Observando con más atención, vio que no sólo era el abrigo de Mathilda, sino Mathilda en persona.

—Vaya, Mathilda —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella levantó la cabeza del pato de madera que había estado examinando. Lenta, muy lentamente, la mirada de disgusto de su rostro se transformó en ira y desdén.

—No me gusta que me espíen —dijo en voz alta, y las otras compradoras alzaron la mirada, disponiéndose a presenciar una escena.

Mallory se sintió perplejo.

—Pero si yo no te estoy espiando, cariño —repuso—. Yo sólo...

—No hay nada más despreciable que seguir a la gente por la calle —dijo ella; su semblante y su tono de voz eran teatrales. Su auditorio permaneció atento, y rápidamente se sumaron al grupo las clientas de las secciones de ferretería y accesorios de jardín—. Perseguir a una mujer inocente por las calles es la ocupación más baja, enfermiza y vil que existe.

—Pero, cariño, estoy aquí por casualidad.

Ella rió despiadadamente.

—¿Por casualidad en la sección de juguetes de Woolworth's? ¿Esperas que me lo crea?

—Vengo de la sección de ferretería —explicó él—, pero eso no hace al caso. ¿Por qué no nos tomamos una copa y cogemos el tren temprano?

—Yo no tomo copas ni cojo el tren con un espía —replicó ella—. Voy a salir de estos almacenes, y si me sigues o me molestas de alguna forma, diré a la policía que te detenga y te metan en una celda.

Cogió y pagó el pato de madera y subió majestuosamente la escalera. Mallory esperó unos minutos y luego volvió a pie a la oficina.

Mallory era ingeniero y trabajaba por su cuenta, y aquella tarde su oficina estaba vacía: su secretaria se había marchado a Capri. En el contestador automático no había ningún mensaje para él. No había correo.

Estaba solo. Más que infeliz, se sentía atónito. No era que hubiera perdido el sentido de la realidad, sino que la realidad que observaba había perdido su coherencia y su simetría. ¿Cómo explicar racionalmente aquel grotesco encuentro en Woolworth's? Y así y todo, ¿cómo aceptar lo irracional? Ya había intentado en otras ocasiones recurrir al olvido, pero no podía olvidar la enérgica voz de Mathilda ni el extraño decorado del departamento de juguetes. Los malentendidos con su mujer eran dramáticos, se daban a menudo, y por lo general les hacía frente con su mejor voluntad, tratando de descifrar la serie de contingencias que habían culminado en aquella escena. Aquella tarde se sentía decaído. El encuentro parecía resistirse al análisis. ¿Qué podía hacer? ¿Consultar a un psiquiatra, a un consejero matrimonial, a un sacerdote? ¿Suicidarse? Con esta última idea en la cabeza, se acercó a la ventana.

El día seguía nublado y lluvioso, pero aún no había anochecido. El tráfico discurría lentamente. Vio pasar a sus pies una camioneta, luego un descapotable, un camión de mudanzas y un vehículo que anunciaba: LIMPIEZA EN SECO Y TINTE EUCLIDES. Este ilustre nombre lo llevó a pensar en el triángulo rectángulo, en los principios del análisis geométrico y la doctrina de la proporción de conmensurables e inconmensurables. Necesitaba una nueva forma de raciocinio, y Euclides podía echarle una mano. Si conseguía analizar sus problemas según los procedimientos geométricos, ¿no podría quizá resolverlos? ¿O crearía, al menos, un clima que condujera a la solución? Cogió una regla de cálculo y recurrió al sencillo teorema de que si dos de los lados de un triángulo son iguales, los ángulos opuestos a estos lados son también iguales; y a la inversa, si dos de los ángulos de un triángulo son iguales, los lados opuestos a ellos serán también iguales. Trazó una línea que representaba a Mathilda y los rasgos más sobresalientes que conocía de ella. La base del triángulo eran sus dos hijos, Randy y Priscilla. Él, por supuesto, venía a ser el tercer lado. El elemento crítico en la línea de Mathilda, que amenazaba con hacer su ángulo desigual a los de Randy y Priscilla, era el hecho de que desde hacía poco tiempo tenía un amante fantasma.

Era una impostura corriente entre las amas de casa de Remsen Park, donde ellos vivían. Una o dos veces por semana, Mathilda se vestía con sus mejores galas, se ponía un poco de perfume francés y el abrigo de piel e iba a la ciudad en uno de los últimos trenes de la mañana. A veces comía con alguna amiga, pero por lo general almorzaba en uno de esos restaurantes franceses de las calles setenta tan concurridos por mujeres solas. Normalmente tomaba un cóctel o media botella de vino. Quería parecer disipada, misteriosa, una víctima de ese amargo acertijo que es el amor, pero, si algún

desconocido ponía el ojo en ella, caía en un paroxismo de timidez, recordando casi con pánico su querido hogar, las caritas frescas de sus hijos, las begonias de los arriates. Por la tarde asistía a una función vespertina o veía alguna película extranjera. Prefería temas fuertes, que la dejaran emocionalmente exhausta, o, como ella solía decirse, «vacía». De vuelta a casa en uno de los últimos trenes, se mostraba tranquila y triste. A menudo lloraba mientras preparaba la cena, y si Mallory le preguntaba qué le ocurría, suspiraba por toda respuesta. Durante un tiempo, él sospechó algo, pero una tarde en que subía andando por Madison Avenue la vio con sus pieles tomando un bocadillo en la barra de un bar, y llegó a la conclusión de que las pupilas de sus ojos estaban dilatadas por la oscuridad de un cine y no por causa de una pasión amorosa. Era una impostura inofensiva y usual, y con un poco de caridad forzada se podía considerar incluso útil.

Así pues, la línea trazada por estos elementos formaba un ángulo con la línea que representaba a sus hijos, y lo único cierto en todo esto era que él los quería. ¡Los amaba! No podía concebir ignominia ni maldad capaces de separarlo de ellos. Al pensar en sus hijos, le parecían el mobiliario de su alma, dintel y tejado de su ser.

La línea que lo representaba a él era la más proclive a errores de cálculo. Se consideraba a sí mismo sincero, sano e instruido (¿quién era capaz de recordar tanto sobre Euclides?), pero al despertar por las mañanas con la sensación de ser útil e inocente, le bastaba hablar con Mathilda para que tanto optimismo se disipase. ¿Por qué sus propios ingenuos compromisos con la vida parecían hostigarlo hasta el punto de arrinconar lo mejor que había en él? ¿Por qué lo calumniaban llamándolo espía cuando simplemente vagaba al azar por el departamento de juguetes? Pensó que su triángulo tal vez le proporcionase la respuesta, y en cierto modo así fue. Los lados del triángulo, determinados por las informaciones pertinentes, eran iguales, y por tanto, también lo eran los ángulos opuestos a dichos lados. De pronto se sintió mucho menos perdido, más contento, esperanzado y magnánimo. Pensó, como todo el mundo piensa una o dos veces al año, que estaba empezando una nueva vida.

En el tren de vuelta a casa, se preguntó si le sería posible establecer analogías geométricas para el aburrimiento de los viajeros cotidianos, las necesidades del periódico vespertino y la apresurada carrera hacia el aparcamiento. Cuando por fin llegó, Mathilda ponía la mesa en el pequeño comedor. Sus primeras pullas se proponían anularlo: «Esquirol de Pinkerton¹¹ —dijo—. Lapa.» Él oyó sus palabras sin cólera, inquietud ni frustración. Era como si cayesen a unos pasos de donde él estaba. ¡Qué tranquilo se sentía, qué feliz! Incluso la angularidad de Mathilda parecía conmovedora y amable; caprichosa criatura de la familia humana.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntaron sus hijos—. ¿Por qué, papá?

Dentro de poco, todo el mundo diría lo mismo: «¡Cómo ha cambiado Mallory. Qué feliz se lo ve!»

La noche siguiente, Mallory encontró en el desván un texto de geometría y refrescó sus conocimientos. El estudio de Euclides le proporcionó un estado de ánimo compasivo y tranquilo, y le enseñó, entre otras cosas, que la confusión y la desesperanza últimamente le habían ofuscado la mente y las emociones. Era consciente de que lo que consideraba un hallazgo podía muy bien ser una ilusión, pero seguía disfrutando de sus ventajas prácticas. Se sentía mucho mejor. Estimaba que había

¹¹ Allan Pinkerton (1819-1884), célebre detective que creó una próspera agencia de investigaciones. Hacia el final de su vida colaboró con el gobierno norteamericano en la represión de las huelgas organizadas por los sindicatos obreros. (*N. del t.*)

rectificado la distancia existente entre su realidad y aquellas otras que atormentaban su espíritu. Quizá de haber tenido una filosofía o alguna religión podría haber prescindido de la geometría, pero las prácticas religiosas de su vecindario le parecían tediosas y poco convincentes, y no sentía inclinación por la filosofía. La geometría le servía perfectamente para la metafísica del sufrimiento comprendido. La principal ventaja de ésta consistía en que, una vez planteados en términos lineales, podía observar los talentos y los descontentos de Mathilda con ardor y comprensión. No era un triunfador, pero estaba completamente a salvo de convertirse en víctima. A medida que continuaba sus estudios y prácticas, descubrió que la brusquedad de los maîtres en los restaurantes, las frías almas de los oficinistas y la grosería de los agentes de tráfico no podían ya hacer mella en su tranquilidad, y que aquellos opresores, al percibir su fortaleza, se volvían a su vez menos bruscos, fríos y groseros. Era capaz de conservar durante todo el día la convicción de inocencia que lo embargaba todas las mañanas al despertarse. Pensó en escribir un libro sobre su descubrimiento: *La emoción euclidiana: geometría del sentimiento*.

Por esa época tuvo que ir a Chicago. El día era nublado y cogió el tren. Despertó un poco antes del alba, plenamente útil e inocente, miró por la ventanilla y vio una fábrica de ataúdes, un cementerio de coches, chabolas, campos de juegos invadidos por la broza, cerdos engordando con bellotas y, a lo lejos, la monumental tristeza de Gary, Indiana. El tedioso y melancólico espectáculo repercutió en su espíritu como una muestra de la estupidez humana. Nunca había aplicado su teorema al paisaje, pero descubrió que formando un paralelogramo con los componentes del momento podía ahuyentar la desolada panorámica hasta hacerla inofensiva, práctica e incluso encantadora. Desayunó copiosamente y tuvo una buena jornada de trabajo. Ese día no necesitó apelar a la geometría. Uno de sus socios de Chicago lo invitó a cenar. No se atrevió a rechazar la invitación, y a las seis y media estaba ante una casita de ladrillo visto, en una zona de la ciudad desconocida para él. Aun antes de que le abrieran la puerta presintió que iba a necesitar a Euclides.

Dentro, la anfitriona estaba llorando. Tenía una copa en la mano.

«Está en la bodega», gimoteó, y entró en una salita sin indicar a Mallory dónde estaba la bodega ni cómo se llegaba a ella. La siguió a la sala. Ella se arrodilló y empezó a poner un marbete en la pata de una silla. Mallory reparó en que la mayoría de los muebles estaban etiquetados. Las etiquetas decían: GUARDAMUEBLES DE CHICAGO. Bajo el encabezamiento, la mujer había escrito: «Propiedad de Helen Fells McGowen.» McGowen era el apellido del amigo de Mallory.

—No pienso dejarle nada al muy h.d.p. —sollozó—. Ni una astilla.

—Hola, Mallory —dijo McGowen, cruzando la cocina—. No le hagas caso. Una o dos veces al año se enfada, etiqueta todos los muebles, y hace como que los va a guardar en un almacén, alquilar una habitación amueblada y trabajar en Marshall Field's.

—Qué sabrás tú —dijo ella.

—¿Alguna novedad? —preguntó McGowen.

—Acaba de telefonar Lois Mitchell. Harry se emborrachó y metió al gatito en el túrmix.

—¿Viene ella para aquí?

—Por supuesto.

Sonó el timbre de la puerta. Entró una mujer despeinada y con las mejillas húmedas.

—Oh, ha sido terrible —dijo—. Los niños estaban delante. El gatito era suyo, y lo adoraban. No me hubiera importado tanto si no hubiesen estado los niños.

—Vámonos de aquí —dijo McGowen, volviéndose hacia la cocina.

Mallory lo siguió; cruzaron la cocina, en la que no había el menor rastro de cena, y por una escalera bajaron a una bodega amueblada con una mesa de ping-pong, un televisor y un bar. McGowen le sirvió una copa.

—Ya ves, Helen era rica —dijo—. Es uno de sus problemas. Su familia era muy rica. Su padre tenía una cadena de lavanderías que llegaba hasta Denver. Introdujo espectáculos en directo en sus establecimientos: cantantes de folk, conjuntos de jazz... El sindicato de músicos empezó a meterse con él y lo perdió todo de la noche a la mañana. Ella sabe que voy tonteando por ahí, pero si no me acostase con otras mujeres, Mallory, no sería sincero conmigo mismo. Quiero decir que hubo una época en que me entendí con la Mitchell, esa que está arriba, la del gatito. Es fantástica. Si te apetece, puedo arreglarlo. Hará cualquier cosa por mí. Por lo general, le daba alguna cosilla. Diez pavos o una botella de whisky. Una vez, en Navidad, le regalé una pulsera. Mira, su marido anda con el rollo del suicidio, venga tomar somníferos, pero siempre le lavan el estómago a tiempo. Una vez intentó ahorcarse...

—Tengo que irme —dijo Mallory.

—Espera un poco, espera un poco —dijo McGowen—. Déjame que te endulce la copa.

—En serio, tengo que irme —insistió Mallory—. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Pero no has comido nada. Espera un poco y calentaré cualquier cosa.

—No hay tiempo —dijo Mallory—. Tengo mucho que hacer.

Y subió sin despedirse siquiera. La señora Mitchell se había ido, pero la mujer de McGowen seguía colocando etiquetas en los muebles. Mallory salió y cogió un taxi de vuelta al hotel.

Sacó su regla de cálculo e intentó poner en términos lineales la embriaguez de la señora McGowen y el destino del gatito de los Mitchell, trazando la relación entre el volumen de un cono y el de su prisma circunscrito. ¡Oh, Euclides, ilumíname ahora! ¿Qué quería Mallory? Quería resplandor, belleza y orden, nada menos; quería racionalizar la imagen del señor Mitchell colgado del cuello. ¿Era exigente y cobarde el modo apasionado en que Mallory aborrecía la miseria? ¿Se equivocaba al buscar definiciones del bien y del mal, al creer en el inalienable poder del remordimiento, en la belleza de la piedad? Había un dilatadísimo número de imponderables en el cuadro, pero trató de limitar su ecuación a los hechos de la velada, y eso lo mantuvo ocupado hasta después de medianoche, hora en que se metió en la cama. Durmió bien.

La estancia en Chicago había sido un desastre por lo que se refería a los McGowen, pero económicamente había resultado provechosa, y los Mallory decidieron viajar, como solían hacer siempre que andaban bien de dinero. Fueron a Italia y se alojaron en un hotelito cerca de Sperlonga en el que ya habían estado en otra ocasión. Mallory estaba feliz, y no necesitó a Euclides en los diez días que pasaron en la costa. Antes del vuelo de regreso pasaron por Roma, y el último día fueron a comer a la Piazza del Popolo. Pidieron langosta, y se rieron, bebieron y rompieron con los dientes el caparazón del crustáceo, hasta el momento en que Mathilda se puso melancólica. Dejó escapar un sollozo y Mallory comprendió que iba a necesitar a Euclides otra vez.

Mathilda estaba taciturna, pero la tarde parecía prometer a Mallory que podría, gracias a su plan y a la geometría, aislar los componentes de la melancolía de su mujer. El restaurante ofrecía un espléndido campo para la investigación. El lugar era fragante y ordenado. Los demás clientes eran simpáticos italianos, todos ellos desconocidos, y supuso que carecían del poder de hacer que Mathilda se sintiese tan desgraciada como evidentemente se sentía. A ella le había gustado la langosta. La mantelería era blanca, la plata bruñida, y el camarero amable. Mallory examinó el local —las flores, las pilas de fruta, el tráfico en la plaza que se veía por la ventana— y no pudo hallar la causa de la tristeza y la amargura de Mathilda.

—¿Quieres un helado, una fruta? —le preguntó él.

—Si quiero algo, ya lo pediré —replicó ella, y lo hizo.

Llamó al camarero y, lanzando a Mallory una negra mirada, pidió un helado y un café para ella. Después de pagar la cuenta, Mallory le preguntó si quería un taxi.

—Qué idea tan estúpida —dijo ella, frunciendo el ceño con asco, como si le hubiera sugerido despilfarrar sus ahorros o exhibir a sus hijos en un escenario.

Volvieron andando al hotel, uno detrás del otro. La luz era brillante y el calor intenso, y daba la impresión de que las calles de Roma siempre habían estado calientes y siempre lo estarían, hasta el fin del mundo. ¿Habría sido el calor la causa de su depresión?

—¿Te molesta el calor, cariño? —le preguntó, y ella se volvió y le contestó:

—Me pones enferma.

La dejó en el vestíbulo del hotel y se fue a un café.

Resolvió sus problemas con la regla de cálculo en el dorso de un menú. Al volver al hotel, ella había salido, pero regresó a las siete y se echó a llorar en cuanto llegó a la habitación. La geometría de la tarde le había demostrado a Mallory que la felicidad de su mujer, al igual que la suya y la de sus hijos, se resentía por culpa de una corriente de emoción caprichosa, insondable y submarina que serpenteaba misteriosamente a través del carácter de Mathilda y afloraba con turbulencia, a intervalos irregulares y sin causa conocida.

—Lo siento, cariño —dijo—. ¿Qué pasa?

—En esta ciudad, nadie entiende el inglés —respondió ella—. Absolutamente nadie. Me he

perdido y he preguntado a unas quince personas el camino de vuelta al hotel, pero nadie me entendía.

Se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo. Tranquilo y feliz, él se instaló junto a la ventana a observar el paso de una nube con la forma exacta de una nube y el nacimiento de esa luz metálica que algunas veces cubre los cielos de Roma justo antes del anochecer.

Algunos días después del regreso de Italia, Mallory tuvo que volver a Chicago. Terminó sus asuntos en un día —evitó a McGowen— y cogió el tren de las cuatro en punto. A las cuatro y media aproximadamente se encaminó al vagón cafetería para beber algo, y al ver a lo lejos las formas de Gary, repitió aquel teorema que la vez anterior había logrado corregir el ángulo de su relación con el paisaje de Indiana. Pidió una copa y miró por la ventanilla en dirección a Gary. No había nada que ver. Debido a algún error de cálculo, no sólo le había arrebatado sus poderes a Gary, sino que la había perdido de vista. No había lluvia, bruma ni oscuridad repentina que justificasen el hecho de que para sus ojos la ventanilla del tren estuviese vacía, Indiana se había esfumado. Se volvió hacia una mujer que se hallaba a su izquierda y le preguntó:

—Eso es Gary, ¿verdad?

—Claro —dijo ella—. ¿Qué le pasa? ¿No lo ve?

Un triángulo isósceles suavizó la aspereza con que le había respondido la mujer, pero no vio rastro de las demás ciudades del itinerario. Volvió a su compartimento solo y asustado. Sepultó la cara entre las manos, y al levantarla pudo ver con toda claridad las luces del paso a nivel y de los pueblecitos, pero nunca había usado la geometría para aquellas cosas.

Aproximadamente una semana más tarde, Mallory enfermó. Su secretaria, que había vuelto de Capri, lo encontró inconsciente en el suelo de la oficina. Llamó a una ambulancia. Lo operaron y su estado fue considerado crítico. No pudo recibir visitas hasta pasados diez días, y la primera en ir a verlo fue, por supuesto, Mathilda. Él había perdido veinticinco centímetros del tracto intestinal, y tenía tubos sujetos a ambos brazos.

—Vaya, tienes un aspecto estupendo —exclamó Mathilda, fingiendo una expresión distraída para ocultar su consternación y sobresalto—. Qué habitación tan agradable, con estas paredes amarillas. Si uno cae enfermo, supongo que es mejor que sea en Nueva York. ¿Te acuerdas de aquel horrible hospital de pueblo en que nacieron los niños?

Se sentó, pero no en una silla, sino en el alféizar de la ventana. Mallory se recordó a sí mismo que nunca había oído hablar de un amor capaz de templar un poco el poder divisorio que el dolor tiene; un amor que pudiese salvar la distancia que separa al sano del enfermo.

—En casa todo va estupendamente —dijo ella—. Nadie parece echarle de menos.

Como era la primera vez que estaba gravemente enfermo, ignoraba las pocas dotes de su mujer como enfermera. Era como si se tomase a mal el hecho de que él estuviera enfermo, pero Mallory interpretó su enfado como una torpe expresión de amor. Mathilda nunca había sabido disimular, y no logró ocultar que consideraba egoísta la enfermedad de su esposo.

—¡Qué suerte tienes! —dijo ella—. Me refiero a que es una suerte que esto te haya pasado en Nueva York. Dispones de los mejores médicos y enfermeras, y éste debe de ser uno de los mejores hospitales del mundo. En realidad, no tienes que preocuparte de nada. Te lo dan todo hecho. Por una vez en la vida, ojalá pudiera quedarme en cama una o dos semanas bien atendida.

Era Mathilda quien hablaba, su querida Mathilda, fidelísima a sí misma en su angularidad, en aquel lícito interés por su propia persona, interés que ninguna fuerza del amor podía explicar o atemperar. Así era ella, y él agradeció la falta de sentimentalismo que mostraba. En la habitación entró entonces una enfermera con una taza de caldo en una bandeja. Le puso una servilleta bajo la barbilla y se preparó para darle de comer, ya que él no podía mover los brazos.

—Oh, déjeme a mí, déjeme —dijo Mathilda—. Es lo menos que puedo hacer.

Era la primera manifestación de que tenía algo que ver con la patética escena (a pesar de las paredes amarillas). Cogió de manos de la enfermera el cuenco de caldo y la cuchara.

—Hum, qué bien huele —dijo—. Me dan ganas de tomármelo yo. Se supone que la comida de los hospitales es espantosa, pero ésta parece ser una excepción.

Acercó una cucharada a la boca de Mallory, y entonces, aunque no fue culpa suya, derramó la taza de caldo sobre el pecho y las sábanas de su marido.

Llamó a la enfermera y luego frotó enérgicamente la mancha de su blusa. Cuando la enfermera comenzó la lenta y complicada tarea de cambiar la ropa de la cama, Mathilda miró su reloj y comprobó que era hora de irse.

—Vendré mañana —dijo—. Les diré a los niños que estás muy bien.

Era su Mathilda, y lo comprendía, pero cuando se hubo marchado advirtió que la comprensión tal vez no bastase para soportar otra visita suya. Sintió claramente que la convalecencia de sus intestinos había sufrido un revés. Mathilda era capaz incluso de acelerar su muerte. Cuando la enfermera terminó de cambiarle y le dio otra taza de caldo, Mallory le pidió que le acercara la agenda y la regla de cálculo que tenía en el bolsillo de su traje. Trazó una sencilla analogía geométrica entre su amor por Mathilda y su miedo a la muerte.

Al parecer, surtió efecto. A las once de la mañana siguiente, llegó Mathilda y él la vio y la escuchó, pero ella había perdido la virtud de trastornarlo. Había rectificado el ángulo de su esposa. Ella se había acicalado para su amante fantasma, y siguió ponderándole el buen aspecto y la inmensa suerte que tenía. Le indicó que le hacía falta un afeitado. Cuando se fue, Mallory preguntó a la enfermera si podía llamar al barbero. Ella le explicó que éste sólo venía los miércoles y los viernes, y que los enfermeros estaban en huelga. Le procuró un espejo, jabón y una maquinilla de afeitarse, y Mallory vio su rostro por primera vez desde el ataque. Al verse demacrado, recurrió de nuevo a la geometría e intentó formar una ecuación entre su voraz apetito, sus esperanzas sin límite y la fragilidad de su cuerpo. Razonó con todo cuidado, porque era consciente de que un error como el cometido en el caso de Gary pondría fin a los acontecimientos que habían comenzado cuando pasó bajo su ventana aquella camioneta de LIMPIEZA EN SECO Y TINTE EUCLIDES. Desde el hospital, Mathilda fue primero a un restaurante y más tarde al cine, y cuando regresó a casa, la mujer de la limpieza le dijo que Mallory había muerto.

El nadador

Era uno de esos domingos de mitad de verano en que todo el mundo repite: «Anoche bebí demasiado.» Lo susurraban los feligreses al salir de la iglesia, se oía de labios del mismo párroco mientras se despojaba de la sotana en la sacristía, así como en los campos de golf y en las pistas de tenis, y también en la reserva natural donde el jefe del grupo Audubon sufría los efectos de una terrible resaca.

—Bebí demasiado —decía Donald Westerhazy.

—Todos bebimos demasiado —decía Lucinda Merrill.

—Debió de ser el vino —explicaba Helen Westerhazy—. Bebí ¡demasiado clarete.

El escenario de este último diálogo era el borde de la piscina de los Westerhazy, cuya agua, procedente de un pozo artesiano con un alto porcentaje de hierro, tenía una suave tonalidad verde. El tiempo era espléndido. Hacia el oeste se amontonaban las nubes, tan parecidas a una ciudad vista desde lejos —desde el puente de un barco que se aproximara— que podían haber tenido un nombre. Lisboa. Hackensack. El sol calentaba. Neddy Merrill, sentado en el borde de la piscina, tenía una mano dentro del agua, y sostenía con la otra una copa: ginebra. Neddy era un hombre enjuto que parecía conservar aún la peculiar esbeltez de la juventud, y, aunque los días de su adolescencia quedaban ya muy lejos, aquella mañana se había deslizado por el pasamanos de la escalera, y en su camino hacia el olor a café que salía del comedor, había dado un sonoro beso en la bronceada espalda a la Afrodita del vestíbulo. Podría habérselo comparado con un día de verano, en especial con las últimas horas de uno de ellos, y aunque le faltase una raqueta de tenis o una vela hinchada por el viento, la impresión era, decididamente, de juventud, de vida deportiva y de buen tiempo. Había estado nadando y ahora respiraba hondo, como si fuera capaz de almacenar en sus pulmones los ingredientes de aquel momento, el calor del sol, y la intensidad de su propio placer. Era como si todo le cupiera dentro del pecho. Doce kilómetros hacia el sur, en Bullet Park, estaba su casa, donde sus cuatro hermosas hijas habrían terminado de almorzar y quizá jugasen al tenis en aquel momento. Fue entonces cuando se le ocurrió que si atajaba por el suroeste podría llegar nadando hasta allí.

No había nada de opresivo en la vida de Neddy, y el placer que le produjo aquella idea no puede explicarse reduciéndola a una simple posibilidad de evasión. Le pareció ver, con mentalidad de cartógrafo, la línea de piscinas, la corriente casi subterránea que iba describiendo una curva por todo el condado. Se trataba de un descubrimiento, de una contribución a la geografía moderna, y le pondría el nombre de Lucinda, en honor a su esposa. Neddy no era ni estúpido ni partidario de las bromas pesadas, pero tenía una clara tendencia a la originalidad, y se consideraba a sí mismo —de manera vaga y sin darle apenas importancia— una figura legendaria. El día era realmente maravilloso, y le pareció que un baño prolongado serviría para acrecentar y celebrar su belleza.

Se desprendió del suéter que le colgaba de los hombros y se tiró de cabeza a la piscina. Neddy sentía un inexplicable desprecio por los hombres que no se tiran de cabeza. Nadó a crol pero de forma

poco organizada, respirando unas veces con cada brazada y otras sólo en la cuarta, y sin dejar de contar, de manera casi subconsciente, el un-dos, un-dos, del movimiento de los pies. No era un estilo muy apropiado para largas distancias, pero la utilización doméstica de la natación ha gravado ese deporte con ciertas costumbres, y en la parte del mundo donde habitaba Neddy, el crol era lo habitual. Sentirse abrazado y sostenido por el agua verde y cristalina, más que un placer, suponía la vuelta a un estado normal de cosas, y a Neddy le hubiese gustado nadar sin bañador, pero eso no resultaba posible, debido a la naturaleza de su proyecto. Salió a pulso de la piscina por el otro extremo —nunca usaba la escalerilla—, y comenzó a cruzar el césped. Cuando Lucinda le preguntó que adonde iba, respondió que iría nadando hasta casa.

Sólo podía utilizar mapas imaginarios o sus recuerdos de los mapas reales, pero eso era suficiente. Primero estaban los Graham, y a continuación los Hammer, los Lear, los Howland, y los Crosscup. Cruzaría Ditmar Street para llegar a casa de los Bunker y después de andar un poco pasaría por casa de los Levy y de los Welcher, para utilizar así también la piscina pública de Lancaster. Luego venían los Halloran, los Sachs, los Biswanger, Shirley Adams, los Gilmartin y los Clyde. El día era estupendo, y vivir en un mundo con tan generosas reservas de agua parecía poner de manifiesto la misericordia y la caridad del universo. Neddy se sentía en plena forma, y atravesó el césped corriendo. Volver a casa utilizando un camino desacostumbrado lo hacía sentirse peregrino, explorador; lo hacía sentirse un hombre con un destino, y estaba seguro de encontrar amigos a lo largo de todo el trayecto; no tenía la menor duda de que sus amigos ocuparían las orillas del río Lucinda.

Atravesó el seto que separaba la propiedad de los Westerhazy de la de los Graham, anduvo bajo algunos manzanos en flor, pasó junto al cobertizo que albergaba la bomba y el filtro y salió al lado de la piscina de los Graham.

—¡Hola, Neddy! —dijo la señora Graham—, ¡qué agradable sorpresa! Me he pasado toda la mañana tratando de hablar contigo por teléfono. Déjame que te prepare algo de beber.

Neddy comprendió entonces que, como cualquier explorador, necesitaría hacer uso de toda su diplomacia para conseguir que la hospitalidad y las costumbres de los nativos no le impidieran llegar a su destino. No deseaba desconcertar a los Graham ni mostrarse antipático, pero tampoco disponía de tiempo para quedarse allí. Hizo un largo en la piscina y se reunió con ellos al sol; unos minutos más tarde, la llegada de dos automóviles cargados de amigos que venían de Connecticut le facilitó las cosas. Mientras todos se saludaban efusiva y ruidosamente, Neddy pudo escabullirse. Salió por la puerta principal de la finca de los Graham, pasó por encima de un seto espinoso y cruzó un solar vacío para llegar a casa de los Hammer. La dueña de la casa, al levantar la vista de las rosas, vio a alguien que pasaba nadando, pero no llegó a saber de quién se trataba. Los Lear lo oyeron cruzar la piscina a nado a través de las ventanas abiertas de la sala de estar. Los Howland y los Crosscup habían salido. Al dejar la casa de los Howland, Neddy cruzó Ditmar Street y se dirigió hacia la finca de los Bunker, desde donde, ya a aquella distancia, le llegaba el alboroto de una fiesta.

El agua devolvía el sonido de las voces y de las risas, y daba la impresión de dejarlas suspendidas en el aire. La piscina de los Bunker estaba en alto, y Neddy tuvo que subir unos cuantos escalones hasta llegar a la terraza, donde unas veinticinco o treinta personas charlaban y bebían. Rusty Towers era el único que se hallaba dentro del agua, flotando sobre una balsa de goma. ¡Qué hermosas eran las orillas del río Lucinda y qué maravillosa vegetación crecía en ellas! Acaudalados hombres y mujeres se reunían junto a sus aguas color zafiro, mientras serviciales criaturas de blancas chaquetas les servían ginebra fría. Sobre sus cabezas, una avioneta roja de las que se utilizaban para dar clases de

vuelo daba vueltas y más vueltas, y sus evoluciones hacían pensar en el regocijo de un niño subido en un columpio. Ned sintió un momentáneo afecto por aquella escena, una ternura que era casi como una sensación física, motivada por algo tangible. Oyó un trueno a lo lejos. Enid Bunker se puso a gritar nada más verlo.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Cuando Lucinda dijo que no podías venir, creí que iba a morirme.

Neddy se abrió camino entre la multitud en su dirección, y cuando terminaron de besarse, Enid lo llevó hacia el bar; avanzaron lentamente porque Ned tuvo que pararse para besar a otras ocho o diez mujeres y estrechar la mano de otros tantos hombres. Un barman sonriente que había visto ya antes en un centenar de fiestas le dio una ginebra con tónica, y Ned se quedó allí un instante, temeroso de tener que participar en alguna conversación que pudiera retrasar su viaje. Cuando parecía que iba a verse rodeado, se tiró a la piscina y nadó pegado al borde para evitar la balsa de Rusty. Al salir por el otro lado se cruzó con los Tomlinson; los obsequió con una cordial sonrisa, y echó a andar rápidamente por el sendero del jardín. La grava le hacía daño en los pies, pero ésa era la única sensación desagradable. La fiesta se celebraba únicamente en los alrededores de la piscina y, al llegar junto a la casa, Ned notó que se había debilitado el sonido de las voces. En la cocina de los Bunker alguien oía por la radio un partido de béisbol. Domingo por la tarde. Tuvo que avanzar en zigzag entre los coches aparcados y llegó hasta Alewives Lane siguiendo el césped que bordeaba el camino de grava de los Bunker. Ned no quería que lo vieran en la carretera en traje de baño, pero no había tráfico y cruzó en seguida los pocos metros que lo separaban del sendero de grava de los Levy, con un cartel de PROPIEDAD PRIVADA y un recipiente cilíndrico de color verde para el *New York Times*. Todas las puertas y las ventanas de la amplia casa estaban abiertas, pero no había signos de vida; ni siquiera un perro que ladrara. Ned rodeó el edificio y al llegar a la piscina vio que los Levy acababan de marcharse. Sobre una mesa al otro extremo de la piscina, cerca de un cenador adornado con linternas japonesas, había una mesa con vasos, botellas y platos con cacahuètes, almendras y avellanas. Después de atravesar la piscina a nado, Ned se sirvió ginebra en un vaso. Era la cuarta o la quinta copa, y había nadado aproximadamente la mitad del curso del río Lucinda. Se sentía cansado, limpio, y, en ese momento, satisfecho de encontrarse solo; satisfecho con el mundo en general.

Iba a haber una tormenta. La masa de nubes —aquella ciudad— se había elevado y oscurecido, y mientras descansaba allí un momento, oyó otra vez el retumbar de un trueno. La avioneta roja seguía dando vueltas, y a Ned casi le parecía oír la risa placentera del piloto flotando en el aire de la tarde; pero al oír el fragor de otro trueno se puso de nuevo en movimiento. El pitido de un tren lo hizo preguntarse qué hora sería. ¿Las cuatro, las cinco? Se imaginó la estación local, donde, en ese momento, un camarero con el esmoquin oculto bajo un impermeable, un enano con un ramo de flores envuelto en papel de periódico y una mujer que había llorado esperarían el tren de cercanías. Estaba oscureciendo de pronto; era el instante en que los pájaros más estúpidos parecían transformar su canto en un anuncio, preciso y bien informado, de la proximidad de la tormenta. Se produjo entonces un agradable ruido de agua cayendo desde la copa de un roble, como si alguien hubiera abierto una espita. Después, el ruido como de fuentes se extendió a las copas de todos los árboles altos. ¿Por qué le gustaban las tormentas? ¿Por qué se animaba tanto cuando las puertas se abrían con violencia y el viento que arrastraba gotas de lluvia trepaba a empellones por las escaleras? ¿Por qué la simple tarea de cerrar las ventanas de una casa antigua le parecía tan necesaria y urgente? ¿Por qué los primeros compases húmedos de un viento de tormenta constituían siempre el anuncio de alguna buena nueva, de algún suceso reconfortante y alegre? En seguida se oyó una explosión, acompañada de un olor como de pólvora, y la lluvia azotó las linternas japonesas que la señora Levy había comprado en

Kyoto dos años antes, ¿o hacía sólo un año?

Ned se quedó en el cenador de los Levy hasta que pasó la tormenta. La lluvia había enfriado el aire, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. La fuerza del viento había arrancado las hojas secas y amarillas de un arce y las había esparcido sobre la hierba y el agua. Como estaban aún a mitad de verano, Ned supuso que el árbol se hallaba enfermo, pero sintió una extraña tristeza ante ese signo del otoño. Hizo unos movimientos gimnásticos, apuró la ginebra y se dirigió hacia la piscina de los Welcher. Eso significaba cruzar el picadero de los Lindley, y le sorprendió encontrar la hierba demasiado crecida y los obstáculos desmantelados. Se preguntó si los Lindley habrían vendido sus caballos o si se habrían ausentado durante el verano, dejando sus animales al cuidado de otras personas. Le pareció recordar que había oído algo acerca de los Lindley y de sus caballos, pero no sabía exactamente qué. Siguió adelante, notando la hierba húmeda contra los pies descalzos, en dirección a la casa de los Welcher, donde se encontró con que la piscina estaba vacía.

Esa ruptura en la continuidad de su río imaginario le produjo una absurda decepción, y se sintió como un explorador que busca las fuentes de un torrente y encuentra un cauce seco. Ned notó que lo dominaba el desconcierto y la decepción. Era bastante normal que los vecinos de aquella zona se marcharan durante el verano, pero nadie vaciaba la piscina. Los Welcher se habían ido definitivamente. Las sillas, las mesas y las hamacas de la piscina estaban dobladas, amontonadas y cubiertas con lonas. Los vestuarios, cerrados, y lo mismo sucedía con todas las ventanas de la casa, y cuando la rodeó hasta llegar al camino de grava que llevaba hasta la puerta principal se encontró con un cartel que decía: «SE VENDE», clavado en un árbol. ¿Cuándo había oído hablar de los Welcher por última vez? ¿Cuándo —habría que decir, más exactamente— Lucinda y él se habían disculpado por última vez al recibir una invitación suya para cenar? No daba la impresión de que hubiese transcurrido más de una semana. ¿Le fallaba la memoria o la tenía tan disciplinada contra los sucesos desagradables que llegaba a falsear la realidad? A lo lejos oyó que alguien jugaba un partido de tenis. Aquello lo animó, disipando todas sus aprensiones, y permitiéndole enfrentarse con indiferencia al cielo oscurecido y al aire frío. Aquél era el día en que Neddy Merrill iba a atravesar a nado el condado. ¡Aquél día, precisamente! De inmediato inició la etapa más difícil de su viaje.

Alguien que hubiese salido a pasear en coche aquella tarde de domingo podría haberlo visto, casi desnudo, en la cuneta de la autopista 424, esperando una oportunidad para cruzar al otro lado. Podría habersele creído la víctima de alguna apuesta insensata, o una persona a quien se le ha estropeado el coche, o, simplemente, un chiflado. Junto al asfalto, con los pies descalzos —entre latas de cerveza vacías, trapos sucios y parches para neumáticos desechados—, expuesto al ridículo, resultaba penoso. Ned sabía desde el principio que aquello era parte de su recorrido, que figuraba en sus mapas, pero al enfrentarse con las largas filas de coches que culebreaban bajo la luz del verano, descubrió que no estaba preparado psicológicamente. Los ocupantes de los automóviles se reían de él, lo tomaban a broma, y llegaron incluso a tirarle una lata de cerveza, y él no tenía ni dignidad ni humor que aportar a aquella situación. Podría haberse vuelto atrás, regresar a casa de los Westerhazy, donde Lucinda estaría aún sentada al sol. No había firmado nada, no había prometido nada, no se había apostado nada, ni siquiera consigo mismo. ¿Por qué, creyendo como creía que toda humana testarudez era susceptible de ceder ante el sentido común, se sabía incapaz de volver atrás? ¿Por qué estaba decidido a terminar el recorrido, aun a costa de poner en peligro su vida? ¿En qué momento aquella travesura, aquella broma, aquella payasada se había convertido en algo muy serio? No estaba en condiciones de volver atrás, ni siquiera recordaba con claridad las verdes aguas de la piscina de los

Westerhazy, ni el placer de aspirar los componentes de aquel día, ni las serenas y amistosas voces que se lamentaban de haber bebido demasiado. En una hora aproximadamente, Ned había cubierto una distancia que hacía imposible el regreso.

Un anciano que conducía a veinticinco kilómetros por hora le permitió llegar hasta la mediana de la autopista, donde había una tira de césped. Allí se vio expuesto a las bromas del tráfico que avanzaba en dirección contraria, pero al cabo de unos diez minutos o un cuarto de hora consiguió cruzar. Desde allí sólo tenía que andar un poco para llegar al centro recreativo situado a las afueras de Lancaster, que disponía de varios frontones y de una piscina pública.

La peculiar resonancia de las voces cerca del agua, la sensación de brillantez y de tiempo detenido eran las mismas que anteriormente en casa de los Bunker, pero aquí los sonidos resultaban más fuertes, más agrios y más penetrantes, y tan pronto como entró en aquel espacio abarrotado de gente, Ned tuvo que someterse a las molestias de la reglamentación: «**TODOS LOS BAÑISTAS TIENEN QUE DUCHARSE ANTES DE USAR LA PISCINA. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN UTILIZAR EL PEDILUVIO. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN LLEVAR LA PLACA DE IDENTIFICACIÓN.**»

Ned se duchó, se lavó los pies en una oscura y desagradable solución y llegó hasta el borde de la piscina. Apeataba a cloro y le recordó a un fregadero. Sendos monitores, desde sus respectivas torres, hacían sonar sus silbatos a intervalos aparentemente regulares, insultando además a los bañistas mediante un sistema de megafonía. Ned recordó con nostalgia las aguas color zafiro de los Bunker y pensó que podía contaminarse —echar a perder su prosperidad y disminuir su atractivo personal— nadando en aquella ciénaga, pero recordó que era un explorador, un peregrino, y que aquello no pasaba de ser un remanso de aguas estancadas en el río Lucinda. Se tiró al cloro con ceñuda expresión de disgusto y no le quedó más remedio que nadar con la cabeza fuera para evitar colisiones, pero incluso así lo empujaron, lo salpicaron y le dieron codazos. Cuando llegó al lado menos profundo de la piscina, los dos monitores le estaban gritando:

—¡A ver, ése, ese que no lleva placa de identificación, que salga del agua!

Ned lo hizo así, pero los otros no estaban en condiciones de perseguirlo, y, dejando atrás el desagradable olor de las cremas bronceaduras y del cloro, saltó una valla de poca altura y atravesó los frontones. Le bastó cruzar la carretera para entrar en la parte arbolada de la propiedad de los Halloran. Nadie se había preocupado de arrancar la maleza que crecía entre los árboles, y tuvo que avanzar con grandes precauciones hasta llegar al césped y al seto de hayas recortadas que rodeaba la piscina.

Los Halloran eran amigos suyos; se trataba de unas personas de edad avanzada y enormemente ricos, que se sentían felices cuando alguien los consideraba sospechosos de filocomunismo. Eran reformadores llenos de celo, pero no comunistas; sin embargo, cuando alguien los acusaba de subversivos, como sucedía a veces, parecían agradecerlo y sentirse rejuvenecidos. Las hojas del seto de haya también se habían vuelto amarillas, y Ned supuso que probablemente padecían la misma enfermedad que el arce de los Levy. Gritó «¡hola!» dos veces para que los Halloran advirtieran su presencia y de esa forma la invasión de su intimidad no resultara demasiado brusca. Los Halloran, por razones que nunca le habían sido explicadas, no utilizaban trajes de baño. En realidad, no hacía falta ninguna explicación.

Su desnudez era un detalle de su celo reformista libre de prejuicios, y Ned se quitó cortésmente el bañador antes de entrar en el espacio limitado por el seto de hayas.

La señora Halloran, una mujer corpulenta de cabello blanco y expresión serena, leía el *Times*. Su marido sacaba hojas de haya de la piscina con una red. No parecieron ni sorprendidos ni disgustados al verlo. Su piscina era quizá la más antigua del condado, un rectángulo construido con piedras cogidas del campo, alimentado por un arroyo. Carecía de filtro o de bomba, y sus aguas tenían la dorada opacidad de la corriente.

—Estoy atravesando a nado el condado —dijo Ned.

—Vaya, no sabía que se pudiera hacer eso —exclamó la señora Halloran.

—Bueno, he empezado en casa de los Westerhazy —dijo Ned—. Debo de haber recorrido unos seis kilómetros.

Dejó el bañador junto al extremo más hondo de la piscina, fue andando hasta el otro lado y nadó aquella distancia. Mientras salía a pulso del agua, oyó decir a la señora Halloran:

—Sentimos mucho que te hayan ido tan mal las cosas, Neddy.

—¿Lo mal que me han ido las cosas? No sé de qué me está usted hablando.

—¿No? Hemos oído que has vendido la casa y que tus pobres hijas...

—No recuerdo haber vendido la casa —dijo Ned—. En cuanto a las chicas, no les ha pasado nada, que yo sepa.

—Sí —suspiró la señora Halloran—. Claro...

Su voz llenaba el aire con una melancolía intemporal, y Ned la interrumpió precipitadamente:

—Gracias por el baño.

—Que tengas una travesía agradable —dijo la señora Halloran.

Al otro lado del seto, Ned se puso el bañador y tuvo que apretárselo. Le estaba un poco grande, y se preguntó si era posible que hubiera perdido peso en una tarde. Tenía frío, estaba cansado, y la desnudez de los Halloran y el agua oscura de su piscina lo habían deprimido. Aquella travesía era demasiado para sus fuerzas, pero ¿cómo podía haberlo previsto mientras se deslizaba aquella mañana por el pasamanos de la escalera o cuando estaba sentado al sol en casa de los Westerhazy? Los brazos no le respondían. Las piernas parecían de goma y le dolían las articulaciones. Lo peor de todo era el frío en los huesos y la sensación de que nunca volvería a entrar en calor. Caían hojas de los árboles y el viento le traía olor a humo. ¿Quién podía estar quemando hojarasca en aquella época del año?

Necesitaba un trago. El whisky lo calentaría, le levantaría el ánimo, lo sostendría hasta el final de su viaje, renovarían su convicción de que atravesar a nado aquella zona era un proyecto original que exigía valor. Los nadadores que recorren grandes distancias toman coñac. Necesitaba un estimulante. Cruzó la zona de césped delante de la casa de los Halloran, y siguió andando hasta el pabellón que habían construido para Helen, su única hija, y para su marido, Erich Sachs. Ned encontró a los Sachs en su piscina, que era bastante pequeña.

—¡Neddy! —exclamó Helen—. ¿Has almorzado en casa de mi madre?

—No exactamente —dijo Ned—. He entrado un momento a saludar a tus padres. —No parecía que hiciese falta dar más explicaciones—. Siento mucho presentarme así de sorpresa, pero me ha dado un escalofrío de pronto y me preguntaba si podríais ofrecerme una copa.

—Me encantaría hacerlo —dijo Helen—, pero no tenemos nada para beber desde la operación de Eric. Y de eso hace ya tres años.

¿Estaba perdiendo la memoria, o era acaso que su capacidad para ignorar acontecimientos penosos le había permitido olvidarse de la venta de su casa, de las dificultades de sus hijas, y de la enfermedad de su amigo Eric? La mirada de Ned se desplazó del rostro de Eric a su vientre, donde vio tres cicatrices antiguas, más blancas que el resto de la piel, dos de ellas de treinta centímetros de largo por lo menos. El ombligo había desaparecido, y Ned pensó en el desconcierto de una mano inquisitiva que, al buscar en la cama a las tres de la mañana los atributos masculinos, se encontrara con un vientre sin ombligo, sin unión con el pasado, sin continuidad en la sucesión natural de los seres.

—Estoy segura de que encontrarás algo de beber en casa de los Biswanger—dijo Helen—. Dan una fiesta por todo lo alto. Se los oye desde aquí. ¡Escucha!

Helen alzó la cabeza, y desde el otro lado de la carretera, desde el otro lado de los jardines, de los bosques, de los campos, Ned oyó de nuevo el ruido, lleno de resonancias, de las voces cerca del agua.

—Bueno, voy a darme un remojón —dijo, notando que carecía aún de libertad para decidir sobre su manera de viajar. Se tiró de cabeza al agua fría y faltándole el aliento, casi a punto de ahogarse, cruzó la piscina de un extremo a otro—. Lucinda y yo tenemos muchas ganas de veros —dijo vuelto de espaldas, con el cuerpo orientado ya hacia la casa de los Biswanger—. Sentimos mucho que haya pasado tanto tiempo sin vernos, y os llamaremos cualquier día de éstos.

Ned tuvo que cruzar algunos campos hasta la casa de los Biswanger y los sonidos festivos que salían de ella. Sería un honor para los dueños ofrecerle una copa, se sentirían felices de darle de beber. Los Biswanger los invitaban a cenar —a Lucinda y a él— cuatro veces al año con seis semanas de anticipación. Ellos nunca aceptaban, pero los Biswanger continuaban enviando invitaciones como si fueran incapaces de comprender las rígidas y antidemocráticas normas de la sociedad en la que vivían. Pertenecían a ese tipo de personas que hablan de precios durante los cócteles, que se hacen confianzas sobre inversiones bursátiles durante la cena y que después cuentan chistes verdes cuando están presentes las señoras. No pertenecían al grupo de amistades de Neddy; ni siquiera figuraban en la lista de personas a las que Lucinda enviaba felicitaciones de Navidad. Se dirigió hacia la piscina con sentimientos a mitad de camino entre la conciencia de su superioridad y el deseo de mostrarse amable, y también con algún desasosiego porque parecía que estaba oscureciendo y, sin embargo, aquéllos eran los días más largos del año. La fiesta era ruidosa y había mucha gente. Grace Biswanger pertenecía al tipo de anfitriona que invitaba al óptico, al veterinario, al corredor de fincas y al dentista. No había nadie nadando en la piscina, y el crepúsculo, al reflejarse en el agua, despedía un brillo invernal. Ned se dirigió hacia el bar. Cuando Grace Biswanger lo vio, avanzó hacia él, pero no con gesto afectuoso, como él había esperado, sino de la forma más hostil imaginable.

—Vaya, en esta fiesta hay de todo —comentó alzando mucho la voz—, incluso personas que

se cuelan.

Grace no estaba en condiciones de hacerle un feo social, no tenía ni la más remota posibilidad, de manera que Ned no se echó atrás.

—En mi calidad de gorrón —preguntó cortésmente—, ¿tengo derecho a tomar una copa?

—Haga lo que guste —dijo ella—. No parece que las invitaciones signifiquen mucho para usted.

Le dio la espalda y se reunió con otros invitados. Ned se acercó al bar y pidió un whisky. El barman se lo sirvió, pero de forma descortés. El mundo de Ned era un mundo en el que los camareros estaban al tanto de los matices sociales, y verse desairado por un barman a media jornada significaba haber perdido puntos en la escala social. O quizá aquel hombre era novato y le faltaba información. En seguida oyó cómo Grace decía a su espalda:

—Se arruinaron de la noche a la mañana; no les quedó más que su sueldo, y él apareció borracho un domingo y nos pidió que le prestáramos cinco mil dólares...

Siempre hablando de dinero. Aquello era peor que llevarse el cuchillo a la boca. Ned se zambulló en la piscina, hizo un largo y se marchó.

La siguiente piscina de la lista, la antepenúltima, pertenecía a su antigua amante, Shirley Adams. Si había sufrido alguna herida en casa de los Biswanger, aquél era el lugar ideal para curarla. El amor —los violentos juegos sexuales, para ser más exactos— era el supremo elixir, el remedio contra todos los males, la píldora mágica capaz de rejuvenecerlo y de devolverle la alegría de vivir. Habían tenido una aventura la semana pasada, o el mes último, o el año anterior. No se acordaba. Pero había sido él quien había decidido acabar, y eso lo colocaba en una situación privilegiada, de manera que cruzó la puerta de la valla que rodeaba la piscina de Shirley repleto de confianza en sí mismo. En cierta forma, era como si la piscina fuese suya, porque la persona amada, especialmente si se trata de un amor ilícito, goza de la posesión de la amante con una plenitud desconocida en el sagrado vínculo del matrimonio. Shirley estaba allí, con sus cabellos color de bronce, pero su figura, al borde del agua de color azul intenso, iluminada por la luz eléctrica, no despertó en él ninguna emoción profunda. No había sido más que una aventurilla, pensó, aunque Shirley lloraba cuando él decidió romper. Pareció turbada al verlo, y Ned se preguntó si se sentiría aún herida. ¿Acaso iba, Dios no lo quisiera, a echarse a llorar de nuevo?

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—Estoy nadando a través del condado.

—¡Santo cielo! ¿Te comportarás alguna vez como una persona adulta?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Si has venido buscando dinero —dijo ella—, no voy a darte ni un centavo.

—Puedes darme algo de beber.

—Puedo, pero no quiero. No estoy sola.

—Bueno, me marcho en seguida.

Ned se tiró al agua e hizo un largo, pero cuando intentó alzarse hasta el borde para salir de la piscina, descubrió que sus brazos y sus hombros no tenían fuerza; llegó como pudo a la escalerilla y salió del agua. Al mirar por encima del hombro, vio a un hombre joven en los vestuarios iluminados. Al cruzar el césped —ya se había hecho completamente de noche— le llegó un aroma de crisantemos o de caléndulas, decididamente otoñal, y tan intenso como el olor a gasolina. Levantó la vista y comprobó que habían salido las estrellas, pero ¿por qué tenía la impresión de ver Andrómeda, Cefeo y Casiopea? ¿Qué se había hecho de las constelaciones de pleno verano? Ned se echó a llorar.

Era probablemente la primera vez que lloraba en toda su vida de adulto, y desde luego la primera vez en su vida que se sentía tan desdichado, con tanto frío, tan cansado y tan desconcertado. No entendía los malos modos del barman ni el mal humor de una amante que se había acercado a él de rodillas y le había mojado el pantalón con sus lágrimas. Había nadado demasiado, había pasado demasiado tiempo bajo el agua, y tenía irritadas la nariz y la garganta. Necesitaba una copa, necesitaba compañía y ponerse ropa limpia y seca, y aunque podría haberse encaminado directamente hacia su casa por la carretera, se fue a la piscina de los Gilmartin. Allí, por primera vez en su vida, no se tiró, sino que descendió los escalones hasta el agua helada y nadó dando unas renqueantes brazadas de costado que quizá había aprendido en su adolescencia. Camino de casa de los Clyde, se tambaleó a causa del cansancio y, una vez en la piscina, tuvo que detenerse una y otra vez mientras nadaba para sujetarse con la mano en el borde y descansar. Trepó por la escalerilla y se preguntó si le quedaban fuerzas para llegar a casa. Había cumplido su deseo, había nadado a través del condado, pero estaba tan embotado por la fatiga que su triunfo carecía de sentido. Encorvado, agarrándose a los pilares de la entrada en busca de apoyo, Ned torció por el sendero de grava de su propia casa.

Todo estaba a oscuras. ¿Era tan tarde que ya se habían ido a la cama? ¿Se habría quedado su mujer a cenar en casa de los Westerhazy? ¿Habrían ido las chicas a reunirse con ella o se habrían marchado a cualquier otro sitio? ¿No se habían puesto previamente de acuerdo, como solían hacer los domingos, para rechazar las invitaciones y quedarse en casa? Ned intentó abrir las puertas del garaje para ver qué coches había dentro, pero la puerta estaba cerrada con llave y se le mancharon las manos de orín. Al acercarse más a la casa vio que la violencia de la tormenta había separado de la pared una de las tuberías de desagüe para la lluvia. Ahora colgaba por encima de la entrada principal como una varilla de paraguas, pero no costaría arreglarla por la mañana. La puerta de la casa también estaba cerrada con llave, y Ned pensó que habría sido una ocurrencia de la estúpida de la cocinera o de la estúpida de la doncella, pero en seguida recordó que desde hacía ya algún tiempo no habían vuelto a tener ni cocinera ni doncella. Gritó, golpeó la puerta, intentó forzarla golpeándola con el hombro; después, al mirar a través de las ventanas, se dio cuenta de que la casa estaba vacía.

El mundo de las manzanas

Asa Bascomb, el viejo poeta laureado, se paseaba por su estudio o gabinete de trabajo (nunca había sido capaz de dar un nombre al lugar en el que se escribe poesía) aplastando avispones con un ejemplar de *La Stampa* y preguntándose por qué no le habían concedido nunca el Premio Nobel. Había recibido casi todos los demás galardones prestigiosos. En un baúl colocado en un rincón guardaba medallas, menciones, coronas, fajos de papeles, cintas e insignias. El PEN club de Oslo le había regalado la estufa que calentaba su estudio, el escritorio era un obsequio de la Unión de Escritores de Kiev, y el estudio mismo había sido construido por una asociación internacional de admiradores. Los presidentes de Estados Unidos y de Italia le telegrafiaron para felicitarlo el día en que recibió la llave. ¿Por qué no el Premio Nobel? Aplastar, aplastar. El estudio era un edificio similar a un cobertizo, con vigas en el techo y un gran ventanal orientado al norte, con vista a los Abruzzos. Él habría preferido un sitio más reducido, con ventanas más pequeñas y las disciplinas del verso. En aquella época, Bascomb tenía ochenta y dos años y vivía en una casa de campo a los pies de una ciudad asentada sobre una colina: Monte Carbone, al sur de Roma.

Su cabello blanco, fuerte y espeso le caía en un mechón sobre la frente. En la coronilla lucía casi siempre dos o más remolinos alborotados y erectos. Solía aplastárselos con jabón para las recepciones serias, pero nunca aguantaban pegados más de una o dos horas, y siempre estaban erguidos de nuevo para cuando servían el champán. Eran un rasgo importante de la impresión que causaba. Así como se recuerda a una persona por su gran nariz, por una sonrisa, marca de nacimiento o cicatriz, de Bascomb se recordaban sus indomables remolinos. Era vagamente conocido como el Cézanne de los poetas. La precisión lineal de su obra evocaba quizá a aquel pintor, pero carecía de la visión que subyace en las pinturas de Cézanne. La errónea comparación se debía tal vez al hecho de que su obra más conocida se titulaba *El mundo de las manzanas*, y la de aquel libro era una poesía en la que sus admiradores hallaban la acidez, la diversidad, el color y la nostalgia de las manzanas del norte de Nueva Inglaterra, tierra que él no había vuelto a ver desde hacía cuarenta años.

¿Por qué había elegido él, hombre provinciano y famoso por su sencillez, cambiar Vermont por Italia? ¿Había sido idea de su querida Amelia, muerta hacía diez años? Ella había tomado por él muchas de sus decisiones. El, hijo de un granjero, ¿era tan ingenuo que pensó que vivir en el extranjero prestaría algún realce a sus austeros comienzos? ¿O había sido simplemente una cuestión práctica, una huida de la publicidad que habría sido una molestia en su propio país? Sus admiradores lo visitaban en Monte Carbone, llegaban prácticamente a diario, pero en número reducido. Una o dos veces al año le hacían fotografías para el *Match* o el *Época*, casi siempre el día de su cumpleaños, pero en general llevaba una vida más tranquila que la que habría tenido que llevar en Estados Unidos. La última vez que visitó su tierra natal varios desconocidos lo detuvieron cuando bajaba andando por la Quinta Avenida y le pidieron que les firmase autógrafos en pedacitos de papel. En las calles de Roma, nadie sabía quién era ni se ocupaban de él, y eso era lo que deseaba.

Monte Carbone era una ciudad sarracena, construida en la cima de un otero de sombrío granito con forma de barra de pan. En la parte más alta había tres puros y caudalosos manantiales, cuyas aguas caían a través de pozos o conductos por los costados de la montaña. La casa de Bascomb estaba al pie

de la ciudad, y en su jardín había numerosas fuentes alimentadas por los manantiales de la cima. El ruido del agua al caer era estrepitoso y nada musical, un sonido como de aplausos o de platos rotos. Aun en pleno verano, el agua estaba tan fría que hacía daño, y en un estanque de la terraza guardaba el poeta sus botellas de ginebra, vino y vermut. Por las mañanas trabajaba en su estudio, después de comer echaba una siesta, y luego subía la escalera que conducía al pueblo.

La toba, los *pepperoni* y los acres colores del líquen que se aferra a paredes y tejados no forman parte de la conciencia de un norteamericano, aunque llevara años viviendo allí, rodeado de aquella acritud, como era el caso de Bascomb. La escalera lo dejaba sin aliento; se detenía una y otra vez para recobrarlo. Todo el mundo lo saludaba. «¡Salve, maestro, salve!» Cuando divisaba el crucero tapiado con ladrillos de la iglesia del siglo XII siempre murmuraba para sí la fecha, como si estuviera explicando a algún acompañante las bellezas del lugar. Éstas eran diversas y lóbregas. Él siempre sería allí un extranjero, pero su extranjería le parecía una metáfora relacionada con el tiempo, como si al subir los extranjeros peldaños y cruzar las extranjeras murallas, trepase a través de horas, años y décadas. En la plaza tomaba un vaso de vino y recogía el correo. Un día cualquiera recibía más correspondencia que todos los habitantes del pueblo juntos. Eran cartas de admiradores, invitaciones para dar conferencias o lecturas de versos, o simplemente para que se dejara ver, y daba la impresión de que figuraba en la lista de invitados de todas las sociedades honorarias del mundo occidental, excepción hecha, por supuesto, de la que formaban los ganadores del Premio Nobel. Le guardaban el correo en un saco, y si le resultaba demasiado pesado, Antonio, el hijo de la *postina*, lo acompañaba hasta su casa. Despachaba correspondencia hasta las cinco o las seis. Dos o tres veces por semana, algunos peregrinos se llegaban a su casa, y si a él le gustaba su aspecto, les ofrecía una copa mientras firmaba ejemplares de *El mundo de las manzanas*. Casi nunca le llevaban sus otros libros, a pesar de que había publicado una docena. Dos o tres tardes por semana jugaba al backgammon con Carbone, *el padrone* del pueblo. Ambos estaban convencidos de que el otro hacía trampas y ninguno de los dos abandonaba el tablero durante la partida, aunque tuvieran la vejiga a punto de reventar. Dormía profundamente.

De los cuatro poetas con quienes se lo solía emparentar literariamente, uno se había pegado un tiro, otro se había ahogado deliberadamente, el tercero se había ahorcado y el cuarto había muerto de delirium tremens. Bascomb los había conocido a los cuatro, los había querido casi igual a todos, y hasta había asistido a dos de ellos en sus enfermedades; pero se rebelaba vigorosamente contra la difundida teoría de que escribir poesía implicaba optar por la autodestrucción. Conocía la tentación del suicidio del mismo modo que conocía las tentaciones de cualquier otra forma de maldad, y tenía buen cuidado de alejar de su casa toda arma de fuego, cuerdas de longitud considerable, venenos y somníferos. Había observado que en Z (el más íntimo de aquellos cuatro) había existido un inextricable vínculo entre su prodigiosa imaginación y sus enormes dotes para la autodestrucción, pero el temperamento rústico y porfiado de Bascomb decidía romper o ignorar ese vínculo, derribar a Marsias y Orfeo. La poesía era una gloria perdurable, y él estaba dispuesto a demostrar que la escena final de la vida de un poeta no necesariamente tenía que desarrollarse en una sucia habitación con veintitrés botellas de ginebra vacías, como había ocurrido en el caso de Z. Ya que no podía negar la conexión entre genialidad y tragedia, parecía decidido a combatirla.

Bascomb opinaba, como alguna vez dijo Cocteau, que escribir poesía era la explotación de un sustrato de la memoria imperfectamente comprendido. Su obra no parecía ser sino un acto recordativo. Al trabajar no encomendaba a su memoria ninguna función práctica, sino que era claramente aquélla la que entraba en acción: el recuerdo de sensaciones, paisajes, rostros y el rico vocabulario de su propia lengua. Podía tardar un mes o más en escribir un poema brevísimo, pero los términos disciplina y

aplicación no son los más idóneos para describir su trabajo. Se diría que en vez de elegir las palabras las extraía de entre los miles de millones de sonidos que había oído desde que había aprendido a hablar. A veces se preguntaba si no estaría fallándole la memoria, ya que la utilidad de su vida dependía de ella. Cuando hablaba con amigos y admiradores, hacía enormes esfuerzos para no repetirse. Se despertaba a las dos o las tres de la madrugada para escuchar el inarmónico chapoteo de las fuentes e interrogarse sin piedad durante una hora sobre nombres y fechas. ¿Quién fue el adversario de lord Cardigan en Balaklava? El nombre de lord Lucan tardaba un minuto en abrirse paso a través de las tinieblas, pero aparecía por fin. Conjugaba el pasado remoto del verbo *esse*, contaba hasta cincuenta en ruso, recitaba poemas de Donne, Eliot, Thomas y Wordsworth, repasaba las efemérides del *Risorgimento* desde sus inicios con las revueltas de Milán en 1812 hasta la coronación de Víctor Manuel II, enunciaba las edades de la prehistoria, el número de kilómetros y la velocidad de la luz. Su memoria respondía con evidente retardo, pero seguía considerándola aceptable. El único problema consistía en la inquietud. Tantas cosas había destruido el tiempo delante de sus ojos que se preguntaba si sería posible que la memoria de un anciano tuviera más fuerza y longevidad que un roble; sin embargo, el roble que treinta años antes había plantado en la terraza estaba muriéndose, y él podía recordar aún el corte y el color exactos del vestido que llevaba su adorada Amelia el día en que se conocieron. Imponía a su memoria el tributo de hallar de nuevo el camino a través de tantísimas ciudades. Se veía a sí mismo yendo a pie desde la estación de Indianápolis a la fuente conmemorativa, desde el hotel Europe de Leningrado al palacio de Invierno, y desde el Eden-Roma, a través del Trastevere, hasta San Pietro in Montori. Delicado, inseguro de sus facultades, el carácter solitario de su indignación la convertía en una batalla.

Una noche o una mañana, su memoria lo despertó instándolo a recordar el nombre propio de lord Byron. No pudo. Planeó dissociarse por un instante de su memoria y volver a ella por sorpresa para hallarla en posesión del nombre del poeta, pero cuando regresó cautelosamente a su receptáculo, lo encontró vacío. ¿Sydney? ¿Percy? ¿James? Se levantó de la cama —hacía frío—, se puso unos zapatos y un abrigo y subió por la escalera, a través del jardín, hasta su estudio.

Cogió un ejemplar de *Manfred*, pero el autor figuraba sólo como lord Byron. Lo mismo ocurría en *Las peregrinaciones de Childe Harold*. Por fin descubrió en la enciclopedia que el nombre de su señoría era George. Se excusó en parte a sí mismo por este lapsus de memoria y volvió a su cálido lecho. Como la mayoría de los ancianos, había empezado a elaborar un glosario secreto de alimentos que parecían avivarle la pluma: trucha fresca, aceitunas negras, cordero tierno asado con tomillo, champiñones silvestres, carne de oso, venado y conejo. En la otra columna del libro mayor figuraban los productos congelados, legumbres de invernadero, pastas precocidas y sopas enlatadas. En primavera le escribió un admirador escandinavo pidiéndole que le hiciera el honor de acompañarlo a una excursión de un día por los pueblos de las colinas. La idea entusiasmó a Bascomb, que por aquella época no tenía coche propio. El escandinavo era joven y simpático y se pusieron en marcha felizmente hacia Monte Felici. En los siglos XIV y XV, las fuentes que abastecían de agua a la localidad se habían secado, y el pueblo había bajado hasta media montaña. Del otro, del antiguo y abandonado, no quedaban en pie sino dos iglesias o catedrales de insólito esplendor. Bascomb las adoraba. Se alzaban sobre campos de floreciente maleza; las pinturas de las paredes se conservaban brillantes; adornaban las fachadas grifos, cisnes y leones con rostro y miembros de hombres y mujeres, dragones ensartados, serpientes aladas y otras maravillas y metamorfosis. Aquellas vastas y fantasiosas moradas de Dios le recordaron cuán ilimitada es la imaginación humana, y se sintió entusiasmado y alegre. De Monte Felici fueron a San Giorgio, donde había algunas tumbas pintadas y un pequeño teatro romano. Comieron en un bosquecillo al pie del pueblo. Bascomb se internó en el bosque para hacer sus necesidades y tropezó con una pareja que hacía el amor. No se habían tomado la

molestia de desvestirse, y la única carne visible era el velludo trasero del desconocido. «*Tanti scusi*», murmuró Bascomb, y se retiró hacia otra parte del bosque. Cuando se reunió con su acompañante escandinavo, se sentía incómodo. La beligerante pareja parecía haber eclipsado sus recuerdos de las catedrales. Al volver a casa lo estaban esperando unas monjas de un convento de Roma para que les firmase ejemplares de *El mundo de las manzanas*. Lo hizo y le dijo a María, su ama de llaves, que les sirviera algo de vino. Le dedicaron los típicos elogios: él había creado un universo acogedor para el ser humano; había adivinado la voz de la belleza moral en medio del viento que anunciaba lluvia. Pero él no podía dejar de pensar en el trasero del desconocido; por lo visto, aquel trasero poseía más ardor y significación que su propia y celebrada búsqueda de la verdad. Incluso eclipsaba todo lo visto aquel día: castillos, nubes, catedrales, montañas y campos de flores. Una vez que se fueron las monjas, miró hacia las montañas para elevar el ánimo, pero le parecieron pechos de mujer. Su mente se había vuelto sucia. Alejó por un momento su obsesión y observó el rumbo que ésta tomaba. A lo lejos oyó el silbido de un tren; ¿qué le sugeriría a su caprichoso pensamiento? ¿Las emociones del viaje, el menú *prix fixe* en el coche restaurante, la clase de vino que se sirve en los trenes? Todo ello parecía bastante inocente, hasta que sorprendió a su fantasía saliendo furtivamente del vagón restaurante hacia los compartimentos venéreos de los coches cama, y de allí a la zafia obscenidad. Creyó saber lo que necesitaba y habló con María después de cenar. A María le gustaba complacerlo, si bien él siempre insistía en que ella se bañase antes. Aquello, y la tarea de recoger los platos, impusieron cierta tardanza, pero cuando ella lo dejó solo se sintió mucho mejor, aunque no definitivamente curado.

Esa noche tuvo sueños obscenos y se despertó en varias ocasiones para deshacerse de su hartazgo erótico o de su torpor. La luz de la mañana no mejoró las cosas. Al parecer, la obscenidad, la grosera obscenidad, era el único elemento de la vida que poseía colorido y alegría. Después de desayunar subió al estudio y se sentó ante su escritorio. El universo acogedor, el viento de lluvia que sonaba a través del mundo de las manzanas se había desvanecido. La inmundicia era su destino, lo mejor de sí mismo, y comenzó con deleite una larga balada titulada «El pedo que salvó a Atenas». Esa misma mañana terminó el poema y lo quemó en la estufa que le había regalado el PEN de Oslo. Era, o lo había sido hasta que lo quemó, un exhaustivo y nauseabundo ejercicio escatológico, y cuando bajaba la escalera hacia la terraza se sintió sinceramente arrepentido. Pasó la tarde escribiendo una repugnante confesión titulada «La favorita de Tiberio». A las cinco llegaron dos admiradores para elogiarlo; un matrimonio joven. Se habían conocido en un tren, cuando llevaban cada uno de ellos un ejemplar de las *Manzanas*. Se habían enamorado leyendo las líneas de amor puro y ardiente que él describía. Bascomb se acordó de su jornada de trabajo y bajó la cabeza.

Al día siguiente escribió *Las confesiones del director de una escuela pública*. Quemó el manuscrito al mediodía. Cuando bajaba entristecido la escalera de la terraza encontró a catorce estudiantes de la Universidad de Roma que nada más verlo empezaron a entonar «Los huertos celestiales», el primer soneto de *El mundo de las manzanas*. Se estremeció. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pidió a María que les sirviera vino mientras él firmaba ejemplares. Más tarde se pusieron en fila para estrechar su mano impura y volvieron al autobús que los había traído desde Roma y que esperaba en el campo. Bascomb miró a unas montañas incapaces de transmitirle alegría; alzó la vista hacia un cielo azul desprovisto de sentido. ¿Dónde estaba la fuerza de la decencia? ¿Tenía acaso alguna realidad? ¿Era una verdad auténtica la bestialidad que lo obsesionaba? El aspecto más horrible de la obscenidad era su grosería, como descubriría antes de que terminase la semana. Si bien emprendía con ardor sus indecentes proyectos, los terminaba aburrido y avergonzado. La trayectoria del pornógrafo parece inflexible, y Bascomb se vio repitiendo ese tipo de obra que suelen poner en circulación los inmaduros y los obsesos. Escribió *Las confesiones de la doncella de una dama*, *La luna de miel del jugador de béisbol* y *Una noche en el parque*. Al cabo de diez días había descendido al

punto más bajo de la pornografía; escribía sucias quintillas humorísticas. Compuso sesenta y las quemó. A la mañana siguiente cogió el autobús a Roma.

Se alojó en el Minerva, como de costumbre, y telefoneó a una larga lista de amigos, pero sabía que llegar a una gran ciudad sin anunciarse equivalía a no encontrar a nadie: ninguno de ellos estaba en casa.

Deambuló por las calles y, al entrar en unos urinarios públicos, topó con un marica que exhibía sus atributos. Lo miró fijamente, con la inocencia o la lentitud de las personas muy ancianas. El hombre tenía cara de idiota —drogado y feo— y, sin embargo, mientras declamaba su infame plegaria, Bascomb lo encontró angelical, armado con una llameante espada capaz de vencer la banalidad y de hacer añicos el cristal de la costumbre. Se alejó corriendo de allí. Anocheceía, y aquella endiablada explosión de ruidos de coches que rodea al crepúsculo las murallas de Roma iba alcanzando su punto máximo. Recorrió una galería de arte de la vía Sistina cuyo pintor o fotógrafo —era ambas cosas— por lo visto padecía la misma afección que él, pero en grado más agudo. De nuevo en la calle se preguntó si el venéreo crepúsculo que se había apoderado de su espíritu sería universal. El mundo, al igual que él, ¿había perdido también el rumbo? Pasó por delante de una sala de conciertos que anunciaba en la puerta su programa, y pensando que la música podría purificar sus pensamientos íntimos, decidió entrar. Había muy poca gente. Cuando apareció el pianista, sólo estaba ocupada una tercera parte de las butacas. A continuación salió a escena la soprano, una espléndida rubia ceniza que lucía un vestido carmesí, y mientras cantaba *Die Liebhaber der Brücke*, el viejo Bascomb se entregó al repugnante y funesto vicio de desnudarla en su imaginación. ¿Corchetes? —se preguntó—. ¿Cremallera? Mientras ella cantaba *Die Feldspar* y *Le temps des lilas et le temps des roses ne reviendra plus*, se decidió por la cremallera, e imaginó que le desabrochaba el vestido por detrás y le descubría delicadamente los hombros. Cuando ella estaba interpretando *L'amore nascondere*, la despojó del vestido quitándoselo por la cabeza, y mientras cantaba *Les rêves de Pierrot*, le soltó los corchetes del sujetador. La soprano se retiró a los bastidores para hacer gárgaras y Bascomb interrumpió su ensueño, pero en cuanto ella volvió junto al piano, empezó a trabajar en el ligero y en todo lo que contenía. Cuando la artista hizo una reverencia antes del descanso, él aplaudió clamorosamente, aunque no por sus conocimientos de música o por las cualidades de su voz. Luego pareció abrumarlo la vergüenza, transparente y despiadada como toda pasión, y salió de la sala de conciertos en dirección al Minerva; pero el arrebato no había terminado. Sentado ante el escritorio del hotel, escribió un soneto a la legendaria papisa Juana. Técnicamente era mejor que las quintillas de unos días antes, pero moralmente no se apreciaba mejoría alguna. Por la mañana cogió el autobús de vuelta a Monte Carbone y recibió en la terraza a algunos agradecidos admiradores. Al día siguiente subió a su estudio, escribió unas cuantas quintillas y luego cogió de las estanterías algunas obras de Petronio y Juvenal para ver qué se había hecho anteriormente en aquel dominio.

Encontró francos e inocentes relatos de regocijo sexual. No poseían aquella sensación de maldad que él experimentaba todas las tardes al quemar sus obras en la estufa. ¿Se trataba sencillamente de que su mundo era mucho más viejo, sus responsabilidades sociales mucho más penosas y aquella impudicia la única respuesta a un aumento de la ansiedad? ¿Qué era lo que había perdido? Aparentemente, un cierto sentido del orgullo, cierta aureola de luminosidad y valor, una especie de corona. Hizo como que levantaba la corona para examinarla, ¿y qué encontró? ¿Se trataría nada más que de algún antiguo temor a la correa que Papá usaba para asentar la navaja y al ceño de Mamá, de alguna infantil subordinación al mundo intimidante? Sabía bien que sus instintos eran desordenados, abundantes e indiscretos, y ¿no habría él quizá permitido al mundo y a todos sus idiomas imponerle una estructura de valores transparentes en interés de una economía conservadora,

de una iglesia establecida y de una armada y un ejército belicosos? Le pareció que sostenía la corona, que la acercaba a la luz; se diría que estaba hecha de luz y que encarnaba el sabor genuino y reconfortante de la exaltación y el dolor. Las quintillas que acababa de terminar eran inocentes, alegres, y estaban basadas en hechos reales. También eran obscenas, pero ¿desde cuándo eran obscenos los hechos de la vida, y cuáles eran las realidades de esa virtud de la que tan dolorosamente se desprendía todas las mañanas? Al parecer, eran las realidades de la inquietud y el amor: Amelia de pie bajo un oblicuo rayo de luz; la noche de tormenta en que nació su hijo; el día de la boda de su hija. Quizá deja uno de lado todo esto por demasiado familiar, pero todo esto era, según su experiencia, lo mejor de la vida, inquietud y amor, a años luz de la quintilla que descansaba sobre su escritorio y empezaba así: «Un joven cónsul llamado César / tenía una enorme grieta.» La arrojó a la estufa y bajó la escalera.

El día siguiente fue el peor. Únicamente escribió J---r una y otra vez hasta llenar seis o siete hojas. Al mediodía las tiró a la estufa. A la hora de comer, María se quemó un dedo, blasfemó largamente y luego dijo:

—Tendré que hacer una visita al ángel santo de Monte Giordano.

—¿Qué es eso del ángel santo? —le preguntó Bascomb.

—Un ángel que limpia los pensamientos íntimos de una persona —explicó ella—. Está en la vieja iglesia de Monte Giordano. Fue tallado en madera del Monte de los Olivos y lo esculpió uno de los santos. Si se va en peregrinación a visitarlo, purifica los pensamientos.

Lo único que Bascomb sabía sobre peregrinaciones era que había que ir andando y, por algún motivo, llevar una concha. Cuando María subió a echar la siesta, él rebuscó entre las reliquias de Amelia y encontró una concha. Imaginó que el ángel esperaba un donativo y, registrando en la maleta que tenía en su estudio, eligió la medalla de oro que le había entregado el gobierno soviético en el cincuenta aniversario de Lermontov. No despertó a María ni le dejó ninguna nota. Parecía una notable muestra de senilidad. Hasta ahora nunca había sido maliciosamente esquivo, aunque los viejos suelen serlo, y debería haberle dicho a María adonde iba, pero no lo hizo. Descendió entre los viñedos hacia la carretera principal, en el fondo del valle.

Cuando se acercaba al río, un pequeño Fiat salió de la carretera y se detuvo entre unos árboles. Bajaron del coche un hombre, su mujer y tres niñas vestidas con pulcritud. Bascomb se paró a observarlos y vio que el hombre llevaba una escopeta. ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a cometer un asesinato? ¿Un suicidio? ¿Estaba a punto de ser testigo de un sacrificio humano? Se sentó, oculto por la hierba alta, y miró. La madre y las tres niñas estaban muy excitadas. El padre parecía gozar de una total autoridad. Hablaban en dialecto, y Bascomb no entendía casi nada. El hombre sacó la escopeta de su funda e introdujo un solo cartucho en la recámara. Luego puso en fila a su mujer y a sus tres hijas y les hizo taparse los oídos con las manos. Gritaban. Cuando todo estuvo listo, se puso de espaldas a ellas, apuntó el arma hacia el cielo y disparó. Las tres niñas aplaudieron y lanzaron exclamaciones sobre lo fuerte que había sido el ruido y el valor de su querido papá. El padre guardó la escopeta en su funda, volvieron todos al Fiat y siguieron camino (supuso Bascomb) hacia su apartamento de Roma.

Se tendió en la hierba y se durmió. Soñó que estaba de nuevo en su patria. Vio un viejo camión Ford con los cuatro neumáticos desinflados en medio de un campo de ranúnculos. Un niño vestido con una corona de papel y una toalla de baño a manera de manto doblaba apresuradamente la

esquina de una casa blanca. Un anciano sacaba un hueso de una bolsa de papel y se lo daba a un perro vagabundo. Hojas otoñales ardían lentamente en una bañera con patas de león. Lo despertaron unos truenos distantes; su fantasía los imaginó como calabazas. Bajó hasta la carretera principal y allí se le acercó un perro. El animal temblaba, y Bascomb se preguntó si estaría enfermo, tendría la rabia o sería peligroso, y entonces comprendió que al perro le asustaba la tormenta. Cada trueno le provocaba un acceso de temblor, y Bascomb le acarició la cabeza. Nunca había visto a un animal temeroso de la naturaleza. El viento agitó las ramas de los árboles y Bascomb levantó su vieja nariz para olfatear la lluvia, minutos antes de que ésta empezara a caer. El olor era igual que el de las húmedas iglesias de campo, las habitaciones para huéspedes de las casas viejas, los armarios de obra, los trajes de baño puestos a secar; un olor de gozo tan penetrante que Bascomb olfateó con fruición, ruidosamente. A pesar del arrebato, no perdió de vista la necesidad de buscar cobijo. Junto a la carretera había un chamizo para los viajeros del autobús, y allí se refugiaron él y el perro. Las paredes estaban cubiertas de aquellas indecencias que Bascomb tenía la esperanza de rehuir, y salió del chamizo a escape. Carretera arriba había una granja, una de esas improvisaciones esquizofrénicas que se ven a menudo en Italia. Se diría que la habían bombardeado, arrasado por completo y vuelto a construir, no al azar, sino como un deliberado ataque a la lógica. A uno de los lados había un cobertizo en el que estaba sentado un anciano. Bascomb le pidió que tuviera la amabilidad de dejarlo entrar en su refugio, y el hombre lo invitó a hacerlo.

Parecía tener aproximadamente la misma edad que Bascomb, pero éste envidió su aspecto apacible, su sonrisa benévola y su rostro limpio. Obviamente nunca se había sentido acosado por el deseo de escribir quintillas obscenas; nunca se vería obligado a emprender una peregrinación con una concha en el bolsillo. Tenía un libro en el regazo —un álbum de sellos—, y el cobertizo estaba repleto de tastos con plantas. No exigía a su alma que aplaudiese y cantase, y, sin embargo, parecía haber alcanzado la orgánica paz de espíritu que Bascomb codiciaba. ¿Debería haber coleccionado sellos y plantas? En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Empezó a llover, los truenos estremecieron la tierra, el perro gañía y temblaba y Bascomb lo acarició. La tormenta duró sólo unos minutos y, tras dar las gracias a su anfitrión, volvió a la carretera.

Tenía un paso largo para su edad, y caminaba, como todo el mundo, con el recuerdo de alguna proeza: amor o rugby, Amelia o una buena patada al balón, pero al cabo de dos o tres kilómetros cayó en la cuenta de que no llegaría a Monte Giordano hasta mucho después del atardecer, y cuando un coche se detuvo y le ofrecieron acercarlo al pueblo, aceptó con la esperanza de que eso no interfiriese en su curación. Aún era de día cuando llegó a Monte Giordano. De tamaño, el pueblo era más o menos como el suyo, con los mismos muros de toba e implacable líquen. La vieja iglesia se alzaba en el centro de la plaza, pero la puerta estaba cerrada con llave. Preguntó por el cura y lo encontró en un viñedo quemando ramas. Le explicó que quería hacer una ofrenda al santo ángel y le enseñó la medalla de oro. El cura quiso saber si era oro auténtico, y Bascomb se arrepintió de haber elegido aquella pieza. ¿Por qué no había cogido la medalla de Oxford o la que le había dado el gobierno francés? Los rusos no habían estampado el contraste en el oro, y no había modo de demostrar su autenticidad. Entonces el sacerdote reparó en que la dedicatoria estaba escrita en ruso. No sólo era falso; era oro comunista, un don inadecuado para el santo ángel. En ese momento se abrieron las nubes, un único rayo de luz llegó al viñedo e iluminó la medalla. Era una señal. El cura trazó una cruz en el aire y echaron a andar hacia la iglesia.

Era una iglesia provinciana, pequeña, pobre y vieja. El ángel estaba en una capilla de la izquierda; el sacerdote lo iluminó. Semienterrada en joyas, la estatua se erguía en una jaula de hierro cerrada con candado. El cura la abrió y Bascomb depositó la medalla de Lérmontov a los pies del

ángel. A continuación se arrodilló y dijo en voz alta:

—Dios bendiga a Walt Whitman .Dios bendiga a Hart Crane .Dios bendiga a Dylan Thomas. Dios bendiga a William Faulkner, a Scott Fitzgerald y especialmente a Ernest Hemingway.

El cura cerró la sagrada reliquia y salieron juntos de la iglesia. Bascomb cenó y pagó una cama en el café que había en la plaza. La cama era un extraño artefacto con cuatro ángeles de latón en las esquinas, pero daba la impresión de poseer una bendición metálica, pues su sueño fue apacible, y al despertarse en mitad de la noche sintió dentro de sí aquel resplandor que había conocido en su juventud. Algo parecía brillar en su mente, en sus miembros, en su inteligencia y en sus entrañas. Volvió a cerrar los ojos y durmió hasta la mañana.

Al día siguiente, cuando descendía de Monte Giordano hacia la carretera principal, oyó el estruendo de una cascada. Se adentró en los bosques para verla. Era un salto de agua natural, una repisa rocosa y una cortina de agua verde, y le recordó la cascada que había en el lindero de la granja de Vermont donde se había criado. Había ido allí un domingo por la tarde, cuando aún era un niño, y se había sentado en una colina sobre el remanso. Desde allí había visto acercarse a un hombre viejo, con el cabello blanco y espeso como el suyo ahora. Había visto que el hombre se desataba los zapatos y se desvestía con la precipitación de un amante. Primero se había mojado las manos, los brazos y los hombros, y luego se había introducido en el torrente, gritando de alegría. Después se había secado con los calzoncillos, se había vestido y había vuelto al bosque, y hasta que no desapareció, Bascomb no se dio cuenta de que el hombre era su padre. Entonces hizo lo que antaño había hecho aquél: se desató los zapatos y desabrochó los botones de la camisa y, consciente de que una piedra cubierta de musgo o la fuerza del agua podrían ser su fin, se metió desnudo en la corriente, gritando como su padre. Sólo aguantó el frío un minuto, pero al salir del agua le pareció que por fin volvía a ser él mismo. Siguió bajando hacia la carretera principal y allí lo recogió un motorista de la policía, ya que María había dado la voz de alarma y toda la provincia estaba buscando al maestro. Su retorno a Monte Carbone fue triunfal, y por la mañana empezó un largo poema sobre la inalienable dignidad de la luz y el aire que, si bien no le haría conquistar el Premio Nobel, embellecería los últimos meses de su vida.

Otra historia

Píntenme una pared en Verona y luego un fresco encima de la puerta. En primer plano, un campo florido, algunas casas o palacios amarillos, y a lo lejos las torres de la ciudad. A la derecha, un mensajero con un manto carmesí baja corriendo una escalera. A través de una puerta abierta se ve a una anciana acostada. Sirvientes de la corte rodean el lecho. En un tramo más alto de la escalera dos hombres se baten en duelo. En medio del campo, una princesa corona de flores a un santo o a un héroe. Un corro de perros de caza y otros animales, un león entre ellos, observan con respeto la ceremonia. Al fondo, a la izquierda, hay una extensión de agua verdosa que surca una flota de cinco veleros rumbo al puerto. En lo alto, recortados contra el cielo, dos hombres con ropajes cortesanos cuelgan de una horca. Mi amigo era príncipe y Verona su patria, pero su paisaje vital eran el tren cotidiano, las casas blancas con tejos en los jardines y las calles y las oficinas de Nueva York, y vestía un sombrero verde afelpado y una gabardina raída, con el cinturón bien ajustado y una quemadura de cigarrillo en la manga.

Marcantonio Parlapiano —o Bubi, como lo llamaban— era un príncipe pobre. Vendía máquinas de coser para una empresa de Milán. Su padre había perdido lo que quedaba de su patrimonio en el casino de Venecia, y no habían sido cuatro cuartos. Quedaba el castillo Parlapiano, a las afueras de Verona, pero el único privilegio que conservaba la familia era el de ser enterrado en la cripta. Bubi quería a su padre aunque aquél hubiera perdido una fortuna de una manera tan estúpida. En una ocasión me llevó a Verona a tomar el té con el anciano, y su comportamiento con el viejo jugador fue reverente y sereno. Una de las abuelas de Bubi había sido inglesa, y él tenía el pelo rubio y los ojos azules. Era un hombre alto, esbelto, con una nariz inmensa, y se movía como si vistiera galas renacentistas. Se quitaba los guantes dedo a dedo, se ceñía el cinturón de la gabardina cómo si de él pendiera una espada, y ladeaba su sombrero afelpado como si estuviera cubierto de plumas. Cuando lo conocí tenía una querida, una francesa maravillosa e inteligente. Bubi viajaba por cuenta de su empresa, y en una de sus estancias en Roma conoció a Grace Osborn, que trabajaba en el consulado norteamericano, y se enamoró de ella. Era una mujer hermosa. En su carácter había cierta intransigencia que alguien más astuto hubiera disimulado. Era reaccionaria en política y maniáticamente pulcra. En una ocasión, un enemigo suyo, borracho, dijo que Grace era una mujer de aquellas para quienes se sellan los vasos de agua y las tazas de los retretes en hoteles y moteles. Bubi la amaba por muchos motivos, pero le gustaba especialmente el hecho de que fuera norteamericana. Adoraba Estados Unidos, y era el único italiano que he conocido cuyo restaurante preferido en Roma fuese el Hilton. Se casaron en Campidoglio y pasaron la luna de miel en el Hilton. Algún tiempo después trasladaron a Bubi a Estados Unidos, y me escribió preguntándome si podía ayudarlos a encontrar casa. En nuestro vecindario se alquilaba una, y los Parlapiano se la quedaron.

Cuando Bubi y Grace llegaron de Italia yo estaba fuera. El escenario de nuestro encuentro fue el andén de la estación de Bullet Park, a las siete cuarenta de la mañana de un martes. Y, en efecto, era todo un escenario. Un centenar de viajeros habituales, en su mayoría hombres, integraban el reparto. Había vías, traviesas y ruido de motores, pero daba mucho más la impresión de tratarse de una

ceremonia que de viajes y separaciones. Nuestros papeles parecían fijados por la luz de la mañana, y puesto que todos volveríamos antes del anochecer, no se tenía la sensación de viaje. La inmovilidad y la rigidez de la escena fueron la causa de que la aparición de Bubi, con su sombrero de felpa verde y su ajustada gabardina, resultara tan extraña. Gritó mi nombre, se inclinó, me dio un abrazo que casi me rompe los huesos y me besó sonoramente en ambas mejillas. Nunca hubiera imaginado cuán raro, salvaje e indecente podía resultar ese saludo en un andén de estación, en el estado de Nueva York, a las siete cuarenta de la mañana. Fue algo increíble. Creo que nadie se rió. Varias personas miraron hacia otro lado. Un amigo se puso pálido. Nuestra conversación en voz alta y en un idioma distinto del inglés causó también sensación. Supongo que lo consideraron afectado, descortés y poco patriótico, pero no podía decirle a Bubi que se callase ni explicarle que en Norteamérica procuramos que las conversaciones matutinas versen sobre banalidades meramente rituales. Mientras mis amigos y vecinos hablaban sobre cortadoras de césped y fertilizantes químicos, Bubi elogiaba la belleza del paisaje, la inmaculada limpieza de las mujeres norteamericanas y el pragmatismo de nuestra política, y comentaba los horrores de una guerra con China. En Madison Avenue me dio un beso de despedida. Creo que ningún conocido miraba en ese momento.

Poco tiempo después invitamos a cenar a los Parlapiano para presentarles a nuestros amigos. El inglés de Bubi era espantoso: «¿Puedo echarme encima de usted y estarnos un tiempo juntos?», le preguntaba a una mujer, sin otra intención que la de sentarse a su lado. Era encantador, sin embargo, y su espontaneidad y buena planta lo llevaron lejos. No pudimos presentarle a italianos porque no conocíamos a ninguno. La mayor parte de la pequeña colonia italiana existente en Bullet Park se componía de peones y empleados domésticos. El más alto pináculo social lo ocupaba la familia De Cario, afortunados y prósperos contratistas, que parecían no haber salido nunca, ni por fuerza ni por casualidad, de los límites de la colonia italiana. La posición de Bubi era, por tanto, ambigua.

Un sábado por la mañana me llamó para preguntarme si podía acompañarlo a hacer unas compras. Quería comprarse unos pantalones vaqueros. Pronunciaba «vagueros», y tardé un rato en entender a qué se refería. Unos minutos más tarde se presentó en mi casa y me llevó al almacén local del ejército y la marina. Tenía un gran coche cromado, provisto de aire acondicionado, y conducía como un romano. Hablábamos en italiano cuando entramos en el almacén. Al oír este idioma, el empleado torció el gesto como si hubiera olfateado rateros o a un equipo de inspección.

—Queremos unos pantalones vaqueros —dijo.

—Unos vagueros —dijo Bubi.

—¿De qué talla?

Bubi y yo comentamos que no conocíamos sus medidas en pulgadas. El empleado cogió una cinta métrica de un cajón y me la tendió.

—Mídalo usted mismo —me dijo.

Tomé las medidas a Bubi y se las comuniqué al empleado. Éste arrojó un par de pantalones sobre el mostrador, pero no eran los que Bubi deseaba. Explicó extensamente y por medio de gestos que quería algo más fino y no tan oscuro. Desde el fondo del establecimiento, a través del desfiladero formado por cajas de botas de trabajo y camisas vaqueras, el dueño gritó a su empleado:

—Diles que no tenemos otra cosa. En su país se visten con pieles de cabra.

Bubi lo entendió. Dio la impresión de que se le alargaba la nariz, como ocurría en todas sus crisis emocionales. Suspiró. Nunca se me había ocurrido pensar que en Norteamérica castigarán a un príncipe soberano por el hecho de ser extranjero. Había notado algún sentimiento antiamericano en Italia, pero no tan brutal como a la inversa, y además yo no era príncipe. En Estados Unidos, el príncipe Parlapiano era sólo un espagueti.

—Muchas gracias —dije, y me encaminé hacia la puerta.

—¿De dónde es usted, señor? —me preguntó el empleado.

—Vivo en Chilmark Lane —contesté.

—No me refiero a eso —dijo—. ¿De qué parte de Italia?

Salimos de la tienda y encontramos en otro sitio lo que Bubi buscaba, pero comprendí que su vida como extranjero estaba llena de azares. Podía ser el príncipe Parlapiano en sitios como el hotel Plaza, pero luchando por descifrar el menú del Chock Full O'Nuts era un intocable.

Durante aproximadamente un mes no volví a ver a los Parlapiano, y cuando en el andén de la estación encontré de nuevo a Bubi, parecía haber hecho muchos amigos, aunque su inglés no había mejorado gran cosa. Más tarde, Grace llamó un día diciendo que sus padres habían ido a visitarlos y que fuéramos a tomar una copa. Era un sábado por la tarde, y al llegar nos topamos con unos doce vecinos incómodamente sentados. Bubi no había captado el sentido de la hora norteamericana del cóctel. Estaba sirviendo campari natural y gominolas. Cuando le pregunté, en inglés, si podía tomar un whisky escocés, me preguntó a su vez que de qué clase lo quería. Respondí que cualquiera iría bien.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Entonces voy a darte whisky de centeno. Es el mejor whisky, ¿no?

Menciono esto únicamente para mostrar que su comprensión de nuestra lengua y de nuestras costumbres tenía muchas lagunas.

Los padres de Grace, oriundos de Indiana, formaban un matrimonio insulso de mediana edad.

—Somos de Indiana —dijo la señora Osborn—, pero descendemos directamente de los Osborn que se afincaron en Williamsburg, Virginia, en el siglo diecisiete. Mi bisabuelo por parte de madre era oficial del ejército de la Confederación y fue condecorado por el general Lee. Tenemos un club en Florida. Somos todos científicos.

—¿En cabo Kennedy? —pregunté.

—De la Iglesia de Cristo Científico.

Presté atención entonces al señor Osborn, vendedor retirado de coches de segunda mano.

Seguía hablando de su club. Entre sus miembros había numerosos millonarios. Tenía un puerto deportivo, un especialista diplomado en dietética y un severo comité de admisión. Bajó la voz y, tapándose la boca con una mano, dijo:

—Procuramos que no entren judíos ni italianos.

Bubi, de pie junto a mi mujer, le preguntó:

—¿Me echo encima de usted para quedarnos juntos?

Desde el otro extremo de la habitación, su suegra preguntó:

—¿Qué has dicho, Anthony?

Bubi agachó la cabeza. Parecía desvalido.

—Le preguntaba a la señora Duclose si puedo echarme sobre ella —respondió con timidez.

—Si no sabes hablar inglés —repuso la señora Osborn—, es mejor que te calles. Pareces un vendedor ambulante de fruta.

—Lo siento —dijo Bubi.

—Por favor, siéntese —le dijo mi esposa, y él lo hizo, pero su nariz dio la impresión de alargarse enormemente. Le habían ofendido. La desagradable reunión no duró mucho más de una hora.

Una noche de finales de verano, Bubi me telefoneó y me dijo que tenía que verme. Lo invité a casa. Llevaba puestos los guantes y su sombrero verde afelpado. Mi mujer estaba en el piso de arriba, y no la llamé porque sabía que no apreciaba especialmente a Bubi. Preparé unas copas y nos sentamos en el jardín.

—¡Escucha! —me dijo Bubi. Empleó el imperativo *ascolta*—. Escúchame. Grace está loca... Esta noche se retrasó la cena. Yo tenía mucha hambre, y si mi cena no está a la hora en punto, pierdo el apetito. Grace lo sabe bien, pero cuando llego a casa, no hay cena. No hay nada de comer. Ella está en la cocina quemando algo en una sartén. Le explico con amabilidad que tengo que cenar a la hora. ¿Sabes lo que pasa entonces?

Yo lo sabía, pero decirlo me pareció poco delicado. Contesté:

—No.

—No te lo puedes ni imaginar —me dijo. Se llevó una mano al corazón—. Escucha —dijo—. Lloro.

—Las mujeres lloran fácilmente, Bubi —le dije.

—Las europeas, no.

—Pero tú no te has casado con una europea.

—Eso no es todo. La locura viene ahora. Ella llora, y cuando le pregunto por qué, explica que llora porque al convertirse en mi esposa ha sacrificado una gran carrera de soprano en la ópera.

No creo que haya una gran diferencia entre los rumores de una noche de verano, una noche de finales de verano, en mi país y en Italia, y, sin embargo, me pareció que así era. Del aire nocturno había desaparecido toda dulzura —luciérnagas y vientos susurrantes—, y en la hierba circundante los insectos producían un sonido tan violento y predatorio como las afiladas herramientas de un ladrón. La distancia que Bubi había recorrido de Verona a Bullet Park se hacía inmensa.

—¡Ópera! —gritó—. ¡La Scala! No está actuando esta noche en La Scala por mi culpa. Asistía a clases de canto, es cierto, pero nunca la invitaron a actuar. Ahora le ha entrado esa locura.

—Muchas mujeres norteamericanas sienten que al casarse han sacrificado una carrera, Bubi.

—Locura —dijo. No me escuchaba—. Completa locura. Pero ¿qué se puede hacer? ¿Hablarás tú con ella?

—No sé de qué puede servir, Bubi, pero lo haré.

—Mañana. Regresaré tarde. ¿Le hablarás mañana?

—Sí.

Se levantó y se puso los guantes, dedo a dedo. Luego se caló el sombrero de felpa con sus imaginarias plumas y me preguntó:

—¿Cuál es el secreto de mi atractivo, de mi increíble exultancia?

—No lo sé, Bubi —respondí, pero un cálido sentimiento de simpatía hacia Grace invadió mi pecho.

—Se debe a que mi filosofía de la vida supone un control de las consecuencias y las limitaciones. Ella no comparte esta filosofía.

Se metió en su coche y arrancó tan bruscamente que sembró de grava todo el césped.

Apagué las luces del primer piso y subí a nuestro dormitorio; mi mujer estaba allí leyendo.

—Ha venido Bubi —dije—. No te he avisado.

—Lo sé. Os he oído hablar en el jardín —su voz era trémula, y vi lágrimas en sus mejillas.

—¿Qué pasa, cariño?

—Oh, siento que he desperdiciado mi vida —dijo—. Tengo la terrible sensación de haberla desperdiciado. Sé que no es culpa tuya, pero realmente os he dado demasiado de mí misma a ti y a los niños. Quiero volver al teatro.

Debería explicar la carrera teatral de mi esposa. Hace unos años, una compañía de aficionados del barrio representó la obra de Shaw *Santa Juana*. Margaret tenía el papel principal. Yo me encontraba en Cleveland por motivos de trabajo, no por gusto, y no presencié la representación, pero estoy seguro de que fue sobresaliente. Iba a haber dos funciones, y cuando al final de la primera bajaron el telón, el público se puso en pie, aplaudiendo. Me han dicho que la actuación de Margaret fue brillante, radiante, magnética e inolvidable. Produjo tanto entusiasmo que recomendaron a varios directores y escenógrafos de Nueva York que asistieran a la segunda noche. Varios de ellos aceptaron. Ya he dicho que yo no estaba, pero Margaret me contó lo que pasó. Era una mañana fría, de una cegadora claridad. Ella llevó a los niños al colegio, y al volver a casa intentó repasar su papel, pero el teléfono no dejaba de sonar. Todo el mundo pensaba que se había descubierto a una gran actriz. A las diez se encapotó el cielo y empezó a soplar el viento del norte. Comenzó a nevar a eso de las diez y media, y hacia el mediodía la tormenta se había convertido en una ventisca. A la una cerraron los colegios y mandaron a los niños a sus casas. Para las cuatro estaban cerradas la mayoría de las carreteras. Los trenes iban con retraso o no circulaban. Margaret no consiguió sacar el coche del garaje, y recorrió a pie los tres kilómetros que había hasta el teatro. Ninguno de los escenógrafos o directores pudo hacer lo mismo, desde luego, y sólo se presentó la mitad del reparto, así que se suspendió la representación. Proyectaron repetirla más adelante, pero el Delfín tenía que trasladarse a San Francisco, el teatro estaba alquilado para otras cosas, y los escenógrafos y los directores que se habían mostrado dispuestos a venir parecían, al pensarlo más detenidamente, reacios a desplazarse tan lejos. Margaret no volvió a interpretar el papel de Juana. Su pena era totalmente comprensible. Los elogios prodigados resonaron en sus oídos durante meses. Se había incumplido una promesa apasionante, y consideraba que su decepción era legítima y profunda, y todo el mundo, en su lugar, habría sentido lo mismo.

Al día siguiente llamé a Grace Parlapiano, y después del trabajo fui a su casa. Estaba pálida y parecía desgraciada. Le dije que había hablado con Bubi.

—Anthony se ha vuelto insoportable —me dijo ella—, y estoy pensando seriamente en pedir el divorcio, o al menos la separación legal. Yo tenía antes una voz bastante buena, pero él parece creer que se lo digo por despecho y solamente para humillarlo. Sostiene que soy egoísta y avariciosa. Después de todo, ésta es la única casa del vecindario que no tiene moqueta, pero cuando vinieron a entregarme un presupuesto, Anthony se puso hecho una furia. Perdió los estribos por completo. Ya sé que los latinos son exaltados, todo el mundo me lo dijo antes de casarme, pero Bubi da miedo cuando se enfada.

—Bubi te quiere —aseguré.

—Anthony es muy estrecho de miras —repuso ella—. A veces pienso que se ha casado demasiado tarde. Por ejemplo, le sugerí que nos hiciéramos socios del club de golf. Podía aprender a jugar, ya sabes lo importante que es eso en los negocios. Si nos hiciéramos socios, tendría oportunidad de entablar relaciones muy provechosas para su trabajo, pero cree que es capricho mío. No sabe bailar, pero cuando le sugiero que vaya a clases de baile dice que soy poco razonable. No me quejo, de

verdad que no lo hago. Por ejemplo, no tengo abrigo de piel, y nunca le he pedido que me compre uno, y sabes perfectamente que soy la única mujer del barrio que no lo tiene.

Terminé torpemente la entrevista, con esa nota de cinismo espiritual que ponemos en los problemas matrimoniales de nuestros amigos. Mis palabras no sirvieron de nada, por supuesto, y las cosas no mejoraron. Lo sabía porque Bubi me informaba todas las mañanas en el tren. No entendía que los hombres norteamericanos no se quejasen de sus esposas, y eso suponía un grave y penoso malentendido. Una mañana se me acercó en la estación y me dijo:

—Estabas equivocado, muy equivocado. La noche en que te dije que estaba loca, tú me dijiste que no era nada. ¡Escucha esto! Se va a comprar un piano de cola y va a contratar a un profesor de canto. Lo hace por despecho. ¿Crearás ahora que está loca?

—Grace no está loca —repuse—. No hay nada de malo en el hecho de que le guste cantar. Tienes que comprender que su deseo de hacer una carrera no es mero despecho. La mayoría de las mujeres del barrio lo comparten. Margaret ensaya en Nueva York con un profesor de arte dramático tres veces por semana, y yo no la considero rencorosa o loca.

—Los hombres norteamericanos no tienen carácter —replicó él—. Tienen espíritu de viajante y son superficiales.

Le hubiera golpeado, pero él dio media vuelta y se alejó. Evidentemente, aquello era el fin de nuestra amistad, y me sentí muy aliviado, pues sus comentarios sobre la locura de Grace se habían vuelto insoportablemente tediosos, y al parecer no había manera de hacerlo cambiar o matizar su punto de vista. Me dejó tranquilo durante dos semanas o más, y una mañana se me acercó de nuevo. Traía un rostro sombrío, tenía la nariz más larga, y su actitud era claramente hostil. Me habló en inglés.

—Ahora estarás de acuerdo conmigo cuando te cuente lo que está tramando —dijo—. Ahora comprenderás que su rencor no tiene fin. —Suspiró; silbó entre dientes—. ¡Va a dar un concierto! —exclamó, y se fue.

Unos días más tarde recibimos una invitación para oír cantar a Grace en casa de los Aboleen. La señora Aboleen es la musa de nuestra comunidad. Tiene algunos contactos literarios a través de su hermano, el novelista W. H. Towers, y gracias a la liberalidad de su esposo, un prestigioso dentista, posee una gran pinacoteca. En sus paredes se ven las firmas de Dufy, Matisse, Picasso y Braque, pero las ostentan cuadros muy malos, y la señora Aboleen es una musa sorprendentemente celosa. Cualquier mujer del vecindario con inclinaciones similares a las suyas pasa por ser una vulgar usurpadora. Los cuadros, por supuesto, le pertenecen, pero cuando un poeta pasa el fin de semana en casa de los Aboleen se convierte en su poeta. Ella puede exhibirlo, animarlo a actuar y permitir que la gente le estreche la mano, pero si uno se le acerca demasiado o habla con él durante más de un minuto, ella interrumpe la charla con un ávido sentido de la propiedad, con una especie de indignación, como si hubiera sorprendido a alguien metiéndose en los bolsillos la cubertería de plata. Supuse que Grace se había convertido en su princesa. El concierto tuvo lugar un domingo por la tarde, un día precioso, y yo asistí con desgana. Mi estado de ánimo puede haber influido en mi juicio sobre la actuación de Grace, pero todo el mundo dijo que había sido espantosa. Interpretó una docena de canciones, la mayoría en inglés, maliciosas y de tema amoroso. Entre canción y canción, se oían los desolados

suspiros de Bubi, y yo sabía que estaba pensando que la abismal malevolencia de su mujer había inventado toda la escena: las sillas plegables, los jarrones con flores, las doncellas esperando para servir el té. Se comportó con corrección cuando terminó el concierto, pero su nariz parecía enorme.

No volví a verlo durante algún tiempo, y un día leí en el vespertino local que Marcantonio Parlapiano había resultado herido en un accidente en la Nacional 67 y se reponía en el hospital Platner Memorial. Fui allí inmediatamente. Pregunté a la enfermera de su planta dónde podía encontrarlo, y me respondió alegremente:

—Oh, ¿usted quiere ver a Tony? Pobrecillo. Tony no habla an inglés.

Ocupaba una habitación con otros dos pacientes. Se había roto una pierna, tenía un aspecto lamentable y a sus ojos asomaban las lágrimas. Le pregunté cuándo volvería a casa.

—¿Con Grace? —me dijo—. Nunca. No voy a volver nunca. Sus padres están ahora con ella. Están tramitando la separación. Me vuelvo a Verona. Embarco el veintisiete en el *Colombo*. —Sollozó—. ¿Sabes lo que me pide? —dijo.

—No, Bubi. ¿Qué te ha pedido?

—Me pide que me cambie de nombre.

Se echó a llorar.

Lo vi partir en el *Colombo*, más a causa de mi afición a los barcos y a los viajes marítimos que a la hondura de nuestra amistad, y no he vuelto a verlo desde entonces. La última parte de mi historia no tiene más importancia que aquella pared en Verona, pero cuando sucedió me acordé de Bubi y por eso voy a contarla. Ocurrió en una pequeña ciudad llamada Adrianópolis, a unos noventa y cinco kilómetros de Yalta, en la zona árida de los montes de Crimea. Yo había llegado en taxi, procedente de la costa, y estaba esperando el avión para Moscú cuando me encontré con otro norteamericano. Naturalmente, a ambos nos agradó conocer a alguien que hablase inglés; fuimos al comedor y pedimos una botella de vodka. Él trabajaba como ingeniero químico en una fábrica de fertilizantes de la montaña y volvía a Estados Unidos para disfrutar de unas vacaciones de seis semanas. Nos sentamos a una mesa junto a una ventana con vistas al campo de aviación, donde había muy poco movimiento. En nuestro país se hubiera pensado que era uno de esos aeródromos privados que hay a las afueras de las ciudades y que se usan sobre todo para vuelos de alquiler. Había una instalación de altavoces, y una mujer con voz muy pura y musical estaba anunciando algo en ruso. Yo no entendía lo que decía, pero imagino que estaba pidiendo a Igor Vassilyevitch Kryukov que tuviera la amabilidad de presentarse en el mostrador de Aeroflot.

—Me recuerda a mi mujer —dijo mi amigo—. La voz. Ahora estoy divorciado, pero estuve cinco años casado con ella. Era una mujer dotada de todo lo que cabe desear: bonita, erótica, inteligente, cariñosa, gran cocinera... Por tener, hasta tenía algún dinero. Quería ser actriz, pero cuando vio que no era posible, no se amargó ni se llevó una decepción. Comprendió que no estaba a la altura de la competencia y lo dejó, sin más. Quiero decir que no era una de esas mujeres que pretenden haber renunciado a una gran carrera. Teníamos un pequeño apartamento en Bayside, y se buscó un trabajo.

Gracias a su preparación (me refiero a que sabía usar la voz), la contrataron como locutora en el aeropuerto de Newark. Tenía una voz muy bonita, nada afectada, muy tranquila, festiva y musical. Trabajaba en un turno de cuatro horas, diciendo cosas como: «Por favor, los pasajeros del vuelo de la United con destino a Seattle embarquen por la puerta dieciséis. Señor Henry Tavistock, por favor, acuda al mostrador de American Airlines. Señor Henry Tavistock, por favor, acuda al mostrador de American Airlines.» Me imagino que esta chica está diciendo el mismo tipo de cosas. —Señaló con la cabeza el altavoz—. Era un trabajo magnífico; en sólo cuatro horas al día ganaba más que yo y disponía de mucho tiempo para hacer compras, cocinar y ocuparse de las tareas del hogar, cosa que hacía de maravilla. Pues bien, cuando tuvimos ahorrados unos cinco mil dólares, comenzamos a pensar en tener un hijo e irnos a vivir al campo. Llevaba cinco años trabajando en Newark. Una noche, antes de cenar, estaba tomándome un whisky y leyendo el periódico cuando la oí decir desde la cocina:

»—¿Vienes a la mesa? La cena está lista. ¿Vienes a la mesa? La cena está lista.

»Me hablaba con la misma voz musical que empleaba en el aeropuerto y me puse furioso, así que le dije:

»—Cariño, no me hables así; no me hables con ese tono.

«Ella me contestó:

»—¿Vienes a la mesa?

»Era como si dijese «¿Tendría el señor Henry Tavistock la amabilidad de acudir al mostrador de American Airlines?» Entonces le dije:

»—Cariño, me haces sentirme como si estuviera esperando un avión o algo parecido. Quiero decir que tu voz es preciosa, pero que suena muy impersonal.

»Me contestó con su voz bien modulada:

»—Supongo que no puedo evitarlo.

»Y me dedicó una de esas sonrisas dulces y forzadas que prodigan los empleados de las compañías aéreas cuando tu avión lleva cuatro horas de retraso, has perdido el vuelo de enlace y vas a tener que pasar una semana en Copenhague. Nos sentamos a cenar y durante toda la comida me habló con la misma voz uniforme y musical. Era como cenar con un magnetofón. Después vimos un rato la televisión, ella subió a acostarse y me llamó:

»—¿Vienes a la cama, por favor? ¿Vienes a la cama, por favor?

»Era igual que cuando te dicen que los pasajeros con destino a San Francisco están embarcando por la puerta siete. Me acosté pensando que todo iría mejor por la mañana.

»De todas maneras, cuando llegué a casa la noche siguiente, grité: «Hola, cariño», o algo por el estilo, y desde la cocina me llegó aquella voz impersonal que decía: «¿Tendrías la amabilidad de ir a la droguería de la esquina y comprarme un tubo de pasta de dientes? ¿Tendrías la amabilidad de ir a la droguería de la esquina y comprarme un tubo de pasta de dientes?» Entré en la cocina, la levanté en

brazos, le di un beso grande y confuso y le dije: «Ya vale, nena, ya vale.» Se echó a llorar y estimé que era una buena señal, pero continuó llorando y me dijo que yo era insensible y cruel y que imaginaba cosas falsas sobre su voz sólo para organizar broncas. Bueno, seguimos juntos durante seis meses más, pero aquello era el fin. Yo la quería de verdad. Era una chica maravillosa hasta que empezó a producirme aquel sentimiento de ser un estúpido pasajero entre cientos que aguardan en la sala de espera a que los dirijan hacia la puerta y el vuelo correctos. Nos peleábamos continuamente. Al fin me marché y nos separamos de mutuo acuerdo en Reno. Ella sigue trabajando en Newark y yo, naturalmente, prefiero el aeropuerto Kennedy, pero en ocasiones tengo que utilizar el de Newark y la oigo rogar al señor Henry Tavistock que tenga la amabilidad de acudir al mostrador de American Airlines.

»Pero no sólo oigo su voz en Newark; la oigo en todas partes: Orly, Londres, Moscú, Nueva Delhi. Tengo que viajar en avión y en cada aeropuerto del mundo oigo su voz o una voz parecida a la suya pidiendo al señor Henry Tavistock que tenga la amabilidad de acudir al mostrador. En Nairobi, en Leningrado, en Tokio; siempre es lo mismo. Aunque no entienda el idioma, me recuerda lo feliz que fui durante aquellos cinco años, lo maravillosa que era ella, realmente maravillosa, y los misterios que pueden acontecer en el amor. ¿Tomamos otra botella de vodka? Yo invito. Me han dado más rublos de los que puedo gastar en el viaje, y tengo que devolverlos en la frontera.

Percy

Como las tablas para el queso y las feas figuras de cerámica que a veces se regalan a las novias, la reminiscencia parece tener un destino semejante al del mar. Los libros de memorias se escriben en una mesa como ésta, se corrigen, se publican, se leen, e inician su inevitable viaje hacia las estanterías de las casas y chalets que uno alquila durante el verano. En la última vivienda que alquilamos, teníamos junto a la cama las *Memorias de una gran duquesa*, los *Recuerdos de un ballenero yanqui* y un ejemplar de bolsillo de *Adiós a todo eso*, pero es lo mismo en todo el mundo. El único libro que había en mi habitación en un hotel de Taormina era *Ricordi d'un soldato garibaldino*, y en el cuarto que ocupé en Yalta encontré «[Повесть о Жизни». Seguramente, la impopularidad es en parte responsable de ese desplazamiento hacia el agua salada, pero, si el mar es el símbolo más universal del recuerdo, ¿cómo podría no haber una misteriosa afinidad entre las memorias publicadas y el estruendo de las olas? Así pues, redacto lo que sigue con la feliz convicción de que estas páginas se abrirán camino por ocupar alguna repisa con una buena vista sobre una costa bravía. Hasta soy capaz de ver la habitación: veo la alfombra de paja, el cristal de la ventana empañado por el salitre, y siento que la casa se estremece ante el clamor de la mar gruesa.

El tío abuelo Ebenezer fue apedreado en las calles de Newburyport por sus opiniones abolicionistas. Su remilgada esposa, Georgiana (una artista del pianoforte), una o dos veces al mes solía ponerse plumas en el pelo. También solía acucillarse en el suelo, encender una pipa e, investida por mediación de fuerzas psíquicas de la personalidad de una *squaw* india, recibía mensajes de los muertos. Una prima de mi padre, Anna Boynton, que había dado clases de griego en Radcliffe, se dejó morir de inanición cuando la hambruna de Armenia. Ella y su hermana Nanny poseían la piel cobriza, los pómulos altos y el pelo negro de los indios Natiek. A mi padre le complacía rememorar la noche en que se bebió todo el champán que había a bordo del tren de Nueva York a Boston. Empezó bebiendo medias botellas con un amigo antes de la cena, al acabarlas despacharon las de tres cuartos, y a continuación las *magnum*, y estaban tumbando un garrafón cuando el tren llegó a Boston. La consideraba una melopea heroica. Mi tío Hamlet —un viejo desecho de naufragio, con los dientes ennegrecidos, que había destacado en el equipo de béisbol del parque de bomberos voluntarios de Newburyport— me llamó a su lado en su lecho de muerte y gritó: «He vivido los mejores cincuenta años de la historia de este país. Te dejo a ti los restantes.» Como si me los cediera en bandeja: depresiones, sequías, trastornos naturales, peste y guerra. Se equivocaba, por supuesto, pero le agradaba la idea. Todo esto sucedió en la ateniense Boston, pero la familia parecía más próxima a la hipérbole y a la retórica procedentes de Gales o Dublín y más cercana a los diversos principados del alcohol que a los sermones de Phillips Brooks.

Uno de los miembros más pintorescos de la rama materna de la familia era una tía que se llamaba a sí misma Percy y fumaba puros. No había en ella ambigüedad sexual. Era encantadora, rubia e intensamente femenina. Nunca tuvimos una relación muy estrecha con ella. Puede que a mi padre le disgustara, aunque no lo recuerdo. Mis abuelos maternos habían emigrado de Inglaterra con sus seis hijos en la década de 1890. De mi abuelo Holinshed se decía que era forajido: palabra que siempre suscitaba en mí la imagen de un hombre que salta por encima de un seto y escapa por un pelo a una descarga de perdigones. No sé qué fechorías habría cometido en Inglaterra, pero su suegro, sir Percy

Devere, le financió el traslado al Nuevo Mundo, y cada tanto le enviaba una modesta suma con la condición de que no volviera a poner los pies en Gran Bretaña. Aborrecía Estados Unidos, y falleció pocos años después de haber llegado. El día de su entierro, la abuela anunció a sus hijos que esa noche habría cónclave familiar. Debían prepararse para hablar de sus proyectos. Llegada la hora de la reunión, la abuela fue preguntando a sus hijos qué pensaba hacer cada uno en la vida. El tío Tom quería ser soldado. El tío Harry quería ser marino. El tío Bill prefería el comercio. La tía Emily deseaba casarse. Mi madre quería ser enfermera y curar a los enfermos. La tía Florence —que más tarde se rebautizaría a sí misma como Percy— exclamó: «¡Yo quisiera ser una gran pintora, como los maestros del Renacimiento italiano!» La abuela comentó entonces:

—Puesto que al menos uno de vosotros tiene una idea clara de su destino, Florence irá a una escuela de arte y los demás os pondréis a trabajar.

Eso fue lo que hicieron, y que yo sepa ninguno lamentó aquella decisión.

Qué fácil parece todo eso ahora, y qué distinto debió de ser entonces. Aceite de ballena o queroseno debía de alumbrar la mesa en torno a la cual se congregaron. Vivían en una granja de Dorchester. Sin duda cenaban lentejas o gachas o, como mucho, estofado. Eran muy pobres. Si ocurrió en invierno haría sin duda mucho frío, y el viento extinguiría después de la reunión la vela de la abuela, la majestuosa abuela, al bajar ella por el senderillo trasero camino del maloliente retrete. No se bañarían más de una vez por semana, y supongo que lo harían en una tina. Parece como si la concisión de la frase de Percy hubiera eclipsado los problemas de una viuda con seis hijos y sin recursos. Alguien debió de lavar todos aquellos platos con agua grasienta, extraída con bomba y calentada al fuego.

Sobre este tipo de memorias pende el riesgo de caer en la cursilería como otra espada de Damocles, pero hablo de gentes sin pretensiones ni amaneramientos, y cuando la abuela hablaba francés en la cena, cosa que hacía a menudo, únicamente quería que su educación tuviese alguna aplicación práctica. Aquel mundo era más sencillo, desde luego. Por ejemplo, un día después de leer en el periódico que un carnicero borracho, padre de cuatro hijos, había despedazado a su mujer con una cuchilla, la abuela se dirigió sin pérdida de tiempo a Boston, en cabriolé o simón o lo que fuese. Una multitud se arracimaba alrededor de la vivienda donde había tenido lugar el asesinato, y dos policías custodiaban la puerta. La abuela pasó por delante de ellos y encontró aterrados a los cuatro niños en un domicilio ensangrentado. Recogió sus ropas, se llevó a los huérfanos a casa y los albergó durante un mes o más hasta que les buscaron otro lugar. La decisión de la prima Anna de morir de hambre fue tan firme como el anhelo de Percy de convertirse en pintora. Percy pensaba que eso era lo que mejor haría, lo que más sentido podía dar a su vida.

Empezó a llamarse Percy en la escuela de arte, pues advirtió que en el mundo artístico existían ciertos prejuicios contra las mujeres. En su último año de estudios pintó un cuadro de dos por cuatro metros que representaba a Orfeo domando a las fieras. La obra le valió una medalla de oro y un viaje a Europa, donde estudió en Beaux-Arts durante unos meses. Al volver recibió el encargo de hacer tres retratos, pero era demasiado escéptica para que le fuera bien en ese campo. Sus retratos fueron tres acusaciones pictóricas, y los tres fueron rechazados. No era una mujer agresiva, pero sí inmoderada y crítica.

Tras su regreso de Francia conoció a un joven médico llamado Abbott Tracy en no sé qué club náutico de la costa norte. No me refiero al Corinthian Club, sino a un salobre cúmulo de maderas

flotantes ensambladas por marinos de fin de semana. Polillas en el tapete del billar. Muebles rescatados de algún naufragio. Los retretes, dos agujeros cavados en la tierra con los letreros «Señoras» y «Caballeros», y amarras para una docena de esos laúdes panzudos que según mi padre eran tan marineros como los bienes raíces. Percy y Abbott Tracy se conocieron en un lugar así, y ella se enamoró de él. Él ya había comenzado una magnífica y clínica carrera sexual, y no parecía tener familiaridad ninguna con los sentimientos, si bien recuerdo que le gustaba ver a los niños rezando sus oraciones. Percy espiaba sus pasos, languidecía en su ausencia, oía como si fuese música su tos tabáquica, y llenó una cartera con bocetos a lápiz de su cara, sus ojos, sus manos y, después del matrimonio, con todo lo demás.

Compraron una casa vieja en West Roxbury. Los techos eran bajos, las habitaciones oscuras, las ventanas pequeñas, y las chimeneas tiraban mal y lo llenaban todo de humo. A Percy le agradaba esto, pues compartía con su madre un gusto por las ruinas expuestas a las corrientes de aire que parecía raro en mujer de tan nobles sentimientos. Transformó en estudio un dormitorio sobrante y pintó otro vasto lienzo: *Prometeo entregando el fuego al hombre*. Fue expuesto en Boston, pero nadie lo compró. Luego pintó una ninfa y un centauro. La obra estaba guardada en el desván, y el centauro era exactamente igual que el tío Abbott. El ejercicio de la medicina no le resultaba muy lucrativo, por pereza, creo. Recuerdo haberlo visto desayunando en pijama a la una de la tarde. Debían de ser pobres, y supongo que Percy haría la compra y las faenas domésticas, y tendería la ropa fuera. Una noche, tarde, estando ya en la cama, oí gritar a mi padre: «Ya estoy harto de esa hermana tuya que fuma puros.» Percy se dedicó por un tiempo a copiar cuadros en Fenway Court. Con ello ganó algún dinero, pero sin duda no lo suficiente. Una de sus amigas de la escuela le aconsejó que dibujase portadas de revistas. La idea atentaba profundamente contra sus aspiraciones y sus instintos, pero probablemente pensó que no le quedaba otro remedio, y empezó a producir óleos deliberadamente sentimentales para las revistas. En esta actividad llegó a ser bastante famosa.

Nunca fue presuntuosa, pero no pudo olvidar que no había explorado al máximo los dones que quizá poseía, y su entusiasmo por la pintura era auténtico. Cuando pudo contratar a una cocinera, le daba clases de dibujo.

Recuerdo haberla oído decir, hacia el final de su vida: «Antes de morir, tengo que volver al museo de Boston, a ver las acuarelas de Sargent.» Cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años, hice con mi hermano un viaje por Alemania y compré en Munich unas cuantas reproducciones de Van Gogh para Percy. Se emocionó mucho. A su entender, el arte de la pintura tenía cierta vitalidad orgánica; pintar era explorar los territorios de la conciencia, y allí había un nuevo mundo. La deliberada puerilidad de la mayor parte de su obra había perjudicado a su dibujo, y en un momento dado empezó a alquilar una modelo los sábados por la mañana y a pintar del natural. Una vez que entré en su estudio con no sé qué trivial motivo —devolverle un libro o llevarle un recorte de prensa—, encontré sentada en el suelo a una joven desnuda.

—Nellie Casey—dijo Percy—; éste es mi sobrino, Ralph Warren.

Siguió dibujando. La modelo sonrió dulcemente; fue una sonrisa casi mundana, que en parte pareció atenuar su monumental desnudez. Sus pechos eran muy hermosos, y sus pezones, relajados y sin apenas color, eran más grandes que dólares de plata. La atmósfera reinante no era erótica ni lúdica, y en seguida me marché. Soñé durante años con Nellie Casey. Las portadas de Percy le proporcionaron suficiente dinero para comprarse una casa en el cabo y otra en Maine, un gran automóvil y un cuadro de Whistler que solía colgar en el cuarto de estar, junto a una copia suya de la

Europa de Tiziano.

Su primer hijo, Lovell, nació en el tercer año de su matrimonio. Cuando tenía cuatro o cinco años, quedó decidido que era un genio musical, y en verdad poseía una insólita destreza manual. Era buenísimo desenredando hilos de cometa y aparejos de pescar. Lo sacaron de la escuela, le pusieron profesores particulares y pasaba casi todo el día ejercitándose al piano. Yo lo detestaba por una serie de razones: era extremadamente lascivo y se ponía aceite en el pelo. A mi hermano y a mí nos hubiera desconcertado menos que se hubiese coronado de flores. No sólo utilizaba aceite para el pelo, sino que cuando venía a visitarnos se dejaba la botella en nuestro botiquín. Dio su primer recital en el Steinway Hall a los ocho o nueve años, y siempre tocaba una sonata de Beethoven cuando la familia se reunía.

En los primeros años de matrimonio, Percy debió de presentir que la lujuria de su marido era incorregible e incurable, pero estaba resuelta, como cualquier otra amante, a comprobar la veracidad de sus sospechas. ¿Cómo podía serle infiel un hombre al que adoraba? Contrató a un detective que siguió a Abbott hasta un bloque de apartamentos denominado Orfeo, cercano a la estación de tren. Percy se presentó en el lugar y lo encontró en la cama con una telefonista sin trabajo. Estaba fumando un puro y bebiendo whisky.

—Oye, Percy —se supone que dijo él—, ¿cómo se te ha ocurrido hacer esto?

Ella se vino a casa y se quedó con nosotros una semana o algo más. Estaba embarazada, y su hijo Beaufort nació con el cerebro o el sistema nervioso seriamente dañado. Abbott siempre pretendió que el chico era totalmente normal, pero cuando cumplió cinco o seis años lo enviaron a cierta escuela o institución de Connecticut. Solía venir a casa en vacaciones y había aprendido a quedarse quieto en su silla a lo largo de una comida de adultos, pero eso era casi todo lo que sabía hacer. Era un incendiario, y en una ocasión se exhibió en una ventana del piso de arriba mientras Lovell tocaba la *Waldstein*. A pesar de todo ello, Percy nunca cedió a la amargura o a la melancolía, y siguió idolatrando al tío Abbott.

Que yo recuerde, la familia solía reunirse casi todos los domingos. No sé por qué tenían que pasar tanto tiempo en compañía. Tal vez no contaban con muchos amigos, o quizá consideraban que los lazos familiares eran más fuertes que la amistad. Bajo la lluvia, ante la puerta de la vieja casa de Percy, no parecíamos vinculados por la sangre ni el amor, sino por la sensación de que el mundo y sus pompas nos eran hostiles. La vivienda era sombría. Olía a tristeza.

Entre los invitados figuraban con frecuencia la abuela y la anciana Nanny Boynton, cuya hermana se había dejado morir de hambre. Nanny dio clases de música en las escuelas públicas de Boston hasta jubilarse, y después se fue a vivir a una granja de la costa sur. Allí criaba abejas, cultivaba champiñones y leía partituras musicales —Puccini, Debussy, Mozart, Brahms...— que le enviaba por correo una amiga de la biblioteca pública. Conservo de ella un agradable recuerdo. Ya he dicho que parecía una india natick. Tenía la nariz picuda, y cuando iba a las colmenas se tapaba con una estopilla y cantaba *Vissi d'arte*. Una vez oí decir que estaba borracha la mayor parte del tiempo, pero no lo creo. Se quedaba con Percy cuando el clima invernal era malo, y siempre viajaba con una colección de la enciclopedia *Britannica*, que, en el comedor, colocaba detrás de su silla, para dirimir disputas.

Las comidas en casa de Percy eran muy tristes. Cuando soplaba el viento humeaban las chimeneas. Hojas y lluvia caían al otro lado de la ventana. A la hora de retirarnos al lúgubre cuarto de

estar, todos nos sentíamos incómodos. Entonces le pedían a Lovell que tocara. Las primeras notas de la sonata de Beethoven transformaban aquella habitación tenebrosa, cerrada y maloliente en un escenario de extraordinaria belleza. Había una casa de campo en una extensión verde junto a un río. Una mujer de cabellos rubios salía por la puerta y se secaba las manos en un delantal. Llamaba a su amante. Gritaba una y otra vez, pero ocurría algo malo. Se avecinaba una tormenta. El río se desbordaría. El puente sería arrastrado. Los bajos eran imponentes, sombríos, proféticos. ¡Atención, atención! Los accidentes de tráfico superaban todo precedente. Las tempestades azotaban la costa oeste de Florida. Un apagón había paralizado Pittsburgh. El hambre atenazaba a Filadelfia, y no había esperanza para nadie. Entonces, los agudos entonaban una larga canción sobre el amor y la belleza. Nada más terminar entraban otra vez los bajos, fortificados con otra remesa de malas noticias. La tormenta se desplazaba hacia el norte a través de Georgia y Virginia. Aumentaba el número de víctimas en la carretera. Cólera en Nebraska. El Mississippi, desbordado. Un volcán había entrado en erupción en los Apalaches. ¡Ay, ay! Los agudos cantaban su parte del argumento y sus voces eran persuasivas, esperanzadas y más puras que ninguna voz humana que jamás hubiese oído yo. Entonces, las dos voces entraban en contrapunto y seguían de este modo hasta el final.

Una tarde, después de la lluvia, Lovell, el tío Abbott y yo subimos al coche y fuimos a los barrios bajos de Dorchester. Era a principios de invierno y el tiempo era ya oscuro y brumoso, y las lluvias de Boston caían con magna autoridad. Aparcó el coche frente a una vivienda y dijo que iba a ver a un paciente.

—¿Tú crees que va a ver a un paciente? —preguntó Lovell.

—Sí —respondí.

—Va a ver a su amiguita —dijo Lovell, y se echó a llorar.

Lovell no me gustaba. Yo no tenía compasión para ofrecerle. Mi único deseo era tener una parentela más digna. Se secó las lágrimas y nos quedamos sentados sin hablar hasta que volvió el tío Abbott, silbando, satisfecho, y oliendo a perfume. Nos llevó a un *drugstore* y nos compró un helado a cada uno, y luego volvimos. Percy estaba abriendo las ventanas de la sala para que entrara algo de aire. Parecía cansada, pero aún animosa, aunque supongo que ella y todos los que estaban en la habitación sabían lo que Abbott acababa de hacer. Era hora de volver a nuestra casa.

Lovell entró en el conservatorio Eastman a los quince años, y tocó con la orquesta de Boston el concierto en sol mayor de Beethoven el año en que se graduó. Como desde niño me enseñaron a no hablar jamás del dinero, me resultaba extraño recordar los detalles económicos de su debut. Su frac costó cien dólares, su profesor cobró quinientos, y la orquesta le pagó trescientos por dos actuaciones. La familia se hallaba dispersa por toda la sala, así que no pudimos concentrar la emoción, pero todos estábamos enormemente excitados. Después del concierto fuimos al camerino y bebimos champán. Koussevitzky no apareció, pero vino Burgin, el concertino. Las críticas del *Herald* y el *Transcript* fueron totalmente elogiosas, pero ambas señalaban que al estilo de Lovell le faltaba sentimiento. Aquel invierno, Percy y su hijo emprendieron una gira que los llevó al oeste, hasta Chicago, pero algo no marchó bien. Quizá, como viajeros, no eran una buena compañía el uno para el otro; acaso no les prestaron excesiva atención o sólo consiguieron auditorios escasos; aunque nunca se habló de ello, recuerdo que la gira no fue un éxito. Al volver, Percy vendió una parcela contigua a la casa y se

marchó a Europa a pasar el verano. Lovell podría haberse ganado la vida como músico, pero optó por aceptar un trabajo de operador manual en una empresa de instrumentos eléctricos. Vino a vernos antes de que Percy regresara y me contó lo que había sucedido aquel verano.

—Papá no paró mucho tiempo en casa después de la partida de mamá —dijo—, y yo me quedaba solo casi todas las noches. Me preparaba la cena e iba mucho al cine. Traté de ligar con chicas, pero soy flaco y no tengo mucha confianza en mí mismo. Bueno, pues un domingo fui a la playa en el viejo Buick. Papá me lo dejó. Vi a la pareja de gordos con su hija. Parecían solitarios. La señora Hirshman es muy gorda, se maquilla como un payaso y tiene un perrito. Es de ese tipo de gordas que siempre tienen un perrito. Así que les dije que a mí me encantaban los perros, y me dio la impresión de que se alegraban de hablar conmigo, y luego corrí a las olas y exhibí mi estilo; volví y me senté con ellos. Eran alemanes y tenían un acento raro, y creo que su modo de hablar inglés y lo gordos que son los hace sentirse solos. La hija se llamaba Donna-Mae, estaba tapada entera con un albornoz y llevaba un sombrero, y me dijeron que tenía una piel tan blanca que debía tener cuidado con el sol. Me dijeron también que tenía un pelo precioso; ella se quitó el sombrero y se lo vi por primera vez: era hermoso, del color de la miel y muy largo, y tenía una piel nacarada. Era fácil comprender que el sol la quemaría. Nos pusimos a hablar, compré unas salchichas y una tónica y llevé a Donna-Mae de paseo por la playa; estaba muy contento. Después, cuando se hizo tarde, me ofrecí a llevarlos a casa, porque habían ido en autobús, y me contestaron que aceptaban si me quedaba a cenar con ellos. Vivían en una especie de barriada pobre, y el padre era pintor de brocha gorda.

»Su casa estaba detrás de otra. Mientras preparaba la cena, la madre dijo que por qué no bañaba yo a Donna-Mae con la manguera. Lo recuerdo con toda claridad, porque fue entonces cuando me enamoré. Se puso otra vez el traje de baño y yo me puse el mío y la rocié muy suavemente con la manguera. Ella chilló un poco, como es natural, porque el agua estaba fría y era casi de noche, y en la casa de al lado alguien tocaba el concierto en do bemol menor de Chopin, opus 28. El piano estaba desafinado y el pianista no sabía tocar, pero la música, la manguera, la piel nacarada de Donna-Mae, sus cabellos de oro, los olores de la cena en la cocina y el crepúsculo hacían de todo aquello una especie de paraíso. Cené con ellos y me marché a casa, y a la mañana siguiente llevé a Donna-Mae al cine. Volví a cenar con ellos esa noche, y cuando le dije a la señora Hirshman que mi madre estaba en el extranjero y que casi nunca veía a mi padre, me dijo que tenían una habitación de sobra y que por qué no me quedaba a dormir allí. Así que la noche siguiente cogí un poco de ropa y me mudé a la habitación, y desde entonces vivo allí.

Es improbable que Percy le escribiese a mi madre después de su retorno de Europa, y, de haberlo hecho, habrían destruido la carta, pues la familia detestaba los recuerdos con un fervor de cruzados. Cartas, fotografías y diplomas, cualquier cosa que diese fe del pasado iba a parar siempre al fuego. Creo que no se trataba, como ellos pretendían, de una aversión al desorden, sino del miedo a la muerte. Mirar hacia atrás equivalía a morir, y no deseaban dejar ningún rastro. No existió tal carta, pero, de haber existido, enfocada a la luz de lo que me han contado, habría sido una cosa así:

Querida Polly:

Lovell vino a buscarme al barco el jueves. Le compré un autógrafo de Beethoven en Roma, pero antes de tener oportunidad de dárselo, me anunció que se había prometido en matrimonio. No puede permitirse el lujo de casarse, por supuesto, y cuando le pregunté cómo pensaba mantener a una

familia me dijo que trabajaba en una empresa de instrumentos eléctricos. Le pregunté qué pasaría con la música, y me contestó que seguiría tocando por las noches. No quiero dirigir su vida y deseo su felicidad, pero no puedo olvidar la cantidad de dinero que ha costado su educación musical. Estaba deseando volver a casa y me ha disgustado mucho recibir estas noticias nada más desembarcar. Luego me dijo que ya no vive con su padre y conmigo. Vive con sus futuros suegros.

He estado ocupadísima instalándome de nuevo y tuve que ir a Boston varias veces para encontrar trabajo, de modo que no pude recibir a su novia hasta después de una o dos semanas. La invité a tomar el té. Lovell me rogó que no fumase puros y accedí. Comprendí su punto de vista. Le incomoda mucho lo que él llama mi «bohemia», y quise causar una buena impresión. Llegaron a las cuatro. Se llama Donna-Mae Hirshman. Sus padres son inmigrantes alemanes. Ella tiene veintiún años y trabaja de empleada en la oficina de una compañía de seguros. Tiene un tono de voz alto. Se ríe tontamente. La única cosa que puede decirse en su favor es que tiene una impresionante cabellera rubia. Supongo que a Lovell le ha atraído ese color dorado, pero no me parece bastante razón para casarse. Se rió como una boba cuando él nos presentó. Se sentó en el sofá rojo y en cuanto vio la Europa volvió a reír. Lovell no era capaz de apartar los ojos de ella. Le serví el té y le pregunté si lo quería con limón o con leche. Dijo que no lo sabía. Le pregunté cortésmente con qué solía tomar el té, y me contestó que nunca lo había probado. Entonces le pregunté qué bebía normalmente y me dijo que sobre todo tónica y a veces cerveza. Le serví el té con leche y azúcar y traté de encontrar algo de que hablar. Lovell rompió el hielo preguntándome si no me parecía que Donna-Mae tenía un pelo precioso. Dije que era magnífico. «Bueno, da mucho trabajo —dijo ella—. Tengo que lavarlo dos veces a la semana con claras de huevo. Oh, muchísimas veces he tenido ganas de cortármelo. La gente no lo entiende. La gente cree que si Dios la bendice a una con una hermosa cabellera hay que cuidarla como a un tesoro, pero da tanto trabajo como fregar una pila de platos. Hay que lavarla, secarla, peinarla, cepillarla y recogerla de noche. Sé que es difícil de entender, pero juro por Dios que hay días en que simplemente me lo cortaba de un tijeretazo, pero mamá me obligó a prometer sobre la Biblia que no lo haría. Me la soltaré si quiere, para que la vea.»

Te digo la verdad, Polly. No estoy exagerando. Fue hasta el espejo, se quitó del pelo un montón de alfileres y se lo soltó. Tenía una larguísima melena. Supongo que podría sentarse encima de ella, pero no se lo pedí. Dije varias veces que era muy hermosa. Entonces comentó que ya sabía que me iba a gustar, porque Lovell le había dicho que yo era artista y me interesaba por las cosas bellas. Pues bien, exhibió el pelo durante un rato y luego empezó la ardua tarea de recogerlo otra vez. Fue duro, créeme. Empezó a decir que algunos pensaban que su pelo era teñido y eso la enfadaba, pues en su opinión las mujeres que se teñían el pelo eran inmorales. Le pregunté si quería otra taza de té, y dijo que no. Le pregunté si había oído a Lovell tocar el piano y respondió que no, que ellos no tenían piano. Luego miró a Lovell y dijo que era hora de marcharse. Él la llevó en coche a casa y volvió, me figuro, en busca de mi aprobación. Yo, por supuesto, tenía el corazón destrozado. Aquella mata de pelo iba a arruinar una gran carrera musical. Le dije que no quería volver a verla jamás. Me dijo que iba a casarse con ella y le contesté que me tenía sin cuidado.

Lovell se casó con Donna-Mae. El tío Abbott asistió a la boda, pero Percy cumplió su palabra y jamás volvió a ver a su nuera. Lovell se presentaba en casa cuatro veces al año para hacer una visita de cumplido a su madre. No se acercaba al piano. No sólo había abandonado la música, sino que la odiaba. Su tendencia simplona a la obscenidad parecía haberse convertido en una piedad simplona también. Abandonó la iglesia episcopaliana y entró en la congregación luterana de los Hirshman, e iba

a los oficios dos veces los domingos. La última vez que hablé con él estaban recogiendo dinero para construir una nueva iglesia. Me habló íntimamente de la Divinidad.

—Nos ha auxiliado una y otra vez en nuestras batallas. Cuando todo parece perdido, nos ha dado ánimos y fortaleza. Ojalá lograra hacerte entender lo maravilloso que es Él, la bendición que supone amarlo...

Lovell murió antes de cumplir los treinta, y puesto que todo debe de haber sido quemado, no creo que quede el menor vestigio de su carrera musical.

La oscuridad de la vieja casa parecía intensificarse cada vez que íbamos allí. Abbott prosiguió con sus flirteos, y cuando iba a pescar en primavera o a cazar en otoño, Percy se sentía desesperadamente infeliz sin él. Menos de un año después de la muerte de Lovell, Percy contrajo una dolencia cardiovascular. Recuerdo un ataque durante la cena de un domingo. El color se esfumó de su cara y la respiración se le volvió áspera y rápida. Se disculpó y tuvo el elegante detalle de decir que había olvidado algo. Fue a la sala y cerró la puerta, pero oímos su respiración acelerada y sus gemidos de dolor. Regresó a la mesa con manchas rojas en la frente.

—Si no te ve un médico, vas a morir —dijo el tío Abbott.

—Tú eres mi marido y mi médico.

—Te he dicho repetidamente que no te quiero como paciente.

—Tú eres mi médico.

—Si no te avienes a razones, vas a morir.

El tío Abbott tenía razón, por supuesto, y ella no lo ignoraba. Cuando Percy veía caer la nieve y las hojas, cuando se despedía de sus amigos en estaciones de tren y vestíbulos, lo hacía siempre con el presentimiento de que era la última vez. Murió a las tres de la mañana en el comedor, adonde había ido a buscar un vaso de ginebra, y toda la familia se reunió por última vez con ocasión de su entierro.

Hubo un incidente más. Yo iba a coger un avión en el aeropuerto de Logan. Cuando cruzaba la sala de espera, un hombre que barría el suelo me detuvo.

—Te conozco —dijo con voz poco clara—. Sé quién eres.

—No lo recuerdo —repuse.

—Soy el primo Beaufort —dijo—. Tu primo Beaufort.

Cogí mi cartera y saqué un billete de diez dólares.

—No quiero dinero —declaró—. Soy tu primo, tu primo Beaufort. Tengo un empleo. No quiero dinero.

—¿Cómo estás, Beaufort?

—Lovell y Percy han muerto —dijo—. Están los dos bajo tierra.

—Tengo prisa, Beaufort —repliqué—. Voy a perder mi avión. Me alegra verte. Adiós.

Y así despegué hacia el mar.

La cuarta alarma

Estoy sentado al sol bebiendo ginebra. Son las diez de la mañana. Domingo. La señora Uxbridge se ha ido a algún sitio con los niños. La señora Uxbridge es nuestra ama de llaves. Prepara las comidas y se ocupa de Peter y de Louise.

Estamos en otoño. Las hojas han cambiado de color. Es una mañana sin viento, pero las hojas caen de los árboles a centenares. Para poder ver cualquier cosa —una hoja o un tallo de hierba—, uno tiene que conocer, me parece, la vehemencia del amor. La señora Uxbridge tiene sesenta y tres años, mi mujer se ha marchado, y la señora Smithsonian (que vive en el otro extremo del pueblo) no está casi nunca de humor en estos días, de manera que, si no me equivoco, voy a perder parte de la mañana, como si esta hora tuviese un umbral o una serie de umbrales que no soy capaz de cruzar. Hacer pases con un balón de fútbol americano podría ser la solución, pero Peter es demasiado pequeño, y el único de mis vecinos que juega al fútbol va a la iglesia los domingos por la mañana.

Bertha, mi mujer, volverá el lunes. Viene de Nueva York los lunes y se marcha otra vez los martes. Bertha es una mujer joven y bien parecida con una figura espléndida. Creo que tiene los ojos un poco demasiado juntos y a veces se deja dominar por el mal genio. Cuando los chicos eran muy pequeños, Bertha tenía una manera muy malhumorada de castigarlos.

—Si no te comes el desayuno tan rico que mamaíta te ha preparado antes de que cuente tres —decía—, te mandaré a la cama. Uno. Dos. Tres...

A la hora de la cena se lo oía repetir:

—Si no te comes la cena tan rica que mamaíta te ha preparado antes de que cuente tres, te mandaré a la cama con la tripa vacía. Uno. Dos. Tres...

Aún volvía a oírlo de nuevo:

—Si no recoges los juguetes antes de que mamaíta cuente tres, mamaíta te los tirará todos a la basura. Uno. Dos. Tres...

Y así seguía durante el baño, y cuando llegaba el momento de irse a la cama, uno, dos, tres era su nana. A veces se me ocurría que Bertha debía de haber aprendido a contar cuando era muy pequeña y que al llegar su último instante también utilizaría el uno, dos, tres con el ángel de la muerte. Si ustedes me lo permiten, iré a buscarme otra copa de ginebra.

Cuando los niños tuvieron edad suficiente para ir al colegio, Bertha consiguió un empleo de profesora de estudios sociales para alumnos de sexto grado. Eso la hacía sentirse ocupada y feliz, y decía que siempre había querido dedicarse a la enseñanza. Consiguió crearse una reputación de persona muy estricta. Llevaba ropa oscura, se peinaba con mucha sencillez, y exigía contrición y obediencia a sus alumnos. Para dar un poco más de variedad a su vida, se hizo miembro de un grupo

teatral de aficionados. Interpretó la doncella de *Angel Street* y la vieja arpía de *Desmonds Acres*. Sus amistades del teatro eran todas personas muy agradables, y yo disfrutaba acompañándola a sus fiestas. Es importante saber que Bertha no bebe. Acepta un Dubonnet por cortesía, pero no disfruta bebiendo.

Por medio de sus amigos del teatro, se enteró de que se buscaban intérpretes para un espectáculo de desnudo integral llamado *Ozamanides II*. Bertha me contó esto y todo lo que vino después. Su contrato como profesora le daba derecho a diez días de baja por enfermedad, y con el pretexto de estar enferma se fue una mañana a Nueva York. *Ozamanides* estaba probando actores en el despacho de un empresario en el centro de la ciudad, y Bertha se encontró allí con una cola de más de cien hombres y mujeres en espera de ser entrevistados. En seguida sacó una factura sin pagar del bolso y agitándola como si fuera una carta, se saltó la cola, diciendo:

—Perdóneme, haga el favor, perdóneme, tengo una cita...

Nadie protestó, y Bertha se colocó en un momento a la cabeza de la fila, donde una secretaria apuntó su nombre, su número de la Seguridad Social y todo lo demás. Le dijeron que entrase en una cabina y que se desnudara. Después la pasaron a un despacho donde había cuatro hombres. La entrevista, teniendo en cuenta las circunstancias, fue muy prudente. Le explicaron que actuaría desnuda durante todo el espectáculo. Entre sus obligaciones figuraba simular o realizar el coito dos veces durante la representación e intervenir en una experiencia sexual múltiple con participación del público.

Recuerdo la noche en que me contó todo esto. Fue en el cuarto de estar. Los niños ya estaban acostados. Bertha era muy feliz. Sobre eso no había la menor duda.

—Allí me tenías, desnuda —dijo—, pero sin sentirme en absoluto avergonzada. La única cosa que me preocupaba era que se me ensuciaran los pies. Era un sitio de aspecto anticuado, con programas de funciones puestos en marcos colgando de las paredes, y una fotografía muy grande de Ethel Barrymore. Allí estaba yo, desnuda delante de aquellos desconocidos y sintiendo por vez primera en mi vida que me había encontrado a mí misma. Me había encontrado a mí misma en mi desnudez. Me sentía como una mujer nueva, como una mujer mejor. Estar desnuda sin avergonzarme delante de unos desconocidos ha sido una de las experiencias más estimulantes que he tenido nunca...

Yo no supe qué hacer. En esta mañana de domingo sigo sin saber qué es lo que debería haber hecho. Imagino que tendría que haberle pegado. Dije que no podía hacer eso. Ella dijo que no podría impedirselo. Saqué a relucir a los niños y dijo que aquella experiencia haría de ella una madre mejor.

—Cuando me quité la ropa —dijo—, sentí como si me hubiese librado de un montón de pequeñeces y de mezquindades.

Entonces yo dije que no la contratarían debido a la cicatriz de la operación de apendicitis. Pocos minutos después, sonó el teléfono. Era el empresario ofreciéndole un papel.

—¡Qué feliz me siento! —dijo—. Qué maravillosa, espléndida y extraña puede ser la vida cuando una deja de representar los papeles que tus padres y tus amigos han escrito para ti. Me siento como una exploradora.

Lo acertado de lo que hice entonces o, más bien, de lo que dejé sin hacer es un punto que aún

no he resuelto. Bertha renunció a su puesto de profesora, se asoció a Equity, y empezó los ensayos. En cuanto estrenaron *Ozamanides*, contrató a la señora Uxbridge y alquiló un apartamento en un hotel cerca del teatro. Yo le pedí que me concediera el divorcio. Bertha dijo que no veía ninguna razón para divorciarse. El adulterio y la crueldad mental tienen unas vías de acción muy claramente establecidas, pero ¿qué puede hacer un hombre cuando su mujer quiere salir desnuda al escenario? Cuando era más joven, conocí a chicas que trabajaban en espectáculos de variedades con números eróticos, y algunas de ellas estaban casadas y tenían hijos. Sin embargo, ellas sólo hacían los sábados en el espectáculo de las doce de la noche lo que Bertha iba a hacer todos los días, y por lo que recuerdo, sus maridos eran cómicos de tercera clase y sus hijos parecían estar siempre hambrientos.

Al día siguiente más o menos fui a ver a un abogado especialista en divorcios. Dijo que mi única esperanza era el consentimiento mutuo. No existen precedentes de simulación de relaciones carnales en público como motivo de divorcio en el estado de Nueva York, y ningún abogado acepta un caso de divorcio sin un precedente. La mayoría de mis amigos se mostraron muy discretos sobre la nueva vida de Bertha. Imagino que en su mayoría fueron a verla, pero yo tardé por lo menos un mes. Las entradas eran caras y costaba trabajo conseguirlas. Nevaba la noche que fui al teatro o, más bien, a lo que había sido un teatro. El arco del proscenio había sido derruido, el decorado era una colección de neumáticos usados, y la única cosa familiar eran las butacas y los pasillos que había entre ellas. El público de los teatros siempre me desconcierta. Supongo que se debe a que uno encuentra una incomprensible diversidad de tipos reunidos en lo que, esencialmente, es un interior doméstico y exageradamente ornamentado. Había todo tipo de gentes allí aquella noche. Estaban tocando música rock cuando entré. Era el ensordecedor y anticuado tipo de rock que solían tocar en sitios como Arthur. A las ocho y media se apagaron las luces, y los actores —catorce en total— avanzaron por los pasillos hacia el escenario. Como era de esperar, iban todos desnudos con la excepción de Ozamanides, que llevaba una corona.

No soy capaz de describir el espectáculo. Ozamanides tenía dos hijos, y creo que los asesinaba, pero no estoy seguro. Había sexo por todas partes. Hombres y mujeres se abrazaban entre sí y Ozamanides abrazaba a varios hombres. En un momento dado, un extraño que se hallaba sentado a mi derecha me puso una mano en la rodilla. Yo no quería hacerle reproches por una inclinación perfectamente humana, pero tampoco deseaba darle ánimos. Retiré la mano de mi rodilla experimentando una profunda nostalgia por los inocentes cines de mi juventud. En el pueblo donde me crié había uno, el Alhambra. Mi película favorita se llamaba *La cuarta alarma*. La vi por primera vez un martes al salir del colegio, y me quedé a la sesión de la noche. Mis padres se preocuparon al ver que no iba a casa a cenar y me riñeron. El miércoles hice novillos, pude ver el programa dos veces y estar en casa a la hora de la cena. El jueves fui al colegio, pero me metí en el cine nada más terminar las clases y me quedé hasta la mitad de la sesión de la noche. Mis padres debieron de llamar a la policía, porque un agente entró en el cine y me obligó a irme a casa. Se me prohibió ir el viernes, pero me pasé el sábado en el cine, y el domingo cambiaron de película. El filme trataba de la sustitución por automóviles de coches de bomberos tirados por caballos. Intervenían cuatro equipos de bomberos. En tres casos ya se había llevado a cabo la sustitución, y los desgraciados caballos habían sido vendidos a gentes sin escrúpulos. Quedaba aún uno de los equipos, pero sus días estaban contados. La tristeza se había apoderado de los hombres y de los caballos. Luego, de repente, estallaba un gran fuego. Se veía salir a toda velocidad hacia el incendio al primer coche, luego al segundo, y después al tercero. En el cuartel de los bomberos las cosas tenían muy mal aspecto para el equipo que aún conservaba los caballos. Luego sonaba la cuarta alarma —era su señal—, e inmediatamente entraban en acción: enjaezaban a los animales y cruzaban la ciudad al galope. Eran ellos los que apagaban el fuego y salvaban la ciudad, y como premio el alcalde les concedía el indulto. Ahora, en el escenario,

Ozamanides estaba escribiendo una obscenidad en las nalgas de mi mujer.

¿Era posible que la desnudez —su emoción— hubiese aniquilado su sentido de la nostalgia? A pesar de sus ojos demasiado juntos, la nostalgia era uno de los principales encantos de mi mujer. Bertha tenía el don de trasladar aiosamente a otro tiempo verbal el recuerdo de algunas experiencias. ¿Se acordaba quizá, al verse montada en público por un desconocido en cueros, de cualquiera de los sitios donde habíamos hecho el amor, de las casas alquiladas cerca del mar, donde uno oye en el estrépito de un chaparrón de verano las promesas prehistóricas del amor, del humor y de la serenidad? Era agradable volver a casa después de una fiesta mientras caía la nieve, pensé. La nieve se precipitaba contra los faros y creaba la impresión de que íbamos a ciento cincuenta kilómetros por hora. Era muy agradable volver a casa después de una fiesta con la nieve cayendo. Luego los intérpretes se colocaron en fila y nos pidieron —nos ordenaron, de hecho— que nos desnudásemos y nos reuniéramos con ellos.

Aquello parecía ser mi deber. ¿De qué otra manera podía hacer un intento de entender a Bertha? Siempre he sido capaz de desnudarme muy de prisa, y así lo hice entonces. Sin embargo, surgió un problema. ¿Qué hacer con la cartera, con reloj de pulsera y con las llaves del coche? No era nada seguro dejar aquellas cosas con la ropa. De manera que, desnudo, eché a andar por el pasillo con mis cosas de valor en la mano. Al acercarme donde estaba la acción, un joven desnudo hizo que me detuviera y gritó, cantando:

—Abandona tus posesiones; las posesiones son impuras.

—Pero son mi cartera y mi reloj y las llaves del coche —dije.

—Abandona tus posesiones —cantó.

—Pero tengo que ir en coche a casa desde la estación —expliqué—, y llevo sesenta o setenta dólares en efectivo.

—Abandona tus posesiones.

—No puedo, de verdad que no puedo. Tengo que comer y beber e ir a casa.

—Abandona tus posesiones.

Entonces, todos ellos, uno a uno, Bertha incluida, se fueron apropiando del conjuro. Los actores, en conjunto, empezaron a salmodiar:

—Abandona tus posesiones, abandona tus posesiones.

Sentirme rechazado me ha resultado siempre extraordinariamente penoso. Supongo que algún médico sabría explicarlo. La sensación es retrospectiva y da la impresión de incorporarse como un nuevo eslabón a una cadena formada por todas las experiencias similares. Los actores cantaban con fuerza y tono despreciativo, y allí estaba yo, completamente desnudo, en medio de la gran ciudad y sintiéndome rechazado, recordando jugadas fallidas de fútbol, peleas perdidas, el desdén de los extraños, el sonido de risas detrás de puertas cerradas. Yo sostenía los objetos de valor con la mano derecha, cosas que representaban, literalmente, mi identidad. Ninguno de ellos era irremplazable, pero

tirarlos hubiera parecido como una amenaza a mi esencia, a la sombra de mí mismo que veía proyectada sobre el suelo, a mi nombre.

Volví a mi localidad y me vestí. Era difícil hacerlo en un sitio tan estrecho. Los actores seguían gritando. Subir por el pasillo en declive de lo que había sido un teatro resultaba evocador en extremo. Yo había ascendido la misma suave pendiente después de *El rey Lear* y de *El jardín de los cerezos*. Salí a la calle.

Aún seguía nevando. Daba la impresión de ser una verdadera tormenta. Un taxi se había quedado atascado delante del teatro, y recordé que mi automóvil llevaba puestos los neumáticos para la nieve. Aquello me provocó una sensación de seguridad y de éxito que hubiese repugnado a Ozamanides y a sus desnudos cortesanos; pero yo no tenía la sensación de haber puesto al descubierto mis represiones, sino, más bien, de haber encontrado una parte de mí mismo maravillosamente práctica y obstinada. El viento me arrojaba la nieve contra la cara, de manera que, cantando y haciendo tintinear las llaves del coche, fui andando hasta el tren.

Artemis, el honrado cavador de pozos

Artemis amaba el terapéutico rumor de la lluvia, el sonido del agua en movimiento: arroyos, caños, canalones, cascadas y grifos. En primavera recorría ciento cincuenta kilómetros para oír la catarata del embalse de Wakusha. No era nada sorprendente, puesto que su oficio consistía en cavar pozos y el agua era su profesión, su medio de vida y asimismo su pasión. Pensaba que el agua era la raíz de las civilizaciones. Había visto fotografías de una ciudad de Umbría que había sido abandonada al secarse los pozos. Catedrales, palacios, granjas, habían sido evacuados a causa de la sequía, un poder más temible que la peste, el hambre o la guerra. Los hombres buscaban agua del mismo modo que el agua buscaba su nivel. Esa búsqueda explicaba las migraciones periódicas. El hombre estaba hecho en gran medida de agua. El agua era el hombre. El agua era amor. El agua era agua.

Concretando los hechos: Artemis cavaba con una vieja perforadora Smith & Matthewson que estremecía el planeta a un ritmo de sesenta golpes por minuto. Armaba un alboroto terrible, y había habido dos quejas: una de una ama de casa muy nerviosa y la otra de un poeta homosexual que alegaba que la conmoción le estropeaba la métrica. A Artemis le gustaba bastante aquel ruido. Vivía con su madre viuda en la periferia, en uno de esos barrios de viviendas blancas que se distinguen por la abundancia de banderas en las ventanas. Se encuentran en las carreteras alejadas del centro: seis o siete casitas apiñadas por ninguna razón en especial. No hay tienda, iglesia, nada que sirva de centro. Los céspedes donde duermen los perros están bien segados y todo está limpio, y en cada casa ondea la Vieja Gloria. No justifica tanto celo patriótico el hecho de que esa gente haya recibido en abundancia las riquezas del país; porque no ha sido así. Son gentes que trabajan duro, viven frugalmente y conocen estrecheces económicas. Quienes han obtenido espléndido provecho de los dones de nuestra prosperidad no parecen sentir tanta pasión por las Barras y las Estrellas. La madre de Artemis, por ejemplo, que es una humilde trabajadora, tiene una asta de bandera delante de la casa, cinco banderitas clavadas en una jardinera y una séptima colgada encima del porche.

Su padre había elegido el nombre de Artemis creyendo que hacía referencia a los pozos artesianos. Hasta que Artemis no fue un hombre adulto, ignoró que le habían dado el nombre de la casta diosa de la caza. Pero no pareció importarle y, de todas formas, todo el mundo lo llamaba Art. Vestía ropa de trabajo y en invierno un gorro de punto. Su actitud con desconocidos era rústica, tímida y en cierta medida algo afectada, pues había leído mucho y poseía una inteligencia despierta e inquisitiva. Su padre estaba en el oficio desde aprendiz, y no había concluido la enseñanza secundaria. Lamentaba su escasa instrucción y anhelaba que su hijo fuera a la universidad. Artemis estudió en una pequeña facultad llamada Laketon, al norte del estado, y obtuvo un diploma de ingeniero. Se familiarizó también con la literatura gracias a un profesor insólitamente estimulante que se llamaba Lytle. Físicamente no poseía nada notable, pero era un maestro de aquellos cuya presencia inspira a los alumnos a lo largo de muchos años un irresistible deseo de leer libros, hacer redacciones y exponer sus ideas más íntimas sobre la historia de la humanidad. Lytle distinguió a Artemis y lo animó a leer a Swift, Donne y Conrad. Durante el curso, Artemis escribió cuatro redacciones que Lytle, caritativamente, premió con la máxima calificación. Perjudicaba su sensibilidad para la prosa una incurable fascinación por palabras tales como «cacofonía», «percusión», «palpitantemente» y «descomunamente». Casi con seguridad, dicha propensión tenía algo que ver con su trabajo.

Lytle le aconsejó que consiguiera un empleo editorial en una revista de ingeniería, y él pensó seriamente en esa posibilidad, pero finalmente optó por ser cavador de pozos. Tomó esa decisión un sábado en que él y su padre se desplazaron con las herramientas al sur del país, donde había sido construida una espaciosa vivienda: una finca. Tenía piscina y siete cuartos de baño, y el pozo producía unos doce litros por minuto. Artemis se comprometió a cavar otros treinta metros, pero incluso a esa profundidad el pozo sólo daba veinticuatro litros por minuto. La inmensa, inútil y suntuosa casa le había impresionado hasta hacerlo consciente de la importancia de su oficio. Agua, agua. (Al final ocurrió que el dueño de la casa demolió seis dormitorios de la planta superior para instalar un tanque de depósito que los bomberos de la localidad llenaban dos veces por semana.)

Los conocimientos ecológicos de Artemis se limitaban a sus saberes sobre el agua. Un primero de abril fue a pescar y descubrió que las cascadas del South Branch rebosaban de espuma de jabón. Parte de ella habría de ir a parar forzosamente al lugar donde trabajaba. Ese mismo mes, días después, pescó una trucha de dos kilos y medio en el río de Lakeside. Era una pieza soberbia para aquel lugar; fue a enseñársela al guarda de caza y le preguntó cómo se preparaba.

—No se moleste en cocinarla —dijo el guarda—. Este pez tiene dentro suficiente DDT para mandarlo al hospital. Ya no se pueden comer estas truchas. El gobierno fumiga las orillas con DDT desde hace unos cuatro años y todo va a parar al arroyo.

Artemis había cavado una vez un pozo y encontrado DDT, y otro mostraba indicios de haber contenido fuel-oil. Su sentido de la degradación del medio ambiente era agudo e intensamente práctico. Firmó un contrato para encontrar agua potable y dijo que si fracasaba perdería la camisa. Un entorno contaminado era para él representación de la tristeza, la rapacidad y la estupidez humana, y también un agujero en su bolsillo. Había fracasado sólo dos veces, pero las probabilidades iban en contra suya, y en contra de todo el mundo.

Una cosa más: Artemis desconfiaba de los zahoríes. Unos cuantos hombres y dos mujeres del condado se ganaban la vida adivinando la existencia de agua subterránea mediante ramitas bifurcadas de árboles frutales. La fruta tenía que ser de hueso. Una rama de peral, por ejemplo, no servía. Cuando la ramita y la psique del zahorí designaban un sitio, contrataban a Artemis para que cavase un pozo. Según su experiencia, el promedio de aciertos de los zahoríes era bajo, y rara vez descubrían un adecuado emplazamiento de agua, pero al parecer la intervención de la magia los volvía irresistibles. En la búsqueda del agua, cierta gente prefería un mago a un ingeniero. Si la magia derrotara a la ciencia, qué sencillo sería todo: agua, agua.

Artemis era la clase de hombre que continuamente proponía matrimonio, pero a los treinta años todavía no se había casado. Salió durante más o menos un año con la hija de los Macklin. Fueron amantes, pero cuando él le propuso matrimonio, ella lo dejó plantado para casarse con Jack Bascomb porque era rico. Por lo menos, eso dijo ella. Artemis pasó más o menos un mes entristecido y luego empezó a salir con una divorciada que se llamaba María Petroni, vivía en Maple Avenue y era cajera en un banco. No lo sabía con certeza, pero le daba la impresión de que ella era mayor que él. Sus ideas respecto al matrimonio eran románticas y un tanto pueriles, y esperaba que su esposa fuese una virgen de rostro puro. María no lo era. Era robusta, buena bebedora y pasaban la mayor parte del tiempo en la cama. Una noche o una mañana temprano, él despertó a su lado y pensó en su vida. Tenía treinta años y seguía sin novia. Hacía casi dos años que salía con María. Antes de moverse hacia ella para despertarla, pensó en lo animosa, amable, apasionada y complaciente que siempre había sido. Mientras le acariciaba la espalda, pensó que la amaba. Su espalda parecía demasiado hermosa para ser verdad.

La imagen de una muchacha fresca y pura como la que aparecía en los envases de margarina perduraba aún en algún lugar de su cerebro, pero ¿dónde estaba y cuándo aparecería? ¿Se estaba engañando a sí mismo? ¿Se equivocaba al rebajar a María por culpa de alguien a quien jamás había visto? Cuando ella despertó, le pidió que se casara con él.

—No puedo, cariño —respondió ella.

—¿Por qué? ¿Quieres un hombre más joven?

—Sí, querido, pero no uno solo. Quiero siete, uno después de otro.

—Oh—dijo él.

—Debo contártelo. Ya lo he hecho. Antes de conocerte. Invité a cenar a los siete hombres más atractivos que encontré. Ninguno estaba casado. Dos se habían divorciado. Preparé escalopes de ternera. Bebimos muchísimo y luego nos desnudamos todos. Era lo que yo quería. Cuando todos acabaron, no me sentí sucia, depravada o avergonzada. No sentí que había hecho nada malo. ¿Te asquea?

—Sinceramente, no. Eres una de las personas más limpias que he conocido. Es lo que pienso de ti.

—Estás loco, querido —dijo ella.

Artemis se levantó, se vistió y le dio un beso de despedida, y eso fue todo. Siguió viéndola durante una temporada, pero la fidelidad de María parecía asunto concluido, y sospechó que ella tenía relaciones con otros hombres. Entonces siguió buscando a una muchacha tan pura y fresca como la del envase de margarina.

Era a principios de otoño y estaba excavando un pozo para una vieja casa de Olmstead Road. El primer pozo se estaba secando. La familia se apellidaba Filler y le pagaban a dólar el centímetro, tarifa vigente entonces. Confiaba en hallar agua a juzgar por lo que conocía sobre la configuración del terreno. Puso la perforadora en marcha y se acomodó en la cabina del camión a leer un libro. La señora Filler se acercó a preguntarle si quería una taza de café. Él rehusó tan cortésmente como pudo. No era fea en absoluto, pero él había decidido desde el principio no poner las manos sobre las amas de casa. Quería casarse con la chica del paquete de margarina. A mediodía abrió su fiamblera y había engullido la mitad de un bocadillo cuando ella volvió a la cabina.

—Acabo de prepararle una hamburguesa estupenda —anunció.

—Oh, no, gracias, señora —dijo—. Tengo aquí tres bocadillos.

Esa vez dijo «señora» como otras veces decía «córcholis», a pesar de que el libro que estaba leyendo, y con mucho interés, era de Aldous Huxley.

—Venga ahora mismo —insistió ella—. No acepto una negativa.

La mujer abrió la puerta de la cabina; él bajó y la acompañó hasta la puerta trasera.

La señora Filler tenía un trasero grande, una buena delantera, un rostro jovial y los cabellos probablemente teñidos, porque eran una mezcla de grises y azules. Le había puesto un asiento en la mesa de la cocina y se sentó enfrente mientras él comía la hamburguesa. Ella le contó directamente la historia de su vida, como era costumbre en Estados Unidos en aquella época. Había nacido en Evansville, Indiana, había terminado sus estudios en el instituto de Evansville Norte, y la habían elegido reina de la fiesta de fin de curso en su último año. Luego fue a la Universidad de Bloomington, donde el señor Filler, que era mayor que ella, había sido profesor. Se trasladaron de Bloomington a Siracusa, y de allí a París, donde él se hizo famoso.

—¿Por qué es famoso? —preguntó Artemis.

—¿Quiere decir que nunca ha oído hablar de mi marido? J. P. Filler, es un escritor famoso.

—¿Qué ha escrito?

—Bueno, un montón de cosas —respondió ella—, pero sobre todo es conocido por *Mierda*.

Artemis se rió y a continuación enrojeció.

—¿Cómo se titula el libro?

—*Mierda*. Se titula así. Me sorprende que nunca haya oído hablar de él. Se han vendido medio millón de ejemplares.

—Bromea usted.

—No, no bromeo. Venga conmigo. Voy a demostrárselo.

Él la siguió a través de la puerta de la cocina y de varias habitaciones más lujosas y confortables de lo que él estaba acostumbrado a ver. Ella cogió de una estantería un libro que se titulaba *Mierda*.

—Dios mío —dijo Artemis—, ¿cómo se le ha ocurrido escribir un libro así?

—Verá —explicó ella—, cuando estaba en Siracusa consiguió una beca de una fundación para investigar la anarquía literaria. Pasó un año en el extranjero. Fue cuando estuvimos en París. Quería escribir un libro sobre algo que incumbiese a todo el mundo, como el sexo, sólo que en la época en que le dieron la beca ya se había escrito todo lo que se podía escribir acerca del sexo. Entonces se le ocurrió la idea. Después de todo, era algo universal. Eso dijo él. Conciérne a todo el mundo: reyes, presidentes y marinos. Es algo tan importante como el fuego, el agua, la tierra y el aire. Alguna gente pensará tal vez que no es un tema muy delicado para escribir sobre él, pero él odia la delicadeza, y de todas maneras, teniendo en cuenta los libros que hay actualmente en el mercado, *Mierda* es una obra prácticamente llena de pureza. Me sorprende que nunca haya oído hablar de ella. Ha sido traducida a doce idiomas. Mire.

Hizo un gesto en dirección a la librería y Artemis pudo leer *Merde, Kaka*, y ГОВНО

ウ
ン
コ

—Si quiere, le regalo una edición de bolsillo.

—Me gustaría leerlo —dijo Artemis.

Ella sacó un libro de un armario.

—Lástima que él esté fuera. Le encantaría dedicárselo, pero está en Inglaterra. Viaja mucho.

—Bueno, gracias, señora. Gracias por el almuerzo y también por el libro. Tengo que volver al trabajo.

Verificó la perforadora, subió a la cabina y dejó a Huxley en beneficio de J. P. Filler. Leyó el libro con cierto interés, pero su incredulidad fue obstinada. Aparte de los desplazamientos a la universidad, Artemis nunca había viajado, y, sin embargo, se sentía un viajero, un hombre rodeado de extraños. Caminando por una calle en China no se hubiera sentido más forastero que en ese mismo momento, en que trataba de comprender cómo era posible que un hombre fuese rico y estimado por haber escrito un libro sobre los excrementos.

No trataba de otra cosa: sólo de excrementos. Los había de todos los tamaños, formas y colores, así como incontables descripciones de retretes. Filler había viajado muchísimo. Describía los retretes de Nueva Delhi y de El Cairo, e incluso había visitado o imaginado las cámaras del papa en el Vaticano y las instalaciones del palacio imperial de Tokio. Había bastantes descripciones líricas de la naturaleza: diarrea en un limonar español, estreñimiento en un paso montañoso de Nepal, disentería en las islas griegas. Verdaderamente, no era un libro monótono, y poseía, como la mujer había dicho, una clara universalidad, aun cuando Artemis siguió sintiéndose extraviado en un país como China. No era un mojigato, pero solía utilizar un vocabulario prudente. Si un pozo se acercaba demasiado a una fosa séptica, denominaba el peligro «asunto fecal». Había «bajado» (tal era su expresión) en María muchas veces, pero contar aquellos lances y recordar con detalle las técnicas parecía restar valor a la experiencia. Opinaba que existía una cima de éxtasis sexual cuya inmensidad y hondura iban más allá de toda observación. Terminó el libro poco después de las cinco. Parecía que iba a llover. Apagó la perforadora, la cubrió con una lona y se marchó a casa. Al pasar por una ciénaga, arrojó el ejemplar de *Mierda*. No quería esconderlo y habría tenido problemas para explicar a su madre el contenido del libro, y además, no tenía ganas de releerlo.

Al día siguiente llovió y la lluvia empapó a Artemis. La perforadora trabajó poco y empleó casi toda la mañana en afianzarla. La señora Filler se preocupó por su salud. Primero le llevó una toalla.

—Va a pillar un resfriado de muerte, mi querido amigo. Oh, fíjese cómo se le ha rizado el pelo.

Más tarde, protegiéndose con un paraguas, le llevó una taza de té. Lo apremió a entrar en la casa y a ponerse ropa seca. Él contestó que no podía dejar la perforadora.

—De todos modos —añadió—, no me resfrío nunca.

Apenas lo había dicho, estornudó. La señora Filler insistió en que o bien entraba en la casa o se marchaba a la suya. Artemis se sintió incómodo y desistió a eso de las dos. La mujer tenía razón. A la hora de la cena le dolía la garganta. Sentía la cabeza pesada. Tomó dos aspirinas y se acostó alrededor de las nueve. Se despertó algo después de medianoche con los espasmos de calor y de frío de

una fiebre alta. La fiebre tuvo por curioso efecto reducirlo a la actitud emocional de un niño. Se acurrucó en posición fetal, con las manos entre las rodillas, sudando y tiritando alternativamente. Se sentía solo pero protegido, irresponsable y cómodo. Le pareció que su padre vivía todavía y que al regresar a casa del trabajo le llevaba un interruptor nuevo para su tren de juguete o un cebo para su caja de aparejos. Su madre le sirvió el desayuno y le tomó la temperatura. Tenía un poquito menos de cuarenta grados, y dormitó casi toda la mañana.

A mediodía su madre le anunció que una mujer que aguardaba abajo había venido a verlo. Le había llevado un poco de sopa. Dijo que no quería ver a nadie, pero su madre se mostró dubitativa. La mujer era una clienta. Su intención era buena; sería grosero despedirla. Se sintió demasiado débil para oponer resistencia, y pocos minutos después la señora Filler apareció en la puerta con un bote hermético lleno de caldo.

—Ya le dije que caería enfermo. Se lo dije ayer.

—Voy a casa de los vecinos para ver si tienen una aspirina —dijo la madre—. Las nuestras se han acabado.

Salió de la habitación y la señora Filler cerró la puerta.

—Oh, pobre muchacho —dijo—. Pobrecillo.

—Sólo es un resfriado —dijo Artemis—. Nunca estoy enfermo.

—Pero ahora sí lo está —replicó ella—. Está enfermo y yo le avisé de que le ocurriría, tontuelo. —Le temblaba la voz; se sentó en el borde de la cama y empezó a acariciarle la frente—. Si hubiera entrado en mi casa, hoy estaría levantado y haciendo girar la almádena.

Extendió sus caricias al pecho y a los hombros varoniles, y luego, metiendo la mano por debajo de las sábanas, encontró un filón, ya que Artemis nunca usaba pijama.

—Oh, qué muchacho tan encantador —dijo ella—. ¿Siempre tiene erecciones tan rápidas? Está durísima.

Artemis gimió y la señora Filler puso manos a la obra. Un momento después, él arqueó la espalda y dejó escapar un grito sofocado. La trayectoria de su descarga se pareció un poco a las bolas de fuego de una vela romana, y quizá eso explique nuestra fascinación por esas pirotecnias. Oyeron entonces que se abría la puerta principal y la señora Filler se levantó de la cama y fue a sentarse en una silla junto a la ventana. Tenía la cara muy roja y respiraba con dificultad.

—Sólo tenían aspirinas para niños —dijo la madre—. Son de las de color rosa, pero me imagino que si tomas bastantes, te harán el mismo efecto.

—¿Por qué no va a la farmacia a comprar aspirinas? —sugirió la señora Filler—. Yo me quedaré con él mientras usted esté fuera.

—No sé conducir —repuso la madre de Artemis—. ¿No es curioso? A mi edad y en estos tiempos. Nunca he aprendido a conducir.

La visitante estaba a punto de sugerirle que fuese andando hasta la farmacia, pero comprendió que eso podría revelar sus intenciones.

—Telefonaré a la farmacia para ver si hacen repartos a domicilio —prosiguió la madre, y salió de la habitación dejando la puerta abierta. El teléfono se hallaba en la entrada y la señora Filler se quedó sentada en su silla. Permaneció allí unos minutos más y se marchó fingiendo una falsa alegría.

—Ponte bueno —dijo—, y vuelve y cávame un hermoso pozo.

Artemis volvió al trabajo tres días después. La señora Filler no estaba en casa, pero regresó alrededor de las once con una bolsa de comestibles. Al mediodía, Artemis estaba abriendo su fiamblera y ella salió de la casa con una bandejita en la que llevaba dos bebidas marrones y humeantes.

—Traigo un ponche —dijo. Él abrió la puerta de la cabina, ella subió y se sentó a su lado.

—¿Lleva whisky? —preguntó Artemis.

—Una gota. Casi todo es té y limón. Bébetelo y te sentirás mejor.

Artemis probó el ponche y pensó que nunca había probado nada tan fuerte.

—¿Has leído el libro de mi marido? —preguntó ella.

—Lo he hojeado —respondió él astutamente—. No lo entendí. Quiero decir que no comprendo por qué ha tenido que escribir sobre eso. No leo mucho, pero imagino que es mejor que otros libros. Los que realmente detesto son esos en los que la gente no hace más que pasear, encender cigarrillos y decir cosas como «buenos días». Se limitan a dar paseos por ahí. Cuando leo un libro me gusta que traten de temblores de tierra, exploraciones y maremotos. No me gusta leer cosas sobre gente que pasea y abre puertas.

—Oh, tontuelo —dijo ella—. No sabes nada.

—Tengo treinta años, y sé cavar pozos —repuso Artemis.

—Pero no sabes lo que quiero.

—Supongo que quiere un pozo. Cuatrocientos cincuenta litros por minuto. Buena agua potable.

—No me refiero a eso. Quiero decir lo que quiero ahora.

Él se hundió un poco en el asiento y se desabrochó los pantalones. Ella bajó la cabeza y adoptó una postura singular, como un pájaro que busca semillas o agua.

—Oiga, es fantástico —dijo Artemis—, realmente fantástico. ¿Quiere que le diga cuándo voy a correrme?

Ella se limitó a negar con la cabeza.

—Un gran chorro se acerca —dijo Artemis—. Un gran chorro está a punto de llegar a su destino. ¿Quiere que lo retenga?

Ella movió la cabeza.

—Ay —exclamó Artemis—, ¡ay!

Una de sus limitaciones como amante era que en el instante más sublime acostumbraba a gritar: «Ay, ay, ay.»

María se había quejado al respecto. «Ay —rugió—, ay, ay, ay», al estremecerse con un inmenso orgasmo.

—Eh, ha sido fantástico —dijo—, realmente fantástico, pero juraría que no es saludable. Quiero decir que si siempre hace usted esto, va a terminar encorvada de espaldas.

Ella lo besó tiernamente y dijo:

—Estás loco.

Ya iban dos veces. El le dio uno de sus bocadillos.

La perforadora había llegado ya a más de noventa metros de hondo. Al día siguiente, Artemis remontó el martillo y quitó el cilindro que medía el agua. El agua era turbia, pero no jabonosa, y calculó que la toma sería de unos noventa litros por minuto. Cuando la señora Filler salió de la casa, Artemis le comunicó la noticia. No pareció complacerla. Tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos.

—Bajaré otros cinco o seis metros. Creo que será un pozo estupendo.

—Y luego te irás —dijo ella—, y no volverás nunca.

Se echó a llorar.

—No llore, señora Filler. No llore, por favor. Detesto ver llorar a las mujeres.

—Estoy enamorada —dijo ella con un intenso sollozo.

—Bueno, me figuro que una mujer bonita como usted debe de enamorarse con bastante frecuencia.

—Estoy enamorada de ti —sollozó—. Nunca me había ocurrido. Me despierto a las cinco de la mañana y me pongo a esperar tu llegada. Las seis, las siete, las ocho en punto. Es angustioso. No puedo vivir sin ti.

—¿Y qué pasa con su marido? —preguntó Artemis alegremente.

—Ya lo sabe —sollozó—. Está en Londres. Le telefoneé anoche y se lo dije. No me parecía justo que volviera a casa esperando encontrar a una esposa cariñosa cuando su mujer está enamorada de otro.

—¿Qué dijo él?

—No dijo nada. Colgó. Vuelve esta noche. Tengo que ir a las cinco a esperar el avión. Te quiero. Te quiero, te quiero.

—Bueno, tengo que volver al trabajo, señora Filler —dijo Artemis con su mayor rusticidad—. Ahora vuelva a casa y descanse un poco.

Ella dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. A él le hubiera gustado consolarla —toda forma de tristeza lo afligía—, pero sabía que cualquier gesto por su parte sería arriesgado. Volvió a colocar la perforadora y excavó otros cuatro metros, hasta donde calculó que la toma alcanzaría unos ciento treinta litros por minuto. A las tres y media se marchó la señora Filler. Lo miró ceñuda al pasar en el coche. En cuanto ella se hubo ido, él actuó rápidamente. Tapó el pozo, guardó la perforadora en el camión y regresó a casa. Esa noche, el teléfono sonó alrededor de las nueve. Pensó en no contestar o en decirle a su madre que lo cogiera ella, pero su madre estaba viendo la televisión y él tenía sus responsabilidades como cavador de pozos.

—Dispone usted de unos ciento treinta litros por minuto —dijo—. Haversham le instalará la bomba. No sé si necesitará un depósito nuevo. Pregúntele a Haversham. Adiós.

Al día siguiente cogió su escopeta y un paquete de bocadillos y recorrió los bosques del norte de la ciudad. No era muy buen tirador y tampoco había demasiados pájaros, pero le gustaba pasear por los bosques y los pastos y escalar los muros de piedra. Al volver a casa, su madre le dijo:

—Ha estado aquí esa mujer. Te ha traído un regalo.

Y le entregó una caja que contenía tres camisas de seda y una carta de amor. Esa noche, más tarde, cuando sonó el teléfono, pidió a su madre que dijera que no estaba. La llamada, por supuesto, era de la señora Filler. Artemis no había hecho vacaciones en varios años, y advirtió que había llegado el momento de viajar. A la mañana siguiente fue a una agencia de viajes del pueblo.

La agencia tenía su sede en una sala tenebrosa y estrecha de una calle oscura, y en sus paredes resplandecían fotografías de playas, catedrales y parejas de enamorados. La dueña era una mujer de pelo grisáceo. Sobre su escritorio, un letrero decía: HACE FALTA ESTAR LOCO PARA TENER UNA AGENCIA DE VIAJES. Parecía agobiada, y tenía la voz cascada por la edad, el whisky o el tabaco. No paraba de fumar. En dos ocasiones encendió un cigarrillo a pesar de que otro humeaba todavía en el cenicero. Artemis dijo que disponía de unos quinientos dólares para gastar y que le gustaría irse al extranjero durante dos semanas.

—Bueno, supongo que ya habrá estado en París, Londres y Disneylandia —dijo ella—. Todo el mundo ha estado. Podría visitar Tokio, claro está, pero me han dicho que es un vuelo agotador. Diecisiete horas en un 707, con una escala técnica en Fairbanks. Actualmente, mis clientes más satisfechos son los que van a Rusia. Hay una oferta con todos los gastos incluidos. —Sacó de pronto un folleto y se lo mostró—. Por trescientos veintiocho dólares tiene un pasaje económico de ida y

vuelta a Moscú, doce días en un hotel de primera categoría, pensión completa, entradas gratis para el hockey, la ópera, el ballet y el teatro, y un pase a una piscina pública. Las visitas a Leningrado y Kiev son optativas.

Él le preguntó qué otros viajes podía ofrecerle.

—Bueno, podría ir a Irlanda, pero ahora llueve mucho. Hace casi diez días que no aterriza un avión en Londres. Se amontonan en Liverpool y hay que bajar a Londres en tren. En Roma hace frío, igual que en París. Se tarda tres días en llegar a Egipto. El Pacífico queda descartado para un viaje de dos semanas, pero podría visitar el Caribe, aunque es muy difícil conseguir reservas. Supongo que querrá adquirir souvenirs, y en Rusia no hay gran cosa que comprar.

—No quiero comprar nada —respondió Artemis—. Sólo quiero viajar.

—Siga mi consejo —dijo ella—, y vaya a Rusia.

Al parecer, era la máxima distancia que podía poner entre él y el matrimonio Filler. Su madre no se inmutó. Otra mujer que, como ella, tuviese en casa siete banderas norteamericanas habría protestado, pero ella no dijo más que: «Vete a donde te apetezca, hijo. Te mereces un cambio.» Su pasaporte y su visado tardaron una semana, y una noche agradable embarcó en el vuelo de Aeroflot que salía a las ocho y que lo llevaría desde el aeropuerto Kennedy hasta Moscú. Casi todos los demás pasajeros eran japoneses y no hablaban inglés, y el viaje fue largo y solitario.

Llovía en Moscú, así que Artemis oyó lo que le gustaba: el rumor de la lluvia. Se puso detrás de los japoneses, que hablaban ruso, cruzó con ellos la pista de despegue y al llegar al edificio principal respetó la cola. La fila avanzaba despacio; llevaba aproximadamente una hora esperando cuando se le acercó una joven atractiva y le preguntó:

—¿Es usted el señor Artemis Bucklin? Tengo buenas noticias para usted. Venga conmigo.

Ella cogió su maleta y se saltó la cola de los que aguardaban para pasar aduanas e inmigración. Un amplio coche negro los estaba esperando.

—Primero iremos a su hotel —dijo la muchacha, que tenía un marcado acento inglés—. Después iremos al teatro Bolshoi, donde nuestro gran Premier, Nikita Sergéievich Krushev quiere darle a usted la bienvenida; a usted, miembro del proletariado norteamericano. Gentes de las más diversas profesiones visitan nuestro hermoso país, pero usted es el primer cavador de pozos.

Su voz era melodiosa, y sus propias noticias parecían hacerla muy dichosa. Artemis estaba cansado, confuso y se sentía sucio. Por la ventanilla del automóvil divisó un gigantesco retrato del secretario general clavado en un árbol. Estaba asustado.

Pero ¿por qué iba a estarlo? Había excavado pozos para ricos y pobres y había tratado a unos y otros sin temor ni timidez. Krushev era simplemente un campesino que a fuerza de astucia, vitalidad y suerte se había convertido en el amo de una población de más de doscientos millones de almas. Ahí estaba el quid; y a medida que el coche se aproximaba a la ciudad, los retratos de Krushev instalados en las panaderías, los grandes almacenes y las farolas miraban pasar a Artemis. Pancartas con la imagen del político ruso ondeaban al viento en un puente sobre el Moskova. En la plaza Mayakovski,

un gran retrato iluminado del político resplandecía por encima de sus hijos mientras éstos se precipitaban a la boca del metro.

Artemis fue conducido a un hotel llamado Ucrania.

—Ya vamos con retraso —dijo la joven.

—No puedo ir a ningún sitio hasta que no me haya bañado y afeitado —repuso Artemis—. No puedo ir a ningún sitio con esta facha. Y también me gustaría comer algo.

—Suba y cámbiese. Me reuniré con usted en el comedor. ¿Le gusta el pollo?

Artemis subió a su habitación y abrió el grifo del agua caliente de la bañera. Como era de esperar, no salió nada. Se afeitó con agua fría y estaba vistiéndose cuando el grifo del agua caliente entró en erupción como si fuera el Vesubio y empezó a eyacular agua hirviente y herrumbrosa. Se bañó, se vistió y bajó al comedor. Ella estaba sentada ante una mesa con la cena de Artemis ya servida. Había tenido la gentileza de pedir una jarra de vodka, que Artemis bebió antes de comer el pollo.

—No quiero meterle prisa —dijo la muchacha—, pero vamos a llegar tarde. Intentaré explicarle. Hoy se celebra el aniversario de la batalla de Stavitsky. Iremos al teatro Bolshoi y usted se sentará en la mesa presidencial. Yo no podré estar a su lado, de modo que entenderá muy poco de lo que allí se diga. Habrá discursos. Una vez acabados, tendrá lugar una recepción al fondo del escenario y nuestro secretario general, Nikita Sergéievich Krushev, le dará a usted, en su carácter de miembro del proletariado norteamericano, la bienvenida a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Creo que deberíamos irnos ya. El mismo coche y conductor los esperaban fuera y, durante el trayecto del Ucrania al Bolshoi, Artemis contó setenta retratos del hombre que estaba a punto de conocer. Entraron en el teatro por la puerta trasera. Fue conducido hasta el escenario, donde ya habían comenzado los discursos. Estaban televisando el acto conmemorativo y los focos daban tanto calor como el que reina en un desierto, ilusión acrecentada por el hecho de que flanqueaban el escenario unas palmeras de plástico. Artemis no entendió ni una palabra de lo que oía, pero buscó con los ojos al mandatario ruso. No estaba en el palco de honor. Éste lo ocupaban dos mujeres muy ancianas. Al cabo de una hora de discursos, su angustia desembocó en aburrimiento y en la incomodidad de tener la vejiga llena. Al cabo de otra hora, estaba simplemente adormilado. Entonces acabó la ceremonia. Se sirvió un bufet entre bastidores y fue hacia allí según le indicaron, esperando a que Krushev hiciera su terrible aparición, pero el líder no estaba en ningún sitio y cuando Artemis preguntó si habían de esperarlo aún, no recibió respuesta. Comió un bocadillo y bebió un vaso de vino. Nadie le dirigió la palabra. Decidió volver al hotel andando para estirar un poco las piernas. En cuanto salió del teatro, lo detuvo un policía. No cesó de repetir el nombre del hotel y de señalarse los zapatos, y en cuanto el policía lo entendió le indicó el camino de regreso. Artemis se puso en marcha. Le pareció que seguía el mismo trayecto que el coche en el que había ido, pero todos los retratos de Krushev habían desaparecido. Todas las fotos que brillaban ante él en panaderías, farolas y paredes se habían esfumado. Creyó que se había perdido hasta que cruzó un puente sobre el río Moskova que recordó gracias a las banderas. Ya no ondeaban. Al llegar al hotel, buscó un gran retrato de Krushev colgado en el vestíbulo. Ni rastro. Así pues, como muchos otros viajeros antes que él, subió a una extraña habitación de un país extranjero canturreando los blues de la irrealidad. ¿Cómo podría haber adivinado que Krushev había sido destituido?

Desayunó en el comedor con un inglés que le refirió los hechos. También le aconsejó que si

necesitaba un intérprete fuese a la Agencia Central del Gobierno y no a la Intourist. Le escribió en una tarjeta una dirección en alfabeto cirílico. Hablaba con los camareros oficiosamente en ruso y Artemis admiró su fluidez, pero, de hecho, aquel inglés era uno de esos viajeros que pueden pedir huevos fritos y licores fuertes en siete idiomas sin saber contar hasta diez en más de uno.

Delante del hotel había una parada de taxis, y Artemis dio la dirección a un conductor. Recorrieron el mismo trayecto que antes había seguido hacia el Bolshoi, y Artemis volvió a comprobar que habían quitado todos los retratos de Kruschev en dos horas o tres como mucho. Habrían necesitado centenares de hombres. El lugar era un sórdido edificio de oficinas con un letrero en inglés y otro en ruso. Artemis subió una destartada escalera hasta llegar a una puerta acolchada. ¿Por qué acolchada? ¿Para que hubiera silencio? ¿Pura demencia? Abrió la puerta de una oficina brillantemente iluminada y dijo a una joven muy atractiva que quería un intérprete para que le enseñara Moscú.

Los rusos no parecen haberle cogido la medida a la cuestión del alumbrado. O hay demasiada luz o demasiado poca, y la que caía sobre la muchacha era mortecina. Ella, sin embargo, era lo bastante hermosa para superar la situación. Si era posible que miles de retratos de Kruschev desaparecieran en tres horas, ¿por qué no podría enamorarse él en tres minutos? Le pareció que así era. La muchacha debía de medir uno sesenta y cinco. Él medía un metro ochenta, de modo que era de la talla adecuada, reflexión que había aprendido a tener en cuenta. Su frente y la forma de su cabeza eran espléndidas, y se mantenía con la cabeza un tanto erguida, como si estuviera acostumbrada a hablar con gente más alta que ella. Llevaba un suéter ajustado que revelaba sus hermosos pechos, y la falda era asimismo ceñida.

Parecía estar a cargo de la oficina, pero a pesar de sus manifiestas responsabilidades ejecutivas, no había rastro de agresividad en su porte. Era muy femenina. Su quintaesencia parecía residir en dos cosas: un sentido de la jovialidad y la rapidez con que movía la cabeza. Parecía capaz de la volubilidad y el humor cambiante de una persona mucho más joven. (Artemis descubrió más tarde que tenía treinta y dos años.) Movía la cabeza como si su visión fuera estrecha, como si captara los objetos uno por uno en lugar de percibirlos globalmente. No era así, pero a Artemis le dio esa impresión. Había cierta nostalgia en su aspecto, cierto encantador sentido femenino del pasado.

—La señora Kósiev lo guiará —dijo—. Taxis aparte, la tarifa son veintitrés rublos.

Hablaba exactamente con el mismo acento que la mujer que lo había recibido en el aeropuerto. (Él no lo sabría nunca, pero ambas habían aprendido el inglés con la misma cinta, grabada en la Universidad de Leningrado por una institutriz inglesa convertida al comunismo.)

Artemis ignoraba las costumbres de aquel país extraño, pero decidió arriesgarse.

—¿Le importaría cenar conmigo? —preguntó.

Ella le dedicó una mirada simpática e inquisitiva.

—Voy a una lectura de poesía —contestó.

—¿Puedo acompañarla?

—Bueno, sí. Por supuesto. Venga aquí a las seis.

Llamó a la señora Kósiev. Era una mujer de anchos hombros que le estrechó la mano virilmente, pero no sonrió.

—¿Sería tan amable de acompañar en la visita de veintitrés rublos a Moscú a nuestro huésped de Estados Unidos?

Artemis contó veintitrés rublos y los depositó sobre el escritorio de la mujer de quien se acababa de enamorar.

Al bajar la escalera, la señora Kósiev dijo:

—Es Natasha Funarova. Hija del mariscal Funarov. Han vivido en Siberia...

Tras proporcionarle esta información, empezó a ensalzar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y prosiguió haciéndolo durante toda la jornada. Recorrieron una corta distancia desde la oficina hasta el Kremlin, y en primer lugar lo llevó al Arsenal. Había una larga cola ante la puerta, pero no la respetaron. Una vez dentro, se pusieron zapatillas de fieltro encima de los zapatos y contemplaron las joyas de la corona, los arreos del caballo real y parte del vestuario palaciego. Artemis se aburría y empezaba a sentirse enormemente cansado. Luego visitaron tres iglesias en el Kremlin; le parecieron suntuosas, arrogantes y completamente misteriosas. Después cogieron un taxi para ir a la Galería Tretiakov. Artemis había comenzado a percibir que el olor de Moscú, tan alejada de toda tierra cultivada, era olor a estiércol, requesón y suero rancios, y guardapolvos manchados de tierra; un olor que dominaba el grandioso vestíbulo del hotel Ucrania. Las iglesias doradas del Kremlin, desprovistas de su incienso, olían como cobertizos, y, en el museo, al olor de requesón y suero se sumaba el tufo misterioso pero perceptible de boñigas de vaca. A la una, Artemis dijo que tenía hambre e hicieron un alto para almorzar. Después visitaron la biblioteca Lenin y a continuación un monasterio secularizado convertido en museo popular. Artemis ya había visto bastante, y después del monasterio dijo que quería volver al hotel. La señora Kósiev alegó que no habían completado el recorrido y que no habría reembolso. Él respondió que le tenía sin cuidado y cogió un taxi de vuelta al Ucrania.

Se presentó en la oficina a las seis. Ella lo esperaba en la calle, junto a la puerta.

—¿Ha disfrutado de la visita? —preguntó.

—Oh, sí. Sí. No creo que me gusten los museos, pero no había estado en ninguno y quizá se trate de algo que se puede aprender.

—Detesto los museos —dijo ella.

Se cogió del brazo de él sin apoyarse y apenas si unió su hombro al de Artemis. Su cabello era de un castaño muy claro, no era propiamente rubio, pero brillaba a la luz de las calles. Era liso y se lo peinaba con sencillez, con una pequeña cola de caballo sujeta con una goma. El aire húmedo y frío olía como el tubo de escape de un motor diesel.

—Vamos a escuchar a Luncharvsky —anunció—. No es muy lejos. Podemos ir andando.

¡Oh, Moscú, Moscú, la más anónima de todas las ciudades anónimas! Unas flores marchitas

adornaban el busto de Chaliapin, pero por lo visto eran las únicas flores en toda la ciudad. Del bullicio de una metrópoli auténticamente grande forma parte la fragancia del café tostado y (en Roma) el aroma del vino, el pan recién hecho y las mujeres que llevan flores a un amante, esposo o a nadie en especial, nadie en absoluto. A medida que oscurecía y se iban encendiendo las luces, Artemis sintió que no existía la animación propia de un final de jornada. Por una ventana vio a un niño leyendo un libro y a una mujer friendo patatas. La sensación de que un decisivo espectro de la vida ciudadana se había extinguido, ¿se debía a la desaparición de todos los príncipes y al hecho de que todos los palacios, para bien o para mal, seguían en pie? Se cruzaron con un hombre que transportaba tres barras de pan recién hecho en una cesta de hilo. El hombre iba cantando y Artemis se sintió dichoso.

—Te quiero, Natasha Funarova —dijo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—La señora Kósiev me ha hablado de ti.

Vieron ante ellos la estatua de Maiakovski, aunque Artemis no sabía (ni sabe hoy) nada del poeta. Era gigantesca y de mal gusto, una reliquia de la era estalinista que remodeló el panteón entero de la literatura rusa a imagen y semejanza de los hijos de Lenin. (Incluso al pobre Chéjov le otorgaron póstumamente unos hombros heroicos y una frente compacta.) Oscurecía cada vez más y aumentaba el número de luces. Más tarde, mientras observaban a la multitud, Artemis vio que el humo de los cigarrillos había formado en el aire, a nueve o doce metros de altura, una nube plana, consistente y poco natural. Supuso que se trataba de cierto proceso de inversión. Antes de llegar a la plaza alcanzó a oír la voz de Luncharvsky. El ruso es una lengua más resonante que el inglés, menos musical pero más variada, y ello puede explicar su capacidad de provocar exaltación. La voz era potente, no sólo en volumen sino en fuerza emocional. Parecía melancólica y exaltada. Aparte del ruido, Artemis no captó nada. Luncharvsky ocupaba un estrado bajo la estatua de Maiakovski y declamaba poesías de amor a un auditorio compuesto de mil o dos mil personas en pie bajo la extraña nube o toldo de humo. No estaba cantando, pero la fuerza de su voz equivalía a un canto. Natasha hizo un gesto como dando a entender que lo había llevado a presenciar una de las maravillas del universo, y él pensó que tal vez era cierto.

Era un turista, un forastero, y había viajado hasta tan lejos para ver cosas extrañas. El crepúsculo era frío, pero Luncharvsky estaba en mangas de camisa. Era ancho de hombros; ancho de huesos, para ser más exacto. Tenía largos brazos; al cerrar sus manazas, cosa que hacía cada pocos minutos, los puños resultaban imponentes. Era alto, y llevaba el pelo rubio sin cortar ni peinar. Poseía la mirada desconcertante e irresistible del hombre que trepa incesantemente. Artemis experimentó la sensación de que no sólo absorbía la atención de la muchedumbre, sino de que si hubiera habido alguien momentáneamente distraído, él lo habría notado. Al término de la recitación, alguien le tendió el abrigo y un ramo de crisantemos marchitos.

—Tengo hambre —comentó Artemis.

—Vamos a un restaurante georgiano —dijo ella—. La georgiana es nuestra mejor cocina.

Fueron a un lugar muy ruidoso donde Artemis comió pollo por tercera vez. Al salir del restaurante, ella lo cogió del brazo, apretó su hombro contra el suyo y lo llevó calle abajo. Se preguntó si ella iba a llevarlo a su casa, y en ese caso, qué encontraría. ¿Padres ancianos, hermanos, hermanas o

quizá una compañera de cuarto?

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—Al parque. ¿Te parece bien?

—Muy bien —respondió Artemis.

Cuando llegaron a él, vio que el parque era igual que cualquier otro. Había árboles que en aquella época del año perdían sus hojas, bancos y paseos de asfalto. Una estatua de hormigón representaba a un hombre cargando a un niño sobre los hombros. El niño tenía un pájaro en la mano. Artemis supuso que encarnaban el progreso o la esperanza. Se sentaron en un banco, él la rodeó con un brazo y la besó. Ella respondió tierna y diestramente, y durante la siguiente media hora estuvieron besándose. Artemis se sintió relajado, afectuoso y próximo a la sensiblería. Al levantarse para enderezar la protuberancia de sus pantalones, ella le cogió la mano y lo llevó a una casa de apartamentos situada a una manzana o dos de distancia. Un policía armado se hallaba junto a la puerta. Ella sacó de su bolso lo que Artemis pensó que sería un carnet de identidad. El policía la examinó de un modo deliberadamente ofensivo. Parecía abiertamente belicoso. Rió con sarcasmo, miró furiosamente, señaló varias veces a Artemis y se dirigió a Natasha como si ella fuera un ser despreciable. En circunstancias distintas, en otro país, Artemis le hubiera golpeado. Por último, los dejó pasar y subieron en un ascensor que parecía una jaula a un piso superior. Artemis pensó que incluso la casa olía como una granja. Ella abrió la puerta con dos llaves y lo hizo pasar a una mísera habitación. Había una cama en una esquina y ropa puesta a secar en una cuerda. Sobre una mesa descansaban una barra de pan y varios trozos de carne. Artemis se desvistió rápidamente, ella lo imitó y (Artemis prefería esta expresión) hicieron el amor. Ella limpió la suciedad con un trapo, le puso entre los labios un cigarrillo encendido y le sirvió un vaso de vodka.

—No quiero que esto se acabe —dijo él—. No quiero que acabe nunca.

Aunque eran entre sí perfectos desconocidos, con ella en sus brazos había experimentado la sensación escalofriante y galvánica de su inseparabilidad. Estaba pensando distraídamente en un pozo que había excavado dos años antes, y Dios sabe qué pensaba ella.

—¿Cómo es Siberia? —preguntó él.

—Maravillosa.

—¿Y tu padre?

—Le gustaban los pepinos —respondió—. Fue mariscal hasta que nos enviaron a Siberia. Al volver le dieron un despacho en el Ministerio de Defensa. Era un despacho pequeño, no tenía silla, mesa, escritorio, teléfono ni nada. Iba por la mañana y se sentaba en el suelo. Luego murió. Ahora tienes que irte.

—¿Por qué?

—Porque es tarde y me preocupo por ti.

—¿Puedo verte mañana?

—Naturalmente.

—¿Puedes venir a mi hotel?

—No, no puedo hacer eso. No sería seguro que me vieran en un hotel para turistas y, de todas formas, los detesto. Podemos vernos en el parque. Te escribiré la dirección.

Abandonó la cama y atravesó el cuarto. Su figura era asombrosa, tan perfecta que casi parecía anómala. Tenía los pechos grandes, el talle muy esbelto y unas nalgas voluminosas. Movía el trasero con un leve balanceo, como si lo tuviera lastrado con munición de posta. Artemis se vistió, le dio las buenas noches con un beso y bajó. El policía lo detuvo, pero finalmente lo dejó partir, ya que ninguno de los dos entendía lo que decía el otro. Al pedir su llave en el hotel hubo cierta tardanza. Luego apareció un hombre uniformado que llevaba en la mano el pasaporte de Artemis y le anuló el visado.

—Abandonaré Moscú mañana por la mañana —declaró—. Tomará el vuelo 769 de la SAS hasta Copenhague y allí cogerá un avión a Nueva York.

—Pero yo quiero visitar este gran país —protestó Artemis—. Quiero conocer Leningrado o Kiev.

—El autobús del aeropuerto sale a las nueve y media.

A la mañana siguiente, Artemis hizo que el agente de la Intourist llamara desde el teléfono del vestíbulo a la oficina de intérpretes. Al preguntar por Natasha Funarova, le dijeron que allí no trabajaba ni había trabajado nunca una persona con ese nombre. Cuarenta y ocho horas después de su llegada, Artemis volaba de regreso a la patria. Los otros pasajeros eran norteamericanos, y pudo charlar, hacer amigos y pasar el tiempo.

Pocos días después, reanudó su trabajo excavando a las afueras del pueblo de Brewster. El emplazamiento había sido elegido por un zahorí y Artemis desconfiaba, pero estaba equivocado. A unos ciento veinte metros de profundidad topó con piedra caliza y con una corriente de agua dulce que daba cuatrocientos cincuenta litros por minuto. Dieciséis días después de su regreso de Moscú, recibió la primera carta de Natasha. Las señas del sobre estaban en inglés, pero había cantidad de letras en alfabeto cirílico y los sellos eran de brillantes colores. La carta desconcertó a su madre y, según ella, había alarmado al cartero. Ir a Rusia era una cosa, pero recibir cartas de aquel extraño y distante país otra muy distinta. «Cariño mío —escribía Natasha—. Anoche soñé que tú y yo éramos una ola del mar Negro, en Yalta. Ya sé que no conoces esa región de mi país, pero si fuéramos una ola que avanza rumbo a la orilla, podríamos ver las montañas de Crimea cubiertas de nieve. A veces, en Yalta, cuando florecen las rosas, se puede ver cómo nieva en las montañas. Al despertar del sueño me sentí tranquila y dignificada, y en mi boca persistía claramente el sabor de la sal. Debo firmar esta carta con el nombre de Fifi, puesto que tu amorosa Natasha no puede haber escrito nada tan irracional.»

Contestó a la carta esa misma noche. «Queridísima Natasha: te quiero. Si vienes a mi país, me casaré contigo. Pienso en ti todo el tiempo y me gustaría enseñarte cómo vivimos aquí, las carreteras, los árboles y las luces de las ciudades. Es muy distinto de vuestro modo de vida. Estoy hablando en serio al respecto de todo esto, y si necesitas dinero para el pasaje de avión, yo te lo enviaré. Si

decidieses que no quieres casarte conmigo, podrías volver a tu patria. Esta noche es Halloween. No creo que celebréis esta fiesta en Rusia. Es la noche en que se cree que los muertos se levantan, aunque no lo hacen, por supuesto, y los niños se pasean por las calles disfrazados de fantasmas, esqueletos y demonios, y en las casas les dan bombones y centavos. Por favor, ven a mi país y cástate conmigo.»

Hasta aquí todo fue sencillo, pero copiar su dirección en alfabeto ruso le llevó mucho más tiempo. Gastó diez sobres antes de lograr una escritura que le pareció satisfactoria. El empleado de correos era amigo suyo.

—¿Qué diablos estás haciendo, Art, con todos estos garabatos dirigidos a los comunistas?

Artemis recobró su rusticidad.

—Verás, Sam, resulta que estuve allí un día o dos y encontré a una chica que me gustó.

La carta recibió un franqueo de veinticinco centavos, un deprimente grabado gris de Abraham Lincoln. Pensando en el brillante colorido de la carta de Natasha, Artemis preguntó si no había un sello más alegre, y su amigo le respondió que no.

Recibió respuesta al cabo de diez días. «Me agrada pensar que nuestras cartas se cruzan, y me gusta creer que van batiendo sus alas al encuentro del otro en algún lugar por encima del Atlántico. Me encantaría ir a tu país y casarme contigo o que te cases conmigo aquí, pero no podemos hacerlo hasta que haya paz en el mundo. Me gustaría que nuestro amor no tuviese que depender de la paz. Fui al campo el sábado, y los pájaros, los abedules y los pinos me tranquilizaron. Ojalá hubieras estado conmigo. Un doctor en teología de la Iglesia Unitaria vino ayer a la oficina buscando un intérprete. Parecía inteligente y yo misma lo llevé a visitar Moscú. Me dijo que para ser miembro de la Iglesia Unitaria no necesitaba creer en Dios. Me dijo que Dios es el progreso del caos al orden, a la responsabilidad humana. Siempre he pensado que Dios está sentado en las nubes con sus escuadrones de ángeles alrededor, pero quizá vive en un submarino, rodeado por divisiones de sirenas. Por favor, mándame una fotografía tuya y escíbeme otra vez. Tus cartas me hacen muy feliz.»

«Adjunto una foto —contestó él—. Es de hace tres años. Me la sacaron en el embalse de Wakusha. Está en el centro del cauce nordeste. Pienso en ti continuamente. Esta madrugada me desperté a las tres pensando en ti. Fue un sentimiento agradable. Me gusta la oscuridad. Me parece una casa con muchas habitaciones. Sesenta o setenta. Por la noche, después del trabajo, voy a patinar. Me imagino que en Rusia todo el mundo sabe patinar. Sé que los rusos juegan al hockey, porque normalmente ganan a los norteamericanos en los Juegos Olímpicos. Tres a dos, siete a dos, ocho a uno. Está empezando a nevar. Con amor, Artemis.» Libró una nueva batalla para escribir la dirección.

«Tu última carta tardó dieciocho días —escribió Natasha—. Me sorprende respondiendo a tus noticias antes de que lleguen, pero no hay nada místico en ello, realmente, pues en Correos hay un reloj inmenso con un lado negro y el otro blanco que marca la hora que es en las distintas partes del mundo. Cuando allí despunta el alba, aquí ya ha transcurrido la mitad del día. Acaban de pintarme la escalera. Los colores son los preferidos por todos los pintores municipales: marrón claro con una franja marrón oscuro. Mientras estaban trabajando salpicaron con un poco de pintura blanca la parte inferior de mi buzón. Así que ahora, cuando bajo en ascensor, esa mancha blanca me proporciona la ilusión de que hay una carta tuya. No puedo remediarlo. Mi corazón late y corro al buzón, pero sólo encuentro la mancha blanca. Ahora bajo en el ascensor vuelta de espaldas, tan dolorosa me resulta esa

gota de pintura.»

Al volver del trabajo una noche, su madre le dijo que alguien había llamado de la capital del condado diciendo que la llamada era urgente. Artemis supuso que debía de ser de la oficina de impuestos. Había tenido dificultades al intentar informarles de las pérdidas y ganancias en el oficio de buscador de agua. Era un ciudadano consciente y telefoneó a aquel número. Un desconocido se identificó como señor Cooper, y Artemis no tuvo la impresión de que perteneciese a la oficina de impuestos. Cooper quería verlo de inmediato.

—Bueno, verás, esta noche juego a los bolos —dijo Artemis—. Nuestro equipo está empatado en el primer puesto y me disgustaría perderme el partido si no podemos vernos en otro momento.

Cooper se mostró conforme y Artemis le dijo dónde estaba trabajando y el modo de llegar allí. Cooper dijo que iría a verlo a las diez y Artemis fue a jugar a los bolos.

A la mañana siguiente empezó a nevar. Parecía tratarse de una gran tormenta. Cooper apareció a las diez. No se apeó de su coche, pero se comportó con tanta amabilidad que Artemis imaginó que era un vendedor. Un agente de seguros.

—Tengo entendido que ha estado usted en Rusia.

—Bueno, sólo estuve cuarenta y ocho horas. Me anularon el visado. No sé por qué.

—Pero usted mantiene correspondencia con Rusia.

—Sí, con una chica. Salí con ella una vez. Nos carteamos.

—La Secretaría de Estado está muy interesada en su experiencia. Al subsecretario Hurlow le gustaría charlar con usted.

—En realidad, no tuve ninguna experiencia. Visité algunas iglesias, cené pollo tres veces y luego me echaron del país.

—Verás, el subsecretario está interesado. Llamó ayer y ha vuelto a llamar esta mañana. ¿Le importaría ir a Washington?

—Estoy trabajando.

—Sólo sería un día. Puede hacer el viaje por la mañana y volver por la tarde. No será mucho tiempo. Creo que le pagarán los gastos, aunque todavía no se ha decidido. Tengo aquí la información.

Tendió al cavador de pozos una carta con membrete que requería la presencia de Artemis Bucklin en el nuevo edificio de la secretaría a las nueve de la mañana del día siguiente.

—Si lo hace —añadió Cooper—, el gobierno le quedará muy agradecido. Yo no me preocuparía demasiado por la hora. Casi nadie empieza a trabajar antes de las diez. Encantado de conocerlo. Si desea hacerme alguna pregunta, llámeme a este número.

Luego se marchó, y a gran velocidad, porque la nevada empezaba a arreciar. El pozo estaba emplazado en un lugar remoto donde las carreteras no serían despejadas, y Artemis volvió en coche antes de almorzar.

Cierto provincianismo, cierto apego a las placenteras rutinas de su vida, lo hacían reacio a emprender un viaje a Washington. Él no quería ir, pero ¿podrían obligarlo? El único imperativo se hallaba en la frase de que el gobierno le quedaría agradecido. Salvo en el caso de la oficina de impuestos, no tenía ningún conflicto especial con el gobierno, y le hubiera gustado —infantilmente, tal vez— merecer su gratitud. Esa noche hizo una maleta, consultó los horarios de vuelos y a las nueve de la mañana siguiente estaba en el nuevo edificio de la Secretaría de Estado.

Cooper tenía razón con respecto a la hora. A Artemis se le enfriaron los pies aguardando en la sala de espera hasta después de las diez. Lo llevaron dos pisos más arriba, no para ver al subsecretario, sino a un hombre llamado Serge Belinsky. Su despacho era pequeño y desnudo; su secretaria, una malhumorada mujer sureña que llevaba zapatillas. Belinsky pidió a Artemis que rellenara unos sencillos impresos burocráticos. ¿Cuándo había llegado a Moscú? ¿Cuándo se había marchado? ¿Dónde se había alojado?, etc. Una vez concluidos estos trámites, Belinsky mandó hacer un duplicado y llevó a Artemis un piso más arriba, a ver a un hombre llamado Moss. Esta vez, las cosas fueron muy distintas. La secretaria era bonita y coqueta, y calzaba zapatos. El mobiliario no era lujoso, pero sí un poco más que el de Belinsky. Había flores sobre el escritorio y un cuadro en la pared. Artemis repitió lo poco que recordaba, lo poco que había para recordar. Al contar lo de las disposiciones adoptadas para su entrevista con Kruschev, Moss se rió; Moss aplaudió. Era un hombre joven muy elegante, tan magníficamente vestido y acicalado que Artemis se sintió andrajoso, zafio y sucio. Estaba lo suficientemente limpio y era persona de buenos modales, pero llevaba la ropa muy ceñida en los hombros y en la entrepierna.

—Creo que al subsecretario le agrada recibirlo —dijo Moss, y subieron otro piso.

El escenario pasó a ser completamente distinto. El suelo estaba cubierto de alfombras y las paredes revestidas de paneles de madera, y la secretaria lucía unas botas abrochadas con hebilla que le llegaban más arriba de la falda, hasta Dios sabe dónde. En tan corta distancia, ¡qué lejos habían ido a partir de la hosca secretaria en zapatillas! ¡Cuánto añoraba Artemis su perforadora, su ropa de trabajo y su fiambra! Les sirvieron café, y después, la secretaria —la que llevaba botas— despidió a Moss e hizo pasar a Artemis al despacho del subsecretario.

A excepción de un escritorio muy pequeño, no había nada formal en la estancia. Había alfombras de colores, sofás, cuadros y flores. El señor Hurlow era un hombre muy alto de aspecto cansado o quizá enfermo.

—Me alegro de que haya venido, señor Bucklin —le dijo—. Iré derecho al grano. Tengo que estar en Hill a las once. Usted conoce a Natasha Funarova.

—Salí con ella una vez. Cenamos juntos y nos sentamos en un parque.

—Usted se cartea con ella.

—Sí.

—Por supuesto, hemos controlado sus cartas. El gobierno ruso hace lo mismo. Nuestro servicio de inteligencia cree que contienen cierta clase de información. Como hija de un mariscal, Natasha es fiel a su gobierno. El resto de su familia fue fusilada. Ella ha escrito que Dios podría vivir en un submarino, rodeado de divisiones de sirenas. Ese mismo día fue la fecha de nuestra última crisis submarina. Tengo entendido que es una mujer inteligente y no puedo creer que haya escrito algo tan insensato sin tener segundas intenciones. Antes le escribió que usted y ella eran una ola del mar Negro. La fecha corresponde exactamente a la de las maniobras en el mar Negro. Usted le envió una foto sacada en el embalse de Wakusha, señalando que era el centro del cauce nordeste. Lo cual, desde luego, no es información secreta, pero todo ayuda. Más tarde usted le escribió que la oscuridad le parece una casa dividida en setenta habitaciones, justo diez días antes de que activáramos la División Setenta. ¿Le importaría explicarme todo esto?

—No hay nada que explicar. La quiero.

—Es absurdo. Usted mismo ha dicho que únicamente la ha visto una vez. ¿Cómo ha podido enamorarse de una mujer a la que sólo ha visto una vez? En este momento no puedo amenazarlo, señor Bucklin. Puedo hacerlo comparecer ante un comité, pero a menos que se muestre más dispuesto a colaborar, sería una pérdida de tiempo. Estamos completamente seguros de que usted y su amiga han inventado un código. No puedo prohibirle que le escriba, naturalmente, pero sí interceptar sus cartas. Lo que me gustaría es su cooperación patriótica. El señor Cooper, con quien creo que ya se ha entrevistado usted, lo llamará una vez por semana más o menos y le proporcionará la información o más bien la falsa información que deseamos que usted envíe a Rusia, cifrada, por supuesto, conforme a su código, a esas expresiones suyas de que la oscuridad es una casa.

—No puedo hacer eso, señor Hurlow. Sería deshonesto para con usted y para con Natasha.

El subsecretario rió y le dio un ligero y jovial empujoncito en el hombro.

—Bien, piénselo con calma y telefonee a Cooper cuando haya decidido algo. Naturalmente, el destino de la nación no depende de su decisión. Llego tarde.

No se levantó ni le tendió la mano. Sintiendo peor de lo que se había sentido en Moscú y entonando los blues de la irrealidad, Artemis cruzó por delante de la secretaria con botas, bajó en ascensor y dejó atrás a la que usaba zapatos y también a la que calzaba zapatillas. Llegó a casa a tiempo para la cena.

Nunca más tuvo noticias del ministerio. ¿Se habían equivocado? ¿Eran estúpidos u holgazanes? Nunca lo sabría. Escribió a Natasha cuatro cartas muy circunspectas, sin mencionar sus tanteos en el hockey y los bolos. No recibió contestación. Aguardó cartas de ella durante algo más de un mes. A menudo pensó en la mancha de pintura blanca de su buzón. Cuando el tiempo mejoró, pudo oír el cicatrizante rumor de la lluvia; al menos le quedaba eso. Agua, agua.

Tres cuentos

I

El tema de hoy será la metafísica de la obesidad, y yo soy la barriga de un hombre llamado Lawrence Farnsworth. Soy la cavidad corporal que se extiende entre su diafragma y su región pélvica, y poseo sus vísceras. Sé que no me creerán, pero si creen en un *cri de coeur*, ¿por qué no en un *cri de ventre*? Desempeño una función tan importante como cualquier otro órgano vital, y aunque no puedo actuar independientemente, él también se halla a merced de fuerzas tan dispares de su medio ambiente como el dinero y la luz de las estrellas. Ambos nacimos en el Medio Oeste y él fue educado en Chicago. Formaba parte del equipo de atletismo (salto con pértiga), y más tarde del equipo de buceo, dos deportes que hicieron mi existencia peligrosa y oscura. No me descubrí a mí misma hasta que él llegó a los cuarenta, y me identificaron su médico y su sastre. Se negó obstinadamente a concederme mis derechos, y durante casi un año continuó usando ropas que me sofocaban y me causaron muchos dolores y padecimientos. Mi única compensación consistía en poder desabrocharle a mi antojo la bragueta.

Muchas veces lo he oído decir que habiendo pasado la mitad de su vida atendiendo las demandas de un fogoso bauprés, parecía condenado a consumir el resto ocupándose de una panza tan independiente y caprichosa como sus genitales. Por supuesto, he estado en condiciones de observar su comercio carnal, pero creo que no voy a describir los miles o millones de actuaciones en las que he participado. A pesar de mi reputación de ser grosera, soy una auténtica visionaria, y me gustaría pasar por alto sus gimnasias y considerar las consecuencias, que, según he oído, son a menudo extáticas. Lawrence parece pensar que su vida erótica es un salvoconducto para lo verdaderamente hermoso que hay en el mundo. Provocar una tormenta —una lluvia cualquiera servirá— constituye su concepto de una relación total. Ha habido quejas. En una ocasión oí preguntar a una mujer: «¿No entenderás nunca que en la vida hay algo más que sexo y culto a la naturaleza?» Otra vez en que él expresó su admiración por la belleza de las estrellas, su *belle amie* rió burlonamente. Mi abierto conocimiento del mundo se limita a la relativa frecuencia de la desnudez: dormitorios, duchas, playas, piscinas, citas y baños de sol en las Antillas. Paso el resto de mi vida comprimida entre pantalones y camisas.

Después de haberse negado a reconocer mi existencia durante un año o más, finalmente se decidió a pasar de la talla cuarenta a la cuarenta y cuatro. Cuando ya había alcanzado ochenta y cinco centímetros y me estaba esforzando por llegar a los noventa, su preocupación por mi presencia se volvió obsesiva. El choque entre lo que había sido y quería ser y aquello en lo que se había convertido era algo serio. Cuando la gente me clavaba un dedo y le hacía bromas sobre la barriguita, su risa forzada no lograba ocultar su rabia. Dejó de enjuiciar a sus amigos por el ingenio y la inteligencia, y empezó a juzgarlos por sus cinturones. ¿Por qué X tenía una barriga tan tersa y Z, cuya panza medía por lo menos cien centímetros, se mostraba satisfecho de aquel estado de cosas? Cuando sus amigos estaban de pie, Lawrence desviaba la atención de sus sonrisas y les miraba la tripa. Una noche fuimos al Yankee Stadium a ver un partido de béisbol. Lawrence había empezado a divertirse cuando reparó

en que el *fielder* derecho tenía un barrigón de noventa centímetros. Los restantes *fielder* y los jugadores de la base podían pasar, pero el *pitcher*, un hombre de más edad, presentaba una evidente turgencia, y dos de los árbitros, cuando bajaban la guardia, eran repulsivos. Lo mismo ocurría con el *catcher*. Al darse cuenta de que no estaba presenciando un partido de béisbol, de que a causa de mi influencia no era capaz de disfrutarlo, nos marchamos. Esto ocurrió al final del cuarto día. Uno o dos días después comenzó lo que habría de ser un año o año y medio infernal.

Empezamos por una dieta que hacía hincapié en el agua y los huevos duros. Perdió cinco kilos en una semana, pero no en los sitios deseados, y aunque mi existencia corrió peligro, logré sobrevivir. La dieta provocó cierto trastorno metabólico que dañó sus dientes; renunció a ello por consejo médico y se inscribió en un club de salud. Tres veces a la semana me atormentaban una bicicleta eléctrica y una máquina de remos, y después un masajista me amasaba y golpeaba ruidosa y cruelmente con la palma de la mano. Más tarde, Lawrence compró una serie de fajas y calzoncillos elásticos con intención de disimularme o hacerme desaparecer, y aunque me causaban un dolor enorme, sólo consiguieron poner a prueba mi naturaleza invulnerable. De noche, cuando se los quitaba, yo recobraba mi ancho y adorado lugar en el mundo. Poco después adquirió un artefacto garantizado para destruirme. Se trataba de un par de *shorts* de plástico de color dorado que podían inflarse con una bomba de mano. La acidez de las secreciones que me vi obligada a purificar me reveló lo dolorido y ridículo que se sentía él. Una vez inflados los pantalones, leyó las instrucciones en un manual y realizó ejercicios de gimnasia. Eso fue lo peor de todo lo que yo había padecido hasta ese momento y, al término de los ejercicios, mis diversas partes se quedaron tan anormalmente apretadas y enredadas que esa noche no conciliamos el sueño.

Por entonces llegué a reparar en dos hechos que garantizaban mi supervivencia. El primero fue que él detestaba el ejercicio solitario. Le gustaban bastante los juegos, pero no la gimnasia. Todas las mañanas iba al cuarto de baño y se agachaba diez veces hasta tocarse los dedos de los pies. Sus nalgas (ésta es otra historia) arañaban el lavabo y su frente rozaba la taza del retrete. Gracias a las secreciones en tránsito por mi territorio supe que esta experiencia le era espiritualmente abrumadora. Más tarde fuimos de veraneo al campo, y él empezó a levantar pesas y a correr al trote. A fin de conferir cierta dignidad al primer ejercicio, aprendió a contar en japonés y en ruso, pero la iniciativa no tuvo éxito. Ambos deportes le resultaban fastidiosos. El segundo elemento en mi favor era su convicción de que llevábamos una vida sencilla. «Realmente hago una vida muy sencilla», decía a menudo. De haber sido así, yo no hubiera tenido oportunidad de sobresalir, pero creo que no hay un solo restaurante de primera categoría en Europa, Asia, África o las islas Británicas adonde Lawrence no me haya llevado y me haya pedido que entre en acción. Muchas veces lo dice. Al sentarse ante un plato de grillos en Tokio, me dio una palmadita amistosa y dijo: «Adelante, compañera.» Mientras él siga estimando que a esto se le llama vivir sencillamente, tengo asegurado mi lugar en el mundo. Si alguna vez le fallo, no se debe a maldad ni premeditación. Tras una cena pantagruélica, compuesta por catorce platos, en el sur de Rusia, pasamos una noche juntos en el cuarto de baño. Ocurrió en Tiflis, a las tres de la mañana, y al parecer puse su vida en peligro. Chillaba de dolor. Lloraba, y tal vez yo conozco la auténtica soledad de este hombre mejor que ninguna otra región de su cuerpo. «Vete —me gritaba—, vete.» ¿Qué puede haber más lastimoso y absurdo que un hombre desnudo a una hora intempestiva en un país extranjero, echando las tripas fuera? Fuimos a la ventana a escuchar el viento entre los árboles. «Oh, debería haber prestado más atención a las cosas espirituales», exclamó. Si yo hubiera sido la barriga de un agente secreto o un príncipe reinante, mi papel en la lucha contra el tiempo habría sido el mismo. Yo represento al tiempo más sucintamente que ningún esperpento con guadaña. ¿Por qué un poder tan simple como el tiempo, señalado con toda exactitud por los relojes de la casa, habría de hacer gemir y sudar a Lawrence? ¿Creía que cierta falsa juventud era su principal, su único atractivo?

Sé que yo le recordaba el dolor de las relaciones con su padre. Éste se retiró a los cincuenta y cinco años y pasó el resto de su vida puliendo piedras, consagrado a la jardinería y tratando de aprender el francés coloquial por medio de discos. Había sido un hombre ágil y atlético pero, al igual que su hijo, se vio derrotado a mitad de camino por un abdomen independiente. Y también a semejanza de su hijo, parecía incapaz de envejecer y engordar con cierta gracia. Se diría que la barriga, el abdomen, le quebrantaba el ánimo. La panza lo obligaba a encorvarse, a caminar con torpeza, a suspirar y a usar pantalones más holgados. Aquella barriga parecía ser el precursor del ángel de la muerte, ¿y acaso Farnsworth, que se agachaba hasta tocarse los pies en el cuarto de baño todas las mañanas, no estaba batallando contra el mismo ángel?

Entonces vino el año en que viajamos. Ignoro lo que lo movió a ello, pero en doce meses dimos tres veces la vuelta al mundo. Tal vez pensó que el viaje recompondría su metabolismo y minimizaría mi importancia. No diré nada de la dureza de los cinturones de seguridad y de los caóticos horarios de comida. Conocimos los lugares habituales, así como Nairobi, Madagascar, Mauricio, Bali, Nueva Guinea, Nueva Caledonia y Nueva Zelanda. Estuvimos en Madang, Goroka, Li, Rabaul, Fidji, Reykjavik, Thingvellir, Akureyri, Narsarsuak, Kagsiarauk, Bujara, Irkutsk, Ulan Bator y el desierto de Gobi. Después visitamos las islas Galápagos, la Patagonia, la selva del Mato Grosso y, por supuesto, las islas Seychelles y las Amirantes.

La cosa acabó o se resolvió una noche en el restaurante Passetto. Para empezar, engulló higos y jamón de Parma con dos panecillos untados en mantequilla. Siguió con espaguetis carbonara, un filete con patatas fritas, una ración de ancas de rana, una lubina entera asada en papel, varias pechugas de pollo, una ensalada sazonada con aceite, tres clases de quesos y un enorme *zabaglione*. A mitad de la comida tuvo que concederme un respiro, pero no estaba arrepentido, y presentí que la victoria se acercaba. Cuando pidió el *zabaglione* supe que había vencido o que habíamos llegado a una tregua sensata. Lawrence no intentaba eclipsarme, descartarme ni olvidarme, y sus secreciones no eran muy intensas. Al levantarnos de la mesa tuvo que otorgarme otros cinco centímetros de expansión, de suerte que al cruzar la *piazza* percibí el viento nocturno y oí el rumor de las fuentes, y desde entonces hemos llevado una vida feliz juntos.

II

En los días remotos de la jerga freudiana, podía haberse pensado que Marge Littleton era maternal, aun cuando no lo era más que el lector o que yo. Tal vez eso hubiera significado que su voz y sus maneras poseían una encantadora suavidad y que ella olía como un día de verano, o quizá un día de verano huele como una mujer así. Iba a la iglesia con asiduidad, y siempre pensé que su devoción era más profunda que la de mucha gente, si bien es imposible hacer conjeturas sobre algo tan íntimo. Asistía a las ceremonias litúrgicas y se conformaba con el libro de oraciones ordinario, evitando los sermones siempre que fuera posible. No había nacido en Norteamérica, desde luego —el último nativo auténtico, así como la última vaca, murieron hace veinte años—, y no recuerdo dónde habían nacido ella o su marido. Él era calvo. Tenían tres hijos, y llevaban una vida escrupulosamente ordinaria hasta cierta mañana de otoño.

Fue después del Día del Trabajo, un día algo ventoso. Por la ventana podía verse la caída de las hojas. La familia desayunó en la cocina. Marge había preparado una torta de maíz. «Buenos días, señora Littleton», le dijo su marido, besándola en la frente y dándole una palmadita en la espalda. La voz y el ademán del hombre parecían poseer el equilibrio perfecto del amor. No sé lo que dirían de esta escena los virulentos críticos de la familia. Al dominar sus pasiones hasta conferirles una imagen social aceptable, ¿estaba el matrimonio Littleton fraguando para sí mismo una especie de prisión o, por el contrario, se arriesgaban a ser un hombre y una mujer para quienes el placer que les procuraba su compañía era tierno, robusto e invencible? Que yo sepa, formaban un matrimonio excepcional. Como nunca he contraído matrimonio, es posible que sea injustamente susceptible al elemento de bufonería que hay en ese santo sacramento, pero ¿no es cierto que cuando una pareja celebra el décimo o el decimoquinto aniversario de su enlace parecen distar mucho de estar contentos? De hecho, parecen víctimas de un engaño, mientras que Pedro Botero, el calavera, ostenta aparentemente los laureles. Pero en el caso de los Littleton daba la impresión de que eran capaces de vivir juntos con inteligencia y ardor, dando y recibiendo hasta que la muerte llegase a separarlos.

La mañana de aquel sábado, el marido se disponía a ir de compras. Después de desayunar, hizo una lista de lo que necesitaba adquirir en una ferretería. Unos cuatro kilos de pintura acrílica blanca, una brocha de diez centímetros, alcayatas, un biello y aceite para la cortadora de césped. Los niños lo acompañaron. No fueron al pueblo, porque, al igual que muchos otros, era un lugar muerto, sino a un supermercado de ambiente muy festivo y concurrido en la Nacional 64. Dio a los niños dinero para Coca-Cola. Al volver a casa, el tráfico hacia el sur era denso. Como ya he dicho, fue después del Día del Trabajo, y numerosos coches transportaban roulottes, tiendas de campaña, veleros, motores y remolques. La larga procesión de vehículos más parecía la trágica evacuación de alguna gran ciudad o estado que el espectáculo de una muchedumbre que regresa de las vacaciones. Cuando intentaron adelantar a una casa rodante excepcionalmente voluminosa, un camión que transportaba coches chocó con el vehículo de los Littleton y acabó con la vida de todos. No asistí al entierro, pero me lo contó uno de nuestros vecinos: «Permaneció de pie al borde de la tumba. No lloró. Estaba muy hermosa y serena. Tuvo que ver cómo bajaban a la sepultura, uno tras otro, los cuatro féretros. Cuatro.»

No abandonó la localidad. La gente la invitaba a cenar, por supuesto, pero en una comunidad tan doméstica, las personas solas sufren un inevitable aislamiento. Aproximadamente un mes después del accidente, la comisión federal de autopistas anunció que iba a ensanchar de cuatro a ocho carriles la Nacional 64. Organizamos un comité en defensa de la comunidad y recaudamos diez mil dólares para las costas legales. Marga Littleton se mostró muy activa. Celebramos reuniones casi todas las semanas. Coincidí con ella en casas parroquiales, juzgados, institutos de segunda enseñanza y domicilios particulares. Al principio, las reuniones eran muy emotivas. En una ocasión, la señora Pinkham se echó a llorar. «He trabajado durante dieciséis años en mi habitación rosa y ahora quieren echármela abajo», sollozó. Hubo que sacarla del lugar de reunión; una mujer verdaderamente acongojada. Alquilamos un autobús y fuimos a la capital del estado. Un domingo lluvioso desfilamos por la Nacional 64 con una escolta de motoristas. No creo que fuéramos más de treinta personas, y nos dispersamos. Portábamos pancartas de madera. Recuerdo a Marge. Hay gente que parece poseer un don congénito para la protesta y un talento especial para enarbolar pancartas, pero no era el caso de Marge. Llevaba un gran letrero que decía: NO AL DESVÍO PARA LA GASOLINERA. Parecía muy trastornada. Cuando la comitiva se dispersó, me despedí de ella en un montículo que dominaba la autopista. Recuerdo la ecuánime mirada con que contempló la procesión del tráfico, me figuro que de un modo parecido a como las viudas de Nantucket contemplan el mar.

Gastados sin fruto los diez mil dólares, nuestras reuniones se hicieron cada vez menos frecuentes y muy poco concurridas. La última vez asistieron sólo tres personas, contando al orador. La autopista fue ensanchada, demolieron seis casas y dejaron dos más en un estado inhabitable, aun cuando sus propietarios no percibieron indemnización. Las explosiones de dinamita destruyeron varios pozos. Tras la disolución de nuestro comité, vi muy poco a Marge. Alguien me dijo que se había ido al extranjero. Al volver la acompañaba un encantador joven romano que se llamaba Pietro Montani. Se habían casado.

Marge demostró con Pietro su capacidad para la dicha matrimonial, aunque el muchacho era muy distinto de su primer marido. Era bien parecido, ingenioso y rico, representaba a una empresa fabricante de suelas, pero hablaba el peor inglés que yo haya oído en mi vida. Se podía hablar, beber y reír con él, pero, aparte de eso, era imposible toda comunicación con Pietro. Cosa que, por otra parte, carecía de importancia. Ella parecía muy feliz y resultaba agradable visitarla en casa. Sólo llevaban dos meses casados cuando Pietro, al volante de un automóvil descapotable, fue decapitado por una grúa en la Nacional 64.

Lo enterró con los demás miembros de su familia, pero no se mudó de casa, sino que siguió residiendo junto a la carretera de Twin-Rock, desde donde se oía el estruendo del tráfico industrial. Creo que consiguió un trabajo. La veíamos en el tren que iba a la ciudad. Tres semanas después de la muerte de Pietro, un camión de veinticuatro ruedas y ochenta toneladas que viajaba hacia el norte por la Nacional 64 se metió en la calzada contraria por razones que nunca pudieron averiguarse, aplastó dos automóviles y mató a sus cuatro pasajeros. A continuación chocó contra el muro de granito, volcó sobre un costado y estalló en llamas. La policía y los bomberos llegaron al momento, pero la carga del camión era combustible y el incendio no pudo extinguirse hasta las tres de la mañana. Todo el tráfico de la 64 fue desviado. El grupo auxiliar femenino del parque de bomberos distribuyó café.

Dos semanas más tarde, a las ocho de la noche, otro camión de veinticuatro ruedas que transportaba un cargamento de cemento perdió el control en el mismo lugar, atravesó la calzada que iba hacia el sur y derribó cuatro árboles crecidos antes de estrellarse contra el muro. El impacto de la colisión fue tan violento que arrancó del muro sesenta centímetros de granito. No se produjo un incendio, pero los dos conductores quedaron destrozados de tal modo que hubo que identificarlos por sus dentaduras.

El 3 de noviembre, a las ocho y media de la tarde, el teniente Dominic DeSisto informó de que un hombre con ropa de trabajo había irrumpido en la oficina principal. Parecía histérico, drogado o borracho, y declaró que le habían disparado. Según el teniente DeSisto, sus explicaciones eran tan incoherentes que tardó algún tiempo en poder contar lo que había sucedido. Se dirigía hacia el norte por la 64 y, aproximadamente a la misma altura donde otros camiones habían perdido el control, una bala de rifle había perforado la ventanilla izquierda del vehículo, respetado al conductor y roto el cristal de la ventanilla derecha. La víctima del atentado era Joe Langston, de Baldwin, Carolina del Sur. El teniente examinó el camión y verificó que las dos ventanillas estaban rotas. Él y Langston se desplazaron en un coche patrulla al lugar donde habían disparado el proyectil. En el lado derecho de la carretera había una pequeña colina de granito recubierta de tierra. Cuando fue ensanchada la autopista, la colina fue dividida en dos por una explosión y el montículo de la derecha correspondía al muro que había matado a los demás conductores. DeSisto inspeccionó la colina. La hierba del montículo presentaba huellas de pisadas y en el suelo había dos colillas de cigarrillos. Langston, conmocionado, fue trasladado al hospital. La colina fue sometida a vigilancia durante todo el mes siguiente, pero las fuerzas policiales contaban con poco personal, y era una tarea aburrida permanecer sentado en la

colina desde el atardecer hasta medianoche. En cuanto se suprimió la vigilancia, un cuarto camión de gran tamaño perdió el control. Esta vez giró hacia la derecha, tumbó una docena de árboles y se precipitó en un angosto aunque escarpado valle. Cuando la policía llegó hasta él, el conductor estaba muerto. Le habían pegado un tiro.

En diciembre, Marge se casó con un viudo acaudalado y se trasladó a Salem Norte, donde hay una autopista de sólo dos carriles y el ruido del tráfico es tan tenue como el murmullo de una caracola.

III

Se instaló en un asiento junto al pasillo —en el número 32— del vuelo 707 rumbo a Roma. El avión no estaba completamente lleno y había un sitio vacío entre él y el pasajero que ocupaba el asiento de la ventanilla. Le agradó comprobar que la ocupante era una mujer guapa, aunque no joven, pero él tampoco lo era. Ella despedía olor a perfume, lucía joyas y un vestido oscuro, y parecía pertenecer a aquella parte del mundo en donde él se encontraba más a gusto. «Buenas noches», le dijo al tomar asiento. Ella no le respondió; emitió una especie de zumbido poco hospitalario y se llevó un libro de bolsillo a la altura de la cara. Él intentó ver el título, pero ella lo tapaba con las manos. En anteriores vuelos, ya había topado con mujeres tímidas; no con frecuencia, pero sí alguna vez. Supuso que estarían comprensiblemente hartas de seductores, borrachos y pesados. Él abrió un ejemplar del *Manchester Guardian*. Había notado que los periódicos conservadores a veces inspiraban confianza a las tímidas. Si uno lee los editoriales, las páginas deportivas o la sección de economía, las desconocidas tímidas se prestan a veces a entablar una conversación. El avión despegó, la señal de prohibido fumar se apagó, y él sacó una pitillera y un encendedor de oro. Aunque no deslumbrantes, al menos eran de oro. «¿Le importa que fume?», preguntó. «¿Por qué habría de importarme?», preguntó ella a su vez, sin mirarlo. «Hay gente a quien le importa», respondió él encendiendo un cigarrillo. Era casi tan bella como hostil, pero ¿por qué tenía que ser tan fría? Iban a estar juntos durante nueve horas, y lo menos que podía esperarse es que entablaran una pequeña charla. ¿Acaso él le recordaba a alguien desagradable, a una persona que le había hecho daño? Se había bañado y afeitado, iba correctamente vestido y tenía la costumbre de hacer amigos. Quizá se tratase de una mujer infeliz que detestaba el mundo, pero cuando la azafata llegó con las bebidas, la mujer dedicó a la joven una sonrisa franca y deslumbradora. A él le alegró tanto el hecho que también sonrió, pero al advertir que el desconocido estaba entrometiéndose en una forma de comunicación dirigida a otra persona, ella lo miró, ceñuda, y reanudó la lectura de su libro. La azafata sirvió al hombre un martini y un jerez a su vecina. Él conjeturó que el hecho de que hubiera pedido una bebida fuerte podría acrecentar la incomodidad de la mujer, pero tenía que correr ese riesgo. Ella seguía leyendo. Si por lo menos lograra descubrir el título del libro, pensó, habría dado un gran paso. Harold Robbins, Dostoievski, Philip Roth, Emily Dickinson, cualquier nombre serviría de ayuda.

—¿Puedo preguntarle qué está leyendo? —preguntó cortésmente.

—No —respondió ella.

Cuando la azafata les llevó la cena, él le pasó la bandeja por encima del asiento vacío. Ella no le dio las gracias. Él empezó a comer, a sustentarse, a gozar de un hábito tan sencillo. La cena era inusitadamente mala, y así lo dijo.

—En estas circunstancias no se puede ser muy exigente —repuso ella. A él le pareció detectar cierto calor en su voz—. Un poco de sal mejoraría las cosas, pero han olvidado traérmela. ¿Podría usar la suya?

—Oh, claro —respondió él. Las cosas iban ya mucho mejor. Abrió el salero y, al pasárselo, cayó sobre la alfombra un poco de sal.

—Me temo que la mala suerte será para usted —comentó la mujer. No lo dijo alegremente.

Vertió sal sobre la chuleta y engulló todo lo que contenía la bandeja. Luego continuó leyendo el libro de título oculto. Él sabía que, tarde o temprano, ella tendría que ir al lavabo, y entonces podría leer el título del libro, pero cuando la mujer se dirigió a la cola del avión, se llevó consigo el ejemplar.

Bajaron la pantalla para la película. A menos que el filme fuese extraordinariamente interesante, él nunca alquilaba un equipo de sonido. Había descubierto que la tarea de leer los labios y adivinar los diálogos confería un nuevo atractivo a las imágenes y, de todas formas, la parte hablada solía ser ofensivamente trivial. Su vecina decidió aceptar el equipo de sonido y parecía divertirse mucho. Su risa musical resultaba encantadora, y establecía con los actores de la pantalla una comunicación similar a la que había entablado con la azafata y negado al hombre que se sentaba a su lado. El sol se alzó cuando se aproximaban a los Alpes, si bien la película no había acabado. Aquí y allá, a través de las fisuras de las sombras que se disipaban, se podía apreciar el resplandor de una mañana alpina, y mientras ellos surcaban los aires por encima del Mont Blanc y el Matterhorn, los personajes de la pantalla seguían inexorablemente su guión. Hubo un desfile, una persecución, una reconciliación y un desenlace. Con el misterioso libro en las manos, su compañera se retiró de nuevo a la parte trasera del avión y volvió luciendo una especie de cofia, con la cara profusamente cubierta por un ungüento blanco. Dispuso la almohada y la manta y se preparó para dormir. «Felices sueños», dijo él, audazmente. Ella suspiró.

Él jamás dormía en los aviones. Fue al bar y tomó un whisky. La azafata era bonita y parlanchina, y le habló de su procedencia, sus horarios, su novio y sus problemas con los pasajeros que tenían miedo a volar. Más allá de los Alpes empezaron a perder altura, vio por la ventanilla el Mediterráneo y tomó otro whisky. Vio Elba, Giglio y los yates en el embarcadero de Porto Ercole, donde divisó las casas veraniegas de sus amigos. Recordó su llegada a Nantucket, muchos años atrás. Solían amontonarse en la barandilla de babor y gritar: «Oh, ahí están los Perry, los Saltón y los Greenough.» En parte era sincero y en parte pose. Cuando volvió a su asiento, su vecina se había quitado la cofia y el ungüento. A la luz de la mañana, su belleza era notable. No pudo determinar qué era lo que encontraba tan irresistible —la nostalgia, tal vez—, pero sus rasgos, su palidez, la forma de sus ojos, todo correspondía a su noción de la belleza. «Buenos días —dijo—, ¿ha dormido bien?» Ella lo miró frunciendo el ceño, como si aquella cortesía le pareciese una impertinencia. «¿Alguna vez se puede dormir bien?», respondió con un volumen de voz ascendente. Guardó su misterioso libro en un bolso de cremallera y recogió sus cosas. Al aterrizar en Fiumicino, él se hizo a un lado para dejarle paso y la siguió por el pasillo. Se colocó detrás de ella al pasar por los controles de pasaporte, de emigración y sanitarios, y se reunió con la mujer en el lugar donde se recogía el equipaje.

Pero vaya, qué curioso. ¿Por qué es él quien le indica al maletero cuál es la maleta de ella, y por qué, una vez que ambos tienen el equipaje, la sigue a la parada de taxis, donde él regatea con un chófer un trayecto a Roma? ¿Por qué ella entra con él en el vehículo? ¿Acaso el hombre es el tenorio inaccesible al desaliento que ella tanto temía? No, no. Es su marido; ella es su mujer, la madre de sus hijos, una mujer a la que él ha idolatrado durante cerca de treinta años.

Las joyas de los Cabot

Los funerales por el hombre asesinado se celebraron en la Iglesia Unitaria del pueblecito de St. Botolphs. La arquitectura de la iglesia era de estilo Bullfinch, con columnas y una de aquellas agujas etéreas que seguramente predominaban en los paisajes de hace un siglo. La ceremonia constituyó una selección fortuita de citas bíblicas terminadas en verso. «Descansa en paz, Amos Cabot, han cesado tus sufrimientos mortales...» La iglesia estaba llena. Cabot había sido un destacado miembro de la comunidad. En una ocasión había sido candidato a gobernador del estado. En el curso de su campaña, que duró alrededor de un mes, su foto apareció en cobertizos, paredes, edificios y postes telefónicos. No creo que la sensación de pasar por delante de un espejo móvil —veía su imagen en cada esquina— le incomodara tanto como a mí. (Una vez, por ejemplo, yo me hallaba a bordo de un ascensor en París y reparé en una mujer que llevaba un libro mío. Había una foto en la sobrecubierta y un retrato mío sobresalía por encima de su brazo. Yo quería la fotografía, supongo que para destruirla. Me parecía que el hecho de alejarse de mi lado con mi rostro debajo del brazo suponía una amenaza para mi dignidad. La mujer salió del ascensor en el cuarto piso y la separación de aquellas dos imágenes me desconcertó. Quise seguirla, pero me pregunté cómo podría explicar mis sentimientos en francés o en cualquier otro idioma.) Amos Cabot no era así ni mucho menos. Contemplarse le resultaba divertido, y al perder las elecciones y desvanecerse su retrato (excepto en unos cuantos cobertizos en medio del campo, donde tardaron alrededor de un mes en despegarse), no pareció inmutarse.

Hay, por supuesto, los malos Lowell, los malos Hallowell, y hay también malos entre los Eliot, los Cheever, los Codman y los English; pero hoy vamos a ocuparnos de los malos Cabot. Amos procedía de la costa meridional y quizá nunca había oído hablar de la rama familiar oriunda de la costa norte. Su padre había sido subastador, lo que en aquellos tiempos quería decir animador, charlatán y, en ocasiones, ladrón. Propietario de bienes raíces, de la ferretería y de las empresas de servicios públicos, Amos era también uno de los directores del banco. Tenía un despacho en Cartwright Block, delante del jardín. Su mujer era de Connecticut, que para nosotros, en aquella época, representaba un remoto páramo desierto en cuyos límites orientales se asentaba la ciudad de Nueva York. Poblaban la gran metrópoli forasteros acosados, nerviosos y avaros que carecían del valor necesario para bañarse con agua fría a las seis de la mañana y vivir con compostura existencias de insoportable aburrimiento. Cuando yo la conocí, la señora Cabot tenía probablemente cuarenta y pocos años. Era una mujer de baja estatura, y su rostro poseía ese vivo color rojo de los alcohólicos, aunque militaba decididamente en pro de la abstinencia. Sus cabellos eran blancos como la nieve. Tenía un pecho y una espalda prominentes y una memorable curva en la columna vertebral, que tanto podía deberse a un corsé cruel como a un principio de lordosis. Nadie sabía exactamente la razón de que Cabot se hubiera casado con aquella excéntrica de la remota Connecticut—después de todo, era asunto suyo—, pero era propietaria de casi todas las viviendas de la ribera este del río, habitadas por los trabajadores de la fábrica de cubertería de plata. Estos inmuebles eran bienes rentables, pero hubiera sido una presunción injustificable creer que él se había casado con ella por dinero. Ella misma cobraba los alquileres. Presumo que hacía también las faenas domésticas, y vestía con sencillez, aunque llevaba en la mano derecha siete anillos con diamantes muy grandes. Evidentemente había leído en algún sitio que los diamantes son una inversión sólida, y las resplandecientes piedras resultaban tan atractivas como una

cuenta bancaria. Tenía diamantes redondos, cuadrados, rectangulares y algunos tallados en forma de aguja. El jueves por la mañana los lavaba en una solución de joyería y los ponía a secar en el patio de tender la ropa. Nunca dio explicaciones al respecto, pero la excentricidad era tan habitual en el pueblo que su conducta no se consideraba anómala.

La señora Cabot hablaba una o dos veces al año en la Botolphs Academy, donde muchos de nosotros cursábamos estudios. Disertaba sobre tres temas: «Mi Viaje a Alaska» (con diapositivas), «Los perjuicios del tabaco» y «Lo nocivo del alcohol». La bebida era para ella un vicio tan impensable que no lo atacaba con excesiva vehemencia, pero la sola idea del tabaco la encendía. ¿Era posible imaginar a Cristo en la cruz fumando un cigarrillo?, nos preguntaba. ¿Cabía concebir que la Virgen María fumase? Una gota de nicotina administrada a un cerdo por expertos técnicos de laboratorio había causado la muerte del animal. Convertía el hecho de fumar en un hábito irresistible, y si muero de cáncer de pulmón se lo reprocharé a la señora Cabot. Daba sus conferencias en lo que denominábamos Great Study Hall. Era una amplia sala del segundo piso, con cabida para todos nosotros. La academia databa de la década de 1850 y tenía las altas, bellas y espaciosas ventanas de aquel período de la arquitectura norteamericana. En primavera y en otoño, el edificio parecía elegantemente suspendido sobre sus cimientos, pero en invierno se filtraba por los ventanales un aire glacial. En el Great Study Hall nos permitían conservar puesto el abrigo, el sombrero y los guantes. Agravaba esta situación el hecho de que mi tía abuela Anna había comprado en Atenas una amplia colección de moldes de yeso, de manera que tiritábamos y aprendíamos de memoria los verbos volitivos en compañía de al menos una docena de dioses y diosas en desnudez absoluta. Así pues, la conferenciante echaba pestes contra los venenos del tabaco no sólo ante nosotros, sino asimismo ante Venus y Hermes. Era una mujer de prejuicios violentos y lamentables, y supongo que hubiera incluido tranquilamente en sus diatribas a los negros y a los judíos, pero en el pueblo sólo había una familia de negros y otra de judíos, y ambas eran ejemplares. La posibilidad de que en el pueblo brotase la intolerancia no se me pasó por la cabeza hasta mucho más tarde, cuando mi madre llegó a nuestra casa de Westchester el Día de Acción de Gracias.

De esto hace algunos años: las autopistas de Nueva Inglaterra no estaban aún terminadas, y el viaje de Nueva York a Westchester requería cuatro horas. Salí por la mañana, muy temprano, y primero fui en automóvil a Haverhill, donde pasé por la escuela de la señorita Peacock para recoger a mi sobrina. Luego me dirigí a St. Botolphs y encontré a mi madre en la entrada, sentada en la silla de un acólito. La silla tenía un respaldo ojival, y lo coronaba una flor de lis grabada en madera. ¿De qué iglesia húmeda de lluvia habían robado aquel mueble? Mamá llevaba un abrigo y el bolso yacía a sus pies. «Estoy lista», dijo. Seguramente estaba preparada desde hacía una semana. Parecía terriblemente sola. «¿Te apetece beber algo?», preguntó. Yo la conocía lo bastante para no morder el anzuelo. Si le hubiera respondido que sí, habría ido a la despensa y habría vuelto diciendo, con una sonrisa apenada: «Tu hermano se ha bebido todo el whisky.» De modo que iniciamos el regreso hacia Westchester. El día era frío y nublado, y descubrí que me cansaba conducir, aunque la fatiga no tuvo nada que ver con lo que ocurrió después. Dejé a mi sobrina en casa de mi hermano, en Connecticut, y seguí el trayecto hacia mi casa. Ya había oscurecido cuando el viaje concluyó. Mi mujer había hecho los preparativos usuales ante la llegada de mi madre. La chimenea estaba encendida y había un jarrón de rosas sobre el piano, té y sándwiches con emparedados de pasta de anchoas.

—Qué bonito es tener flores —dijo mamá—. Las adoro. No puedo vivir sin ellas. Si sufriera algún revés económico y tuviera que elegir entre ellas y la comida, creo que me quedaría con las flores...

No pretendo dar la impresión de que era una anciana elegante, pues había lagunas en su comportamiento. Mencionaré, muy a pesar mío, algo que me refirió su hermana tras la muerte de mamá. Parece ser que hubo un tiempo en que aspiró a un empleo en la policía de Boston. Por entonces tenía montones de dinero, e ignoro por completo las razones de dicha iniciativa. Supongo que querría ser una mujer policía. No sé en qué departamento pretendía ingresar, pero siempre la he imaginado vistiendo un uniforme azul oscuro, con un manojito de llaves colgando de la cintura y una porra en la mano derecha. Mi abuela la disuadió de la idea, pero proyectaba, entre otras, la imagen de la mujer policía cuando tomaba el té junto a nuestra chimenea. Esa noche se propuso adoptar lo que ella consideraba una actitud aristocrática. A este respecto, solía decir: «Debe de haber por lo menos una gota de sangre plebeya en la familia. Si no, no se explica tu afición por la ropa rasgada y andrajosa. Siempre has tenido un montón de ropa y siempre has elegido harapos.»

Preparé un combinado y expresé lo mucho que me había alegrado ver a mi sobrina.

—La señorita Peacock ha cambiado —dijo mamá con tristeza.

—No lo sabía —dije—. ¿En qué sentido?

—Ha aflojado las tuercas.

—No comprendo.

—Permite la entrada a los judíos —declaró. Escupió la última palabra como si le quemara.

—¿No podemos cambiar de tema? —pregunté.

—No veo por qué —repuso ella—. Tú has empezado.

—Mi mujer es judía, mamá.

Mi esposa estaba en la cocina.

—No es posible —dijo mi madre—. Su padre era italiano.

—Su padre —la corregí— es un judío polaco.

—Bien, yo vengo de una antigua familia de Massachusetts y no me avergüenzo de ello, aunque no me gusta que me llamen yanqui.

—Eso es distinto.

—Tu padre decía que el único judío bueno es el judío muerto, pero a mí el juez Brandeis me parecía encantador.

—Creo que va a llover —comenté. Era una de nuestras maneras clásicas de poner término a una conversación, y la usábamos para expresar furia, hambre, amor y miedo a la muerte. Entró mi mujer y mamá reanudó la rutina.

—Hace casi el frío necesario para que nieve —dijo—. Cuando tú eras pequeño, solías rezar para que nevase o helase. Dependía de que quisieras patinar o esquiar. Eras muy especial. Te arrodillabas junto a la cama y pedías a Dios en voz alta que gobernase los elementos. Nunca rezabas para obtener otros bienes. Nunca oí que le pidieras una bendición para tus padres. En verano nunca rezabas.

Los Cabot tenían dos hijas: Geneva y Molly. Geneva era la mayor y estaba considerada como la más guapa. Molly fue mi novia durante aproximadamente un año. Era una jovencita encantadora, con una mirada soñolienta que rápidamente disipaba una radiante sonrisa. Tenía un pelo castaño claro que reflejaba la luz. Cuando estaba cansada o excitada, su labio superior se perlaba de sudor. De noche, yo iba andando hasta su casa y me sentaba con ella en el salón bajo la más estricta vigilancia. La señora Cabot, por supuesto, sentía un pánico manifiesto por todo lo relativo al sexo. Nos vigilaba desde el comedor. Arriba se oía un golpeteo sordo, muy alto y regular. Era la máquina de remo de Amos Cabot. A veces nos dejaban pasear juntos, siempre que no nos alejáramos de las calles principales, y cuando tuve edad suficiente para conducir, la llevaba en coche a los bailes del club. Yo era enormemente —patológicamente— celoso, y si me parecía que ella se estaba divirtiendo con algún otro, me quedaba parado en una esquina, acariciando ideas de suicidio. Recuerdo que una noche la llevé de vuelta a la casa de Shore Road.

A finales de siglo, alguien decidió que St. Botolphs podía tener un buen futuro como centro turístico, y en un extremo de Shore Road edificaron cinco palacetes. Los Cabot vivían en uno de ellos. Tenían torres redondas, con tejados cónicos, y se alzaban un piso o dos por encima de las restantes viviendas. Sorprendentemente, las torres carecían del menor cariz militar, y por eso sospecho que pretendían ofrecer un aspecto romántico. ¿Qué había en ellas? Estudios, me figuro, habitaciones de criadas, muebles rotos y baúles que debían de ser el escondite predilecto de los abejorros. Aparqué mi coche delante de la casa de los Cabot y apagué las luces. La mansión se alzaba, oscura, sobre nuestras cabezas.

Fue hace mucho tiempo, tanto que el follaje de los olmos formaba parte de la noche veraniega. (Fue hace tanto tiempo que cuando uno quería girar a la izquierda bajaba la ventanilla e indicaba con la mano la dirección del giro. Estaba prohibido hacer, con la mano, ninguna otra señal. «No señales con la mano», te decían. No puedo imaginar por qué, a menos que fuese porque el gesto se considerara erótico.) Los bailes —las reuniones— eran formales, y yo vestía un esmoquin cedido por mi padre a mi hermano y por mi hermano a mí como si fuese un escudo de armas o una antorcha suntuaria. Estreché a Molly entre mis brazos. Ella me correspondió. No soy alto (en ocasiones, tengo inclinación a encoger los hombros), pero la ternura y la convicción de que me aman produce en mí efectos militares. Alcanzo toda mi estatura (uno ochenta y pico), y me embarga un clamoroso tumulto emocional. A veces me zumban los oídos. Puede ocurrir en cualquier lugar del mundo, en una casa de ginseng de Seúl, por ejemplo, pero sucedió aquella noche delante de la casa de los Cabot, en Shore Road. Molly dijo luego que tenía que irse. Su madre estaría espiando por la ventana. Me pidió que no la acompañara a casa; no debían verme. La acompañé por el sendero y la escalera hasta el porche, y cuando ella trató de abrir la puerta, la encontró cerrada con llave. Me pidió de nuevo que me fuese, pero no podía dejarla allí, ¿verdad? Entonces se encendió una luz y abrió la puerta un enano. Era un ser completamente deforme: hidrocefálico, de rasgos hinchados, piernas gruesas y cruelmente encorvado. Me hizo pensar en el circo. La encantadora jovencita empezó a llorar. Entró en la casa, cerró la puerta y yo me quedé solo en la noche estival en compañía de los olmos y el sabor del viento

del este. Después de este incidente, ella me evitó durante una semana, y Maggie, nuestra vieja cocinera, me puso al corriente de los hechos.

Pero antes mencionaré otros detalles. Era verano, y en verano casi todos íbamos a un campamento en el cabo, a cargo del director de la academia de Botolphs. Los meses transcurrían de una forma tan irreflexiva y deprimente que no los recuerdo en absoluto. Yo dormía al lado de un chico de apellido DeVarenes, a quien conozco de toda la vida. Estábamos juntos casi todo el tiempo. Jugábamos a las canicas, dormíamos juntos, formábamos parte del mismo equipo, y una vez hicimos un viaje en canoa que duró diez días y en el curso del cual casi nos ahogamos. Mi hermano decía que incluso empezábamos a pareceros. Fue la relación más gratificante y franca que he entablado en mi vida. (Todavía me telefona una o dos veces al año desde San Francisco, donde vive una existencia infeliz con su mujer y tres hijas solteras. Siempre me da la impresión de estar borracho: «Éramos felices, ¿verdad?», me pregunta.) Un día, otro chico, un desconocido llamado Wallace, me preguntó si quería atravesar el lago nadando. Podría alegar que yo no sabía nada del tal Wallace, y en verdad sabía muy poco, pero no ignoraba, o bien presentía, que era un solitario. Era algo tan manifiesto como —o más patente que— cualquier otra de sus características. Actuaba como se esperaba que actuase. Jugaba a la pelota, hacía la cama, recibía clases de navegación y obtuvo su certificado de socorrista, pero todo ello más parecía una cuidadosa impostura que una forma de participación. Era desventurado y solitario, y tarde o temprano, lloviese o brillase el sol, se lo contaría a alguien y, al realizar el acto de confesión, solicitaría una imposible declaración de lealtad por nuestra parte. Todos sabíamos esto, pero fingíamos ignorarlo. El entrenador de natación nos dio permiso y cruzamos el lago a nado. Utilizamos un torpe estilo lateral que todavía me parece más práctico que nadar levantando los brazos, como actualmente obligan a hacer en aquellas piscinas donde paso la mayor parte de mi tiempo. Nadar de costado es propio de la clase baja. Una vez vi nadar así en una piscina, y cuando me interesé por la identidad del nadador, me respondieron que era el mayordomo. Cuando un barco naufrague o un avión caiga al mar, intentaré alcanzar el bote salvavidas nadando según los cánones y me ahogaré con impecable estilo; con el braceo de la clase baja, en cambio, tendría la supervivencia asegurada.

Atravesamos el lago, descansamos tumbados al sol —sin confidencias—, y volvimos otra vez a nado. Al llegar a nuestra cabaña, DeVarenes me llevó aparte.

—No quiero verte otra vez con ese Wallace.

Le pregunté por qué. Me lo dijo:

—Wallace es hijo bastardo de Amos Cabot. Su madre es una prostituta. Viven en una de las casas del otro lado del río.

Al día siguiente, el tiempo fue caluroso y resplandeciente, y Wallace me preguntó si quería volver a efectuar la travesía del lago. Le respondí que claro, claro que sí, y la hicimos. Al regresar al campamento, DeVarenes no me dirigió la palabra. Esa noche se alzó un viento del nordeste y llovió durante tres días. DeVarenes me perdonó y no recuerdo haber vuelto a cruzar el lago con Wallace. En cuanto al enano, Maggie me dijo que era el fruto de un matrimonio anterior de la señora Cabot. Trabajaba en la fábrica de cubertería de plata, pero iba temprano al trabajo y no volvía hasta después del atardecer. Procuraban mantener en secreto su existencia. Era un caso insólito, aunque en la época de la que estoy hablando no carecía de precedentes. Los Trumbull ocultaban en el desván a la hermana loca de la señora Trumbull, y el tío Peepee Marshmallow, un exhibicionista, a menudo permanecía meses escondido.

Era una tarde de invierno, una tarde de principios de invierno. La señora Cabot lavó sus diamantes y los colgó para que se secaran. Luego subió al piso de arriba a echar una siesta. Afirmaba que no había conseguido echar una siesta en toda su vida, y cuanto más profundo era su sueño, más insistente su empeño en que no había dormido. No constituía tanto una excentricidad cuanto el hábito del avestruz que prevalecía en aquella parte del mundo a la hora de exponer los hechos. Se despertó a las cuatro y bajó a recoger sus piedras preciosas. Pero habían desaparecido. Llamó a Geneva, pero no recibió respuesta. Cogió un rastrillo y lo pasó por los rastros que había debajo del tendedero. No encontró nada. Llamó a la policía.

Como he dicho, era una tarde de invierno, y los inviernos eran muy fríos. Para calentarnos, y a veces para sobrevivir, encendíamos fuegos y también grandes estufas de carbón que de vez en cuando escapaban a nuestro control. Una noche de invierno suponía una amenaza, y ello explica en parte el temor que experimentábamos al contemplar, a finales de noviembre y diciembre, la luminaria que se apagaba en el oeste. (Los diarios de mi padre, por ejemplo, contenían numerosas descripciones de crepúsculos invernales, y no porque él fuese un hombre crepuscular, sino porque la llegada de la noche significaba peligro y sufrimiento.) Geneva había preparado una maleta, recogido los diamantes y subido al último tren que abandonaba la ciudad: el de las 4.37. Tuvo que ser muy emocionante. Inevitablemente, alguien tenía que acabar robando las joyas. Eran un cebo evidéntísimo, y Geneva llevó a cabo lo que se había propuesto. Esa noche llegó en tren a Nueva York y tres días después embarcó en el transatlántico *Serapis*, rumbo a Alejandría. De allí se trasladó a Luxor en barco, y en esta última ciudad, al cabo de dos meses, abrazó la fe musulmana y se casó con un noble egipcio.

Leí la noticia del robo en el periódico vespertino del día siguiente. Yo repartía los periódicos. Había empezado mi cometido a pie, luego conseguí una bicicleta, y a los dieciséis años me cedieron un viejo camión Ford. ¡Era chófer de camión! Rondaba por la sala de linotipia hasta que se imprimían todos los ejemplares, y luego recorría en mi vehículo los cuatro pueblos de las inmediaciones, arrojando fardos a la puerta de las confiterías y las papelerías. Durante los campeonatos mundiales de béisbol, tiraban una segunda edición con recuadros que informaban de los resultados, y después de haber atardecido, viajaba de nuevo a Travertine y demás lugares a lo largo de la orilla. Las carreteras eran oscuras, había poco tráfico, y no estaba prohibido quemar hojarasca, de suerte que la atmósfera era tánica, melancólica y estimulante. Es posible atribuir una importancia misteriosa y desmesurada a un simple viaje, y este segundo trayecto me hacía muy feliz. Yo temía el final de los campeonatos mundiales del mismo modo que se teme el epílogo de cualquier placer, y de haber sido más joven hubiera rezado. **ROBADAS LAS JOYAS DE CABOT**, decían los titulares, y el periódico no volvió a mencionar jamás el incidente. Tampoco se habló de él para nada en nuestra casa, lo cual no era raro. No se comentó en absoluto el hecho de que el señor Abbott se ahorcara colgándose de un peral en la puerta de al lado.

Aquel domingo por la tarde, Molly y yo dimos un paseo por la playa de Travertine. Yo tenía problemas, pero los de Molly eran mucho más serios. No le preocupaba que Geneva hubiera robado los diamantes. Lo único que quería saber era el paradero de su hermana, y no lo habría de descubrir hasta seis semanas más tarde. Sin embargo, la noche anterior había sucedido algo en su casa. Había habido una escena entre sus padres, y Amos Cabot se había marchado. Molly me lo contó mientras caminábamos descalzos. Lloraba. Me hubiera gustado olvidar el relato en cuanto terminó su narración.

Hay niños que perecen ahogados, hermosas mujeres que mueren destrozadas en accidentes de coche, cruceros que naufragan y hombres que fallecen de una lenta muerte en submarinos y minas, pero nada de esto hallará el lector en mi narrativa. En el último capítulo, el barco llega intacto a

puerto, los niños se salvan, y los mineros son rescatados. ¿Es una flaqueza cursi o la convicción de que hay verdades morales discernibles? El señor X defecó en el cajón superior de la cómoda de su esposa. Esto es un hecho, pero yo digo que no es una verdad. Al describir St. Botolphs, preferiría pintar la ribera oeste del río, donde las casas eran blancas y tañían las campanas de la iglesia, pero al otro lado del puente había una fábrica de cubiertos de plata, las viviendas de las que era propietaria la señora Cabot y el hotel Comercial. Cuando baja la marea, es posible percibir el olor a gasolina del mar en las ensenadas del Travertine. Los titulares del periódico de la tarde hablaban de un asesinato en la carretera nacional. Las mujeres de las calles eran feas. Incluso las maniquís de los escaparates parecían cargadas de hombros, deprimidas y ataviadas con ropas que no les sentaban bien. Hasta la novia, en su exultación, daba la impresión de haber recibido malas noticias. Los políticos eran neofascistas, la fábrica no tenía sindicato, los alimentos no eran comestibles, y el viento nocturno resultaba amargo. Se trataba de un mundo provinciano y tradicional con muy pocas de las ventajas propias de los lugares pequeños y tradicionalistas, y si hablo de la beatitud de todos aquellos pueblecitos, me refiero siempre a la ribera oeste. En la ribera este se hallaba el hotel Comercial, la morada de Doris, un homosexual que trabajaba de día como supervisor en la fábrica y en el bar por la noche, explotando la extraordinaria lasitud moral de la localidad. Todo el mundo conocía a Doris, y muchos de sus clientes habían utilizado sus servicios en un momento u otro. No había en ello escándalo ni deleite. Doris cobraba todo lo posible a un viajante de comercio, pero lo hacía gratis con los clientes asiduos. Era menos una cuestión de tolerancia que de desventurada indiferencia, de falta de visión, de energía moral, de la espléndida ambición del amor romántico. En noches de pelea, Doris demuele el bar a golpes. Si lo invitas a tomar una copa, te apoya la mano en el brazo, en el hombro, en la cintura, y si avanzas medio centímetro en dirección a él, te echará mano a la golosina. El ajustador de la fábrica, el marginado, el relojero, le pagan una copa. (Una vez, un desconocido gritó al camarero: «Dile a este hijo de puta que saque la lengua de mi oreja», pero era un forastero.) Este no es un universo de transeúntes, no hay erráticos viajeros, más de la mitad de estos hombres nunca vivirán en otro lugar, y no obstante parecen la quintaesencia del nomadismo espiritual. El teléfono suena y el camarero le hace señas a Doris. Hay un cliente en la habitación 8. ¿Por qué habría de llegar yo más temprano a la ribera oeste, donde mis padres están jugando al bridge con el matrimonio Pinkham a la luz dorada de una gran araña de gas?

Culpo de ello al asado, al asado, al asado dominical que nos vende el carnicero, quien luce un canotier de paja con una pluma de faisán en la cinta del sombrero. Me figuro que el asado entró en nuestra casa el jueves o el viernes, envuelto en un papel ensangrentado y transportado en la parrilla de una bicicleta. Sería una exageración grosera decir que la carne poseía la fuerza explosiva de una mina terrestre capaz de arrancarte los ojos y los genitales, pero su poder era desmesurado. Nos sentábamos a comer después de ir a la iglesia. (Mi hermano vivía en Omaha, así que sólo éramos tres.) Mi padre afilaba el cuchillo de trinchar y hacía un corte en la carne. Era muy diestro con el hacha y la sierra de corte transversal, y podía derribar en poco tiempo un árbol grande, pero el asado del domingo era otro cantar. Una vez que había hecho el primer corte, mi madre suspiraba. Era una ejecución extraordinaria, tan sonora y tan rotunda que parecía como si su vida peligrase. Como si la misma alma fuese a soltarse de sus bisagras y se le escapase por la boca abierta.

—Leander, ¿no aprenderás nunca que hay que trinchar el cordero en el sentido contrario a la fibra? —decía ella.

Una vez iniciada la batalla del asado, las réplicas eran tan veloces, predecibles y tediosas que no tendría sentido transcribirlas. Al cabo de cinco o seis comentarios hirientes, mi padre agitaba el cuchillo en el aire y gritaba:

—¿Serías tan amable de no meterte en lo que no te importa? ¿Serías tan amable de cerrar el pico?

Ella suspiraba una vez más y se llevaba una mano al corazón. Seguramente era su último suspiro. Luego, mirando el aire que se cernía sobre la mesa, decía:

—Qué brisa más refrescante.

Rara vez había brisa, por supuesto. Podía no correr aire o la atmósfera ser de pleno invierno, lluviosa o cualquier otra cosa. Su comentario era el mismo en todas las estaciones. ¿Venía a ser una encomiástica metáfora sobre la esperanza, la serenidad del amor (que yo creo que nunca había experimentado), o se trataba de nostalgia por una noche de verano, afectuosa y comprensiva, en que nos sentamos dichosos sobre el césped, a la orilla del río? ¿No era mejor ni peor que la clase de sonrisa que dedica a la estrella vespertina un hombre enteramente desesperado? ¿Constituía una profecía de que la generación siguiente sería tan hábil para las evasivas que encontrarían vedados para siempre los esplendores de una apasionada confrontación?

El telón se abre ahora en Roma. Es primavera, cuando las cautas golondrinas acuden en bandada a la ciudad para eludir las escopetas de Ostia. El rumor de los pájaros se vuelve más débil a medida que la luz del día va perdiendo su brillo. Entonces se oye al otro lado del patio la voz de una mujer norteamericana. Está vociferando.

—Eres una maldita basura que no vale para nada. No sabes ganarte un céntimo, no tienes ni un solo amigo, y en la cama eres un asco...

No hay respuesta, y uno se pregunta si está apostrofando a la oscuridad. Luego un hombre tose. Es lo único que se oirá de él.

—Oh, ya sé que he vivido contigo ocho años, pero si alguna vez has pensado que esto me gustaba es porque eres tan majadero que no reconocerías lo auténticamente bueno si lo tuvieras. Cuando me corro, los cuadros se caen de las paredes. Contigo siempre es un acto...

Las campanas altas y bajas que suenan en Roma a esa hora del día habían empezado a repicar. Sonreí al oír aquel sonido a pesar de que carecía de importancia para mi vida y mi fe, de que no poseía una auténtica armonía, nada semejante a las revelaciones hechas por la voz al otro lado del patio. ¿Por qué habría de preferir la descripción de las campanas de la iglesia y de las bandadas de golondrinas? ¿Se trata de algo pueril, de una especie de naturaleza proclive a las postales de felicitación, una antojadiza y afeminada negativa a mirar de frente los hechos? La mujer prosigue con su cantinela, pero ya no la escucho. La emprende con el pelo, la mente y el espíritu de su compañero, mientras observo que ha empezado a caer una débil lluvia cuyo efecto es intensificar el ruido del tráfico en el Corso. Ahora se ha puesto histérica, habla con voz entrecortada, y pienso que quizá, en el apogeo de sus maldiciones, se echará a llorar y pedirá perdón al hombre. No lo hará, por supuesto. Lo perseguirá con un cuchillo de trinchar y él acabará en la sala de urgencias del policlínico, alegando que se ha herido a sí mismo, pero cuando salgo a cenar, sonriendo a mendigos, fuentes, niños y a las primeras estrellas de la tarde, me digo a mí mismo que todo saldrá estupendamente. Qué brisa más refrescante.

Mis recuerdos de los Cabot son sólo una nota a pie de página con respecto a mi obra principal, y empiezo a trabajar temprano estas mañanas de invierno. Todavía está oscuro. Aquí y allí, en las

esquinas, a la espera de los autobuses, hay mujeres vestidas de blanco. Calzan zapatos blancos y llevan medias y uniformes blancos que asoman por debajo de sus abrigos blancos. ¿Son enfermeras, empleadas de un salón de belleza, ayudantes de dentista? No lo sabré nunca. Normalmente llevan una bolsa de papel de estraza que contiene, supongo, jamón de centeno o un termo de leche entera. Hay poco tráfico a esta hora. Un camión de la lavandería entrega uniformes en el Fried Chicken Shack, y en Asburn Place hay un camión de reparto de leche; el último de esta generación. Hasta dentro de media hora, los autobuses amarillos de los colegios no comenzarán su recorrido.

Trabajo en un bloque de apartamentos llamado Prestwick. Tiene siete pisos y creo que data de finales de los años veinte. Posee la persuasión del estilo Tudor. Los ladrillos son irregulares, hay un pretil en el techo, y el letrero que anuncia las vacantes es literalmente una tablilla que cuelga de cadenas de hierro y chirría románticamente cuando la mece el viento. A la derecha de la puerta hay una lista de tal vez veinticinco nombres de médicos, pero no son corteses curanderos con estetoscopios y martillos de goma; son psicoanalistas, y éste es el paraíso de las sillas de plástico y los ceniceros llenos. No sé por qué han escogido este lugar, pero sobrepasan en número a los demás inquilinos. De vez en cuando se ve a una mujer con un carrito de la compra y un niño esperando el ascensor, pero lo más normal es encontrar los rostros desolados de hombres y mujeres con problemas. A veces sonríen; a veces hablan solos. Parece que los negocios no son boyantes en estos tiempos, y el médico del despacho contiguo al mío está muchas veces en la entrada, mirando por la ventana. ¿Qué piensa realmente un psicoanalista? ¿Se pregunta qué habrá sido de aquellos pacientes que desistieron, que rechazaron la terapia de grupo, que desatendieron sus advertencias y sus consejos? Conocerá no pocos secretos. Yo intenté asesinar a mi marido. Yo traté de matar a mi mujer. Hace tres años tomé una sobredosis de pastillas para dormir. El año anterior me corté las venas. Mi madre quería que yo fuese chica. Mi madre quería que yo hubiese sido chico. Mi madre quería que fuese homosexual. ¿Adonde habrían ido, qué estarían haciendo? ¿Seguían casados, se peleaban en la mesa, decoraban el árbol de Navidad? ¿Se habían divorciado, vuelto a casar, saltado los puentes, ingerido Seconal, pactado algún tipo de tregua, devenido homosexuales o mudado a una granja de Vermont donde proyectaban cultivar fresas y llevar una vida sencilla? El médico a veces se queda una hora junto a la ventana.

Mi verdadera labor de estos días es escribir una edición del *New York Times* que alegre los corazones de los hombres. ¿Hay mejor ocupación? El *Times* es un eslabón oxidado, aunque crítico, de la cadena que me une con la realidad, pero a lo largo de estos últimos años sus noticias han sido monótonas. Los profetas del desastre final han enmudecido. Lo único que puede hacer uno es ir reuniendo piezas sueltas. El artículo principal es el siguiente: EL TRASPLANTE DE CORAZÓN DEL PRESIDENTE HA SIDO CONSIDERADO SATISFACTORIO. En la parte inferior izquierda figura este recuadro: IMPUGNADO EL COSTE DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO A J. EDGAR HOOVER. «El subcomité de monumentos conmemorativos amenaza con reducir a la mitad los siete millones de dólares destinados a perpetuar la memoria del difunto J. Edgar Hoover con un templo a la Justicia...» Columna tres: LEGISLACIÓN POLÉMICA RECHAZADA POR EL SENADO. «El reciente proyecto de ley, que convierte en delito sustentar pensamientos malévolos respecto de la Administración, fue rechazado esta tarde por cuarenta y tres votos a favor y siete en contra.» Y así sigue y sigue. Hay editoriales alentadores y robustos, emocionantes noticias deportivas y, por supuesto, el tiempo es siempre soleado y cálido, a menos que necesitemos lluvia. Entonces tenemos lluvia. El grado de contaminación del aire es nulo, e incluso en Tokio la gente lleva cada vez menos mascarillas quirúrgicas. Durante las vacaciones de fin de semana se cerraron todas las autopistas, carreteras y pasos. ¡Alégrese el mundo!

Pero volvamos a los Cabot. La escena que me hubiera gustado olvidar o pasar por alto tuvo lugar la noche siguiente al día en que Geneva robó los diamantes. Guarda relación con el sistema de cañerías. Muy pocas casas del pueblo tienen una instalación adecuada. Por lo general, solía haber un retrete en el sótano para la cocinera y para el hombre que venía a partir leña, y un solo cuarto de baño en el segundo piso para el resto de la familia. Algunos eran muy espaciosos, y los Endicott tenían chimenea en el suyo. En un momento dado, la señora Cabot decidió que el cuarto de baño era su refugio privado. Llamó a un cerrajero e instaló una cerradura en la puerta. El señor Cabot estaba autorizado a darse un baño con esponja todas las mañanas, pero después se cerraba el cuarto y su mujer guardaba la llave en un bolsillo. Amos Cabot se vio obligado a usar un orinal, pero desde que volvió de la costa sur me imagino que esto no representaría sacrificio alguno para él. Incluso puede que sintiese nostalgia. Estaba utilizando el orinal aquella noche, a una hora tardía, cuando la señora Cabot se acercó a la puerta de su habitación (dormían en habitaciones separadas).

—¿Vas a cerrar esa puerta? —gritó—. ¿Vas a cerrar de una vez esa puerta? ¿Voy a tener que oír ese ruido horrible durante el resto de mi vida?

Ambos estaban en pijama, y ella había recogido en trenzas sus cabellos níveos. Cogió el orinal del suelo y arrojó su contenido a la cara del marido. Él derribó de una patada la puerta cerrada del cuarto de baño, se lavó, se vistió, hizo la maleta y cruzó el puente rumbo a la casa de la señora Wallace, en la ribera este.

Se quedó allí tres días y después volvió. Le preocupaba Molly, y en un pueblo tan pequeño había que cuidar las apariencias: por la señora Wallace y también por él mismo. Dividió su tiempo entre las riberas este y oeste hasta aproximadamente una semana después, en que cayó enfermo. Se sentía decaído. Se quedaba en la cama hasta el mediodía. Se vestía e iba a su despacho, pero regresaba al cabo de una hora. El médico lo examinó y no encontró nada anómalo.

Una noche, la señora Wallace vio a la señora Cabot saliendo de la farmacia de la ribera este. Contempló cómo su rival cruzaba el puente y luego entró en el comercio y preguntó al dependiente si la señora Cabot era una cliente asidua.

—Eso mismo me he preguntado yo —respondió el hombre—. Claro que suele venir a cobrar los alquileres, pero siempre he pensado que iba a otras farmacias. Ha venido a comprar veneno para hormigas; concretamente, arsénico. Dice que en su casa de Shore Road hay cantidad de horribles hormigas, y que el arsénico es la única manera de librarse de ellas. A juzgar por la cantidad de veneno que ha comprado, las hormigas deben de ser monstruosas.

La señora Wallace podría haber advertido a Amos Cabot, pero nunca volvió a verlo.

Después del entierro, la señora Wallace fue a ver al juez Simmons y le dijo que quería acusar de asesinato a la señora Cabot. El dependiente de la farmacia tendría apuntadas las compras de arsénico y el hecho bastaría para incriminarla.

—Es posible que lo tenga anotado —dijo el juez—, pero no va a entregarle esas notas a usted. Lo que usted está solicitando es la exhumación del cuerpo y un largo juicio en Bernstable, y no tiene ni el dinero ni la reputación necesarios para permitírselo. Fue amigo suyo, lo sé, durante dieciséis años. Era un hombre excelente, pero ¿por qué no se consuela pensando en todos esos años de relación con él? Y otra cosa. Le ha dejado a usted y a Wallace una herencia sustanciosa. Si la señora Cabot se

viera obligada a impugnar el testamento, usted podría perderlo todo.

Fui a Luxor a ver a Geneva. Volé a Londres en un 747. Sólo había tres pasajeros; pero, como digo, los profetas del desastre final han enmudecido. Remonté desde El Cairo el curso del Nilo en un bimotor de hélices que volaba bajo. Como la erosión producida por el viento es muy semejante a la que produce el agua, aquella región del Sahara parece arrasada por inundaciones, ríos, corrientes, arroyos y arroyuelos, efecto del ímpetu de los elementos que buscan salida natural. Las estribaciones son acuosas y arbóreas, y los falsos lechos fluviales adoptan allí la forma de un árbol que se esfuerza por alcanzar la luz. Hacía un frío glacial en El Cairo cuando despegamos poco antes del amanecer. En Luxor, en cuyo aeropuerto me aguardaba Geneva, hacía calor.

Me alegró muchísimo verla, tanto que no capté muchos detalles, pero advertí que había engordado. No quiero decir que estuviese rellenita; me refiero a que pesaba unos ciento cuarenta kilos. Era una mujer gordísima. Antaño de un burdo color rubio, sus cabellos se habían vuelto dorados, pero su acento de Massachusetts era tan fuerte como siempre. En el Alto Nilo me sonaba a música. Su marido, ya ascendido a coronel, era un hombre esbelto y de edad mediana, pariente del último rey. Era propietario de un restaurante en las afueras de la ciudad, y vivían en un agradable apartamento encima del comedor. Hombre de buen humor, el coronel era inteligente —un calavera, supuse—, y bebía mucho. Cuando visitamos el templo de Karnak, nuestro dragomán llevó hielo, ginebra y tónica. Pasé una semana con ellos, sobre todo en templos y tumbas. De noche íbamos a su bar. Había amenazas de guerra —el cielo estaba siempre lleno de aviones rusos—, y el único turista era un inglés que leía su propio pasaporte sentado en el bar. El último día nadé en el Nilo (de costado), y me llevaron en coche al aeropuerto, donde besé a Geneva y dije adiós a los Cabot.

Apuntes para una teoría del Universo

Por Rodrigo Fresán

ALELUYA ABRACADABRA. Hágase la luz. Pero también, al mismo tiempo, háganse las sombras. Esa radiación oscura que, muchas veces sin siquiera ser conscientes de ello, proyectan hombres y mujeres iluminados en las calles, en reuniones con martinis en mano, en fiestas junto a la piscina, en un vagón de tren casi vacío, en furtivos encuentros amorosos o a solas mientras se cruza un puente o se cruza un océano; en casas junto al mar o en pequeños pisos de ciudad, en inglés o en italiano, o en ruso, o en un idioma extraño que aparece sin aviso en sus bocas y que los obliga a repetir, como si se tratara de un mantra: «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zjolpocz ciwego.*»

John Cheever (Massachusetts, 1912-Ossining, 1982) los creó a todos ellos con modales de divinidad distante pero también de mago cercano; de quien sabía que nadie podía hacer *ese* truco tan bien como él. Un truco que siempre necesitaba de voluntarios y fieles y para el que, en más de una ocasión, se ofreció él mismo como voluntario y ofrenda para el sacrificio.

Y vio —y, leyéndolos lo vimos nosotros, también— que eran buenos.

Y que él —aunque perverso, maligno y sádico para con sus criaturas— era mejor aún.

MILAGROS Y PECADOS. Y está claro que la idea del escritor como generador de todo un universo, como arquitecto reconocible de un paisaje que sólo le pertenece a él, no es algo nuevo, y que suele ser uno de los rasgos más reconocibles de la Gran Literatura. Pensemos en Charles Dickens o en Antón Chéjov o en Marcel Proust o en J. G. Ballard; todos ellos, escritores que no se limitan a marcar un territorio, sino que, además, lo habitan. El caso de John Cheever, sin embargo, goza de una particularidad atendible. Sobre todo en sus relatos. Cheever no se limita a ser el *deus ex machina* del asunto, sino que, además, se pone en la piel del pecador.

Cheever es víctima y victimario, confesor y penitente, máscara y enmascarado.

Cheever crea al Homo Cheever a su imagen y semejanza, poniendo una especial y amorosa dedicación en sus perfectos defectos. Las páginas de sus *Diarios* desbordan párrafos dedicados a este conflicto íntimo¹², ventilado, subliminalmente, en público y en las páginas del semanario *The New*

¹² Un par de ejemplos en este sentido: «No nací en una verdadera clase social, y desde muy pronto tomé la decisión de infiltrarme en la clase media como un espía para poder atacar desde una posición ventajosa, sólo que a veces me parece que he olvidado mi visión y tomo mis disfraces demasiado en serio», o «En una reunión de clase alta, bruscamente me siento un paria: un sucio y mezquino falsario merecidamente despreciado, un impostor espiritual y sexual, algo repugnante. Entonces tomo aliento y me pongo muy erguido, y la imagen repulsiva se desvanece. No soy mejor ni peor que los presentes, soy yo mismo.»

Yorker, donde aparecieron la mayoría de sus relatos. Así, sus cuentos —entendidos durante mucho tiempo por crítica y lectores como viñetas amables e inofensivas ocasionalmente teñidas por el rubor de una sátira nunca demasiado violenta— funcionaban, en realidad, como cargas de profundidad en las páginas de una revista tan elegante como aparentemente inofensiva, por siempre respetuosa y hasta celebratoria del *american way of life*¹³. Así, Cheever —moralista desenfrenado, cristiano optimista, sombrío comediante, forense en vida y sin anestesia de toda una clase social, pecador virtuoso, puritano gentil y el más *straight* de los amantes homosexuales— enhebraba ficciones que podían parecer caricias, pero que, en realidad, mordían la mano que le daba de comer. Y, es pertinente aclararlo, sus relatos mordían y siguen mordiendo más con amor que con odio. Y la marca de sus dientes no busca la amarga condena, sino, por el contrario, contagiar la amable rabia de una agri dulce redención.

ADENTRO Y AFUERA. El jesuita George W. Hunt —amigo del escritor— ha estudiado los relatos de John Cheever y los ha separado en personalidades y territorios¹⁴. En cuanto al «tono», Hunt señala la ironía y «lo que está más allá de la ironía» («una ironía que tiene más que ver con una *actitud* que con lo verbal o con lo dramático», que en ocasiones lo acerca a las tribus posmodernas de John Barth, Donald Barthelme, Robert Coover y compañía); cierto humor negro y desesperado (límitrofe con el de Kurt Vonnegut, y Joseph Heller y Bruce Jay Friedman); el constante oscilar entre la comedia y la tragedia para escenificar lo que Cheever, en conversación con John Hersey, refirió como «esos conflictos —entre el amor y la muerte, la juventud y la madurez, la guerra y la paz— que acaban delimitando el vasto vocabulario que utilizamos para las divisiones que nos va planteando la vida. Conflictos para los que, me parece a mí, la literatura se convierte en la mejor manera de refrescarlos, asumirlos, reconocerlos y sentirlos como partes inevitables de nuestras existencias». Y agregó en seguida un apunte técnico más que revelador: «Yo no trabajo con tramas. Yo trabajo con intuiciones, aprehensiones, sueños, conceptos. Los personajes y lo que les acontece a los personajes se me aparecen al mismo tiempo. Los argumentos implican formas narrativas y un montón de basura. Eso no es otra cosa que un calculado intento de mantener la atención del lector a costa del sacrificio de las convicciones morales. Está claro que uno no quiere ser aburrido... Uno necesita de cierto elemento de suspense. Pero un buen relato no es otra cosa que una estructura rudimentaria y funcional, algo parecido a un riñón.»

En cuanto a lo territorial, Hunt divide los cuentos de acuerdo con el paisaje donde transcurren en cuatro categorías principales: Nueva York (escritos por Cheever durante su breve estancia en el 400 East de la calle Cincuenta y nueve), lugares de veraneo (la montaña o el mar), barrios residenciales (Shady Hill, Proxmire Manor, Bullet Park), y el extranjero (por lo general, Italia); y reserva una quinta categoría para «la historia-ensayo-reminiscencia», como «Las joyas de los Cabot» o «Miscelánea de personajes que no aparecerán», donde es el mismo Cheever —o un Cheever *by* Cheever¹⁵— quien se sitúa por encima de la historia y, más que narrarla, la comenta.

Tal vez de ahí que Cheever, ajeno a toda percepción crítica, gustara repartir sus cuentos entre

¹³ En ocasiones, *The New Yorker* se permitía rechazar algún relato de Cheever, por considerarlo demasiado *risqué* o experimental.

¹⁴ Véase *The Hobgoblin Company of Love* (William B. Eerdmans Publishing Company, 1983).

¹⁵ Resulta imperdible aquí la despiadada autoparodia —inciso 7 del relato— en la figura y los diferentes «periodos» del escritor Royden Blake.

los que están escritos «desde adentro» y los que están escritos «desde afuera». Esta percepción «espacial» del propio arte, me parece, no tiene tanto que ver con el punto de vista o la ubicación de la mirada sino con el grado de compenetración con lo que allí se vive y se siente. No hace falta leer demasiados relatos de Cheever para comprender o, por lo menos, intuir su perfecta rareza: la energía de sus anécdotas no reside tanto en lo que ocurre, sino en el modo en que Cheever nos invita a descifrar la compleja estructura del ADN del deseo y los mecanismos ocultos de las pasiones. Sus personajes como símbolos, como cifras, como claves que hay que decodificar.

Leídos por orden, los *Relatos* invitan al lector a una lenta pero constante inmersión en una forma de conciencia en la que, como precisó el crítico Richard Schickel, «va desapareciendo la ironía para acabar imponiéndose la posibilidad cierta del perdón a nuestros pecados y la convicción de que nuestras pérdidas no implican necesariamente que estemos perdidos¹⁶».

Es en este sentido que Cheever es, por encima de cualquier apreciación, un escritor religioso¹⁷, cuya fe abarca tanto los excesos de los antiguos dioses (varios de sus cuentos aparecen sanamente «contaminados» por ecos de Homero y Virgilio y por ese «*amor che muove il sole e l'altre stelle*» en *La divina comedia* de Dante) como los rigores autoflagelantes del Mesías blanco, anglosajón y protestante. De ahí que, al prologar la antología personal *La geometría del amor*¹⁸, *La familia Wapshot*¹⁹, *Bullet Park*²⁰, *Falconer*²¹ y *Esto parece el paraíso*²², yo haya optado por la cartografía cosmogónica de un expulsado que añora el paraíso perdido, que pasa por el purgatorio, y que se hunde en el infierno para, por fin y al fin, reencontrar el sendero que lo lleva de regreso al terreno de los Cielos Prometidos. La literatura como penitencia pero, también, como el más sagrado de los sacramentos entendida por Cheever en sus *Diarios* como «el único registro coherente de nuestra lucha para ser ilustres, un momento de aspiración, un vasto peregrinar. Una luz radiante, supongo, se origina con el fuego. Supongo que ése es también uno de los primeros recuerdos que puede tener cualquier hombre. En mi iglesia, la misa concluye, claro, no con una plegaria, no con un amén. La misa termina con un acólito extinguiendo las llamas de las velas... Luz, fuego; siempre han estado relacionados con la posibilidad de la grandeza del ser humano... Por lo que no me parece demasiado complicado ponerme de rodillas una vez por semana para agradecerle a Dios por la constante maravilla y la gloria de esta vida.»

Y un escritorio también puede servir como altar.

Los relatos aquí contenidos abarcan a la vez que trascienden toda categoría espiritual o cósmica, realista o fantástica, sin por ello negar la presencia de una inteligencia y de un amor más allá de nuestra comprensión, y aun así... Los relatos aquí son sucesivos *big bangs* apocalípticos. Finales del mundo por el solo placer de que, a vuelta de página, tenga lugar un nuevo Génesis, otra posibilidad, un renovado principio, un *había otra vez*... Un —véase «La muerte de Justina»— «Bien sabe Dios que esto se vuelve cada vez más absurdo y corresponde cada vez menos a lo que recuerdo y a lo que

¹⁶ «The Cheever Chronicle», *Horizon* (21 de setiembre de 1978).

¹⁷ En una entrevista, Cheever confesó: «El atractivo que tiene para mí el sentido del pecado original es que se trata, creo, de una experiencia universal. Y la experiencia religiosa es, definitivamente, una de mis más legítimas preocupaciones, y me parece que debería serlo para cualquier adulto que alguna vez haya experimentado el amor.» El escritor Norman Mailer apuntó en una ocasión que «Cheever era un hombre religioso. Y es esa creencia y ese sentimiento lo que a menudo hace que sus textos nos parezcan diferentes y más especiales que los de otros escritores de su época».

¹⁸ Emecé, 2002.

¹⁹ Emecé, 2003.

²⁰ Próxima publicación en Emecé en 2006.

²¹ Emecé, 2005.

²² Emecé, 2005.

espero, como si la fuerza de la vida fuera centrífuga y nos distanciara más y más de nuestras ambiciones y nuestros recuerdos más puros», que va a dar, inevitablemente y casi de rodillas, a un «Coloqué otra hoja en la máquina y escribí: "El señor es mi Pastor; nada me faltará..."».

SEPARADOS Y JUNTOS. La publicación en 1978 de *The Stories of John Cheever*—conocido también como «El Gran Libro Rojo» en referencia a su portada ya clásica; y que Emecé presenta ahora como *Relatos 1* y *Relatos 2*— fue un auténtico acontecimiento editorial a la vez que una gloriosa excepción a ese *dictum* fitzgeraldiano de que no hay segundos actos en las vidas norteamericanas. A diferencia de lo que sucedió con buena parte de los escritores de su generación —quienes publicaron lo mejor y lo importante de su obra antes de los cuarenta y cinco años—, Cheever vivió una muy dura y oscurantista Edad Media marcada por el rencor, el alcoholismo y adicciones varias; pero el crepúsculo de los últimos cinco años de su vida tuvo el fulgor y la calidez de un largo, ardiente y muy renacentista verano. La reunión de buena parte de su obra cuentística —la mayoría de ella inhallable, su único libro de cuentos por entonces en catálogo era *The World of Apples* (1973)— terminó de apuntalar la condición de Cheever como clásico viviente y elevar aún más alto y más fuerte los cielos del redescubrimiento y las campanadas de la reconsideración de la crítica, que ya había comenzado el año anterior con la edición de *Falconer*²³, para muchos la mejor y más compleja de sus novelas. Elizabeth Hardwick puntualizó que «hasta entonces, Cheever había sido hecho a un lado, no del todo ignorado, pero tampoco motivo de interés alguno para los mejores críticos de su época como Edmund Wilson o Alfred Kazin, tendiéndose a considerarlo un John O'Hara de segunda fila²⁴».

De pronto, por fin, Cheever —como contrafigura *wasp* de la ficción judeoamericana— estaba a la misma altura que Saul Bellow y muy por encima del resto.

Y lo cierto es que, en principio, Cheever no se mostró muy entusiasta con el proyecto. Y hasta es posible que éste nunca hubiera tenido lugar —o se hubiera postergado hasta después de la muerte del escritor en 1982— de no haber sido por el entusiasmo de su editor en Knopf, Robert Bob Gottlieb, quien se encargó de reunir los cuentos y proponer el contenido a Cheever ordenando los relatos más o menos cronológicamente²⁵. En principio, el escritor se inquietó ante la posibilidad de romper la buena racha iniciada con *Falconer*, argumentando: «¿Quién va a comprar un libro cuyas páginas ya las leyó en una revista?» Cheever se equivocó, y la publicación del libro, de más de setecientas páginas²⁶ —a finales de octubre de 1978—, no sólo fue considerado un «formidable acontecimiento literario en idioma inglés» a cargo de «uno de los dos o tres escritores vivos más acrobáticos e imaginativos», sino

²³ Emecé, 2005. En una reciente reedición en la editorial Penguin, un prólogo de A. M. Homes —escritora norteamericana y discípula confesa de Cheever— no vacila en señalarla como la candidata más apta al título de la Gran Novela Americana.

²⁴ «Cheever, or The Ambiguities», en *Sight-Readings* (1988) y posteriormente recogido en *American Fictions* (1999).

²⁵ Sin por esto privarse de hacer pequeñas y comprensibles trampas como abrir con el magnífico «Adiós, hermano mío» (1951) y justo después colocar «Un día cualquiera» (1947). Una cosa tenía clara Gottlieb y quedó más que establecida con la publicación del libro: más allá de los inmensos valores de sus novelas, la posición y la estatura que Cheever había alcanzado dentro del panorama de la literatura norteamericana se erigía sobre los más que firmes cimientos de relatos como «El marido rural» o «El nadador», elogiados hasta por los más que reticentes Truman Capote, Vladimir Nabokov y Ernest Hemingway.

²⁶ *The Stories of John Cheever* reúne —además de algún cuento suelto— los relatos incluidos en los libros *The Enormous Radio and Other Stories* (1953), *The Housebreaker of Shady Hill and Other Stories* (1958), *Some People, Places, and Things That Will Not Appear in My Next Novel* (1961), *The Brigadier and the Golf Widow* (1964) y *The World Of Apples* (1973).

que también ascendió a los puestos más altos de las listas de bestsellers, y al año siguiente consiguió el Premio Pulitzer y el premio del National Book Critics Circle, y se quedó a las puertas del National Book Award. La mayoría de los críticos y colegas se mostraron extáticos —comparando sin reparos a Cheever con Herman Melville, Nathaniel Hawthorne, Henry James, Francis Scott Fitzgerald y Ernest Hemingway por su contribución al género—, y, de pronto, la idea de un «Cheever Country» estaba en boca de todos. Ese paisaje construido a lo largo de varias décadas y que, de pronto, ofrecido entre las tapas de un solo libro, presentaba a un artista que —como puntualizó en su momento John Gardner— había hecho «bastante más que darles a los barrios residenciales una mala reputación²⁷». Y —paradoja de paradojas— muchos de los que habían restado importancia a las novelas de Cheever, por considerarlas de construcción torpe apenas disimulando el hecho de que se trataba de relatos sueltos unidos por la voz de un narrador o el apellido de un personaje, ahora no dudaban en afirmar que la lectura de los cuentos de Cheever, unos detrás de otros, configuraba una suerte de —otra vez, pocas cosas gratifican más que la invocación de un fantasma tangible— Gran Novela Americana²⁸.

El mismo Cheever, más que felizmente reconciliado con la idea de autoantologizarse, escribía en un breve ensayo por encargo donde hacía referencia tanto a su método como a la idea que tenía de sus propios lectores:

«Publicar una edición definitiva de cuentos cuando uno está al final de los sesenta años me parece, como escritor norteamericano, una ocasión tradicional y digna, de ninguna manera eclipsada por el hecho de que la mayoría de los cuentos de esta colección fueron escritos en ropa interior(...) Por las mañanas me ponía mi traje y cogía el ascensor hasta el cuarto sin ventanas en el sótano donde trabajaba. Ahí lo colgaba en una percha, escribía hasta el anochecer, me vestía y regresaba hasta nuestro apartamento. Muchos de mis cuentos fueron escritos en calzoncillos.

»Una colección de cuentos podría aparecer como una rareza incómoda en la lista actual de obras de ficción, algo que en realidad es un jardín de amor, de juegos eróticos y de una lujuriosa y antigua historia familiar; pero mientras estemos poseídos por la experiencia que se distingue por su intensidad y naturaleza episódica, el cuento formará parte de nuestra literatura, y sin la literatura es seguro que estaríamos acabados.

»En los cuentos de mis estimados colegas —y en algunos de los míos—, encuentro esas casas de verano alquiladas, esos amores de una noche, y esos lazos extraviados que desconciertan a la estética tradicional. No somos nómadas, pero —sin embargo— subsiste más de una insinuación en el espíritu de nuestro gran país, y el cuento es la literatura del nómada.

«¿Quién lee cuentos?, se pregunta uno, y me gusta pensar que los leen hombres y mujeres en la sala de espera de un dentista mientras esperan su turno; que los leen en viajes transcontinentales en avión en lugar de ver películas banales y vulgares para matar el tiempo; que los leen hombres y mujeres sagaces y bien informados que parecen sentir que la ficción narrativa puede contribuir a

²⁷ *Chicago Tribune Book World* (12 de octubre de 1978).

²⁸ El escritor John Irving —defensor de Cheever desde siempre y compañero de trabajo y aulas en el Iowa International Workshop— apuntó en su reseña para el *Saturday Review* que dieciséis de los cuentos de la antología «se leían como novelas increíblemente adorables y comprimidas». Cabe pensar que esta tardía certificación, pero certificación al fin, de sus señas particulares alentó a Cheever a retomar, ahora con la seguridad del vencedor, las estructuras atomizadas que definen sus últimas dos obras: la novela corta *Esto parece el paraíso* y el guión televisivo original *The Shady Hill Kidnapping* (ambos de 1982). Un interesante «experimento» para comprender los cuentos de Cheever como capítulos de un todo es el que, en 1994, realizó el dramaturgo A. R. Gurney en su obra de teatro Off-Broadway *A Cheever Evening: A New Play Based on Stories of John Cheever* (The Fireside Theatre, 1994).

nuestra comprensión de unos y otros y, algunas veces, del mundo que nos rodea²⁹.

Y, en una entrevista, añadía: «Siempre he pensado que el cuento es el motor que mantiene en movimiento tanto a la novela como a la poesía... Sus responsabilidades son mayores y más trascendentes. Yo estoy seguro de que, en el lecho de muerte, uno se cuenta a sí mismo un relato y no una novela o un poema.»

FINES Y PRINCIPIOS. Y una buena mala noticia o una mala buena noticia. Ustedes eligen. Contrario a lo que se piensa, estos dos volúmenes de *Relatos* no reúnen la totalidad de las ficciones breves de John Cheever. Existen sesenta y ocho cuentos más —entre los que se cuentan los que conformaron su descatalogado y nunca recuperado primer libro de 1943, *The Way Some People Live*—, de los que apenas trece se reunieron en forma de libro³⁰. El resto permanece desperdigado en revistas y antologías varias. Un segundo proyecto de gran recopilación con portada azul —*The Uncollected Stories of John Cheever: 1930-1981*— fue abortado en 1988, casi a pie de imprenta, por un conflicto entre la familia Cheever y los editores. El tortuoso proceso legal —entrando y saliendo de tribunales durante cuatro años— llegó a merecer todo un libro de más de trescientas páginas³¹ y el dudoso privilegio de haberse difundido la idea de que era «la más cara, enrevesada y virulenta batalla en los tribunales por un libro de los últimos años». Dentro de este botín —donde hay ejercicios primerizos y veloces *sketchs* escritos para pagar las facturas, así como una notable influencia de Hemingway³²— hay varios tesoros más que codiciables, como el fundacional «Expelled» (su primera publicación, en 1930, en las páginas de *The New Republic*, escrito a los diecisiete años y en donde narra su expulsión del colegio secundario), «The Brothers» (donde inaugura uno de sus grandes temas: las luces y las sombras de las relaciones peligrosas entre hermanos), «Of Love: A Testimony» (que arranca con uno de esos típicos comienzos cheeverianos donde el autor interviene y ordena la escena), los experimentales «Hommage to Shakespeare» y «The President of Argentina», la serie «Town House» (seis partes que configuran una casi *nouvelle* que se llevaría al teatro en 1948), «The Pleasures of Solitude» (al que Truman Capote parece haberle prestado demasiada atención al escribir su celebrado «Miriam»), «The National Pastime» (donde reaparecen los Wapshot), el melancólico y gay «The Leaves, The Lion-Fish and the Bear», y el último relato que firmaría: «The Island», de 1981.

²⁹ De «Why I Write Short Stories», *Newsweek* (30 de octubre de 1978).

³⁰ *Thirteen Uncollected Stories by John Cheever* (Academy Chicago Publishers, 1994). Existe una edición colombiana de este libro muy difícil de conseguir.

³¹ Anita Miller, *Uncollecting Cheever: The Family of John Cheever vs. Academy Chicago Publishers*, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 1998.

³² En «John Cheever: The Novelist's Life As Drama» —recogido en *The Portable Cowley* (Penguin, 1990)—, Malcolm Cowley, su primer editor, puntualiza que «Hemingway fue su punto de partida: oraciones cortas y palabras sencillas... Pero muy pronto Cheever desarrolló un estilo mucho más efectivo que el del último Hemingway; nunca se parodió a sí mismo. Pero aun así supo retener las mejores enseñanzas de su maestro. Hemingway se le aparecía en sueños. El período medio de Cheever está claramente influenciado por Fitzgerald. La gracia de determinadas frases y la preocupación por la clase social y el don compartido de una doble visión que le permitía mirar desde fuera y, al mismo tiempo, ser participante de la acción.» En cuanto a la relación de Cheever con el tercer gran hombre de la literatura norteamericana, William Faulkner, Cowley concluye que ambos «compartían un claro interés por los símbolos bíblicos, los dos se preocuparon por desarrollar poblaciones míticas: el Yoknapatawpha de uno, el St. Botolphs de otro», y agrega un detalle divertido: «Cheever solía referirse a su novela *Falconer* pronunciando su título "Faulkner".» Al final de su ensayo, Cowley no muestra duda alguna: «Lo que a mí me interesa es integrar a Cheever como parte de esa Gran Tradición. El grupo de sus contemporáneos incluye a grandes novelistas como Bellow, Welty, Updike y Malamud, por nombrar a unos pocos. Cheever puede o no ser el mejor de ellos, pero está claro que es el que más cerca está en espíritu de los gigantes de la era que le precedió.»

No hay novedades en cuanto a un próximo acuerdo para la publicación de todo este material, por lo que —todo parece indicarlo— habrá que esperar a que, como lo apuntó John Updike en su reseña de *Thirteen Uncollected Stories by John Cheever*, la Library of America tome cartas en el asunto y se acabó el problema³³.

Mientras tanto y hasta entonces, esto es lo que hay.

Y es mucho.

En las páginas de estos *Relatos* hay hombres tristes y mujeres terribles, nadadores que no pueden volver a casa y náufragos en la ciudad esperando el tren que los lleve de regreso al paraíso o al infierno, ángeles en puentes y demonios en la cama, ladrones por amor al arte y al prójimo, ganadores de premios íntimos o de castigos en público, «perdidos en un territorio que parece no saber nada de leyes ni profetas», pero aun así, justicieramente merecedores de epifanías y transfiguraciones donde, a la hora de las últimas líneas y las últimas palabras, mujeres desnudas, «sin rubor alguno, hermosas y llenas de gracia», salen del mar, o «reyes con trajes dorados cabalgan sobre las montañas a lomos de elefantes».

Uno de mis relatos favoritos de Cheever («Una visión del mundo») tal vez explique mejor que nadie, en la voz de su narrador, el Sistema y el Credo de Cheever: «Lo que yo quería aislar no era, por tanto, una cadena de hechos sino una esencia: algo así como esa indescifrable colisión de sucesos que puede llevar a la alegría o a la desesperación. Lo que yo quería conseguir era que mis sueños, a pesar de la incoherencia del mundo, tuvieran legitimidad.» Pocas páginas después, el mismo narrador transfigurado por la maravilla de, por fin, descansar en paz sin necesidad de morir, recita para sí mismo «palabras que parecen tener el color de la tierra», y que son «¡Valor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Amabilidad! ¡Prudencia! ¡Belleza!».

Palabras perfectamente aplicables para definir todos y cada uno de los cuentos aquí reunidos.

Cuentos escritos por un dios.

Un dios en calzoncillos, sí, pero convencido de que «la literatura puede salvar al planeta».

Un dios que gozaba expulsando a sus criaturas del Edén.

Un dios que, además, no pudo evitar la tentación de expulsarse a sí mismo para así poder continuar narrándolos; para ver cómo seguían las existencias de esos hombres y de esas mujeres; para que fueran ellos y ellas los que, a lo largo de tantos años de milagros, acabaran invirtiendo el triste vals de la ecuación consiguiendo la alegría del milagro último y definitivo: que su dios —imagen y semejanza, aciertos y errores, vidas, pasiones y muertes— fuera y siga siendo, por los siglos de los siglos, amén, tan pero tan parecido a ellos.

Y que esté tan bien escrito.

Y que los escriba tan bien.

³³ La reciente y breve antología *Vintage Cheever* (Vintage, 2005) no aporta nada nuevo y cae en caprichos injustificables como no incluir el magistral e indispensable «El marido rural».

Barcelona, diciembre de 2005.

Digitalizado por el_gato - <http://biblioteca.d2g.com>